

Antonio Negri

Cárcel y exilio

Historia de un comunista II

Antonio Negri

Cárcel y exilio

Historia de un comunista II

Edición:

Girolamo De Michele

Traducción y notas:

Raúl Sánchez Cedillo



**COLECCIÓN
NOCIONES
COMUNES**

traficantes de sueños

Negri, Toni

Cárcel y exilio : historia de un comunista II / Toni Negri. - 1a ed. -
Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Tinta Limón, 2022.

496 p. ; 20 x 14 cm.

Traducción de: Raúl Sánchez Cedillo.

ISBN 978-987-3687-88-4

1. Militancia Política. 2. Autobiografías. 3. Historia. I. Sánchez
Cedillo, Raúl, trad. II. Título.

CDD 320.092

Edición original: *Galera ed esilio. Storia de un comunista*, Milán, Ponte alle
Grazie, 2017.

Primera edición en castellano: *Traficantes de Sueños*, Madrid, 2021

Traducción y notas: Raúl Sánchez Cedillo

Revisión: Revisión: Laureano Gasparín (Capítulo 1) y Elina Kohen
(Capítulos 2-9).

Diseño de cubierta y Colección Nociones Comunes: Juan Pablo Fernández

Diagramación: Florencia Ayelén Medina



Creative Commons 2.0 (CC BY-NC-ND 2.0)

© de los textos, Antonio Negri

© 2022, de la edición Tinta Limón y Traficantes de sueños

www.tintalimon.com.ar

Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723

Índice

Primera parte. La cárcel

- | | |
|-------------------------------|-----|
| 1. Un estruendo y el silencio | 13 |
| 2. Resistir | 63 |
| 3. La defensa imposible | 103 |

Segunda parte. Diario de una evasión

- | | |
|---|-----|
| 4. El juicio. (24 de febrero-24 de marzo de 1983) | 175 |
| 5. La autodefensa. (25 de mayo-8 de julio de 1983) | 199 |
| 6. La evasión. (9 de julio-30 de noviembre de 1983) | 217 |

Tercera parte. El exilio

- | | |
|---------------------------|-----|
| 7. Papageno | 281 |
| 8. Siglo breve: stop | 343 |
| 9. <i>Futur Antérieur</i> | 409 |

A Michael

Primera parte
La cárcel

1. Un estruendo y el silencio

I. La celda

«Esta es su habitación», le dice el subteniente haciéndole entrar en el cuarto: cinco metros por cinco en la planta baja de la cárcel. Catre cubierto de mantas en una esquina, lavatorio de hierro oxidado en la pared de enfrente, un mingitorio al lado. La ventana con un cristal roto detrás del enrejado de los barrotes.

Lo primero que hace un preso cuando entra en una celda vacía: la explora. Mide con pasos largos su longitud y su anchura, comprueba la altura con un pequeño salto con el brazo estirado, da un taconazo en el piso y golpea las paredes con los nudillos para detectar imperfecciones ocultas en los muros; por último, se dirige a la ventana y, socarrón, acaricia los barrotes. Nada más llegar a una cárcel el presidiario puede decirte en qué galería y qué planta estás y cuántas celdas hay de un lado y del otro: ese examen debería verificar si hay o no una posibilidad de fugarse. Es probable que se lo esté inventando, los presidiarios son mentirosos. Esto es algo que Toni sabrá más tarde, cuando también él, con menor precisión pero con suficiente aproximación, mida su nueva celda imitando aquellos movimientos.

Pero la noche de su detención, cuando llega a la cárcel de Rovigo, no tiene la destreza del presidiario para controlar la situación: tenía una imagen bastante genérica de la hospitalidad carcelaria, reacciona protestando con timidez y, sin quitarse la ropa, se echa en la cama cubriéndose con todas las mantas: teme los efectos de la humedad del lugar y del aire frío que, entrando por el cristal roto, lo golpea. No tiene ganas de pensar: empieza a contar ovejas para dormirse. Está aturdido, no asustado: ha olvidado la orden de detención que

le habían leído ocho horas antes. Continúa contando ovejas en orden inverso: cien, noventa y nueve, noventa y ocho... No le viene el sueño, la canilla gotea: se incorpora bregando con las mantas, el piso está sucio, resbaladizo, la canilla no se cierra; mea en el mingitorio, sorprendido del ruido que hace. Unas horas más tarde entra un grupo de guardias, Toni hace ademán de levantarse: «quieto, quieto», dice el cabecilla, mientras otro guardia hace un ruido infernal comprobando el enrejado, recorriéndolo con una barra de hierro... sí, está intacto. Salen dando un portazo: Toni se duerme.

Cuando lo detuvieron y lo llevaron en coche de Milán a Rovigo, pasando al anochecer junto a las colinas Euganeas, Toni, mirando aquellas colinas que había amado, pensó, quién sabe porqué: «No volveré a verlas... adiós Padua». Años más tarde un amigo le dijo: «Volverás, y un día via 8 febbraio se llamará via 7 aprile».

2. Horror

Por la mañana el subteniente recibe a Toni: le pregunta qué tal está. Toni se informa sobre la posibilidad de ver a abogados y familia: dice que pronto se lo dirá.

Toni está completamente despistado, pero encuentra la manera de preguntarle –con ironía– cuánto tiempo va a tener que pasar hasta que pueda demostrar su inocencia: ¿se ha visto alguna vez el subteniente ante una situación parecida? El subteniente le habla de un inocente *de verdad* –se preocupa de recalcarlo– que tuvo que pasar varios años en la cárcel antes de que los jueces le pusieran en libertad: la burocracia, ya sabe, profesor... Luego le pregunta si tiene algo de lectura; ante la respuesta negativa le acompaña a un cuarto grande –se ve el polvo en el aire iluminado por los haces de luz que entran por las ventanas entreabiertas–. En la puerta se lee *Biblioteca*: varios cientos de libros apilados aquí y allá, muchos dejados por los viejos inquilinos. Toni busca entre los restos, encuentra una edición completa del teatro de Shakespeare y se la lleva a la celda. No está triste ni asustado: si acaso indignado. Se siente confuso intentando entender qué va a pasar, aún no sabe que ha habido una redada, y no puede imaginar el alcance que ha tenido

y las protestas que ha desencadenado. Al día siguiente lo sacan a tomar aire a un patio del edificio de la dirección de la prisión; pasea con él un viejo policía de civil que apesta a policía política (¿por qué un carabinieri y no un guardiacárcel?). Hablan de cosas sin importancia, Toni le pregunta sobre el Milan, cuatro palabras y basta. En un momento dado una radio local rompe el silencio del paseo –tres muchachos han saltado por los aires en Thiene, mientras preparaban una bomba: querían protestar contra la batida del 7 de abril–. El carabinieri observa a Toni, que sigue caminando conteniendo el espanto, oprimiéndolo en su pecho.

Regresa al cuarto que hace las veces de celda, llora: es la primera vez, y será la última. Continúa leyendo a Shakespeare.

3. ¿Kafka o Shakespeare?

Le tocará oír decir mil veces que los acontecimientos que empezaron el 7 de abril del 79, cuando él y sus compañeros fueron acusados de *insurrección armada contra los poderes del Estado*, fueron una historia kafkiana: una serie de hechos inventados desde el principio sobre una base absurda, que se elaboró de forma tan chapucera que terminó pareciendo irresoluble. Un caso burocrático que degenera, un enredo jurídico mal gestionado por jueces de asalto; como se llamaba entonces a los magistrados que, según decían, defendían las instituciones frente al ataque terrorista y, según decían los viejos magistrados, creaban confusión por no decir que provocaban daños. En pocas palabras, una historia kafkiana: se entra en el Castillo para no salir de él nunca, atrapados por una culpa absurda causada por jueces oscuros y mecánicos y reproducida en la conciencia de los acusados, que a su vez terminan volviéndose prisioneros de esa condición. Podría ser: así se le antojaba a Toni durante los primeros días. Pero no tardó mucho tiempo en aclararse las ideas: la verdad es que aquellas imágenes literarias no eran adecuadas para describir la situación, hacía falta otra cosa. El caso que le afectaba no era burocrático, sino completamente político: no una máquina insensata sino una tragedia de lo político –Shakespeare y no Kafka–. Le había

tocado combatir en una lucha abierta, no contra un destino; el enemigo era el Estado que se declaraba invencible; pero Toni no lo percibía así: ¿por qué fingir que es imbatible? ¿No era precisamente el Estado lo que había combatido siempre desde que se hizo comunista, comprobando a veces sus grietas y sus debilidades –y siempre su injusticia–? ¿Cuántas veces, para meterle miedo, le habían contado que el Estado era soberano, que en él obraba la necesidad del orden civil: una fuerza laicizada por los modernos, pero siempre basada en lo absoluto? ¿Y, para imponerle la obediencia: que el poder burocrático era la racionalidad de ese poder? ¡Cuántas tonterías!, respondía el profesor de Doctrina del Estado: aquí hay un poder enemigo. No transcendencia, sino inmanencia, no justicia sino violencia, no derecho sino estafa: el poder del enemigo de clase, del PCI y de la DC, la expresión del «compromiso histórico». Toni recordaba un viejo *dicton* de Guido Bianchini:¹ «Para los comunistas la tragedia no es un destino, sino una lucha». Así que era necesario luchar, denunciar las injusticias, el golpe de mano político. ¿Pero qué había pasado en realidad? En la orden de detención se leía «insurrección»: pero no se leía con quién la habría hecho, ni tenía la impresión de haberla llevado a cabo, mientras le parecía imposible haberla llevado a cabo en solitario.

Un Kafka que da vueltas en el vacío: ¿un Kafka en versión de comedia?

¹ Guido Bianchini nació en Verona, Italia, en 1926 y fue partisano durante la ocupación nazi de Italia. Compañero y mentor de Toni Negri, Luciano Ferrari Bravo y otros en el PSI y en el periódico *Il Progresso Veneto* a principios de la década de 1960, Bianchini, químico de profesión, fue uno de los fundadores del *Potere Operaio Emiliano-Veneto* y más tarde, en 1969, miembro fundador de *Potere Operaio*. Detenido en la operación represiva del 7 de abril de 1979, consiguió ser puesto en libertad poco después para pasar buena parte de la década de 1980 en Francia. Posteriormente fue uno de los principales animadores de la ecología política en Italia, hasta su muerte en 1998.

4. Enemigo público

Lo llevan a Padua para un primer interrogatorio. Pietro Calogero lee la acusación de un trozo de papel que repite la motivación de la orden de detención: le imputa el delito de «insurrección armada contra los poderes del Estado», de ser el máximo dirigente de las Brigadas Rojas, de haber participado, en cuanto tal, en el secuestro y asesinato del diputado Aldo Moro y de su escolta. Junto a él han sido detenidos docentes y asistentes del Instituto de Ciencias Políticas de la Universidad de Padua, que por entonces dirigía Toni, así como otros intelectuales en Roma, Turín, Milán, que habían participado en diferente medida en la vieja experiencia de *Potere Operaio*. La tesis de las Fiscalías de Padua y Roma es la de una continuidad ininterrumpida de dirección del movimiento terrorista entre 1968 y 1979, atribuida a Toni y a sus colaboradores universitarios: las BR son consideradas un apéndice, el brazo armado de una dirección de intelectuales que se situaba en el Instituto de Ciencias Políticas de Padua. En cuanto a Toni, para demostrar su participación directa en el secuestro del diputado Moro, se adjunta la grabación de una llamada telefónica decisiva, durante el secuestro, a la familia del estadista, en la que se puede reconocer la autoría de Toni. Unas semanas más tarde aparecerá también un testigo que lo reconocerá como participante en la matanza de via Fani.² Dada la gravedad de los delitos imputados, en particular del delito de insurrección armada contra los poderes del Estado, el proceso será trasladado de Padua a Roma.

Calogero lee la orden de detención y se va: el interrogatorio ha terminado –¡diez minutos, ni uno más!–. El *Corriere* titula, sin recato alguno: «Negri interrogado durante cinco horas». Toni volverá a ver a Calogero, por segunda vez, cuatro años y medio más tarde, cuando estaba a punto de salir de la cárcel, el mismo día en que resultó elegido parlamentario. Durante cuatro años y medio estará en contacto por correspondencia: el inquisidor, renovando las órdenes de detención

² Via Fani es la calle del distrito Municipio Roma XIV, en el noreste de la capital, en la que tuvo lugar el secuestro de Aldo Moro y el asesinato de su escolta el 16 de marzo de 1978.

cada seis meses y todas las veces que él y su banda de consejeros políticos y zorros mediáticos consideren útiles para dar una nueva pincelada a la paleta de la «campana antiterrorista»; Toni, llamándolo sinvergüenza en cualquier hoja de periódico que está a su alcance.

Durante cuatro años de prisión preventiva Toni no ha visto al juez acusador: ¿acaso tenía miedo de verle, el buen Calogero? ¿No habría debido al menos exponerle las imputaciones y pedirle explicaciones o respuestas? Y en cambio permaneció ausente, clandestino, encerrado en algún despacho blindado para dar fe de su teorema: que, si es que era un teorema, era tan especial que solo se podía pedir su demostración al autor, al pseudogeómetra que ha dedicado una vida a la injusticia.

Diez días más, y Toni –coches patrulla y helicópteros, hay que organizar bien las cosas tratándose de semejante genio criminal– es conducido a Roma, con el ingreso triunfal en Rebibbia bajo los focos de las cámaras de televisión, más la inspección médica en la entrada de la prisión –desnudo delante de una treintena de personas–. Esta vez la celda es reglamentaria, en una galería de la prisión que ha quedado vacía: los únicos compañeros, a veinte metros de uno y otro lado, Liggio y Vallanzasca, Corleone y Comasina. Vallanzasca le llama desde la ventana, Toni no sabe si responder: ignora que es obligado hacerlo en la ética carcelaria. En las semanas siguientes, una nueva orden de detención como miembro de las BR y responsable de una innumerable ristra de homicidios –por si fuera poco, el del amigo Alessandrini.³ El primero y el segundo interrogatorios en Roma, ante el fiscal general: interrogan formalmente al enemigo público número 1. Alrededor, el mismo ruidoso enjambre de personas que son desconocidas para Toni.

Entre tanto, empieza el aislamiento más duro: semanas de soledad.

³ Emilio Alessandrini, nacido en 1942, magistrado italiano que ingresó en la carrera judicial en 1967 en Milán. En 1972 fue juez instructor del caso de la matanza de Piazza Fontana, organizada por el Servizio Informazioni Difesa (SID), uno de los servicios secretos italianos del periodo, y ejecutada por los nazifascistas Franco Freda y Giovanni Ventura el 12 de diciembre de 1969. Fue asesinado por un comando de la organización armada Prima Linea el 29 de enero de 1979.

5. El espectáculo

Empiezo a reflexionar: me ha costado unas semanas desde la detención, por la sorpresa producida no por la detención –que me esperaba: ya hacía tiempo que me tenían ganas– sino por el contenido de la orden de detención. Resulta difícil hacer un balance: no consigo entender cómo han podido construir esta máquina. Insurrección, banda armada, homicidio de Moro y de su escolta, y unas cuantas decenas más de asesinatos y atracos, robos y transporte de armas, además de secuestros.

En los primeros interrogatorios, Francesco Amato, el juez instructor, me insulta: añade a las acusaciones también la del asesinato del juez Alessandrini; me informa de que el presidente de la República les ha felicitado por mi detención. Tengo que intentar entender lo que está pasando. La teatralidad de todo lo que sucede en esos días revela que la red en la que estoy atrapado es completamente política: el desfile militar del traslado a Roma, la ceremonia barroca de los primeros interrogatorios, deben mostrarme –pero sobre todo mostrar a la sociedad: intuyo que, fuera, los medios de comunicación deben estar enloquecidos– la capacidad de represión del Estado, la implacable necesidad y el éxito del ejercicio de una fuerza legítima que tiene una necesidad incesante de legitimarse. Hay algo extraño en la duración y en la prepotencia de este juego. Continúo reflexionando: soy un prisionero a exhibir, el chivo expiatorio de un periodo de fracasos del poder en la represión de la revuelta de los movimientos que había empezado en el 68; un ejemplo para intimidar a todo actor, a todo simpatizante de los movimientos y a todo intelectual vinculado a estos. Se acusa, a mí y a mis escritos, de la lucha que desde hace una década es conducida por los movimientos de los obreros, de los estudiantes, de las mujeres, contra las cesiones reformistas del PCI, su transformación socialdemócrata, su traición. Soy un prisionero político: en cuanto tal se me exhibe, después de haber sido construido como sujeto merecedor de ser expuesto a la reprobación pública.

Más tarde me enteraré de que en la televisión mostraban una foto mía elaborada para asustar a los espectadores: una caricatura

monstruosa, completamente negra sobre un fondo rojo, abriendo los noticiarios sobre el terrorismo y la represión; hasta que no pude ver a familiares y abogados no pude enterarme de la narrativa que habían construido seccionando, disecando, fantaseando sobre mi vida para darle una figura criminal. Sonríe –tengo suerte: en otros tiempos habría podido ser torturado e inmediatamente ajusticiado con cuatro caballos que desgarran el cuerpo del insurgente contra el poder soberano, como en la página de apertura de *Vigilar y castigar*–. Sin embargo, debe haber pasado algo malsano en aquellos días para que todavía hoy, después de 35 años, cuando se habla de Toni Negri, muchos responden espontáneamente: «Ah, el que mató a Moro»; y aquellos jueces y periodistas que crearon el acontecimiento 7 de abril continúan hablando de este como si en aquel entonces Italia hubiera ganado una guerra, y aunque les desmontes las mentiras consideran que Toni Negri es su «trofeo de caza».

6. Prisionero político

Ahora entiendo por qué Calogero no me ha interrogado y Amato me insulta –¿qué quiere este último inquisidor inseguro?–. Le ha causado sorpresa el hecho de que durante los interrogatorios no le toman en serio, dice a la prensa: «Tengo que admitir que Negri ni siquiera parece darse cuenta de la gravedad de los delitos que le son imputados»; la gravedad del delito de lesa majestad, la insurrección, la impugnación del Poder...

Mi primera reacción es burlarme, mi primera necesidad la de desenmascarar el papel del acusador que se cree institución soberana: Amato se ofende y me endosa cada vez nuevas imputaciones, del asesinato al robo, mientras que el mundo periodístico y político me detesta. Y entiendo también la feroz curiosidad de la gente que viene a observarme: a escrutar, a fotografiar al monstruo, mientras paso de un interrogatorio al otro.

Eres un prisionero político: convéncete, Toni, de que no habrá ninguna vía de salida jurídica; interioriza el hecho de que esta es una batalla imposible de ganar en el terreno judicial. ¿Podrá acaso jugarse en el plano político: pero cómo? ¿Qué significa *insurrección*

contra los poderes del Estado? Es un conflicto entre un súbdito y un soberano: el fracaso de la insurrección implica la ejecución del insurgente –así reza el artículo del Código Penal fascista en base al cual he sido detenido–. Solo en una nota al pie se indica que, a raíz de la abolición de la pena de muerte en 1948, la pena prevista ahora es la cárcel a perpetuidad: una riña normativa en el drama político, un enredo ligero de la razón de Estado. Sobre mí el peso de una historia de guerra civil aún sin terminar...

Insurrección –¿cómo puede ser una culpa? He vivido una vida de insurrecciones– a los diez años la antifascista de la Resistencia, a los treinta años la estudiante y obrera del 68, y después... Democracia es el fusil al hombro de los obreros, en manos de quienes son explotados; a salario de mierda, trabajo de mierda; al dominio se le responde con sabotaje: este es el espíritu y la dignidad del tiempo que he asumido, estas son las insurrecciones que he hecho mías. Y además, pensaba para sus adentros con menor excitación: ¿no es la insurrección un estado de hecho bueno y creativo? «La gente se subleva, es un hecho; y de esa manera la subjetividad (no la de los grandes hombres, sino la de cualquiera) se introduce en la historia y le da su impulso», concluía el compañero Foucault.⁴

Hay temporales fortísimos en estas primeras noches en Rebibbia, truenos y relámpagos: *si parva licet*, un verdadero telón de fondo shakesperiano.

7. Padua

En los primeros tiempos de cárcel, Toni estaba muy molesto, por no decir indignado, por cómo despoticaban los colegas paduanos que se habían manifestado a favor del *teorema Calogero*. Arremetían contra cualquiera que lo pusiese en duda, en particular contra un juez instructor, Palombarini: un hombre de bien que, aunque no llegara a desenmascarar el diseño político del ayudante del fiscal,

⁴ Michel Foucault, «Inutile de se soulever?», *Dits et écrits*, vol. III, París, Gallimard, 1994, p. 790.

había recalcado en varias ocasiones su carácter jurídicamente burdo. El colmo llegó cuando uno de los profesores más furiosos contra los detenidos del 7 de abril resultó herido en el dedo gordo del pie en un enfrentamiento con autónomos: el profesor iba armado y respondió a los disparos. Un episodio gravísimo: ¿pero este toma y daca no revelaba acaso la gravedad de una situación, en la cual no eran menos responsables de la violencia que se había producido quienes habían celebrado el *teorema* con arrogancia, elevándolo a «verdad histórica» –*cuando quedaba mucho para que empezara el proceso*– en una ignominiosa ceremonia inaugural de la Universidad de Padua para el año académico 1979-1980? Quien leyera ese discurso inaugural, reimpresso años después en un libro a pesar de su refutación completa en las sentencias mismas de los tribunales, tendría dificultades para decidir si fue el historiador el que degradó la historia para dar cobertura al planteamiento acusatorio del juez, o fueron estos los que orientaron su propia acción con arreglo a un juicio dictado de antemano de una construcción delirante, en la que el análisis histórico carecía a su vez de sus fundamentos esenciales; en vez de datos, de relaciones comprobadas de causa y efecto, de la interpretación de los documentos, de los testimonios verificados, la aserción de «convergencias» de las cuales «no es posible, con la documentación disponible, definir exactamente las formas», vendidas sin embargo como objetivas –y aquí se percibe la abdicación del historiador en el papel de adepto a aquella inquisición estalinista–; el montaje de frases extrapoladas con el método de los *morceaux choisis*, los «no podía no» y los «presumiblemente»; el desprecio más total por la inteligencia y la comprensión textual; la palabra de un arrepentido aún no sometida, no digamos al examen del tribunal, sino ni siquiera al careo con los imputados, que sin embargo se hace pasar por una fuente –y que se fastidien los hechos, como decía Hegel–.

Aquel episodio fue la ocasión para una nueva arremetida contra los presos: ¡en *La Repubblica* aparecían llamamientos a salvar Padua

del destino de Reggio Calabria en manos de los «*boia chi molla*»⁵ Forattini aumentó la dosis, dibujando en *La Repubblica* la viñeta de un Toni en cuclillas en la litera de la prisión que se disparaba en el dedo gordo del pie: ¿qué prueba más evidente de la verdad del teorema que aquel enfrentamiento a tiros? Exasperación e histeria acompañaban toda la historia; en el Véneto, el *Gazzettino* siempre había acordonado el territorio defendiéndolo de intervenciones y noticias foráneas: ahora Padua se había convertido en la capital del terrorismo italiano y los enviados de todas las cabeceras nacionales acampaban en la ciudad, desarrollando con ardor creciente las invenciones calogerianas.

Toni ha pensado siempre que también tuvo responsabilidad de ello el presidente Pertini, que solo cuatro días después enviaba un telegrama a los magistrados de Padua: «Acompañando mi llamada telefónica, vuelvo a confirmar mi plena solidaridad con Usted y con los magistrados de Padua por la firmeza y la valentía con la que están actuando en defensa de las instituciones democráticas»; solo Luigi Pintor⁶ —«¿Desde cuándo hay que animar y elogiar a los magistrados en el curso de un procedimiento judicial, aunque

⁵ «*Boia chi molla*» [el que abandona la lucha es un asesino/traidor] es un lema que fue utilizado por el movimiento fascista italiano antes y después del régimen de Mussolini. En el texto se hace referencia a su reaparición con motivo de la Revuelta de Reggio Calabria entre julio de 1970 y febrero de 1971. En el transcurso de lo que empezó como una revuelta popular en la ciudad, contra la elección de Catanzaro como capital de la región, los fascistas del Movimento Sociale Italiano (MSI) y de su sindicato, la Confederazione Italiana Sindacati Nazionali Lavoratori (CISNAL), conquistaron la dirección de la revuelta a través del llamado Comitato d'azione per Reggio capoluogo, encabezado por el sindicalista fascista Ciccio Franco. La revuelta terminó con la intervención del ejército en la ciudad y se saldó con seis muertos, una cincuentena de heridos y miles de detenidos.

⁶ Luigi Pintor, partisano y militante comunista italiano, nacido en 1925. Formó parte de los Gruppi d'azione Patriotica (GAP) durante la ocupación nazi de Italia, siendo detenido, junto a otros tres compañeros, torturado durante días y condenado a muerte, de la que se libró gracias a la mediación del Vaticano y a la llegada a Roma de las tropas estadounidenses. Fue militante del PCI y redactor de *l'Unità* hasta la escisión del grupo de *Il Manifesto* entre 1968-1969, de cuyo diario homónimo será director hasta 1990, sin dejar de escribir en sus páginas hasta su muerte en 2003.

fuera el más límpido?»– y Enzo Biagi⁷ –«Habría preferido que su asentimiento a los magistrados de Padua lo hubiera expresado después. Y quizás de palabra»– parecieron darse cuenta de la gravedad del hecho. El mismo jefe del Estado se presentaba luego en la inauguración del Año Académico de la Universidad de Padua, elogiando el infame discurso inaugural (*non satis*: en 1984 Pertini declarará que «Negri es de un cinismo repugnante. Si sus discípulos han crecido en su escuela tendremos más criminales», para terminar sentenciando: «Lombroso lo habría definido como un delincuente nato»).

Al margen de ese estigma, Toni evocaba en su memoria la *misère du milieu académique* de Padua –sin generalizar: en aquella universidad había muy buena gente–. Conocía bien a los profes que armaban más barullo: frustrados por la vida provinciana, sacerdotes de una cultura universitaria de izquierdas, veteranos de los GUF⁸ y de un renovado esnobismo nacional popular, excluidos del *business* universitario. Luego estaban otros que eran los amos de ese *business*; Toni pudo conocerlos cuando dirigió la campaña para la elección como rector de su propio maestro: los *businessmen*, lejos de enorgullecerse, consideraban el teorema un instrumento para traer la calma al airado mundo estudiantil paduano, al fin y al cabo útil para mantener abiertos (e incluso ocultos) sus negocios.

⁷ Periodista, escritor y presentador televisivo italiano, nacido en 1920. Se inició en el periodismo en Bolonia durante la segunda mitad de la década de 1930. En 1943 se sumó como partisano a las Brigate Giustizia e Libertà vinculadas al Partito d'Azione, aunque no llegó a entrar en combate. Desde 1956 fue redactor jefe del semanario del grupo Mondadori *Epoca*, que abandonó tras ser cesado con motivo de la cobertura de la matanza de Reggio Emilia, el 7 de julio de 1960, en la que murieron cinco obreros sindicalistas y miembros del PCI a manos de la policía. Empezó entonces su primer periodo en la radiotelevisión pública RAI, que abandona en 1963 de nuevo por presiones políticas. Volverá a la RAI en 1977, con el programa *Proibito*, donde empezó a hacer entrevistas en profundidad con personajes de actualidad. Abandonaría definitivamente la RAI en 2002, tras años de dificultades y litigios con Silvio Berlusconi, que acusaba a Biagi y otros periodistas de informar con un sesgo de hostilidad sobre su persona y su política. Muere en 2007.

⁸ Los GUF (Gruppi universitari fascisti) era la organización fascista de los estudiantes universitarios, creada en 1920 e integrada en las organizaciones oficiales del régimen mussoliniano en 1927.

Toni pensaba también en la responsabilidad cultural y política de aquel cuerpo académico que se había negado a abrirse al 68, a las luchas obreras y a una nueva generación de estudiantes, quintuplicada y empobrecida en la última década, que había producido una fortísima –monstruosa para los académicos– voluntad de saber: consuélate Toni, la que se desgañita para conseguir la medallita de la represión contra el 68 es una minoría. Pero había también viejos amigos cuyo rencor Toni nunca logró entender; y sin embargo hubo otros, que no eran amigos, que resistieron a todas las infamias.

8. Abogados

Pregunta: ¿es mejor no tener abogados? Quién no esté dentro de un proceso político no puede imaginarlo. En cambio, Toni y sus compañeros lo pensarán a menudo: ¿para qué tenerlos, si el juego está amañado desde el principio y solo se repartían cartas marcadas? Nos preguntábamos si, al menos, los abogados servían para mitigar la prisión; a veces sucedía: algún traslado más cercano a casa, permisos para recibir más libros que los que permiten las normas, algunas visitas familiares más –pero eso es todo–. Algunos abogados se hacían ilusiones, o pretendían ser capaces de asegurar la verdad y obligar a los jueces al *fair play* del juego penalista: eran los más jóvenes, y estos eran nuestros defensores más peligrosos: dañinos como los garantistas que constantemente se hacían notar denunciando distorsiones e infamias del proceso y de la prisión preventiva –¡Bravo, enhorabuena! Como si ese fuera el problema–.

Aferrarse a la Constitución de la República para defendernos era una práctica generosa pero inútil: frente a la «formal» había una constitución «material», un acuerdo entre las fuerzas políticas de la conservación, sobre cuyos cimientos se había desarrollado la investigación del 7 de abril. Remitirse a la Constitución, al derecho, a la justicia, era pura ilusión: cuando los tenías delante no acertabas a saber si era un ingenuo o un hipócrita. En los años del exilio o de la cárcel persistente, en el periodo de *Mani Pulite* o con el nacimiento del berlusconismo, asistiremos a la multiplicación de los garantistas

—sin que dieran nunca una mano a nuestra gente—. Para nosotros estaba claro que no había que tener abogados (demasiado) garantistas. Giuliano Spazzali, el primero de los muchos abogados de Toni que se irían sucediendo, estaba de acuerdo: para él también la única defensa posible, en un proceso tejido por la razón de Estado y con finalidades destructivas de los adversarios políticos, solo podía ser agresiva, de ataque. Una defensa que denunciara la trama política del proceso y las fuerzas que lo habían organizado. «Por eso hace falta consolidar tu figura de preso político», le decía. Giuliano fue muy prudente aconsejando a Toni dar fuerza al modelo «preso político»; sobre todo porque, unos meses después, cuando se vino abajo la acusación de ser el «*Grande Vecchio*»,⁹ los acusadores intentaron arrastrarlo por el fango de la criminalidad común. Pero Toni era consciente del hecho de que el juego era bastante ilusorio (y algo masoquista): después de todo, él ya era preso político. Si la única vía de salida era política, ¿por qué politizar el proceso en vez de disolverlo? ¿Por qué no encomendarse, como conseguirá hacer más tarde, a fuerzas extrajudiciales, no para ganar el proceso, sino para escaparse de la prisión?

Pero en torno a los abogados se acumulaban otras cuestiones. La definición de una línea procesal y la intervención en los miles de dobles del proceso penal se complicaban, para los presos, con motivo de la cuestión crucial y banal del dinero. Estaba claro que los imputados del 7 de abril no habrían podido pagar la cantidad de trabajo que exigía una defensa puntual, obligada al poco tiempo a enormes desplazamientos físicos del norte al sur del país, cuando los imputados del 7 de abril fueron dispersados por las prisiones de alta seguridad de toda la bota italiana. La adquisición de documentos en cantidades enormes y con costes onerosos; viajes y tiempo para afrontar un conjunto de argumentos de defensa inusuales, que exigían un gran dispendio de análisis y de estudio; y además, condiciones prohibitivas de encuentro con los presos, dificultades

⁹ En la parte periodística del proceso político del 7 de abril, se inventó la figura del «*Grande Vecchio*», una figura oculta y carismática que movería en la sombra todos los hilos del terrorismo italiano en los años setenta.

en la relación con los jueces, hasta llegar a la amenaza de ser considerados cómplices de sus defendidos –¿cómo podíamos pretender que hicieran más de lo poco que conseguían hacer?–. En resumen, terminaron siendo tan inútiles como sospechábamos desde el principio: y sin embargo los abogados del 7 de abril fueron amigos, luchadores generosos, y a veces héroes de la dedicación profesional.

9. ¿Me he quedado fuera?

Hay que tener fuerzas para responder como presos políticos a las acusaciones de los fiscales.

Estoy en régimen de aislamiento. Por la noche me despiertan gritos que vienen del edificio de al lado: jóvenes toxicómanos que gritan por el síndrome de abstinencia, los guardias los hacen callar, tal vez los maltratan, a juzgar por los gritos de dolor y de protesta que cada tanto se mezclan con los lamentos. Continúan gritando: la soledad no me trae descanso.

Otras noches más tranquilas consigo pensar: a mi ser aquí y ahora solo corresponde la soledad y la fragilidad de los compañeros que están fuera. Al sufrimiento de la soledad se suman la ausencia, la duda y tal vez el luto del movimiento.

Preso político: sé quiénes me tienen encerrado, los identifico con claridad. Por el contrario, se empaña la capacidad de rastrear la alegría de la rebelión, su origen crítico; de reconstruir en la imaginación el proyecto y la solidaridad que habíamos elaborado con tantos compañeros: ¿me he quedado fuera? ¿Cómo construir entonces la defensa y organizar la resistencia y la vida en este dispositivo? Además, esta tensión política nunca se mezcla con el recuerdo de cosas habituales: quedan lejos familia, amores, pasiones. Han desaparecido el calor de los afectos y el entusiasmo del hacer colectivo, la alegría del descubrimiento intelectual y la gentileza de la relación pedagógica –y ocupa su lugar el fantasma nocturno y malévolo del miedo a la muerte, contra el cual tengo que inventarme una ascética que lo neutralice–.

Me asalta una fuerza repentina de imaginación –¿me estaré volviendo loco?–. De repente, ya no consigo pensar que el periodo de luchas que he vivido haya terminado –¿y si así fuera?–. No puede ser eliminado de la historia en la que está inscrito, de las vidas que la han vivido. A los gritos de miseria y de dolor que llegan del edificio de al lado contrapongo en la imaginación el folclore de las luchas: piquetes, ocupaciones, enfrentamientos, las calles, el pasamontañas, el afecto de los compañeros, el placer del buen vino...

10. Juntos...

Un mes más tarde empiezo a ver a otros compañeros detenidos, de Padua y Roma: aturridos por la situación, impresionados por el alboroto mediático alrededor de nuestra detención, pero conservan aún la sensatez. Con cuánta alegría nos abrazamos: ¿cómo lo has pasado, dónde te han detenido, en qué cárcel has estado? ¿Quién te ha interrogado, qué querían saber? Incertidumbre, confusión, preocupación: ellos también han sido tratados con insolencia, casi ninguno ha sido interrogado. Compartimos las informaciones de este primer deambular carcelario: la dirección de la iniciativa política de destrucción de la oposición social de los militantes autónomos y comunistas ha sido asumida por la magistratura, el golpe represivo asestado al movimiento es durísimo. No hay ningún tono optimista en nuestras discusiones, pero tampoco un pesimismo extremo –ni mucho menos acentos de desesperación– quien más quien menos contaba con ser detenido, nos esperábamos una provocación policial: pero no esta gigantesca operación policial que a todos y cada uno nos parecía demencial y desproporcionada. La hipótesis de que de *Potere Operaio* a las BR hay una continuidad operativa y teórica, como afirmaban los jueces, era escandaloso: ¿hasta cuándo se tendrá en pie? Entre tanto nos vamos enseñando unos a otros lo poco que hemos aprendido de la vida en la cárcel.

Empiezan las visitas de los familiares, que producen nerviosismo y confusión; intentamos ser operativos en materia penal y carcelaria, que presos y familiares apenas mascullamos: nos

embarga una profunda desorientación. Mientras tratamos de inventarnos, solos o en compañía, cómo pasar el tiempo, la discusión política se cruza con la discusión sobre lo cotidiano. Se espera sin saber el qué; al sufrimiento de la soledad se suma, multiplicándola, la ignorancia del futuro: el inmediato y el por venir. Pero estamos juntos, nadie lamenta lo que ha vivido, ni reniega de ello. Nuestra lucha siempre ha sido política: y aquí estamos encerrados, acusados de insurrección, asociación subversiva, banda armada. Afirmamos nuestra inocencia ironizando sobre el insólito *brand* insurreccional que nos es imputado e intentando en nuestro interior reforzar nuestra verdad, contra los poderes que nos quieren destruir: es el único camino que tenemos para salir de la trampa.

Tenemos que defendernos en el terreno político: ¿pero cómo?

II. Prisión-monasterio

Tras la llegada de otros compañeros se estabiliza una nueva condición, ahora que estamos juntos. Pero qué extraña es el alma humana: con la misma fuerza con la que se deseaba que llegaran otros compañeros, ahora que están uno querría tener la capacidad de aislarse. Algunas veces se consigue: pero para tener aislamiento hay que organizarlo.

«Me preguntan cómo paso el día. ¿Qué puedo decirles? Aquí son los días los que pasan por encima de mí. Creo que la cárcel no se puede describir de otra manera. Una situación de degradación: ni siquiera se puede hablar de alienación porque la falsa conciencia, la mistificación, están completamente ausentes. De todas maneras, nos hacemos la comida, estamos bastante tranquilos, hacemos bromas como en los internados o los cuarteles (aunque sin vulgaridad, porque somos todos tremendamente educados). En cierto modo, estamos tranquilos porque empezamos a acostumbrarnos a la idea de los tiempos medios-largos. Pero esto no implica un desarme, intelectual y moral. Sin embargo, no dejamos de tener, subrepticamente, una sensación de impotencia. Cuando uno no está preso porque es culpable de algo, sino porque es un rehén, no

termina de entender cómo terminarán las cosas. ¡Y luego está el hecho de no poder defendernos, de no poder comunicarnos políticamente con el exterior! ¿Por qué? ¿Por qué siempre tienen que tener ellos la sartén por el mango? Seguramente por ello mi tranquilidad no deja de resentirse un poco». He aquí un fragmento de una carta de Toni.

Pero no siempre era tan triste la situación. Conseguíamos que nos llegaran de fuera, de los familiares, cosas de comer; Toni insistía para conseguir aquellos formidables pucheros caseros de alubias, hechos al estilo lombardo-véneto: eran un reencuentro. Y con las aportaciones de las familias de los compañeros no nos podíamos quejar de la calidad de la comida. Faltaba de beber –pero a veces algún guardia vendía una botella de whisky–. Y además estaba la maría: se pasaba a menudo en las visitas, cuando todavía no nos separaba el cristal que colocaron más tarde, lo que provocó protestas furiosas –puñetazos y patadas contra el cristal que nos separaba de familiares y amigos, contra la deshumanización que provocaba, pero sobre todo porque la maría ya no podía pasar–.

Luego el aburrimiento dejaba paso a las ganas de trabajar, de estudiar –entonces parecía que el tiempo escaseaba, y había que arrebatárselo a la prisión: nada de paseo, menos televisión, menos charla–. Poco a poco, la semana agitada dejaba paso a la silenciosa. Era el verano del 79, Toni se las arreglaba para encerrarse en una celda de aislamiento (este placer no te lo negaban, bajo «solicitud») durante seis o siete horas, para escribir: se llevaba el bocadillo y el día pasaba deprisa. En ese periodo los demás compañeros también estudiaban mucho, con gran productividad: habíamos construido en la prisión una comunidad monástica.

«A veces pienso que los monasterios de antaño no debían ser muy distintos de la prisión: ¿no te parece? Pero son pensamientos extemporáneos y, al fin y al cabo, nunca pensé en hacerme fraile». No obstante, lo cierto es que cada uno de los presos, dedicado en su mayor parte a un trabajo intelectual, intentaba transformar el aislamiento en una ocasión de «vida zen», abismarse en su cerebro y construirse de esa manera una pequeña máquina de resistencia y de autonomía: su propia «bicicleta».

12. Moro

Toni veía pasar los días en interrogatorios sobre las BR, de las que habría sido uno de los jefes: rueda de reconocimiento sobre su presencia en via Fani; sobre la llamada telefónica que habría hecho a la familia de Moro para anunciar su asesinato, con un largo análisis pericial: ¿quién podría poner en duda que la Fiscalía de Roma posee las tecnologías más eficaces para la comprobación de la verdad? Además de los italianos, el juez Gallucci encargó un análisis pericial a un experto fónico de Michigan, Oscar Tosi, que tenía mala fama en la magistratura estadounidense por sus vínculos con la policía. Allí un tribunal había incluso rechazado sus peritajes fónicos, porque sus probanzas no eran aceptadas por los expertos, mientras que Tosi «no podía ser considerado ni imparcial ni desinteresado». Al mismo tiempo, *l'Espresso* adjuntó con un número de la revista un disco de plástico con la grabación de la llamada telefónica, junto a una muestra de la voz de Negri: «¡Haz tú mismo el peritaje telefónico!». Al final solo Tosi creía poder identificar a Negri como el autor de la llamada telefónica «con un alto grado de probabilidad»: tanto el perito de la defensa, el profesor Trumper, fonólogo de la Universidad de Padua, como los peritos encargados, para los cuales el autor de la llamada procedía de la Italia central, de las Marcas para ser más exactos (como pudo confirmarse más tarde cuando el arrepentido Peci reconoció que era el marquesano Morucci), exculparon a Toni. Gallucci, por su parte, guardó silencio.

Con esto se entraba en los *secreta imperii*. En las vísceras del Estado soberano hay una prohibición absoluta de que el jefe del Estado pueda recibir la muerte a manos de sus semejantes; asimismo, que pueda recibirla a manos de sus subordinados: el primer caso es traición, el segundo profanación. Toni funcionaba bien para evitar la profanación, ya que por estatus social no era un proletario sino, como Moro, un mandarín universitario, un político casi profesional, al que presentaban como «*Grande Vecchio*», consejero del terrorismo doméstico e internacional. Moro asesinado por un igual: una vulgar analogía, que se podía hacer tragar a los infelices súbditos (no muchos) indignados por la profanación de la soberanía. En cuanto

al caso de la traición, la cosa era más delicada: era difícil aceptar que la eventual culpabilidad de Toni sirviera para absolver a la clase política, católica y *picista*, de la responsabilidad directa de haber dejado que mataran a Moro. A los *picisti* no se les escapaba que, a través de esa muerte, habrían tenido la posibilidad de poner fin a la guerra que habían emprendido desde hacía una década contra la autonomía del movimiento comunista —«ningún enemigo a la izquierda», rezaba un viejo *dicton* estalinista—. Pero a los católicos no dejaba de dolerles la responsabilidad de aquella muerte: la reaparición de una razón de Estado resultaba indigesta para una clase política que, a pesar de todo, seguía siendo la misma que había combatido el fascismo. ¡Pobre Toni, sacudido entre proyecciones políticas grotescas y figuras criminales desproporcionadas! Lo percibía en el comportamiento de los jueces, durante los interrogatorios, timoratos o indignados, respetuosos o insultantes en función de los casos, contra la función simbólica que les era atribuida: además de chivo expiatorio, se había convertido en símbolo del delito de lesa majestad.

13. El caso 7 de abril

La polémica sobre el 7 de abril es durísima, divide a la sociedad. Los culpabilistas encuentran un apoyo unánime en los grandes diarios y en los partidos de centro derecha, mientras en la izquierda el PSI y los movimientos, con *il manifesto* en primera línea, denuncian la provocación y la voluntad represiva del Estado. El PCI, alineado con la derecha, está implicado en la política del «compromiso histórico», un proceso de alianza y de gobierno con la DC después de treinta años de oposición: ya había mostrado la voluntad de neutralizar a los movimientos que lo impugnaban y que se habían impuesto en la fábrica y en la sociedad. En el 77 en la Sapienza, cuando Lama fue expulsado, y luego en Bolonia, durante el mes de marzo, había tomado la iniciativa: ahora se pone manos a la obra con todo lo que tiene, sus periódicos, sus militantes, sus abogados, sus jueces de confianza, e incluso supuestos testigos procedentes de sus propias filas.

Decíamos: aún hoy, cuando nombran a Negri añaden «el asesino de Moro»: *calumnia, que algo queda*, enseñaba Plutarco. Pero llama la atención que, aunque muchos parecen creer que Toni ha sido el asesino de Moro, nadie le insulta ni le retira el saludo por ese motivo: si no fuera por la repugnancia de la cosa en sí, habría que alegrarse de que Toni haya podido vivir esa historia –lo que ayuda a entender hasta qué punto puede contribuir a exaltar el crimen una memoria colectiva falsificada–. Asesinar a Moro fue más que criminal: porque –como el día después del secuestro entendieron y escribieron los periódicos de movimiento– permitió y legitimó una represión feroz que destruyó los movimientos sociales antagonistas. Pero más criminal aún fue construir aquel montaje procesal para acusar de aquel crimen a toda una generación. Véase la Italia de hoy, su grado de miseria intelectual, de mezquindad política, de debilidad moral: esa decadencia empezó con la destrucción de la generación en movimiento y en revuelta en los años setenta –¡desde entonces en el *bel paese* ya no hay generación, sino corrupción!–.

14. Insubordinación

Tras el alivio de reunirse y el cansancio de asentarse, todos juntos en una de tantas alas G de Rebibbia, en un régimen semiduro, empiezan las peleas. Motivadas sobre todo por los romanos; divididos desde PotOp entre la *Autonomia* y otros caminos, con idas y venidas, haciendo hojas y revistas, trasladan al nuevo colectivo las disputas que en su momento los dividieron: coletazos y rencores de grupos de hombres aún jóvenes en la política, educados tan solo en una militancia frenética. Una generación, que durante diez años había estado siempre en movimiento, está ahora encerrada: ¿qué puede uno esperar? Después de haber tomado nota de nuestro común estar en prisión, la discusión sobre qué hacer para salir se vuelve central: y divide. En la condición en la que están todos juntos ahora, sin haber interiorizado ningún sentido de la derrota, aparece una cierta preponderancia del discurso político y de las propuestas organizativas de los grupos armados y de las BR. Quieren hacer guerrilla también dentro de la cárcel, intentan organizarla, empiezan a hacerla: desaires a los guardianes, desorden

en los pasillos, negativa a volver de los paseos a la hora establecida, peticiones insistentes de lugares de encuentro colectivo... La relación con la dirección no tarda en endurecerse; un par de compañeros son llevados a las celdas de castigo: se responde golpeando los barrotes con los enseres de la celda y con todo lo que hace ruido, con algunas respuestas al llamamiento a la lucha común desde los demás pabellones. Hemos entrado en la trifulca, la *bagarre* ha empezado –pero las divisiones se acentúan–. Los más contrarios a entablar el enfrentamiento hacen ayuno –¡mejor hubiera sido que no lo hubieran hecho!–, los llevan a las celdas de aislamiento. Se enciende la protesta, los que no querían jaleo se suman también a la defensa de los ayunadores: crece la *bagarre*, ahora es un vórtice que gira y se desborda y arrastra todo a su alrededor. Está claro que el personal de vigilancia no podrá aguantar la presión mucho más tiempo, que la dirección de la prisión y los jueces no tardarán en intervenir: cuando vigilar se hace imposible, castigar es inevitable. Aquí descubres una ley del «padecer» la cárcel, intrínseca a la concatenación de vigilancia y castigo: rebelarse es inevitable, la vigilancia nunca conseguirá impedirlo, aplastar tu deseo de libertad. Es una ley importante –no hay «voluntad de obedecer» en la prisión, ni siquiera cuando el guardián tiene la facultad de torturarte o matarte–. Sufrir y rebelarse están contenidos uno en el otro: en las prisiones no hay ni siquiera el deseo de «obedecer a medias», de alcahuetear, porque la más mínima cesión no te da más libertad, sino que provoca más vigilancia y genera más desprecio por parte no solo de los compañeros, sino también de los guardianes. En la vida carcelaria la insubordinación no es un hecho extraordinario, sino que es su trama misma, la *forma de vida*; hasta el más tímido y formal se rebela en prisión: aunque no quiera, se ve llevado a ello por una sucesión inevitable de acontecimientos, por una viciosa temporalidad, que tienden a disminuir cada vez más su libertad si no se rebela.

De joven, Toni había leído *El talón de hierro* de Jack London en una antigua edición socialista que había dejado su padre; tenía el vago recuerdo de que era una obra maestra de imaginación literaria: en cambio, era la verdadera descripción de una «vida desnuda» rebelde. Cualquier otra imagen de la vida desnuda es falsa.

15. Mundo sumergido

Poco a poco descubrimos la dureza extrema a la que puede llegar el poder de mando carcelario: vacía y devasta el tiempo de la vida. Reaccionamos todos juntos: lo haremos durante mucho tiempo, hasta que desde fuera intenten imponer estrategias y poder de mando sobre los deseos y la decisión autónoma de los prisioneros –cuando las BR intenten sumar las luchas en las prisiones a su estrategia–. Por el momento, llevamos adelante las luchas con plena autonomía: tenemos que tener nuestro propio tiempo también en la cárcel, y el espacio que deseamos tenemos que conquistarlo. Yo también estoy dentro de estas luchas, trato de oponerme a y/o de mediar entre propuestas extremas –como el rechazo absoluto de la disciplina y la violencia contra los funcionarios, dentro y fuera de la prisión: propuestas desesperadas que empujan a un enfrentamiento perdido de antemano y al suicidio– y a concitar sectarismos y antipatías.

Al mismo tiempo, reflexiono. Está claro, nos hemos quedado fuera del mundo: si luchamos, ¿no es por encima de todo para sentirnos vivos? ¿No habíamos sostenido que el movimiento comunista en lucha es siempre capaz de construirse como fuerza autónoma, donde la autovalorización es su única medida y fuerza constitutiva? ¿Pero ahora, aquí dentro? ¿Nos habíamos engañado? Desde luego; también aquí constituimos un mundo; pero un mundo sumergido, por así decirlo, que ahoga la vida. Así pues, aunque haya habido una derrota, ello no impide una estrategia subterránea, separada: ilusoria tal vez, pero propedéutica para el porvenir. Y además: si la cárcel constituye en realidad una gran jaula dentro de la cual luchamos por una libertad ilusoria, no obstante es cierto –amargo consuelo– que para los compañeros que están fuera la situación no es muy distinta. «La prisión es la sociedad, en el estado al que se ha visto reducida, en su forma realizada», me escribe un viejo compañero: la represión ha desertificado la sociedad proletaria. Si la prisión vacía el espíritu y hunde los cuerpos, tenemos que ser capaces de transformar ese vacío, esa vida sumergida, en un milagro de deseo, que recomponga espíritu y cuerpo en nueva fuerza. La lucha debe mantenernos con vida.

Ante la imposibilidad de la evasión o de cualquier forma de liberación, mantenerse con vida, ¡pero qué difícil!

16. Un libro

*El comunismo y la guerra*¹⁰ fue escrito en el mundo sumergido de Rebibbia en el verano del 79. Un trabajo fácil, pero neurótico: Toni vuelca en él el cansancio y la ira del primer periodo de encarcelamiento. Y la conciencia lúcida de estar solo. «El prisionero político de antaño vivía una situación en la cual la línea positiva del partido le llegaba en la especificidad de un lenguaje codificado. Hoy esto ya no tiene sentido»: tenemos que reconstruir solos.

La hipótesis, la ilusión razonable, era que la derrota política de las vanguardias no constituía un bloqueo definitivo del crecimiento del movimiento, que este se defendería, reorganizándose en un mundo separado, autónomo y fuerte: era el modo en que había madurado y se había consolidado a través de las luchas. Desde luego, estábamos en un estado de guerra; las relaciones de fuerza se reconfiguraban de manera convulsa: el movimiento del obrero social había encajado una primera derrota, cuando los procesos de *autovalorización* no habían conseguido tornarse en *autodeterminación*; cuando el contraataque patronal había conseguido aislar a la vanguardia que ejercía contrapoder desde el movimiento de masas. Esa asimetría desfavorable y decisiva había devuelto la iniciativa al empresariado y al Estado: ¿cómo ir más allá de la derrota? También en los años veinte y treinta, en Italia y Alemania, se dieron situaciones de derrota similares: pero las figuras de resistencia salidas de aquella crisis hoy no podían enseñarnos nada, porque la forma de la crisis se ha modificado de manera esencial. Se ha quebrado la relación dialéctica entre luchas obreras y reformas capitalistas que sin embargo los años treinta habían renovado, con el *New Deal* –pero también, dándole la vuelta, con los fascismos: «La forma de la relación entre desarrollo/crisis y lucha de clases solo se puede

¹⁰ Antonio Negri, *Il comunismo e la guerra*, Milán, Feltrinelli, 1980.

representar ahora en la forma de la guerra»-. «No solo saltan las proporciones generales, sino que se acumulan mecanismos y dinámicas, irreversibles o difícilmente reversibles, que empujan a la desproporción en toda la secuencia estatal del control a través del consenso con arreglo a las determinaciones de la Constitución democrática». Como resultado de ello, se ha modificado la gobernanza capitalista que intenta sustraer todo terreno de independencia y de autovalorización a la clase social de los trabajadores, absorbiéndolos en un nuevo modo de producción: «La línea neoliberal aprovecha y distorsiona la figura productiva del obrero social». El nacimiento del obrero social ha sido entendido de manera adecuada por el capital y ha sido reorganizado en un patrón de control: con eficacia paradójica, «la fuerza del proyecto neoliberal consiste en secundar el rechazo obrero del trabajo». En cambio, la izquierda ha perdido todo contacto con las luchas obreras: no quiere reconocer la centralidad del obrero social y ha terminado ahorcada en las viejas corporaciones fabriquistas. El sueño del nuevo reformismo capitalista y socialista es «gobernar una alta conflictividad»: ¿pero cómo puede hacerlo, si sus instrumentos políticos y sindicales han dejado de morder la subjetividad obrera? «El proyecto de la izquierda choca también y sobre todo contra la naturaleza y la estructura del movimiento de clase. Este ha dejado de ser reducible a la mediación del Estado. Radicalmente, potentemente. Es movimiento comunista, consolidado sobre sí mismo. No acepta dinámicas que no partan de sí mismo y que no regresen al mismo». Por otra parte, se está precipitando el proceso de salida de las luchas de fábrica: ¿cómo es posible determinar luchas eficaces en la «economía sumergida», en la sociedad fracturada, cuando el capital, a través de la represión y del gobierno, intenta y a veces consigue determinar nuevas formas de control sobre la autovalorización? «En realidad, nadie está aún en condiciones de ganar la guerra. La escena seguirá abierta; pero tened cuidado, compañeros, de no encerraros en un gueto», cuando, fuera de la cárcel, la represión los empujaba a hacerlo: «El gueto es una utopía. Es el equivalente de la utopía capitalista del neoliberalismo, es la proyección de esa ideología sobre el lado de la sociedad obrera. Es un

bloqueo, intentado desde el interior de la autovalorización contra la independencia y la autonomía del proletariado», concluía Toni.

Si el análisis se hubiera detenido en la demostración de que la guerra seguía abierta, se habría podido afirmar sin duda: estamos en el umbral de una transformación profunda de todo el tejido de la lucha de clase –prácticamente una anticipación de lo que Toni elaborará una década larga después, a partir de *Fin de siglo* hasta llegar a *Imperio*–. En cambio, nos hacíamos la ilusión de que el movimiento del obrero «social» aguantaría, de que el dato de su independencia en la valorización se había visto confirmado: ¿se describía ya «otro» movimiento obrero como «movimiento (realizado) del valor de uso»? Frente a la profundización de la crisis que rozaba, o más bien desembocaba en la guerra abierta, y a la nueva y espantosa asimetría de la relación de clase entre patronos y obreros, Toni se conformaba con una redefinición ontológica, consistente, fijada, del obrero social, de su subjetividad y de su fuerza: pura mitología. Aun en el caso de que esa autonomía estuviera dada, sería ofrecida a una restauración del poder capitalista que no le dejaba otro espacio. De esta manera, después de nuevas e inútiles escaramuzas destinadas a introducir un principio de realidad, el discurso no podía dejar de encerrarse en la utopía de una exhortación a resistir dentro de una imparable transición hacia la sociedad comunista: ¡qué ilusión pertinaz!

Tal vez el valor residual de *El comunismo y la guerra* consiste en haber exhibido la crisis de un discurso que había sido derrotado en la realidad de la lucha de clase en los años anteriores. Sin embargo, el libro contenía muchas anticipaciones: la nueva percepción de la crisis, dentro de la cual se advertía la novedad de las políticas neoliberales por venir; el uso capitalista del rechazo del trabajo, de la autovalorización –castrada de la autodeterminación– como clave de una nueva adecuación del poder de mando y del control capitalista sobre la producción social. Igualmente lúcida era la intuición del proceso de reapropiación por parte de los trabajadores cognitivos («fuerza invención», se decía entonces) socialmente precarizados; de la hegemonía cooperativa sobre la producción: mucho más tarde, sobre estas bases, se desarrollará el discurso sobre la reapropiación

de capital fijo por parte de la cooperación obrera. Había una ontología constituyente que se estaba construyendo definitivamente, anticipación cercana al estudio sobre Spinoza.

17. Dique de resistencia

Siempre con el mismo espíritu, Toni escribe el opúsculo *Politica di classe*:¹¹ un complemento de *El comunismo y la guerra* que no añade gran cosa, salvo una exhortación a la organización –en realidad una mera invitación teórica tras la cual hay un déficit teórico completamente explícito–. La cuestión no es que la vanguardia no consigue conectarse con el movimiento de masas o que el contrapoder ya no está encarnado en las luchas sociales. Es la teoría que se disuelve: la ilusión y la generosidad que la sostenían no producen realidad. Las «cinco campañas» que el movimiento habría debido iniciar eran una lista de problemas y tareas que una década de luchas había puesto de manifiesto sin conseguir resolverlos: sobre las fábricas y el tiempo de trabajo; sobre el gasto público, es decir, sobre la reproducción de la clase obrera; sobre el saber científico, el trabajo de investigación y contra la nuclearización; contra el Estado autoritario y sus cuerpos separados; por último, y la más importante, una batalla por la organización, por la construcción de un estrato político de recomposición, de agregación y de dirección del movimiento comunista.

El opúsculo expone como tarea lo que a comienzos de los años ochenta ya podía reprocharse a la *Autonomia* como fracaso teórico y práctico: y esto resulta estúpido e inútil. Pero aquí hay algo que tal vez atañe no a la teoría, sino más bien a la pasión: la afirmación de quien quiere mantener alta la bandera en la dificultad no solo de dirigir un exiguo puñado de militantes, sino incluso de alzarla. La voluntad de no ceder, la obstinación, la fe, pueden llevar al martirio: no era esto desde luego lo que querían Toni y

¹¹ Toni Negri, *Politica di classe: il motore e la forma. Le cinque campagne oggi*, Milán, Macchina Libri, 1980.

sus compañeros: pensaban tan solo que era necesario resistir a la «tortura blanca», que sufrían desde la detención. Resistencia.

Aquellos libros de Toni no se limitaban a repetir viejas cantilenas: consiguen además recomponer pedazos y «componer un canto que no se podía comunicar. ¡Intenten resistir en la cárcel! En una primera fase es necesario volver sobre sí mismos, hacerse pequeños, concentrarse y convencerse de que es posible resistir: esta búsqueda de posibilidad anticipa y condiciona la capacidad de reconquistar libertad –incluso en la cárcel–. Muchos compañeros no lo consiguieron: por no haber dado un primer paso de resistencia, terminaron destruidos por el tiempo de la cárcel, empujados a la duda o al arrepentimiento (en su fuero interno, da igual que lo hagan saber a los demás compañeros, o al enemigo) o al olvido. Gran parte de los compañeros ha resistido bien, algunos mejor que Toni. La primera fase es la que Toni consiguió recorrer en los dos libros: decidir resistir, construir un dique. No es suficiente: se trata de construir sobre este dique una línea de fuga, inventar y proponer la búsqueda colectiva de un «éxodo» –palabra extraña, que se usará mucho en ese periodo, también por parte de Toni–. Pero, pensándolo ahora, nunca comprendió muy bien lo que significaba. Éxodo = evasión, esa fue la única palabra que, en la pelea de los significados, le pareció finalmente significativa. Luego estaba el éxodo utópico, deseante, materialista o transcendental: pero aquí no estábamos para hacer filosofía. Éxodo, entonces, como decisión ética de resistir: cúmulo de razones para hacerlo, profundización en una ontología del presente que diera fuerzas para avanzar en un por-venir oscuro...

18. Bonanza

Cada vez quedan menos del grupo grande que se había formado en Rebibbia entre mayo y junio del 79. Después de cada enfrentamiento con los guardianes, algunos compañeros son trasladados: es la respuesta a las luchas iniciadas en Rebibbia, resueltas de manera draconiana por la dirección de la cárcel. Así, pues, cada

vez quedábamos menos en Rebibbia: a comienzos del otoño dispersión casi general, de cincuenta que éramos quedamos cinco o seis; luego nos enviaron a todos al «circuito de las gamuzas».¹²

Es un golpe duro no solo para la construcción de una defensa colectiva, un golpe perjudicial para los compañeros, cruel para las familias, insoportable para los muchachos porque afectaba a lo que más apreciaban: la amistad y el apoyo mutuo en la cárcel. La cosa afectó a Toni más que muchas otras infamias que sufrió. En la soledad creciente (pero también con el desplome de la acusación de ser el jefe de las BR) Toni intenta reorganizar la vida en la prisión; pero está preocupado: hasta ahora había pensado que la acusación se habría mostrado cada vez más débil, hasta desmoronarse; ahora empieza a temer que la revelación de la verdad iba a dar paso a reacciones desaforadas, a provocaciones, a alguna forma de venganza institucional.

La expurgación de Rebibbia está vinculada también a la apertura de las «especiales», donde se estaban acumulando los culpables de lucha de clase. Cuentan que son lugares bastante poco apetecibles: las cuevas fétidas de Favignana; Cuneo, conocida por la violencia en el trato; l'Asinara, apartada del mundo; Fossombrone, *nomen omen*;¹³ y otras Cayenne.¹⁴ Algunos compañeros, sobre todo

¹² «Circuito dei camosci». Se conocía así al conjunto de cárceles especiales que el gobierno italiano dispuso en 1977 para dispersar a los presos y presas de las organizaciones armadas y autónomas. El ministerio del Interior preparó en secreto la llamada «Operazione camoscio», que entre el 16 y 17 de julio de 1977 trasladó a varios centenares de presas y presos, dispersándolos por distintas cárceles especiales. Se trataba de las cárceles de l'Asinara, Cuneo, Novara, Fossombrone, Trani, Favignana, Palmi, Badu e' Carros-Nuoro, Termini Imerese, Ascoli Piceno, todas ellas prisiones masculinas; mientras que las presas fueron dispersadas a las cárceles de Latina, Pisa y Messina. Las condiciones degradantes y los malos tratos y torturas en las cárceles especiales fueron objeto de denuncia por parte de distintas organizaciones profesionales y asociaciones de derechos humanos.

¹³ Locución latina que significa «el nombre es un presagio». En este caso, la prisión de Fossombrone, junto a la localidad del mismo nombre, situada en la región de Las Marcas. La expresión «fossombrone» vendría a evocar algo así como «gran fosa o sepultura sombría».

¹⁴ En referencia a la prisión colonial francesa de La Cayenne, en la Isla de la Reunión, que empezó a funcionar en 1930 y que desde entonces presenta condiciones inhumanas.

entre los brigadistas, casi deseaban las especiales, porque allí iban a encontrarse con muchos de sus compañeros. Empezábamos a saber lo que eran estas nuevas prisiones, que al principio llamábamos irónicamente «lugares de veraneo» y luego rebautizamos como el «circuito de las gamuzas»: lugares imposibles para vivir. Pero empezaban también a formarse la nueva conciencia y la dignidad del combatiente encarcelado: los lugares en los que habías estado encerrado estaban marcados por cualidades de trabajo político y por grados de resistencia, como una cinta o una medalla sobre el pecho de los militares. Mientras tanto, nosotros, que estamos aún en Rebibbia, no entendemos lo que estaba ocurriendo: los jueces habían dejado de interrogar a los compañeros. En cuanto a Toni, ve desfilar ante él una procesión de jueces que le citan, más por curiosidad que para comprobar sus supuestas responsabilidades en los diferentes casos en los que estaría implicado.

En resumen, una gran e inquietante bonanza.

19. *Eppur si muove*

Las noticias de las grandes vicisitudes políticas internacionales y las de los movimientos que nos llegaban «de fuera» se funden en un único flujo que se acumula en los cuatro años y medio de cárcel de Toni. El «afuera» del que procedía daba a ese rumor dignidad e importancia para nosotros que estábamos «dentro». Movimientos, levantamientos, revoluciones: los percibíamos como música en una continuidad que no echaba a perder su diversidad, no confundía los sonidos (a propósito: ¡qué entusiasmo cuando en Trani conseguimos sintonizar Radio Tirana solo para oír *La Internacional* con la que empezaban las emisiones!). Movimientos contra las instalaciones de misiles y de armas nucleares en toda Europa, movimientos enormes de ocupación de casas en Alemania y en todo el Norte de Europa. Y luego la revolución iraní, desde su disparatado inicio libertario y socialista a su cierre clerical y estatista; el nacimiento y el desarrollo de *Solidarność* y las nuevas figuras del *operaismo* revolucionario en salsa católica: los políticos encarcelados

se entretenían con discusiones apasionadas sobre estos puntos de interés, renovando su roja pasión internacionalista. Habíamos sufrido una derrota; sabíamos que no era algo momentáneo y, en coherencia con nuestro internacionalismo, la considerábamos una herida profunda en la lucha de clase a nivel mundial: con aquella derrota se había abierto una nueva época del dominio capitalista, el cuerpo de los oprimidos en general había sufrido un golpe. Pero ese mismo cuerpo de los oprimidos se estaba transformando: si queríamos comprender esas transformaciones, la única claraboya desde la que mirar al fondo de las luchas –para nosotros, que en esas luchas nos habíamos vuelto humanos– consistía en seguir las grandes aventuras revolucionarias en marcha.

Empezábamos a comprender muchas cosas. Percibíamos los crujidos colosales del imperio soviético; la dictadura en la URSS se estremecía. Ese interés no era una novedad para nosotros, que habíamos vivido el 68: pero era impresionante lo evidente de esa disolución, y cómo las luchas de los obreros polacos se parecían a las nuestras y contenían una fuerza explosiva parecida. Igualmente enorme nos pareció, de repente, la revolución iraní y el derrumbe de los equilibrios en Oriente Medio: comprendíamos que, pasara lo que pasara, el movimiento chií iraní iba a ocupar el lugar de la vieja y cansada Organización para la Liberación de Palestina a la cabeza de los movimientos subversivos anticoloniales. Comprender lo que sucedía fuera era un modo de olvidar nuestra ausencia del terreno de lucha, pero también de amortiguar sus efectos: éramos conscientes de que todo estaba cambiando y de que, si los movimientos subversivos habían tenido que usar máscaras clericales y sectarias (como en Polonia), y si «socialismo» empezaba a ser una palabra impronunciable –donde el estalinismo se había convertido en una enfermedad incurable– no obstante todo se movía, aunque no sabíamos en qué dirección.

La derrota del 68 no había cerrado, sino que había vuelto a abrir un ciclo internacional de luchas: se trataba de superar el momento de la derrota, como hacían las luchas que sacudían los grandes imperios, el soviético en Polonia, el estadounidense en Irán, que nos garantizaban que la historia no había terminado, que siempre

se presentaban ocasiones revolucionarias. Y cuando Thatcher derrotó en las Malvinas a la dictadura argentina, también el bloque fascista y reaccionario que representaba América Latina empezó a estremecerse, a verse atravesado por amplias fisuras, mientras en Brasil aparecía en escena el *operaismo* de los trabajadores del ABC paulista.

En realidad, apenas nos comunicábamos las noticias, y en las raras ocasiones en las que hablábamos de ellas, parecía una comedia de Beckett: se habla en general porque se parte siempre de una situación de enfermedad o de parálisis. Pero aquellas palabras que nos decíamos (azarosas, anhelantes, a menudo falsas, a veces dudosas) eran siempre exaltaciones de la lucha de clase. Recibíamos *Le Monde Diplomatique* y Toni, con Francone Tommei y Oreste Strano y algunos más, hacíamos apuestas sobre este o aquel frente revolucionario que estaba de actualidad en las crónicas: apuestas de liberación.

20. En un agujero

A mediados de octubre también Toni es desalojado de Rebibbia. Cuando llega a Fossombrone, después de pasar un día encerrado y esposado en un furgón celular, no sabe dónde está pero, por las formas rudas con las que es recibido, comprende de inmediato que se trata de una cárcel especial. Lo instalan, solo, en una celda pequeñísima con el techo inclinado, una especie de trastero; estirado en la cama toca el techo con los pies: un agujero, un cuchitril. Unos días más tarde sale al patio, un amplio paseo con muros altísimos y una red por encima: por primera vez se encuentra en un *milieu* en el que no hay ni siquiera un político, solo bandidos de las últimas crónicas de sucesos milanesas y vénetas –hombres de Turatello, de Vallanzasca, de Maniero–, degolladores varios y secuestradores sardos que no entienden porqué Toni está con ellos. Es una prisión sórdida: en las duchas humeantes como un baño turco te esperas un navajazo, como de hecho ocurre a menudo. Después de diez días es trasladado a una celda de verdad, donde vuelve a encontrarse con

Lucio Castellano,¹⁵ finalmente le devuelven la pequeña Olivetti que tenía en Rebibbia. Aquí no hay nada que hacer salvo leer, estudiar, escribir: dar aliento a la imaginación.

Toni se había traído de Rebibbia la *Ética* de Spinoza, el único libro que había conseguido agarrar por la noche, cuando le sacaron de la cama, le empaquetaron y le despacharon. En los meses previos a la detención había sido su libro de cabecera; en Rebibbia la había releído y había hecho fichas: ahora decide dedicarse, en cuerpo y alma, a trabajar sobre ese libro. Aquel agujero al que le habían arrojado en los primeros días era el foso de Daniel: infundía en los sueños miedo y esperanza. Era necesario un esfuerzo final, una ruptura para su vida y su pensamiento más allá del destino criminal: «¡Soy muy afortunado», pensaba para sus adentros, «de poseer una cierta cultura filosófica y de tener aún frescos los estudios sobre Spinoza! ¿Pero no estaré cargando este pasaje de demasiadas urgencias y esperanzas?»...

Aquí nace, como si se lanzara a sí mismo un guante de duelo, *La anomalía salvaje*.¹⁶ Al final del trabajo, en la conclusión del prefacio, escribirá:

Este trabajo ha sido escrito en prisión. Pero también ha sido pensado, en su mayor parte, en prisión. Desde luego, a Spinoza lo conocía bien, desde siempre, –por así decirlo– porque desde la escuela me apasionó la *Ética*, lectura filosófica del bachillerato superior (y aquí quería recordar con cariño a los profesores de aquellos años). Luego continué trabajando sobre el tema, no dejaba que se me escaparan lecturas al respecto. Pero la realización de una obra exigía demasiado tiempo. Cuando acabé en la cárcel, empecé desde cero. Leyendo y haciendo fichas, atormentando a mis amigos por correspondencia para que me enviaran libros. Se lo agradezco de todo corazón. Estaba convencido de que en prisión uno tenía tiempo. Iluso, un verdadero iluso. La prisión,

¹⁵ Lucio Castellano, militante de *Potere Operaio* y *Autonomia*, nacido en Roma en 1949. En 1979 se encuentra entre los fundadores y redactores de la revista *Metropoli*, que será confiscada y sus redactores encarcelados ese mismo año. Tras la salida de la cárcel, participa en la fundación de las revistas *Luogo Comune* y posteriormente *DeriveApprodi*. Murió a consecuencia de un accidente de tráfico en 1994.

¹⁶ Antonio Negri, *La anomalía salvaje. Ensayo sobre poder y potencia en Spinoza*, trad. de Gerardo de Pablo, Barcelona, Anthropos, 1993.

su ritmo, los traslados, la defensa, no dejan tiempo porque disuelven el tiempo: esta es la forma principal de la pena en la sociedad capitalista. Así que, como el resto de mis trabajos, este también ha sido arrebatado al sueño, arrancado del régimen de la cotidianidad. Es completamente cierto que la cotidianidad de la cárcel es terrible y seguramente menos amable que los institutos universitarios: y espero que esa falta de amabilidad se resuelva, dentro de esta investigación, en concreción demostrativa y expositiva. Pero, dicho esto, no creo que la cárcel dé una cualidad distinta –mejor o peor– al producto: no suplico benevolencia de la crítica. Querría tan solo albergar la ilusión de que esta maldita celda haya sido tan fecunda como la soledad spinoziana del taller de óptica.

21. Spinoza

¿Qué significa Spinoza para Toni? ¿Qué significa trabajar sobre él, para un preso del 7 de abril, para un prisionero político destinado –a raíz de una dura derrota– a una condición criminal, a una exclusión de la lucha y de la vida? Spinoza ya estaba en el centro del trabajo de Toni en el semestre anterior al encarcelamiento. En contacto con Deleuze y Alexandre Matheron cuando, entre el 77 y el 79, Toni había enseñado en París, influido por el libro de Macherey *Hegel o Spinoza*,¹⁷ que se había publicado por entonces, se había lanzado a una relectura de todo Spinoza. Estaba buscando una ontología que justificase –o, mejor dicho, que volviera a dar piernas y aliento a la militancia–. Ahora, en la cárcel, aquel propósito se veía confirmado y exaltado: no se trataba solo de dar con una ontología de la liberación comunista, una clave teórica, sino de un arma ética para resistir a la cárcel, para superar la derrota y para reconstruir vida y proyectos de lucha. Desquiciado por la locura cruel de la represión y arrojado a la incertidumbre por las vicisitudes caóticas del régimen especial, Toni tenía que volver a poner los pies en el suelo: la ética es una piedra sobre la que refundar la

¹⁷ Pierre Macherey, *Hegel ou Spinoza*, París, Maspero, 1979. [Ed. cast.: *Hegel o Spinoza*, trad. de María del Carmen Rodríguez, Buenos Aires, Tinta Limón, 2004].

confianza en sí mismo, en la lucha y en la reconstrucción: ¡manos a la obra!

Toni trabaja siempre, todo el tiempo del que dispone. Buena parte de su correspondencia está dedicada a este trabajo: encontrar libros y hacer que se los envíen, leerlos y hacer fichas –deprisa, porque en la celda no se pueden tener más de cinco libros, a veces solo dos–. Trabaja como un poseso; la Olivetti está que hierve: tenía que recuperar la certeza, romper con toda ilusión, revisar toda entrega en custodia ideológica, desenmascarar todo aquello en lo que había depositado una confianza injustificada. Pero, por otra parte, con Spinoza quería dar una imagen natural, física, corpórea, de la verdad de su propia lucha; revivir el materialismo spinoziano de la alegría del amor. ¿Qué significa Spinoza para Toni? Lo dice con claridad en el prefacio de *La anomalía salvaje*:

Spinoza es la anomalía. Si Spinoza, ateo y maldito, no termina sus días en la cárcel o en la hoguera, a diferencia de otros innovadores entre el 1500 y el 1600, solo es indicativo del hecho de que su metafísica representa la polaridad efectiva de una relación de fuerzas antagonista ya consolidada: en la Holanda del siglo XVII, el desarrollo de las relaciones de producción y de las fuerzas productivas conoce la tendencia de un porvenir de antagonismo. En este cuadro, la metafísica materialista de Spinoza es, por lo tanto, la anomalía potente del siglo XVII: no anomalía marginal y derrotada, sino anomalía del materialismo triunfante, del ser que avanza y que constituyéndose plantea la posibilidad ideal de revolucionamiento del mundo.

Los motivos por los cuales es útil estudiar a Spinoza son tres. Cada uno de estos motivos no es solo positivo, sino también problemático. Lo que significa que Spinoza no es solo el autor que plantea y resuelve algunos problemas de y en su tiempo: también hace eso, pero la forma misma de la solución comprende una problematicidad progresiva que alcanza y se instala en nuestro horizonte filosófico.

Primero: Spinoza funda el materialismo moderno en su figura más elevada, es decir, determina el horizonte propio de la especulación filosófica moderna y contemporánea, que es la de una filosofía del ser inmanente y dado, y del ateísmo como negación de todo orden presu-
puesto a la acción humana y a la constitución del ser.

Segundo: Spinoza, cuando aborda temáticas políticas (y la política es uno de los ejes fundamentales de su pensamiento), funda una forma no mistificada de democracia. Lo que significa que Spinoza plantea el problema de la democracia en el terreno del materialismo y por ende como crítica de toda mistificación jurídica del Estado.

Tercero: Spinoza muestra que la historia de la metafísica comprende alternativas radicales. La metafísica, como forma ideal eminente en la que se organiza el pensamiento moderno, no es un todo único. Comprende las alternativas que produce la historia subyacente de la lucha de clase. Existe «otra» historia de la metafísica. La bendita contra la maldita. Sabiendo que, sin embargo, solo en la complejidad de la metafísica puede leerse la edad moderna.

En este sentido, para mí leer a Spinoza ha representado una experiencia de una frescura revolucionaria increíble. Me explico mejor: el problema que plantea Spinoza es el de la ruptura subjetiva de la unidimensionalidad del desarrollo capitalista: lo que significa que Spinoza nos muestra que la alternativa vive como potencia material en el interior del bloque metafísico de la filosofía moderna.

Las tres motivaciones mencionadas que justifican hoy una relectura de Spinoza confluyen todas en el terreno de investigación que se suele llamar de la siguiente manera: definición de una nueva racionalidad. Spinoza definió, de forma radical, una racionalidad «otra» respecto a la de la metafísica burguesa. Así pues, el pensamiento materialista, el de la producción, el de la constitución, se tornan hoy en la base elemental, imprescindible, de toda propuesta neorracionalista. Como base. Pero no es suficiente. En Spinoza no solo tenemos la definición de una base, hay también un impulso para desarrollarla y, con independencia de los límites del desarrollo, se trata de entender la nevadura proyectada y de someterla a la crítica.

Y así en este estudio he intentado ver –respecto al pensamiento materialista– la tensión spinoziana encaminada a la definición de un horizonte de absoluta multiplicidad de las necesidades y de los deseos; respecto al pensamiento productivo, el intento spinoziano de identificar en la teoría de la imaginación la filigrana de la relación entre necesidad y riqueza, la solución de masas de la parábola platónica del amor, socializada en las dimensiones modernas de la propuesta, por los presupuestos religiosos de las luchas, por las condiciones capitalistas del desarrollo; respecto al pensamiento constitutivo, la primera

definición, spinoziana y moderna, de un proyecto revolucionario, en la fenomenología, en la ciencia, en la política, de refundación radical del mundo basado en la liberación, y no en la explotación del hombre por el hombre. No como fórmula y forma, sino como acción y contenido. No como positivismo sino como positividad. No como legislación sino como verdad. No como definición y ejercicio del poder, sino como expresión y gestión de la potencia. Estas tensiones spinozianas han de ser estudiadas aún con mayor profundidad. Porque Spinoza es un verdadero escándalo (si lo juzgamos a partir del actual saber «racional» del mundo en el que vivimos): es un filósofo del ser que emprende inmediatamente el cambio radical de la totalidad de la imputación trascendente de la causalidad a causa productiva inmanente, transparente y directa del mundo; es un demócrata radical y revolucionario, que elimina inmediatamente hasta la mera posibilidad abstracta del Estado de derecho y del jacobinismo; es un estudioso de las pasiones que las define no como padecer sino como actuar –un actuar histórico, materialista y por ende constitutivo–.

22. ¿Qué más se puede pedir?

Las pocas cosas que caben en una bolsa negra de la basura, en mitad de la noche –«el resto te lo enviaremos»–, y luego un viaje interminable junto a un compañero brigadista al que Toni encuentra esposado a la misma cadena: viaje interminable dentro del maldito furgón desde el que no puedes ver lo que hay fuera, hacia lo desconocido, que resultará ser la nueva y perfecta «superprisión especial» de Palmi/Calabria. El nuevo *lager* que apesta a recién pintado lo inauguran Toni y el brigadista, instalados uno frente al otro en dos celdas siempre abiertas –es decir, cerradas solo por una reja de barrotes, como en las prisiones estadounidenses que se ven en el cine–. Aislamiento completo: charlas con el vecino de enfrente, que resulta ser un estudioso apasionado de la ciencia ficción. Toni había echado en la bolsa los apuntes spinozianos, y en cambio el compañero tenía Asimov, Le Guin, Dick y Ballard. ¡Menuda panzada se pegó Toni entonces! Nunca había leído mucho de ciencia ficción, solo los fundamentales: *Solaris* de Lem; *La Fundación* de Asimov;

Dune de Herbert y poco más. Zambulléndose con avidez en Dick y Ballard se lanza a grandes viajes imaginarios. En la condición miserable de la prisión, la diferencia de gustos literarios y la posibilidad de confundir los géneros es una suerte. Alexandre Matheron bromeará con él por haber utilizado, en *La anomalía salvaje*, la expresión «segunda fundación»: «¿La ha sacado de Asimov?». Pero lo cierto es que Toni leía ciencia ficción en las mismas semanas en las que trabajaba sobre Spinoza: fantaseaba.

Si se subía al taburete y miraba en diagonal desde el calabozo, vislumbraba las islas Eolias; Stromboli que humeaba –¿qué más se puede pedir?– Toni venía del subsuelo de Fossombrone: ahora tenía el sol del sur, y algunos rayos oblicuos llevaban a la celda una luz fulgurante: ciencia ficción.

23. Punto crítico

La prisión está repleta: llegan también otros compañeros del 7 de abril que han sido desalojados de Rebibbia, y cuentan experiencias amargas de las cárceles con peor fama, Cuneo o Favignana.

Un día los guardianes cierran los patios y no dejan salir a los detenidos: aterrizan los helicópteros que, desde la prisión de l'Asinara, destruida por una formidable revuelta,¹⁸ traen a Palmi a los reclusos –abollados pero victoriosos–. Volvemos a ver a Marione Dalmaviva, que estaba en aquella isla fuera del mundo; nos cuenta la revuelta y la aventura que él, de vientre tan generoso como expansivo y dulce de carácter, tuvo que pasar: escapando del fuego

¹⁸ La revuelta en la cárcel sarda de l'Asinara tuvo lugar el 2 de octubre de 1979. L'Asinara era un viejo penal en funciones desde 1885, con condiciones durísimas para los reclusos. Las autoridades italianas decidieron concentrar en el penal a numerosos miembros varones de las Brigadas Rojas, que sufrían en él un régimen de aislamiento en celdas minúsculas. La revuelta no fue espontánea, sino que estuvo bien organizada, incluyendo el uso de cafeteras moka como artefactos explosivos. Los presos en revuelta se concentraron en un ala de la cárcel y plantearon una negociación con el director de la prisión y con el juez penitenciario de guardia, sin resultados. Finalmente el ala fue asaltada militarmente con el uso masivo de gases lacrimógenos y los presos en revuelta fueron reducidos, sin que se produjeran víctimas mortales.

de los guardianes, quiso seguir a los compañeros que se habían refugiado en la azotea, pero se queda atrapado en el agujero en el techo –«No cabía, tenía una mitad con la revolución, y la otra mitad en las manos del Estado», y se reía como un loco–. Pero en prisión hasta las aventuras más bellas sufren los efectos de una dialéctica negativa: ¿era verdaderamente preferible la hipermodernidad de Palmi a la barbarie de l'Asinara?

Entre los compañeros que llegan está toda la dirección de las BR en prisión; con los demás brigadistas que ya estaban allí, constituyen una mayoría de los detenidos respecto a los compañeros de la *Autonomia* que están agrupados aquí: desde el primer momento la convivencia se vuelve difícil. Pero antes de volverse conflictiva, hay un periodo bastante largo de conversaciones: no siempre apropiadas, tal vez, pero intensas. Mis interlocutores son Curcio, Franceschini y el Fenzi que, unos meses después, puesto en libertad, entregará a Moretti a la policía. En aquellos duros patios de Palmi discutíamos sobre Petrarca, mientras él pensaba en la infamia.

Emilio Vesce entra en el «comité de campo» para representarnos. Luciano Ferrari Bravo viene de Favignana: está cansado, se lame las heridas de aquella experiencia espantosa; nos ocupamos estrechamente de él. Paolo Virno es como siempre leal, valiente, resuelto en la argumentación sobre la línea que había que mantener con todos los compañeros. Un primer problema en el discurso entre compañeros autónomos consiste en el hecho de que los brigadistas desarrollan una concepción del partido de clase completamente coherente con la monolítica tradición comunista a la que están vinculados: la clase obrera es lo que ellos pretenden representar, fin de la historia. Pero el punto crítico consiste también en el hecho de que –dentro y fuera– ellos no alcanzan a comprender lo que ha ocurrido en los últimos años. La discusión se centra entonces sobre la experiencia del 77, que la mayoría de los brigadistas en prisión no ha vivido, y que habían considerado como un fenómeno pequeño burgués y de intelectualidad marginal. En cambio, los compañeros autónomos plantean las razones del obrero social, cuentan las nuevas experiencias de la lucha de clase en las que se

revelaba la nueva composición de la clase trabajadora, y una radicalidad más sagaz, distinta de la que las BR querían ver representada en la lucha armada. El análisis crítico de la lucha armada, emprendido por los compañeros de la *Autonomía*, abre a muchas consecuencias: sostiene que todo tránsito de las luchas tiene que evaluarse en el nivel de masas y no en el de partido; implica un duro juicio negativo sobre algunos momentos cruciales de la historia brigadista –en particular el asesinato de Moro–; y finalmente denuncia el peligro de aislamiento de la iniciativa armada como le pasó a la RAF en Alemania.

En torno a estos puntos la polémica no tarda en subir de tono y a veces llega a volverse violenta: sobre todo cuando el debate entre prisioneros políticos se traduce –en los «comités de campo»– en directivas de comportamiento para todos los detenidos, incluidos los del *milieu* criminal que se habían sumado a los comités. No hay nada peor que el sectarismo ideológico exasperado, llevado al extremo de la condición miserable en la que se vivía: que se traduce en insultos, peleas, odios cruentos, producción dentro de la prisión de los auto-denominados «tribunales», hasta llegar –o *tempora o mores*– a los homicidios. En medio de estas discusiones también Toni fue amenazado: cuando, discutiendo con Franceschini, expresó la opinión de que, aunque era cierto que los compañeros alemanes presos en Stammheim habían sido asesinados por el Estado, sin embargo la situación a la que su propio extremismo les había arrojado hacía del suicidio algo imaginable. Este juicio realista fue percibido como una crítica de la acción brigadista, que se había vuelto cada vez más extrema y descerebrada después del asesinato de Moro, y fue trasladada de inmediato de la discusión cordial a la denuncia política: ¿no sería que esa mera consideración pretendía incitar a una iniciativa de apertura política a las instituciones –en definitiva, a un reconocimiento de la derrota y al lanzamiento de una campaña de pacificación–? A decir verdad, era lo que muchos compañeros de la *Autonomía* tenían en la cabeza: les espantaba el número creciente de arrepentidos, así como el abandono de todo frente de lucha que no fuera el de una lucha armada que ahora corría el peligro de aparecer como acción terrorista en vez de como expresión de lucha de clase.

En el límite resbaladizo de esa discusión Toni recibió el anuncio de que le iban a matar.

24. Diciembre del 79 – uno

La segunda mitad del 79, entre Rebibbia, Fossombrone y Palmi, está atravesada por el trabajo jurídico de defensa y por una fuerte actividad polémica. Las acusaciones, con las implicaciones asociadas (*Autonomia* = Brigadas Rojas, ilegalidad de masas = terrorismo), se antojaban excesivas para la mayoría, cuando no completamente infundadas. El propio Calogero, entrevistado por el *Corriere*, lo había reconocido: «Reclamar [pruebas concretas] me parece ingenuo y equivocado. La acusación no cree haber identificado a los ejecutores del terrorismo, sino a sus dirigentes e instigadores. Está claro que un dirigente, por la naturaleza misma de su papel y del tipo de organización, no va a cometer atentados. Sería una renuncia a su función, que es la de dirigir y no la de ejecutar. De ahí que no quepa esperar, en este caso, pruebas de hechos terroristas específicos». Pero esta ausencia de pruebas –y su salto lógico, que afirma que, *precisamente por ello*, esa ausencia es la prueba de su presencia– empieza a salir a la luz. Nuestros (muchos) enemigos no cegados por la ideología llegan a afirmar: la tesis se plantea objetivos falsos, es perjudicial para el desarrollo de la represión. Además, añaden los (pocos) «garantistas»: esta tesis puede llegar a resultar lesiva para las reglas de la legalidad democrática.

De hecho, cuando Peci, el primer gran arrepentido de las BR, narre la historia del secuestro Moro, el teorema Calogero se disolverá de golpe y porrazo, y las BR aparecerán como lo que eran: un grupo de militantes que tiene su propia historia específica, un programa y una estructura organizativa no solo ajenas, sino incluso contradictorias en el terreno organizativo y hostiles en el terreno ideológico a las prácticas de la *Autonomia* (¡Hay que imaginar el estupor de los jóvenes magistrados que se declaraban «progresistas», ejecutores del proyecto represivo, al ver desmentido el cuadro inquisitorial que les habían ofrecido los servicios de inteligencia, lo que ensoberbecía su espíritu democrático!).

En resumen, según se acerca la Navidad nos hacemos la ilusión de que todo está a punto de acabar, o al menos de verse reajustado de tal manera que la libertad se presente cercana. Ya no eran solo Rossana Rossanda, en *il manifesto*, Carla Mosca en la RAI, y unos pocos más las que denunciaban la falsedad y la infamia del teorema Calogero: en la noche del 21 de diciembre del 79 un periodista de valía, Ivan Palermo (que poco después escribiría un buen libro, *Condanna preventiva*), produce para el Primer canal de la RAI un programa en el que se desmontan los cargos del 7 de abril. Felicitaciones mutuas entre los compañeros: ¿nos liberarán pronto? Y en cambio...

25. Diciembre del 79 – dos

Y en cambio nos cae encima una avalancha: creíamos que estábamos a punto de enfilear el puerto y nos vemos arrojados de nuevo al mar abierto. De ese mismo diciembre es la tristemente célebre legislación sobre los arrepentidos promulgada por Cossiga –de la que, por una ironía feroz de la fortuna, nos enteramos ese mismo 21 de diciembre–, que premia de manera exorbitante la traición a las lealtades políticas para quienes pongan al servicio del poder el conocimiento de los movimientos sociales antagonistas, prestándose a la provocación política y judicial. El decreto ley 625/79, además de autorizar una serie de operaciones policiales –acordonamiento y registro sin orden judicial de pisos y, si fuera necesario, de barrios enteros; eliminación de toda presunción de *habeas corpus*– introducía un aumento de la prisión preventiva de hasta diez años y ocho meses (en vez de cuatro años, repartidos entre los tres grados del proceso); la prohibición de la libertad provisional en cualquier momento del proceso para los delitos relacionados con el movimiento; y, por último, criterios de absolución de hecho para quienes colaboren con la investigación. Además, en el debate sobre la legislación de excepción se hacía hincapié en la importancia de la normativa sobre delitos de asociación, insistiendo en su aplicación generalizada. Asimismo, se permitía el uso de la «orden de detención sustitutoria» repetitiva,

las llamadas «órdenes de detención en cascada». «El procedimiento estipularía», escribió Luigi Ferrajoli:

Que cuando se repiten las acusaciones, para las viejas imputaciones se diera en el proceso de instrucción una sentencia contextual de absolución. Por el contrario, los investigadores han inventado una nueva fórmula de definición de las acusaciones: «La presente orden sustituye a las anteriores». De esta manera, hoy nos encontramos frente a un cuadro acusatorio que no tiene nada que ver con el original, sin que, por ejemplo en lo que atañe a las acusaciones completamente derrumbadas de Calogero, haya habido ningún tipo de fallo jurisdiccional.

Y, como el tiempo de detención preventiva empieza a contarse a partir de la fecha de la última orden de detención, ¡la prisión preventiva de Toni podrá durar hasta 1995!

La experimentación inmediata *in corpore vili* de las leyes Cossiga es la transformación de la orden de detención de Toni: subsisten insurrección y banda armada, desaparecen el mando unificado de *Autonomia* y BR y el asesinato de Moro.

Pero entra en escena Carlo Fioroni, un asesino infame que con una vileza fratricida secuestró e hizo asesinar de manera abyecta a un compañero autónomo, Carlo Saronio, con la intención de conseguir el pago de un rescate por parte de su familia: acusa a Toni y a otros compañeros milaneses de una miríada de delitos, entre los cuales se cuenta el asesinato del que él mismo había sido autor. Indignación, desprecio, rabia por el infame y por los jueces que sustituyen con falsedades aún más repugnantes las primeras acusaciones que ahora quedan anuladas –pero también desazón: tal vez este haya sido el peor momento para Toni–. Cambiaba todo el cuadro de sus imputaciones: si antes era la dirección de los grupos armados (*Autonomia* y BR), ahora es la organización de la autonomía difusa; si antes el espacio de su actividad subversiva era Roma y el Véneto, ahora es Milán: hasta aquí, podía defenderse. Pero sus delitos habían pasado de ser políticos a convertirse en crímenes abyectos: la modificación era profunda, destruía toda insistencia sobre la naturaleza política de la acción de los militantes autónomos. Y conducía a un proceso sumario sobre imputaciones criminales y delitos indefendibles. A raíz de esta nueva

ráfaga de acusaciones se sucedieron detenciones colectivas hasta la primavera del 80, con la aparición de otros arrepentidos. Las prisiones están llenas de miles de compañeros; la organización autónoma en toda Italia ha quedado eliminada: un 7 de abril multiplicado y empecinado.

26. La situación se precipita

No me costaba entender porqué se había hecho necesario transformar la estructura de la acusación: pero no dejaba de preguntarme cómo había sido posible. No solo se trataba de cambiarlo todo para que siguiera siendo igualmente grave –mejor dicho, abyecto–; me había vuelto indistinguible de la figura que el infame acusador había creado, convirtiéndome en su cómplice del asesinato de un compañero del alma; se confundían historias y acontecimientos distintos, reduciendo una experiencia riquísima de análisis y de luchas, llevada a cabo a lo largo de una década, a un único tipo delictivo, el de la asociación de malhechores.

Había escrito, en *El dominio y el sabotaje*: «Autovalorización es sabotaje». ¿Una frase merecedora de imputación por parte de algún fiscal de la República basada en el trabajo? Probablemente». Con las armas de la ironía, desafiaba al Estado en nuestro terreno subversivo: autonomía y autovalorización –porque era esto lo que éramos y lo que hacíamos–. Por el contrario, ahora nuestra práctica subversiva, transformada de golpe y porrazo en un complot a mitad de camino entre la Spectre de James Bond y una criptomasonería oculta, terminaba apareciendo como una vulgar novela policíaca, apoyado en un documento de la línea de defensa –el de Fioroni– «disperso y, en los puntos delicados, apoyado en vacíos de memoria, incisos dubitativos, impresiones, opiniones, deducciones, sensaciones, locuciones de cautela, ampliaciones, extensiones y generalizaciones» (lo escribiré dos años después Pasquino Crupi en su *Processo a mezzo stampa: il 7 aprile*). Parecía imposible imponer tales enormidades a una sociedad civil que, sin embargo, era embaucada con historias increíbles o difícilmente verosímiles: y en cambio, a nuestras protestas de justicia se opuso

un bloque de *non recevoir*, la denegación absoluta por parte de nuestros perseguidores de todo mentís o careo con los acusadores. La transformación de nuestra obra, de subversiva y conspirativa en delictiva, fue interpretada bajo el signo político del «compromiso histórico» y aceptada por una opinión pública manipulada por los principales periódicos.

Aquel tsunami de nuevas imputaciones me inmovilizó en un terreno de culpabilidad: lo que Escila no pudo lo hizo Caribdis –y nos hundió en la desgracia–. Hasta periódicos amigos, como *Lotta Continua*, abandonaron su enfoque amistoso para pasar a glosar con tonos neutrales algunos cargos de los pliegos de la acusación. La batalla política de defensa del movimiento que habíamos llevado a cabo hasta entonces quedó anulada: ante nosotros se había abierto un precipicio. Tengo que admitir que yo mismo estaba devastado. Y cuando los periódicos amigos o los amigos a secas citaban las infamias de Fioroni me parecía que preguntaban: ¿cómo pudiste ser su amigo? Cuando no había dudas, cuando no había sospechas, había una curiosidad extrañada y tal vez una insinuación de culpabilidad y desde luego de ligereza culpable –que en las cosas más graves no se perdona–. ¿Cómo no iba a dolerme? Me estaban cubriendo de mierda a baldes.

El nuevo bloque de acusación era en buena medida falso y no habría podido sostenerse (y de hecho terminaría viniéndose abajo: pero cuatro años después) de no haber sido presentado en un momento en el que el cuadro político, agrupándose hacia el centro y sancionando el final de la transformación reformista del PCI, excluía hasta la más tímida resistencia. Al cabo de un año, las cosas habían cambiado mucho: se advertía hasta qué punto era grave la derrota de los movimientos, la última barrera frente al triunfo del neoliberalismo. En Turín se habían manifestado quince mil empleados –multiplicados hasta los cuarenta mil en una ronda de exageraciones entre *La Stampa*, la jefatura de policía y Lama– contra las luchas, los sindicatos y toda forma de protesta, de resistencia, de movimiento. La exaltación compungida, el entusiasmo

cortés de los editoriales de la *busiarda*¹⁹ –«falsa y cortés», como reza el proverbio– se hicieron narración mítica de una reconquista de la fábrica por parte de la FIAT (que en los diez años siguientes terminaría destruyendo la fábrica y la clase obrera fordistas): empezaban los años ochenta de la corrupción y la represión cultural y civil que duran hasta hoy.

27. Abismo

En aquellos días Toni reflexionaba sobre el aislamiento al que se había visto reducido: las nuevas acusaciones le arrebataban la aureola de «prisionero político» por la que había apostado para su defensa. Sus enemigos habían ganado una primera partida en el trágico Juego de la Oca en el que le habían metido. Su destino parecía marcado: cadena perpetua, destrucción penal de la vida y de los afectos que le eran más cercanos.

¿Cómo resistir? Aquella continuidad de ideas y de luchas que estaba presente en sus escritos, también en los últimos, parecía haberse esfumado: ¿había sido una ilusión el trabajo hecho hasta ahora? Se había precipitado en un abismo, se había visto implicado en una ruptura radical: ¿cómo vivir esa ruptura? ¿Cómo reconquistar verdad? Ya se había dicho demasiadas veces que hacía falta un esfuerzo extraordinario: ¿pero cómo era posible ahora, cuando estaba contra la espada y la pared? Tenía que reconquistar la figura del «prisionero político», que había quedado destruida tras el último ataque de la magistratura, después del fragoroso concierto de los *media* y cuando el «mal maestro» se había convertido en un monstruo.

Mientras pensaba todo esto y una confusión grande y algo desesperada retumbaba en su cabeza, por la noche vinieron a prenderle, metieron sus pobres papeles en bolsas de basura y volvieron a llevárselo.

¹⁹ «La mentirosa», en dialecto piamontés, en referencia al diario burgués *La Stampa*, con sede en Turín.

28. *Rule of law* I

Rechtsstaat, Estado de derecho –cuántas veces habrá ridiculizado esos conceptos abstractos que, sin embargo, además de ser objetos del pensamiento, correspondían a estructuras reales, falsificadas pero eficaces: en definitiva, cosas y estructuras materiales, existentes y funcionantes–. Había estudiado la lógica de la norma para descubrir sus contradicciones, los mecanismos de transformación y falsificación de la «voluntad popular», los altercados entre capitalismo y democracia en una sociedad cada vez más integrada en el Estado: pero aunque me fueran adversos, nunca había dudado de la existencia de un objeto y de una lógica. Por el contrario, ahora, en la condición a la que me había visto arrojado, el Estado de derecho era un *flatus vocis*, una mera patraña ideológica: la razón de Estado dominaba sobre cualquier pretensión de derecho.

Habría debido reconocer que no solo el Marx que desmistifica el derecho burgués y su Estado, sino también los pensadores del escepticismo jurídico, de Pascal a Benjamin, no habían razonado sobre el vacío. Por el contrario, aquí el vacío del Estado de derecho me golpeaba en la cara: y el vacío se reveló pleno de violencia, para cuya legitimación se había ideado al principio una superestructura, que vinculaba mi figura intelectual al delito y desenmascaraba preventivamente mi pretensión de inocencia –el «teorema»–, inventando procedimientos que no tenían nada que ver con la justicia. Y luego, al objeto de dar consistencia a la maquinación, no solo política sino criminal, que afectaba a miles de personas –si bien yo había sido la ocasión, me había convertido en el chivo expiatorio principal–, se habían proclamado leyes retroactivas que permitían la detención preventiva y concedían rebajas de pena a todo arrepentido que me acusara. Y además –acusadores primarios, motores incansables– estaban los *media*: mi rostro con una sonrisa satánica, convertido en una cabecera televisiva; las noticias en portada de cada nueva orden de detención; las entrevistas a Calogero, presentado como un salvador de la patria: ¿es esto el Estado de derecho?

Oí afirmar a algunos –también a Norberto Bobbio– que cuando la democracia está en peligro, el Estado tiene que defenderse. Y

añadir, preocupados, que era mejor hacerlo a través de la ley que a través de las bandas fascistas: siniestra concepción de la democracia y de la ley.

29. Mejor reírse

El golpe fue duro: con el *boom* de las acusaciones se esfumó también la serenidad de las semanas de fin de año. Teníamos la impresión de que los jueces romanos tenían dificultades para salir del lío en el que les había metido el juez paduano: por el contrario, demostraron estar preparados para resolver el problema. Como los tahúres en los *saloons*, tenían la pistola debajo de la mesa y en el momento preciso la habían volteado. Pero, aunque lastrada por las acusaciones más absurdas, la gente del 7 de abril resistía. Dentro de lo bien que puede llegar a estar un recluso, en Palmi no se estaba mal –de no ser por las inquietudes de los brigadistas–. Pero la locura del libreto teatral que los magistrados y los *media* nos hacían recitar –cuando no nos movían como marionetas– lo convertía todo en algo inverosímil. Era de risa: no porque el espectáculo fuera cómico, sino porque lo era por defecto, por falta de cualquier tipo de lógica. Mirad al pobre Toni: había sido siempre un militante que había amasado vida y lucha en un único plan –¡hasta llegar a preguntarse si no estaba aquejado de algún tipo de manía!–. Ahora le dicen que había llevado una doble vida, profesor universitario y proletario armado: dos profesiones –no se sabe cuál era la más importante– completamente separadas, como lo son lo público y lo clandestino, el ciudadano y el criminal. Lo inverosímil provoca una risa sana: nos reíamos de un posible fracaso del golpe de Estado contra la verdad. En las navidades del 79 estábamos aún convencidos de que íbamos a salvarnos; escribía Toni: «Me parece que me merezco ganar y a veces siento orgullo de que nos haya tocado esta historia, como si todo aquello que las familias, la mía y la de los compañeros, y la dura historia de explotación y de muerte inscrita en la vida de los proletarios, y en la nuestra, hubieran encontrado la hora de la revancha. Cuántas cosas malas nos impusieron; qué infierno era la vida antes de la rebelión –porque es verdad, nos hemos rebelado y ellos han

salido derrotados—». ¿Era mucho decir? Sin embargo, lo cierto es que aquellos compañeros rebeldes y felices la habían hecho de todos los colores del 68 al 78: pero nunca habían traicionado el deseo de revolución, nunca habían olvidado el comunismo. Se reían de sus perseguidores: «A veces hasta me agarra la risa. De reír a raudales: no de manera histérica, no porque los ojos quieran secarse todas las lágrimas posibles, sino de gusto... Como sucede en las grandes novelas grotescas, en *Gargantúa* o en el *Orlando Furioso*. Han creado una situación espacio-temporal en la que no me reconozco en absoluto». El odio se expresaba en la alegría, la indignación era alegre: cada juez tenía su caricatura y un mote, de modo que cuando por algún motivo un compañero pronunciaba preocupado el nombre de su propio juez, enseguida había uno que le llamaba por el apodo, y una carcajada general aplacaba la desgracia de ser juzgado por semejante esbirro. *À la lanterne!*: la partida no había terminado.

2. Resistir

30. Imaginación productiva

Continuidad de la vida carcelaria, nuevos encuentros y experiencias, trabajo intelectual: la memoria los recuerda distantes entre sí –sin embargo se encadenaban entre sí, emancipándose a veces del cautiverio–. Ponerlos a trabajar juntos y tomar conciencia de ese entrelazamiento: resolver ese problema representó una tarea esencial en este primer año de encarcelamiento.

Desde el momento de la detención, tu vida ya no es «tuya»: es vida encarcelada. Pero no lo había entendido: me había extasiado en la ilusión de una continuidad, de una relación inalterada con el «afuera». El acontecimiento/encarcelamiento lo asumí en un segundo momento, cuando pude entender paulatinamente su irreversibilidad –¿hasta qué punto todo esto hacía más difícil mi supervivencia?–. Reaccionar exige tiempo: tal vez para otros sea distinto –a mí me llevó mucho–. Reaccionar, resistir: primero en formas individuales –huelgas de hambre, desobediencia a los guardias, sabotaje de normas y cosas, fantasías de evasión–; uno no tarda en darse cuenta de que es necesario encontrarse con los demás para sobrevivir. Salir de la confusión y de la estulticia del presidiario; pero el paso de lo individual a lo colectivo es difícil, y sobre todo lento –tiene que ser corroborado con la fuerza de la voluntad, de una conciencia firme–: la vida se renueva solo en la resistencia común. De este modo, la temporalidad de la prisión se abrevia, la esperanza conquista espacio: ¿pero en qué sentido, en qué horizonte?

«La resistencia contiene el deseo de libertad» –pero ese deseo no puede ser positivo si tan solo se alimenta de carencia, replican los amigos–. «¡No es cierto! Podemos luchar juntos, y el deseo puede

expresarse de manera constructiva»: ¿pero qué estás diciendo? ¿Qué más puede ser el deseo de un recluso sino el intento de llenar el vacío de la falta de libertad?

Sin embargo, hay un momento en el cual la resistencia se despliega y se convierte en un acto de libertad: una experiencia tan intensa que te lleva a reconquistar tu vida, sustrayéndola al signo «criminal» con el que te califican y haciendo de ella un acontecimiento de libertad: volviendo sobre lo que llaman «criminal» en tu vida tendrás la fuerza de recordarlo –de recuperar sus motivos y de reivindicarlo–. Había estudiado la teoría kantiana de la imaginación productiva y solía volver sobre ella, intentando liberarla en vano de sus estorbos idealistas; por el contrario, ahora la imaginación se volvía verdaderamente productiva: ya no soy, ya no somos revolucionarios con olor a naftalina, renovamos dentro de nosotros mismos la imaginación alegre de las luchas, nos dejamos invadir por la certeza feroz de victoria de la que habíamos disfrutado en las luchas.

31. Enemigos internos

Vida dura en Palmi. Estuvimos allí tres meses. Había habido discusiones duras, pero por suerte aún no había llegado la temporada del arrepentimiento generalizado y de las venganzas, cuando se reintrodujo la pena de muerte en el «circuito de las gamuzas». Aquella terrible historia empieza después de la revuelta de Trani, cuando a nosotros nos parece evidente y a la mayoría irreversible la derrota en el enfrentamiento entre movimientos y represión estatal –y se empieza a matar a camaradas–.

Torturados o no, cada vez más prisioneros empiezan a denunciar a sus compañeros: las BR, temiendo la extensión del fenómeno, responden con el castigo a los presos y con las represalias. Una práctica mafiosa invade la historia de la lucha armada: la retorsión, como en las más arraigadas historias de *omertà*, empieza a golpear también a los sospechosos. El hermano es castigado por la traición del hermano, el amigo por la del amigo: la derrota transforma a los derrotados en demonios –una némesis implacable–.

Desaparece la idea del enemigo, el de verdad, contra el cual habíamos combatido todos juntos: el amigo se torna en enemigo –mejor dicho, en el fantasma en cuyo interior uno representa al otro–. El miedo a la traición, a la infelicidad, penetra en los compañeros: aparecen formas de odio sectario disfrazadas de razones de defensa y de seguridad, el coletazo de una ortodoxia venerada con fanatismo. Se disuelve la pasión que había formado los movimientos a partir del 68: los compañeros destruyen la idea del enemigo, para reconocer sus fragmentos en los amigos, siguiendo una lógica punitiva que, si al principio quería castigar a los verdaderos traidores, no tarda en extenderse a los compañeros críticos, angustiados por una derrota que no tiene vías de escape.

De este modo, la disolución definitiva del movimiento de la lucha armada arrastra en su derrota a todo el movimiento insurreccional que había atravesado los años setenta. Aunque no es cierto que sea la única razón de la caída definitiva, en las vicisitudes internas del movimiento es sin duda una causa relevante. Para algunos fue una frustración intolerable e inolvidable. Hay muchos caminos en los que la muerte embiste contra la vida.

32. Interrupción

¿Cómo reanudar los hilos de los movimientos después de aquella derrota trágica? ¿Pueden combinarse la autocrítica en la reconstrucción histórica de lo sucedido con la renovación de los valores que habían estado activos en ese pasado? Había que evitar que una ausencia de memoria sobre cuanto podía hacer más grave la derrota echase abajo la búsqueda de una «vida ulterior» de la rebelión –y una reanudación de la atención, de la participación en las luchas de los trabajadores, de los pobres y de todos aquellos a los que el movimiento había activado, pero no había conseguido liberar–. En la memoria reconstruida de este modo, presente y futuro se combinan de manera irregular, rompiendo la secuencia temporal y proyectando (pero no por ello logrando) la reconquista del pasado en un proyecto constitutivo del futuro. Por otra parte, para el *operaismo* esta era una pista que tenía que ser descubierta y recorrida en el

hacerse mismo de la «historia interna» de la clase obrera: si toda derrota deja un legado ontológico, sobre ese depósito se podía fundar una recomposición a un nivel más alto. Diez años más tarde se verán los frutos de aquella revolución, sin embargo derrotada, que los movimientos de los años setenta impusieron al enemigo: «revolución pasiva», decía Gramsci.

Pero en el 79, para orientarse en esta maraña confusa era necesario, para reanudar un discurso, recorrer los procesos de subjetivación de las luchas, preguntarse qué habían dejado, qué negatividad y, sobre todo, qué transformaciones del «espíritu». Antes de la represión habíamos avanzado mucho en ese terreno: habíamos visto en acción al trabajador socializado, al obrero social. Después de Palmi, el análisis no avanza mucho, salvo en un sentido auto-crítico: es necesaria una interrupción para proceder a un esclarecimiento de los conceptos y a una definición del método de su verificación. Toni vuelve al trabajo sobre Spinoza, sobre su ontología y sobre su idea de producción, que permitía reconquistar los valores de la lucha pasada y consolidarlos en el plano ontológico: parecía posible definir un terreno en el que pudiera renacer un Spinoza colectivo y reconstruirse una base a partir de la cual avanzar, en la teoría y en las prácticas.

Un Spinoza político que no había que revivir en soledad, sino con los compañeros y los movimientos que estaban por llegar: valía la pena una interrupción. Ya un par de años más tarde, cuando los compañeros de la *Autonomia* se reencuentren en Rebibbia en espera de los juicios, la investigación volverá a empezar.

33. Adentro

No sé por qué, pero percibo que en la experiencia del pensamiento «no hay nunca un afuera», ni espacial ni temporal, ni metafórico ni metafísico. Lo que es así para el pensamiento, lo es también para los cuerpos: están siempre impregnados de un metal duro, que no se rompe, pero que puede transformarse. Lo fundamental es el pensamiento del «adentro»: está en el espacio y se temporaliza; es histórico y no metafórico; es ontológico y no metafísico.

Ahora estamos en la cárcel: y estamos allí porque hemos combatido por la liberación de los proletarios y de todos los explotados –hombres y mujeres, oprimidos y colonizados–. El poder nos ha enjaulado, nosotros resistimos; para hacerlo, recordamos los valores de nuestra historia: nos presentamos en el frente de la lucha cargados de una dignidad transmitida a través del sufrimiento de la explotación y de la derrota. Pero para resistir, instalados en la productividad humana que es una ontología indeleble de la historia, producimos imaginación del porvenir: lo real es producción, es trabajo. Somos «trabajo vivo» también en la cárcel: porque somos la sustancia de un mundo que *allí*, dentro del pasado, ha construido lo que *aquí* está dentro del presente, dentro de nuestra miseria misma de estar presos y dentro de nuestra potencia de hijos de siglos de luchas. Somos un «grupo salvaje» de viejos combatientes al servicio de una nueva aventura de liberación. Sin este estar «dentro» nuestro no habrá porvenir.

Razonábamos así: sin quedarnos satisfechos, sino buscando, famélicos, «otra cosa» que pudiera colmar el «adentro» de nuestra militancia. Sentimos también del mismo modo el avance de la posmodernidad, como un nuevo estilo de vida dominado por el neoliberalismo y por la dictadura del capital global. Precisamente por el «adentro» que nos pertenecía en el sufrimiento y en la rebelión, no nos hicimos ilusiones de poder disfrutarla: percibimos la posmodernidad como lo que era: una forma más perfeccionada de subsunción de la vida en el capital. Era preciso estudiar sus figuras y sus composiciones, las nuevas formas en las que el poder de mando estaba organizándose: pero se trataba siempre de lucha *dentro/contra* el capital. Era necesario luchar allí «dentro» y liberarnos a nosotros mismos y al mundo.

34. Los amigos y los que no lo son

Llegó un momento en Palmi en que daba la impresión de que allí habían reunido (y castigado) a un grupo de «tipos ideales» de agitadores obreros y comunistas: eran todas figuras de revolucionarios, y cada una representaba un aspecto de la fuerza que habían

producido conjuntamente. Marione Dalmaviva era la figura más pura, el producto más concreto y eficaz: en la cárcel se reinventó como dibujante de tiras cómicas del «sendero de las gamuzas» (y *Linus* le dio un premio).¹ Marione era el hombre sin el que no habría existido el 69 obrero turinés. Su presencia física había dominado las puertas de Mirafiori. Había sido un multiplicador de luchas, un verdadero organizador de la «espontaneidad» del obrero masa: recogía informaciones de lucha, las reelaboraba y las transmitía a los turnos siguientes y luego a la asamblea en Molinette.²

Sante Notarnicola, hombre de piazza Statuto en el 62 y más tarde miembro de la Banda Cavallero:³ el cruce completo del proletario y del obrero, del sur y de la fábrica; el rechazo del trabajo que irrumpe, un «pliegue» deleuziano, una «excedencia» contra la sociedad del capital. Llevaba veinte años en la cárcel y escribía poesías fuertes y nostálgicas –de nuevo «excedencias» que irrumpían en la trama de la represión–.

Renato Curcio, un viejo conocido. A Toni se le antojaba que se parecía a Sante: atravesaba su persona y su escritura no una excedencia poética, sino una diferencia utópica. Llevaba mal la autoridad que le era reconocida. Había, como suspendida de un espíritu profético, una gran ironía en su pensamiento y en su comportamiento: una ironía que podía teñirse de cinismo, pero siempre con un toque singular, esa pizca de amabilidad que activa la inteligencia del ser humano.

¹ *Linus* es una publicación italiana de cómic, de periodicidad mensual, fundada en 1965 por Giovanni Candini, dedicada al cómic adulto y con referencias políticas, que sigue publicándose en la actualidad.

² Molinette es un barrio turinés que se encuentra junto a las viejas instalaciones de la FIAT Lingotto, en el sudeste de la ciudad.

³ La *Banda Cavallero* fue una banda turinesa de atracadores formada en 1963, encabezada por Pietro Cavalero y formada además por Sante Notarnicola, Adriano Rovoletto, Donato Lopez y Danilo Crepaldi. Sus componentes eran obreros, en algunos casos procedentes de la emigración meridional, e impregnados de una concepción antifascista, partisana, pero también anarquista y nihilista. Tras un atraco en un sucursal del Banco di Napoli en Milán, cometido el 25 de septiembre de 1967, sus componentes fueron detenidos tras una persecución en la que murieron 3 transeúntes y otras 14 personas resultaron heridas.

Luciano Ferrari Bravo se le parecía mucho, pero con las virtudes invertidas: en él la excedencia era crítica, y el cinismo que podía haber en ella nunca pasaba a los ejercicios prácticos. Ni su pensamiento ni sus pasiones llegaban nunca a volverse ideológicos: su ironía se ejercía contra el extremismo. Poseía una autoridad intelectual que no exhibía, pero de la que estaba orgulloso. No odiaba al enemigo: lo despreciaba.

A Gianfranco Faina Toni lo conocía desde la época de los *Quaderni Rossi*: ¡cuántas cosas habían hecho juntos! Él sí que era un extremista, pero autoirónico, situacionista, anárquico –para él todo era práctica–: si existiera un carácter genovés habría que atribuírselo a él, precisamente por la incapacidad de entender el mundo salvo a través de la práctica. En Palmi, Gianfranco ya estaba enfermo y, sobre todo, era detestado por las BR, que mostraban hacia él la antipatía morbosa y destructiva propia de los estalinistas, siempre contra los anarquistas y a menudo también contra la inteligencia crítica.

Su sonrisa los ofendía, y hacía enfurecer a Franceschini; él también se vanagloriaba de ser un hombre de lo concreto y de la práctica (y lo era): pero, como no poseía un espíritu irónico, su práctica era brutal y su inteligencia sarcástica. Detrás del sarcasmo hay con frecuencia una certeza demasiado acrítica sobre sí mismo y sobre las propias posibilidades, que en Franceschini era exagerada y lindaba con la arrogancia. Sus odios, apéndice banal del fanatismo, eran profundos y perpetuos. Entre él y Toni la antipatía era recíproca: y así en Palmi insultó a Toni y pidió que fuera sometido a un «tribunal» que evaluara su «indignidad política» –hubo, en los paseos, enfrentamientos durísimos que auguraban desenlaces crueles–.

Paolo Virno es un filósofo, un hombre de lo abstracto: pero en aquellas escaramuzas mortíferas no se abstuvo de luchar contra el sectarismo y la estupidez de las acusaciones. Toni le estará siempre agradecido: no siempre el dios que protege a los filósofos les concede lealtad y valor, y a Paolo le dio mucho.

Muchos años después, Toni volvió a ver a Micio –Domenico se llamaba–, que, de joven, se había hecho brigadista en Palmi después de pasar por la pequeña delincuencia. Cuando volvieron a verse era

un hombre hecho y derecho, se hicieron amigos. Recordando la cárcel y aquellos episodios de antagonismo desenfrenado, Micio contaba la crisis de la razón que en aquel entonces duplicaba la condena de los dirigentes de las BR. Y, como si lo tuviera olvidado, mencionó el hecho de que fue precisamente a quien pidieron que despachara a Toni. Pero había también gente del *milieu* que no estaba en el «comité de campo»: como Horst Fantazzini, un hombre realmente extraordinario, el «gángster y caballero» que había cometido una infinidad de atracos sin disparar un solo tiro y había conseguido fugarse algunas veces de la cárcel –una vida digna de una película (que de hecho se hará más tarde)–. Era parte de la otra cara del planeta carcelario, la de aquellos que estaban esperando para salir, a veces incluso después de treinta años, para reanudar su aventura vital; y no estaban en absoluto de acuerdo con los brigadistas: la militarización que habían provocado hacía que les resultara imposible una nueva evasión.

A Emilio Vesce, antiguo «brazo de oro» de Toni, los brigadistas también le caían antipáticos: precisamente por eso los autónomos lo eligieron para representarlos en el «comité de campo». Emilio, auténtico proletario del sur profundo, cargado de una extraordinaria experiencia de agitador, en Porto Marghera y en Nápoles-Bagnoli, en la VW de Wolfsburg y en la Rivalta, era respetado –pero solo en la cara y no por la espalda, cuando en el «comité» los brigadistas decidían, evitando su consejo y exasperándolo–. Eran momentos horribles, porque al malestar por el modo de hacer hegemónico de los brigadistas se sumaba el desacuerdo con las decisiones adoptadas por el «comité».

Poniendo a todos juntos en aquel pedazo del infierno en que se había convertido Palmi y confundiendo con espíritu maligno todas las diferencias ideológicas y sectarias de los grupos, el poder había demostrado –hay que reconocerlo– una sólida inteligencia: había enfrentado a unos contra otros y agravado el enfrentamiento político, en el preciso momento en el que los compañeros autónomos estaban discutiendo sobre las causas de la derrota y trabajando en su superación teórica. Y entre esas causas, ¿caso no había sido central, decisiva, la rigidez sectaria de las distintas fracciones del

movimiento, que ahora se repetía, acentuada? Al segundo año de nuestro encarcelamiento, las BR se jactaban de la hegemonía sobre lo que quedaba de los movimientos fuera, y parecía como si añadiesen: calladitos, que también en la cárcel mandamos solo nosotros. Así estaban las cosas en Palmi.

35. Otra vez Moro

Con más o menos miedo, y de todos modos preocupados por la fuerza organizada de las BR en la cárcel, dábamos vueltas a la cuestión que, por encima de todas, nos oponía a ellos: pero esconderse o esconder el cielo detrás de un dedo es imposible. Su ortodoxia leninista en la organización del centralismo armado, la burla y la provocación dirigidas contra las acciones de movimiento, la borrachera militarista y la euforia con la que la celebraban, te «ponían nervioso»; pero estaba también la otra cuestión, el elefante del que era imposible quitar la vista: la decisión de asesinar a Moro. A algunos de nosotros nos conmovió la suerte de aquel hombre, a otros no. Teníamos pareceres distintos sobre los comportamientos de la clase política italiana durante el secuestro; era indudablemente cierto que la responsabilidad moral del asesinato recaía sobre una clase política cobarde e inepta en su falta de piedad por uno de sus miembros que gozaba de autoridad –lo que no impide que la responsabilidad efectiva correspondiera a las BR–. Pero lo que todos, sin excepciones, habíamos rechazado en la decisión de ejecutar a Moro era el plan político que estaba detrás: no solo la decisión de emprender el asalto al «corazón del Estado», intentando hegemonizar los movimientos y despreciando toda oposición social al poder, sino la convicción de que eso iba a debilitar al Estado –mientras que, por el contrario, lo había reforzado, legitimando una respuesta de «excepción»–. Aquella decisión nos había parecido una insensatez; y de hecho se reveló de inmediato contraproducente: los movimientos no habían estado en condiciones de aguantar la respuesta del Estado al homicidio, de reaccionar a la ruptura del orden constitucional que la reacción represiva había puesto en marcha. Había sido una decisión sectaria, que había contribuido sustancialmente a la derrota de los movimientos.

Sin embargo, ese argumento era un tabú en Palmi. Le dábamos mil vueltas, sin conseguir explicitarlo. No lo hablábamos ni siquiera entre nosotros, en nuestras celdas, salvo algunas veces en voz baja; no por miedo de que nos oyeran, sino por miedo de nosotros mismos: de tener que admitir que nosotros habíamos perdido la guerra antes de que el Estado nos la hiciera perder a todos. Otro tanto pasaba con los brigadistas, que habían sacralizado aquella decisión y no querían que volviera a discutirse, por miedo a un sacrílego alegato en contra.

36. Un poco de paz

Antes de que la pelea ideológica, que ya estaba al rojo vivo, se tornara cruenta, los autónomos fueron trasladados de Palmi a otras prisiones especiales. No siempre la administración de las «especiales» –Della Chiesa & *company*– era inteligente: esta vez lo fue. Toni y bastantes más se reencontraron en Trani con compañeros autónomos que habían hecho distintas rutas por el «sendero de las gamuzas». La galería de los políticos era de jóvenes y jovencísimos; se creó una buena comunidad: podíamos instalarnos a nuestro gusto entre celdas individuales y compartidas, no estaba mal: no había comparación con las demás «especiales». Durante algunos meses hubo un poco de distensión, casi de tranquilidad: la impresión de que se podía vivir sin combatir día tras día contra las angustias creadas por la vigilancia. No es que se dejara a un lado la resistencia: cada cierto tiempo los guardianes cometían alguna incorrección, la respuesta era dura; pero del vivir como resistentes surgió más la dimensión creativa que la antagonista, el recuerdo del 77, la alegría de la autovalorización. Naturalmente, éramos vigilados y castigados; sentíamos toda la dureza impuesta por los «años de plomo»: pero, dentro de lo posible, dejábamos a los enemigos la denuncia del «plomo» de aquellos años, que nosotros recordábamos como años de revuelta y felicidad. Porque para muchos proletarios había sido felicidad aquel descubrimiento de lo social productivo en el que habían luchado: sus ganas de producir y luchar se habían multiplicado en la alegría de vivir.

Muchos de nosotros recordábamos el lema marxiano: «La capacidad de disfrutar es la condición de la alegría, su primer medio, y esa capacidad es fruto de un potencial singular, verdadera fuerza productiva». En Trani, en medio de aquella generación demasiado productiva, demasiado alegre y demasiado pronto encarcelada, los lenguajes y las narraciones entre los compañeros no repetían las que se hacían en las demás especiales; dolía la separación del «mundo de fuera»: pero se intentaba transformar esa condición en un momento colectivo de autoconciencia y de transformación de sí mismos. En aquella especie de limbo, los afectos se convirtieron en materia de conversación. Circulaba el chocolate, pero sobre todo la música pop. El propio Toni adquirió –o, mejor dicho, renovó– su gusto en la escucha musical y escribió el único artículo «musicológico» de su vida, sobre Mahler y Tosh:

Mahler y Peter Tosh. Lo mínimo que se puede decir es lo siguiente: muy distintos. Pero son las cintas que prefiero, que escucho y vuelvo a escuchar. De Tosh sé poco, aparte de haber visto un par de películas jamaicanas, haber estudiado las luchas de estos emigrados en Gran Bretaña y haber participado una vez en el festival jamaicano de Nueva York. De Mahler mucho más, que es como si dijera: lo sé realmente todo. Pero no es ese el motivo por el que aquí dentro los escucho y los tarareo: la única razón es que me emocionan. Mahler y Tosh: lo que se busca aquí es la ruptura de una condición, de «esta» condición, la capacidad de asumir los materiales que hay, y no otra cosa, de transfigurarlos, de plasmarlos como posibilidad de liberación. Mahler, con su espléndido bricolaje sinfónico, significa esto para mí. Con Tosh consigo incluso soñar. Lo que quiero, no lo que quiere el sueño como reposo; sueños de liberación, sueños de comunismo.

Toda la poesía contemporánea trata de romper la relación de dominio que ha tenido el espacio –en la cultura burguesa– sobre el tiempo. Sobre el tiempo de la liberación, contra el tiempo como liberación. El espacio del soneto, de la sextina, del acorde: ¿han leído algo de Max Weber sobre la música? Una ascesis burguesa, del mismo grado que la capitalista.

Mahler rompe analíticamente ese espacio para disolverlo como esperanza en el tiempo de mis emociones: Tosh recompone subjetivamente un colectivo que quiere liberarse. Entre medias hay infinitas cosas que no conozco: envíenme cintas.

Los afectos amorosos fueron centrales y, en aquella atmósfera, nacieron muchas nuevas relaciones y la escritura a las amantes fuera de la prisión se convirtió en el deporte más practicado. En cuanto a las compañeras en prisión, prepararon su respuesta, inundando las prisiones de los compañeros (y Trani en particular) de cartas destinadas a alimentar la imaginación erótica, no de este o de aquel, sino de todos los compañeros.

37. Tregua

El paréntesis de Trani tampoco tardó en cerrarse: no fue posible un «buen vivir» carcelario. Fue algo pasajero, creado por la ausencia de la crueldad de las experiencias «especiales» anteriores, de la violencia que en uno u otro lugar había padecido cada cual. La administración de la supercárcel había decidido bajar el tono del control, calmar la dialéctica de represión y violencia reactiva. Violencia inevitable, por así decirlo, porque era ejercida por el poder contra una resistencia que nunca se había atenuado.

En prisión la fuerza del pasado rebelde choca con el presente de la cautividad. Cuanto más se lleva la memoria de la rebelión en los músculos o en el cerebro, más insostenible puede volverse la tensión: la represión es proporcional a esa tensión, que a veces no se deja ver como resistencia, sino como cansancio y trastorno. Fueron muchos los compañeros que enfermaron y muchos los que tuvieron trastornos psíquicos: en ese estado, cediendo a la enfermedad, algunos prefirieron romper con el pasado y convertirse en infames, destruyendo aún más si cabe su alma, su dignidad, y desterrando toda esperanza. Pero todos somos un poco responsables de su vergüenza, así como de la dificultad de muchos para sobrevivir: porque era necesario tener la capacidad de calmar la lucha cotidiana contra el poder carcelario, descansar, declarar treguas. En Trani hubo tregua: duró poco, tuvo un desenlace terrible –pero, por así decirlo, nos aseó, nos quitó el olor a cárcel, nos devolvió sentimientos y voluntad de actuar–. Fue en Trani, casi como un juego, donde con Oreste Strano, un viejo compañero, herrero inventor de miles de cosas y comunista indomable, y Nico Solimano, un joven

potoppino, operaista fino y culto, pensamos en la fuga: durante la tregua, cuando no había que temer el traslado todo el santo día y se podía programar en el tiempo, imaginamos que un helicóptero podía sacarnos del patio y llevarnos lejos. El helicóptero tal vez lo podríamos conseguir sin gran esfuerzo al lado mismo de la prisión: fuera, los compañeros empezaron a hacer averiguaciones. La cosa estaba casi a punto de realizarse cuando estalló la revuelta y terminó la tregua: ¡lástima!

38. Correo y poesía

No puede decirse que la «cultura» en prisión fuera prioritaria: era un pasatiempo. Estaban los que leían a Marx, algunos por primera vez; la mayoría leía los libros que recibía de fuera: eran los comienzos de los años ochenta, la literatura y el ensayo eran en parte posmodernos e impregnados de misticismo, y en parte los de la modernidad tardía. Se estaba entre Hesse y Benjamin, Baudrillard y Deleuze. Los libros circulaban, había discusiones apasionadas –como les suele ocurrir a los que no están acostumbrados a la crítica y se han abierto a la lectura en condiciones excepcionales–. Circulaba también mucha literatura del 77 y alrededores, novela negra y ciencia ficción a mansalva: en resumen, casi en todas partes –también en los feudos BR– no se iba muy lejos en la producción de atención cultural y de estudio.

Se escribía mucho. Cartas a las novias y a los familiares; a los compañeros que estaban fuera y a los que habían sido enviados a otras prisiones; muchos escribían novelas cortas o canciones, o dibujaban historietas. Pero conviene detenerse sobre los textos epistolares. Escribir desde la cárcel no es comunicar a otros noticias o expresar necesidad de afecto, sino construcción de un mundo paralelo: algo que se parece más a la poesía que a cualquier otra forma de comunicación. En esta literatura no hay un tiempo puntual, un ahora o un mañana: tan solo hay el posmañana o el tiempo inaferrable, interminable, de un encuentro lejano e improbable. En ella los sueños están en su salsa más de cuanto puedan estarlo las constataciones escuetas y duras sobre la vida que se lleva. En las cartas de

los reclusos el tiempo está falsificado, es un aplazamiento a cuando no se sabe: escribir una carta desde la prisión es como dar un salto sin saber dónde se cae –sobre todo en las relaciones familiares o amorosas, estas cartas crean desastres o graves consecuencias–. Entonces, ¿por qué continuar escribiendo cartas? Cuando, poco a poco, se comprende que son como bumeranes que pueden golpear a alguien y que cuando no golpean a nadie y vuelven a nosotros mismos pueden hacernos daño.

Había mucha más verdad en ese circular frenético de esperanzas no realizadas, de palabras no comprendidas, que en la literatura pobre que circulaba en las prisiones. Sin embargo, había también celdas de tres o cuatro donde se respiraba otra atmósfera: el microclima creativo de un común sólido y productivo. Sergino Bianchi, Luciano Ferrari Bravo y Paolo Lapponi, por ejemplo, habían hecho de su celda un lugar de estudio y de expresión de una alta sensibilidad cultural: como un oasis de *dolce stil novo* y de filosofía crítica, la mejor –un lugar creativo y limpio–. Rociado, como debe ser, con un chocolate excelente.

39. Tal vez...

La tregua no duró mucho. Había un malestar profundo disimulado que poco después se impuso sobre las razones de la tregua. Tras la derrota, todos estaban implicados en una crisis sin escapatoria; ¿cómo salir? En el horizonte no aparecían soluciones fáciles: muchos pensaban que desarrollando momentos de resistencia dura se podía condicionar la partida.

No se podía darle la vuelta al desenlace, pero así y todo había que hacer algo. ¿Y qué beneficio se podría haber sacado de una discusión con el poder? Nadie podía imaginarlo. La palabra «negociación» estaba proscrita tras la conclusión del *affaire* Moro: ¿cómo inventar entonces una vía que condujera a una amnistía? Nos decíamos que, tal vez, el poder aceptaría discutirlo para mostrar –y solo para mostrar– que al final quería salvaguardar el Estado de derecho. La represión lo había homologado y destruido todo: lo bueno y lo malo, la *Autonomia* y las BR. La reacción se había

impuesto, pero tal vez al poder le interesara aún poner fin al enfrentamiento con un acto de magnanimidad.

Quienes lean ahora este relato sonreirán, pensando que todo aquello era imposible: pero no era así en 1980, cuando el enfrentamiento social, una vez superado su ápice, estaba declinando. «Tal vez», hemos dicho: es un «tal vez» que pronunciaba hasta la clase dirigente, al menos una parte de ella. Algunos de nosotros nos preguntábamos si un inicio fuerte de las luchas en las prisiones habría podido surtir efecto en favor de medidas de pacificación, de amnistía: «tal vez».

Pero la duda es una mala condición psicológica cuando no llega a una conclusión. Así que era necesario acelerar. Pero había quienes, pacientes y pensando en términos políticos, no iban más allá del «tal vez».

Y estaban también los que habían dado ya una respuesta a ese «tal vez»: un «no». Estos compañeros pensaban: el poder nunca aceptará dar su brazo a torcer sobre la decisión represiva: así que, si no hay vía de salida, destruyámoslo todo, rebelémonos en las prisiones. Con desesperación. O mejor dicho: como desesperados.

40. *La anomalía salvaje*

Mientras se ensombrecían los humores en la galería de los prisioneros políticos, Toni terminaba su libro sobre Spinoza. Este trabajo representaba una ruptura, y al mismo tiempo una apertura en el terreno ético y en el teórico, respecto de la experiencia carcelaria y la política. Toni imaginaba este libro como un desplazamiento o, para ser más exactos, un salto más allá de la coyuntura política que lo había condenado a prisión: el rechazo radical de la modernidad, de una lógica capitalista de opresión que se había desarrollado de manera progresiva y totalitaria. Una lógica que impone dominio e infelicidad: con este terrible signo y resultado, la teleología histórica había quedado subsumida en el progreso capitalista.

Ontoteología de la modernidad: al menos en esto el nazi Heidegger tenía razón –representaba un destino destructivo–. Por el contrario, Spinoza ofrece al pensamiento la destrucción de toda

teleología del poder y a la multitud democrática la potencia de una insurgencia «salvaje». ¿Por qué, se había preguntado Toni, concebir lo político, el poder, como transcendencia? Y apuntaba: «El poder como transcendencia había servido para legitimar el poder burgués y luego también el socialista, proletario» –hasta el «realismo» de las BR, que en el mando y en el dar muerte seguían la misma lógica–. Frente a esto, Spinoza considera la transcendencia como el «refugio en la ignorancia» –una ignorancia que no es no saber, sino no saber reconocer el común como base del vivir–. En la refundación spinozista de la ética política se sucedían una postura ilustrada salvaje y un inmanentismo rebelde.

Hay más: Spinoza concibe el saber como algo radicalmente constructivo. Algo más que la epistemología ilustrada, más bien una lucha *del y para* el conocer que atraviesa conflictos de afectos y de saber en un terreno accidentado, encontrando y superando obstáculos, sin la presunción de poder mediar, sin una dialéctica que sublime lo negativo: un conocer que se dispone a construir.

Esta lectura de Spinoza hacía que entraran en crisis los bloques fundamentales del saber filosófico que habían alimentado a Toni, antes y durante su militancia revolucionaria: hegelianismo dialéctico y marxismo crítico en la estela de la Escuela de Fráncfort, Heidegger y el pensamiento negativo –¿acaso no habían terminado siendo una jaula académica, un tobogán, una inercia en la que toda diversidad terminaba uniformándose?–. Por el contrario, ¡la verdad necesita constitutivamente de la ruptura con las instituciones!

Spinoza expulsado de la Sinagoga; Spinoza que rechaza la cátedra de Heidelberg; casi daba para sentirse orgullosos de poder examinar a la academia desde la cárcel. ¿Acaso habría sido posible un Gramsci fuera de la prisión? Esta actitud crítica tampoco dejaba intacto al operaismo, tal y como Toni lo veía conchabado con la represión: ¡Tronti con Berlinguer, Cacciari con Napolitano, Asor Rosa con la primera de las «dos sociedades» que con tanta argucia había definido!

«Salvaje», por último, en ese Spinoza reivindicado por Toni, quería decir también «*sous les pavés, la plage*», bajo nuestro existir combatiente la tierra, el ser, la verdad de la pasión comunista. Es

una ontología radicalmente constructiva, como la quiso Spinoza después de Maquiavelo y antes de Marx, que pone la base de toda elección de libertad, de todo acto común de liberación del mundo.

41. Archivo

En esta investigación carcelaria sobre Spinoza, desarrollada en la crisis de los movimientos, había otros elementos de perspectiva bastante interesantes: dos en particular. En la primera perspectiva, Toni, recuperando una vieja intuición de Tronti, insistía en la necesidad de desarrollar (contra su ausencia casi total) una «historia interna del proletariado». Es cierto que Spinoza, aunque no «acósmico» (como lo quieren los reaccionarios), desde luego no simpatiza con la historia –y mucho menos con una historia del proletariado–. Pero su idea del ser, cuando se niega a darse como fundamento, se presenta como motor de lo existente: superficie abierta a la incansable acción constructiva de las pasiones, como matriz que, determinando el desarrollo de los apetitos, de los deseos, de los actos de amor asumidos como creadores del ser presente, los recoge en una especie de archivo, en un depósito a partir del cual maduran nuevas presencias en lo existente. Todo esto no corresponde a ninguna regla, ni está determinado por un *telos* –es más bien la idea de que el ser se genera produciendo nuevas singularidades y nuevas potencias–. En el plano político, el ser está liberado de todo horizonte «teológico-político» en favor de la capacidad productiva de la multitud democrática. Entonces, ¿por qué este andamiaje teórico no podía sostener una historia del proletariado, es decir, una construcción teórica de lo que significa vivir y producir, considerado desde el punto de vista de la potencia del «trabajo vivo»?

Toni ya había estudiado, diez años antes, el pensamiento de Descartes, planteando la hipótesis de que el cartesianismo era la resultante de la lucha de clase entre burguesía naciente y masas populares en el siglo XVII: una «ideología razonable», que proponía la suspensión de la lucha de clase, garantizando la constitución de un nuevo orden entre espíritu (el Reino) y materia (la multitud) establecido por los cuerpos intermedios de la sociedad. Eran los

robins, la clase (a la que pertenece Descartes) de la mediación del «yo pienso» entre orden divino y necesidad natural, por parte del individuo razonable. En Descartes, esta hipótesis la había desarrollado en el terreno de la ideología y de la metafísica. Ahora bien, esas fuerzas fuera de la mediación trascendente, monárquica – Descartes teoriza una monarquía absoluta, atravesada por la razón burguesa –, eran, en el siglo XVII, hegemónicas; y apoyándose en esas fuerzas se había fundado la excepción holandesa: la Libre República de los Países Bajos, que había pasado del agotamiento del impulso renacentista a la revolución protestante. Para Spinoza, el pasado de esas fuerzas republicanas, que habían conocido la derrota y que habían salido felizmente de ella, constituye un archivo: y en esa ontología/archivo hay una potencia libre y constructiva. Spinoza recurre a ese archivo para narrar la lucha de clase que subyace a toda definición del poder, pero también para asumir nuevos puntos de apoyo para su ética política de la acción liberadora. Fuera de toda dialéctica o materialismo mecánico, este archivo ontológico recoge prácticas constituyentes del profetismo hebreo, del renacimiento humanista, de la reforma protestante, justamente – depositadas en el pasado, pero que solo son legibles si están abiertas al futuro –. La ontología política de Spinoza se desarrolla en una hondura teórica que descubre la continuidad de la «tendencia» revolucionaria – es decir, la producción del ser – más allá de toda tregua, más allá de todo compás de espera.

Continuidad ontológica como realización ontológica de la genealogía de las luchas que producen el ser: este tránsito parecía constituir una lectura profunda, prácticamente un escáner que lee en el siglo XVII las vicisitudes políticas de la autonomía comunista. Y aquí otro elemento crítico importante era iluminado por el rayo de Spinoza. En la filosofía, Toni había estado muy cercano al pensamiento crítico de la Escuela de Fráncfort: pero él y sus compañeros siempre habían contrapuesto a la monótona totalización del devenir capitalista (propuesta en la *Dialéctica de la Ilustración* y repetida por los epígonos) una dialéctica antagonista de la lucha de clase que recorría el sistema del capital. Sin embargo, a menudo esa crítica estaba desenfocada: en efecto, no bastaba con añadir un poco de

antagonismo para interrumpir la dialéctica capitalista en su figura totalizadora. Proyectar la totalización en un flujo de luchas, como hacía el *operaismo*, y dilatar el círculo francfortiano en la espiral progresiva de luchas, crisis, reestructuración y así sucesivamente, no abría a la ruptura revolucionaria: en el mejor de los casos, ilustraba un desarrollo discontinuo y fragmentado, pero no menos totalizador. Al final predominaba siempre una «repetición» permanente y continua: ¿cómo salir de ella? En prisión se lee y relea a los francfortianos: ¿cómo definir la ruptura revolucionaria, en tanto que salida de la «mala infinitud»⁴ de la lucha de clase y del desarrollo capitalista? Siguiendo de nuevo una vía insurreccional, propone alguno: ¿pero el camino de la insurrección no lo habíamos seguido ya –y no estábamos pagando su derrota–?

Así, pues, debíamos dirigir nuestra atención a Spinoza –y ya no a Benjamin y a su mística revolucionaria–: porque solo Spinoza indica una vía constituyente, promovida por la potencia de las pasiones y constituida por la urgencia del común. Sin saltos, sin prefiguraciones, sin promesa de un final feliz: Spinoza propone construir mientras se avanza. El camino de una potencia constituyente: y antes incluso, el camino del trabajo vivo.

42. Un texto destruido

En la primavera del 80 el libro sobre Spinoza está terminado. Un año de trabajo –¡pero realmente bueno!–. Pero ya urgen otras cosas: hay un montón de artículos que aún no han sido recogidos en una

⁴ En referencia a Hegel, que entiende la «mala infinitud» como la mera superación de la finitud mediante la sucesión o progreso interminable en matemáticas, mientras que el buen infinito es el que corresponde a lo absoluto. «Esta mala infinitud [*schlechte Unendlichkeit*] es en sí lo mismo que el perenne *deber ser* [*Sollen*]; es desde luego la negación de lo finito, pero en verdad no es capaz de liberarse de este, que resurge *en ella misma* como su otro, porque esta infinitud solo es en su *estar en relación* con lo finito cuyo otro es. Así, pues, el progreso al infinito no es más que monotonía repetitiva, una y la misma *alternancia* tediosa de esta finitud e infinitud». G. W. F. Hegel, *Wissenschaft der Logik*, 1, Erstes Buch: Die Lehre vom Sein, Erster Abschnitt: Bestimmtheit (Qualität), Zweites Kapitel: Das Dasein, C: Die Unendlichkeit, b: Wechselbestimmung des Endlichen und Unendlichen.

antología: es el momento de hacerlo, introduciendo este nuevo libro con materiales que de algún modo tengan que ver con la prospección ontológica desarrollada sobre/con Spinoza.

El primero de estos materiales es un ensayo que denuncia la tautología en la cual –en la subsunción real de la sociedad bajo el capital– se ve atrapada la contradicción dialéctica, sin vía de escape, cuando las luchas alimentan el desarrollo del capital y este desarrollo totaliza el poder de mando sobre cada movimiento. El otro está dedicado al análisis del concepto de tiempo: cómo se dispone la temporalidad en la subsunción real y cómo se presenta a una eventual ruptura.

Pero estos materiales, en la forma en que fueron redactados, ya no existen: fueron destruidos por guardiacárceles vengativos y sádicos, en las jornadas de represión posteriores a la revuelta en la prisión. De vuelta a Rebibbia, Toni se pone a trabajar en la redacción de *Máquina tiempo*,⁵ recuperando la colección de ensayos escritos anteriormente, a los que añadió un prefacio (*Praxis y paradigma*) y un ensayo final (*La constitución del tiempo. Prolegómenos*), donde recuperaba de memoria los escritos destruidos.

Hay un cierto vínculo entre estas introducciones y *La anomalía salvaje*. El primer tema que marca esa cercanía es el de la subsunción real de la sociedad en el capital: tema heredado de los francfortianos, pero que aquí no se plantea dentro de la alternativa entre Escuela de Fráncfort y Spinoza, sino dentro del pensamiento spinozista. En *La anomalía salvaje* había un esfuerzo de deshacer la adscripción de Spinoza al «panteísmo», a una concepción de la vida subsumida íntegramente en la divinidad: un problema parecido al que, en el campo materialista, se planteaba cuando el capital subsumía *in toto* el mundo de la producción. Spinoza –insiste por el contrario Toni– se esfuerza en reconstruir un mundo absoluto, irrepetible y divino, fuera del panteísmo; así, pues, el esfuerzo teórico consistirá en

⁵ Antonio Negri, *Macchina tempo: rompicapi, liberazione, costituzione*, Milán, Feltrinelli, 1982; el ensayo *La costituzione del tempo. Prolegomeni*, fue reeditado de forma individual, Roma, Manifestolibri, 1997, y publicado en castellano en *Fábricas del sujeto*, trad. de Marta Malo de Molina y Raúl Sánchez Cedillo, Madrid, Akal, 2006.

reconstruir el mundo dentro y más allá de la subsunción capitalista de la realidad –en la cual se combinaban totalización capitalista, deshecha por los movimientos, y cárcel para los militantes–. Una semejanza tal vez algo tosca, pero eficaz para mostrar que –sentadas todas las diferencias– la vida y la crítica respondían a los procesos de sometimiento. A través de la crítica de la superstición en Spinoza, a través de la crítica de la explotación para nosotros: en ambos casos operaba una pasión ética que encontraba alimento en una ontología de la potencia. En los ensayos introductorio y de conclusión de *Máquina tiempo* había un desarrollo adicional de la genealogía de la potencia, reconociendo en el trabajo vivo y en la ruptura de la temporalidad (*Jetzt-Zeit*) el punto de excedencia de la vida respecto al dominio, del trabajo respecto al capital.

Asimismo, en *La anomalía salvaje* Toni había insistido mucho sobre la potencia de la imaginación: en Spinoza se produce el nexo entre el conocimiento sensible, el intelectual y las pasiones éticas superiores. En los *Prolegómenos* sobre *La constitución del tiempo* –en aquellos apuntes, en aquellos pedazos de un manuscrito destruido y luego reescrito– Toni había intentado interpretar de manera productiva el *clinamen* materialista; discernir el punto en el que la ruptura, en vez de ser entendida como casualidad, en vez de repetirse, se torna en diferencia: el punto en el cual la diferencia se subjetiva.

43. Innovación

La aproximación entre panteísmo y subsunción real provocará la sonrisa del metafísico: nosotros, como buenos materialistas, trasladamos el razonamiento –mejor dicho: la cosa de la que trata– al terreno real, tratando de comprender ese desarrollo discursivo a partir de la verdad del producir. Dentro del panteísmo, como en la subsunción, hay el mismo viento de libertad que se rebela: del mismo modo que la libertad está sometida en una concepción del mundo que absorbe el mundo en la voluntad divina, también el comunismo está preso en la subordinación total de la sociedad al capital. La transformación de las fuerzas productivas desde el siglo

XVII spinoziano (acumulación capitalista originaria) al siglo XXI (acumulación originaria del trabajo cognitivo) ha sido enorme: sin embargo, ha sido homólogo el impulso hacia la autovalorización del producir que se opone a todo absolutismo político y a toda totalización del dominio –y a toda acumulación que quiere alimentarse precisamente de la nueva autovalorización–. La multitud en revuelta y la multitud productiva se instalan de modo análogo en la ontología spinoziana: ontología de la liberación, ontología del común –por eso podemos decirnos spinozistas–. El camino andado por el movimiento revolucionario ya no cuenta con quedarse encerrado en la continuidad con las teorías expuestas en *El comunismo y la guerra*, conclusión última de una trayectoria teórica que no ha sabido lidiar con la derrota: por el contrario, se abre un camino con un ritmo roto –una ruptura que estalla en el terreno ontológico y se desarrolla en un esfuerzo instituyente concreto–. A partir de entonces, reactualizar el comunismo se convierte en la tarea fundamental: un soplo de aire fresco que atraviesa los muros de la cárcel.

44. Bolonia

En verano la temperatura se vuelve tórrida en las tierras hermosas de Apulia –uno se siente realmente «enjaulado»: las celdas arden, el cemento quema y los patios se ponen al rojo vivo–. Como en la balada de Lolli,⁶ «de repente llega un olor de brasas»: estación de Bolonia, la matanza fascista del 2 de agosto. La noticia nos sorprende en el patio; en otro patio, no muy lejos del de los prisioneros políticos del movimiento comunista, están Giannettini y Freda.⁷ Reaccionamos

⁶ La canción «Agosto», del cantautor italiano Claudio Lolli, que trata sobre la matanza fascista de Bolonia.

⁷ Guido Giannettini y Franco Freda son dos personajes clave de la «estrategia de la tensión» del Estado italiano en los años sesenta y setenta. Giannettini, nacido en Taranto en 1930, fue un militante fascista, periodista y agente de los servicios secretos italianos, muerto en 2003. Franco Freda, nacido en Padua en 1941, es un militante y terrorista fascista italiano. Giannettini fue reclutado por el servicio secreto de las fuerzas armadas, el SID, en 1963. Por su parte, Freda ha sido desde su juventud un activo militante de las tramas fascistas vinculadas con los servicios

a la noticia con una determinación feroz: «¡Vamos por ellos!». Los guardianes se despliegan en formación, los gritos desde los patios de los autónomos y de los brigadistas acompañan los golpes en los barrotes –algunos compañeros moderan las reacciones: se evita el linchamiento–. Giannettini y Freda son evacuados de la prisión. La tensión crece, la cólera se generaliza: la política de radicalización del conflicto de la que estábamos discutiendo se canaliza hacia una verdadera decisión de lucha que nos implica a todos. La matanza fascista, cuya responsabilidad atribuimos inmediatamente a los servicios, mostraba la verdadera cara de la represión: no solo sobre los combatientes, sino la represión general de todo movimiento, la voluntad de borrar la «década roja» de renovación del pensamiento y la acción, de las «formas de vida» de los proletarios. Vida contra muerte: la carnicería de Bolonia, el «¡viva la muerte!» que entonan los fascistas es la verdadera cara del Estado capitalista, represor de las luchas obreras y nuestro carcelero.

Este verano pullés es tórrido y desierto. Veíamos Trani y su magnífica catedral en las postales que nos daban en la prisión, como el Stromboli en Palmi o las magníficas perspectivas de Urbino en Fossombrone. Subiéndome a una silla, veía por fuera de la «especial» un extenso espacio vacío al fondo de una autopista. Había que moverse, ya no podíamos más. Giuliano Naria y Carlo Guazzaroni me hablaban de las ganas de destruirlo todo que circulaban en la prisión –Giuliano, el fuerte, quería rebelarse; Carlo, el prudente, se mostraba circunspecto contra aquel desierto que nos momificaba–.

Luego vino el terremoto en Irpinia para añadir nerviosismo al agotamiento y a la indignación. Una experiencia horrible la de estar encerrados en una trampa como si fuéramos ratones, mientras

secretos. Ambos aparecen en estrecha asociación en la organización, ejecución y posterior encubrimiento de la matanza de Piazza Fontana, por la que, tras varios procesos judiciales y palmarios encubrimientos por parte del Estado, Giannettini fue condenado a cadena perpetua en 1981, pero absuelto en 1983 por la Corte de Casación y puesto en libertad. Por su parte, Freda fue condenado en el mismo proceso también a cadena perpetua, pero absuelto por falta de pruebas por la Corte de Casación en 1987.

alrededor todo tiembla y uno oye cómo se agita la tierra: todos gritaban, los guardianes, más aterrorizados que los presos, a la tercera o la cuarta sacudida abren finalmente las celdas –pero nos dejan encerrados en la galería–. Por la mañana volvemos a la celda, esposados: los más jóvenes (y nuestra galería estaba repleta de ellos) imprecaban contra la condición carcelaria a merced de un terremoto y contra el Estado asesino en Bolonia.

45. Revuelta

La revuelta de las navidades de 1980 era esperada: y estalla.

De regreso del patio un grupo de compañeros, armados de cuchillos de veyá uno a saber qué factura, secuestran a diecinueve guardianes. Uno de ellos, herido, es curado dentro de la ocupación, y luego entregado al Director. La primera planta de los detenidos comunes especiales y la segunda planta de los detenidos políticos quedan en libertad, se abren las celdas: así que se puede circular por las cuatro galerías, dos por planta. La decisión y la conducción de la revuelta están en manos de los brigadistas encarcelados, pero todos los compañeros participan y se sienten responsables. Las plantas están fortificadas en las escaleras que conducen hacia abajo y hacia el techo: allí se encuentra una soldadora por casualidad y así hasta se pueden soldar las verjas. La prisión es rodeada de inmediato, no hay posibilidad de salir, pero durante tres días se vive en libertad. Entre tanto, las Brigadas Rojas secuestran en Roma al juez D'Urso, responsable del sistema penitenciario italiano.

Al tercer día, grupos especiales de los carabinieri llegan del cielo con los helicópteros: echan abajo barricadas y verjas con explosivos y en poco tiempo bajan a las plantas. Los prisioneros se refugian, permanecen todos juntos en cuatro celdas compartidas: un razonable «sálvese quien pueda» proclamado por todos juntos en una situación de emergencia. Solo un par de brigadistas, que han armado cafeteras llenas de explosivo, se mueven fuera de las celdas, pero sin conseguir hacer que exploten –por suerte–.

Los carabinieri entran en la celda grande en la que estoy con los compañeros autónomos; ordenan un «todos al suelo»: una ráfaga

de metrallera a media altura de la pared les asegura que nadie va a levantarse. Uno a uno, bajo la luz de un foco y con las linternas que recorren el montón apelmazado, los compañeros son sacados, registrados y de nuevo amontonados en medio de la celda grande; un poco después los hacen salir uno a uno, los acompañan a las escaleras que conducen del segundo a la planta baja y los entregan a los guardianes de la prisión que los hacen rodar dos pisos por las escaleras: empieza la pesca del atún. Acompañado a la planta baja por un oficial de los carabinieri, me salvo de la primera degollina. Todos son empujados al patio, por la puerta de la planta baja, y son obligados a llegar a la zona de paseo más cercana: a lo largo de unos cincuenta metros, a través de dos filas de guardiacárceles con porras y toscos garrotes sacados de las patas de las sillas, con las que muelen a palos a los presos hasta que sangran en los nudillos y las rodillas, en las costillas y en los cráneos. De un centenar de golpeados, unos veinte tienen los dedos rotos de intentar protegerse la cabeza: a mí «solo» me abren la cabeza –sangre, aturdimiento: he salvado los dedos porque con las manos me protegía las gafas, y no la cabeza–.

Durante dos o tres noches dormimos al aire libre en los patios de paseo. Estamos entre Navidad y Nochevieja: hace frío, mucho frío, la noche invernal es húmeda: un dios feroz escupe un rocío espeso. La primera noche, para calentarnos nos abrazamos unos a otros, los menos heridos con los que peor están. Los muros del patio de paseo están embadurnados de las manchas de nuestra sangre. Mucho más tarde nos tiran alguna manta.

Por la noche los guardias entran en grupo en los patios de paseo para llevarse a algún herido grave, o a alguno al que consideran un jefe de la revuelta: para continuar golpeándolo. Entran y agarran a este o aquel prisionero, obligado a ponerse de rodillas con una linterna sobre la cara –«¡Arrodillate hijo de puta!»; «¡Pedí perdón!»; «Tu mujer seguro que la chupa bien»; «Comunista de mierda»–. Mientras tanto, los guardias entran en las celdas y lo destruyen todo: tiran al suelo los objetos personales y los escritos, la ropa y la correspondencia; luego rompen los lavabos, abren las canillas e inundan toda la planta. Todo queda reducido a lodo: entre otras cosas, mis cuadernos de *Máquina tiempo*.

La segunda noche ponen grandes lámparas eléctricas para calentar los patios de paseo, pero así y todo hace un frío de perros en esta acampada al aire libre alucinante en la que se habla –y se ríe–.

El 31 de diciembre, el general de carabinieri Galvaligi, responsable del orden de las prisiones de las fuerzas antiterroristas, es asesinado por las Brigadas Rojas.

46. No termina de acabar

Solo después de tres días volvemos al edificio: en celdas de cuatro estamos apiñados diez/doce; los más viejos duermen en las cuatro camas disponibles; los demás en el suelo. En cada celda grande hay algún herido. Estamos todos confundidos, físicamente devastados. Por la noche interrogatorios de los fiscales que llegan de Roma: te arrastran a la oscuridad y te interrogan bajo los focos que ciegan. Todos protestamos y nos negamos a responder. Siguen los interrogatorios diurnos: los guardias conducen a grupos de dos o tres compañeros ante los fiscales de Trani, y luego ante la Dirección penitenciaria, órgano de disciplina: para todos hay una orden de detención que atribuye también a los prisioneros la destrucción de la prisión llevada a cabo por los guardias.

De vez en cuando, de repente, los guardias entran para llevarse a alguien, no sé sabe dónde. Algunos compañeros son llevados a la azotea y amenazados con ser arrojados al vacío. Decidimos bloquear las puertas con trozos de madera arrancados de las ventanas y encajados para hacer cuña en los portones, intentamos agujerear los muros para comunicar de celda a celda, para organizar la resistencia –un trabajo bestial, sin resultados–. Llegan los radicales, para mostrar su solidaridad, seguidos de chanzas y carcajadas. Fuera, nuestras mujeres, las esposas, las novias, hacen un piquete, exigiendo vernos y saber cómo estamos.

Un coloquio de cinco minutos con Paola: desnudado y cacheado antes de entrar y después del coloquio, hecho con un cristal de por medio. Paola me encuentra bien: tengo la cabeza abierta, pero estoy vivo. Paulatinamente tomo conciencia de haber sobrevivido, y crece la rabia en el cuerpo.

Sin embargo, durante aquellos días, todos, abollados o heridos, reímos mucho. Para entenderlo, hay que imaginar la asimetría total entre el poder penitenciario y el sujeto encarcelado, la relación más extrema entre señor y siervo: cuando, como en la revuelta, caen las últimas reglas, la violencia es la única medida de la relación. Pero si la desmesura es la única regla, el sarcasmo y la risa organizan el desprecio del siervo por el señor. Cuando un compañero que ha sido sacado fuera regresa, todos reímos: nosotros, que temíamos por él; él, que había temido por sí mismo. El ser humano llevado al borde de la muerte no llora ni teme, sino que desprecia al asesino: se ha vuelto otro. Este ser otro no extingue el deseo en la sombra de la amenaza, del miedo, de la muerte, no es en ningún caso «vida desnuda» –es una risa salvaje, desencajada pero feroz–. Al igual que toda dialéctica siervo/señor, toda mediación queda hecha pedazos: ¡riamos, muchachos, riamos!

La resistencia se organiza: empezamos a volcar la basura en los pasillos. Cuando los guardias mandan a los presos de la cárcel normal para limpiar, los espantamos. Tienen que llamar a una empresa externa para limpiar: a los obreros les entra el miedo por nuestras amenazas y salen corriendo. La basura aumenta, semana tras semana; un poco de agua filtrada se ha convertido en un fango que cubre el pavimento de las galerías: los guardias ya no pueden pasar; el hedor es espantoso. Exigimos que la dirección normalice la situación. Broma final: bloqueamos con camisetas y calzoncillos el margen inferior de las puertas de las celdas, dejamos correr el agua del lavabo que llega a cubrir veinte centímetros del pavimento de la celda, luego quitamos el obstáculo: el agua sale del pasillo como un río desbordante, refinando y haciendo huir a los guardianes.

Incluso cuando está limpia, la prisión es un lugar sucio –de cosas podridas y de dolor acumulado–.

47. Y ya está bien

No recordaba haber demandado a un periódico por difamación: cuando llega la citación me trasladan a Rebibbia, arrancándome de la celda. En el largo viaje en furgón con los grilletes de marras

—es la primera vez que estoy solo desde el inicio de la revuelta— puedo reflexionar.

¿Había sido realmente favorable a la revuelta? A los jueces les dije: no sabía nada, pero la revuelta era justa —¿era realmente lo que pensaba?—. ¿Podía confundir la solidaridad que daba a los compañeros de Trani con un juicio —reservado pero negativo— sobre el modo en que se había conducido la revuelta? La revuelta había estado acompañada de la acción externa de las BR —el secuestro del juez D’Urso y el homicidio del general Galvaligi—. Nosotros luchábamos contra el régimen penitenciario que se nos había impuesto, contra los teoremas judiciales y las leyes que nos tenían en la cárcel sin juicio; las BR asumían todo esto como «su» objetivo, y hasta aquí todo bien: pero acompañando nuestra acción, secuestraban y mataban. No lo habíamos ordenado nosotros, ni parecía que nos hubieran consultado: se habían usurpado los contenidos de nuestra revuelta. Nadie había vuelto a hablar de nuestra protesta, de los puntos que habíamos propuesto para la suavización del régimen penitenciario, para la petición de medidas de amnistía: la acción brigadista nos había anulado.

Durante todo el viaje rumio sobre esta «contradicción en el seno del pueblo». Llegando a Nápoles, el furgón se detiene: es introducido y atado a mi cadena un compañero de las BR. Me pregunta cómo había ido la lucha: mientras le cuento, el BR adopta de manera cada vez más explícita el rostro del comandante, del vencedor —la lucha había quedado transfigurada como lucha brigadista—. Tengo la impresión de que la contradicción se ha vuelto irresoluble. ¿Qué línea estratégica continuaban proponiendo las BR? En realidad, ninguna: ¿cómo podían aspirar a ir a un enfrentamiento final cuando todavía estaban atrapados en el enfrentamiento inicial? Era obligado un desgarramiento para reconstruir un proceso de resistencia y de subversión: pero ya no en la teoría —era necesario en la práctica—. No se podía permitir que ese chovinismo militarista, al que ya en Palmi había visto ultrajar la ética revolucionaria, ensuciara la revuelta de Trani —y, lo que es peor aún, algo realmente funesto, condujera a la ruina de toda lucha y de todo movimiento, presente y futuro—.

48. Regreso a Rebibbia

Cuando llegó a Rebibbia en enero del 81, Toni tenía la impresión de haber salido del infierno. La experiencia del «c circuito de las gamuzas», que había durado un año y medio, había sido ardua, difícil de relatar incluso a los compañeros, a los amigos más cercanos. En Rebibbia encuentra a los hermanos encarcelados en las redadas posteriores al 7 de abril: compañeros milaneses de *Rosso*, sobre todo –tal vez los más queridos, junto a los colegas universitarios y la gente de Porto Marghera, de todos los autónomos que encontrará entre rejas–. Así que termina en la galería G12, donde permanecerá hasta que salga de la cárcel. No siempre en una sección decente como esta: será trasladado con los demás compañeros o estará solo cada vez que reciba una nueva orden de detención (el reglamento penitenciario estipula el aislamiento hasta que el preso no sea interrogado). Una vez –vaya usted a saber por qué– termina en una sección de castigo: un patio de paseo cubierto por una fina malla, una pajarera para reprimir el espíritu. Los guardias con la porra en la mano, cacheos continuos, una sola muda y dos libros como mucho. La regla es la humillación, el comportamiento de los agentes es una provocación permanente que suscita una respuesta violenta hasta en un alma apacible.

Mientras tanto, los arrepentidos triunfan: hay uno por semana, ¡y no hay ni uno que se olvide de Toni!

Un tiempo después le comunican que no volverá a Trani: buena noticia, todo se volvía más sencillo para familiares y abogados. Y también para los jueces que por primera vez pretenden interrogarlo –los investigadores parecen realmente encariñados con el teorema Calogero–. Los cargos se habían multiplicado: Toni está a la espera de juicios no solo en Roma y Padua, sino también en Milán, Parma, Perugia, Ancona y ya no se acuerda dónde más.

En Rebibbia está obligado –a causa de la condena a muerte que han emitido las BR contra su persona– a no verse con internos que no sean los de su galería. La misma suerte le toca a Luciano Ferrari Bravo: tendrían que hacer el patio solos, en una jaula de cuatro metros por cuatro. Toni se niega a llegar a un pacto y durante todo

un año se queda solo en la galería cuando los compañeros bajan al patio grande; Luciano no soporta quedarse encerrado, necesita moverse: baja de todas maneras y da patadas como un obseso a un balón en los dos metros por cuatro que le habían concedido. A Toni le abren las puertas de las celdas en el interior de la galería; camina de aquí para allá por el pasillo; finge hacer gimnasia: saborea la soledad, para descansar de todas las comunidades confusas y violentas que había atravesado hasta ese momento. Está cada vez más pálido, en contraste con los compañeros a los que las horas de patio convertían en Orfeos negros y charlatanes.

49. Salir del desastre

En Rebibbia se planteó inmediatamente la cuestión de la guerra, y de cómo ponerle fin: el duro trago pasado en Trani; la desastrosa exhibición del mando de las BR sobre el movimiento autónomo y el movimiento de las prisiones, que tuvo lugar durante la revuelta, no podía quedar sin respuesta. Por suerte, el rapto de D'Urso había terminado sin derramamiento de sangre y, por lo tanto, sin que a los compañeros de la revuelta se les atribuyera un homicidio más. La cuestión política se combinaba con la intolerancia moral, y a veces física, que muchos compañeros sentían por los comportamientos militares y sectarios de los brigadistas. Estaba claro que nos encontrábamos ante un punto de inflexión político: en pocas palabras, es necesario poner fin a todas las guerras. Los brigadistas se daban cabezazos contra esta evidencia, pero no tenían ni idea de cómo ponerle fin: en esta ignorancia culpable –que se hacía acompañar de la trágica costumbre de los homicidios– arrastraban al movimiento a nuevas catástrofes. El proyecto de una negociación era algo que habían imaginado, pero desde una posición de fuerza; en ningún caso querían negociar sobre la derrota: significaba reconocerla. Pero reconociéndola se habría venido abajo la sólida unidad sectaria del partido –basada en la idea de la conquista del poder– y la esperanza de los combatientes –sobre todo de los que estaban en prisión, que se alimentaba de la fe en los compañeros que no estaban en prisión y de la ilusión de la victoria–.

Asimismo, se había abierto una enorme falla en la organización: abundan los llamados «arrepentidos» –en realidad, traidores, productores infames de verdad para el enemigo y de falsedad para el amigo, esclavos de un vergonzoso desamor–. Para los brigadistas esto resultaba insoportable: ni siquiera podían preguntarse por qué tantos compañeros echaban por tierra fidelidad y lealtad o –peor aún– ponían en manos del enemigo pasiones antes compartidas. Para la dirección de las BR, el goteo del arrepentimiento era una infección que corría el peligro de volverse endémica: no se podía curar, había que erradicarla. Siguieron muchos asesinatos, y la reconversión criminal de la lucha política de liberación. Fue el desastre definitivo, dentro de una evidente falta de reflexión; porque las causas de la derrota de la línea política brigadista –y de su incapacidad de proyección futura más allá de la derrota– no eran solo la represión y los golpes que había sufrido la organización: se habían quedado sin el apoyo de los estratos sociales, sobre todo obreros, de los que procedían las BR. Y además esto no dependía tanto de la eficacia de la contrapropaganda que el PCI y el sindicato habían desarrollado en los lugares de trabajo, como de un desplome de la hegemonía que la propia clase obrera, sometida a una feroz reestructuración patronal, había sufrido.

Entre los compañeros de Rebibbia se hablaba de todo esto. Desaparecía toda timidez, dentro y fuera de la prisión, no desde luego por un distanciamiento rastrero respecto a una lucha que también había sido nuestra: era un razonamiento más sosegado y sensato sobre cómo gestionar la derrota. Negociar el final de la guerra, buscar interlocutores políticos: en resumen, iniciar una campaña de disociación de la lucha armada. Y dentro de la prisión, donde de todas maneras íbamos a tener que estar aún mucho tiempo, intentar conseguir mejores condiciones de supervivencia. En Rebibbia había compañeros que en San Vittore habían entablado batallas sobre estos temas: se reían de ellos, diciendo que querían «poner cortinas en las ventanas» de las celdas y se señalaba que aquella batalla había terminado con una paliza a manos de los carceleros. Pero el mismo tema empezó a plantearse en Rebibbia, en relación con los temas de la disociación de la lucha armada, con

la intención de negociar una salida. De ahí la petición de constituir «áreas homogéneas» de presos con arreglo a su procedencia ideológica y a sus distintas experiencias organizativas.

50. *Terrorismus? Nein, danke!*

Se trataba de romper el silencio, de llegar a una conclusión más allá de las discusiones que se habían desarrollado. Me puse a escribir un texto, corrigiéndolo continuamente a partir de los aportes de los compañeros, sobre todo de Luciano Ferrari Bravo: debía asumir la responsabilidad del texto, porque así lo imponían la situación política y la procesal, que estaban volcadas sobre mí. Los conflictos con otros compañeros en Palmi y en Trani reforzaban una postura que ahora consideraba definitiva: aunque era consciente de las polémicas que iba a suscitar la expresión de mi punto de vista, escribí el artículo, titulado precisamente «*Terrorismus? Nein, danke!*», y lo envié a *il manifesto*, que lo publicó el 22 de marzo de 1981.

o. *Preámbulo*. Muchos compañeros, después de Trani, me dicen que teníamos razón –yo y mis compañeros– cuando nos disociamos de la iniciativa de las BR en aquella lucha y en el caso D’Urso. Pero estos mismos compañeros añaden lo siguiente:

- a) Que esa disociación es una operación *individual*, que no se plantea el problema de los miles de compañeros que están en prisión.
- b) Que esa disociación es una operación *mínima*, que no produce efectos que vayan más allá de sí misma y que por ende corre el riesgo de carecer de perspectivas.
- c) Que esa disociación es una operación ambigua, porque puede, en la forma y en el método, ser instrumentalizada por el poder.

Este tipo de críticas no solo proceden de la prisión. Es más, la condena del comportamiento de las BR en Trani es, en prisión, casi unánime o en todo caso ampliamente mayoritaria.

Las críticas proceden, con la mayor dureza, de fuera de la prisión, de ambientes donde la solidaridad con los compañeros presos exige la *unidad* del enfoque y, en primer lugar, antes que nada, antes de toda

crítica, la insistencia en el ataque a la represión. Y toda vez que el poder ha revelado en Trani una cara terrible, más allá de todo límite, entonces todos los razonamientos deberían centrarse en ese ataque. Es muy dudoso que los compañeros presos hagan también suya esa actitud, aunque alguno pueda entender sus motivos. Yo en particular.

En la situación en la que se ha verificado la disociación, personalmente creo haber vivido todos los problemas y haber recorrido todas las emociones que vivía el militante comunista, en los años treinta, al disociarse de la línea estalinista, del chantaje de la unidad. Estoy hablando de problemas y emociones: es evidente que aquí Stalin no tiene nada que ver. En cambio, sí tiene que ver el hecho, sentido por muchos compañeros y sobre todo por los que están fuera, de la gravedad de disociarse de la lucha mientras está en curso, mientras se está bajo el fuego del enemigo, mientras se está dolorido por las heridas recibidas, cuando, por el contrario, la primera tarea es resistir y la unidad aparece como el bien supremo –y, por lo tanto, en sentido clásico, ser rompedueñas es un hecho ontológico, no ideológico y abstracto–.

Pues bien, ¿por qué reivindico la disociación, por qué rechazo las acusaciones de los externos, por qué aspiro a escuchar, replicar, convencer a los compañeros en prisión de que los límites –efectivos– de la mera disociación son superables y organizables *en una línea política de liberación*? Por algunas razones fundamentales que me permito presentar para su discusión.

1. *Por qué reivindico la disociación.* Porque las luchas obreras y proletarias, con su insistencia de masas, distan mucho de conocer un reflujo, o incluso de haber sido liquidadas en Italia y en Europa. La línea armada de la lucha de clase, en la unilateralidad de su discurso y en la aceleración de su proyecto, no solo ha sido derrotada en los hechos, sino que ha quedado lógicamente descartada por un movimiento de luchas que no ve, en la lucha armada, necesidad o rigor en las consecuencias. *Terrorismus? Nein, danke!* Por supuesto, existen residuos bélicos, en el movimiento en su conjunto, pero son ya completamente ajenos a la dinámica de la reproducción política de las nuevas generaciones, a la expansión del movimiento comunista.

Desde este punto de vista, la iniciativa de las BR no puede dejar de ser, como lo fue en Trani, más que una instrumentalización lisa y llana de

un movimiento de protesta real, una continua y asesina sobredeterminación de los movimientos de lucha. Hoy, para luchar, es necesario excluir de antemano que las BR y otras «organizaciones comunistas combatientes» intervengan en la lucha. *La exclusión de la sobredeterminación es una condición de la lucha.* El asesinato político es hoy, antes que nada, asesinato de las luchas. La reproducción autónoma del movimiento comunista excluye espontáneamente de sí mismo esa distorsión: debe ser excluida consciente y políticamente.

2. *Destruir la imagen de la guerra civil.* La imagen de la guerra civil no ha sido impuesta por las BR o por las demás «OCC»,⁸ sino que ha sido construida y utilizada exclusiva, única y unilateralmente por el poder. A cambio de algunos muertos, por otra parte inmediatamente correspondidos, el poder ha construido las condiciones generales de recesión de las luchas, de los espacios políticos, de la fuerza del movimiento de clase.

Lo horrible del asunto ha sido el respaldo ofrecido por las fuerzas de la «izquierda» al proyecto del poder. Pero hoy más que nunca ha quedado claro que la destrucción de la ideología, de la imagen, del escenario de la guerra civil es condición fundamental para la reanudación de la lucha de clase, para la reconquista de espacios políticos. La fuerza del movimiento proletario está lista para desarrollarse en la expresión de un programa político. *La lucha es política.*

¿Quién ha contado alguna vez, entre los clásicos y en la historia del movimiento obrero, la patraña de que la recesión de la lucha armada –en determinadas condiciones, como las italianas– y por ende la reanudación de la lucha política son una traición o una desertión? Solo fanáticos o imbéciles, como las «abejas de Palmi» –particularmente diestros en la falsificación instrumental de la teoría y de la historia– pueden sostenerlo o tal vez, y eso es lo peor, creerlo. La lucha política proletaria debe destruir la imagen de la guerra. Debe devolver a un pasado negro y terrible el sentimiento de desesperación, el frenesí del homicidio, la torpeza de la coherencia combatiente. Hoy *la lucha política ocupa el primer lugar*, enganchada de nuevo a la lucha de masas, a sus posibilidades y a su enérgica efectividad.

⁸ Organizaciones comunistas combatientes, es decir, la galaxia de grupos armados surgidos tras la crisis de la *Autonomía* y de las Brigadas Rojas tras el secuestro de Aldo Moro.

Hoy la lucha política de masas es una vía permitida por el crecimiento de la nueva composición de clase y obligada por la fuerza de sus necesidades materiales. Los comportamientos subjetivos, el estímulo a la centralización, han de ser mediados dentro de los niveles de la recomposición política de clase. La mediación no es impuesta por el enemigo, sino por el desarrollo del programa comunista.

Hoy es oportunista, infantil y estúpido todo aquel que *rechaza la mediación encaminada a la práctica de masas del programa*. El inmediatez del objetivo es nostálgico y, en lo sucesivo, tan solo forma parte de la simulación estatal de la guerra civil.

3. *El aislamiento carcelario de la lucha sobre las prisiones*. La centralidad del problema de la prisión (y de los tres mil detenidos políticos) no puede ser instrumentalizada –como ha ocurrido con la campaña D’Urso– ni ser subordinada a la construcción de las «occ» –y mucho menos a la victoria de una línea política sobre las demás. Esta línea es destructiva en todos sus aspectos. Presenta tales momentos de utilización instrumental que resulta contradictoria con los principios mínimos de la ética revolucionaria. Quien instrumentaliza de ese modo la lucha de masas y las necesidades proletarias de libertad no es muy distinto, en su ética, de la ética opuesta del arrepentimiento.

El inmediatez combatiente, en prisión, conjuga la desesperación con el instrumentalismo. Su consigna es: «Muera Sansón con todos los filisteos» o «Después de mí, el diluvio». Muy distintas son las posibilidades de articular políticamente, dentro de los niveles de masas, las sacrosantas consignas: «No a la cadena perpetua por defecto»; «No a la diferenciación»; «No a la aniquilación».

La prisión –y la prisión para los «políticos» en este momento– es un *problema central* y de dimensiones sociales e históricas tales que no puede ser, no digo resuelto, sino ni siquiera planteado fuera de una línea política de masas, de luchas y de soluciones políticas generales.

Por supuesto, no es este el lugar ni el momento de introducir cuestiones jurídicas (despenalización, amnistía, etc.): eso es algo que puede empezar a interesarnos solo cuando estemos ante la reanudación de una campaña política de masas. Pero el conflicto sobre la cuestión carcelaria es central *solo* en teoría, mientras se plantee de forma aislada, mientras no forme *parte de todas las campañas de movimiento*, mientras

no sea intrínseca a todas las luchas. No necesitamos «comités de solidaridad», sino llevar a todas las luchas el discurso sobre la prisión. El aislamiento penitenciario de la lucha sobre la prisión, su nexa con las líneas combatientes de las «OCC» tienen un único resultado: conducir, por parte del poder, a una réplica de Attica o de Stammheim;⁹ por parte del proletariado preso, a una ruptura interna vertical e irresoluble.

Evitar una y otra cosa es tarea de todos los compañeros, pero sobre todo es tarea de la lucha *política* de liberación. Conseguir articular el problema de masas de la liberación en todas las tramas de la discusión política es, hoy, la única vía que permite considerar central, efectivamente y no de palabra, el problema de la prisión y refundar una perspectiva de esperanza. No solo para los presos: porque, de hecho, esas tres mil vanguardias en prisión, la consolidación del método de las redadas, las infames innovaciones jurídicas (de las leyes represivas al uso de arrepentidos) constituyen una amenaza continua contra las luchas y las necesidades de las masas.

4. *Reconstruir las condiciones de la lucha política.* Pero tal vez es necesario insistir aún sobre los puntos aquí expuestos. No porque yo sea, junto a otros compañeros, protagonista del caso 7 de abril, sino por las razones que explicaré a continuación, estoy convencido de que tenemos que volver a centrar nuestra atención sobre la primavera de 1979. En efecto, ¿qué ha ocurrido desde entonces? Ha sucedido que la lucha política dentro del movimiento se ha visto aplastada por una

⁹ Referencias a la revuelta y posterior matanza de presos en la Attica Correctional Facility en Attica, Nueva York, durante los días 9-13 de septiembre de 1971, y a las muertes, consideradas oficialmente un suicidio, de los miembros de la Fracción del Ejército Rojo (RAF), Ulrike Meinhof, el 9 de mayo de 1976 y de Andreas Baader, Gudrun Ensslin y Jan-Carl Raspe el 18 de octubre siguiente. En el mismo día, otra presa de la RAF interna en Stammheim, Irmgard Möller, resultó gravemente herida como consecuencia de varias cuchilladas en el pecho, que las autoridades de la prisión imputaron a un intento de suicidio, extremo que, tanto en su caso como en el de los cuatro fallecidos, Möller negó y sigue negando, afirmando, por el contrario, que todo fue obra del Estado de la República federal alemana. En la revuelta de Attica, a pesar de un momento de negociación con las autoridades, finalmente estas asaltaron la prisión el 13 de septiembre abriendo fuego de armas largas contra la masa de presos y rehenes, con un saldo de 42 personas muertas, rehenes incluidos. En el caso de las muertes de Stammheim, la sospecha de homicidio sigue sin haber sido completamente descartada al día de hoy.

iniciativa de la magistratura y del poder, tan lunática como necia. La riqueza de las alternativas políticas ha sido liquidada y, a través de la destrucción de todo tejido político, se ha encomendado de hecho a las Brigadas Rojas una representación global del movimiento, que redundaba en beneficio de la decisión estatal de construir un simulacro de guerra civil.

¿Con qué objetivo? ¿Con qué efectos? Dos años de homicidios recíprocos y de embrutecimiento del debate han mostrado suficientemente lo que se quería: determinar un estado de urgencia que, demostrando la necesidad, la oportunidad, la posibilidad de destruir el terrorismo, destruyera al mismo tiempo las garantías democráticas, los espacios de lucha, la continuidad de décadas de movimiento proletario. ¿Ha conseguido el poder lo que buscaba? Hoy podemos responder con un claro no.

La resistencia, aunque con demasiada frecuencia en las formas del ausentismo, del desinterés, de la falta de implicación, se ha presentado. Y hoy, nuevas luchas, que traen consigo la frescura de las nuevas generaciones, estallan por todas partes y arruinan la coherencia espuria de las grandes corporaciones sindicales y de partido.

Pero debemos (y deben) reconocer que el precio pagado en estos dos años es enorme. Sin la anulación de toda dialéctica crítica en el movimiento se habrían salvado muchas vidas. Con mucha probabilidad, habría podido evitarse la locura de las campañas de aniquilación, el disparate de los asesinatos recíprocos. Se habría interrumpido el círculo delirante de la represión y de la represalia, o del terrorismo y de la represión.

Hoy hace falta decir, con la máxima claridad, que el problema del terrorismo solo puede resolverse políticamente –*políticamente por el movimiento y en el movimiento*– y que por ende han de reconstruirse *las condiciones de la lucha política*. Nadie es tan iluso como para creer que se puede borrar el 7 de abril y con este dos años de historia de represión. Nadie pretende borrar la materialidad de estos años y los nuevos problemas que han introducido. Lo que parece claro es que hay que interrumpir este proceso mortal que nos ha llevado a todos a este punto.

¿Hay alguien que siga pensando que puede ganar? El milenarismo de la teoría de la catástrofe no nos interesa.

En cuanto al movimiento obrero, ¿acaso no está pagando ahora las consecuencias –al menos estas– de la derrota que ha sufrido como consecuencia del aplastamiento de la lucha política y al mismo tiempo del aplastamiento terrorista del movimiento? Pero podrían plantearse preguntas análogas también a otros estratos intelectuales y productivos: nadie va a sacar ningún provecho de la prolongación de esta situación.

5. *Quién puede derrotar al terrorismo. «Hay que derrotar al terrorismo».* Pero esto solo es posible por medios políticos, que nadie posee por delegación tradicional, aunque los reclame desde el punto de vista de la representación política o de sus funciones institucionales. La única manera de derrotar al terrorismo consiste en intervenir en los mecanismos de su reproducción y estar políticamente legitimados para hacerlo. Y solo se lo está cuando se habla en el movimiento de clase, en su interior, en su interés, a través de la pluralidad de su organización, en la especificidad de su cultura.

Son muchos los compañeros –sobre todo presos– que quieren moverse en este sentido. ¿Posibilidades de éxito? Quién sabe. Lo cierto es que quienes no tienen ninguna posibilidad son el movimiento obrero tradicional y otras fuerzas –sobre todo culturales y religiosas– que se mueven en el sentido de resolver políticamente el problema del terrorismo (¿pero acaso no es el problema mismo del movimiento?), si no saben romper con un discurso que, incluso cuando no se agota en el rechazo piadoso de la pena de muerte, resulta de todas maneras impotente cuando (como sucede) afronta el problema dentro de las categorías del garantismo (en el periodo de discusión sobre la reforma de la Constitución), cuando no se queda pasmado por las revelaciones de algún arrepentido.

Y de este modo las cosas siguen su curso, la situación empeora, el simulacro de la guerra civil se torna en un monstruo que vive y destruye, junto a las vidas humanas, también las posibilidades de luchar.

6. *Un terreno de esperanza comunista.* Por todos estos motivos:

- a) Rechazo la acusación de que la disociación de las BR y de las «occ» sea una operación individual. No lo es, porque interpreta necesidades fundamentales del movimiento: la necesidad de hacer política y de vivir en el movimiento de masas. Se empieza siempre indivi-

dualmente. O al menos así lo hemos hecho siempre en los últimos quince años.

b) Rechazo la acusación de que la disociación explícita del terrorismo es una operación mínima. Al contrario. *Representa el inicio de un nuevo proyecto político*, que debe representar de nuevo la identidad cultural y social del movimiento. Su perspectiva es la siguiente: recoger la historia de las luchas, queriendo darles una representación política y una representación operativa. Rompiendo de manera definitiva –a partir de una cesura que ya se había dado históricamente (pero hasta ahora de manera espontánea) en el nivel de masas– con el terrorismo y con todas las desviaciones militaristas del movimiento.

c) Rechazo la acusación de que esta disociación, este proyecto y esta lucha son ambiguas. Hacer política nunca ha significado, para los comunistas, acreditar el estado presente de cosas. El problema es muy distinto: consiste en no hacer fetichismo de la crítica de las armas y no vaciar el enfrentamiento en un horizonte que sustituye la perspectiva de liberación por la histeria de su simulacro, a menudo identificado con una concepción –y esta sí ambigua– de la toma del poder.

Reabrir un terreno de esperanza comunista significa, hoy, disociarse y hacer de la disociación un programa de victoria de la lucha de masas, en la pluralidad de sus organizaciones y de sus necesidades, en la riqueza de sus deseos.

3. La defensa imposible

51. Elogio de la ausencia de memoria

Había compañeros que movían los hilos entre «dentro» y «fuera» en un continuo ir y venir militante desde la prisión. Entre ellos los que producían *Metropoli*, una revista romana de la *Autonomía* hecha «por un colectivo de compañeros que, en su conjunto, ha atravesado el 68, el otoño caliente de las luchas de fábrica; y, más tarde, también la experiencia breve y feliz de *Potere Operaio*, el área de la autonomía y alrededores; posteriormente el movimiento del 77 y en particular su ala socarrona y creativa». *Metropoli*, modesto bajel pirata, resistió a los cañonazos de las galeras de la altanera¹ justicia durante siete números, hasta 1981. En su primer número se publicó un extravagante cómic sobre la reclusión de Moro que la policía sospechó que correspondía a la realidad: desencadenamiento de la furia inquisitorial, interrogatorios a todos los redactores y prisión para algunos. Contra la furia de la violencia represiva, también la ironía podía ser un instrumento crítico eficaz. Así que Toni también publicó en *Metropoli* un pequeño artículo, mitad irónico, mitad metafísico: un título pomposo, «*Erkenntnistheorie*»,² y un sabroso subtítulo, «Elogio de la ausencia de memoria». En aquel artículo se trataba de un juego en el que algunos estalinistas con los días contados, con la fatuidad de un Vyshinski, habrían leído incluso una incitación a la supresión de conocimientos y saberes —*jes preciso reír, y filosofar!*—.

¹ La expresión en el original italiano es «*spagnolesca*», que tiene la traducción que vertimos aquí.

² Teoría del conocimiento.

En realidad, aquel artículo se proponía revertir la negación brutal, el olvido de aquel formidable periodo de historia italiana de la lucha de clases, con un llamamiento a la cancelación de la memoria de la vieja historia sindical y política de las organizaciones socialistas y a la invención de una nueva realidad, a la nueva determinación de un sujeto revolucionario:

Uno se queda estupefacto de cuánto se repite la declaración de que el 68 ha muerto. Por no hablar del 77. La información de régimen recluta a sus funcionarios a partir de una vocación explícita: haré de sepulturero, o sea, de periodista político, etc. La paradoja se torna descomunal cuando uno se da cuenta de que la memoria existente del 68 y de la década siguiente es ya solo la del enterrador. Tal vez por eso el proletariado metropolitano, de Berlín a Brixton, de Nápoles a Zúrich, de Ámsterdam a Varsovia, conoce la realidad y es revolucionario con arreglo a dispositivos que la memoria no le ha entregado. ¿Cómo pueden existir un saber revolucionario –y existe– y una teoría del conocimiento en este terreno –una teoría que es efectiva– fuera de la memoria histórica del movimiento, independientemente de su continuidad o de sus cesuras y sus problemas? La falta de memoria: la planteo como problema.

Y añadía:

Cuando todo el tiempo de la vida es tiempo de trabajo, ¿qué lógica, qué conocer distingue ya el placer de la vida del dominio del trabajo? Cuando todo el circuito de la vida está encerrado en el de la explotación, incorporado al horizonte del sistema, mi rechazo de la explotación del sistema es otra vida. Y esa vida es la que queremos vivir y que la prisión no conseguirá destruir. Bienvenidas sean las reconstrucciones (tipo procesamiento del 7 de abril) de los años más bellos de nuestra vida: su destrucción de la memoria nos hace el juego. Su falsificación del pasado exalta lo nuevo. La continuidad, sobre todo en sus figuras terroristas, es toda suya. El jacobino de derecha y el jacobino de izquierda duermen bajo la misma manta. Son cónyuges. En este mundo subsumido por el capital, la única memoria es la del patrón.

Solo la negación de la memoria nos entrega el horizonte de la vida. La subsunción real del trabajo por parte del capital destruye todo sujeto productivo separado, mete a toda la sociedad en la producción. Pero la subsunción tiene su antagonismo específico: donde todo el tiempo de la vida es tiempo de producción, el antagonismo está determinado

por la cualidad distinta de la vida. El tiempo capitalista mide y explota la totalidad social de la producción –y por ende la vida se opone al tiempo medida–. Conquista una nueva calidad del tiempo. Así, pues, procediendo de este modo el capital nos restituye la esencia colectiva del sujeto que rechaza la explotación, insistiendo en una cualidad de la vida completamente separada y en un modelo de vida alternativo. A la caída de la memoria corresponde la aparición histórica, la consistencia de la institucionalidad proletaria. No insistamos mucho sobre el carácter separado: este es índice y código del espesor de la institucionalidad proletaria, de su proceso evolutivo. Pero la falta de memoria no se delata en la mística de la separación, sino en la lógica de la institucionalidad. La falta de memoria es libertad, no solo respecto a un pasado, sino a un futuro que no esté autónomamente deliberado. La transición comunista es falta de memoria.

Y concluía:

La coincidencia de la destrucción capitalista de la memoria, con el decidido ingreso del capital en la fase de la subsunción real, pone en sintonía –desde el punto de vista proletario– sin escándalo alguno, el redescubrimiento de la esencia colectiva, de la prefiguración necesaria, de la posibilidad de reconstrucción del mundo y, por otro lado, la caída de toda ilusión residual de continuidad. [Y entonces], el proceso 7 de abril no ha de plantearse como reivindicación de un pasado, sino que ha de ser concebido como presagio y demostración de una nueva institucionalidad proletaria, en su realidad. El proceso del 7 de abril va a ser considerado el cierre de una época y el desplazamiento hacia adelante de la lucha de liberación. La memoria será solo forma de nuestra existencia –independiente, separada, creativa– como comunidad comunista. En las grandes dimensiones sociales de la subsunción real y del antagonismo nuevo que la actualidad de la historia de clase muestra.

Tácito, pero evidente, en el texto podía leerse un: «¡Ojo con los infames!».

52. Forlì *shock*

Salida repentina de Roma: destino Forlì. El furgón se detiene dentro de un cuartel de los carabinieri; dejan solo a Toni en lo que, por el

mobiliario y por los papeles sobre el escritorio, parece el despacho del comandante: tiene la tentación de saltar por la ventana abierta a la planta baja, por la que entran voces de niños marquesanos o de la Romaña, y largarse, ¿pero a dónde, cómo? ¿Por qué esta parada en un lugar impreciso? Algo después entra un señor elegante, deportivo, calzando unos botines que parecen los de un militar: no tardará en presentarse como oficial de los carabinieri. Con voz sosegada, dice venir en nombre de los jesuitas de *Civiltà cattolica*, del director padre Sorge en particular, que han apreciado las posiciones de disociación de la lucha armada que había manifestado el grupo de autónomos de Rebibbia. Toni, sintiéndose muy incómodo, responde reiterando su desprecio por los arrepentidos, y en particular por los «infames» en los que se apoyaba el proceso 7 de abril. El oficial le da la razón –él también desprecia a los arrepentidos, pero piensa que se podía discutir sobre el conjunto de la lucha armada y pensar cómo salir de ella–. Toni se endurece ante la propuesta: ¿qué podía resultar de esa entrevista salvo una deriva de la disociación colectiva en una práctica de arrepentimiento/traición individual? La conversación termina en una atmósfera gélida, el oficial se despide: hará que a Toni le llegue una suscripción a *Civiltà cattolica* y hace votos para que el padre Sorge le haga una visita. Toni se quedó realmente estupefacto; al ser reconocido como intelectual, *Civiltà cattolica* puede representar entonces el intermediario para el arrepentimiento deseado: estábamos completamente inmersos en el fango nacional popular católico, que es la masa con la que los servicios cuecen sus producciones «culturales». El «arrepentimiento» formaba también parte de ellas: se me había ofrecido la posibilidad de tener como confesor al director de la revista de los jesuitas.

Dos horas más de furgón y Toni está en la prisión-fortaleza de Forlì. Una celda cómoda, separada del edificio central de la prisión: tiene televisión pero está en aislamiento completo. Pasea completamente solo bajo los muros de la fortaleza: pasará allí unos veinte días, alegrado por una televisión que en ese periodo es el medio de difusión de tres sucesos que inundan la pantalla: el matrimonio de Diana en Londres, el fallido golpe de Estado de Tejero en Madrid y el atentado contra el Papa polaco en Roma. Desde que entró en prisión

Toni no había mirado la televisión con tanta pasión: ¡tres acontecimientos tan distintos e importantes en la historia de los tres países, todos de golpe! ¡Qué suerte ha tenido de disfrutar de esos acontecimientos desde una posición privilegiada!, bromea para sus adentros, en la soledad. Pero crece también la certeza de estar metido en algo oculto y sospechoso de lo que había que liberarse cuanto antes: es evidente que el traslado, aquella extraña parada, y este mismo aislamiento habían sido programados en el marco de la campaña por el arrepentimiento que habían emprendido los servicios: es más que algo sucio –es una provocación–. Apenas de vuelta a Roma, y de acuerdo con los compañeros de Rebibbia, pedirá un encuentro con el juez Sica, del que sabía de su cercanía a los servicios, y lo intimará a abstenerse de toda invitación al arrepentimiento entre los compañeros de la *Autonomia*. Mejor apaleados en Trani que infames en Forlì, pensaba en esos días: tener que ver con aquel cieno le obligaba a reconocer que hay situaciones en las que es mejor que te muelan a palos... Cuánta sordidez puede expresar y diseminar el poder...

53. Bibliografías de resistencia

Aquel viaje –qué eufemismo: horas y horas de transporte, engrillados, encadenados a otros presos– a Forlì había sido un verdadero *shock* que había preocupado y apesadumbrado a Toni: de este modo, como cada vez que siente la necesidad de encontrar el equilibrio, se pone a trabajar «como un perro». Él sabía lo que significaba esa expresión: alienarse en el trabajo como si se tratara de cubrir de saber y novedades las viejas heridas de falsedad y de muerte, reabiertas por la propuesta de traición. En todo caso, Toni estaba obligado a estar sentado en el escritorio por la imposición de no salir al patio. De aquel periodo quedan dos cuadernos: uno contiene bibliografías y apuntes de la reconstrucción del manuscrito de los capítulos de *Máquina tiempo* destruidos en Trani; el otro cuaderno es una masa impresionante de materiales –artículos y libros, algunos con fichas, otros leídos y comentados, como prueba de la extensión de nuestra «biblioteca»-. El hecho es que, en nuestra galería, entre traslados y nuevas llegadas, había siempre entre veinte y treinta compañeros:

cada uno recibía libros y revistas, que hacía circular. La mitad de los compañeros de Toni eran universitarios: sociólogos, filósofos, juristas, arquitectos; y el que no era «doctor» era en todo caso inteligente y culto –nadie habría podido negar esa cualidad a los «cuadros» autónomos–. La *New York Review of Books* y *Le Monde Diplomatique* llegaban puntuales, había un buen clima de información y de discusión, apasionado cuando la atención convergía sobre el desarrollo del saber que habíamos construido y sobre cuyo ritmo habíamos luchado y que ahora nos sostenía. Todo el material internacional –italiano y estadounidense sobre todo: el debate sobre la transformación del trabajo se concentraba en esas áreas– era sometido a una primera observación. El cuaderno de Toni contiene alrededor de doscientas fichas, en gran medida bibliográficas; luego hay notas más amplias relativas a autores de la Escuela de Fráncfort (y alrededores), y ensayos de análisis económicos sobre la transformación del modo de producción –de la industria a los «distritos», del trabajo masificado al trabajo cualificado, singular y cognitivo: muestra una biblioteca móvil y arreglada, que parece anticipar la complejidad inestable y siempre abierta del trabajo bibliográfico en la era de la informática–.

Pero a través de la desigualdad de interés y de peso de los materiales se pueden identificar inequívocamente dos posibles bloques de lectura. Un primer bloque metodológico: Toni lee a Koselleck, Thompson, Jacob, Boudon, Pettit, Habermas, Furet, y entre los italianos Melandri y Natoli. Tenía la impresión de que estas lecturas, entre un Koselleck reconfortante en la redefinición historicista del método y la moralística (reaccionaria) contraépica de Furet o, dicho de otra manera, entre Thompson y Boudon –todo lo demás estaba entre medias– le servían para construir un nuevo punto de vista crítico frente a las hegemonías que estaban reconfigurando el terreno político y cultural de la posmodernidad. El segundo bloque expresaba la necesidad de volver a los clásicos del pensamiento político filosófico y a la crítica del normativismo. Toni relee el *Leviatán* de Hobbes en la edición Macpherson y luego la *Fenomenología* hegeliana; relee a Kelsen, Luhmann y Rawls –y Krahl, Pašukanis, Rubin, Sohn-Rethel–. Crítica de la teoría del valor y crítica de la norma jurídica se

entrelazaban: Toni había escrito el libro sobre Spinoza, que lo había reorientado en la crítica de los fundamentos del Estado –inmanencia contra transcendencia, Maquiavelo/Spinoza/Marx contra Descartes/Hobbes/Hegel–, pero no parecía haberse dado cuenta de hasta qué punto había llegado al fondo de la crítica de la institución-Estado. Por mucho que se riera, había sido profesor de Doctrina del Estado –materia constitucionalista– y había penetrado suficientemente en la máquina del Estado: cada vez que volvía a leer a algún especialista en la materia, volvía a verse inmerso en aquella máquina. Ahora profundizaba, con pasión y estudio, su odio a esa bestia inmundada –y exorcizaba el *shock* provocado por haberla rozado–.

54. Tiempo liberado

El tiempo de la cárcel es insoportable. Para los autónomos en prisión preventiva era ya un *fine pena mai*.³ Podían estudiar, estar juntos, producir escritos individuales o comunes –siempre con gran esfuerzo–, pero también, después de haber apreciado la diferencia entre las «especiales» y los regímenes penitenciarios más moderados a los que estaban sometidos, quedaba el hecho de que la reclusión, más o menos dura, no dejaba de ser un estar «entre rejas». Aún no habían sido condenados por un tribunal, pero lo estaban en cada minuto de su existencia. Foucault había descrito bien la temporalidad del/en el «vigilar y castigar». La autonomía había recuperado y traducido en el análisis de las luchas aquellas intuiciones: las había reorganizado y revivido a través del conocimiento de la vida obrera. Para Foucault, será necesario esperar hasta que el análisis estructural del biopoder, y de las figuras de dominio que de él se desprenden, dé con sus consecuencias en la producción de subjetividad (en realidad, precisamente en esos años llega a plantearse el problema: pero en

³ Fórmula jurídica del sistema penal italiano que aparece en los casos de cadena perpetua no revisable o, según el código penal italiano, «*ergastolo ostativo*», que impide el acceso a cualquier tipo de redención de pena o de beneficios penitenciarios. La fórmula dice explícitamente que el o la reclusa no saldrá nunca (*mai*) de prisión hasta el final de sus días.

Rebibbia estaba claro que no estábamos informados de las Lecciones en el Collège). Para los autónomos en prisión, el tema de la ruptura del poder, de su yugo, de la explotación de la que se alimentaba, estaba ya presente, acompañaba al análisis de sí mismos, del durar en la posesión del poder. Toni se esforzaba en introducir ese análisis de sí mismos en el análisis del poder en general. La pregunta teórica se planteaba en torno al cómo, en el tiempo, se consolida la jaula del poder sobre las luchas y sobre cómo, en el tiempo, el sujeto dentro de la producción puede construir de nuevo la fuerza de ruptura del sistema capitalista, del biopoder dominante. Estaba en discusión una crítica de la ontología del tiempo capitalista: ¿cómo romper el tiempo que nos aplastaba en prisión y, con nuevas formas, aplastaba al proletariado?

En los años anteriores, Toni había escrito muchos artículos que asumían como central la contradicción que parecía irresoluble, el «rompecabezas» de producción, vida y libertad en una condición de «absoluto dominio» capitalista: ¿qué son autovalorización y subjetivación dentro de la subsunción real, completa, de la sociedad en el capital? Ahora quería recoger para su publicación los ensayos escritos sobre el tema y verificar la posibilidad de solucionar el rompecabezas que surgía cuando al proceso de totalización capitalista se oponía la insubordinación de resistencias y fuerzas subjetivas, en las temporalidades que le eran propias. No se trataba solo de reunirlos, de obedecer a una obligación editorial: era necesario completarlos con un prefacio y una conclusión («Praxis y paradigma» y «La constitución del tiempo. Prolegómenos») que problematizaran la ontología de la temporalidad. Reanuda ahora el trabajo destruido en Trani por la furia de los guardianes. En uno de los cuadernos que se salvaron hay, sobre todo en el caso del escrito sobre la temporalidad, múltiples indicaciones teóricas y discusiones bibliográficas: Toni estudia a Čapek, Roszak, Frege, Quine, Jacob, Kripke y muchos más autores relacionados, en busca de la definición de un «tiempo liberado» de la «medida» del valor y de todo lo que se desprendía de esta –abstracción, explotación, alienación–. Contra esa línea del poder de mando, identificaba la secuencia del «tiempo productivo» que genera riqueza y libertad común, colectividad y subjetivación.

Mirando hoy aquel libro –un libro afortunado, que ha tenido amplia circulación en la Universidad global– Toni vuelve a darse cuenta de lo sofisticada que se había vuelto su evolución filosófica: un ensayo no popular, en resumen. Pero es también un libro (sobre todo los últimos ensayos que sirven de prefacio) en el que resuena la rebelión del preso inocente: la rebelión abstracta e intelectual de un justo. Y la búsqueda de una vida liberada de la prisión, de la fábrica, de la superstición capitalista. Aquí, dentro de *Máquina tiempo*, no solo está contenida, acumulada, la riqueza de un trabajo filosófico: está contenido todo el sufrimiento, suyo y de los compañeros que han padecido la prisión política. Y una fuerte veta de subversión.

55. Fuera

Subsunción real, completa, de la vida bajo el capital –¿cómo romperla?–. Este hablar abstracto se vuelve concreto en prisión, cuando uno se pregunta cómo romper la jaula –la que nos oprime aquí, y la que habíamos conseguido dañar fuera: lo habíamos intentado, y a menudo lo habíamos conseguido–. Así razonaban los muchachos formados en las luchas de los años setenta, que en el 77 habían imaginado la liberación de la vida como algo actual: un «más» de vida, una vida «otra». Aquella generación de *heroicos furores*, encerrada y humillada, ahora trata de comprender lo que sucede «fuera» –en la sociedad, en el mundo–.

En las ciudades italianas donde los movimientos se habían impuesto y luego habían sido derrotados, era el desastre. Cada vez que un compañero en prisión volvía de las comunicaciones con viejos amigos o familiares traía noticias negras: desaliento, paro, pero sobre todo droga, mucha droga –y sobredosis, muerte, destrucción de los lugares de encuentro y de toda forma asociativa–. Lo que más impresionaba era ver renacer formas viejas, burguesas, de aquiescencia: pero también nuevas expresiones de un egoísmo individualista que caricaturizaban comportamientos de lo que había sido el movimiento, de tal manera que excluían todo valor y experiencia comunitaria –como si la repetición de aquella experiencia impidiera la felicidad–.

La incomprensión y el empacho moral por lo que llegaba de los locutorios daba paso a la indignación: «Con nuestra derrota ha llegado un embrutecimiento de la sociedad obrera, de las culturas de la ciudad y de la vida política». A los nuestros les parecía que sus perseguidores querían vender ese infame envilecimiento de la vida social como una época de despreocupación juvenil y de equilibrio civil, después de los aborrecidos «años de plomo»: «Si nosotros hemos perdido la libertad, nuestros enemigos han perdido el cerebro: cancioncitas comerciales y oportunismos pseudofilosóficos han ocupado el lugar del buen rock y del sano materialismo» –pero nosotros no desistimos–.

Vistos desde prisión, los años ochenta se presentaban como una verdadera restauración: Margaret Thatcher y Ronald Reagan dirigían el mundo y, del otro lado del «telón de acero», los bonzos que gobernaban la agonía del modelo soviético. Pero no era solo eso lo que afectaba a los muchachos del 77 que ahora estaban encadenados: era sobre todo la deshonra que se había apoderado de la sociedad italiana, la disgregación de las solidaridades obreras sin que esta vez las fuerzas políticas de izquierda las defendieran –al contrario, auspiciaban esa «modernización» y esa ruina–. Era el triunfo de todo aquello contra lo que habíamos combatido, que se evidenciaba ahora en formas vacías y caricaturescas, pero exasperadas y feroces: «¿Podrán alguna vez las fuerzas políticas obreras, proletarias y de todos aquellos que son explotados salir de una situación –la actual– que nos hace sufrir más que cualquier otra? ¿Nuestra derrota no terminará siendo el paradigma de la derrota de los movimientos socialistas en Europa?».

Aquellos compañeros no sabían responder, ofuscados y cohibidos por las cosas perversas de las que se iban enterando: droga y descomposición de los movimientos, crisis de las fuerzas de izquierda, decadencia de la vida cultural pública. Las fuerzas de izquierda, los partidos de izquierda: con la represión de los años setenta no solo habían anulado las oposiciones a su izquierda, sino que habían quemado todo el terreno circundante. Bastaba pensar en la destrucción programada de las librerías Puntì Rossi: no solo estaban en prisión –identificados con precisión quirúrgica– los responsables

locales, sino los lectores mismos –¡solo la Librería Calusca de Milán terminó teniendo al cabo de un año, entre los compañeros listados en su directorio, 681 detenidos!–. Y luego vino el cierre de la cooperativa Ar&a, fruto del trabajo infatigable iniciado por Primo Moroni y Nanni Balestrini: el intento más sólido de crear una estructura editorial en condiciones de hacer frente a la gran distribución editorial, que reunía a muchas realidades editoriales autogestionadas; y luego el final del circuito musical que giraba en torno a Cramps Records... En estos terrenos, la izquierda y los movimientos habían encontrado alimento, fuerza, potencia: después de su desaparición llegarían las cancioncillas que imitaban las melodías del pasado y la «Milán de copas», la vulgaridad de las películas de playa y vacaciones.

Desde la cárcel resistimos inventándonos la Universidad de Rebibbia.

56. La Universidad de Rebibbia

Las reuniones que se tenían en Rebibbia sobre el curso del proceso terminaban levantando el velo de las tensiones sin resolver, que un encarcelamiento tan prolongado había producido y que cada cual guardaba para sí mismo o las ocultaba para no molestar a los compañeros. Resultaron mucho más productivos los encuentros en los que los compañeros discutían el trabajo y los temas que los ocupaban.

Habían sido encarcelados por pensar de determinada manera: el delito era ideológico. Si, como afirmaban los jueces, pensar era delito, era necesario reconocer que las posiciones filosóficas y políticas de los presos convergían en cierta medida desde hacía una década: a despecho de los jueces, aún hoy podían discutirse provechosamente, representando una digna continuidad del delito. Estos encuentros se volvieron habituales; cada uno ilustraba un tema que, partiendo del propio bagaje intelectual y profesional, versaba sobre problemas políticos de la actualidad. Hubo reuniones memorables: Michele Surdi sobre los rompecabezas de la teología de la soberanía en Carl Schmitt; Alberto Magnaghi sobre la disolución caótica de la «ciudad-fábrica»; Lucio Castellano sobre las experiencias más recientes de informatización de los procesos de trabajo; Paolo Virno sobre las virtualidades

del trabajo cognitivo; Augusto Finzi sobre las dramáticas dimensiones ecológicas del desarrollo capitalista; Luciano Ferrari Bravo sobre la crisis de la constitución del trabajo; Toni sobre la ontología del tiempo, y algunas más. El nivel de la discusión era realmente bueno: en la desdicha, aquellos compañeros tuvieron la suerte de constituir una comunidad tan dotada de un pensamiento original. Y a un observador externo lo habría asombrado el hecho de que cada una de las propuestas tratadas en aquella comunidad expresaba ya una conciencia sólida del paso a otro paradigma social, después del keynesiano y fordista. Estábamos en la época posindustrial; se interceptaba en su devenir la transformación del modo de producción y se medían sus consecuencias: en el terreno de la teoría del Estado, así como en el de la organización metropolitana, y así sucesivamente. Era asombrosa la tempestividad que encontraban los debates en Rebibbia, no tanto con los movimientos de «fuera» (que ahora balbuceaban), como en el terreno internacional. Esa coincidencia se debía a la potencia del nudo problemático, del núcleo teórico que la crítica había aferrado y estaba desarrollando: inventando, estábamos en la contemporaneidad teórica más avanzada. Desde luego, seguía faltando un análisis desde dentro de la nueva composición de clase, pero en el seminario nos aproximábamos a la definición de sus características en puntos esenciales: socialización y cognitivización del trabajo. En aquellos años no se podía acceder a las computadoras en prisión, y tampoco se usaban mucho «fuera»: pero teníamos muy presente Silicon Valley (mientras que estaba completamente ausente de la cabeza de nuestros perseguidores).

Otra cosa notable de la Universidad de Rebibbia fue la calidad internacional de la información discutida. El «caso 7 de abril» era conocido en el mundo como ejemplo vergonzoso de represión de la militancia intelectual; tanto en Europa como en Estados Unidos había grupos que nos apoyaban, y precisamente entonces salió el número de *Autonomia* para el que se recogieron en Nueva York materiales autónomos y las actas de un comité de defensa: desde Rebibbia manteníamos con esos compañeros extranjeros una correspondencia no solo amistosa, sino que en ella se proponían nuevas pistas de investigación para quienes quisieran seguirlos. Y esto se aplicaba en

particular a los estudiosos que procedían del *operaismo*: la derrota de nuestro proyecto político no podía quedar sin una respuesta teórica que recobrar «el punto de vista de clase», no solo para explicar la derrota, sino para producir un nuevo terreno de lucha y un nuevo programa revolucionario. En esto también se podía comprobar la especificidad de los efectos teóricos que habían recorrido y recorrían la autonomía *operaista*: la investigación continua sobre el sujeto productivo que ahora ya no solo significaba entrar en la fábrica, sino entrar en el devenir de la vida, en su reproducirse, en la tensión en pos de la felicidad y la riqueza. Y entre paréntesis, pero desde luego algo no secundario para nosotros: en las ganas de libertad.

57. *Mille Plateaux*

¡Qué entusiasmo, *Mille Plateaux*!⁴ Félix me lo había hecho llegar recién salido de imprenta, con una dedicatoria deliciosa y cariñosa. *Mille Plateaux* representaba un salto hacia adelante respecto del trabajo que había hecho sobre Spinoza. En *La anomalía salvaje* reconstruí el camino materialista que conduce del deseo a la libertad colectiva, de la multitud a la democracia absoluta; en el libro de Deleuze y Guattari, de la afirmación spinozista del deseo y de su exaltación amorosa se remontaba a una fenomenología de la producción de la libertad: en un horizonte abstracto –como lo es el trabajo cognitivo en la era posindustrial–, pero habitado por exuberantes vegetaciones culturales, a veces monstruosas, siempre revolucionarias. Aventurándome en ese bosque, me alegraba sobre todo recordar la profundidad a la que, más allá de Spinoza, había excavado el Marx del *operaismo*. Las *mil mesetas* eran construidas por los movimientos del deseo y de las luchas, de los flujos productivos y de la subjetividad innovadora. No había historia en las *Mille plateaux*, sino una ontología del movimiento revolucionario que aguardaba a ser llenada de historia: ¿no era el mismo camino que había hecho en

⁴ Gilles Deleuze y Félix Guattari, *Mil mesetas*, trad. de José Vázquez Pérez y Umbelina Larraceleta, Valencia, Pre-textos, 1994.

Máquina tiempo? También allí se esperaba que la revolución viniera, efectivamente, a llenar el vacío de historia; también allí la construcción de un «tiempo liberado» como subjetivación del trabajo social abstracto se reconocía y se ponía como fundamento ontológico de un «tiempo por venir» que finalmente volvía a abrirse. Nuestra tarea debía ser la descripción de las «mil temporalidades», su distribución en la experiencia del trabajo productivo –hasta determinar la ruptura del poder de mando sobre el mismo–. Ya no se podía esperar un dios que rompiera el espacio colonizado o la temporalidad abstracta: ya no había un espacio privilegiado en el cual pudiera vislumbrarse la salvación, ni un *Jetzt-Zeit*, un fulgor de innovación radical, que abriese el acontecimiento a la revolución. Teníamos ante nosotros un terreno cargado de contingencias ricas, productivas, historias acumuladas: potencia ontológica de construcción de lo nuevo. Sobre esta base objetiva, cargada de historia, atravesada y organizada en *mil mesetas*, se podía asir en la acción una franja temporal, una ventana al tiempo por venir a la que pudiera asomarse la ontología de la liberación, creando nuevo ser: la ontología estaba presupuesta para que la historia pudiera ser inventada.

La lectura de *El lenguaje y la muerte* de Agamben me había ayudado a moverme en ese sentido, a plantear de modo positivo el problema ético «en el borde del ser» y a marcar distancias respecto del «pensamiento negativo», denunciando las fechorías de una dialéctica que, en vez de construir, destruía: pero ahí se había detenido Agamben, que más tarde, desalentado, después de *La comunidad que viene* terminaría estrellándose contra el muro del vacío. Por el contrario, Gilles y Félix seccionaban espacio y tiempo haciéndolos fluir, proyectando películas conceptuales que alimentaban el deseo, dando aliento a la cooperación y fuerza a la imaginación. De esta manera, había llegado al fondo de una larga crítica del «*No future!*» que resonaba en los movimientos fuera de la prisión –pero también de los refritos, místicos y cínicos, de los sofismas de la Escuela de Fráncfort en la sartén del pensamiento negativo de las nuevas generaciones *piciste*–. Entre *Mille plateaux* y *Máquina tiempo* encontraba la senda que de una vez por todas me llevaba fuera de la derrota. Más allá de Marx con Marx; más allá de Spinoza con Deleuze-Guattari;

más allá de Tronti refundando el pensamiento de la revolución en una ontología abierta del espacio y del tiempo –donde «abierto» significaba asomarse al porvenir para producir otro mundo–.

«*No future!*» es un eslogan al que se le puede dar la vuelta: la radical contingencia del ser no es un punto catastrófico, sino una apertura crítica y pasional a la construcción de un nuevo mundo.

58. Una encuesta incompleta

En este periodo Toni vuelve, con los demás compañeros, sobre lo conseguido (y luego elaborado) en el trabajo de encuesta de los años setenta. En cuestión de unos años, habían terminado imponiéndose los temas de la socialización del trabajo y del desmantelamiento de la industria, que eran discutidos por la opinión pública social y política: la crisis de la organización industrial y de la composición del trabajo, que los autónomos habían leído como producto de la lucha de clase una década antes, es recuperada y teorizada ahora como nuevo modelo productivo. Había pasado poco tiempo desde la invención del «trabajador social» –maldecido por sindicatos y partidos como «segunda sociedad» irrecuperable para el «gobierno del trabajo»–. Ahora los capitalistas y sus economistas quieren encuadrar a este «obrero social»: «economía sumergida», «distritos industriales», «de la fábrica a los servicios» –estos son los eslóganes que ahora llaman la atención–. En Rebibbia se lee a I. Sachs, Bowles, Sabel, Bagnasco y muchos más, y se retoman *Adieux au prolétariat* de André Gorz y los estimulantes análisis de Yann Moulier. Estamos en la cárcel también por haber arrojado luz sobre la función productiva y la nueva dignidad política del «obrero social», nos decíamos: y mire por dónde los patronos se entusiasman por su alta productividad, mientras que nuestros enemigos sectarios, en el Partido y en los sindicatos, continúan ignorando esas nuevas potencias y considerándolas ajenas al mundo obrero. Así, pues, los *operaisti* de Rebibbia estaban encantados de encontrar analogías entre las teorías estadounidenses de la «segmentación del mercado de trabajo» y los resultados de su encuesta sobre la «composición de clase», y se felicitaban a sí mismos cuando también les daba la razón la sociología

–ciencia corrompida en profundidad por la obediencia al poder de mando capitalista sobre el desarrollo–.

El discurso no se detenía ahí: ¿en qué figura política habría podido reconocerse como movimiento revolucionario la nueva composición de clase? En la respuesta se encontraban el orgullo del saber y el dolor de la derrota, debida al descalabro en la construcción de una fuerza suficiente del obrero social. Cada compañero que pasaba por Rebibbia volvía a plantear la pregunta, reabriendo el problema –y albergábamos la confianza en que la cuestión se habría podido resolver–. Junto a esa convicción surgía una autocrítica: ¿por qué no habíamos sido capaces de dar una nueva figura y una organización eficaz a la nueva composición de clase del «obrero social»? Porque, respondíamos, no nos habíamos atrevido a avanzar en ese terreno con suficiente convicción, y la represión acuciante nos había llevado sin darnos cuenta a un bloqueo de la investigación. Ese bloqueo nos afectaba en primera persona; otros, creyendo en una solución más fácil, habían emprendido una vía de fuga ilusoria, a veces una opción lisa y llana por el uso de la fuerza –buscando el salto más rápido se olvidaron de la meta–. Pero había que admitir que esos desastres eran al fin y al cabo el resultado de nuestro atolladero: después de haber criticado tanto la «autonomía de lo político», de alguna manera también nosotros habíamos quedado sometidos a ella –y quienes se habían entregado a la lucha armada se habían convertido incluso en sus prosélitos–. Y aunque esto remitía sobre todo a las Brigadas Rojas, ¡quién esté sin pecado que tire la primera piedra! Sin embargo, el problema sin resolver era el fruto de una encuesta exitosa–pero incompleta: no habíamos sido capaces de controlar el vector, la dirección que emanaba de la nueva potencia del trabajo–. Podíamos echar las culpas a la feroz represión que se había desencadenado contra nosotros –pero no era suficiente–.

59. ¿Postoperaismo?

No resultó inútil entonces plantearse la cuestión de si podía existir un *operaismo* que fuera más allá de lo que habíamos vivido en los años sesenta, entre los *Quaderni Rossi* y *Classe Operaia*. Ahora

podemos reconocer, como entonces tal vez llegamos a intuir, que si ese nuevo *operaismo* (o *postoperaismo*, como se dio en llamarlo treinta años más tarde) existe, nace aquí, de los debates, de las lecturas filosóficas y de las reflexiones sociológicas de aquellos años en Rebibbia. El *postoperaismo* se define como una teoría de la lucha de clase basada en una ontología constituyente en vez de una ontología dialéctica; para determinar ese salto hacia adelante, basado en el análisis de una nueva figura de la realidad social (en buena medida determinada políticamente), el *postoperaismo* registra una modificación radical de la «forma del valor» –es decir, de las condiciones sociales generales en las que se desarrolla la explotación capitalista– y la plantea como fundamento del análisis. Con la «forma» del valor –para nosotros, lectores de Rubin⁵– cambiaban tanto las magnitudes del valor (y entraba en crisis la «ley del valor-trabajo» como instrumento de medida), como la sustancia del valor, es decir, la relación que anudaba la productividad del trabajo al poder de mando capitalista.

Esto traía consigo la modificación de la envoltura global de la sociedad del capital. Aunque incompletas, las encuestas sobre la socialización del trabajo y la superación del orden industrial –que ahora volvían a ofrecerse a nuestra atención por las propias políticas capitalistas del trabajo– y el avance en la crítica filosófica de la totalización capitalista –contra la Escuela de Fráncfort, recuperada y profundizada ahora siguiendo los pasos de los posestructuralistas franceses– abrían a un horizonte históricamente mutante: la dialéctica de la «relación de capital» ya no podía funcionar conforme al ritmo triádico de la afirmación-negación-superación –o, como decían los *operaisti*: lucha-crisis-reestructuración–. Su ritmo se había vuelto lineal: la relación de capital insistía en una constitución dualista de subjetividades antagonistas. La transformación de la fuerza de trabajo del «obrero masa» al «obrero social» se había entendido conforme a los parámetros del análisis de la «forma» del valor: no solo en relación con la crisis de la medida (de la magnitud) ni con la modificación de la sustancia (de la relación social) del

⁵ Isaak Rubin, *Ensayos sobre la teoría marxista del valor*, Córdoba, Siglo XXI, 1974.

trabajo, sino como transformación del «modo de producción» mismo, es decir, del conjunto de las estructuras sociales y políticas que «ponen en forma» la explotación.

De esta manera, el trabajo se abría a potencias suplementarias: del «obrero social» a la figura que más tarde llamaremos «multitud productiva». Se dilataba el espacio de la explotación capitalista (de la sustancia del valor) y de la resistencia social en espacios globales; la «revolución léxica» que producía el *postoperaismo* –del «obrero masa» al «obrero social», de estos a la «multitud»– reflejaba las transformaciones del ser real: estaba ontológicamente fundada. He aquí la palabra impronunciable: «ontología». Aquí se es materialista y por ende se sigue la lección materialista del ser como producción: ¿por qué tener miedo de esa palabra –análisis del ser en cuanto ser–? ¿Quién puede tener miedo de la ontología, toda vez que esta es definida como ontología de la producción y por ende de los antagonismos sociales? Solo quien no consigue ser radicalmente materialista.

«Ontológicamente fundado» significa aquí tres cosas. La primera: la historia, el ser determinado, es la base ineludible de toda lucha de liberación; y en la historia quedan las luchas del proletariado, victorias o derrotas: y aquella recibe distintas composiciones de esas determinaciones. Ese duro fundamento histórico que constituye el terreno materialista de nuestro análisis queda definido en la «forma» del valor entendido a la manera de Rubin –pero también en el joven Marx y en su materialismo histórico–.

La segunda acotación insiste en el hecho de que esa ontología es dualista, antagonista: se desarrolla en la lucha de clase y colma de ese modo la relación de capital con arreglo a dimensiones biopolíticas. La vida del trabajo y la del dominio se enfrentan sin solución de continuidad: la ontología está marcada y nunca resuelta por ese enfrentamiento; toda vía de escape que quiera hacer estallar de manera instantánea, como un acontecimiento, en un imaginario *Jetzt-Zeit*, la relación de capital, es ilusoria. Aun permaneciendo en el mismo terreno constructivo, Toni se distancia aquí de la concepción sostenida en *Máquina tiempo* (cuando había prestado oídos a sugerencias lukacsianas y benjaminianas, sobre todo a una

fenomenología del *Jetzt-Zeit*) posicionándose contra el carácter absoluto del proceso de totalización capitalista: esa relación debe ser trabajada con continuidad, para abrirla a la liberación de la miseria y de la explotación. La socialización del producir moviliza todo el terreno de la reproducción: es necesario trabajar esa ontología hasta que los explotados, los obreros, los pobres, los excluidos, el ser humano, tengan la fuerza para subvertir –pero también reinventar– el mundo de la vida.

Aquí –tercer punto de esta ontología– surge el dispositivo constituyente. En el antagonismo se forman fuerzas subjetivas, en la historia se producen subjetividades –producción de subjetividad es «producción de la producción»: es el desarrollo mismo de la historia visto en las luchas y en la capacidad de construir, con las subjetividades mismas, riqueza y libertad–. En este materialismo el ser nunca está vacío, nunca es impotente: está siempre atravesado por el trabajo y por el deseo, es decir, por la productividad de las multitudes. No es casual que, en los cuadernos de aquellos años, se evoque continuamente el conflicto principal de toda historia de la metafísica: la concepción materialista del ser productivo contra la concepción místico-transcendental del ser negativo. En la lectura de Toni está siempre la elección necesaria entre Hobbes y Spinoza, entre fascismo y libertad; hay una página en esos cuadernos en la que se dice que el «miedo» mismo –que para Hobbes es aquello en lo que se basa el transcendental soberano– tiene una segunda definición, más verdadera, que subyace a nuestra civilización misma: un miedo constructivo, el recordado en el «año Mil» cuando, saliendo de la barbarie de la Edad Media, la gente europea encontró la capacidad de superar el miedo afrontando su superstición, el mito destructivo que la gobierna. Arrojar, por más que seamos pobres, excluidos y explotados, más allá de los márgenes del miedo, de la superstición, del dominio: para construir civilización.

Así, pues, ¿*postoperaismo*? ¿y por qué el «post»? El que construimos en Rebibbia, y luego sacamos fuera para organizar las luchas entre los dos siglos, fue más bien una nueva versión del *operaismo*, en la continuidad de su fundación ontológica. Como en las prácticas de los *operaisti* de los años sesenta, en él eran

determinantes la concepción constituyente de las luchas de clase y un análisis antagonista del proceso histórico. Se trataba de adecuar esa matriz a la nueva realidad: a las nuevas «formas» de la condición histórica. Así, pues, *operaismo* como ontología: porque la ontología constituye la única posibilidad de decir lo que somos y lo que queremos ser –porque la ontología es el ser productivo, y sin producción no hay vida–.

De esta suerte, se salía del *operaismo* «tosco» que Tronti había definido: se nutría al *operaismo* con los resultados de la lucha pasada y se lo abría a la futura.

60. Mis prisiones

Toni nunca será capaz de escribir una obra titulada *Mis prisiones*. El pronombre posesivo demanda una historia psicológica: de este modo, una historia carcelaria toca siempre y solamente las cuerdas de la patología. Si tratamos de traducir la patología al romanticismo, terminamos aburriéndonos.

La cárcel solo se puede describir usando el método de un entomólogo, a la manera de Georges Perec. Las celdas pueden ser individuales, individuales normales, o individuales de castigo, o celdas múltiples, de 2, de 3, de 4, de 5; a partir de aquí, el tormento suplementario de las literas y la eventual multiplicación de los ocupantes de la celda. Los tiempos: despertar, limpieza, apertura de las celdas, patio –que puede ser más o menos largo en el tiempo y amplio en el espacio, y también aquí especializado: patio para uno solo, dos, un grupo, muchos– cierre de las celdas, comidas, reapertura, patio, o en algunos casos una habitación en la que jugar al ping-pong o al ajedrez (aquí hay campeones que, cuando salgan de prisión, no volverán a jugar); cierre definitivo de las celdas, comida, sueño (para quienes no padecen insomnio: y son mayoría los que lo padecen). El aburrimiento más tétrico domina los días: días y meses iguales, año tras año.

Más entomología: las visitas –ilusiones de socialidad: ¡los familiares son más presidiarios que uno!–. Cuando tu mujer es tu relación con el mundo exterior, a menudo se convierte en un cartero, un

porteador de informaciones, un agente comercial: el amor se mide por la eficiencia en el ejercicio de esas funciones. Los abogados no tardan en convertirse en inevitables portadores de desdicha... Y además, ¿se puede hablar realmente de encuentros o de visitas? No, cuando –y a Toni le sucede a menudo– se elimina incluso la posibilidad de tener un contacto humano, de las manos o los labios, o al menos un acontecimiento de un poco de calor, no un cruce entre insectos. La mayoría de las veces la visita del familiar o del amigo tenía lugar detrás de cristales macizos, la voz era transmitida por teléfono –y antes y después del encuentro te desnudaban, te cacheaban, te metían los dedos en el culo–. Hay un biopoder que se ejerce con extrema violencia en las prisiones contemporáneas: pero donde la vigilancia es total, los efectos de reeducación o de formación son inexistentes; el castigo se torna en una acción sin finalidad, porque la dispersa en el aburrimiento y disipa las energías de los reclusos.

El sufrimiento, que Toni percibía a su alrededor como un bloque macizo incluso detrás de la eventual serenidad o las frecuentes risotadas, es tácito y omnipresente. En ausencia de psicólogos, los directores y los carceleros más inteligentes tratan de suplir esa función, de romper el mutismo afectivo, el autismo que padecen los presos. En vano: hablando a los presos, hablan de «sus prisiones» (como harían los psicólogos); no consiguen, no pueden entrar en su sufrimiento. Cuando el sufrimiento se expresa hay derrumbes psicológicos, histerias, suicidios: muchos. Toni ha seguido algunas de esas historias vividas por personas queridas: ¡qué asco intentar aliviar ese dolor convenciendo al amigo, al hermano, de la necesidad de someterse al aburrimiento, a la sólida miseria de esa vida de presidiario! Y cuando el hundimiento psíquico buscaba una solución impropia –me convierto en infame para largarme de aquí– la situación era aún más horrible: el hundimiento psíquico se transformaba en esa otra forma de suicidio que era la traición a los propios compañeros. ¡Cuánta pena traía consigo el tiempo que no terminaba! La percepción real de un «tiempo que nunca termina» acababa siendo la del condenado a cadena perpetua: y no se daba de manera menos cruel que para estos últimos en el caso de aquellos

que se veían encerrados en un «tiempo preventivo» sin final. El deseo de evasión se agazapaba en el corazón, en las venas de todos –tal vez de manera realmente patológica–. Fuera las que fueran las vías para satisfacerlo, en todo caso salir de aquella historia habría sido un evadirse; por eso Toni podrá titular la historia entera de su experiencia carcelaria: *Diario de una evasión*.

61. Defensa imposible

1982, tercer año de prisión preventiva: Toni y los demás lo vivieron como en un limbo, a la espera de los juicios que no llegaban. Habían decidido defenderse en el juicio, rechazando la llamada «defensa política» –es decir, la no defensa que se realiza a través de la denuncia, la descalificación y el ataque político a la institución judicial– en los términos en los que la practicaban las BR: la habían considerado inadecuada e impropia en la situación en la que estaban los acusados en nombre de un «teorema», que formulaba acusaciones gravísimas sin fundamento alguno. A pesar de ello, la cárcel preventiva y sus tiempos largos habían sido utilizados para hacerles un traje criminal, tejido por una increíble sucesión de modificaciones y renovaciones de las órdenes de detención a cada confesión de un nuevo «arrepentido», que inventaba nuevas fechorías para imputárselas. Todo ello había producido una malla inextricable de intrigas y confusión, combinaciones y superposiciones de procesos: y había crecido el sentimiento triste de estar perdidos. Si su defensa se había visto confinada desde el principio a una condición asimétrica, ahora, disuelta la asimetría se abría un abismo, una oscuridad impenetrable: algunos habían imaginado desde el principio que iba a pasar esto; ahora todos están de acuerdo en que así será.

¿Y los abogados? Ninguno era optimista –y eso es característico de la profesión forense– y todos eran pesimistas –y eso no iba con la profesión–. La única diferencia residía en el grado de pesimismo: y así había pesimismos totales, como el de Giuliano Spazzali, y otros pesimistas en parte, como Tommaso Mancini. Giuliano era un compañero militante, dispuesto al enfrentamiento judicial (su héroe era Dimitrov en el juicio por el incendio del Reichstag);

jurista excelente, pero superado por el imponente enredo judicial que se había construido; para él, el centro del proceso era el proceso mismo, la batalla que se podía abrir allí dentro: pero no nos lo permitían, y como consecuencia de ello terminaba paralizado. Por el contrario, Tommaso era un viejo zorro procedimentalista, hábil productor de tantos sofismas y enredos como solo era capaz de producir a espuestas la escuela romana. Si él también salió derrotado no fue por culpa suya, sino porque el proceso estaba preconstituido –no cerrado, sino blindado–. Había además muchos otros –amigos que defendían a este o aquel imputado o a este o aquel grupo, casi siempre gratis, pagando las costas judiciales de su bolsillo– cada uno colocado de diferente manera en la tipología alternativa Spazzali-Mancini. En todo caso, la eficacia defensiva quedaba reducida al mínimo, dada la estructura de la acusación.

En el frente opuesto de la acusación, los jueces se presentaron siempre como un bloque disciplinado y dirigido por un único proyecto político: un dispositivo inflexible encaminado a la destrucción de los movimientos. La teoría constitucionalista habla de simetría entre Constitución formal y Constitución material; admitiéndola, tal vez se pueda hablar también en jurisprudencia de «condiciones materialmente formativas» del curso legal del proceso: en el «proceso 7 de abril» la prefiguración de ese condicionamiento político fue enérgica y obsesiva. La máquina política tenía preeminencia sobre la jurídica: para arrollar a los autónomos presos se permitía de antemano cualquier descarrilamiento del tren, para enderezarlo luego mediante campañas mediáticas implacables. El «teorema Calogero» nunca se puso en duda: cuando fue abandonado, con motivo del proceso de segunda instancia en 1986, ya había sido ejecutado.

Entre los jueces instructores y fiscales con los que trató Toni –el cínico Caselli, el presumido Amato, el impetuoso Imposimato, el escéptico Sica, el engominado Priore, y otros más– no hubo nunca ningún titubeo: como mucho, tal y como se vivió en el vacío 82, pausas en el procedimiento, que servían para revolver el mazo de cartas –como en el juego de cartas, pero de manera mucho más enmarañada porque las cartas no eran tres, sino mil– que estaban

obligados a barajar de nuevo, para desarmar, o distraer, las protestas de una parte –pequeña, pero combativa– de la opinión pública incrédula. Única excepción, Palombarini, el juez instructor de Padua. Calogero, y las pequeñas mafias locales que lo apoyaban, lo acusaron de ser un filoterrorista. Escéptico sobre el sentido del «teorema» desde el principio del «7 de abril», Palombarini se movió con una atención inteligente a la crisis política en la que se encontraban los grupos autónomos, y eso le permitió calibrar su intervención, distinguiendo los casos y evaluando correctamente las informaciones. Hacía lo que, por norma, debería hacer un juez ante un caso envenenado por un asalto político extrajudicial. Una persona honrada... Y además un juez reconocible en el clima de caza de brujas feroz que padecíamos y que lo confundía todo.

62. Compañeras de vida

Compañeras: fuera, cuando se tiene una relación con ellas, es porque están completamente dentro de tu vida –pero en la cárcel es distinto–. Fuera no hay juegos ni alternativas: toda relación es un tómalo o déjalo –no así en la cárcel–.

Toni, desde la cárcel, ha tenido relación con cuatro mujeres: Paola, Sylvie, Doni, Annamaria. Anna era su hermana: más que una hermana, para él ha sido en cierto modo una madre. Mientras Toni estaba en prisión, Anna se dedicó a garantizar, tanto desde el punto de vista financiero como de la educación de los hijos, una retaguardia tranquila, digna, venciendo el horror frente a la prisión y faltando el respeto a los acusadores. Toda la familia y los amigos de Toni, en Padua y Milán, participaron de esa garantía de fidelidad, de esa retaguardia de dignidad.

Sylvie, una compañera que Toni había conocido en el ambiente editorial milanés, le proporcionó en los años de prisión una intensa ayuda intelectual. Decir «ayuda» en este caso quiere decir ofrecer ocasiones de reflexión y aperturas intelectuales, entregando a la imaginación del prisionero una incansable noticia del mundo. Qué importante fue Sylvie en esos años, con qué eficacia llevó a cabo ese trabajo: una amiga inteligente y afectuosa, siempre disponible.

Abasteció de libros y revistas continuamente. Y hasta que la editorial terminó doblegándose al poder *picista*, ella se ocupó –junto a Brega– de preparar para su publicación en Feltrinelli los escritos de Toni. Fue ella la que denunció, con y en nombre de Toni, la hoguera que Feltrinelli hizo con aquellos libros, y fue ella la que apremió a Giulio Einaudi a la publicación de *Pipe-line*.⁶

Y luego está Doni, una veinteañera hermosa, viva y apasionada: había sido una amistad breve pero profunda durante el año anterior al encarcelamiento de Toni. Durante todo el tiempo de la prisión representó algo que iba unido a la libertad: no había sueño que Toni tuviese, no había esperanza que no tuviera a Doni para fijar tiempo y espacio de un renovado deseo. Doni: para Toni era la curiosidad de una vida joven en un mundo que se transformaba y la convicción de que, amándola, era posible para él, fugitivo de la cárcel, redescubrir la vida. Doni y la evasión eran un binomio inseparable.

Sin embargo, entre Toni y Doni había una montaña que se llamaba Paola. Madre de sus hijos, Paola era una cuarentona hermosa, comunista, culta y militante. Sin ella nunca habría conseguido salir de la cárcel: Paola construyó un contrafuerte único a la violencia carcelaria y a la de la opinión pública contra Toni y todos los compañeros del 7 de abril. Paola y Toni, cuando este último fue detenido, estaban viviendo la enésima crisis de su relación –una crisis que había empezado con el 68, cuando ambos, pero sobre todo la feminista Paola, descubrieron que la felicidad estaba en la emancipación de todo vínculo social que no fuera productor de libertad–. Paola había agitado un excedente de deseo frente a un marido a menudo ausente y que, como todo muchacho de entonces, llevaba mal la nueva autonomía de su compañera. A ello se sumaron divergencias políticas en la fase de la lucha de clases más intensa en el territorio milanés y en el periodo posterior de declive de los movimientos. Pero cuando Toni es detenido, Paola se subleva. Le dirá más tarde: te he atendido, te he ayudado, me he dejado la vida por los compañeros y por ti, porque te quería, claro, pero sobre todo porque la injusticia que padecían era grande e insoportable.

⁶ *Pipeline. Lettere da Rebibbia*, Turín, Einaudi, 1983 (reed. Roma, DeriveApprodi, 2009).

Vivía en los trenes cuando Toni estaba en las «especiales» del Sur, yendo a verlo todas las semanas. Habló con periodistas, políticos, abogados, magistrados, carceleros, hasta la extenuación –presentando súplicas y papeleos y reivindicando justicia–. Cuando estalló la revuelta de Trani acampó delante de la puerta de la prisión, protestando por la violencia de la represión y dándola a conocer a la opinión pública internacional. ¿Cómo habría podido Toni no amar una fuerza semejante, en la que se exaltaban la justicia y la belleza? Cuando todavía hoy Toni se lo pregunta y trata de resolver el resquemor de aquellos años, y explicar la separación que tuvo lugar al salir de prisión, no puede dejar de reprocharse no haber conseguido librarse del agotamiento de los afectos y del vaciado de la pasión que produce la cárcel. Cuando el eros se consume en las lecturas y en las masturbaciones; cuando el amor en la relación con la persona amada termina transformándose en una solicitud de servicios, hasta el afecto más grande se disuelve –cuando falta el cuerpo, cuanto más cercano se vuelve el afecto más se descorporiza: Paola había entendido todo esto–. Entre Paola y Toni quedó una gran y extraordinaria amistad: un gran amor.

63. Aldina

En la primavera de 1982 muere mi madre. Fue un duro golpe. Aldina fue una gran mujer –como muchas madres formadas en el sufrimiento: sólida, irónica e inteligente, más fuerte que las desgracias que se abatieron sobre su vida–. No quiero renovar el luto, el dolor, y cómo reaccioné: quiero recordar más bien que Aldina se convirtió, después de mi detención, en el sostén de todo afecto familiar y de toda solidaridad con mi desgracia. Mi familia reaccionó a la detención y a la persecución a las que me vi sometido con gran dignidad y firmeza en el rechazo de las acusaciones: familiares y amigos formaron un solo bloque. Cuando la oscuridad cayó sobre mi caso, no se cansaron de proclamar mi inocencia: y mi madre fue el centro de esa resistencia. Orgullosa de su hijo, entregada con sinceridad a lo que le parecía justo en los comportamientos de mis compañeros y míos: en ello veía la continuidad de la lucha

de clase y de liberación que desde sus años más jóvenes –campesina y maestra de pueblo– había visto desarrollarse con pasión y violencia. ¿Qué diferencia podía haber entre estos chicos de hoy y los campesinos socialistas de finales del siglo XIX, los resistentes partisanos, los antifascistas de ayer y de hoy? ¡Ella veía reproducido en nosotros todo el siglo XX, con sus luchas y sus tragedias, con las grandes esperanzas que había despertado! Observando el desarrollo inicuo del proceso, renació en ella el odio a la injusticia que ya había albergado hacia los asesinos fascistas del marido: y despertó esas pasiones en toda la familia. Tenía 82 años cuando se fue. Nadie osó decir que la había matado con mis aventuras insensatas, todos dijeron que el poder del Estado y la injusticia de los jueces acabaron con ella. Y si de algún modo Aldina era creyente, no cabe duda de que subió al cielo –y desde allí maldijo, con mayor fuerza aún que si hubiera estado viva, a nuestros perseguidores–. Durante el funeral –según me contaron: me fue negado el último saludo– los policías que fueron a espiar a los asistentes fueron rodeados y expulsados del cortejo fúnebre: la muerte merece verdad y no estafa y obscenidad inquisitorial.

Adiós, Aldina: tu hijo del siglo XX ha vuelto al terreno de juego y te sigue tomando como inspiración desde el siglo XXI.

64. Chapuza procesal

En marzo-abril de 1981 se presentó el escrito de acusación: después del 7 de abril y el 21 de diciembre del 79, estamos ante una tercera modificación sustancial de la imputación.

Para todos permanece la acusación de asociación subversiva y para casi todos la acusación de banda armada –ambos delitos asociativos son imputados en la forma que ya sabemos, es decir, por haber sido los jefes de una ahora anónima O (Organización), de la que no se especifica ni la dimensión espacial, ni la duración temporal, ni la estructura organizativa propia–. Está además, para una decena de coimputados, la acusación de insurrección armada contra los poderes del Estado: esta acusación, la única que se formuló siempre a lo largo de las tres fases de la investigación y que se vio sometida

a formulaciones nuevas cada vez, se plantea ahora al objeto de excluir toda relación con las Brigadas Rojas, mientras que al principio era precisamente esa relación la que permitía su formulación. Por último, hay también unos cuarenta delitos, en gran parte atribuidos a Toni –delitos considerados «instrumentales» respecto a la constitución de la banda armada: posesión de armas y explosivos, suministro de dinero y de materiales varios–. En estos casos la acusación, en particular la dirigida a Toni, no es nunca la de haber participado materialmente en alguna de las acciones incriminadas: esas imputaciones recaen sobre él en tanto que supuesto «jefe indiscutido de la O» y, con ello, de todo el terrorismo italiano. Además, sobre la base de esa multiplicidad de acusaciones, podrá ser juzgado por dos, tres, cuatro tribunales por el mismo delito: de hecho, cada uno de los delitos de los que Toni está acusado en los diferentes procesos no es más que la especificación de su condición de jefe de una O. Este es el resumen de la situación en vísperas de un juicio que, después de muchos aplazamientos, se celebrará finalmente en febrero del 83; una obra maestra de violencia política contra los movimientos de la multitud.

Pensando en la cantidad de delitos por los que tenía que responder, Toni se decía, socarronamente: soy una multitud –lo mismo que decía de sí mismo un demonio en la Biblia–.

65. *Rule of Law 2*

A estas alturas se había consumado la destrucción del Estado de derecho llevada a cabo por la magistratura, por mandato político del Parlamento y de los partidos de gobierno; la política encarga a los jueces una tarea en la lucha contra los movimientos sociales que debería ser la suya: una delegación política con efectos reaccionarios; porque el poder judicial no innova la realidad ni puede hacerlo: no tiene capacidad de mediación frente a las nuevas fuerzas que surgen en la sociedad, sino que reacciona y reprime con arreglo a normas que son las del pasado. Esto no se aplica tan solo a la actividad inquisitiva, donde el entrelazamiento entre magistratura y fuerzas policiales es inmediato, sino también en la actividad

jurisdiccional y en el uso de los procedimientos, para exacerbar el encarcelamiento, prolongarlo, reducir o aplastar la resistencia. Desde luego, para eso hacen falta jueces coriáceos, más aficionados a las técnicas policiales que acostumbrados a las Pandectas:⁷ y los hubo en abundancia. Los jueces que nos perseguían no se sentían en un Estado de derecho, habían perdido la costumbre de hacerlo: para ellos, como observó un testigo cordial, respetar los procedimientos resultaba tan penoso como lo es aprobar el examen de ingreso en la carrera judicial. De este modo, los «jueces de asalto» estaban dotados de soltura, vivacidad, capacidad de movimiento y sobre todo falta de escrúpulos: una aureola les enmarcaba el rostro. Algunos fueron asesinados; sin duda, aquella aventura era arriesgada: pero nunca se podrá demostrar que fueron mártires cuando se movían en la «excepción», como agentes de la razón de Estado. Toni llegará a conocer más tarde al hijo de uno de estos jueces asesinados; juntos convendrán en que el luto y el amor por el padre no podían negar la cruel injusticia que había penetrado el sistema jurídico en los que aún llamamos «años de plomo»: solo un fascista habría podido confundir el amor por el padre con el respeto de una ley infame.

Cuando, día tras día, mes tras mes, los jueces rechazaban con argumentos ridículos la petición de ir a juicio que le hacían los imputados, después de uno, dos, tres y cuatro años de prisión preventiva –¿acaso era el Estado de derecho el que actuaba aquí?–. No, responde el demócrata; sí, responde el preso. En realidad, ambos se preguntan dónde está la diferencia entre Estado de derecho y ejercicio de la razón de Estado: y también en los presos del 7 de abril, que se obstinaban en pedir el juicio en nombre del derecho, había una ambigüedad profunda –como si llegaran a creer, como creía el demócrata, en la existencia de un verdadero Estado de derecho–. Al final tendríamos juicio, con condenas durísimas: para Toni 30 años. En el juicio de apelación, un año después –esto es, después de seis

⁷ Las Pandectas o Digesto son las recopilaciones de la jurisprudencia romana reunidas por el emperador bizantino Justiniano en 533 d. C. y, en general, a toda recopilación ordenada de leyes y normas.

años de prisión preventiva— los compañeros del 7 de abril terminarán en su mayoría absueltos, y aquellos que no lo fueron terminaron condenados al mismo número exactos de años ya cumplidos de prisión preventiva: el oportunismo de los jueces y la razón de Estado terminarán teniendo un resultado tan exculpatorio como represiva había sido su voluntad en los años anteriores. ¿Acaso es esto el Estado de derecho?

En teoría, la norma debería corresponderse con los hechos y respetarlos: y el juicio debería juzgarlos en su verdad. En el caso 7 de abril, el contenido de la norma estuvo constituido por la provocación: el «teorema Calogero» fue una operación política lisa y llana. El Estado de derecho se vio completamente subordinado a la voluntad política construida por la asociación de las dos principales fuerzas políticas, DC y PCI: para acabar con la revuelta constituyente de los movimientos. Llegados al juicio, los mecanismos puestos en marcha durante la prisión preventiva y el desarrollo de los procedimientos inquisitoriales se representaron de nuevo de manera monstruosa.

El primer aspecto monstruoso consistió en la firmeza con la que la máquina procesal mantuvo la acusación tal y como había sido construida en la fase de instrucción y la presentó como elemento predispuesto y necesario para la reproducción del orden social. La estructura procesal resultó ser completamente independiente de las nuevas condiciones políticas que se habían configurado y estar sometida a aquella preconstitución instructoria; así, se produjo un desajuste lingüístico que rayaba en la incomunicabilidad entre la Corte y los imputados: para los segundos habían pasado cuatro años de lucha política; para la primera no había pasado nada.

El segundo elemento monstruoso era que, para la Corte, la «verdad» era la establecida jurídicamente por la política del derecho que había producido la legislación de excepción y los teoremas en los que se basaba; para los imputados, la verdad sobre los «años de plomo» solo podía surgir una vez que hubiera sido descarnada, liberada precisamente del conjunto de valoraciones represivas y procedimientos ilegales y leyes de excepción puestas en práctica: dentro de esas contradicciones, entre la excepcionalidad jurídica y

el juicio político, entre una estructura político-militar del proceso y una reivindicación de verdad, la Corte demostró una insensibilidad no muy distinta de la parcialidad. La batalla procedimental que libraron los abogados de la defensa con esfuerzo denodado, denunciando (junto a las notables e innumerables distorsiones de las investigaciones) el bárbaro régimen excepcional de las leyes y de los procedimientos, se estrelló contra una rígida posición negativa de la Corte. Cuando los detenidos del 7 de abril llegaron al juicio descubrieron que este iba a ser solo un enfrentamiento, sin mediaciones, entre dos «verdades».

66. Cansancio

Si la cárcel cansa, la represión extenua: Toni tampoco consigue soportarla. Se multiplican las crisis de los compañeros –algunos gritan, otros lloran, algunos callan y duermen, y otros tienen ganas de pelea–. Hay compañeros que parecen vacilar y estar al borde de la decisión de «ensuciar» la disociación política: pero son hechos superficiales o decisiones de una noche, fruto del nerviosismo frente a la continua negación del proceso. Somos «inocentes» (¡qué ridícula sonaba ya esa palabra!) que no piden la libertad sino un juicio: hablar a la cara a jueces y acusadores, desenmascarar a los infames. Reacciones infantiles: ¡ahora se van a enterar! ¡me pongo en huelga de hambre! ¿Y a ellos qué les importa? Si haces la huelga de hambre en serio, dejarán que reventes, no los doblegarás con la piedad. Ya habíamos visto a compañeros hacerse daño así; con una huelga de hambre Andrea Morelli había llegado a pesar 32 kilos, el juzgado de vigilancia penitenciaria lo deja en libertad: pero cuando llega extenuado pero libre al hospital en Milán, el fiscal de la República lo devuelve a San Vittore –no se muere de pura casualidad–.

Y luego están aquellos que no han muerto por casualidad: los han matado o se han quitado la vida.

¡Toni no debe pensar en eso! Toni se conocía bien: no podía ceder, porque para él habría significado irse a pique. Se repetía: «He aguantado más de tres años, sano, dentro de esta locura judicial», pero el cansancio podía llevarlo al despeñadero –ya le había pasado

otras veces—. Toni no conoce estadios intermedios de aguante psicológico: rara vez se cabrea, pero cuando sucede es un precipicio. Empieza a soñar con largos pasillos de los que no es posible salir, un sueño que lo perseguirá durante mucho tiempo. A correr muchacho: pero bajo el *pavé* ya no está la playa.

Y entonces Toni se construye, sobre la vieja sabiduría paduana, un zen casero, para encontrar el lugar mental en el que recogerse y calmar el dolor —«contándosela», como se dice entre compañeros: retomar el estudio sin levantar ya los ojos de las lecturas, tomándole el gusto al traqueteo de la Olivetti—.

67. Job

En mi experiencia de vida he reconocido a menudo una especie de euforia ética, que en la situación actual me parece demencial: como si se tratara de una aspiración a la perfección, que a veces no sabe concederse claroscuros ni llenarse de la miseria de lo humano. Y qué duda cabe de que euforia ética y ansia profética, cuando no dejan de ser experiencias individuales, por más que enfermizas y propensas al misticismo, no hacen daño a nadie; pero también es cierto que cuando se encuentran y se enfrentan con la realidad crean un considerable desastre. Aquellas pasiones podían haber sido vectores de lucha: ahora aquella euforia ética está realmente exhausta, solo es capaz de proferir cacofonías impotentes. Cansancio: está bien ser spinozistas, con tal que Spinoza no se convierta en una pantalla falsificadora de la miseria que vivo.

Aquí es cuando leo y releo el *Libro de Job*, en la recién publicada edición de Stefano Virgulin que he conseguido que me traigan. Conozco de siempre ese texto admirable; ya lo había estudiado antes de la cárcel, conocía sus interpretaciones; ahora quería repetirme a mí mismo lo que entonces había percibido, poner de manifiesto «lo que todas las lecturas ocultan, a saber, la centralidad de una cosmogonía creativa en la que el ser humano y Dios se enfrentan y se identifican. La creación se prolonga en el Mesías, el trabajo se realiza en la construcción de un ser nuevo del mundo». Ahora me parecía:

Útil proponer de nuevo esta ontología creativa del trabajo, porque esta había sido, en la cultura occidental, la gran reprimida de la última década, de los setenta-ochenta, después de nuestra derrota. En la euforia nihilista del pensamiento débil, en la obtusa truculencia del posmodernismo, en la indecente ingenuidad de los nuevos iusnaturalismos, todo aquello había quedado olvidado por encima de todo. Leviatán y Behemoth parecían haber desaparecido en el océano sin dejar ni siquiera una huella de espuma en la superficie.

Con el juicio a punto de empezar, me representaba a Job como el amigo que abría el saber a las pasiones más vivas del ser humano. Job, manos a la obra:

Su pregunta por la razón del mal, su blasfemia y su protesta contra la explotación, su desafío contra el poder de mando son la máquina ontológica del renacer de la pasión. Así, pues, descendemos con Job al punto más profundo de la creación, remontamos con él al punto más alto de la experiencia ética –allí donde él tiene enfrente al mismo Dios–: la actualidad del trabajo de Job está toda aquí, en el saber construir, radicalmente construir un mundo nuevo, un mundo divino que Job no rescata, sino que libera, constituye. La idea de liberación es una idea de creación.

Respecto al pasado, me pregunto ahora qué arma la fuerza extraordinaria de este profeta, su extraordinario heroísmo. La euforia ética de Job se mide con la desesperación de no poder obtener justicia; delante suyo la totalidad se hace añicos y el ser divino se torna en insensata metafísica: ¿caso no es esta la condición que registran hoy los seres humanos que han vivido la lucha de liberación y la felicidad del ser subversivos, rozando la revolución social? ¿Acaso no nos vemos hechos añicos y repudiados en la tragedia del hoy? En esta escena danzan figuras que fingen una restauración de la justicia y la solución del problema de la teodicea, y se enfrentan con Job en un fútil juego retórico. Las formas jurídicas en las que desarrollan estos juegos son un insulto a la justicia: Job demuestra la falsedad del intento de restauración de la justicia, reivindicando la única posibilidad de que esta se dé –su consistencia materialista–.

El hecho de ser justos no puede ser puesto en tela de juicio –es una determinación del ser histórico: Job es justo, su alma es pura–. Que

la determinación pueda ser destruida al medirse con la totalidad, que pueda ser reducida a contingencia –a lo que es pero puede no ser: esto representa un escándalo (en la fábula bíblica, un escándalo teológico)–. Para nosotros, hoy, la teología no tiene mucho que ver: lo que está en discusión es más bien el poder de mando, y su carácter absoluto frente a nuestra resistencia –a nuestra justicia y a la pureza de nuestro ánimo–.

En el *Libro de Job* el triunfo de la resistencia se da en dos figuras. En la primera, Job se opone a la potencia divina, a la figura de la omnipotencia de la Ley y se niega a reducir a contingencia el absoluto de la determinación singular que es Job en su actuar: es la voluntad de Dios, cuando quiere la contingencia del ser, la que plantea la injusticia. Job reafirma que determinación y singularidad no son contingencia. No es cierto que haya que obedecer siempre: se obedece solo si el poder de mando es justo, y en todo caso la justicia prima sobre el poder de mando. En particular, no hay poder de mando que pueda darse contra la inocencia: y Job es inocente.

La segunda figura es aún más radical: Job no pide más justicia, sino que somete a comprobación la declaración materialista de la imposibilidad de reducir a contingencia el ser que es. Lo que hay no puede ser destruido: el ser en su expresión ética es divino. Job no es un Prometeo rebelde que quiere la totalidad más allá de la devastación del ser, ni se convierte en un Narciso satisfecho de estar (y reflejarse) en la totalidad del poder de mando divino. Job es una determinación a la que se ha intentado separar de la totalidad y que no se deja asimilar a la nada: resiste, quiere vencer sobre la separación. La euforia ética desaparece dentro de esta situación, y se construye un nuevo cuadro teórico: una dialéctica, una relación existencial sin *Aufhebung*, sin superación, sin negación de la negación. Pero hay una vida que arriesgar –llevando consigo un deseo, un amor, una consistencia ontológica indestructibles–.

En aquel cansancio terrible, Job me ayudó a resistir: al salir de prisión, escribiré un ensayo sobre el *Libro de Job*.⁸

⁸ Antonio Negri, *Il lavoro di Giobbe*, Milán, SugarCo, 1990. [Ed. cast.: *Job: la fuerza del esclavo*, Barcelona, Paidós, 2003].

En ese periodo doy comienzo también a una relectura completa de la obra de Leopardi. En este caso se trató de un intento de construcción de una terapia teórica a través de un cuerpo a cuerpo con el autor que viviera y poetizara esa melancolía. Me procuraba cinturones salvavidas a los que poder aferrarme para ponerme a salvo: allí dentro, en aquella poesía, iba a encontrar, como en Job, el mismo problema. La teodicea ética en Leopardi era más potente que la testamentaria, porque estaba inmersa en nuestro mundo y se desplegaba en sus relaciones histórico-sociales: si Job consiguió, más que Leviatán y Behemoth, superar los obstáculos del querer divino, del poder de mando de todo Patrón, y tuvo la fuerza de aguantar el impacto de la mirada divina, Leopardi abrió una vía entre los monstruos de la reacción y del clericalismo del *Ancien Régime* y de la hipocresía burguesa en el *Risorgimento* –y creó belleza y bondad, obras maestras del arte y del ánimo–. ¡El lenguaje humanista era mucho más directo, ético y hermoso en comparación con la fábula bíblica, sin embargo sublime!

68. *Pipe-line*

Radicalizarse en prisión es una experiencia común a todos los revolucionarios –y también le sucedió a Toni–. Para algunos, sobre todo los más jóvenes, esto significó combinar la estrechez carcelaria con la extremización ideológica: de ahí las demostraciones exageradas de fidelidad política, que rayaban en el dogmatismo, o actos de ferocidad sectaria contra adversarios políticos –que podían ser los propios compañeros en prisión– o, por el contrario, crisis, derrumbes psicológicos o incluso una abjuración de lo que uno había vivido. En cambio, para los más viejos la radicalización intelectual se muestra en la recuperación y en la expresión, en el redescubrimiento de una «lógica» de la propia revuelta: una lógica siempre frágil pero que uno considera fuerte. *Pipe-line* es, en todo y para todo, un libro escrito con esta perspectiva: un remontar del autor desde el pasado, para confirmar la tensión y el aguante del comunista.

A Toni el libro se lo había pedido Giulio Einaudi a través de Sylvie –contra la redacción de la casa editorial: un acto de imperio

editorial de un hombre libre—. Fue escrito rápido (desde octubre del 81 a abril del 82), con el tono de la confesión política: la confirmación de una *Beruf* [vocación] comunista. Toni quiso dar al libro un curso fluido; como en un flujo continuo y sin despistes, contaba su juventud, las luchas, los acontecimientos, las ideas y las personas: la coherencia de una historia. Radicalizando la propia experiencia, organizaba la narración con arreglo a una lógica de resistencia.

Toni siempre ha amado este libro: hay páginas, como aquellas en las que narra la experiencia *kibbutzim* o la del viaje a través de las fábricas en lucha de Porto Marghera o sobre el apagón de Nueva York, que han alcanzado una verdad que el narrar casi nunca concede al filósofo, a menudo esclavo de las generalidades. Pero el flujo es engañoso: la experiencia no es un continuo, sobre todo no lo es la experiencia de un revolucionario. Si la materia prima está constituida por memoria e imaginación, en ningún caso puede imponerse sobre ellas una coherencia que pretenda ser fidelidad indiscutible, un obrar que quiera presentarse siempre como moral. Tal es el límite de *Pipe-line*: es un libro poco político porque cuenta una vida política que no tiene incoherencias, que no refleja la realidad, que se presenta como un proyecto —pero el pasado no es tan coherente y fluido como para poder resolverse en el porvenir sin solución de continuidad—. *Pipe-line* cuenta un flujo que se ha consumado: Toni no era consciente de ello, no era capaz de medir el efecto negativo, el incentivo a «tirar la toalla» que se entrelazaba con «aguantar» en aquella maldita jaula. Luego algunos han subrayado que este y otros escritos de Toni de ese periodo están dominados por la reflexión ética —lo que, por un lado, debilita el antagonismo de sus libros militantes y, por otro, impide que la subjetivación se mantenga en la plenitud de su potencia—. Era verdad. En *Pipe-line* hay una dimisión retórica de lo político, una incapacidad para avanzar. Radicalizar el recuerdo sin tener ya la capacidad de proyectar se torna en una desgracia: efecto de estar encerrado. Toni lo sabía, pero quería ocultárselo a sí mismo. La cárcel no había triunfado sobre él, pero ahí estaba —presencia demasiado fuerte— y había terminado instalándose horriblemente en su interior. Era necesario salir, terminar con esta pocilga —este grito

era muy radical pero confuso, opaco, gutural—. En todo caso, eran realmente pocos los que podían oír ese grito. También *Pipe-line* fue sabotado por los libreros y por los grandes medios... que, a cuenta de sus defectos, tal vez habrían podido llegar a elogiarlo.

69. Compañeros sí, compañeros no

Cuando los compañeros de Rebibbia se disociaron de la iniciativa brigadista de Trani insistieron de inmediato en el carácter comunista de la disociación y sobre la necesidad de bloquear desde dentro de las prisiones la reproducción del terrorismo. Empezaron a proponer iniciativas políticas para dismantelar el efecto destructivo de la legalidad de los procesos y de la conciencia de los detenidos, producido por la legislación excepcional, poniéndose a disposición de toda iniciativa política que fuera en ese sentido. Esto determinó una crisis definitiva en las relaciones carcelarias: los compañeros del 7 de abril —y ya no solo Toni— fueron perseguidos en todas partes con condenas a muerte por parte de los brigadistas más intransigentes. No se las podía pasar por alto, puesto que las prisiones italianas habían conocido en aquellos años el «terror rojo» y los homicidios políticos.

En la hora de recreo al aire libre, el patio podía ocultar un Caín que preparaba el cordel para estrangularte: pero nuestro trabajo político siguió adelante, y muy pronto muchos compañeros terminaron tomando partido por el proyecto de la «disociación política».

A finales de 1982, dando otro paso hacia adelante, llegamos a plantear, con la «disociación política del terrorismo», también una vía para superar, no solo la legislación de emergencia, sino también las condiciones que la habían provocado y que la reproducían. ¿Era posible, emprendiendo ese camino, unir a la gran mayoría de los detenidos políticos dentro de la prisión y a las fuerzas políticas que, fuera de la prisión, tuvieran la voluntad de hacerlo? Para dar nuevo aliento a este proyecto, en septiembre de 1982 escribimos el «Documento de los 51» (por el número de los primeros firmantes, presos en Rebibbia), cuyos puntos centrales eran:

- a) la denuncia de la permanencia de la legislación excepcional;
- b) la descripción del poder ilegal ejercido por los jueces basándose en esa legislación;
- c) la propuesta de una salida gradual pero efectiva de ese contexto jurídico represivo.

El documento respondía también al grupo de compañeros que, fuera de la prisión, ponían en tela de juicio el creciente movimiento de disociación.

La propuesta se dirigía a todas las fuerzas de la transformación: a los hombres de partido y a los intelectuales que habían comprendido el nudo de problemas subyacentes a la lucha armada y tenían la intención de poner fin a la espiral terrorismo-represión y a los efectos institucionales –«leyes especiales / poderes especiales / gobiernos especiales»– que se derivaban.

El documento creó en poco tiempo una fuerte base política: pero de nada sirve negar que aquella historia fue larga y difícil. También en la sección de los compañeros autónomos de Rebibbia, convertida ahora en «zona homogénea» (por la historia de los compañeros), hubo un debate acalorado: se contraponían no solo personalidades y caracteres, sino las experiencias vividas en prisión y las formas en las que cada uno había reflexionado sobre toda la historia. Y aunque la discusión no sufrió nunca el chantaje brigadista sobre el dogma de la unidad del movimiento, poniendo en juego historias de vida y posiciones éticas, hubo discrepancias y rupturas.

Emilio Vesce, uno de los defensores más resueltos y coherentes de la disociación política, representó el polo pujante de esa elección. Emilio, que mantuvo siempre una lealtad inquebrantable hacia todos los compañeros, consideraba que su vocación revolucionaria se veía debilitada por las condiciones en las que vivíamos; se movía, en definitiva, dentro de una profunda crisis política que afectaba a las razones por las cuales su militancia de décadas estaba en juego. Otro compañero a favor de la disociación fue Augusto Finzi; también él venía desarrollando una reflexión que lo llevaba –sin renegar de nada– de la crítica del trabajo a la convicción de la preeminencia de la crítica ecológica: se movía, pues, en términos ideológicos y morales.

Para resaltar las diferencias posibles y efectivas –pero difíciles de discernir en la intensidad de la discusión– consideremos a dos compañeros que se opusieron a la disociación política: Oreste Strano y Egidio Monferdin. Oreste se opone a la disociación porque piensa que es un camino intransitable en el plano jurídico y equívoco en el político, es más, discriminatorio hacia los compañeros que opten por no seguirlo: para él la política ocupaba el lugar principal. Egidio, que no era un viejo bolchevique como Oreste, sino un compañero del 68-77, se posicionaba contra la disociación en términos profundamente morales: valoraba la disociación como un desistimiento político –no una traición a los demás, sino a sí mismos–. Ambos colaboraron junto a otros en la redacción de un documento distinto que contribuyó a descorchar la botella y devolver la libertad a las palabras.

Vidas enteras se ponían en juego: las discusiones fueron agrias; las separaciones, sin embargo, nunca definitivas. En resumen, fue un principio de realidad que irrumpió en el debate y se impuso contra el rigorismo moral que en la derrota continuaba invocando la solidaridad en tono desesperado: la mayoría de los compañeros, que habían vivido las últimas acciones de las BR y habían denunciado la cruel espectacularidad a la que se habían visto reducidas en el aislamiento total respecto de los movimientos, llegaron a la conclusión de que la disociación política era inevitable. No está de menos recordar que los compañeros que habían sido contrarios a la disociación serán los primeros en reconocer su éxito a medida que la campaña continúe y se imponga. Más tarde la postura terminaría siendo aceptada también entre los brigadistas.

El «Documento de los 51» fue publicado en *il manifesto* el 30 de septiembre de 1982:⁹

⁹ El documento aparece firmado de la siguiente manera: *Promueven o se suman al documento* (imputados de los sumarios y procesos ucc, MCR-Comitati Comunisti, «Proceso Moro», MPRO-Guerrilla comunista, «7 de abril», «Proceso de Bérghamo», *Prima Linea*, etc.): Gianmaria Baietta, Antonio Belardi, Marina Betti, Renata Cagnoni, Lucio Castellano, Arrigo Cavallina, Oronzino Cea, Fiore Di Salvio, Giustino Cortiana, Claudio D'Aguanno, Franca D'Alessio, Mario Dalmaviva, Raffaele Di Gennaro, Luciano Ferrari Bravo, Augusto Finzi, Alberto «Chicco» Funaro, Graziano Frigeni, Annamaria Gabrielli, Edoardo Gambino, Giovanni Giallombardo, Roberto Giordani,

Una generación política está entre rejas, prófuga, exiliada, en libertad provisional.

Prefacio

Hoy, en las prisiones italianas, dentro de la amplia franja de compañeros que se coloca dentro de las dos ruidosas polaridades constituidas por «combatientes» y «arrepentidos», existen posiciones distintas, o tendencias, que a menudo prefieren la sordina, el *pianissimo* –en definitiva, formas de comunicación en voz baja–.

Sin embargo, todos los que expresan estas posiciones saben con certeza cuál es el problema central: la búsqueda de una solución política a la cuestión de los miles de compañeros hoy detenidos, prófugos, exiliados o en libertad provisional.

Esa búsqueda se da a partir de una práctica política de claro rechazo de posiciones o comportamientos «combatientes» o terroristas, como primer paso para solicitar y estimular una relación dialéctica, activa y propositiva con las fuerzas políticas y sociales que aspiran a superar la política de las leyes especiales y del terror y abrir una fase de transformación.

Hoy todo esto forma parte de un debate que rompe y atraviesa toda elección de bandos basada en el pasado; quitarle la sordina es útil, necesario, irrenunciable. Ya se sabe que las «mayorías silenciosas» nunca consiguieron organizar nada bueno.

Así, pues, posiciones diferentes. Al igual que ha sido articulado, pluralista, contradictorio, el conjunto de las trayectorias políticas del movimiento en los años 70, que solo estaba unificado en las teorías del «complot», únicamente en la política judicial y en sus reconstrucciones históricas reduccionistas y criminalizadoras.

Enea Guarinoni, Carlo Guazzaroni, Giovanni Innocenzi, Stefano Lanuti, Paolo Laponi, Andrea Leoni, Antonio Liverani, Alberto Magnaghi, Alberto Majorana, Arnaldo Maj, Mariella Marelli, Andrea Morelli, Antonio Negri, Jaroslav Novak, Giorgio Raiteri, Angelo Palmieri, Silvio Palermo, Paolo Pozzi, Giano Sereno, Gianni Sbrogiò, Teodoro Spadaccini, Francesco Spisso, Edmondo Stroppolati, Michele Surdi, Francesco Tommei, Gianni Tranchida, Emilio Vesce, Paolo Virno, Roberto Vitelli, Gigliola Zazzaretta.

Pero, más allá de una reconstrucción histórico-política de los años 70, que excede el propósito de este documento, intentamos describir aquí, a grandes rasgos, el abanico de sujetos que hoy se hace promotor de esta iniciativa:

- Quienes quieren defenderse de las acusaciones o reclaman su propia ajenidad a las mismas.
- Quienes se niegan a ver cómo las luchas, emprendidas en las fábricas, en las escuelas, en los barrios, quedan reducidas a casos penales de banda armada y, por consiguiente, emprende una batalla contra la figura del delito de asociación en las instrucciones y en los juicios.
- Quienes reivindican sus trayectorias políticas en la ilegalidad de masas y en las formas organizativas vinculadas a ella, rechazando la etiqueta de «terrorista».
- Quienes tiempo atrás formaron parte de las organizaciones combatientes y hoy expresan, sin acceder a ninguna forma de elección, una crítica precisa de su propia trayectoria, considerando que la experiencia ha fracasado y un ciclo se ha cerrado.

Todas estas experiencias tienen toda la legitimidad: no se trata aquí de escoger una como propuesta global, no sirven las etiquetas generalizadoras. Pero, sin dejar de insistir fuertemente en el pluralismo, estas posiciones aspiran hoy a salir del aislamiento, cobrar fuerza colectiva, dignidad de proyecto; y hacen suya la propuesta de una especie de «carta reivindicativa», con el objetivo de reanudar una dialéctica con las fuerzas que tienen intención de acogerla y que se mueven en la dirección de la transformación.

Esta propuesta consta de cuatro puntos de análisis y de dos momentos específicamente propositivos respecto a la política judicial y a la penitenciaria.

1. El Estado y los detenidos políticos

Hasta ahora el Estado ha elegido y practicado, respecto a la cuestión de los presos políticos, una vía militar: con la política judicial, con los juicios y con el tratamiento penitenciario.

Militarismo desenfrenado: es decir, una ley que premia descaradamente a asesinos convertidos en delatores y sobre la base de su palabra se emiten a menudo sentencias de pura venganza; una ley que ha provocado dinámicas dramáticas en prisión, permitiendo «redenciones» aberrantes y aceptando que algunos mantengan pactos de solidaridad mutua mediante el rito del homicidio.

El Estado aumenta la bipolaridad de arrepentidos y combatientes; elabora políticas completamente centradas en esas figuras; no vacila en negociar con unos y otros; por el contrario, excluye toda interlocución con quienes no utilizan el lenguaje de la guerra y de la muerte. Pero hoy, tanto en los juicios como en el régimen penitenciario, la mayoría de los presos políticos encerrados en las prisiones no usa ni practica ese lenguaje.

Es su –nuestro– interés construir una solución política para un problema político, el de su –nuestra– liberación. Por lo tanto, es nuestro interés oponernos al militarismo institucional y al *combattentista*,¹⁰ reanudando una dialéctica de lucha, de conflicto, para llegar a la apertura de una negociación. Así, pues, ruptura de la continuidad; lo que significa una liquidación del patrimonio ideal de los sujetos implicados, de las esperanzas y de los proyectos expresados en el pasado, sino en todo caso autocrítica política, cada cual en lo que le corresponda, por los errores que han contribuido a la crisis de proyectos de transformación social. Ni tampoco una división maniquea entre experiencias de «movimiento» y «organizaciones combatientes», en la medida en que a veces la frontera que los separaba ha sido lábil, antes que una divergencia definitiva.

Hoy es clara, sin equívocos, la frontera que separa continuación de la lógica de guerra y voluntad de estar nuevamente presentes en un proceso de transformación.

2. *Se cierra un ciclo, se reanuda una fase*

La divergencia entre movimientos sociales, instancias de transformación representadas en su pluralismo, y la lucha armada, es hoy radical y definitiva.

¹⁰ El de las autodenominadas «organizaciones combatientes», producto de las escisiones de grupos armados como las BR o *Prima Linea*.

La lucha política por la transformación social nunca ha estado tan abierta. La tendencia al cambio no está representada por la lucha armada y por ende esa tendencia no está derrotada cuando la lucha armada está derrotada, no se arrepiente cuando esta se arrepiente. Los combatientes ven dos alternativas: su victoria, cada vez más improbable, o la rendición. Para ellos, la derrota de la lucha armada supondría el final, la rendición justamente, del movimiento de liberación.

Por el contrario, para nosotros no se trata de rendirse. Queda mucho, todo, por hacer.

Una vez que el viejo pacto, las viejas reglas, las viejas condiciones han saltado definitivamente a lo largo de los años 70 y en particular en el periodo del compromiso histórico, la mayoría de los presos políticos puede recobrar colectivamente la palabra y la iniciativa, contribuir a definir nuevas reglas del juego, nuevas condiciones para el conflicto social. La mayoría de los presos políticos puede, planteándose como interlocutor activo, contribuir a innovar y modernizar el derecho, luchando por un proceso de superación de la legislación especial.

Por lo tanto, podemos emprender el esfuerzo de corregir en profundidad la actual putrefacción de la situación de las prisiones, promoviendo una política de libertad, de alternativa al encarcelamiento, y una cultura capaz de eliminar los miedos impresos sobre el cuerpo social por la emergencia de la guerra.

La mayoría de los presos políticos, afrontando la batalla global por la liberación colectiva, puede reafirmar, con el máximo vigor, la defensa intransigente de la vida humana contra los homicidios de Estado y contra la cultura política del homicidio y del terror. Un impulso, pues, contra la barbarie, por la reinserción activa de una generación política en los procesos de la transformación social.

Los presos políticos que se sitúan entre estas dos polaridades que antes hemos mencionado, en las posiciones enumeradas, pueden adquirir hoy fuerza negociadora, dignidad de proyecto, si no asumen el silencio como símbolo: sobre todo porque aparece teñido de coartadas.

La coartada más engorrosa y peligrosa es la espera pasiva de una medida de amnistía generalizada. A ese respecto hay que ser muy claros: la liberación de los detenidos políticos no puede ser una instancia moralista, un «acontecimiento» único e inarticulado, sino que debe ser construida pedazo a pedazo, con pragmatismo y etapas intermedias concretas. De

lo contrario, no deja de ser un buen fetiche para pusilánimes que se puede evocar de vez en cuando, mientras nos acurrucamos en la espera y el silencio.

Imaginar que llegará un día en el que alguien decreta que todos regresen libres y equiparados en la amnistía como lo han estado en la pena de detención es una fantasía irresponsable. Exactamente lo contrario del valor que exige una batalla política activa. Silencio, pasividad y «espera de la amnistía» son el último aval a formas de cultura militaristas.

El camino que, por el contrario, queremos emprender, excluye avales de ese tipo. Podemos llamarlo metafóricamente una marcha hacia la despenalización. El primer paso es producir una cultura general encaminada a la despenalización de los delitos de asociación. El delito de banda armada, sobre todo en sus extensiones aberrantes y «omnívoras» producidas por la legislación especial, debe ser vaciado de relevancia jurídica, de cualquier adecuación para definir en términos penales trayectorias de lucha y de antagonismo. Y asimismo, despenalización de los delitos referibles a la ilegalidad de masas; para los delitos, en definitiva, tras los cuales se han vivido comportamientos, expectativas y demandas que han quedado sin respuesta. La cultura de la despenalización debe afirmarse, gradualmente, en los juicios y en las prisiones. Solo de esa manera podrán darse condiciones sociales e institucionales tales que permitan además un acto de despenalización extraordinario, que hoy cobra fuerza a partir de la revisión crítica de las propias trayectorias –para los hechos específicamente vinculados a la experiencia de la lucha armada, como solución política y civil de la herencia política de los años setenta–.

3. *Contra el silencio*

La solución de la cuestión de los presos políticos es una condición central para una reforma radical de las instituciones, para su modernización. Y una reforma radical de las instituciones es un momento significativo del crecimiento de nuevos movimientos. Esa es la medida del «interés general» del que hoy podemos encargarnos.

Sin embargo, debe quedar claro que no hay homología alguna entre los prisioneros políticos. Quienes quieren continuar «combatiendo» no tienen nada en común con quienes hoy pretenden romper el silencio y emprender una batalla política áspera y compleja para la transformación

social e institucional. El criterio de demarcación sobre el que puede plantearse y crecer una propuesta para una batalla negociadora –referida al presente, no al pasado– atañe positivamente a todos los presos políticos que se oponen a la cultura y a las prácticas militaristas, estatales o *combattentiste* y que aceptan la movilización, con coherencia en las formas, junto a la parte política y a la parte de propuesta del presente manifiesto, para construir un conflicto amplio en el terreno judicial y en el penitenciario.

El camino pactado que proponemos a todos los detenidos políticos es la aceptación de una perspectiva reformadora, hecha de conflictos, reivindicaciones, batallas realistas y luchas que no se vean recluidas y aplastadas entre los muros de una prisión, sino que se ramifiquen profundamente en el tejido social.

Además, esta perspectiva apunta a una nueva orientación legislativa, que reconozca, y por ende dé un espacio normativo, a las diferentes posiciones políticas y procesales aquí expresadas y anteriormente enumeradas. Por esto pensamos que quienes quieren trabajar y luchar en esta dirección no deben invocar ningún asidero ofrecido por las actuales leyes especiales.

4. *Un camino pactado*

Para ilustrar las valoraciones políticas expresadas hasta ahora, indiquemos a continuación los primeros objetivos para la modificación de la actual política judicial y penitenciaria del Estado. Es una especie de «plataforma» que quiere incluir, además del interés de los detenidos, también el de los prófugos, los «exiliados» –cuyo número ha alcanzado cifras que hacen palidecer el periodo fascista– y de todos aquellos que hoy están en una libertad provisional sin final.

Cuanto más se desarrolle una iniciativa política sobre estos (y eventualmente otros) puntos, más posible se hará proceder a una interlocución y a una discusión con todas las fuerzas políticas, sociales, culturales, interesadas en la superación de la emergencia.

En el momento en que se inicia la discusión sobre la reforma de los códigos, está en rápida expansión (e incluso se «normaliza») el funcionamiento de leyes, juzgados de instrucción y tribunales especiales: prisiones preventivas dilatadas y dilatables sin límites; órdenes de detención fotocopiadas

basadas en la palabra de arrepentidos; interpretaciones de leyes contradictorias y extensivas; inversión de la carga de la prueba; extensión ilimitada del delito de «banda armada»; delitos de asociación adaptados al «tipo de autor»; procesos en los que viene impuesta la equiparación con las figuras de los «combatientes», los «arrepentidos» o los «rendidos», conforme a los cánones de los tribunales de guerra, o de un «comunismo de guerra» propugnado por fuerzas y comentaristas políticos.

Exigimos:

-Que se reduzcan drásticamente los encarcelamientos preventivos en relación con la reforma de los códigos.

-Que las órdenes de detención para los delitos políticos estén sometidas a las comprobaciones y a los controles de validez previstos por los Tribunales de la libertad.¹¹

-Que se aplique preventivamente a la acción judicial la comprobación de las declaraciones de los arrepentidos.

-Que se restituyan los derechos de la defensa, completamente pisoteados por las aberrantes aplicaciones «especiales» del rito inquisitorial, y que se garanticen debates en los que se dé espacio a un cuestionamiento de los criterios de fundamentación de las sentencias instructorias.

-Que se revisen radicalmente los criterios de definición de los delitos de asociación con vistas a la despenalización.

-Que los juicios con sentencia firme, en segunda instancia o en casación, con referencia especial a los que tuvieron lugar en el periodo «caliente» de las leyes especiales y de emergencia, sean reabiertos a petición de los imputados implicados; que sean sometidos a una revisión análoga los procesos relativos a determinados comportamientos procesales, en la mayoría de los casos apologeticos, o a comportamientos específicos en prisión.

-Que en caso de enfermedad grave o de incompatibilidad psicofísica del detenido con las condiciones en prisión, el dictamen de la comisión

¹¹ Los Tribunales de la libertad, cuyo nombre oficial en el ordenamiento jurídico italiano es *Tribunale del riesame*, son secciones oficiales de un tribunal ordinario, en funcionamiento desde 1982, encargados del control externo de la validez de las medidas de privación de libertad en la fase de instrucción de un procedimiento.

médica sea vinculante en lo que respecta a la decisión del juez sobre la concesión de la libertad provisional.

5. *Política judicial*

Exigimos:

-Que se reconozca el derecho a la autodeterminación en la distribución carcelaria por afinidades culturales, políticas, afectivas, procesales (y a este respecto, el problema de la «seguridad» de las áreas homogéneas o de los individuos que pertenecen al abanico de posiciones que proponen este documento, es un problema central que hay que autodeterminar con claridad).

-Que se pongan en marcha iniciativas experimentales de socialización y conexión con el exterior de cada una de las comunidades autodeterminadas; actividades culturales, laborales, presencia en la prisión de iniciativas socioculturales externas; restablecimiento de los derechos constitucionalmente garantizados, como el de asociación, que dejan ilegalmente de estar en vigor al entrar en prisión.

-Que se desarrollen propuestas alternativas a la pena de detención, –extensión del tercer grado, del trabajo externo, creación de puestos de trabajo en el extranjero, formas de servicio social en asociaciones civiles–.

-Que se propongan medidas alternativas a la barbarie de la prisión preventiva, en la fase de transición a la reforma de los códigos.

-Que quede abolida la aplicación individual y extensiva del art. 90 en sus formas de destrucción física, afectiva, intelectual del detenido, y se paralicen los nuevos proyectos relacionados.¹²

70. Hermanos

En esta historia hay compañeros que han muerto. Hermanos arrebatados a nuestro afecto desde el principio. Los otros siguieron

¹² El art. 90 del Código Penal italiano afirma que «Los estados emotivos o pasionales no excluyen ni disminuyen la imputabilidad».

siendo cercanos en los años sucesivos. El amor nunca ha remitido. Debemos recordar aquellos años, aquellos días, aquellas cadenas por las que estaban unidos nuestros brazos, aquella pureza socarrona e ingenua que armaba nuestro desprecio por policía, jueces y justicia.

Baietta y Toni Liverani eran viejos compañeros del movimiento paduano, *potoppini* de siempre, como yo.¹³ Generosos y leales, vivieron la prisión con serenidad aparente, pero fumaron demasiados cigarrillos. También Augusto Finzi, que no fumaba, no tardó en seguirlos. Egidio Monferdin también era uno de los viejos –un hombre de corazón dentro de una capa de hierro: sufrió acusaciones inicuas y resistió en nombre de una ética inflexible–. No tardó en cansarse de vivir él también. Alberto Magnaghi, gravemente enfermo, fue puesto en libertad por motivos de salud y consiguió salvarse. Narró aquella aventura horrible, la suma de enfermedad y prisión, con gran pericia literaria. Pero no podemos permitir que el recuerdo ceda a la tristeza. Había vida también a través de aquellas tragedias: el documento «*Do you remember revolution?*» es un notable ejemplo de inteligencia crítica desbordante. Y la Universidad de Rebibbia: veamos más de cerca cómo, allí dentro, se vivía y se producía. Las jornadas se separaban y se llenaban conforme a figuras regionales. Paolo Pozzi, Francone Tommei y Chicco Funaro constituían un simposio, donde se valoraba el presente y se contaban pasado y futuro con un nerviosismo bien calibrado por la complementariedad de los caracteres –solo Francone mostraba una pasión exorbitante–. Paolo Virno y Lucio Castellano, con algunos romanos más, estaban instalados en otro espacio ideal; Lucio cumplía años el 1 de agosto, como Toni: lo celebraban (por así decirlo) juntos... era lindo, lo recuerdo aún. Lucio era un gran cerebro, poseía una inteligencia poderosa, matemática en la valoración de la evolución social y de la del trabajo como su matriz. Ilustrado e indócil, lo perdimos algo más tarde, después de la salida de prisión. Y luego estaban los solitarios, como Jaro Novack, que no podía estar solo bajo ningún concepto, y se extendía en aventuras amorosas poco

¹³ *Potoppini*, en la jerga propia del periodo, son los militantes de *Potere Operaio*.

creíbles, y Michele Surdi, que tal vez por primera vez vivía rodeado de otras personas y manifestaba continuamente su sorpresa. Fue extraordinario aquel grupo de hombres que pasaba bruscamente de la esperanza al miedo, siempre en busca de pasiones positivas, alegres, que triunfaran sobre el miedo y la incertidumbre. Y luego las rocas: Marione, Emilio, Oreste Strano, Luciano... eran la figura a la que hace referencia la proposición spinoziana sobre la imaginación: «La mente se esfuerza, cuanto puede, en imaginar las cosas que aumentan o favorecen la potencia de obrar del cuerpo, es decir, las cosas que ama». ¡Terminaríamos lográndolo!

71. *Do you remember revolution?*

Durante esos mismos meses, todos juntos, los que eran compañeros como los que no, discutimos sobre la redacción de un documento político de síntesis de las posiciones de los autónomos en prisión, cuya redacción definitiva fue encargada a Paolo Virno:¹⁴

Do you remember revolution?

o. Prefacio

Mirando atrás, reexaminando una vez más con la memoria y la razón los años setenta, al menos de algo estamos seguros: de que la historia del movimiento revolucionario, de la oposición extraparlamentaria y luego de la autonomía no ha sido una historia de marginados y excéntricos, crónica de alucinaciones sectarias, asunto de catacumbas o furor de gueto. Por el contrario, creemos que es realista afirmar que esa historia –de la que una parte se ha convertido en materia procesal– está estrechamente entrelazada con la historia conjunta del país, con los cambios cruciales y las cesuras que la han escandido.

¹⁴ El documento, publicado en *il manifesto* los 20 y 22 de febrero de 1983, fue firmado por Lucio Castellano, Arrigo Cavallina, Mario Dalmaviva, Luciano Ferrari Bravo, Augusto Finzi, Alberto «Chicco» Funaro, Antonio Negri, Paolo Pozzi, Francesco Tommei, Gianni Tranchida, Emilio Vesce, Toni Negri.

Ateniéndonos a este punto de vista (banal en realidad, pero que en estos tiempos resulta temerario e incluso provocativo), planteamos un bloque de hipótesis histórico-políticas sobre la década pasada que van más allá de preocupaciones de defensa judicial inmediata. Las consideraciones que siguen, a menudo en forma de mera exposición de problemas, no están dirigidas a los jueces, hasta ahora interesados solo por la mercancía de los «arrepentidos», sino a todos aquellos que han luchado en los años transcurridos: a los compañeros del 68, a los del 77, a los intelectuales que han «disentido» (¿es así como se dice ahora?), juzgando *racional* la revuelta. Para que intervengan a su vez, rompiendo el círculo vicioso del trauma reprimido y el nuevo conformismo.

Pensamos que ha llegado el momento de volver a afrontar la verdad histórica de los años setenta. Contra los arrepentidos, *la verdad*. Después y contra los arrepentidos, *el juicio político*. Hoy es posible y necesario asumir globalmente la responsabilidad: es uno de los pasos funcionales a la plena afirmación del «postterrorismo» como dimensión propia de la discusión entre nuevos movimientos e instituciones.

Es obvio que no tenemos nada que compartir con el terrorismo; tan obvio como que hemos sido «subversivos». Entre esas dos «obviedades» se juega nuestro proceso. No hay que descartar nada, la voluntad de los jueces de equiparar subversión y terrorismo es conocida, es intensa: emprenderemos con los medios idóneos, técnico-políticos, la batalla defensiva. Pero la reconstrucción histórica de los años setenta no puede desarrollarse convenientemente solo en la sala del Foro Itálico:¹⁵ es necesario que se abra un debate franco y de largo aliento, en paralelo al proceso, entre los sujetos reales que han sido protagonistas de la «gran transformación». Entre otros, este es sobre todo un requisito irrenunciable para hablar en términos adecuados de las tensiones que invaden nuestros años ochenta.

1. *Una característica específica del 68 italiano es la commixión entre fenómenos sociales innovadores y explosivos –típicos en muchos aspectos de una industrialización madura– y el paradigma clásico de la revolución política comunista.*

¹⁵ La llamada Aula-Búnker del tribunal de Roma, donde se celebró el juicio del proceso 7 de abril, instalada desde 1981 en el edificio de la Academia de Esgrima en el complejo romano del Foro Itálico, construido parcialmente por el régimen fascista entre 1927 y 1933.

La crítica radical del trabajo asalariado, su rechazo de masas, es el contenido eminente del movimiento de lucha, la matriz de un antagonismo fuerte y duradero, la «sustancia de cosas esperadas».¹⁶ De ella se nutre la impugnación de los roles y las jerarquías, el igualitarismo salarial, el ataque a la organización del saber social, la tensión para modificar la vida cotidiana: en pocas palabras, la aspiración a una libertad concreta.

En otros países del occidente capitalista (Alemania, EE. UU.), estos mismos impulsos de transformación se desarrollaron como cambio molecular de las relaciones sociales, sin plantear directa e inmediatamente el problema del poder político, de una gestión alternativa del Estado. En Francia y en Italia, a causa de las rigideces institucionales y de la forma bastante simplificada de la regulación del conflicto, el tema del poder, de su «toma», no tardó en volverse preeminente.

En Italia en particular, a pesar de que en muchos aspectos el 68 marcó una nítida discontinuidad respecto a la tradición «trabajista» y estatista del movimiento obrero histórico, el modelo político comunista se injerta de manera vital en el cuerpo de los nuevos movimientos. La extrema polarización del enfrentamiento de clase y la pobreza de un tejido de mediación política (por un lado, las «comisiones internas»; por otra, antes del nacimiento de los entes locales, un Estado del bienestar todavía hipercentralista) favorecen un entrelazamiento efectivo entre la exigencia de más ingresos y más libertad y el objetivo leninista de «destronar la máquina del Estado».

2. Entre el 68 y los primeros años setenta, el problema de la salida política de las luchas estuvo en el orden del día de la izquierda entera, tanto de la «vieja» como de la «nueva».

Tanto el PCI y el sindicato¹⁷ como los grupos extraparlamentarios apuntaban a una modificación drástica de los equilibrios de poder, que profundizara y estabilizara el cambio en las relaciones de fuerza

¹⁶ Referencia a los versos de la *Divina Comedia* de Dante, Paraíso, XXIV, 64: «La fe es la sustancia de las cosas esperadas / y argumento de las que no se ven / y esta me parece a mí su quididad», que a su vez hace referencia a la *Carta a los hebreos* del Nuevo Testamento, XI, 1: «Pero la fe [pistis] es la sustancia [hypostasis] de las cosas esperadas [elpizomenōn]».

¹⁷ Esto es, la CGIL, sindicato vinculado históricamente al PCI.

que ya se había dado en las fábricas y en el mercado de trabajo. Sobre la naturaleza y la cualidad de esa salida de poder –que todos consideraban necesaria y decisiva– hubo una larga y atormentada batalla por la hegemonía en el interior de la izquierda.

Los grupos revolucionarios, *mayoritarios* en las escuelas y en las universidades, pero arraigados también en las fábricas y en los servicios, tenían muy presente que el reciente arranque de transformación había coincidido con una asombrosa ruptura del marco de legalidad anterior; su intención era seguir insistiendo por esa vía, impidiendo una recuperación institucional de los márgenes de poder de mando y de ganancia. La extensión de las luchas a todo el territorio metropolitano y la construcción de formas de contrapoder eran indicados como pasos necesarios para oponerse al chantaje de la crisis económica. Por el contrario, el PCI y el sindicato veían en la salida del gobierno de la centroizquierda y las «reformas estructurales» el resultado natural del 68. Un nuevo «cuadro de compatibilidades» y una red de mediación institucional más compleja y articulada habrían debido garantizar una especie de protagonismo obrero en el relanzamiento del crecimiento económico.

Aunque la polémica más dura se produjo entre organizaciones extraparlamentarias e izquierda histórica, lo cierto sin embargo es que la lucha de ideas para determinar el resultado del movimiento atravesó también horizontalmente ambas agrupaciones. Recordemos aquí, como mero ejemplo, la crítica amendoliana a la FIM turinesa y, en general, al «sindicato del movimiento». O las distintas y a veces tan dispares interpretaciones que las componentes del sindicato unitario hicieron de los nacientes «consejos de zona». Del mismo modo, en el otro lado, no hay más que mencionar la diferencia entre el filón *operaista* y el marxista-leninista.

Sin embargo, la división entre las orientaciones se producía, como hemos dicho, en torno a un problema único y esencial: la traducción en términos de poder político de la conmoción que se produjo en las relaciones sociales a partir del 68.

3. *En los primeros años setenta, los grupos extraparlamentarios plantearon el problema del uso de la fuerza, de la violencia, en absoluta coherencia con la tradición comunista revolucionaria, es decir, juzgando que esta era uno de los instrumentos necesarios para corroer el terreno del poder.*

No había ningún fetichismo del medio violento, al contrario, este estaba rigurosamente subordinado al avance del enfrentamiento de masas; sin embargo, al mismo tiempo se daba una aceptación plena de su pertinencia. Respecto al tejido espeso de la conflictividad social, la cuestión del poder político presentaba una indudable discontinuidad, un carácter no lineal, específico. Después de Avola, después de Corso Traiano, después de Battipaglia,¹⁸ el «monopolio estatal de la fuerza» se presentaba como un obstáculo ineludible, con el que había que medirse sistemáticamente.

Así, pues, desde un punto de vista programático, la ruptura violenta de la legalidad se concibe en términos ofensivos, como manifestación de un poder distinto: consignas como «tomar la ciudad» o «insurrección» sintetizaban esa perspectiva, considerada inevitable aunque no inmediata.

En cambio, desde un punto de vista concreto la organización en el plano de la ilegalidad es algo bastante modesto, con una finalidad exclusivamente defensiva y contingente: defensa de los piquetes, de la ocupación de casas, de las manifestaciones, medidas preventivas de seguridad respecto a una eventual reacción de derechas (que no podía excluirse después de Piazza Fontana).

En resumen: una teoría de ataque, de ruptura, coherente con el *entrelazamiento* entre nuevo sujeto político del 68 y cultura comunista y, por otra parte, realizaciones prácticas mínimas. No obstante, está claro que, después del «bienio rojo» 68-69, para miles y miles de militantes, incluidos los cuadros de base del sindicato, era algo absolutamente de

¹⁸ En el texto de hace referencia a: 1) la Matanza de Avola, que tuvo lugar el 2 de diciembre de 1968 en la localidad siciliana de Avola, cuando la policía disparó sobre una manifestación de trabajadores del campo que bloqueaba una carretera nacional, con el resultado de dos trabajadores muertos y otros 48 heridos; 2) la batalla de Corso Traiano, que tuvo lugar el 3 de julio de 1969 en Turín, cuando una manifestación espontánea de los obreros de FIAT Mirafiori fue bloqueada y reprimida en Corso Traiano, una de las avenidas que rodean las instalaciones de la FIAT. La batalla está narrada en primera persona en la novela de Nanni Balestrini, *Lo queremos todo*, Madrid, Traficantes de Sueños, 2006; 3) la revuelta popular de Battipaglia, localidad de la provincia de Salerno en la región de Campania, que tuvo lugar el 9 de abril de 1969, con motivo del cierre de una fábrica de tabacos y de una refinería de azúcar y el consiguiente desempleo en la localidad. La revuelta se saldó con más de 200 personas heridas (100 de las cuales por herida de bala) como resultado de la represión policial.

sentido común equiparse en el terreno «ilegal», así como discutir públicamente tiempos y modos del impacto con las estructuras represivas del Estado.

4. *En aquellos años, el papel de las primeras organizaciones clandestinas (GAP, BR) es completamente marginal, ajeno a las temáticas del movimiento.*

La clandestinidad, la reclamación obsesiva de la tradición partisana, la referencia al obrero profesional, no tienen nada que ver con la organización de la violencia por parte de las vanguardias de clase y los grupos revolucionarios.

Los GAP, remontándose al antifascismo de la Resistencia y a la tradición comunista de la «doble vía» de los años cincuenta, propugnaban la adopción de medidas preventivas ante la posibilidad de un golpe de Estado que consideraban inminente. Las BR –formadas por la confluencia de los marxistas-leninistas de Trento, de los ex PCI de la Bassa milanese y de los ex FGCI emilianos– buscaron, durante toda la primera fase, simpatías y contactos en la base comunista, no en el movimiento revolucionario. Antifascismo y «lucha armada por las reformas» caracterizaban su labor.

Paradójicamente, precisamente la aceptación de una perspectiva de lucha también ilegal y violenta por parte de las vanguardias comunistas de movimiento hacía absoluta e insalvable la distancia respecto de la clandestinidad y la «lucha armada» como opción estratégica. Los contactos esporádicos, que los hubo, entre «grupos» y primeras organizaciones armadas no atenuaron, sino que, por el contrario, resaltaron *con toda claridad* la incompatibilidad de culturas y líneas políticas.

5. *En los años 73-74 el trasfondo político global sobre el que había crecido durante años el movimiento se rompe en pedazos. En un breve arco de tiempo se producen múltiples rupturas de continuidad, cambian las perspectivas y los comportamientos, se modifican las condiciones mismas en las que tiene lugar el conflicto social. Ese brusco giro se explica en razón de numerosas causas concomitantes e interactivas. La primera consiste en el juicio del PCI sobre el cierre de espacios en el plano internacional, con la consiguiente urgencia de poner en práctica una «salida política» inmediata, en las condiciones dadas. Esto trajo consigo una ruptura,*

destinada a ahondarse, dentro de aquel agrupamiento político-social, variado pero hasta entonces fundamentalmente unitario, que había buscado, después del 68, un puerto de arribo en el terreno del poder que reflejara la radicalidad de las luchas y de sus contenidos transformadores. Una parte de la izquierda (PCI y sindicato confederal) empieza a aproximarse al terreno gubernamental contra amplios estratos del movimiento.

La oposición extraparlamentaria se ve obligada a redefinirse respecto al «compromiso» buscado por el PCI. Y esa redefinición significa crisis y pérdida progresiva de la identidad. De hecho, la lucha por la hegemonía en la izquierda, que en cierta medida había justificado la existencia de los «grupos», parece ahora resuelta por una decisión unilateral, que rompe y separa las perspectivas, poniendo fin a la dialéctica.

En lo sucesivo, el tema de la «salida política», de la gestión alternativa del Estado, se identifica con el repliegue moderado de la política del PCI. A las organizaciones extraparlamentarias que pretenden seguir moviéndose en ese terreno no les queda más que seguir y condicionar la trayectoria del «compromiso», constituyendo su versión «extremista» (recordemos la presentación de listas «revolucionarias» en las elecciones municipales de 1975 y en las generales de 1976). Por el contrario, otros grupos se topan de lleno con los límites de su propia experiencia y, con tiempos más o menos prolongados, van encaminándose a su disolución.

6. En segundo lugar, con los contratos del 72-73, la figura central de las luchas de fábrica, el obrero de la cadena de montaje, agota su papel recompositivo y ofensivo. Da comienzo la reestructuración de la gran empresa.

El recurso a la *cassa integrazione*¹⁹ y la primera revolución parcial de las tecnologías modifican de raíz el orden productivo, limando la incisividad de las anteriores formas de lucha, huelga incluida. Los «grupos homogéneos» y su poder sobre la organización del trabajo se ven

¹⁹ La *Cassa integrazione guadagni* [Fondo de garantía salarial] es una institución italiana creada en 1947, destinada a garantizar el cobro de los salarios de las y los trabajadores dependientes que por motivos ajenos a su voluntad han dejado de trabajar o lo hacen con horarios reducidos.

desbaratados por la reestructuración de la maquinaria y de la jornada de trabajo. La representatividad de los consejos de fábrica y por ende la dialéctica entre «derecha» e «izquierda» en su interior, no tarda en entumecerse.

El poder del obrero de la cadena no queda debilitado por un «ejército de reserva» tan tradicional como fantasmal, es decir, por la competencia de los desempleados. La cuestión estriba en que la reconversión industrial privilegia inversiones en sectores distintos de la producción en masa, volviendo de tal modo *centrales*, cuando antes eran relativamente marginales, otros segmentos de fuerza de trabajo (femenina, juvenil, de elevada escolarización) con menos historia organizativa a sus espaldas. Ahora, el terreno del enfrentamiento atañe cada vez más a los equilibrios globales del mercado de trabajo, del gasto público, de la reproducción proletaria y juvenil, a la distribución de cuotas de renta independientes de la prestación laboral.

7. En tercer lugar, tenemos un cambio en las trayectorias internas de la subjetividad del movimiento, de su «cultura», de su horizonte de proyecto. Dicho en pocas palabras: se consume una ruptura con toda la tradición del movimiento obrero, con la idea misma de «toma del poder», con el objetivo canónico de la «dictadura proletaria», con los fulgores residuales del «socialismo real», con cualquier vocación de gestión.

Todo lo que ya rechinaba en la combinación sesentaiochista entre contenidos innovadores del movimiento y modelo de la revolución política comunista, se separa ahora de la manera más completa. El poder es visto como una realidad extraña y enemiga, de la que hay que defenderse, pero que no hay que conquistar ni derribar, sino reducir, mantener a distancia. La cuestión decisiva es la afirmación de sí mismos como sociedad alternativa, como riqueza de comunicación, de libres capacidades productivas, de formas de vida. Conquistar y gestionar espacios «propios»: esta se vuelve la práctica dominante de los sujetos sociales para los cuales el trabajo asalariado ya no es el lugar fuerte de la socialización, sino un mero «episodio», contingencia, valor negativo.

El movimiento feminista, con su práctica de comunidad y de separación, con su crítica de la política y de los poderes, con su áspera desconfianza de toda representación institucional y «general» de los deseos y las necesidades, con su amor de las diferencias, es emblemático de la

nueva fase. De manera más o menos explícita se inspirarán en él los itinerarios del «proletariado juvenil» a mediados de los años setenta. El propio referéndum sobre el divorcio es un indicio que dice mucho sobre la tendencia a la «autonomía de lo social».

Resulta imposible seguir hablando del «álbum familiar», ni siquiera de una familia pendenciera. La nueva subjetividad de masas es un extraterrestre para el movimiento obrero: los lenguajes y los objetivos ya no se comunican. La categoría misma de «extremismo» ya no explica nada, es más, confunde y enturbia. Se puede ser «extremistas» respecto a algo semejante: pero precisamente esa «semejanza» es lo que viene rápidamente a faltar. Quienes buscan continuidad, quienes llevan muy dentro el «álbum», solo pueden dirigirse al *universo separado* de las «organizaciones combatientes» marxistas-leninistas.

8. *Los tres elementos del golpe de timón que se produjo entre el año 1973 y 1975, pero sobre todo en este último, contribuyen al nacimiento de la «autonomía obrera».*

La «autonomía obrera» se forma contra el proyecto de «compromiso», en respuesta al fracaso de los grupos, más allá del fabriquismo, interactuando conflictivamente con la reestructuración productiva. Pero sobre todo expresa la nueva subjetividad, la riqueza de sus diferencias, su ajenidad a la política formal y a los mecanismos de la representación. No «salida política», sino potencia concreta y articulada de lo social.

En este sentido, el *localismo* es un carácter que define la experiencia autónoma: la profunda distancia respecto de una posible gestión alternativa del Estado excluye una centralización del movimiento. Cada filón particular de la autonomía calca las particularidades concretas de la composición de clase, sin sentir esto como un límite, sino, por el contrario, como una razón de ser. De este modo, resulta literalmente imposible esbozar una historia unitaria de la autonomía romana y de la milanesa, o de la véneta y de la meridional.

9. *Desde 1974 a 1976 se intensifica y se difunde la práctica de la ilegalidad y de la violencia. Pero esa dimensión del antagonismo, desconocida en el periodo anterior, no tiene ninguna finalidad global antiestatal, no prefigura ninguna «ruptura revolucionaria». Este es el aspecto esencial.*

En las metrópolis, la violencia crece en función de una satisfacción inmediata de las necesidades, de la conquista de «espacios» de gestión plenamente independiente, como reacción a los recortes del gasto público.

En 1974, la autorreducción de los transportes, organizada en Turín por el sindicato, relanza con estruendo la «ilegalidad de masas», ya experimentada anteriormente, sobre todo a propósito de los alquileres. Prácticamente en todas partes, y en referencia a todo el abanico del gasto social, se pone en práctica esta forma particular de garantía de los ingresos. Si el sindicato había entendido la autorreducción como gesto simbólico, el movimiento la convierte en una senda material generalizada.

Sin embargo, más aún que la autorreducción, lo que marca un punto de inflexión es la ocupación de casas en San Basilio, en octubre de 1974, ya que presentaba un alto grado de «militarización» espontánea, de defensa de masas en respuesta a la sanguinaria agresión policial. La otra etapa decisiva para el movimiento consiste en las grandes manifestaciones de la primavera de 1975, a raíz de la muerte de Varalli y Zibecchi a manos de fascistas y carabinieri. Los durísimos enfrentamientos de calle son el punto de partida para una secuencia de luchas que atacan las medidas económicas de «austeridad» o, mejor dicho, los que son ya los primeros pasos de la «política de los sacrificios». A lo largo de todo 1975 y 1976 tenemos el paso –que en muchos aspectos es «clásico» en la historia del Estado del bienestar– de la autorreducción a la apropiación: de un comportamiento defensivo respecto de los aumentos continuos de las tarifas a una práctica ofensiva de satisfacción colectiva de las necesidades, que apunta a tumbar los mecanismos de la crisis.

La apropiación –cuya máxima ilustración, en el plano internacional, es la noche del *blackout* neoyorquino– atañe a todos los aspectos de la existencia metropolitana: es «gasto político», ocupación de locales para actividades asociativas libres; es la «tranquila costumbre» del proletariado juvenil de no pagar la entrada en el cine o en los conciertos; es el bloqueo de las horas extraordinarias y la dilatación de las pausas en la fábrica. Pero sobre todo es apropiación del «tiempo de vida», liberación respecto al poder de mando en la fábrica, búsqueda de comunidad.

10. *A mediados de los años setenta se perfilan dos tendencias distintas a la reproducción ampliada de la violencia. Si se quiere, usando un buen esquema aproximativo, dos génesis distintas del impulso a la «militarización del movimiento». La primera es la resistencia hasta el final a la reestructuración productiva en las fábricas grandes y medianas.*

Los protagonistas son muchos cuadros obreros que se formaron políticamente entre 1968 y 1973, decididos a defender, a toda costa, el orden material sobre el que había madurado su fuerza contractual. La reestructuración es vivida como una catástrofe política. Sobre todo los militantes de fábrica, que se habían comprometido a fondo en la experiencia de los «consejos de fábrica», se ven llevados a identificar reestructuración y derrota, una convicción que se ve reforzada por las repetidas cesiones sindicales sobre las condiciones materiales de trabajo. Dejar la fábrica tal y como estaba, para preservar una relación de fuerzas favorable: este es el meollo de esa posición.

Sobre este grumo de problemas y entre las filas de ese personal político-sindical, las Brigadas Rojas, desde 1974-1975 en adelante, cosechan simpatías y logran obtener un cierto grado de arraigo.

11. *Otro filón de ilegalidad –en muchos aspectos diametralmente opuesto al primero– está constituido por los sujetos sociales que son el resultado de la reestructuración, de la descentralización productiva, de la movilidad. Aquí la violencia es generada por la falta de garantías, por las formas triturradas y precarias de la obtención de ingresos, por el impacto inmediato con la dimensión social, territorial, global, del poder de mando capitalista.*

La figura proletaria emergente de la reestructuración choca violentamente con la organización de la metrópolis, con la administración de los flujos de renta, por el autogobierno de la jornada laboral.

Este segundo género de ilegalidad, que a grandes rasgos puede vincularse a la experiencia autónoma, no tiene nunca el carácter de un proyecto orgánico, pero se caracteriza por la coincidencia total entre la forma de la lucha y la consecución del objetivo. Esto trae consigo la ausencia de «estructuras» o «funciones» separadas, específicas, predisuestas al uso de la fuerza.

Salvo que se quiera aceptar el «pasolinismo» como categoría suprema de comprensión política, no se puede dejar de advertir que la violencia difusa del movimiento de aquellos años era un instrumento necesario

de autoidentificación y de afirmación de un sujeto productivo nuevo y potente, nacido del declive de la centralidad de la fábrica y sometido a la presión intensa de la crisis económica.

12. *El movimiento del 77 expresa, en sus rasgos esenciales, la nueva composición de clase, no fenómenos de marginación.*

La «segunda sociedad»²⁰ es o está a punto de convertirse en la «primera», en cuanto a capacidades productivas, inteligencia técnico-científica, riqueza de cooperación. Los nuevos sujetos de las luchas reflejan, o anticipan, la identificación creciente entre proceso de trabajo material y actividad comunicativa, en pocas palabras, la realidad de la fábrica informatizada y del terciario avanzado.

El movimiento es fuerza productiva rica, independiente, conflictiva. La crítica del trabajo asalariado muestra ahora un lado afirmativo, creativo, en forma de «autoempresarialidad» y de gestión parcial desde abajo de los mecanismos del Estado del bienestar.

La «segunda sociedad» que ocupa la escena en el 77 es «asimétrica» respecto al poder estatal: no contraposición frontal, sino elusión, esto es, concretamente, búsqueda de espacios de libertad y de renta en los cuales consolidarse y crecer.

Aquella «asimetría» era un dato precioso, que daba fe de la consistencia de los procesos sociales en curso. Pero exigía tiempo. Tiempo y mediación. Tiempo y negociación.

13. *Por el contrario, la operación de restauración del «compromiso histórico» niega tiempo y espacios al movimiento, vuelve a plantear una simetría contrapositiva entre Estado y luchas.*

²⁰ Recordemos que la noción de «segunda sociedad» fue acuñada por Alberto Asor Rosa en su ensayo *Le due società: ipotesi sulla società italiana*, Turín, Einaudi, 1977. En ella el autor establecía una contraposición entre, por un lado, la clase trabajadora que disfrutaba de los derechos sociales que había conquistado gracias a su organización y a su disciplina, así como los empleados públicos; y, por el otro, lo que denomina la «segunda sociedad» del trabajo precario, informal, de la juventud estudiante con empleos intermitentes, que para el autor constituye una figura de parasitismo y desafiliación respecto a las obligaciones sociales y cívicas.

El movimiento se ve sometido a un espantoso proceso de aceleración, bloqueado en su articulación potencial, con una ausencia total de márgenes de mediación. A diferencia de lo que sucede en otros países europeos, y en particular en Alemania, donde la operación represiva se hace acompañar de formas de contratación con los movimientos y, por lo tanto, no merma su reproducción, el «compromiso histórico» avanza como un martillo pilón, negando legitimidad a todo lo que se le escapa y se opone a la nueva regulación corporativa del conflicto. En Italia, la intención represiva presenta un carácter tan general que se vuelve directamente contra los impulsos sociales espontáneos.

De esta manera, sucede que la adopción sistemática de medidas político-militares por parte gubernamental reintroduce, de modo «exógeno», la necesidad de la lucha política general, a menudo como mera «lucha por la supervivencia», mientras que margina y empuja al gueto las prácticas emancipadoras del movimiento, su densa positividad en el terreno de la calidad de la vida y de la satisfacción de las necesidades.

14. La autonomía obrera queda atenazada entre gueto y enfrentamiento inmediato con el Estado. Su esquizofrenia y luego su derrota tienen su origen en el intento de romper esa tenaza, manteniendo una relación entre, por un lado, riqueza y articulación social del movimiento y, por otro lado, necesidades propias del enfrentamiento antiestatal.

Al cabo de pocos meses el intento se revela imposible, fracasa en ambos frentes. La «aceleración» sin precedentes del 77 hace que la autonomía organizada pierda lentamente los contactos con los sujetos que, sustrayéndose a la lucha política organizada, recorren caminos diversos –a veces «individuales», otras incluso «cogestionarios»– para trabajar menos, vivir mejor, producir libremente. Y, por otra parte, la misma «aceleración» lleva a la autonomía a cortar todo contacto con las pulsiones militaristas, que, presentes dentro del movimiento y de la misma autonomía, no tardan en convertirse en una tendencia separada a la formación de bandas armadas.

La tenaza, en vez de romperse, no hace más que reforzarse. La forma organizativa de la autonomía, su discurso sobre el poder, su concepción de la política se ven fuertemente impugnadas, tanto por el «gueto» como por las posiciones «militaristas».

Sin embargo, hay que decir también que la autonomía paga entonces por todas las debilidades de su propio modelo político-cultural, centrado en el crecimiento lineal del movimiento, en la continua expansión y radicalización. Es un modelo en el que lo viejo y lo nuevo se entrelazan: «viejo» extremismo antiinstitucional y nuevas necesidades emancipadoras. La separación y la «alteridad» que caracterizan a los nuevos sujetos y sus luchas suelen ser leídas por la autonomía como negación de cualquier mediación política, en vez de como respaldo de esta última. El antagonismo inmediato se contrapone a toda interlocución, a toda «negociación», a todo «uso» de las instituciones.

15. *A finales del 77 y durante todo 1978 se multiplican las formaciones organizadas que operan en un terreno específicamente militar, mientras se agrava la crisis de la autonomía organizada.*

A ojos de muchos, la ecuación «*lucha política = lucha armada*» se presenta como la única respuesta realista al cerco que el «compromiso histórico» ha levantado alrededor del movimiento. En una primera fase –conforme a un esquema que se repetirá numerosísimas veces– grupos de militantes, pertenecientes al movimiento, llevan a cabo el llamado «salto de cualidad» de la violencia endémica a la lucha armada, pero concibiendo esa elección y sus duras obligaciones como «articulación» de las luchas, como creación de una especie de «estructura de servicio». Pero una forma de organización específicamente dedicada a la lucha armada se revela estructuralmente carente de homogeneidad respecto de las prácticas del movimiento, no puede dejar de acabar separándose de este más tarde o más temprano.

De esta suerte, sucede que las numerosas siglas de las «organizaciones combatientes», nacidas entre 1977 y 1978, terminan calcando el modelo de las Brigadas Rojas, al que se oponían en un principio, o incluso confluyendo en estas. Los guerrilleros históricos, las Brigadas Rojas, precisamente en tanto que propietarios de una «guerra contra el Estado» completamente desconectada de las dinámicas de movimiento, terminan creciendo parasitariamente sobre las derrotas de la lucha de masas.

En particular, en Roma, a finales de 1977, se lleva a cabo un reclutamiento de grandes proporciones de las Brigadas Rojas entre las filas de un movimiento en crisis. Durante ese año la autonomía se había dado

de bruces contra sus propios graves límites, replicando al militarismo de Estado con una reiterada radicalización de los enfrentamientos de calle, que no permitía consolidar, sino que, por el contrario, dispersaba las potencialidades del movimiento. El cerco represivo y los errores de la autonomía, en Roma y otras ciudades, allanaron el camino para las Brigadas Rojas. Esta última organización, que había criticado con virulencia las luchas del 77, termina, paradójicamente, recogiendo frutos conspicuos en términos de reforzamiento organizativo.

16. *La derrota del movimiento del 77 empieza con el secuestro y el asesinato de Aldo Moro.*

Las Brigadas Rojas, de modo análogo, aunque trágicamente paródico, a lo que había hecho la izquierda histórica a mediados de los años setenta, buscan una «salida política» separada y a expensas del antagonismo social.

La «cultura» de las BR –con sus tribunales, prisiones, prisioneros, juicios– y su práctica de «fracción armada», completamente inherente a la «autonomía de lo político», entra en juego tanto contra los nuevos sujetos sociales como contra el orden institucional.

Con la «operación Moro» se rompe definitivamente la unidad del movimiento, empieza una fase de crepúsculo y de deriva, caracterizada por la *lucha frontal de la autonomía contra el brigadismo*, pero también por el retroceso de amplios sectores proletarios y juveniles. La «emergencia», anunciada a bombo y platillo por el Estado y el PCI, asesta golpes a ciegas, es más, elige lo que ha surgido como algo tan público como «subversivo», como cabeza de turco sobre la cual ejercer en primera instancia su propia destructividad.

De esta manera, la autonomía se ve sometida a un ataque violentísimo, que apunta, por encima de todo, a una política de tierra quemada en las grandes fábricas del Norte. Y así, los «colectivos autónomos» de fábrica son claramente acusados de probable filoterrorismo por parte del sindicato y del PCI, puestos bajo sospecha, denunciados, fichados. Y cuando, precisamente en los días del secuestro de Moro, la autonomía lanza la lucha contra los sábados laborables en la Alfa Romeo, la respuesta de la izquierda histórica es una respuesta «antiterrorista», marcial, demonizadora. Empieza así el proceso de expulsión de las fábricas de la nueva generación de vanguardias de lucha

—proceso que culminará con el despido de los 61 obreros de la FIAT en el otoño de 1980—.

17. *Después de Moro, en el escenario desolado de una sociedad civil militarizada, Estado y BR se enfrentan con una lógica especular.*

Las Brigadas Rojas recorren rápidamente la parábola irreversible que lleva a la lucha armada a convertirse en «terrorismo» en el sentido propio de la palabra: empiezan las campañas de aniquilación. Carabinieri, jueces, funcionarios, directivos de empresa, sindicalistas son asesinados, ahora solo por su «función», como más tarde explicarán los «arrepentidos».

Por otra parte, las redadas contra la autonomía en 1979 han eliminado el único tejido conectivo del movimiento en condiciones de *contrarrestar eficazmente* la lógica terrorista. Así, entre 1979 y 1981, las Brigadas Rojas pueden reclutar por primera vez militantes no solo en las «organizaciones combatientes» menores, sino directamente entre jóvenes y muy jóvenes apenas politizados, cuyo descontento y cuya rabia carecen ahora de toda mediación política y programática.

18. *Los arrepentidos, como fenómeno de masas, son la otra cara del terrorismo, igualmente marcial, igualmente espantosa.*

El *pentitismo*²¹ es la variante extrema del terrorismo, su «reflejo condicionado» pavloviano, el testimonio último de su total ajenidad y su total abstracción respecto al tejido de movimiento. La incompatibilidad entre nuevo sujeto social y lucha armada se manifiesta, de manera perversa y terrible, en las declaraciones pactadas ante el juez.

El *pentitismo* es «lógica de aniquilación» judicial, venganza indiscriminada, celebración de la ausencia de memoria en el preciso momento en que se pone en funcionamiento, de manera perversa y maquinada, una «memoria» individual. Los arrepentidos mienten incluso cuando dicen la «verdad», puesto que unifican lo que está dividido, eliminan las motivaciones y el contexto, reviven los efectos sin las causas, establecen supuestos nexos, interpretan con los ojos de los distintos «teoremas»

²¹ De «*pentito*», arrepentido en italiano.

El *pentitismo* es terrorismo interiorizado en las instituciones. No habrá posterrorismo mientras no haya una superación en paralelo de la cultura del arrepentimiento.

19. *La derrota tajante y definitiva de las organizaciones políticas de movimiento, a finales de los años setenta, no ha coincidido, ni siquiera en parte, con una nueva derrota del sujeto político y productivo que, en el 77, puso en práctica su «ensayo general».*

Este sujeto ha emprendido una larga marcha en los lugares de trabajo, en la organización del saber social, en la «economía alternativa», en los entes locales, en los aparatos administrativos. Se ha extendido avanzando a ras del suelo, rechazando el enfrentamiento político directo, manejándose entre el gueto y la negociación, entre separación y cogestión. Aunque comprimido y viéndose a menudo forzado a la pasividad, constituye hoy más que ayer el problema pendiente de la crisis italiana.

La rearticulación de la jornada laboral y la presión sobre el gasto público; las cuestiones de la protección medioambiental y de las alternativas tecnológicas; la crisis del sistema de partidos y el problema de un nuevo pacto constitucional: detrás de todo esto, y no solo en los recovecos del Informe CENSIS,²² vive intacta la densidad de un sujeto de masas, con sus exigencias de salario, de libertad, de paz.

20. *Después del «compromiso histórico» y después del terrorismo, se trata de nuevo, igual que en el 77, de abrir espacios de mediación que permitan a los movimientos expresarse y crecer.*

Lucha y mediación política. Lucha y negociación con las instituciones. Esta perspectiva –aquí como en Alemania– se torna posible y necesaria no por la timidez y el atraso del conflicto social, sino, por el contrario, por la madurez extrema de sus contenidos.

Contra el militarismo estatal y contra toda nueva propuesta de «lucha armada» (que no tiene versiones «buenas», alternativas al tercerinternacionalismo brigadista, sino que en su conjunto, en cuanto tal, resulta

²² El «Informe CENSIS» es el informe anual elaborado por el Centro Studi Investimenti Sociali, institución fundada en 1964 y dedicada a las tendencias económicas y sociales italianas.

incongruente y hostil a los nuevos movimientos), hay que reanudar y desarrollar el hilo del 77. Una potencia productiva, colectiva e individual, que se sitúa contra y más allá del trabajo asalariado, con la que el Estado ha de lidiar, también en términos administrativos y econométricos, puede ser, al mismo tiempo, separada, antagonista, y capaz de mediación.

72. La hoguera

Como en una pieza de Beckett, el juicio parece que está siempre a punto de empezar, pero no empieza nunca.

8 de junio de 1982: el juicio se anuncia solo para ser aplazado, como todos sabíamos que iba a pasar. Un falso arranque con una escenografía simbólica: en la misma sala, en las mismas jaulas que las BR, para poner en el mismo plano dos historias y dos casos que solo el teorema paranoide de la acusación podía aunar, delante de los flashes y de las cámaras de televisión de cientos de periodistas. Los acusados se niegan a estar presentes para no prestarse a la provocación: en la sala vacía, el presidente Santiapichi, «estudiado», «tenido en cuenta» y «valorado», aplaza a noviembre (y luego al año que viene).

Cada vez que el juicio parece estar a punto de empezar, periodistas y medios de comunicación huelen la sangre y se excitan. Como se había venido abajo la acusación de que Toni había sido el arquitecto del secuestro y asesinato de Moro, llega entonces la acusación, por boca de *l'Unità*, de que había escrito los comunicados brigadistas con su propia máquina de escribir. El propio Toni reaparecía en Praga como agente del KGB o era fotografiado en Argelia junto al tristemente célebre *Carlos*. La tal Claire Sterling le atribuía en un libro —*The Terror Network*—²³ el mismo papel que le suponía Calogero, pero proyectado sobre el plano internacional: ¡y Calogero citaba el libro de Sterling como fuente en uno de sus escritos!

Los periodistas recibieron carta blanca para encarnizarse y no faltaron los que sobresalieron en el ejercicio de una vil maestría

²³ Claire Sterling, *The Terror Network*, Nueva York, Henry & Holt, 1981.

en la falsificación de la historia y en el escarnio de los inocentes, bajo el signo de las uniones sagradas –DC-PCI, *Corriere della Sera-Repubblica*, derecha-izquierda– un ataque promovido y alentado continuamente bajo el mando de Valiani y Pecchioli,²⁴ por hablar de los principales, uno y otro de vieja o reciente filiación estalinista. Sobresalen en este ejercicio –por citar algunos– Ibio Paolucci y Antonio Ferrari. El esquema de la acusación era preciso: había que eliminar toda referencia a las luchas obreras y sociales, así como a la inteligencia crítica. En el juicio había que quemar a la bruja y así eliminar la memoria de los años setenta y triturar la felicidad y la inteligencia que la habían atravesado.

En espera de la quema de la bruja, se queman los libros: Feltrinelli mandó a la trituradora una treintena de libros de Toni y del Instituto de Ciencias Políticas de la Universidad de Padua. La hoguera refulgió y su resplandor iluminó a la clase académica italiana, que aceptó rendirle honores. La hoguera dejó conmocionado a Toni cuando se enteró –mientras esperaba que lo tostaran en el juicio romano–; lo afectó más que otras desventuras en aquel torturado camino de injusticia. No lo insultaba la censura, sino la intolerancia que se había expresado con ese fuego: una mancha infame, que nunca podría ser borrada.

73. Venganza póstuma

Nosotros seguimos con vida, ustedes no: esta constatación respecto al PCI no me hace feliz –¡pero no deja de ser una cuestión de pundonor!–.

Como comunistas que éramos y somos, fue terrible tener en contra al PCI: nos odiaban y querían destruirnos, hicieron todo lo posible para conseguirlo. ¿Con qué fin? Para destruir a quienes habrían podido devolver brío al comunismo en el siglo venidero, a quienes habrían podido bloquear la consunción de una hegemonía construida sobre la Resistencia y las grandes luchas obreras de la posguerra –y luego entregada a la traición–. Pero nuestra destrucción

²⁴ Leo Valiani y Ugo Pecchioli, respectivamente.

fue un episodio, la del Partido fue definitiva. ¿Nos destruyeron? Se suicidaron. En los años sesenta nos había horrorizado la traición de los intereses obreros que habían llevado a cabo los sindicatos y el PCI: habíamos resistido y atenuado los efectos de la traición. Lo que no nos esperábamos, y no queríamos, era que en los años sesenta el PCI llevara tan lejos su ruptura con la clase obrera y las clases proletarias, para terminar adoptando políticas y valores de la socialdemocracia, es decir, del capitalismo. La represión de la *Autonomia* fue una pieza (tan decisiva para una generación) de la inclusión del PCI en la nueva hegemonía liberal. Nosotros recordábamos –y muchos procedían de familias comunistas– el PCI de los Terracini y de los Longo,²⁵ éramos próximos a la sensibilidad ingraiana:²⁶ continuábamos nutriendo las pasiones y el entusiasmo de la lucha antifascista, de las Brigadas Internacionales en España, de la batalla de Stalingrado y de la capitulación de Berlín. Habíamos sido orgánicos o colaterales al PCI de las grandes luchas obreras de la FIAT y de la insurrección de Génova y de Reggio Emilia en 1960. Ahora bien, en 1983 ya no queda nada de todo aquello. El suicidio del PCI estaba llevándose a efecto bajo el manto moralizante de Enrico Berlinguer: tras aquella «cosa» que

²⁵ Umberto Terracini, nacido en 1895 y fundador del PCD'I en 1920, en cuya ala izquierda permanecería hasta la década de 1970. Diputado y vicepresidente de la Asamblea Constituyente italiana que elaboró la Constitución de la República. Luigi Longo, también fundador del PCD'I, nacido en 1900, participa en los primeros congresos de la Internacional Comunista en vida de Lenin, en la que permanecerá como alto funcionario; con el nombre de «Gallo» actúa como comisario político de la XII Brigada internacional en la defensa de Madrid y hasta el final de la Guerra civil española. Preso del régimen fascista hasta 1941, es uno de los dirigentes del Comitato di Liberazione Nazionale y comandante partisano. Tras la instauración de la República italiana tiene posiciones afines a las de Pietro Secchia, críticas respecto a la línea parlamentaria de Palmiro Togliatti. Tras la muerte de este en 1964, es elegido secretario general del PCI hasta que en 1968, como resultado de un ictus, tenga que ceder la secretaría a Enrico Berlinguer, sin que su postura de acercamiento a los estudiantes en revuelta en ese mismo año pueda llevarse a la práctica.

²⁶ Pietro Ingrao, nacido en 1915, ingresa en el PCI en 1940 y participa en la resistencia partisana. Durante décadas representó más que ninguna otra figura el punto de vista más abierto a los movimientos sociales y en particular al largo 68 italiano, agrupando a su alrededor al grupo que más tarde, contra su criterio, daría vida al grupo y posterior diario *il manifesto*, con Rossana Rossanda y Luigi Pintor a la cabeza.

había dejado de ser roja, descubríamos una cara gris, un muro burocrático destinado a triturar el deseo colectivo de libertad e igualdad.

Nos acercábamos al juicio, sabíamos que podían caer cadenas perpetuas: pero pasara lo que pasara, nuestra tarea seguía siendo la lucha por el comunismo. ¿Podíamos salir condenados a la cárcel de por vida? Con ansiosa tranquilidad nos proponíamos repensar el comunismo y la revolución para nuestros hijos. La crítica del socialismo real la habíamos hecho mucho tiempo atrás: no podía sorprendernos que aquella triste República estuviera a punto de derrumbarse, como sucedería pocos años después. Pero sabíamos que ese fin habría de llegar, e intuíamos sus causas cada vez que leíamos las acusaciones que nos dedicaban los periódicos *picisti*, cuando los burócratas y los abogados *picisti* exigían, con argumentaciones frías e hipócritas, cárcel de por vida.

¡Malditos sean los perseguidores de los comunistas!

—¿Pero no te das cuenta, Toni, de que estás escribiendo de nuevo un panfleto furioso, como en los tiempos pasados?

—Tal vez: pero hoy tiene un sabor distinto. No es una invitación a luchar contra ellos, que hoy ya no están. Simplemente, estoy saboreando una palabra, entre burlas y verdades: «venganza». Una venganza póstuma que no tiene nada de resentido, porque va dirigida a los sepultureros de la esperanza comunista, contra los enterradores de un gran partido: nosotros vivimos, ellos están muertos, fin de la historia.

De este modo, producimos otro destello de imaginación para la revolución. Con Apollinaire:

voici le temps

où l'on connaîtra l'avenir

*sans mourir de connaissance*²⁷

²⁷ Del poema «Les collines», de Guillaume Apollinaire, en *Calligrammes. Poèmes de la paix et de la guerre*, París, Mercure de France, 1918: «He aquí el tiempo / en el que conoceremos el porvenir / sin morir de conocimiento».

Segunda parte
Diario de una evasión

4. El juicio

24 de febrero-24 de marzo de 1983

I. 24 de febrero de 1983

Jueves veinticuatro de febrero de milnovecientosochentaytres: dan ganas de recitarlo todo de corrido, como un mantra. Cuatro años después, comienza el juicio que parecía que no iba a comenzar jamás.

Despertar al alba. El cielo aún sigue oscuro antes de ceder al azul del invierno romano, frío cristal. Encadenados unos a otros, bajo el zumbido del helicóptero y el bramido de las órdenes militares, estamos apiñados en el furgón; el gendarme con la ametralladora en la torreta, «pantera llamando a águila respondan aquí cisne», que parece un estribillo de los Squallor,¹ de nuevo en las celdas de la sala búnker, a las 10 finalmente en la sala –jaulas de acero, fotógrafos y cámaras de televisión, *sonrían, sonrían*–.

Il manifesto ha publicado días antes «*Do you remember revolution?*»; en *La Repubblica*, un conocido historiador nos ataca: «Cuando jugaban con la revolución». Interpreta a su gusto nuestras palabras, omite, olvida, deja a medias «por motivos de espacio muchos otros puntos» y termina acusándonos de crear mitos vagos que pueden servir para una cosa y la contraria. También para quienes se dejan el oficio de historiador en el cajón y se prestan al papel anfibio de mitad editorialista, mitad fiscal: reconociendo, con la mejor intención, que «no consigue seguir» el razonamiento. Será que las palabras son consecuencias de las cosas, que para empezar el historiador

¹ Los Squallor fueron una banda de música italiana formada en 1969 por Daniele Pace, Totò Savio, Giancarlo Bigazzi y Alfredo Cerruti, que ejercía de voz solista. Estuvieron muy presentes desde los años setenta italianos con sus composiciones con letras grotescas y satíricas, hasta su disolución en 1994.

no conseguía seguir ni consigue seguir hoy. No consigue, ni él ni otros, comprender que el enfrentamiento, mucho más allá de la separación entre autonomía y terrorismo, se dio entre dos culturas: la sencillez de las necesidades contra el mundo de la política –en cuyo interior Estado y terrorismo son dos caras distintas de la misma moneda–.

Como en un flash reconozco entre el público los rostros de Paola y Rossana, veteranas testigos de la verdad –¿acaso podrá vencer la verdad? ¿Podrá gritarse, esta verdad dañada por cuatro años de prisión preventiva?–. A los compañeros «externos» debemos parecerles como si estuviéramos suspendidos de una realidad distinta, el mismo estado en el que los veo a ellos, que creen en la justicia y albergan esperanzas de reconquistar el tiempo real de la vida: sus esperanzas me parecen como proyectadas en una pantalla lejana que yo, al girarme de repente, descubro como un engaño. Mi realidad no la constituyen las proyecciones estampadas en la pantalla, sino la capacidad de vivir el continuo prisión-juicio: la negativa a identificarme en la ley y en el juicio me da la fuerza de una resistencia, así como concentración intelectual y ética. La suspensión del tiempo es para mí sustitución del tiempo: el ser para la prisión como la única resistencia posible. Mi libertad es más fuerte que toda ilusión: «*Inglan is a bitch / dere's no escapin it*», canta Linton Kwesi Johnson.

Mientras tanto, el presidente Santiapichi y nuestros abogados entran en una riña de argumentos –señales, advertencias: tantean las respectivas fuerzas– pienso que hoy tendríamos que ser juzgados también en Milán: «¡Es la victoria del principio de ubicuidad!», grita Chicco, mi compañero de cadena. En Roma estoy acusado de pertenencia a una banda armada (la *Historia de O.*), en Milán por los delitos que se derivarían de esa banda y probarían su existencia; los jueces decidirán tachar Milán y continuar con Roma: primero la condena (Roma), luego la prueba (Milán). En su defecto: si soy absuelto en Roma, la cárcel me espera de todos modos en Milán, donde la prisión preventiva se dictó más tarde que la romana. Dos juicios, dos prisiones preventivas, dos condenas, dos penas: ¡qué barbarie!

2. Juicio político

¿Qué es un juicio político? No un momento de comprobación de la verdad: más bien, una de las formas en las que se muestra la continua recomposición del equilibrio de poderes. La justicia plantea y organiza su fuerza de exclusión política: en la cercanía del juicio político, todos los poderes recomponen su lealtad recíproca interna y excluyen al distinto –la chusma, el chivo expiatorio–. El juicio político es el acto en el que se formaliza el destierro de la *polis*. Me viene a la memoria la página de *Pipe-line* en la que defino el concepto de exclusión en la figura de la pobreza: el excluido es el pobre, es el *chasseur noir* (como dice Vidal-Naquet), la mujer, el esclavo, el artista, el exiliado.²

¿La totalidad ética que representamos nosotros los acusados puede constituirse en presencia de otra figura –en la irreductibilidad recíproca–? La lógica clásica niega esa copresencia: el poder, nuestro adversario, no puede reconocer en nosotros un valor, so pena de la negación del propio. De Aristóteles a Ricoeur, al que leo en estos días, esa intriga es la esencia de lo trágico: el mero reconocimiento no basta para superar la escisión –como quiere el engaño de la posmodernidad, que cree abolir las jerarquías en una superficie plana–. La intraducibilidad de nuestro lenguaje hará imposible el diálogo. El juicio será un revolcarse de la vida y de sus verdades, una contra la otra, con armas desiguales, como demuestra un retrato benevolente que bosqueja un famoso periodista: «En sus sienes se dejan ver unas pocas canas, viste una buena chaqueta [...] el profesor paduano parece un ser humano encerrado en una jaula. Que es lo que es. Ver personas entre rejas resulta desgarrador».³ Pero luego mete aquí y allá palabras sacadas de otros procesos –truculencias, amenazas, brigadismo, Moro– destinadas a prender en la memoria de los lectores y a comprometer su opinión.

² El historiador Pierre Vidal-Naquet describe y analiza el mito del *chasseur noir* [cazador negro] en *Le chasseur noir: Formes de pensée et formes de société dans le monde grec*, París, La Découverte, 2005.

³ Se trata del artículo de Paolo Guzzanti, «E finalmente arrivò il giorno di Toni Negri e dei suoi amici» publicado en el diario *La Repubblica* el 25 de febrero de 1983.

3. Cansancio

No soy un mal maestro, como ha querido retratarme la prensa. He vivido y vivo un proceso de liberación complicado, continuo, no lineal, orientado a la ruptura de un mundo, de un poder que nos oprime: dudo que pueda hacerlo saltar en pedazos. Yo recorría las hendiduras internas de ese ser, otros buscaban la celda, el boquete en el que colocar la mina. Yo enseñaba a seguir las vetas profundas del ser, no a activar la bomba: porque este mundo no tiene un lugar por el que pueda explotar –hay que hacer que se extinga–. Del mismo modo que no hay justicia o lugar jurídico en el que puedan recomponerse de manera pacificada y servil las articulaciones de vida nueva que se habían liberado.

Absorto y silencioso, me define una joven cronista: yo, profesor e intelectual, estoy estudiando. Años de trabajo, miles de páginas trituradas; pero solo ahora comprendo la máquina en funcionamiento –y, en su centro, el fiscal, la absoluta preeminencia de su papel en el interior del proceso acusatorio, su apremiante estructura, la rígida predeterminación del dato irreversible encarnado por el montón de papeles acumulado en la indagatoria y que el fiscal Marini agita como si fuese la espada del ángel vengador–.

No hay debate entre iguales, así que no hay búsqueda de la verdad: hay una acusación libre en la expresión de su propia fuerza, y un débil derecho a defenderse de ella –derecho público contra derecho subjetivo–. Reticente, el tribunal media la prepotencia de la acusación frente a la vileza de la defensa: se hace garante del curso imparcial del juego del gato con el ratón. El papel del fiscal, un escalón más por encima de los acusados: y, por lo tanto, al mismo nivel que el tribunal. La resolución del conflicto en términos de verdad es pura teoría: en la praxis, la justicia misma se somete a los ritmos de la moda, de la comunicación superficial, de la información comprometedora, de la voluntad política del poder. La acusación misma debe exasperar su propia posición de sobre-determinación institucional. La estructura del Estado y de la justicia se revela en la continuidad del proceso en la prisión, del mismo modo que muestra la prisión como continuidad de lo social: no

hay declaración de verdad que pueda destruir esa inercia del poder –miseria extrema de la verdad–.

Entre tanto, se discute, increíblemente, de indemnizaciones: «No puede ocultarse que la naturaleza y la multiplicidad de los delitos, las finalidades perseguidas, las consecuencias derivadas con incidencia acentuada sobre la articulación misma de las instituciones institucionales son tales que determinan un perjuicio directo e inmediato» para el Estado, «titular del interés protegido en esta sede con la incriminación», es decir, con nuestros supuestos delitos de insurrección y banda armada. Un barroquismo sintáctico apoyado en la hipocresía de la lítote, para decir que el Estado afirma sus propios derechos pecuniarios respecto a hipotéticos daños materiales todavía pendientes de verificación: para remachar que los letrados cordero no tienen con qué fantasear delante del lobo.

También por esto noto que me viene encima un enorme cansancio. Después de cuatro años de detención, que me han impuesto una especie de microclima intelectual y físico, me siento aplastado por este nivel de abstracción política y de tosquedad guerrera. Arrojado a la tormenta, siento a veces que mi capacidad de orientación se confunde, y una especie de agotamiento físico toma la delantera. Pero en ese momento, como una fiera con su instinto de defensa, en mi interior se acentúa el sentido de la inteligencia.

4. Caos

«Por más que personalmente me encuentre en *financial distress*, desde 1849 no me he sentido tan *cosy* como con este *outbreak*». En 1857, el *New York Daily Tribune* había reducido a la mitad los honorarios del pobre Marx: los zarpazos de la crisis que estalló en Estados Unidos lo alcanzaban también a él. Esta crisis no será «maravillosa» –no tengo la impresión de que se la pueda calificar así–, pero lo cierto es que, entre el avance de las derechas en Francia y Alemania y el caos monetario, la crisis enloquece: el SME vacila,

el dólar huye hacia adelante.⁴ El ciclo abierto en 1971 por el desacomplamiento del dólar respecto al oro se ha cerrado (habrá que ponerse de nuevo a estudiar): la negativa de México y Brasil a pagar la deuda internacional ha puesto a todos a temblar. Mientras Europa corre el riesgo de pagar el precio más alto, los movimientos están ausentes; la única novedad son los Verdes alemanes, y con ellos una generación que, destruida en Italia por la represión y el terrorismo, allí se recuperó para dirigir las luchas por la vivienda y por el medio ambiente: en la vieja naturaleza se mueve un nuevo animal fuerte y generoso, capaz de conjugar la resistencia contra la destrucción de los viejos principios con la construcción de nuevos valores de comunidad.

En nuestro país, el caos penetra en la estructura del Estado: enfrentamientos entre CSM⁵ y la Fiscalía de Roma, Gallucci en el ojo del huracán.⁶ Luciano sostiene, con la sabiduría que le es inherente y con la apropiada ironía, que nuestro deseo será ver pasar los cadáveres de nuestros enemigos en el gran río de la historia.

5. Razón cínica

El derecho se revela como aquello que Benedetto Croce, apologeta de su propia clase, quería que fuese: instrumento técnico de poder de mando, y ordenamiento ético adecuado a la clase que ejerce ese mando. Lo comprendo cuando Alberto Magnaghi, leyendo un documento al que damos, por boca de Luciano, nuestra aprobación, pide

⁴ El SME era el Sistema Monetario Europeo, un mecanismo de regulación de las monedas de los principales países de la Comunidad Económica Europea, instaurado en 1979. El objetivo era crear una zona de estabilidad monetaria entre las monedas de los países miembros, mediante el control de los tipos de cambios e intervenciones en los mercados de divisas.

⁵ Consejo Superior de la Magistratura, órgano superior de autogobierno de la judicatura italiana.

⁶ Achille Gallucci era el fiscal general de Roma, que se enfrentó al CSM en marzo de 1983 con motivo del tratamiento fiscal de los acusados por pertenencia a la Logia ultraderechista P2, encabezada por Licio Gelli, que contaba con numerosos magistrados en sus filas. Mientras el CSM daba pasos para el procesamiento de varios magistrados, Gallucci obraba en sentido contrario.

al Tribunal que los interrogatorios estén precedidos de un debate específico en el que se discutan los delitos asociativos, toda vez que «la Organización con «O» mayúscula que nos es imputada no existe y que solo eso nos une», mientras que en el interior del proceso «las metodologías sumariales y las decisiones de derecho sustancial resultan en buena medida irrepreensibles». Una historia brechtiana, un poco de técnica jurídica, oportunas llamadas a artículos de ley y sobre todo a sentencias del Tribunal Constitucional, en el documento de Magnaghi y en las reflexiones de Ferrari Bravo; a las que el tribunal, después de abstenerse de responder, replica finalmente restregándonos por la cara la cruda realidad: el derecho es nuestro, los procedimientos también, los únicos que tienen derecho a sacar conclusiones somos nosotros. El poder es una cosa –es cosa suya–. Lo veo en mi entrevista, que hoy 20 de marzo publica Montanelli en *Il Giornale* (medio de comunicación del poder ejemplar: una alcoba en la que manipular la cosa). Acompañándola de un comentario afable contra la detención preventiva, banalizando mi protesta convertida en nota marginal de su protesta garantista, en oropel de la cosa. En esta Gomorra del delito, Montanelli sabe muy bien que de vez en cuando hay que hacerle algún regalo a la prostituta: vulgaridad del poder, que aún hoy no deja de sorprenderme. La *Crítica de la razón cínica* de Sloterdijk, que leo en este periodo, me sugiere un proyecto de investigación aún por profundizar.

Pero esa crítica exige no solo el extremismo ilustrado de mi protesta, sino la astucia sensible y sensual, femenina, que veo en la inteligencia de Sylvie: una inteligencia en acto, nutrida por una fuerte crítica de liberación femenina y una insinuante comprensión del hecho, que en primer lugar asume y, casi como si lo acariciara, comprende –y luego, una vez que lo ha poseído, lo disgrega y lo disuelve, para destruir la apariencia de toda figura consolidada del poder–. Querría que estuvieras aquí, Sylvie, como estuviste en muchos días de mi prisión, para explicarme cómo no he de aceptar el plan de enfrentamiento y destrucción que me viene impuesto: solo una independencia basada en el amor y en la sensibilidad inteligente puede permitirme sobrevivir, buscar libertad. Búsqueda femenina del conocimiento en el amor y en la práctica de disolución

crítica de los vínculos de dependencia; exclusión de todo conocimiento basado en el poder, así como de toda otra función cognoscitiva que haga del poder la razón de su propia legitimidad.

En cualquier caso, incluso una sola burla compensa frente a la canallada de Montanelli.

6. Hombrecito

«Puesto que hay que rehacer el sumario, otra vía consiste en desarrollar el sumario que falta durante la vista. No tenemos nada que temer: tenemos intención de defendernos, pero dentro de los límites de las acusaciones que pesan sobre nosotros». Así rezaba nuestro documento, leído por Luciano, que el tribunal rechazó, dando la razón al fiscal Marini –pero sobre todo a Fausto Tarsitano, abogado de la parte civil, que ha intervenido hoy–. Escuchando sus palabras, duras como piedras contra nosotros, he vuelto a recordar todo el bagaje político del juicio.

Pequeño funcionario del PCI, abogado modesto pero asiduo frequentador de las cancillerías, exabogado defensor de Fioroni –¿con qué coherencia, salvo la del apuntador y mentor, sostiene la parte civil apoyándose en un testigo del que ha sido defensor?–. Tuve la ocasión de conocerlo años atrás, cuando, por encargo del partido, frecuentaba el movimiento: ahora se ha arrepentido y lo niega como un cobarde. Después de haber contribuido a aunar la insipiente política con la traición de los principios, en una operación liberticida que ha obstruido el camino del movimiento con miles de detenciones políticas, clausurando toda dialéctica política y toda esperanza de transformación, hoy Tarsitano toma la palabra para disertar en una jerga forense sobre nuestra prisión, como contrapunto de su derrota política y de la de su partido. Ha perdido la seguridad de cuando, al comienzo de nuestra historia judicial, aportaba los primeros arrepentidos que canjeaban la libertad por mentiras: el fuego sagrado de su orgullo estaliniano se ha tornado en turbio resentimiento. Mientras continúa hablando, me dejo llevar por el recuerdo de la ingenuidad sectaria con la que pequeños y grandes Tarsitanos creían que poseían las cosas y manejaban el

poder, utilizando espacios de ilegalidad jurídica y estereotipos políticos que les ponían en bandeja las leyes especiales para reprimir a las vanguardias, y luego a las luchas, llegando hasta el interior de las fábricas y los barrios. Viéndolo ahora, emblema y enseña de la historia del *comunismo all'italiana*, pienso que la infamia no se sale con la suya, que la mala política destierra a la buena: los carnets de partido hechos trizas, la crisis de los cuadros, el descalabro electoral, la decrepitud de la clase dirigente del Partido.

7. Un mundo al revés

El reglamento nos permite cenar juntos si no somos más de ocho –y ocho éramos esta noche–: como siempre, el placer de la discusión fuerte, de la vida, de la investigación, que vence a las dificultades de la prisión. Una comunidad de intelectuales, de profesión o por obligación, que poseen humanidad y pasiones, pero también saben gozar de la abstracción del concepto: paradoja extrema de nuestra existencia comunitaria, que cobra mayor fuerza cuanto más «política» es, esto es, cuanto más capaz es de mediación entre vocación y potencia –*Politik als Beruf*–. Dentro de la casualidad de las innumerables opciones acusatorias, no somos el producto de ninguna astucia de la razón, sino del azar lucreciano de la caída de los átomos: en cuyo interior hemos llevado a cabo el *clinamen* comunitario. Por eso amo a mis compañeros con un amor que es más que físico: con el cerebro acaricio el cerebro de cada compañero que tengo ante mí.

Y entonces la abstracción del pensamiento se hace distracción irónica: imagino a los acusados en el puesto de los acusadores. Emilio, presidente del tribunal, obligaría a confesar a Santiapichi sirviéndose tan solo de su humanidad; Franco, fiscal, sería capaz de mostrar la irracionalidad paradójica del mecanismo de la acusación, abochornando a Marini; Luciano, abogado del Estado, después de haber demostrado con su propia ciencia el derecho a la oposición, propondría la irónica absolución de Tarsitano y del juez adjunto Abbate; como periodistas, Chicco y Paolino escribirían sobre el juicio como lo que es –una farsa–, pero serían también capaces,

en el supuesto de que apareciera un solo momento de verdad, de ponerlo en juego como signo de una conciencia sincera; en el servicio de orden, Oreste Strano, destaparía los orígenes deportivos y rituales de la justicia –y entonces el campo de juego podría realmente sustituir a la prisión (¡enorme carcajada!)–; como abogado, Paolo argumentaría sobre lo posible como lugar de subversión.

Mientras estábamos con el juego, Marione dibujaba...

8. Rebibbia y Recanati

Estoy febril: me paso el día estudiando a Leopardi. ¿Cómo no sentir, con toda su fuerza, las analogías con la condición personal, la situación histórica, la crisis metafísica del poeta? La prisión de Recanati y la miseria de la provincia italiana; la derrota de la revolución, la disgregación y la falta de cualquier centro de producción cultural en Italia; la voz poética que, en la soledad, es la única que permite vivir una tragedia ética desatada: ahora todo esto se constituye en voluntad de fuga, vive sobre las cenizas del jacobinismo una nueva propuesta de libertad, construye un arma contra la subordinación a lo inerte.

Las interpretaciones de «izquierda» de Luporini y Binni no me convencen: la fuga que Leopardi construye sobre el desencanto del progreso no llega ni al esteticismo ni a la utopía, sino que corre hacia infinitos mundos posibles. La voz leopardiana construye la alteridad como nueva posibilidad de la existencia: el pensamiento se bifurca entre la catástrofe y la posibilidad originaria del ser que se propone como libertad.

Quien huye no es progresista –es libertario–.

9. Los seres humanos y los que no lo son

Ironía del orden alfabético: el primer acusado interrogado es Cecco Bellosi; el segundo, Mauro Borromeo.

Cecco se muestra digno y fuerte en la reivindicación de su propia historia –no escatima palabras duras ni siquiera para nosotros: una

franqueza que lo define íntegramente—. Su 68, la militancia en los primeros setenta en *Potere Operaio*; Santiapichi tiende trampas, que Cecco evita: «Solo por motivos éticos respondo sobre Fioroni: era un megalómano». Y no, nunca ha oído hablar de los niveles ocultos de los que habla la acusación.

Borromeo es el primer arrepentido: entra cabizbajo sin tener el valor de mirarnos a la cara, y lo primero que hace es presentar una queja porque todo lo que ha soltado no le ha valido la excarcelación: «Si no tuviera confianza, pensaría que mi privación de libertad ha sido una maniobra para presionarme...». Santiapichi lo interrumpe: «Este tribunal no tiene nada que ver con las órdenes de detención». ¿Pero no era eso lo que quería? ¡Entonces que asuma las consecuencias!

El interrogatorio es un espectáculo de variedades. Santiapichi se cabrea, pretende que ha habido reconocimientos de culpabilidad, recuerda enfurecido el precio convenido; Borromeo repite al pie de la letra el contenido de los interrogatorios, incapaz de contar o recordar lo que no sabe, y que se pretende que sepa o que se invente: se pasa de listo haciéndose pasar por tonto, como un nuevo Bertoldo.⁷ ¿O acaso simula un desteñido drama de la conciencia en el alma del vendido que trata de reconquistar una apariencia de dignidad?

Mientras Borromeo balbucea —«entré en la *autonomía* para romper la monotonía de una vida en la que lo único que hacía era trabajar», refrito de baja calidad de la *Storia di un impiegato*,⁸ pero con el final escrito por los carceleros—, desde el desierto de los Tártaros de la platea se elevan gritos: un agente de la DIGOS ha ordenado a Paola, que tal vez tenía los pies apoyados sobre el asiento de delante, que «se comporte correctamente»; Paola responde mandando a la mierda al insulso.

⁷ Bertoldo es un personaje del cuento del mismo nombre escrito por Giulio Cesare Croce y publicado en 1621. Bertoldo es un campesino que bajo su rusticidad demuestra una inteligencia que lo lleva a convertirse en consejero real en el reino de los Longobardos en Verona.

⁸ *Storia di un impiegato* es un álbum musical de Fabrizio di André, publicado en 1973. En él, un empleado despolitizado decide dedicarse a una militancia individual después de escuchar un canto del Mayo del 68 francés.

Mientras tanto, deshojamos la margarita: canta, no canta, canta, no canta... Al final, Borromeo decide no cantar.

10. El enredo del juicio

Artículo de fondo de Rossana Rossanda en *il manifesto*: hay que subir la vara, imponer la sustancia política que el tribunal trata de ocultar –de lo contrario el juicio no sirve–. Tiene razón: el perfil bajo del lío procesal que han desarrollado hasta ahora hace que nuestras historias se deslicen por la pendiente de la banalidad. Solo produciendo una fuerte iniciativa política podemos romper ese enredo, torciendo el mecanismo acusatorio. Que apunta a ocultar la operación con la que ha atrapado –la verosimilitud de la cosa es lo de menos– un movimiento subversivo y, mediante un acto de imperio, lo ha desfigurado en un proceso de exhibición del crimen y de restauración de la ley. Vuelve a mi recuerdo Opocher, mi viejo maestro: «El tiempo de la verdad procesal, el del delito y el de su determinación procesal se identifican; el tiempo histórico del hecho tiene que ser conducido al tiempo del juicio, a la inmovilidad y a la fijación, a la contemplación abstracta». Pero cuando han pasado diez años de transformación de lo real, ¿cómo verificar la transformación? ¿Cuando la máquina funciona como retroversión coactiva del imaginario actual sobre un mundo pasado, cuando la determinación procesal es reducción del hecho a la imagen del crimen, a través de la infamia del arrepentido? Aquí –*Alas, poor Opocher!*– la reconstrucción del hecho es decisión *contra* el hecho histórico: mal que les pese a los formalistas como Kelsen y Bobbio, que han barnizado el cinismo de racionalismo, la comprobación de la verdad es cualquier cosa menos una operación lógica. Y el momento del juicio penal, que quiere presentarse como una síntesis libre entre convencimiento del juez y estructura normativa –en virtud de una ciencia penal que oscila entre ser una filosofía de la analogía universal o una variante de la estadística– y aspiraría a ser prácticamente una operación lúdica, mientras que, por el contrario, es una operación sucia, prevaricante: un abandono a lo arbitrario y a la desestructuración del sujeto y de los acontecimientos.

¿Qué hacer? La opción del juicio-guerrilla ha sido –con razón– derrotada: porque en su torpeza sectaria se empeñaba en contraponer poderes distintos en vez de normatividades. En cambio, aquí se trata de desenmascarar la dimensión represiva de la formación del proceso, de reconstruir la verdad de nuestra historia, y contraponer a ello un esquema de juicio abierto, alternativo a la libertad subjetiva del juez, que no diga la justicia de la ley, exigiendo su correcta utilización –como sueñan los garantistas–, sino la justicia de nuestras luchas.

II. Arrepentidos

Nueva oleada de arrepentidos, otra vez días enteros dedicados a leer las actas de interrogatorios que abonan las construcciones acusatorias más fantasiosas –pero no es ese el problema–.

¿Por qué esta hemorragia de arrepentidos? El arrepentido es el que rompe la lealtad de grupo, los valores que la constituyen; y esa rotura no solo se lleva a cabo en el plano moral, sino sobre todo en el jurídico: el arrepentido tiene que acusar para ser valorado como tal, sabiendo que, cuanto más se acerca a la libertad, más personas habrá enviado a prisión.

Por un lado, el juez y el sistema jurídico; por el otro, el arrepentido y el sistema de la lealtad social: la reducción del derecho a trueque conoce dos actores. Pero la práctica del arrepentimiento obedece a condiciones de equilibrio del mercado social solo si es acorde a una sociedad de corporaciones, cuyas rigideces son reguladas a través de normas transitivas y convenciones –ya no se trata de la transcendencia de la ley, sino de procedimientos jurídicos de transacción–. El derecho de contratos posmoderno identifica las razones propias en la necesidad de regular la relación entre rigideces *colectivas*: es reglamentación social por antonomasia, a través de razones o medios colectivos. Salvo que en la legislación sobre el arrepentimiento las reglas del nuevo derecho quedan banalizadas como un regateo individual: no un trueque legal entre poderes y contrapoderes, sino venta de indulgencias. La introducción de normas individuales de favor desenmascara el reformismo jurídico,

obligando a los jueces que las aplican a una acción fraudulenta respecto de los propios fines y la teleología del nuevo ordenamiento.

De este modo, la relación entre sistema jurídico y sistema social se ve negada por una doble barbarie que, por un lado, destruye el viejo derecho (que incidía sobre la individualidad en razón de sus propias generalidad y abstracción); y, por otro lado, cancela la posibilidad de construir nuevo derecho sobre reglas de adecuación que presupongan una relación entre unidades colectivas.

El juez que construye el arrepentido –endosándole esa categoría jurídica para poder premiarlo– lleva las de ganar, porque se comporta como un *dealer*: la inmoralidad de su gesto responde a una exigencia del adicto –pero aquí es donde la subjetividad, la verdad del arrepentido, es inevitablemente falsa–. Por cierto: la gran mayoría de los arrepentidos procede del ala militarista del movimiento. Lo que significa que su participación en el grupo se ha visto determinada más por una estimación de la eficacia de tiro y por adecuación de la acción a la conquista del poder (el mitológico «corazón del Estado») que por la adhesión a un proyecto colectivo de transformación. En su mayoría, el terrorista-arrepentido forma parte de la familia política tradicional, no de la nueva raza de sujetos revolucionarios: su cinismo es homólogo al del político que ha hecho las leyes y al del juez que las aplica. La causa de la hemorragia de arrepentidos no es la derrota del terrorismo, sino la victoria de este sobre las tendencias autónomas y comunistas del movimiento.

12. *Alice in Wonderland*

Mis acusadores Santiapichi, Abbate, Marini: cultura mediocre, con fuertes resonancias veteronacionales (un Croce más refrito que interiorizado) y un modesto barniz de modernización; politización moderada con simpatías por el unanimismo del compromiso; exhibicionismo, frialdad administrativa, redundancias burocráticas y algún que otro arranque paranoico –el lápiz de Abbate recuerda mucho a las bolas de Humphrey Bogart en *El motín del Caine*–. Sus orígenes de clase hunden sus raíces en el humus de la pequeña burguesía burocrática o en la prepotencia de la burguesía agraria. Y, sobre todo, ausencia

de libertad en la inteligencia: nunca un comportamiento imprevisto. En su mediocridad, estos magistrados ni siquiera saben de qué se está hablando. Ante las palabras precisas, con algunos puntos fuertes, de Lucio Castellano, Santiapichi trata en vano de aferrar una materia que le es ajena mediante preguntas «lo más específicas que sea posible» de las que no saca nada en limpio –buscan en vano al director individual de las insubordinaciones colectivas, al «pulpo» del que surgirían los distintos tentáculos del terror–. Santiapichi, informado por los arrepentidos, habla de atracos para financiar *Metropoli*; Lucio replica pidiendo que se añadan a las actas del proceso los libros de cuentas de la revista, cuya existencia ignoraban los jueces; la Abogacía del Estado es capaz de hacer preguntas tan genéricas que Santiapichi considera improcedentes tres de cada cuatro; Marini y Abbate se aferran a la definición de servicio de orden para regresar a la «banda armada».

Marione reconstruye la verdad «otra» del «partido de Mirafiori»: una historia de luchas difusas, de construcción espontánea de movimiento, de alegría de vivir y voluntad de luchar. Los fiscales, con las listas de arrepentidos en la mano, le responden que de ese movimiento han surgido terroristas: para ellos el único nexo concebible es el de la rígida causalidad. Dalmaviva concluye pidiendo el careo, que le ha sido denegado hasta ahora, con los arrepentidos en la sala:

He oído a menudo al tribunal apelar a los hechos y afirmar su intención de rechazar las palabras. Pues bien, entonces tengo que recordarles que ni durante los dos años de instrucción, ni en los dos sucesivos que la han separado de esta vista, se me han atribuido en ningún momento hechos específicos. Sin embargo, también en este juicio, en relación con la misteriosa organización de la que se nos acusa, hay cargos relativos a hechos específicos.

La distancia entre nuestro lenguaje y el suyo es la misma que existe entre nuestra fría sencillez y su cinismo servil.

Lucio y Marione mantienen el perfil alto que exige nuestra batalla, mientras que el odre del planteo calogeriano se llena del vino picado de los arrepentidos, elaborado en el proceso de Milán –del que hemos sido excluidos– y trasvasado aquí. Primero la culpabilidad, y luego las pruebas –«la ejecución primero, la condena después»: no Kafka, sino *Alice in Wonderland*–.

13. ¿Candidatura?

Habrán elecciones generales anticipadas: discusiones con los compañeros sobre mi posible candidatura. Rossana me comunica sus dudas al respecto: en su pesimismo de la razón, alberga más esperanzas sobre el juicio que yo. Discutiendo juntos largo y tendido, empiezo a conocerla mejor: tiene un placer de la libertad, de la liberación proletaria, un odio a prisiones y juicios que es propio de los viejos comunistas. Rossana es una mujer bellísima, su sonrisa me consuela. Al final está de acuerdo en que hay que intentarlo, pero tiene muchas sospechas sobre las personas y las fuerzas que me proponen la candidatura. Empiezo a sentirme enredado en un discurso que no es el mío: pero lo cierto es que esa candidatura es mi única *chance* de libertad –tal vez la única posibilidad de arrebatar el juicio a su inercia letal–.

Viene a visitarme Marco Pannella. Está preparando el congreso de su partido y me dice que propondrá que los radicales no se presenten a las elecciones. Tomo nota. A Marco lo conozco de toda la vida. Desde los tiempos de la UNURI.⁹ Después, una vez me topé de repente con él, en el boulevard Saint-Germain, bajo el Diderot, y le pasé una valija de los *réseaux* argelinos: ¡en aquel entonces seguramente no era no violento! Entre nosotros subyace una especie de hermandad generacional. Aprecio algunos momentos de su política, en un primer momento me siento fascinado por cómo la hace y atraído negativamente por su superficialidad en la aproximación a los problemas. Un gran proyecto genera, en la relación con fuerzas diminutas, si no comicidad, sí al menos una paradoja irreverente: Gulliver y los liliputienses. Me gusta escucharlo, pero me resulta prácticamente imposible establecer un diálogo. Él es muy atento y busca en la discusión (si queremos llamarla así, pero lo cierto es que a pesar de todo es una discusión aunque solo hable él) un *feeling* de diálogo. De todos modos, me deja claro que estaría bien que un compañero del 7 de abril figurara en sus listas electorales.

⁹ La Unione Nazionale Universitaria Rappresentativa italiana, órgano representativo oficial de los estudiantes universitarios italianos desde 1948 hasta 1968.

Insiste también al mismo tiempo en el hecho de que el Partido propondrá como línea electoral la abstención. ¿Qué significa esto? ¿Un destello de libertad que se extingue de inmediato? ¿Por qué semejante lío?

14. Chicco

Chicco muestra al tribunal qué es *otro* movimiento, *otra* conciencia, con su inteligencia y una notable capacidad de concretar datos históricos y conceptuales.

Las calles milanesas del 77 y nosotros que, lejos de distribuir armas –«Falso: es típico del arrepentido Barbone transformar sus comportamientos de entonces en acusaciones dirigidas a otros»–, producíamos propuesta política y organización de un proyecto: la esperanza circulaba en nuestro entorno, los sentimientos y el discurso político eran fuertes.

Quando nos fuimos de los grupos no nos planteábamos el problema de crear un organismo distinto, sino el de cómo estar dentro de la realidad en curso. Se estaba produciendo una revolución copernicana en la vida política; los grupos actuaban con una lógica de partido, trataban de dirigir, de afiliar; nosotros seguimos el camino opuesto: nos acercamos a los organismos autónomos tratando de hacer política juntos.

El furor de los barrios proletarios, de los jóvenes proletarios, de los desempleados, del movimiento feminista, de los intelectuales pobres: los mil riachuelos difusos de organización. Pero también la intervención de algunos compañeros, entre los cuales estaban él mismo y Franco Tommei, para evitar un enfrentamiento armado con las fuerzas del orden armadas con carabinas –y el infame era de los que querían el enfrentamiento: «la verdad es que llevábamos años teniendo un debate político duro y Barbone era precisamente uno de los que abogaba por la línea militarista»–. Provocación de Tarsitano: pide que se llame a declarar a un arrepentido que está dispuesto a afirmar que Funaro enseñó a fabricar bombas a unos estudiantes –«el abogado se equivoca, salta Chicco, en este juicio no se habla de bombas»–.

Chicco es un compañero admirable, un verdadero revolucionario: su imaginación dota de realismo y humanidad una realidad *otra* que el poder no es capaz de concebir salvo como crimen.

15. Luciano

Luciano en el banquillo se muestra de una pieza: con su lúcida inteligencia, su ética insolente, su frialdad jurídica. Resiste con ironía a la máquina acusatoria que en su caso, en la absoluta inexistencia de pruebas y confirmaciones, alcanza el ápice de la arrogancia. Ha sufrido las peores prisiones –empezando por las cuevas de Favignana–, el matadero de Trani; ha recorrido Italia de arriba abajo: no le han perdonado ni una, convencidos de que el refinado estudioso sería el primero en venirse abajo. No podían estar más errados: en nadie mejor que en él se muestra en acción la resistencia moral al abuso que se constituye como un saber otro, simple e inalcanzable para el juez.

«Usted, profesor, es la persona adecuada para explicar lo que son la autonomía y el movimiento», empieza un Santiapichi melifluido, «puesto que, a causa de la actitud de los acusados, hasta ahora no ha sido posible reconstruirlo». Y Luciano, sin dejarse distraer o despistar nunca por las elucubraciones o las carpetas de la acusación –frases sacadas de artículos, palabras picoteadas aquí y allá en las agendas, cartas personales al monstruo, es decir, a mí– devuelve a la acusación la responsabilidad moral del terrorismo que tratan de echarnos encima: la responsabilidad es de quienes «no entendieron las nuevas necesidades que estaban dentro del movimiento del 77, de quienes avalaron la operación judicial que nos condujo a prisión», cancelando la posibilidad de una solución política. Moro y Tobagi han sido dos crímenes organizados contra la continuidad de las luchas del movimiento que reivindicamos:¹⁰

¹⁰ Walter Tobagi era un periodista y escritor italiano, nacido en 1947. Desarrolló su carrera en la ciudad de Milán, sobre todo en el *Corriere della Sera* y en libros y monografías. Estaba especializado en los movimientos políticos nacidos con el largo 68 italiano. Con la aparición de los grupos armados, sobre todo de Prima Linea y los pequeños

No quiero sostener que en el área de la autonomía era todo color de rosa, antes al contrario: en él se expresaba un alto grado de violencia. Pero hay que responder políticamente, comprender: pienso que no es casual que solo después de nuestra detención, en 1980, se creó en el Véneto la columna de las Brigadas Rojas.

La excavación de una verdad alternativa y de un deseo de vida irreductible es algo que Luciano ha perseguido con rigor: la maldad carcelaria y la del proceso no han hecho mella en él; la persecución lo ha vuelto moralmente invencible. Su heroísmo es sonriente y encantador: un hombre para un tiempo por venir.

16. Gianni

«He tenido la tentación de arrepentirme, es decir, de confesar falsedades, con tal de salir de prisión»: Gianni Sbrogiò lleva casi cuatro años en prisión. Las acusaciones eran meros pretextos, él no tiene absolutamente nada que ver con esas historias infames: sin embargo, todos los arrepentidos de determinada zona lo sacan a colación. Uno lo acusa, a él, técnico de fábrica en Marghera, de haber sido el cerebro de un atraco que nunca tuvo lugar: Gianni demuestra que las modalidades de pago eran distintas de las citadas y subraya que la fábrica «me ha guardado en todo momento el puesto y los obreros han hecho siempre colectas por mí» –la auto-defensa de Gianni es un acta de acusación–.

En el mismo día se ha presentado en Roma en una librería un libro de ensayos escritos por amigos y compañeros sobre nuestro caso, *La creatura e il pleroma*: en el debate se remachó cómo la legislación de emergencia ya ha acostumbrado a la opinión pública a los macroprocesos, en los que las responsabilidades individuales

grupos armados milaneses nacidos tras el final de la experiencia de *Autonomia*, Tobagi se dedica a buscar conexiones entre el fenómeno del terrorismo difuso y las batallas políticas y económicas de la burguesía milanesa. Fue asesinado al salir de su domicilio el 28 de mayo de 1980 por la Brigada XVIII de marzo, grupúsculo armado encabezado por Marco Barbone, joven salido de la burguesía milanesa que se arrepentirá de inmediato tras su detención en octubre del mismo año.

quedan uniformadas por los delitos de asociación, mientras que la comprobación de las responsabilidades particulares deja paso a los juicios contra el «complot».

Mientras tanto, en Milán, Corrado Alunni¹¹ ha afirmado con rotundidad que Rosso no era una banda armada, algo que ha confirmado otro juicio en Bolonia.

17. Emilio

Toni, recordarás aquel día del 68 delante de aquella pequeña fábrica de Padua. Nuestra fiesta y nuestro destino empezaron allí. Nosotros queríamos llegar al piquete obrero, pero la policía nos dijo: quietos, esta línea no se puede cruzar. La cruzamos, la cruzaste con la conciencia del acto irrevocable: cedieron ellos. Ese día me vi arrebatado por una seguridad irresistible, una certeza de verdad, de confianza: hoy es lo mismo –quiero la libertad–. Cuando termine el interrogatorio, empezaré la huelga de hambre contra la detención preventiva: ¿OK?

¿Y cómo no podría estar de acuerdo? Emilio es así: un animal de lucha formidable que surge en su singularidad, en su caminar solitario y franco por la vida. La reivindicación de su ser subversivo sostiene toda su declaración. Marini aclara que no quiere hacerle preguntas, sino comunicarle su responsabilidad penal por presuntos contactos con las Brigadas Rojas: «Niego haber tenido esos contactos: después de cuatro años de prisión y una clara historia política, ¡no estoy dispuesto a ser insultado por un arrepentido cualquiera!».

¹¹ Corrado Alunni, nacido en Roma en 1947. Como obrero de la Sit-Siemens en Milán desde 1967 conoce a los fundadores de las Brigadas Rojas Mario Moretti, Paola Besuschio y Giorgio Semeria. Entra en clandestinidad en 1974, como miembro de las BR desde 1971. Tras discrepancias con el núcleo histórico de las BR, funda el efímero grupo Rosso Brigate Comuniste y en 1977 las Formazioni Comuniste Combattenti. Detenido en septiembre de 1978, protagoniza una fuga de la cárcel milanesa de San Vittore el 28 de abril de 1980, que sin embargo termina con Alunni herido de gravedad y detenido en las calles de Milán. En 1987 se disocia de la lucha armada y dos años después consigue el tercer grado penitenciario.

Y termina anunciando:

Yo soy un político y también en prisión luchó como lo he hecho siempre contra la violencia, teniendo la vida como valor supremo. Por eso, contra los mecanismos legislativos producidos al tuntún, contra la jaula de la emergencia, comunico a este tribunal que desde hoy comenzaré una huelga de hambre indefinida contra la prisión preventiva.

Por la noche hablamos una última vez sobre su decisión. Es cierto que mañana lo trasladarán a la celda de aislamiento: «Esta carrera es individual, es necesaria», me dice, «una prueba de vida procesal absurda. Me adentro en un terreno que, partiendo de mi inocencia debe remontar hasta el de las leyes injustas, las políticas represivas. Contra la prisión preventiva, por la solución política». Emilio tendrá que multiplicar esa fuerza: el hambre es duro, la huelga de hambre es comerse a uno mismo –tiene que conseguirlo–.

Luego me doy cuenta de la ilusión de la voluntad por la que me siento atraído y empiezo a llorar, en silencio. Los compañeros de celda lo notan y, como suele ocurrir, no dicen nada.

Al día siguiente, Emilio es trasladado a una celda de castigo, en aislamiento. Le niegan hasta los libros o los periódicos: como está en huelga de hambre, «no tiene ninguna necesidad de alimento intelectual», le han dicho. Escribimos al alcalde Vetere,¹² pidiendo que autorice una investigación higiénico-sanitaria.

18. Aire de elecciones

Finales de mayo: el viento electoral sopla hasta en el interior de la prisión. Sigo discutiendo con Marco Pannella. El balancín pannelliano: abstención, voto por Negri, abstención –me exaspera–. Ellos conocen las reglas escritas de la propaganda, usan la paradoja como arma ganadora: la propaganda por la abstención sería, en el umbral límite del mensaje mediático, una invitación a votar radical. Pero

¹² Ugo Vetere, miembro destacado del PCI y alcalde de Roma desde 1981, tras la muerte de su antecesor en el cargo Luigi Petroselli.

se reservan una excusa por temor a no conseguir el cociente (la ley electoral, «un proporcional corregido», exigía entonces que, para sentarse en el Parlamento, un partido tenía que conquistar al menos un cociente nacional en un colegio: solo entonces se le podrían adjudicar otros escaños de manera proporcional). Pannella me asegura que si hay un cociente, me lo reservarán: ya veremos. Su astucia me resulta irritante: si el horizonte cerrado me asfixia, el abierto arbitrariamente me provoca asma. Antes que hacer de animal de circo, prefiero jugármela a las claras, sin ambages. La elección sería una caja de resonancia enorme: ¿pero cómo resolver a nuestro favor la relación entre juicio y elección? ¿Cómo hacer que el juicio se vea atravesado por los tiempos electorales? Todo esto nos toma desprevenidos: los compañeros desconfían y desde luego los vaivenes de Pannella no ayudan. Los únicos que se mueven con eficacia son los compañeros de *il manifesto* –que además tienen que mantener a raya al entorno filo-PCI–.

Tengo que tenerlo siempre en la cabeza: todos querrían que fuera su marioneta, no puedo fiarme de nadie –la batalla del 7 de abril es completa y exclusivamente nuestra–. Si salgo, se lo debo todo a muchos y a nadie.

19. El pasamontañas, otra vez

Finalmente me llega el momento: me llaman a declarar. Hago un balance del proceso: no hemos conseguido hasta ahora dar un valor positiva a nuestro testimonio de verdad. Nuestros enemigos hacen lo que la máquina les impone, nosotros debemos hacer algo más que nuestro deber de ser honestos: transformar la esperanza en fuerza. No tengo miedo del interrogatorio, de las infamias, de las brutalidades, de la vulgaridad que traerá consigo: todo eso es cosa suya.

Releo a Spinoza:

El fin del Estado no es convertir a los hombres de seres racionales en bestias o autómatas, sino lograr más bien que su alma y su cuerpo desempeñen sus funciones con seguridad y que con ellos se sirvan de su razón libre y que no se combatan con odios, iras o engaños, ni

se ataquen con perversas intenciones. El verdadero fin del Estado es, pues, la libertad.¹³

Por primera vez desde que estoy en prisión, siento plenamente el placer de un pasado rico en vida y en luchas, así como la alegría de defenderlo. Lo que he teorizado y hecho es justo, es justo, será justo. En el redescubrimiento de la vida y en el orgullo de mi historia, mi papel será el de saboteador de su máquina a través de la declaración de la verdad: tengo la sensación de haberme calado otra vez el pasamontañas.

¹³ Baruch Spinoza, *Tratado teológico-político*, cap. XX, trad. de Atilano Domínguez Basalo.

5. La autodefensa

25 de mayo-8 de julio de 1983

20. Polémicas

«Profesor Negri, tome asiento. Díganos algo sobre su personalidad: los jueces están obligados a tener una visión global», me dice Santiapichi después de toda una mañana empleada en la lectura de actas de interrogatorio y después de que Emilio haya anunciado la suspensión de la huelga de hambre que duraba ya dos semanas: la sensibilización que ha conseguido crear con su protesta extrema es una victoria pequeña pero importante. «Me parece una exigencia bastante difícil de cumplir», empiezo diciendo.

En la pausa entre la lectura de las actas y el comienzo del interrogatorio veo a mi hijo Francesco: hablamos un buen rato, extendemos nuestras manos, yo desde la jaula y él desde el banco, para conseguir tocarnos las puntas de los dedos; pasa a saludarnos Pasquale Squieteri, excompañero de detención: en una de sus desventuras judiciales, encerrado en Rebibbia, pidió y le fue concedido ser trasladado con nosotros en el ala de los «políticos» –se sentía más seguro con nosotros que con los comunes; tiene los brazos más largos que Francesco y conseguimos estrecharnos las manos–.

Ayer solicité si «es posible organizar mi interrogatorio en periodos históricos»: «No hay problema», respondió Santiapichi. Y hoy se presenta enarbolando frases sacadas de *Dominio y sabotaje* y apuntes del 74 y los cimenta con declaraciones del arrepentido Ferrandi, alias «Coniglio» –que banaliza nuestra historia considerándola de manera sardónica, con la lente de su propia experiencia de deriva metropolitana–. «Hay voces en este proceso que hablan de usted como una figura carismática que se mantenía apartado de los episodios concretos, que estaba acuartelado, separado de la

intervención real», añade Santiapichi, justo después de haberme reprochado el pasamontañas...

21. Tengo cincuenta años y soy un intelectual...

Tengo cincuenta años y soy un intelectual. He vivido siempre en contacto con una realidad obrera cuyas contradicciones y tendencias revolucionarias he intentado comprender. Ahora estoy delante de los jueces para responder por la acusación de insurrección armada contra los poderes del Estado –esa acusación me honra: no porque yo haya trabajado en pos de una insurrección imposible, sino porque he interpretado, vivido, desarrollado un acontecimiento que ya se había dado–. ¿No entienden? Hablo del 68. Es probable que esté en este tribunal porque no se quieren rendir cuentas de aquella insurrección. El 68 es la revolución que he conocido: el espíritu del ser humano cambió después de aquellos días, aquellos meses, aquellos años. Ustedes no quieren aceptar esa verdad; en lo que me atañe, he dedicado mi vida a desarrollar el análisis político que se desprendía de aquel acontecimiento: hoy me juzgan por eso, y por eso me considero inocente. Me acusan de algo que se ha consolidado en el alma de muchas generaciones –todos deberíamos sentirnos orgullosos de esa revolución en el ser–. He intentado, y continuaré haciéndolo siempre, cerrar la horquilla que se había creado entre transformación de las conciencias y urgencia de su expresión política; he trabajado delante de las fábricas y en los barrios; he enseñado la crítica del mundo burgués en las universidades –esto es lo que he hecho y lo que haré: dar forma política a la gran transformación que vio cómo miles de obreros, estudiantes y mujeres se liberaban de cadenas tradicionales y crueles–. Y cómo encontraban la alegría en rebelarse y en construir nuevas comunidades.

No era un sentimiento de pocos cuando empezamos: el deseo de revolución era ubicuo. Y paulatinamente ese deseo se extendió, se nutrió de experiencias de comunidad y de movimiento. Los estudiantes fueron a las fábricas; luego, desde las fábricas, siguiendo y dando la vuelta a una socialización capitalista del trabajo cada vez más fuerte, el movimiento asaltó de nuevo lo social. Mucho más

que política insurreccional –política de transformación: comprender cuanto estaba dado en la conciencia de las masas, en los movimientos que hacían que la revuelta fuera circular, progresiva y expansiva–. La gran transformación es la clave de bóveda del desarrollo y de los antagonismos en la conciencia social de hoy.

Me acusan de haber sido un «mal maestro» –desde luego, tienen razón desde su punto de vista: he enseñado que la revolución no solo es posible, sino que es necesaria cuando las conciencias se han transformado–. Esa mutación, señores jueces, no puede ser cancelada: su arrogancia es infelicidad de la conciencia y déficit de la razón. La insurrección ha existido: ha existido la gran transformación repentina de las conciencias, la hora feliz en la que un nuevo tiempo triunfa. Ahora se dan solo dos posibilidades: o reprimir esa transformación, consolidando el modo de producción existente con una violencia adecuada a la altura de la transformación; o potenciar la fuerza revolucionaria del proletariado productivo. Pero la primera vía es intransitable: la violencia puede alcanzar, pero nunca anular la ontología. En Porto Marghera, Milán, Turín, pude vivir esa historia: una revolución en acto, un escenario político que se transformaba en horizonte de guerra. Luego he visto cómo una generación tras otra conquistaban, a sabiendas, el placer de ser protagonistas activas de esa transformación. Han intentado crear un desierto sobre estos campos de esperanza: y a ese desierto lo llaman paz social, legalidad, justicia. No os hagáis ilusiones: la insurrección continúa trabajando la realidad.

Me acusan de haber participado en discusiones sobre la lucha armada con Feltrinelli, con Curcio, con muchos otros: es cierto. Había vanguardias que habían paladeado el sentido de la transformación y del poder; había ideologías más o menos tradicionales que trataban de interpretar la voluntad de revolución; y sobre todo había movimientos de masas que tenían intención de ceder la potencia conquistada, pero que querían organizarla: en ese gran debate se trazaban muchos caminos –no necesariamente complementarios, a menudo contradictorios, a veces opuestos–. Y tuvimos también, entre el 70 y el 74, conversaciones con los brigadistas; pero el problema no era unir a esas ocho personas –porque entonces eran ocho– con el movimiento

de masas: el verdadero problema era el «partido de Mirafiori», eran las vanguardias proletarias y la insubordinación obrera de aquellos años. En la lucha de clases la división es necesaria: mi discusión con las fuerzas de la lucha armada siempre ha estado concebida en términos de división política, para construir y conquistar una táctica de masas justa. Táctica de masas ha significado siempre –para mis compañeros y para mí– reconocimiento crítico y práctico de las necesidades y de la voluntad de lucha: ese análisis nos ha separado del movimiento terrorista.

La tesis de la acusación es la unidad de la subversión social y del terrorismo: una equivalencia que constituye el terreno privilegiado por la represión para atizar no tanto al terrorismo como al movimiento. La verdad es reemplazada por un musculoso proyecto de intrigas policiales y de falsificaciones pagadas a los arrepentidos: pero la historia no es tal y como quieran que sea.

La revolución se basa en el ser humano, y las pasiones del ser humano son múltiples. En el fondo, la oposición se dio entre quienes querían un partido constituido por el fusil y quienes pensaban que las masas podían liberarse; saben lo dura que fue la batalla entre esas dos líneas; y saben a qué dura derrota nos condujo la línea militarista y terrorista, haciendo el juego de la reacción y de la represión. Pero de esa verdad han hecho un instrumento de falsificación: equiparar todo para poder destruirlo.

2.2. Mundos incommunicables

¿Mi juez cambia de tema? Yo también tengo músculos para responder: y no acepto la farsa de la acusación. El 73, el 74, fueron momentos en los que el retroceso del movimiento sindical, el «miedo chileno» de las fuerzas institucionales del movimiento obrero, el oportunismo del «compromiso histórico» parecían amenazadores: junto a estos, la represión y la reestructuración de los consejos obreros conquistados en el «otoño caliente» –y un primer abandono de la lucha de clase–. Pero también, en el terreno social, una primera aparición de movimientos singulares y distintos: ¿pueden atribuir todo eso a un complot de unos pocos, a una inducción al

delito de personas incapaces? No saben lo que son las masas, ¿no oyen el ruido subterráneo de los movimientos, el olor de sus esperanzas? Ciertamente, veía a aquellos que intentaban las primeras experiencias de lucha armada: traducían la impaciencia a la ilusión de una linealidad continua de un movimiento revolucionario de décadas –se equivocaban–. La ideología les corroía el cerebro y daba a su proyecto la determinación de la locura. Rechazar todo eso, como hicimos yo y mis compañeros, no era un servicio hecho al Estado: era una perspectiva lúcida y distinta. Nosotros también deseábamos demoler el Palacio: pero con una diferencia tan profunda que solo quien la ha vivido puede entenderla en todas sus valencias. Y decir que nosotros hemos colaborado o incluso dirigido el movimiento terrorista es una falsedad. Y es una infamia la ley de este Estado que ha permitido esa acusación.

«Una ley de un Estado que le permite estar aquí ahora y decir cosas así: ahórrese las balas...».

No pretendo, señor Presidente, que tales agudezas entren en el razonamiento de los jueces: solo las masas son agudas, ágiles, inteligentes. Y sólidas: como ocurriera antaño, producen portadas románicas de catedrales, formas fantásticas, deseo variopinto de crear un mundo nuevo. Pero ustedes, jueces, atraviesan esas puertas, esa obra maestra del arte de las masas en el vacío del rito y en el absurdo del dogma. No pretendo que usted, señor Presidente, me comprenda. Usted comunica a los periodistas que las diferencias de lenguaje hacen difícil el diálogo –no es así: las diferencias absolutas, insuperables, están en el alma–.

La defensa es imposible: solo es posible declarar, con absoluto desencanto, la verdad.

«En la sala militarizada permanecen dos mundos cerrados que se rozan sin encontrarse, dos culturas que se hacen frente sin entenderse, dos lenguajes que se hablan sin comunicar», escribe Lietta Tornabuoni: lo entienden hasta los periodistas. Si hicieran el esfuerzo de preguntarse por qué...

23. *Histoire d'O.*

Quieren demostrar que ha existido una organización a la que han puesto el nombre de O. Una megaorganización de dimensiones mínimas, una especie de partido bolchevique de los años sesenta capaz de dirigirlo todo, de someterlo todo a la unidad del proceso insurreccional. Pero si la O. hubiera existido, deberían probar materialmente sus delitos: pero de lo falso, de lo inventado, no se da prueba –es el reino de la *responsabilidad moral*–. Nunca ha existido esa organización. Ha existido un elemento irreductible y adverso a una Constitución republicana, trastocada en la praxis hasta convertirla en un cógulo de fuerzas reaccionarias. Han existido sobre todo la impaciencia, la rebelión y el rechazo de esa hipocresía. Si les queda aún un mínimo de respeto a la verdad; si, como pretenden, son jueces imparciales, entonces déjenme contar lo que ha ocurrido *en realidad*.

Se miran entre sí: no pueden aceptarlo. La *Historia de O.* se basa en la equiparación del tiempo y de los acontecimientos, en la negación de las diferencias, de las evoluciones y de las separaciones.

«El interrogatorio no está siguiendo las vías establecidas por la ley de enjuiciamiento. Al imputado se le ha de permitir decir todo lo que piense que puede servir para exculparse. Por el contrario, sus discursos, sus reconstrucciones se ven constantemente interrumpidas sobre este o aquel aspecto específico del proceso. Dejen que mi defendido termine sus discursos, luego podrán hacerle todas las preguntas que quieran», demanda Giuliano. Abbate se opone; se oponen Marini y el pérfido Tarsitano –entiendo que a estas alturas del proceso la defensa de Negri esté preocupada...»–; Santiapichi rechaza la petición: solo se me permitirán reconstrucciones «razonablemente tolerables». Si lo que digo les es útil me dejarán hablar, si no lo es me interrumpirán: mi defensa se ha transformado en una ruleta rusa:

Señores, no pueden hacer esto. Esta es la cuarta transformación del teorema a la que asisto. La primera versión me presentaba como jefe de las BR y asesino de Moro –llegaron incluso a reconocerme en via Fani–. La acusación no se sostenía: entonces, *in secundis*, se inventó una verdad declarada por asesinos y agentes provocadores que responden a

los nombres de Fioroni y Casirati –los abogados Gentili y Tarsitano del PCI han manejado la provocación–. En tercer lugar, se ha organizado el *putsch* judicial en Milán, con «Coniglio», Barbone y otros, a los que les han regalado la libertad con tal que de que se inventaran una O. milanese. Hoy estamos en la cuarta transformación del teorema. Pero vamos a ver, ¿cuál es la organización subversiva de la que se me acusa? ¿Es mi vida? ¡Empiezo a pensar que sí!

24. Infamias y calumnias

La única historia que puede ser contada es la de los arrepentidos, con cuyas palabras me veo obligado a medirme. En particular la de Fioroni, que se jacta de un arrepentimiento que solo tuvo lugar en el 79: «Fioroni era un pobre desgraciado que ha llegado a matar a un hermano, y así se ha transformado en un agente provocador», denuncio. «Sé con seguridad que el relato de Fioroni sobre la *Autonomia* era conocido por las fuerzas del orden ya en el 75, pero no fue utilizado hasta después de la matanza de via Fani. En fin, era un plato recalentado». Spazzali se pone en pie y remacha: «Lo demostraremos con testimonios. Sus declaraciones están llenas de golpes de efecto: los que lo conocen entienden al instante que no puede haber sido él el que las haya ingeniado».

Me acusan de «niveles ocultos» de clandestinidad, palabra de Fioroni; respondo que Fioroni es un Rey Midas al contrario –todo lo que toca se vuelve «militar»: si va a dormir a casa de otros, la vivienda se convierte en un piso franco, los huéspedes en una red, etc.–. Me recriminan por haberle permitido visitarme: les cuento de cuando le presté mis cuadernos de trabajo sobre Lukács, porque tenía que sacarse la licenciatura, y un año más tarde, un día que fui a visitar a su mujer y le pedí que me enseñara la tesis de licenciatura, descubrí que había copiado mis cuadernos al pie de la letra –e incluso había obtenido la matrícula de honor–. Me imputan un encuentro con Fioroni en un bar de Milán, al día siguiente del atraco de Argelato: pido que me dejen mirar mis agendas y demuestro, página tras página, que en esos días tenía programados compro-

misos de trabajo y de docencia en Zúrich y en Padua, con testigos; que el único día que estuve en Milán fue el domingo, el bar citado estaba cerrado y tenía en casa a familiares de Padua y Venecia para el cumpleaños de mi hija Anna. Me preguntan si fui yo el que robó y ocultó en su casa un retablo del siglo XIV: ¿no en un lugar clandestino, sino en mi casa de Padua, donde vivía mi madre Aldina!

Y mientras me veo obligado a defenderme de las palabras de los arrepentidos sin poder contar mi historia, recibo el ataque de un jurista del área del PCI, que cuatro años antes aprobaba la acusación omnicompreensiva de insurrección y hoy, confabulado con la negativa del tribunal a dejarme reconstruir mi propia historia, me acusa de querer llevarla a la política para no responder de los delitos específicos: mi voluntad de demostrar que no existe ninguna O. no sería más que un intento de ganar tiempo, para no responder de los delitos que habría cometido como jefe de la O. «¿Pero cómo demonios puede uno defenderse de una acusación tan estructurada salvo demostrando, en primer lugar, que esa misteriosa organización no ha existido jamás?», le respondo en una carta pública. Cunde la sospecha de que se trata de una advertencia lanzada al Partido Radical: ojo, Negri no es el intelectual que pretende ser, sino un imputado normal por delitos «comunes»... Entretanto, la calumnia circula, acaso en las salas acolchadas de algún congreso, donde las «sospechas» del jurista son compartidas por algún periodista que luego escribirá en el periódico sobre las sesiones de la vista judicial...

25. El tren de Finlandia...

Fuera, las cosas empiezan a funcionar. Hay un gran esfuerzo de propaganda sobre mi nombre, hecho por viejos compañeros, pero sobre todo por gente que está harta de la injusticia de este Estado. Tengo la impresión de que el tren de mi libertad se está poniendo en marcha –con dificultad: la libertad es una locomotora antigua, bufa y resbala sobre las vías, casi no puede con la sobrecarga–. En estos días recibo la visita de bastante gente: viene Félix, viene Gisela, compañeros cercanos de la experiencia internacional de vida comunista. Me llenan de esperanza, me transmiten señales positivas. En

Alemania, los Verdes hacen un documento congresual en apoyo a mi candidatura, me dice Gisela. Félix me habla de América Latina y del enorme movimiento por la democracia que está desarrollándose allí. No solo quiero que mi tren se ponga en marcha –es el tren de Finlandia, el pasaje táctico, orgulloso y visionario, el mensaje de universalidad: eso es lo que tiene que ponerse en marcha–. No veo motivos para sembrar de dudas la aventura extraordinaria que estoy viviendo. Una ruptura de la legitimidad burocrática: si salgo elegido como diputado será una ruptura gorda. Por supuesto, se verán obligados a cerrarla –no me dejarán en libertad por mucho tiempo–. Pero será un choque entre dos legitimidades: la democrática y la burocrática. Pero de todos modos para ellos será una derrota –mejor dicho, una herida, algo que toca la carne–.

Bien, hoy por fin estoy de buen humor. El tren de Finlandia se ha puesto en marcha, camina. Desde la ventanilla miro paisajes contradictorios, verde y tundra estéril. Pero la contradicción es clave de vida. En unos días vuelvo al tribunal, a estar delante de la inercia muerta de la acusación, a defenderme de ese gélido abrazo. Me importa cada vez menos: estoy jugándome la libertad, no el juicio. El panorama empieza a cambiar. Podré mirar a los ojos a los jueces, sosteniendo la arrogancia de su mirada y destruyéndola con ironía. Podré exorcizar la muerte que las arrugas y los tics de sus rostros me proponen con una sonrisa tácita y una ironía metafísica.

26. Un discurso imposible

Las sesiones del juicio, una tras otra sin interrupción, me dejan exhausto. Reacciones nerviosas, somatizaciones: tengo un terrible dolor de muelas. El discurso sobre la disociación se ve constantemente fragmentado por las interrupciones, las provocaciones: «¿No está usted de acuerdo con el terrorismo? Entonces díganos nombres y apellidos». Quién sabe qué se habrá entendido: por eso, para mí mismo más que para otros, escribo un discurso imposible, que nunca me permitirán pronunciar.

Para mí la disociación no ha significado renunciar a algo, sino insistir, recobrar la identidad de mi acción y de mi pensamiento. Disociación

ha sido sobre todo disociarme de lo que ustedes, jueces, querían que fuera, y no desde luego disociación de la lucha revolucionaria –que me resultaría imposible–: disociación es una reivindicación y un ataque a sus teoremas y a sus odiosos intentos de criminalización. Odio el terrorismo porque amo la vida: porque pienso que el terrorismo tiene de la vida la misma imagen, simbólica y homicida, que tienen ustedes. Señor Presidente, Usted ha encontrado con el brigadista Savasta¹ la misma comunión simbiótica que declara tener con el crimen organizado: a este lo une, en el plano cultural, el sentido burgués del decoro; con Savasta, el mismo sentido del poder. Con unos y el otro Usted juega una partida a cartas iguales, en una dialéctica entre semejantes: no me sorprende que estime a Hegel. En cambio, cuando se topa con lo distinto, Usted descubre la rabia y la incomunicabilidad del lenguaje –y se le cruzan los cables–. Y entonces –¿lo ha notado?– las arrugas de su frente se le ponen rígidas, se le altera el *physique du rôle*: su fisiognómica funciona solo en la homogeneidad de esos valores –dinero y poder– de los cuales nosotros no somos adeptos ni siervos. Su buen criterio no puede digerir el sapo que para usted es el movimiento, y teme a ese mastín que muerde su pierna, que es la revolución: porque su buen criterio está depravado por el vínculo con el sentido del poder, con la corrupción y el deterioro del Estado que este tribunal representa hoy aquí. Usted que cita a Hegel, no sé si conoce algo de Spinoza: «Pues, para aquellos o aquel que detenta el poder del Estado, es tan imposible correr borracho o desnudo con prostitutas por las plazas, hacer el payaso, violar o despreciar abiertamente las leyes por él dictadas y, al mismo tiempo, mantener la majestad estatal, como lo es ser y, a la vez, no ser».² Pues bien, ¿acaso no ha habido un desafío a esa paradoja metafísica en este proceso? Lo imagino leyendo este cuaderno, señor Presidente –un registro hoy o

¹ Antonio Savasta, miembro de las BR, era el jefe del comando que secuestró en Padua al comandante de la OTAN de la zona Europa del Sur, el general James Lee Dozier, el 17 de diciembre de 1981. Dozier fue liberado en Padua el 28 de enero de 1982. Varios sospechosos denunciaron torturas sistemáticas por parte de las fuerzas del orden, confirmadas posteriormente, en buena medida gracias a la confesión de Salvatore Genova, miembro de la llamada brigada «Ave María», un grupo de funcionarios de la policía política italiana encargado de las torturas sistemáticas de detenidos, sobre todo de miembros de las Brigadas Rojas.

² Baruch Spinoza, *Tratado político*, cap. IV, «Del ámbito del poder político», trad. de Atilano Domínguez Basalo.

mañana podría arrebatarme estos papeles y concederle el privilegio de ser su único lector—. Lo veo sonreír, arrogante. Estoy convencido de que no hay límites a la estúpida suficiencia de la actual clase dirigente: pero al menos intentemos poner freno a la vulgaridad del intelecto, busquemos el placer de la razón o, por lo menos, un lenguaje común para comunicar. Disóciase usted también de la intriga en la que está envuelto: tal vez esté aún a tiempo de experimentar alguna satisfacción. Mi búsqueda de identidad es vida, su pretensión de que me arrepienta y me convierta en un soplón es muerte: vida y muerte nos dividen. No sé cuál es el poder que se lo impone, pero sin duda es un poder que busca compañía entre las prostitutas.

Buenas noches, señor Presidente.

27. Don Nicola

Me ha llegado una nueva orden de detención —así que, aunque me absolvieran aquí en Roma, seguiría en prisión de todas maneras—: dicen que, para ayudar a fugarse a unos compañeros, habría metido una pistola en un pelota y la habría tirado al otro lado del muro de seguridad, dejando en el exterior coches con las llaves puestas. Si fuera cierto sería para reírse: pero es el relato de un asesino arrepentido que quiere evitar la cárcel.

Mientras tanto, el juicio ha quedado suspendido por la huelga de los abogados romanos en protesta por la detención de un colega: se reanudará en julio, después de las elecciones. Solo Tarsitano no hace huelga: está ahí como un caimán con las fauces abiertas de par en par —daban ganas de meterle un palillo en la boca y cerrársela—. La tensión, no solo la mía —las muelas fuera de control, tengo fiebre alta desde hace días—, sino la de todos los compañeros, es altísima.

La prisión es también esto: la compañía de un viejo calabrés acusado de delitos de *'ndrangheta*, con el que hablo a menudo. Nos hablamos de usted, como es costumbre en la educación meridional. «Don» Nicola considera la justicia del Estado como un ajuste de cuentas entre bandas, que corrompe y desvirtúa las relaciones entre los seres humanos; desprecia a los grupos de delincuentes que han

destruido la ética de las relaciones humanas de la Calabria de otros tiempos que añora.

Después de Perugia, me espero más órdenes de detención, le digo. «Usted no los conoce, profesor, a estos hombres del poder: el poder les gusta. A uno le pueden gustar las mujeres, a otro las naranjas: a estos les gusta el poder. Dicen que aquí es distinto que en América, pero no es verdad... el poder es una renta –y eso era lo que yo les hacía: les endosaba una tasa, como al que tenía una renta demasiado grande, porque el poder es riqueza–. Usted, profesor, que de hombres se pretende maestro, de hombres sabe poco. No se ofenda, pero usted no los conoce: después de cuatro años de prisión todavía no se convence de que la justicia es un poder pequeño pero arrogante. Estos insectos son vanidosos, palidecen de envidia: les gusta el poder que tienen, quieren cada vez más. Se trata solo de saber quién les paga –no con pollos o dinero, porque quienes se contentan con eso son medio hombres–. Pagar es dar poder, prestigio, a veces se limita a recobrar el honor. Le voy a contar un suceso, profesor. En nuestro pueblo había un juez cornudo: para que el pueblo no hablara del asunto, vendió su alma. Sin ánimo de faltarle el respeto, no sabe usted cuánta mierda cabe en el alma, profesor. A usted lo aprecio precisamente por eso: porque tiene muy poca en el corazón y eso no tiene precio. Pero ellos son todos iguales: si uno les pasa el sobre se revela su alma; si les das a oler el poder se convierten en perros de presa. Si les muestran los cuartos, harán lo que sea: si compramos a uno es porque de todas maneras alguien ya ha comprado al otro. A usted, profesor, de la cárcel de por vida no lo salva nadie: porque cada año que pase usted en la cárcel es un tesoro para ellos. No se preocupe, profesor, usted es bueno y desgraciado. Porque, profesor, la justicia está muerta: y no se crea que alguna vez ha sido algo distinto. Es la vejez de la justicia lo que la mata. Una vez me encontré a un pastor en el monte. Me dijo: guárdese de los jueces, de los carabinieri, de los patrones que continúan matando el rebaño como bajo la ley de Caín. La única justicia es la venganza que nace del amor: si tuviera usted la suerte de quedar en libertad porque lo han elegido, encuentre una mujer joven y busque el sol más dulce. La única justicia es desear las cosas buenas para todos».

No tengo su sabiduría fatalista, no consigo hacer mías sus enseñanzas: pero siento estima por Don Nicola.

28. Hablo a los compañeros

Estoy cansadísimo, descanso después del juicio. Trabajo redactando llamamientos y preparando materiales electorales. La perspectiva de la liberación crece: pero es una esperanza seca. No consigo combinar el imaginario, que procede de lo concreto de estos días, con la gran esperanza que vivo. No consigo librarme de la inmediatez del proceso y de su sórdida realidad. Me quedo solo en esa situación. (Fuera, se desmadra el desequilibrio de los órganos del Estado: *blitz* contra la Camorra, Tortora en prisión. La impresión es de una locura incontrolable). Por la tarde me llaman para grabar una cinta electoral. Me llevan a la dirección de la prisión, me ponen un magnetófono sobre la mesa y se sientan delante –el director, el vicedirector, un par de subtenientes de la guardia y el técnico–. Habitación pequeña y vacía –¿a quién hablo?–. La cinta será retransmitida por las radios y por la televisión. No consigo imaginármelo: en realidad delante de mí solo tengo a funcionarios de la prisión. Les hablo a ellos –las demás cosas que digo se me escapan, atrapadas por la cinta–. La situación es alucinante –no me la esperaba–. Ahora me dicen que me apresure, me enseñan el fonograma del ministro: veinte minutos. ¿Qué demonios les cuento a estos señores y a esta máquina? Hablo al magnetófono: me gustaría decir que la revolución es amor e ironía, sobriedad y abundancia de pasiones, desesperación y renovación interior, inteligencia y utopía –delante de mí, caras sordas–. Continúo hablando a la máquina: a tantas personas, pensando, esperando que el microcosmos carcelario se abra a algún tipo de macrocosmos. Voy convenciéndome paulatinamente: ¿quién puede decirme que esta no es una relación de verdad? Es un concierto –sí, queridos polizontes que me escuchan perplejos: es buena música–. No la toco yo: la decimos muchos para hacernos entender por muchos. Lo admito, es una sinfonía extraña –pero sinfonía al fin y al cabo–. Lanzo estos llamamientos dirigidos a un mundo exterior que amo: me gustaría que fueran piedras

contra los escaparates del poder –lo son–. La campaña electoral es una enorme caja de resonancia para nuestra batalla. La injusticia acumulada puede salir a la luz. Los rostros que tengo delante palidecen, se ruborizan y a veces insinúan ironía –continúo: se apodera de mí una sana excitación–. Ahora estoy hablando de verdad con la gente, con los compañeros que están fuera. Supero el impedimento mecánico, la resistencia psicológica a expresarme en el cuartito alucinante. Ya no necesito hablar del pasado y de la injusticia padecida, de las luchas y del cierre que el 7 de abril supuso para estas, criminalizándolas. Ya no necesito cantar las canciones del presente y de nuestra lucha carcelaria, de nuestro sufrimiento y nuestra dignidad. Así que hablemos del futuro. Es realmente como un concierto: lo escucho al mismo tiempo que estoy interpretándolo; eso es, se abre una puerta al futuro, se instiga una expectativa cuyos temas conocemos y cuyo desarrollo aguardamos todos. El futuro lo hacemos: hablo a la máquina del futuro –paradojas de la democracia y de la maquinaria–. Hablo lentamente, luego más fuerte –y luego ya la pasión se hace con el mando–. Para un compañero digo que a la mierda los patrones; para otro digo que hay que liberar los deseos y la alegría del comunismo; para uno hablo de nuestra justicia y nuestra esperanza; para otro insisto en su crueldad y en el horror de su ideología. Cambiamos todo esto yendo a las raíces: transformando al ser humano. Nosotros, aquí en prisión, somos hombres transformados –nos ha costado, pero lo somos–. La revolución dentro de nosotros se ha producido, es la constante de nuestro existir.

Cuando me acerco al final de una clase o de un discurso suelo alzar la voz y ya no paro hasta terminar el argumento. Aquí, en ese momento, he estado tranquilo: he aguardado a que hablase nuestra esperanza colectiva.

29. Nuevas acusaciones

El 23 de junio, un nuevo puñetazo en el estómago, a cuatro días de las elecciones: Calogero pone en marcha el enésimo *blitz*, describiendo una estructura armada véneta que sería el nivel oculto de los

colectivos políticos vénetos, insertos a su vez en una estructura aún más compleja, «resultado de la coordinación de fuerzas existentes de la *Autonomia* operaia, relacionadas todas ellas con la revista *Rosso*». A mí ya no se me notifica la imputación por insurrección armada, sino por la posesión de armas «con el fin de subvertir el ordenamiento del Estado» e incluso por «adiestramiento militar». El juicio aún no ha terminado y de nuevo cambia el cargo del que se me acusa: la constante es que debe de haber existido una Organización indemostrable por definición –y por ende nacional o regional, ubicua donde le plazca a Calogero– que de vez en cuando se conecta con las BR. La conmixtión de lo político y lo judicial, querida desde el principio por el PCI, así como por Calogero y Gallucci, continúa repitiéndose con ferocidad: a mí me toca denunciar esa relación, a ellos reproducirla –todos estamos atrapados por ella–.

Eso no es todo: llegan jueces de Ancona para interrogarme como instigador del asesinato de Alceste Campanile, un compañero de Lotta Continua asesinado por los fascistas. A esa infamia no me presto; me niego al interrogatorio: mi abogado está en huelga, me reservo el derecho a no responder. No se daban cuenta de la vileza de su acción, movida por rumores y rencores. El fiscal llevaba prendido en la solapa un pin del Rotary: parecía un pez cebado en la ciénaga; otro, el juez instructor, tenía el color malárico de la ciénaga; y de sus miasmas estaba hinchado el abogado de la parte civil. Mejor la cárcel que sumergirme en su ciénaga.

30. El diputado Negri

En la noche del 2 de junio los resultados ya son definitivos: ¡el Partido Radical ha obtenido 800.000 votos, mi elección es segura! La demencial campaña electoral –una demencia a la manera de Bertoldo, que provocaba indignación y que, idolatrándola, la dirigía hacia un voto alternativo –parecía un juego en exceso sofisticado: y sin embargo ha funcionado, han superado el cociente electoral. Pero es una jornada que merece ser contada.

Voté ayer por la tarde –pero no por mí, por superstición–. Por la mañana bajo al patio, se hacen bromas, chanzas amables entre

presidarios –luego a las 15, una hora antes de los avances de los resultados, me llaman: magistrado–. No puedo negarme, bajo enojado a la sala de interrogatorios: son un juez joven y un secretario sentado ante la máquina de escribir. Luego, ya dentro de la sala entra en mi campo visual un ángulo que quedaba oculto al entrar: aparece Pietro Calogero.

Me extiende la mano –me quedo de piedra–: «¿Cómo? ¿No quiere darme la mano?».

Trato de controlar el chorro de insultos que pugna por salir: no lo miro con odio. «Si esas tenemos...», dice.

Luego la tensión se desata, y me salen los insultos: «Cálmese», dice su colega: ni siquiera se atreve a amenazarme.

«Mi abogado no está, terminemos con esto, tengo que subir a ver los avances de los resultados electorales».

«Pero es que he venido a explicarle cómo he reorganizado las acusaciones, cómo he estudiado la cosa...».

«¿Cómo se atreve a decir algo así? ¿Cree que cuatro años de cárcel merecen sus hipótesis? ¡Métase en el culo su teorema y sus modificaciones!».

El colega interviene de nuevo, pobre pacificador. El carabiniere mecanógrafo, estupefacto, observa el fracaso de este último acto de sadismo.

«Me niego en cualquier caso a ser interrogado por usted, y exijo su renuncia del cargo y su abstención en esta causa contra mí, habida cuenta de que Usted se ha posicionado públicamente y ha hablado mal de mi persona».

«¡Pero yo siempre me he manifestado dentro del procedimiento!».

«Entonces ha perdido la cabeza si se olvida de las entrevistas en los periódicos, en las televisiones».

Masculla algo: «¡Que te calles!»., le digo tuteándolo.

El colega me reprende, esta vez oficialmente: «¿Pero quién te pensás que sos?»., le respondo a él también.

Con eso termina. Esta vez ni siquiera hacen amago de darme la mano.

Vuelvo a subir las escaleras: me parecen larguísimas, interminables.

Me recibe un grito que sale de la primera mirilla: ¡parece que lo hemos conseguido! ¡Bien hecho, Toni!

Luciano agita los brazos: ¡lo conseguimos!

Ceno en la celda de Luciano. En la televisión, Pannella se anexiona la abstención y los votos nulos y se pelea con algún periodista.

Al día siguiente me llegan rosas rojas: las reparto entre mis coimputados, mientras se trasladan a la habitación de al lado para notificar a los jueces de Padua la imposibilidad de responder a las nuevas acusaciones debido a la huelga de los abogados.

31. La última audiencia

Última audiencia de esta fase. La sala está repleta, emoción, muchos fotógrafos. Me recibe un largo aplauso. La «colega» Emma Bonino viene a saludarme.

Pero la tensión no se atenúa: las nuevas órdenes de detención dilatan aún más los términos de la prisión preventiva, y añaden un solapamiento de acusaciones al solapamiento de los procesos.

Me amparo en mi derecho a no responder, porque mi interrogatorio quedaría desmenuzado y no sería útil para el cuadro de la defensa. Declaro mi intención de retomarlo una vez que se conceda la autorización para proceder contra mí, que por mi parte apoyaré en la Cámara: hemos querido ese juicio durante cuatro años.

Parecía que la cosa iba a terminar ahí: en cambio, Marini se levanta y pide que sean escuchados como testigos los brigadistas arrepentidos Savasta, Libera y Marocco, para hablar del comité unitario de campo de Palmi, que demostraría las relaciones entre *Autonomia* y BR.

«¡Son ustedes los que continúan con el terrorismo!», grita Emilio. «Esto es un pelotón de ejecución, no una sala de justicia». Gritos, estruendo: ya no entiendo nada. «¡Que hablen los asesinos!», gritan los compañeros en libertad. «¡En Palmi me jugué la vida para luchar contra los terroristas!», grita de nuevo Emilio; entre los periodistas, veo a Rossana bregando con el fiscal: decidimos irnos, salimos. Bajan los abogados, nos dicen que a Marini lo ha hecho callar el propio Santiapichi: reprochamos a nuestros abogados no

haber intervenido a su vez –distinguir la oportunidad del oportunismo en los abogados es una cuestión enormemente sutil–. Volvemos a subir.

Vesce retoma la palabra, se disculpa por el tono empleado antes: «Reproducir rumores y chismes supone un insulto para nosotros, pero también para la justicia». Explica que nosotros no pedimos ser trasladados a Palmi, donde todos nos planteamos el problema de encontrar una forma de convivencia que evitara las masacres, y de ese modo conseguimos salvar vidas: «La mía es la indignación de un hombre destruido en su dignidad e identidad. Todos nos hemos sentido ofendidos: de esta manera se fomentan la emergencia y el terrorismo». Y cita la nueva orden de detención.

Interviene Spazzali, con rudeza: «La de este proceso es una historia sucia: son una historia sucia las duplicaciones del proceso, las distintas instrucciones en racimo, el uso obsceno que las fiscalías han hecho del periodo electoral. ¡Basta ya! Hagan lo que quieran, como han hecho siempre: ¡remover la mierda con el cucharón de la ley es su especialidad!».

El Tribunal se retira. Cuatro horas de Sala de deliberación: habrán comido sin prisa, en abundancia, mientras, imagino, consultaban a sus amigos y protectores políticos. Finalmente regresan.

«Habiendo sido elegido diputado aquel que reviste en la formulación de la acusación un papel importante, la vista queda aplazada al próximo 26 de septiembre».

Mientras los coprotagonistas de esta farsa innoble de la justicia elucubraban y cavilaban, tomo una decisión: está claro que ese día seré un hombre libre o no lo seré.

6. La evasión

9 de julio-30 de noviembre de 1983

32. Optimismo de la razón, pesimismo de la voluntad

Mientras aguardo mi salida, no consigo imaginarme cómo será ese mundo exterior que me ha sido negado durante cuatro años. Aún no he salido y ya empieza la campaña para volver a encerrarme: «bicicletas», así se llama en la cárcel a las falsedades y a los pretextos creados a propósito: pedaleada a pedaleada, una vez sobre la pista hacen más kilómetros que Coppi, y llegan a su destino más tarde o más temprano: peticiones de reforma de la ley –como el tal Battaglia, presidente de los diputados republicanos, que declara que «se impone la revisión de las normas que regulan la inmunidad parlamentaria»–, fonogramas que se pierden por el camino...

Soy de un optimismo irreal, pero tengo la cabeza repleta de preocupaciones. *Optimismo de la razón*: hemos hecho un largo camino, de la disociación como reconquista de nuestra identidad a la gestión del juicio y a la campaña por la solución política. Pero es necesario encontrar el modo de replantearnos como fuerza política. *Pesimismo de la voluntad*: a nuestro credo ilustrado se oponen fuerzas que no quieren ni pueden llevar a cabo una modificación radical del horizonte político. Las alternativas a la modificación del cuadro político son el inmovilismo o la catástrofe, en un mundo dominado por la guerra, la corrupción, la putrefacción de los partidos y del poder: es necesario inventar nuevas resistencias.

En la cárcel hemos sido la única fuerza que, anulando los efectos negativos de una memoria histórica que nos excluía de la lucha política, ha conseguido reintroducirse en ella. De la cárcel a la sociedad: el voto que me ha llevado al Parlamento. Las

estimaciones de voto hablan de alrededor de medio millón de votos de preferencia para mí: gente que reconoce en la cárcel el símbolo de la sociedad que somos, de la crisis que vivimos. Entonces es posible, con optimismo de la razón y suma atención, construir un relé, una relación de multiplicación entre la lucha por la liberación de los compañeros en la cárcel y la lucha política en la sociedad. Pero la voluntad no debe infravalorar las dificultades de la razón.

Así que, fuerza: tengo que ser capaz de combinar la esperanza con la fuerza.

Me llaman: ¡salgo!

33. ¡Fuera!

Sergio Stanzani, senador radical y experto automovilista, me saca por una salida secundaria, mientras Paola y Francesco, saliendo por la principal, despistan a los periodistas. Me entran por los ojos los colores de los campos y del anochecer, siento a cada paso el cambio de la hierba bajo mis pies, después de cuatro años de cemento. Me pongo a dar saltos. Abrazo a Paola –el asombro de no sentir cómo nos separa el muro del locutorio; charlo con Francesco (Anna se ha quedado en Milán, tiene el examen de bachillerato)–. Hablo por teléfono con los viejos compañeros de Venecia y Padua, busco a Doni y a Sylvie –no las encuentro, pero las imagino–. Llegan Rossana Rossanda, Luigi Ferrajoli y Tommaso Mancini. Pasquale Squitieri y Claudia Cardinale me acogen en su casa para la primera noche: ellos también están emocionados. Me cuesta hablar: mi lengua sigue aún encarcelada; hablar con gente libre supone tener que traducir de ese dialecto de presidiarios. Hay una piscina: me doy un chapuzón, vuelvo a nadar. Después de cuatro años y medio, descubro lo bien que sigue sabiendo el whisky. Pasa también Pannella, hacemos una especie de programa que me importa bastante poco, esta noche. Por la noche no duermo: escribo para desahogarme, luego vuelvo a echarme sobre la hierba. En el plazo de un solo día, el tiempo de la vida, de la rebelión, se ha desplegado, entre sensaciones y mundos contradictorios, hasta la certidumbre de la

posesión: un punto de conocimiento verdadero, contra la maquinación del poder.

La hierba mojada de la noche acoge mi reposo.

34. Regreso a la vida

Pannella, gran maestro de ceremonias, me lleva de visita a Montecitorio –que conozco bien, de cuando, en los años cincuenta y sesenta, venía a ver a amigos secretarios y diputados, y a estudiar: buen salvaje en la Corte del Rey Cristianísimo–. Luego, con gran alboroto, de Montecitorio a piazza Argentina, para la conferencia de prensa. Entre la muchedumbre, entre el bullicio, cruzo palabras o tarjetas de citas sólo con los amigos que aparecen entre la muchedumbre –entre ellos Mauro Gobbini,¹ con el que comparto alegrías y dolores desde los años cincuenta, símbolo de aquella increíble continuidad de historia revolucionaria que nos constituye–. Pannella se sienta a sus anchas, se pavonea: nada en su propio ambiente, cada cierto tiempo dice alguna tontería sobre el marxismo, que tengo que soportar; busca la foto de grupo, Rossana hace lo posible para no salir en la foto con Pannella. Conferencia de prensa, preguntas estúpidas en su mayoría: ¿cómo creen que puede sentirse uno después de pasar tanto tiempo en la cárcel?

Que yo esté en libertad es un hecho que debe transformarse en el esfuerzo de combatir contra los largos periodos de prisión preventiva, contra las leyes especiales. Hoy hay que sacar adelante un proyecto de pacificación. Si no una generación entera, lo cierto es que son muchos los que están encerrados en prisión, y es necesario darles un espacio para expresarse. Por lo demás, más que los modos con los que se hace política, lo que importa son los contenidos, los intereses, las necesidades, los deseos.

¹ Mauro Gobbini fue un activista y sociólogo italiano. Empezó su trayectoria activista e investigadora con Danilo Dolci en el sur de Italia entre los campesinos sin tierra. En Roma conoció a Mario Tronti, Alberto Asor Rosa y otros, con los que formaría la pata romana de los *Quaderni Rossi*. Participa también en la fundación de la revista *Classe Operaia* y, tras la ruptura con el grupo en torno a Tronti y Cacciari, en la creación de *Potere Operaio*.

Luego, almuerzo de trabajo con Rossana –entrevista a rienda suelta–. Rossana consigue estar más allá de las contradicciones de su antiguo comunismo injertado en las instituciones: conjugación de inteligencia y generosidad.

Por último, el avión a Venecia –¡qué hermosa la tierra vista desde lo alto!–. En lancha hasta el Lido: entre Murano y Fondamenta Nuove, entre el Arsenal y Vignole. Paola llora y grita su felicidad y el dolor acumulado. Has navegado, has llegado a puerto: regreso a la vida. En la terraza del Lido abrazo de nuevo a mis familiares: la vista se pierde en la lejanía. Imagino a los compañeros en prisión, uno a uno.

Cementerio de Padua. Voy a visitar a mi madre. Recojo un poco de tierra y la dejo deslizarse entre mis dedos, sobre la tumba. Lloro como un niño mientras acaricio a Aldina, vieja madre joven, *alma Venus*: ¡cuántos deseos, cuánta imaginación has alimentado! Mi hijo me aprieta el brazo, me acaricia la cabeza.

Fuera del cementerio, un carroñero intenta hacerme fotos: Francesco por poco no lo derriba de un pedrazo.

35. Milán

Ya es domingo por la noche cuando vuelvo a poner los pies en Milán. Llamo al portero eléctrico de casa –«Soy Toni»–, y Anna se abalanza escaleras abajo en un camisón que revolotea.

Son pocos los compañeros que han quedado: unos miles están ausentes, en la cárcel o en el exilio, por las drogas o por alguna otra cuestión personal, que es una muerte algo peor. Los pocos que pasan a verme son ya demasiados: en la perorata veloz me revelan aspectos de la espesa y dura realidad de la represión: «Ya no es la Milán que dejaste, Toni». «*Do you remember revolution?* ¿Ya no recuerdan el crecimiento formidable de la conciencia metropolitana que hemos visto construirse, la cantidad de saber acumulado?». «Y que lo disfrutes: Milán es en el mejor de los casos la capital del trabajo sumergido intelectual...». Veremos...

De las discusiones con los compañeros –entre uno que acaba de salir de la cárcel y unos sobrevivientes– no surge nada: la herida de la represión es demasiado profunda para que cicatrice pronto. Les planteo mi cuestión actual sobre la relación entre política y vida: aceptando, como estoy haciendo, moverme en el plano de lo simbólico, como diputado, sé que estoy negando muchas posibilidades de la praxis: pero me parece que aún cabe la posibilidad de conjugar nuestras pasiones con una *Beruf* política. Azoramiento: para ellos, haberse planteado estos problemas ha significado el reflujo en lo «personal», la iniciación a la posmodernidad. «¿Pero tu intención es seguir siendo parlamentario?». Mientras me dejen serlo, sí: hasta que me obliguen a escapar. Pero el problema es distinto: es reconquistar la relación entre política y vida, destruir la verdad de los arrepentidos y del reflujo, para los cuales la vida es traición y cancelación de lo político, de lo colectivo, del común.

Mientras tanto: entrevistas, una tras otra. Trabajo, trabajo, trabajo –cuando no trabajo, me siento en la terraza de via Vetere durante horas–: Anna y Francesco me miran como se mira a un loco. Hace dos días que estoy fuera y lo único que hago es trabajar: interpreto la realidad como una cárcel.

36. Algarabía fascista

Entrada en la Cámara: tumulto. Los periodistas murmuran sobre la corbata de calidad: la verdad es que no había pensado en la obligación de llevar corbata de los diputados y tiene que prestármela un colega.

Los radicales no entran –extrañas tácticas, como siempre–, me reciben los compañeros de DP:² «No porque seamos sus

² *Democrazia proletaria* fue una coalición electoral de extrema izquierda italiana, posteriormente convertida en partido, nacida en 1975 de la confluencia entre el Partito Democratico di Unità Proletaria per il Comunismo (pDUP per il Comunismo), Movimento Lavoratori per il Socialismo (MLS), Avanguardia Operaia y otros grupos menores. Presentaron su lista a las elecciones generales de 1976, consiguiendo el 1,5 por ciento de los votos y representación parlamentaria. En 1978 se constituye como

guardaespaldas, sino solo para evitar equívocos y estupideces ajenas», recalca huraño Mario Capanna,³ tan elegante que parece un figurín. Hay un documento –¡el primero de la legislatura!– del grupo parlamentario democristiano, que pregunta al presidente de la Cámara «si no considera necesario invitar al profesor Negri a no entrar en el Parlamento»: se han adelantado hasta a los fascistas del MSI. El presidente provisional es Oscar Luigi Scalfaro –«No defiendo a Negri, defiendo la Constitución»–; si Musil fuera un comentarista parlamentario, lo retrataría como un conde Leinsdorf: «Cuando un ciudadano goza de los derechos civiles debe ser considerado inocente, aunque esté imputado, hasta que no intervenga una sentencia definitiva». Aplacados los democristianos, ahora les toca armar barullo a los fascistas: sustituyo los rostros de Almirante y Abbatangelo por los de Calogero y Santiapichi, y así me siento más «en familia». «Nunca, ni cuando era magistrado tuve miedo, imagínate si ahora voy a dejarme impresionar por cuatro gritos»: y hasta Almirante-Santiapichi se tranquiliza. El último gruñido, mientras se calla la jauría, creo que venía a decir: «asesino, yo te mato».

A Nilde Iotti, elegida, según lo acordado, presidenta de la Cámara, no se le ocurre nada mejor que cerrar la sesión abierta por los insultos fascistas con la lectura de las peticiones de instar procedimiento y detención contra «el diputado Negri».

Al día siguiente Anna tiene el examen oral del bachillerato. Sus examinadores no saben de quién es hija; le muestran el periódico con la noticia en portada de la protesta fascista y le piden que analice la noticia; el examen le sale bien: «Buenas capacidades dialécticas», le dicen.

partido político. Hasta su disolución en 1991, mantuvo siempre parecidos resultados electorales.

³ Mario Capanna es un político y escritor italiano, nacido en 1945. Fue el principal dirigente del grupo estalinista Movimento Studentesco, nacido en 1968 y con base en la Universidad Estatal de Milán. En 1976 ingresó en el PDUJ y con este en Democrazia Proletaria, partido del que llegará a ser secretario general, por cuyas listas fue eurodiputado y diputado en el congreso italiano.

37. Regreso a Rebibbia

En la espera, que se anuncia breve, de una nueva entrada en prisión, no hay posibilidad de pensar en la vida, ni de estudiar y trabajar para la reanudación de un movimiento. Tan solo puedo poner en juego el papel que represento. Vuelvo a Rebibbia, como diputado. Vuelvo a ver a los compañeros del GI2, luego voy al GI1, a discutir con los «comunes», también hermanos. Luego al de mujeres: vuelvo a ver a Fiora con emoción y a las compañeras de la «zona homogénea» con el afecto de un padre. Se puede hacer: el desastre del irreductibilismo combatiente es un dato sabido e inmodificable, y ya no hace de tapón de la lucha de todos los presos, sin provocaciones ni histerismos.

Voy a Nápoles, donde un formidable grupo de compañeros vive el dramatismo radical de la situación social consolidando caminos de lucha: en estos enclaves de la crisis política y social tal vez pueda construirse una fuerza que atraiga a su vez la atención de las fuerzas institucionales, en la firme determinación de no pagar el precio del agravamiento de la crisis.

38. Padua

De nuevo en Padua. En directo en Radio Gamma, desde las diez de la noche a las 3 de la madrugada: enorme carga de afecto y de alegría de los compañeros, de los amigos, de la gente. Pero también: en las discusiones, la percepción de una irreversibilidad resistente de comportamientos que, sin embargo, separada de un proyecto corre el peligro de convertirse en un fetiche osificado. Resistir puede significar también acumular desechos: resentimiento, falta de fantasía, repetición, no puede ser una compulsión de repetición de la memoria de un movimiento, por grande que haya sido. Lenguaje estereotipado, pobreza de referencias analíticas: un heroísmo de la solidaridad lisa y llana –un heroísmo de segunda mano, que oculta en su seno un síndrome de despotenciamiento y de agotamiento progresivo–.

Esta mañana en la prisión de Due Palazzi, intentan impedirme la entrada: una hora al sol con los familiares y los visitantes de los presos –para ellos esta crueldad inútil es una historia normal y cotidiana–. Veo a compañeros viejos y nuevos, fruto de los últimos *blitz* –¡que haya un infierno que acoja tu alma, Calogero!–. Y veo también a los comunes: voluntad de lucha y de transformación también en ellos.

La prisión representa hoy un retrato de la sociedad, que recoge signos articulados de las grandes transformaciones en curso: los delitos administrativos celebran la crisis de la representación política y el triunfo corporativo; los delitos de violencia expresan la caída de la solidaridad que ha tenido lugar; mientras que los numerosos delitos económicos muestran la voluntad caótica de producir contra el poder de mando y la jerarquía del capital maduro. En prisión se concentran las distintas facetas de la autonomía: la política, la apropiativa y vengativa, y la nueva autonomía empresarial. La sociedad es caos, la violencia de la institución se ha tornado en lo sucesivo en represión de toda innovación social: la ceguera de esa represión convierte en delictivo todo lo que es innovador, en criminal todo lo que es nuevo.

Todos, políticos y comunes, me dicen: «¡Toni, andate! ¡Escapate, escapate!».

39. El cuento del pajar

Intento de interpretación del «caso Negri»: el cuento del pajar que me contaba la abuela. Un campesino había construido un pajar de abajo arriba –bien hecho; pero lo había sobrecargado de heno, el pajar se había desencajado y el heno de debajo había empezado a pudrirse–. ¿Qué hace entonces el campesino estúpido? Agarra la horca para retirar el heno podrido de debajo; y le cae encima el pajar entero. Así actuó el magistrado: ha construido el 7 de abril por abajo, es decir, por la exigencia de acabar con la insubordinación social; luego lo ha sobrecargado, pero las bases no podían sostenerse y todo se le ha venido encima. Aquí entra en juego la corporación –magistratura y políticos– que no puede permitir que se reconozca la estupidez

del campesino. Mi abuela me decía que, llegado ese punto, para impedir problemas e infecciones, hay que quemar el pajar. Es lo que me parece que va a pasar: preparan las mechas para quemarlo todo y hacer que el fuego nos caiga encima. El «caso Negri» expresa una ideología agraria, paleocampesina, protoaristocrática.

Pero también me llegan ataques procedentes de antiguos compañeros: resentimientos, envidias –valdría la pena escribir al respecto un breve tratado sobre las pasiones vulgares de la izquierda–. Por la derecha me acusan de responsabilidad moral, de haberme aprovechado de mi posición para «educar en la violencia y el atropello»: por eso debo volver a la cárcel. Por la izquierda me acusan de haberme dissociado del terrorismo: por eso uno es un infame que merece la muerte. En el centro están los que quieren instrumentalizarme. Y solo no soy capaz de sostener esta batalla en varios frentes... Y entonces, ¿por qué no he practicado de inmediato el sabotaje y el ausentismo, por qué no me he evadido de verdad – como me reprocha Paola–? ¿Por qué sigo teniendo dudas sobre lo que he de hacer? Porque hay que mostrar hasta el fondo la perversidad del adversario. Mi desprecio es denuncia de su perversión: ellos ganarán, no me hago ilusiones al respecto. Pero estoy tranquilo: todos deben odiarme no solo porque el patrón –el «real», o el triste y rencoroso que anida en el seno de las instituciones– se lo ha ordenado, sino porque siente plenamente mi desprecio.

Luego, en cambio, paso un día en Nápoles para dar algunas entrevistas televisivas. Tenemos que ir en coche porque hay una huelga de trenes, pasamos por Formia, y con un grupo de compañeros vamos todos a cenar a la montaña, lugares bellísimos y terribles, donde nos perdemos varias veces por veredas inaccesibles, y finalmente nos reunimos en el restaurante, con tanto apetito y tanta alegría que hasta nos dieron ganas de invitar a nuestros guardias de la escolta, que nos habían seguido y se habían perdido –caras lampiñas y asustadas, después de la aventura–. Veladas así me devuelven al placer de la vida y de la lucha.

Antes de irme unos días de vacaciones, presento en una conferencia de prensa el proyecto de ley sobre la reducción de la prisión preventiva preparado por los compañeros.

40. Cumpleaños

Cumplo cincuenta años: ¡pequeñez de vida la mía! Justo hace diez años, en una gran cena con cien compañeros, empezaba la aventura de la autonomía: hoy, naufrago en una isla oscura, escapado de la tormenta del juicio, siento cómo mi vida implosiona en la tensión más extrema.

He tomado la decisión de huir, pero no hago ningún tipo de preparativos: temo que la preparación haga menos fuerte mi decisión. Vivo una especie de largo y extenuante suicidio, en el que las palabras mismas se me antojan paupérrimas para describir el objeto –repugnancia tanto hacia aquel como hacia estas–. ¿Por qué debo elegir entre la vida y la muerte? ¿Por qué no dejarme deslizar por el estremecimiento único y último del final?

«Mientras estabas en la cárcel y todo parecía perdido, Aldina me dijo: ¡no te rindas, al menos no se ha suicidado!», me grita Paola. «¿Por qué no prepararás la fuga?».

Porque quiero vivir toda esta historia al borde de una muerte posible, sin ambigüedades. Y en ese margen que será la evasión: después de haber experimentado hasta el fondo su perversión y sus mortíferas elucubraciones.

La muerte nos acompaña, el suicidio vive junto a la voluntad de vivir. No hay por qué asustarse: es la vida la que decide, en su verdad inmediata. Si no fuera así no valdría la pena ni vivir ni morir.

Mientras tanto, el relator liberal de la discusión en la Junta parlamentaria ha enfermado de sarampión. Historia grotesca, lindante con una maldad andreottiana: pido el pasaporte de parlamentario y no sabiendo cómo negármelo hacen que rebote de un despacho a otro. Con la escolta, polémicas interminables y algún episodio cómico: un día en Venecia llevo a mis hijos a la basílica dei Frari, a ver *La asunción de la Virgen* de Tiziano, seguidos por cuatro policías de civil que parecen salidos de una mala película policial –vestidos todos igual y con grandes bigotes–. Dentro de la iglesia explico con cierta turbación la pintura a Anna y Francesco: los gendarmes se ven obligados a escuchar, se harán con algo de cultura sobre la escuela véneta. Por último, escena en Milán: Paola mete la marcha

atrás del coche contra la escolta; yo me bajo y empiezo a dar puñetazos sobre su capó, como hacíamos en los piquetes contra los rompehuelgas; pido explicaciones –«tenemos orden de seguirlo, y es lo que hacemos»–; luego, sin que dejen de seguirnos, vamos a la comisaría, donde pongo una denuncia, porque se han negado a identificarse.

Voy a Gressoney, a ver a Marcello Gallo, extraordinario penalista y amigo, aunque democristiano. Yo lo nombraría ahora mismo ministro de justicia, pero sus compañeros de partido no parecen estar de acuerdo: tal vez porque, a diferencia de tantos políticos convertidos en embusteros, él es un embustero que se hizo político para combatir la injusticia; que siente, aunque sea un moderado, en términos sencillos como «jurista» y como antifascista.

41. Carta a Tortora

De Milán y Padua, para no perder la costumbre, llegan otras tres solicitudes de autorización para proceder contra mí: la palabra de tres arrepentidos contra la mía. En *il manifesto* publico una carta a Enzo Tortora, que hoy experimenta en su propia carne las dentelladas de esa inquisición respecto a la cual, como distinguido liberal, se había mostrado hasta entonces indolente, cuando no como fiel «soldadito»:

Tal vez la dramática historia que ha vivido le sirva a usted y a la gente para entender lo que es la cárcel, lo que es la justicia y lo que son los arrepentidos en Italia. A mí me tocó estar durante meses y bajo el silencio de muchos (incluido el suyo, entonces distante años luz de esta experiencia) verme relacionado involuntariamente en la televisión y en los periódicos a un teléfono: el que anunciaba a Eleonora Moro el asesinato del marido. Como puede ver, no hay que irse muy lejos ni recurrir a «aquellos encarcelamientos soviéticos y fascistas, crueles, repentinos, sin motivo alguno». Nuestro presente es análogo, a veces incluso peor. Un juez le dijo: «Le deseo buena suerte». Y usted se indigna con razón, porque a los magistrados no les corresponde administrar la suerte, sino la justicia.

42. *Nun te fà ripijà*

Tres horas de reuniones en la Junta para las autorizaciones: en medio, mi comparecencia. Mantengo un perfil medio-bajo, planteo algunos elementos de peso para la defensa. Los miembros son esfinges, está claro que aguardan instrucciones: parece que se dibuja una mayoría DC-PCI-MSI favorable a la detención, con socialistas y radicales en contra. De Luca, el presidente, saca a colación algunos precedentes –el separatista siciliano Concetto Gallo, Moranino, Saccucci–. Luego, durante la noche, los equilibrios parecen modificarse, los comunistas están azorados (Cacciari está convencido de que se puede obtener algo si se consigue ganar tiempo), quieren que el asunto ocupe su «parlamentito», donde las posiciones son divergentes. Su relator, un tal Loda, que por la mañana había propugnado con dureza mi detención, termina siendo reprendido por la tarde: a los comunistas les da vergüenza verse representados como Noske redivivos; la dura batalla de Rossana y de los compañeros de *il manifesto* empieza a dar frutos. Al final solo el *misino* vota por la detención, por una gran mayoría se decide el aplazamiento hasta septiembre.

He ganado otro mes. Tengo dolor de cabeza: solo tengo Marlboro para fumar, y el Marlboro me sienta mal. Con Paola cruzamos Campo de' Fiori camino de un fonda; un chico que está desmontando un puesto me pide un cigarrillo –«Pero si usted es el profesor», dice atrapando el cigarrillo: «*Nun te fà ripijà*», añade, ofreciendo una rosa a Paola, «*nun te fà ripijà*».⁴

43. Estrellas errantes

Finalmente consigo tomarme unos días de vacaciones, en Montescudaio: el pueblo precioso y agradable la casa alquilada; el vino local está a la altura de su reputación. Al fin empiezo a descansar. Aquí en los pueblos de Val di Cecina la gente es

⁴ «Que no te atrapen de nuevo», en romanesco.

comunista, no faltan las ganas de discutir, y de hecho se empieza a hacerlo, primero en el bar y luego en las casas: las luchas obreras, la crisis siderúrgica, la reestructuración de Piombino (veinte años atrás intervenimos en Piombino, lo recuerdo bien). Las discusiones se amplían con los amigos que vienen a vernos; como no podía ser de otra manera el tema estrella es la política: hay un vivo contraste entre la dulzura del paisaje y la tragedia institucional y política que estamos atravesando. Me dicen que en las fábricas los obreros empiezan a cabrearse otra vez. Pero es necesaria una profunda autocrítica que no solo toque a los partidos, sino también a algunos estratos de clase obrera que han permitido, para defender sus propios intereses corporativos, nuestra masacre. La secuencia está clara: 7 de abril, despidos políticos en la FIAT, derrota del 81 –en fin, el caos, atravesado por la reestructuración industrial–. Las condiciones negativas de la crisis producen estancamiento: y por medio están la cárcel, como arma de constricción social; la reestructuración industrial salvaje, que destruye en las fábricas y en los barrios las agregaciones obreras; la guerra en el Líbano; el terror nuclear –todo provoca pasividad y miedo–. Un miedo que se despliega sobre las cabezas de todos como una nube cargada de desgracia que lo equipara todo con su sombra.

En esta situación, la política sólo puede refundarse partiendo de una iniciativa instalada en la ética, en el común, fuera de la espantosa soledad que de lo contrario tenemos que sufrir: qué adecuado a la actualidad es el Leopardi que leo y releo, entre la prisión de Recanati y la pasividad y vacuidad de las costumbres de los italianos, entre la segunda y destructiva naturaleza que nos deslumbra y la revuelta ética que en la soledad expresa su poesía.

Muchos compañeros que veo en estos días se han apartado de la militancia, han formado una familia, trabajan, tienen hijos: no para acomodarse en la vida privada, sino para refundarse, esperando un signo – ¿profético?–. Pero no habrá más signo que el que sepamos construir, plantar en la realidad: si no somos capaces nosotros también de transformar la inquietud ética en poesía, en producción de nuevos signos concretos de la vida –nuevos hijos, nuevas comunidades, justicia–. Son las noches en torno a la onomástica

de San Lorenzo, el cielo está atravesado de estrellas fugaces: la felicidad tiene que reconstruirse en lo concreto, empujando la inquietud hasta su límite ético interno. Producción de esperanza, de novedad: *Peu de gens devineront combien il a fallu être triste pour ressusciter Carthage*.⁵

44. Esquizofrenia

Esquizofrenia: mía, pero también de lo real. De nuevo en Rebibbia, primero en el G12 y luego en el de mujeres: mido la continuidad entre el mundo externo, el de fuera de la prisión, y el interno en la discusión con los compañeros y las compañeras, y al mismo tiempo expreso la voluntad de romper el continuo indistinto de represión y prevaricaciones que no se percibe desde el exterior. Voy a las celdas. Está Enea Guarinoni, cabreado por una historia de objetos perdidos y encontrados que solo cobra sentido en el agosto carcelario. Luego Fiora Pirri: con ella y con sus compañeras hablamos de la campaña política sobre las libertades y contra las leyes especiales, en favor de la cual se han posicionado con toda la inteligencia y el brío que estas mujeres saben poner en lo concreto. «Andate: ya hiciste todo lo que podías hacer», me dicen las compañeras: «Aún no», respondo, «me quedo hasta el final», –«Vigilá que no vuelvan a atraparte».

Voy también al G9 a ver a los detenidos fascistas: ellos también forman parte del mundo carcelario, sus voces deben encontrar el modo de acreditarse como parte del movimiento de las prisiones. ¿Pero qué es lo que estás haciendo?, me dicen desde la izquierda. Son fascistas, su violencia ha sido un instrumento del Estado. Argumento falso, respondo: pueden haber sido instrumentalizados, pero –salvo que leamos la historia con las lentes maniqueas de un Valiani–, en la mayoría de los casos estos muchachos son solo uno de los productos del sistema bloqueado de la política

⁵ «Pocos son capaces de percibir cuánta tristeza hizo falta sentir para revivir Cartago», Gustave Flaubert, *Salambó*.

italiana. En todo caso, no tienen que ver con Almirante más de lo que puedan tener que ver mis compañeros: y están arraigados en el movimiento de las prisiones.

Detrás de estos muchachos de derecha está la historia de la provincia italiana y de sus inquietudes, de los barrios romanos y de sus antagonismos. A mí el fascismo siempre me ha dado asco: ¿pero no resulta ciego e inhumano llamar fascistas a estos muchachos y no a los gestores del «compromiso histórico»?

Al día siguiente ando por Montecitorio con algunos amigos. Únicas presencias en los despachos vacíos por la pausa estival, auxiliares adormilados y cronistas parlamentarios, acurrucados sobre el fango como moscas, mientras a su alrededor la P2 enloquece.

A los amigos les digo que me ayuden a preparar todas las alternativas posibles: mi decisión por la libertad ya es irreversible.

45. Vientos de guerra

Vuelvo a Montescudaio: junto al siroco que llega del mar, lo que percibo son vientos de guerra. Estamos de nuevo en una Guerra de los Treinta Años –guerra contra la humanidad, en un mundo político reducido a filibusterismo–. Como en el siglo XVII, uno pregunta si estamos en guerra, pero nadie lo reconoce. Pero el hombre del siglo XVII espera una muerte repentina: ahí nace el Estado moderno, entre terror y reestructuración de los aparatos de poder. Hobbes, el gran mistificador, narra el miedo como si corriera entre individuos aislados: en realidad corría en las cabezas de todos los seres humanos, a la vez –hado, no antagonismo–. Del sentido de la catástrofe inevitable, de su chantaje, nace el Estado moderno: no de la lucha por la seguridad y la libertad. Quisiera ser capaz de explicar a los que tengo al lado la guerra continua de nuestro siglo, los efectos que produce: *metus ad superstitionem* (miedo que se convierte en superstición) –pero parece que nadie quiere entenderlo–. Sin embargo, por primera vez volvemos a ver a nuestros hijos enviados a la guerra, con Spadolini mandando

soldados al Líbano con la estupidez de un Facta,⁶ participando en una guerra reptante sin comprender sus implicaciones, sus dimensiones: corre a venderse a los estadounidenses para poder proponerse como *Gauleiter* de una provincia del Imperio. Se las ingenian con la maña de un tendero para que las tropas se vean y no se vean: todo lo que saben de diplomacia lo han aprendido en los manuales del liceo –creen que el Líbano es Crimea y quizás ellos mismos se sienten como los nuevos Cavour y La Marmora–. Y cuentan con salir del lío un instante antes del desastre, como Mussolini con Francia –y luego nuestros muchachos descalzos y mal armados fueron obligados a ir a Grecia y Rusia–. Quienes, como Bocca, me acusan de ambigüedad, que miren a su alrededor, que observen la ambigüedad densa y espesa de sus amigos y patrones, el marchitarse de la inteligencia en frío oportunismo. Me deja pasmado su aparente sinceridad, no es posible que sea auténtica; con los muchachos con los que se acuestan, estos señores tendrán al menos un instante de confianzas: ¿cómo harán para decirles que tendrán que ir a la guerra?

He rechazado la guerra desde dentro del movimiento, luchando para que el estado de guerra entre las clases no se transformara en guerra abierta: ¿y ahora tendría que aceptar el orden de guerra abierta que nos propone un gobernante irresponsable? ¡No y no! Si se rechaza la guerra, se la rechaza en su integridad: solo la paz es condición revolucionaria. Redescubrir la paz como condición revolucionaria.

En Milán vuelvo a ver a Bifo: también hablo con él de la guerra. Me cuenta un montón de cosas banales, pero ciertas: que, más allá de los destellos que llegan del Líbano y que apestan a muerte, la guerra es el horizonte inevitable de nuestro ser. Y en California le han enseñado que de esa situación no se sale, pero que uno puede

⁶ Luigi Facta, político italiano nacido en 1861 y muerto en 1930, fue miembro del Partido Liberal y giolittiano, ocupando distintos cargos gubernamentales. Partidario de la neutralidad antes de la Primera Guerra mundial, tras el estallido del conflicto y la muerte en una acción aérea de su hijo, se declaró orgulloso de haber sacrificado a su hijo por la patria. Fue el último primer ministro italiano antes de la entrega del gobierno a los fascistas de Benito Mussolini.

salvarse a través de una disciplina ecológica de la mente. El suyo es un discurso que querría ser desencantado, pero que no deja de estar a la defensiva, en la desproporción que reconoce entre potencia de la guerra y de la enfermedad, y debilidad de la mente y de la vida (también la ecología de la mente en Italia se ha convertido en un transbordador para pasar del antagonismo a la posmodernidad). Sin embargo, si se pudiera reconstituir un colectivo y volver a producir pensamiento común, podríamos dar la vuelta a esa relación entre muerte y vida.

46. El Maestro

Excursión a Capalbio: conozco a Ettore Gallo, persona fantástica. Comandante partisano, torturado en Villa Giusti por los fascistas de la infame «Banda Carità», y luego en los primeros años cincuenta torturado (no físicamente, afortunadamente) en Vicenza, por los reaccionarios locales, de los más infames que puede uno encontrarse. Hablando con él, que en la Resistencia tenía por nombre de guerra «Maestro», me siento orgulloso por primera vez del apelativo de «mal maestro», aunque mi orgullo mengüe delante de él, antifascista radical. La Corte Constitucional no lo merece. Por la tarde llegan Asor Rosa y otros viejos amigos y conocidos: ¿soy aún un «mal maestro» o solo un «mal amigo»? Hacemos la visita a las torres de Capalbio: parece como si hubiéramos vuelto a escuchar a los Beatles juntos, apunto con ironía. «¡Que no te atrapen de nuevo!» también aquí, me dicen Asor Rosa, Gallo y todos.

A los pocos días, Giorgio La Malfa, desmemoriado de ser hijo de un prófugo y clandestino en la Roma ocupada por los nazis, ataca al Maestro por haberse visto conmigo.

47. Mi marxismo

Vuelvo a Venecia: tomo un respiro, antes de un mes decisivo, lleno de compromisos y mítines previos al voto de la Cámara. Hago balance sobre mí mismo: soy, sigo siendo marxista. En los años de

prisión lo que me ha dado fuerzas para continuar trabajando ha sido la fe en la revolución. Marx es optimismo de la razón –«mi» Marx más allá de Marx y Spinoza representan la certeza lógica de la posibilidad de la revolución–: atenuar la rabia por la injusticia a través del análisis de sus causas estructurales y construir de tal suerte el odio más alto contra la explotación y el dominio.

Soy marxista porque sé que dentro del capitalismo desarrollado vive una sociedad revolucionaria: Marx nos ha llevado a esta toma de conciencia, que para él era teórica y para nosotros es real. Desde luego, no he tenido que esperar a André Glucksmann y Aleksandr Solzhenitsyn para descubrir los Gulag, que conocí ya en el 56 –y ya entonces nos preguntábamos qué tenía que ver Marx con eso–. Mi Marx no es el del oportunismo dialéctico, sino el rejuvenecido por las luchas seculares de los proletarios de todo el mundo: por el comunismo.

No sé qué nos deparará el porvenir a mí y a todos: sé que la explotación es inaceptable, que rechazarla se ha vuelto natural –ha nacido un nuevo iusnaturalismo–. La existencia es fuente de revolución.

48. Discursos, hipótesis, palabras

Mitin junto al Po, en Gualtieri, en la provincia de Reggio Emilia, rodeado de mucha gente: un mundo fuerte y franco que conozco desde siempre, cercano a mi tierra materna. Aquí la historia de las luchas campesinas se conecta sin interrupciones con un sentido de la libertad que solo el horizonte infinito de la llanura padana sabe expresar. Rodeado de estos queridísimos compañeros me he sentido en casa: en los ojos de la gente y en su sonrisa, en los movimientos de los muchachos y en el cantar común me afloran recuerdos de juventud, y el recuerdo de la Aldina que baila en la era. También aquí miserables provocaciones –el padre del pobre Alceste Campanile que ha venido aquí para llamarme asesino– y algunos periodistas que aguardan una bronca que al final no llega. Voy a ver las pinturas de Ligabue, que llevó su vida de hombre libre en estas tierras.

Luego, de nuevo en Roma, paso todo el día leyendo la documentación que llega de las prisiones de toda Italia. Documentan luchas, huelgas para la solución de la «cuestión carcelaria» –prisión preventiva, condiciones de detención, aplicación de la reforma del 75,⁷ petición de nuevos códigos–. Luchas de tipo nuevo, pacíficas y de masas, coordinadas con una enorme sabiduría táctica, que no se dejan enredar en enfrentamientos insostenibles. Es una lucha que va más allá de la alternativa ciega entre desesperación y aceptación servil de la disciplina carcelaria: lo deja a uno pasmado la desproporción entre la cantidad, verdaderamente enorme, de esperanza de justicia que mueve y sostiene estas luchas, y la rigidez, la insensibilidad, la rudeza que reciben por parte del Parlamento y del gobierno.

Me reúno con el ministro de Justicia, para exponerle el proyecto de un congreso sobre las formas alternativas al encarcelamiento que los compañeros quieren organizar en Rebibbia: la conversación soslaya el tema de la salida de la emergencia. Martinazzoli es un hombre inteligente y desencantado, desde luego no es un cínico: pero se puede ser reaccionario limitándose a ser solo realista. ¿Se celebrará el congreso? Sí, no, tal vez, veremos, los motivos de seguridad, las dificultades del Ministerio, etc.

Larga discusión con Gad Lerner: «No interviniste a tiempo para bloquear el precipicio desastroso por el que se estaban despeñando la luchas», me echa en cara –no es cierto–. El problema era la desproporción, la desmesura que se vivía en los movimientos, entre la pobreza de los medios organizativos y la modificación radical de las necesidades y los deseos. Nosotros intentamos intervenir en esa articulación; otros atacaron las consecuencias de la desproporción, en vez de remontarse a sus causas. En ese error se arruinaron los grupos dirigentes del movimiento, incluido el de Lotta Continua, y antes incluso el de PotOp. Cito las *Notas estivales*

⁷ La reforma del ordenamiento penitenciario italiano, aprobada por el parlamento en 1975, pretendía adecuar la situación de las cárceles a la constitución italiana. Introdujo, entre otras cosas, medidas alternativas a la prisión, juzgados de vigilancia penitenciaria y el reconocimiento de la cárcel como pena residual. Sin embargo, la mayoría de sus disposiciones no se aplicaron.

del CENSIS, que fotografía la descomposición social en marcha sin hipocresía: atonía de la sociedad, imposibilidad de aferrar un cuadro global. No fingen que el desierto es un jardín, y eso es un mérito –pero permanecen en el deseo ideal del jardín, sin medir la profundidad de la desertificación de la vida–. No hay varita mágica que valga: nos corresponde a nosotros profundizar las razones de nuestra historia, plantear de nuevo el problema que ha quedado sin resolver, estudiar el contenido de la catástrofe que ha vivido nuestra generación y que no puede ser borrado. La revolución ha planteado algunos problemas fundamentales y se ha visto obstaculizada e impedida en el paso a la organización de necesidades y deseos nuevos y maduros: lo que no se ha expresado como constitución ha quedado en el ánimo, y se manifiesta en la infelicidad y la angustia de una generación.

Rossana me propone una hipótesis de investigación sobre las modificaciones de la composición de clase en el Norte: ¿pero qué clase, Rossana? La que está en disgregación es solo disgregación, y la que ha pasado a través de la catástrofe se mueve acumulando retrasos, ¿quién puede saber cuándo y cómo se expresará? ¿Cómo aferrar los hilos que teje?

49. Preparativos de boda en el campo

El primer signo del conocimiento incipiente es el deseo de morir. Esta vida parece insoportable, cualquier otra, inalcanzable. Ya no se siente vergüenza de querer morir; se solicita que nos lleven desde la antigua y odiada celda a una nueva que, a partir de ese momento, aprenderemos a odiar. Un resto de fe contribuirá a ello. Durante el transporte pasará casualmente el Señor por el corredor, verá al prisionero y dirá: «A este no debéis encerrarlo de nuevo, viene conmigo». (Franz Kafka)⁸

⁸ Franz Kafka, *Aforismos, visiones y sueños*, Madrid, Valdemar, 1998.

50. Prisiones y Parlamento

Sigo dando entrevistas; repito constantemente el mismo lema –«La única banda clandestina en la que he ingresado en mi vida ha sido el Parlamento»: su lejanía respecto a los problemas del país y su condición de mera exhibición de una imagen perversa del Estado hace que el Parlamento se convierta en eso—. Desde otros lugares remacho: solo quienes no han leído nunca a Mosca, a Pareto, a Weber pueden creer que el país se reconoce en el Parlamento. Curiosa paradoja: los «periódicos de cabecera», los de Cavallari y Scalfari, se indignan –pero ni un solo diputado me lo echa en cara cuando me ven—. Mientras tanto, el movimiento de lucha en las prisiones continúa creciendo, las formas de lucha son civilísimas, ni un solo incidente que pueda desencadenar la espiral provocación-represión: pero aquí, en este salón de los pasos perdidos,⁹ ni una sola palabra. Los radicales alegan dificultades (¿cuáles?), los compañeros de DP son los únicos que se mueven, con gran generosidad, junto a algunos católicos; la *Sinistra Indipendente* empieza ahora a discutir el asunto:¹⁰ pero son hombres de la administración, políticos casi por casualidad; les llevará mucho tiempo desentrañar cada hilo del derecho y del revés de la trama –mientras tanto, el movimiento camina hacia adelante con sus propias piernas–.

51. Trucos políticos

De nuevo en la Junta para las autorizaciones. A diferencia de la reunión anterior, esta vez mi discurso es fuerte y sin medias tintas. Trato de explicar la locura de Calogero e insisto en que el poder de

⁹ Se llama así al salón que se encuentra enfrente de la entrada al llamado «salón Transatlántico» del Palazzo Montecitorio, sede de la Cámara de diputados.

¹⁰ Desde el primer parlamento de la República italiana en 1948, la *Sinistra Indipendente* ha sido el nombre del grupo parlamentario formado por las personalidades independientes elegidas en las listas de los partidos de izquierda, sobre todo del PCI. Debido a su número, hasta finales de la década de 1980 pudo formar un grupo parlamentario y participar con independencia en las comisiones parlamentarias.

la magistratura tiene que ser devuelto a su correcta colocación constitucional: es un diálogo de sordos. Deciden mandarme al Pleno con la petición de una nueva entrada en prisión, pero, después de un duro intercambio, se pide que se suspenda la discusión hasta que se emita la sentencia de primer grado. En la Junta el aplazamiento no tenía ninguna posibilidad de ser aprobado, pero en el Pleno las cosas son distintas. Es un compromiso aceptable, resultado del trabajo de muchos compañeros: una propuesta que reune a PCI y PSI y rompe por primera vez el eje DC-PSI, que constituía el partido de la firmeza. ¿Quiere esto decir que, por primera vez, el PCI abandona ese terreno sobre el tema de los derechos? Así lo piensan Rossana y los del *manifesto*. Lo cierto es que la base del PCI está alborotada: puede leerse hasta en los periódicos, en los informes sobre las Fiestas de *l'Unità*. Pero Mellini,¹¹ en la Junta, ha salido de la sala antes del voto: percibo una atmósfera extraña. Pannella no está dispuesto a aceptar bajo ningún concepto la formación de este frente en la izquierda: odia la unidad de las izquierdas, y teme que la misma le arrebatase el monopolio de la defensa (por otra parte indolora, si la hace él solo) de los derechos civiles. Pannella es un estadounidense, un anticomunista, a veces progresista «con dos pistolas cargadas con cartuchos de foguero y una cesta llena de palabras»,¹² pero completamente insensible o, mejor dicho, hostil por principio a la unidad de las izquierdas: Mellini, que tiene la desgracia de ser sólo de Civitavecchia, y de ser generoso e inteligente, sufre la política de su jefe.

Pero tampoco entre los diputados de la izquierda están las cosas claras. Lula, vieja amiga mía, ahora diputada de la Sinistra Indipendente, critica la vehemencia de Rossana: piensa que una mayor prudencia daría más frutos. Solo Rodotà dice las cosas en claro: «A efectos del proceso, resulta indiferente que Negri esté dentro o fuera»; el aplazamiento es «una vía practicable si no se

¹¹ Mauro Mellini, jurista y político italiano, nacido en 1927 y muerto en julio de 2020. Fue elegido diputado en las listas del Partito Radicale que contribuyó a fundar.

¹² Se trata de versos correspondientes a la canción «Il signor Hood», del cantautor italiano Francesco di Gregori.

puede poner freno a la solicitud de arresto», pero con la condición de que el Parlamento aborde de inmediato la cuestión de la libertad provisional y de la prisión preventiva. En lo que a mí respecta, estoy de acuerdo con Lula en que estoy metido en un gran lío, pero no creo que el problema se pueda resolver solo con la táctica. No tengo, ni entiendo, la concepción desencantada del Estado de estos compañeros que, sin embargo, han atravesado el 68 como yo. Respecto a Rossanda: valoramos de manera distinta la violencia de la relación institucional implícita en el proceso. Ella parece creer que la inercia de las instituciones es superable y que el «compromiso histórico» ya es historia pasada –mientras que para mí continúa reptando bajo cuerda–. Nota de color: lapsus de manual de Neppi Modona,¹³ que en vez de *fumus persecutionis*, escribe en el periódico «*humus persecutionis*». Exactamente: no un atisbo, sino un sustrato –¡es el inconsciente, que es un primor!–.

Empieza a hacerse el recuento de los votos: después de la abstención de Mellini, exijo a Pannella que hable a las claras sobre el comportamiento en el pleno –¡o votos no son pocos en este equilibrio precario–. La respuesta no es ni un sí ni un no; hay que respetar el código de comportamiento de los radicales –que prevé la abstención del voto, siempre, mientras la cuestión de los derechos civiles siga sin formar parte de la agenda de gobierno–, pero promete que no harán nada para impedir una solución que me deje en libertad. Sus discursos, todos en negativo, llenos de lýtotes y de paréntesis que no siempre se cierran, me horripilan: esperemos lo mejor...

No obstante, hay motivos de satisfacción por el trabajo hecho en estos dos meses: al fin y al cabo hemos conseguido abrir un resquicio, una posibilidad que es un cuchillo hundido en la inercia institucional, que corta sus conexiones con la ideología de la emergencia.

¡Bien hecho Toni, *a good work!* Una buena papa caliente la que les dejo entre manos.

¹³ Guido Neppi Modona, jurista y magistrado italiano, nacido en 1938. Fue miembro de la Corte Constitucional italiana entre 1996 y 2005.

52. Compañeros toscanos

Entrevista y diálogo con los oyentes en una radio en Pisa, por la noche mitin en la fiesta del *Avanti!* Esa tarde, los compañeros autónomos de Pontedera y de Lucca, los ex-LC de Pisa, me dicen todos: «No vuelvas nunca más a la cárcel». Autonomía frente a la institución, libertad frente a un Estado perverso, rechazo de las leyes de excepción y del poder abusivo de la magistratura: en estos motivos hay un sentimiento fuerte y duro de autonomía y de libertad que me conmueve –con franqueza, como es propio de los compañeros toscanos–. Luego, por la noche, mitin en Livorno delante de al menos mil personas. Bajo el sabor denso del mar hablo de la cárcel y del movimiento de las prisiones, que exige una profunda transformación institucional. No hablo de grandes principios políticos, sino de derechos, de constitución material, de cosas concretas: gran sintonía con los compañeros presentes en la sala, también aquí emoción: exdetenidos que lloran como niños, otros cuentan las injusticias padecidas. Poco a poco los presentes rompen sin violencia el servicio de orden de los portuarios y se apelonan a mi alrededor. Más tarde, con más calma, hablo con los compañeros de la base socialista: descubro una voluntad libertaria que con excesiva frecuencia se pierde en los tapices del Palacio.

53. Desencanto

Entre Padua y Venecia vuelvo a ver a viejos amigos. Entre ellos a Feliciano, gran y viejo intelectual burgués, convencido de que el mundo no puede ser distinto de cómo es –lucidez del reaccionario en la praxis; pero también intelectual puro que se permite el placer teórico de la transformación como juego intelectual que no se aplica al mundo–. Su ironía, su iconoclasia reaccionaria me llevan a verlo como un Paolo Sarpi moderno frente a una crisis distinta de una república distinta. Resulta asombroso el modo en que su generación dejó pasar sin mover un dedo la demonización de Padua, del Véneto y de mí mismo: sin embargo, conocían perfectamente la falsedad de la acusación y compartían conmigo la náusea hacia los grandes

medios de comunicación. Voltaire escribió acerca de la Universidad de Coimbra que:

Después del terremoto de Lisboa, que destruyó tres cuartas partes de la ciudad, los sabios del país no encontraron mejor remedio para impedir la ruina definitiva que un buen *auto de fe*; la Universidad de Coimbra deliberó que unas cuantas personas quemadas a fuego lento, en una gran ceremonia, era el secreto infalible para impedir que la tierra volviera a temblar.¹⁴

Con la prudencia y el esnobismo de quienes no quieren ensuciarse las manos, han pensado lo mismo de la Universidad de Padua: y con la papalina en la cabeza y el gato en las rodillas, han esperado a que pasara la furia institucional, siempre desdramatizando, nunca defendiendo a cara descubierta. Desencanto del poder y de la crisis: ¿pero por qué aceptan ser infelices?

También Massimo Cacciari es, en el fondo, de la misma estirpe. Antaño su inteligencia me turbaba, ahora me divierte su voluntad desesperada de sobrevivir en la crisis: en su caso el desencanto se ha trocado en una clave estética. El desencanto puede ser también, para el reaccionario, un modo para continuar ganando dinero o haciendo carrera: para Massimo eso es algo irrisorio –lo que importa es el saber–. Pero el suyo es un saber que se zafa de todo horizonte de esperanza, que deposita la posibilidad de redención en un mero acto de conciencia, en una transcendencia ética o estética. El cinismo se torna en desprecio de todo lo concreto en un sentido absoluto, como horizonte, con una fe ciega en la potencia de la inteligencia que, aunque minada por el sarcasmo, se aplica al caso empírico. Para él lo político es eso: el mundo no puede ser cambiado, sino sólo administrado por la inteligencia aplicada a lo empírico. En ese horizonte desesperado, se pueden ganar algunas pequeñas batallas –«vamos a intentarlo contigo, Toni», pero sin excesivas ilusiones–.

En Massimo atisbo mi pecado (¿pero lo es de veras?), colocado en el reverso del desencanto, en la esperanza: el núcleo duro de valores lo busco en lo concreto, en su totalidad. Mi búsqueda es igualmente

¹⁴ Del capítulo sexto de *Cándido o el optimismo*, de Voltaire.

desesperada, pero alimentada por una confianza inagotable. Por eso la evasión es necesaria: para hacer concreta la protesta no solo contra el tribunal, sino sobre todo contra los que piensan que la esperanza no es una pasión que se puede ejercer: solo siendo libres es posible reanudar una acción de pensamiento.

54. Círculos concéntricos I: la anulación de la inteligencia

A pesar de todo, el proceso milanés está mostrando lo bajo que había caído la burguesía roja milanesa y la perversión de las estructuras del Estado. Y cuán bajo siguen postrados, en su pertinaz determinación de dar crédito a la figura de un Barbone, construida a propósito al objeto de liquidar sus crímenes con sus declaraciones –con las cuales hace suyo el testigo que le ha pasado Fioroni–. Detrás estaba –como tal vez detrás del asesinato de Tobagi– la crisis de una fracción de la burguesía roja milanesa, la misma que a veces se quiso «más» comunista –es decir, la que estaba, por un lado, vinculada al PCI, a la Casa de la Cultura, a las revistas del Partido, mientras, por otro lado, lanzaba miradas más a la izquierda–. Ahora estaba acosada por el PSI craxiano y se veía incapaz de gobernar –y/o defender– su propia y presunta hegemonía cultural. Molesta, por otra parte, por el hecho de que el PCI estuviera abdicando, con el «compromiso histórico», con la alianza con los católicos y con la Confindustria, de toda aspiración a la hegemonía. En semejante situación, el odio hacia el PSI anidaba en esa fracción de la burguesía roja y era verosímil que el asesinato de Tobagi (socialista en el *Corriere della sera* y perplejo, cuando no contrario, frente al teorema calogeriano) hubiera sido inspirado en ese sentido. No obstante, yo desde luego no sabía nada más al respecto, ni tampoco mis compañeros milaneses podían verificar todo esto: quedaba la sospecha. Y la sensación de que el proyecto de eliminar de las zonas de poder a los *parvenus* socialistas había representado, en aquel periodo turbio, un último conatragolpe en respuesta a la derrota de aquella clase política de alcurnia –de color rojo y bien inserto, por patrimonio familiar y cultural, en los ambientes periodísticos y financieros de la metrópolis lombarda–. El protagonismo de Barbone en el «proceso

Rosso» de Milán y en el «7 de abril» en Roma podía antojarse, a la vez, como la última fechoría de aquella gente y la conclusión de una historia. Preguntaba a mis compañeros qué estaba pasando en Milán: me respondían que, aparte de oscuras maniobras financieras y de cambios de grupos de poder (un par de años después nos enteraríamos de que el *Corriere* de Angelo Rizzoli estaba en manos de la P2), no pasaba nada de particular importancia, salvo la obscenidad de la decadencia de toda izquierda cultural y política.

Y en lugar de una vasta indignación que habría debido inundar la «capital moral», no pasaba nada: salvo la carrera más desenfrenada para justificar el *pentitismo* como un hecho consuetudinario no ya jurídico y político, sino social, para los menos avispados; o, para los más cínicos y astutos, una barajada meticulosa de hechos y mentiras, que termina metiendo todo en el mismo saco –autónomos y terroristas, jueces y policías, *Corriere* y Mondadori, periodistas y *piduisti*¹⁵–. Todo sazonado con una pizca de clericalismo –la conversión es una panacea para todos los males– y con la palabra mágica que pacifica las conciencias: crisis.

Seguía insistiendo con los amigos. Primo Moroni y Sylvie, entre otros, se llevaban las manos a la cabeza: sabían que no se trataba de un fenómeno improvisado, que su comprensión exige una ampliación en círculos concéntricos del discurso. De la crisis de la burguesía roja a la relación represión-perversión, en primer lugar: la transformación del miedo en resentimiento y la anulación de la inteligencia que se torna en pulsión de muerte. Aquí la dimensión trágica que envuelve el destino de Tobagi se desvanece: el abandono de las tareas éticas e intelectuales no tiene nada de trágico –aquí apatía y oportunismo dominan la escena–. La generación roja de intelectuales milaneses había visto, antes de los cadáveres del terrorismo abandonados sobre el asfalto, los de la Resistencia y de Stalin, los del *boom* económico y los del 68. Y en cada ocasión se inventaba pretextos y disfraces: «¿Cómo se puede esperar que algún tipo de fuerza vital fluya de esa secuencia de traumas?», pregunto a los amigos.

¹⁵ Es decir, afiliados a la logia fascista Propaganda Due (P2) de Licio Gelli.

«Estuviste cuatro años en la cárcel, Toni. No lo entenderías. La crisis actual no es comparable con las del pasado, que los intelectuales veían como una proyección sobre la gran pantalla de la historia universal. Lo que ha pasado en estos años ha sido distinto: los dramas han atravesado las familias; la crítica y la autocrítica eran el pan de todos los días. Había que reaccionar: ¡y sin embargo nada! Aquí no estamos ante la dimisión de funciones y responsabilidades históricas, sino ante la traición lisa y llana –ante la cobardía–».

55. Círculos concéntricos 2: posmodernidad

Continúo pensando en la discusión con los amigos. A mí no me parece que las ganas de cambiarse a sí mismos y el mundo hayan abandonado al proletariado: pero es cierto que ese deseo de transformación podrá reinventarse solo si se reconstruyen un escenario del pensamiento y una dimensión de la comunicación. Y es igualmente cierto que esa reconstrucción no podrá apoyarse sobre aquel circuito intelectual milanés, en el que las ganas de vivir se han podrido con la traición a una misión que daba sentido a la vida.

Vuelvo a contemplar a todos estos intelectuales: hasta la primavera del 77 se dedicaban todos a jugar a la guerra –pero hoy no encontrarías ni uno solo dispuesto a confesarlo–. Y qué codazos se daban para estar en el «*Arca*» de Nanni Balestrini, y luego en *Alfabeta*. Y allí todos se desvivían para demostrar que la transversalidad era más importante que cualquier discurso de organización, que este último podía generar ideología y violencia, estalinismo. Luego, el pulular de los grupos y segmentos, a los que todos ellos echaban el ojo como si fueran películas de Godard; el disiparse de lo poco de inteligencia política que intentaba mantener unidos los miembros sueltos degeneró en violencia ciega, y la transversalidad se hizo asesina –como alternativa, transformaron el rizoma en batata, dulce y fibrosa–; y la represión dio palos de ciego. Y todos ellos, callados: o mejor dicho, todos juntos, pero para hablar de otras cosas. Del buen comer, por ejemplo: ¿y entonces, por qué

no hacer una revista? Dicho y hecho: *La Gola*¹⁶ –revista «abierta» (jobvio!), porque de la gula se puede hablar como materialistas y como idealistas, como tradicionalistas y como posmodernos, uno solo tiene que evitar adoptar posiciones comprometidas siquiera sobre rábanos y habas–.¹⁷ Y, a partir de ahí, el descenso se torna en precipicio.

«Nuestra sociedad no es la del espectáculo, sino la de la vigilancia; bajo la superficie de las imágenes, los cuerpos son intervenidos en profundidad; detrás de la gran abstracción del intercambio, se persigue el disciplinamiento concreto y minucioso de las fuerzas», escribe Foucault en *Vigilar y castigar*, en 1975. Tiene razón: la sociedad del espectáculo llega después, en los años ochenta. Su emblema son nuestros propios casos, el espectáculo del proceso y el de mi propia elección, que han jugado todos en el terreno de la equivalencia de las imágenes en circulación: es la posmodernidad. No por nada había intentado poner en alerta sobre la reducción (contra el marxismo, contra las luchas obreras) de la dimensión productiva a la de la mera circulación. Nuestros amigos se exaltaban: producción de signos por medio de signos, Wittgenstein y Sraffa. Para oponerme, precisamente en ese periodo, además de los *Grundrisse* y justo antes de Spinoza, estudiaba a Foucault. Y me preguntaba: si solo lo colectivo da razón de uno mismo, cuando uno se ve arrancado de la continuidad de un diálogo y de la construcción común y permanece desquiciado en un circuito insensato –porque cada signo equivale a cualquier otro, en la circulación enloquecida de los equivalentes– ¿cómo puede superarse esta desorientación que se vuelve condición cotidiana? Aquí se condensa todo el engaño de la posmodernidad, cuya literatura sobreabundante –circulaba también en nuestras

¹⁶ *La Gola - mensile del cibo e delle tecniche di vita materiale* [La Gula - revista mensual de comida y de las técnicas de vida material] empezó a publicarse en Milán con la dirección de Antonio Porta, escritor y periodista que en los años setenta trabajó con Feltrinelli, y de Alberto Capatti, crítico gastronómico.

¹⁷ Aquí se pierde el doble sentido de la expresión «raccontare la rava e la fava», muy usada en Piamonte y Lombardía, que significa hablar «con pelos y señales» de cosas nimias o inútiles.

bibliotecas carcelarias— oscila entre el intento de comprensión y la droga que aturde y adormece: la posmodernidad es una visión del mundo que conoce tan solo la ilusión. Del mismo modo que es una ilusión un lenguaje nuevo y único para Babel: un engaño transcendental que querría recomponer en abstracto las divisiones del mundo, ¿no lo dijo ya Bob Dylan, cantando el hundimiento del *Titanic*? *Ezra Pound and T.S. Eliot / Fighting in the captain's tower / While calypso singers laugh at them / And fishermen hold flowers / Between the windows of the sea.*¹⁸

56. La lengua de Babel

En sus modestas dimensiones, también la concisa serie de recensiones a mi *Pipe-line* es completamente inherente a este juego de espejos. Arpino,¹⁹ en *Il Giornale*, arremete contra la «Babel de las jergas» que yo expreso y pide «la restauración de la lengua» —¿a quién? ¿Al tribunal? ¿A Santiapichi?—.

Es verdad que prefiero Babel: pero la lengua que persigo la encuentro en lo que produce, esa lengua nos introduce a la fenomenología de las escisiones y de la pluralidad del mundo que los Arpino y los Calogero querrían, como nuevos Bembo,²⁰ en la unidad íntima y miserable que refleja la norma y el poder de mando, en la época en la que la vanguardia se deja fascinar más por las tecnologías que por las luchas, por las formas en vez de por la consistencia pendenciera de los guetos y de las fábricas; y hasta la revuelta musical se queda en el reino de los buenos sentimientos. Pero, mal que les pese, las lenguas son muchas, porque son muchas las normas y los poderes de mando.

¹⁸ Versos de la canción de Bob Dylan, *Desolation Row*. «Ezra Pound y T. S. Eliot / Luchando en la torre del capitán / Mientras cantantes de calypso se ríen de ellos / Y los pescadores sostienen flores / Entre las ventanas del mar».

¹⁹ El novelista, periodista y poeta italiano Giovanni Arpino, nacido en 1927 y muerto en 1987.

²⁰ Por el humanista, escritor y cardenal veneciano Pietro Bembo (1470-1547).

En cambio, Vattimo sabe entender, en *La Stampa*, que la disgregación metropolitana de la vida no puede vivirse salvo en la forma de la disgregación de la lengua. Pero, al término de una discusión/choque con Arbasino («El libro de Negri, ya en la forma, es la suma de todo lo que Arbasino detesta y trata de evitar»), el posmoderno Vattimo se pone del lado de Arbasino, sintetizando en pocas líneas todo el programa de su «pensamiento débil»:

Si se toma en serio el significado de «deconstrucción» radical que implica la experiencia de la modernidad tardía, y que también para Negri es la sustancia de la vida del nuevo proletariado, podría ser que un resultado coherente sean los pastiches y las cantinelas de Arbasino, su acumulación frenética de nombres y figuras de cultura. Negri podrá decir que se trata de un resultado «indecente», porque es puramente literario. Pero hay poderosas razones para creer que la salvación, de haberla, y el nuevo sujeto viven más del lado de la literatura y la poesía que del de la política y de sus exigencias de organización y de violencia, tanto si es proletaria como si no.

Pero –objeto a Vattimo– el problema es de la poesía, esto es, el de alcanzar y no falsificar, el de colorear de rojo y no de rosa, las determinaciones materiales de la disgregación del mundo y de la lengua. Hoy la poesía, el deseo, el amor, pueden y deben, aunque sea de modo destructivo, penetrar la dinámica de esa disgregación: que es la verdadera función leopardiana, rotura de la corteza del ser para germinar nueva vida y nuevo deseo.

57. Posmodernidad y barroco

¿Posmodernidad como barroco? La laceración que atraviesa las dos épocas es análoga: la anulación de los significados en el barroco procedía por intensidad; la de la posmodernidad, por extensión; el primero vaciaba el alma con un uso evanescente de lo sensible; la segunda vacía el mundo con un uso totalitario de la imagen. Entre cultura barroca y opinión pública posmoderna las diferencias son solo formales –intensidad-extensión: el sinsentido se repite–. Y si la unidad lingüística de Babel era abstracción transcendental, una

ética para Sodoma es una ilusión que corre el riesgo de convertirse en una indecencia moralista. En este bosque, en este laberinto, solo la exasperación de un testimonio singular deshace el insulto y la herida. La posmodernidad es ilusión porque su percepción excluye el dolor: pero solo a partir del dolor y de su protesta podemos reconstruir el mundo.

58. Azuzan a los perros

Ayer Marco Pannella me convoca urgentemente, en plena madrugada. Me habla de crisis: suya, y del partido. Luego me propone un escenario desconcertante: irme la víspera de la votación, permanecer prófugo en Francia durante tres meses; entregarme en Navidad en el Parlamento europeo de Estrasburgo y en la Corte europea de derechos humanos para que me extraditen; volver a prisión y finalmente volver a presentarme como candidato a las elecciones europeas de 1984 para ser reelegido y a continuación excarcelado. Me parece demencial, aparte de oportunista, esta propuesta completamente pensada para los tiempos de los medios de comunicación, esta ilegalidad calculada. Se lo digo con rotundidad: el problema al día de hoy consiste en conseguir que se apruebe la propuesta de aplazamiento, o al menos no hacer nada para obstaculizarla e impedir que se apruebe. Pero después de que, esta misma mañana, en la conferencia de prensa, he declarado que el problema de la fuga no está en el orden del día, llega él y me incita a la fuga: empiezo a pensar que es un jugador, que me ve como una carta que jugar, y nada más...

Pero la mera hipótesis de que pudiera no regresar a prisión – da igual si por fuga o por aplazamiento– azuzan a los perros en una indigna caza del zorro. Enzo Biagi, en un especial de Rete 4, une mi entrevista a la de Salvatore Genova, el torturador de los NOCS de Padua, ahora diputado socialdemócrata: arrimada a las BR y al terrorismo de Estado, la entrevista queda tergiversada por una contextualización equívoca. Lo mismo sucede con mis palabras en la entrevista que me pareció que tenía que conceder a Sandra Bonsanti en *Repubblica*: mis palabras descontextualizadas

y recontextualizadas; el título compuesto de un entrecomillado que no corresponde al texto; tergiversación de mis declaraciones y frases que se ponen en mi boca para –supongo– incidir en el debate interno de los partidos, y del PCI en particular, sobre mi suerte.

Y luego, una «carta abierta» del arrepentido de turno –esta vez es Coniglio– que me acusa de haber sido, junto a Chicco Funaro, su «mal maestro» (¡junto a don Milani!²¹). Ironiza sobre el pelo canoso de Chicco (¡preguntate por qué le han salido canas en estos cuatro años!); me reprocha haber celebrado una expropiación (eran los obreros de la Alfa Romeo en huelga, que fueron a conseguir comida a un supermercado, ¡pues claro que lo celebramos!); me acusa de esto y de lo otro –es su palabra contra la mía: pero él tiene el apoyo de los jueces, los periodistas e incluso de algún cura dispuesto a avalar su «conversión»–; y termina así: «La idea de poder defender que la autonomía ha sido algo distinto de un depósito que ha producido el 90 por ciento de los cuadros de la lucha armada se demostrará insostenible a la luz desnuda de los hechos», es decir, de los juicios. No. Coniglio, mal que les pese a ustedes y a sus apuntadores e inspiradores, aunque fuera cierto que la mayoría de los cuadros de la lucha armada hubieran salido de la autonomía, lo cierto es que la mayor parte de los militantes de la autonomía no se pasó a las bandas armadas que organizaban con tu amigo Barbone. Y si al final la autonomía se convirtió en lo que hasta entonces nunca había sido y nunca habría querido ser, por decirlo con las palabras de Chicco, se debió a la responsabilidad de lo que hicieron los de tu calaña en via De Amicis y después: ¡yo no te he enseñado a matar ni a dar puñaladas por la espalda a los compañeros!²²

²¹ Lorenzo Milani, sacerdote, escritor y pedagogo italiano, nacido en 1923 y muerto en 1967. Fundador de la Escuela de Barbiana, junto a Vicchio, en la Toscana, donde desde 1954 desarrolló un proyecto pedagógico democrático e inclusivo, que describe en escritos como la *Carta a una profesora*, un texto clave del movimiento por la reforma educativa en Italia y en Europa.

²² Los sucesos de via de Amicis en Milán, tuvieron lugar el 14 de mayo de 1977, durante el transcurso de una manifestación convocada tras la detención de dos abogados del Soccorso Rosso Militante, Sergio Spazzali y Giovanni Capelli, así como por el asesinato de Giorgiana Masi por parte de la policía política en Roma el 12 de mayo durante una manifestación por el derecho al divorcio. Por su cuenta y riesgo, algunos miembros del

59. ¿Sócrates?

Con este ambiente tengo una dura discusión con Rossana, que se ha enterado de mis indecisiones: me trae a la memoria a Sócrates y a su cita con la cicuta, apuesta por la unidad de las izquierdas en la defensa de los derechos civiles y en la victoria del juicio. Pero parece olvidarse de la cuestión de mi libertad y de mi posibilidad de luchar. Y Sócrates no tiene nada que ver: para él se trata de honrar, aunque sea con la muerte, las leyes justas; pero aquí no hay leyes justas, solo hay leyes injustas y feroces, cuyas consecuencias nadie puede ser obligado a aceptar. Y además, si me quedara lo haría en nombre de una cultura y un derecho que abrazan mis compañeros de Rebibbia, que en este momento permanecen en silencio (y tal vez disienten) y no desde luego por la moneda con la que Pannella es pródigo –la aceptación de las reglas del juego–. En el fondo, con una intervención de maestro de esgrima, Rodotà dice con todo lujo de detalles cuál es la situación: «La Cámara no puede acceder a la autorización de la detención de Negri sin llevar a cabo un acto de fuerza sobre el cuadro jurídico». Una autorización apresurada de la detención sería hija de la cultura de la emergencia: «Sería un peligroso anacronismo, el signo de una mezquina voluntad de venganza y no de una capacidad previsora de mirar al futuro». Y, casi anticipando la conclusión y sus motivaciones reales: «Sin embargo, demasiadas personas se están mostrando hostiles o frías ante un inicio razonable del procedimiento, pensando miserablemente que lo propio de las instituciones es mostrar tan solo una cara feroz. O el cálculo es aún más mezquino, y se ponen obstáculos a una solución al

colectivo autónomo de Romana-Vittoria, encabezados por Mario Ferrandi, se desgajaron del grueso de la manifestación e iniciaron un tiroteo con el despliegue de policía antidisturbios en via De Amicis. Un proyectil alcanzó mortalmente al agente de policía Antonio Custra. La foto de uno de los integrantes del grupo, Giuseppe Memeo, en posición de disparo, se convirtió en un cliché mediático sobre los llamados años de plomo. Para desmontar esa imagen de «pistoleros solitarios» se ha publicado, con edición de Sergio Bianchi, *Storia di una foto. 14 maggio 1977, Milano, via De Amicis. La costruzione dell'immagine icona degli «anni di piombo»*. *Contesti e retroscene*, Roma, DeriveApprodi, 2011. Años después, tras la aparición de fotos inéditas de los sucesos, Ferrandi confesó haber sido el autor de los disparos que alcanzaron al agente Custra.

menos razonable porque podría aparecer como una “victoria comunista”». Faltan solo los nombres y apellidos al lado de estas palabras.

Pero además, ¿la evasión es realmente una traición? Solo pensarlo me parece absurdo: sin embargo, a veces lo siento de ese modo. Y con todo, pasando de la emoción a la razón, no me parece absurdo escapar: se lo dije incluso a Lauso y Paolo cuando los pusieron en libertad una vez para volver a meterlos en la cárcel: en su lugar, yo no habría vuelto a entrar.

¿Y entonces? En el fondo, no me parece que mi evasión vaya a tener efectos desastrosos sobre los compañeros en el juicio: más bien los ha tenido, y los seguiría teniendo, mi presencia. El problema es distinto: es la fidelidad a una costumbre de razonamiento, de comunidad, con la familia que forma nuestra sociedad carcelaria. Mi decisión anticiparía de modo unilateral los tiempos y las modalidades de lucha, desgarrando el tejido común. Las personas que me aman desean mi libertad; los compañeros con los que he hablado me han dicho que me vaya; los compañeros en prisión guardan silencio: de repente siento todo esto, y no consigo encontrar un solo elemento racional en favor del nuevo encarcelamiento –sin embargo, no consigo ni decidirme ni aclararme–.

6o. Resentimiento *oink oink*

Mitin en piazza Navona, con Pannella. Hay cinco mil personas, tal vez más (¡Pannella cuenta cuarenta mil, exagera como de costumbre!), la plaza escucha mientras trato de explicar lo que es necesario hacer para que al menos una parte de los compañeros en prisión recobre la libertad. De repente aparecen un centenar de tipos, cargados de odio, y se colocan debajo del palco: «Tienen que salir todos o ninguno». Gritan la misma violencia a la que he y hemos plantado cara y sufrido en las prisiones especiales, alimentados no por la certidumbre de ser la mayoría en las luchas, como cuando atacábamos y tomábamos los palcos sindicales, sino por una memoria estática, del resentimiento, de la venganza. Yo hablaba de luchas carcelarias y de liberación –ellos, en cambio, *oink oink*–. Debajo del palco estaban mis compañeros, curtidos en los mejores servicios

de orden; Pannella les ha impedido intervenir –y ha hecho mal: una buena patada en el culo les habría estado bien empleada a esos exaltados resentidos por mi libertad–. Mírenlos a los ojos: su odio es un eslogan, son el flash y no la continuidad del proceso revolucionario. Lanzan botellas y monedas mientras Pannella grita afónico sus tonterías de costumbre. Luego, al final de la velada, cuando se despliegan los antidisturbios, forman un atisbo de cordón, pero al primer indicio de carga salen corriendo. Tan solo un antidisturbios joven no entiende la jugada y avanza de verdad y luego, asustado al verse solo en el centro de la plaza, dispara un lacrimógeno que cae a los pies de las personas que habían venido a escuchar. Antes de irme, recojo las monedas del palco: con el desprecio de los *oink oink* nos pagamos una buena pizza esta noche.

61. Hoy, en la Cámara, he leído este discurso

Señora Presidenta, señores diputados, al dirigirme a ustedes para, por un lado, apoyar la autorización para proceder en mi contra en los procesos en curso que remiten todos al conjunto único llamado «proceso 7 de abril» y pidiéndoles, por otro lado, que rechacen la petición de autorización a proceder al arresto por los delitos de los que se me acusa en esos procesos, es inevitable que les resuma muy brevemente la historia de este proceso, de los cuatro años y cinco meses desde que empezó esta historia.

Hay una primera fase. Fui detenido el 7 de abril de 1979 en Padua bajo la acusación de ser el jefe de las Brigadas Rojas, de otras bandas jerárquica y funcionalmente vinculadas con las Brigadas Rojas y de haber participado materialmente en el secuestro, la denominada negociación, así como el homicidio del diputado Moro. Poco después, la acusación se ampliaba a la de insurrección armada contra los poderes del Estado y el caso quedaba avocado por la magistratura romana. Sé, respetables colegas, lo que ha representado el secuestro Moro para esta Cámara y para las instituciones del Estado y comprendo perfectamente el dramatismo de aquellos momentos y su emoción de entonces. Solo les pido que comprendan lo que ha significado para mí esa acusación cuando soy inocente de ella.

Hay una segunda fase. El 21 de diciembre de 1979 y en los primeros meses de 1980 la acusación de pertenecer a la cúpula de las Brigadas Rojas y de

haber participado en el asesinato de Moro se viene abajo; la sustituye un conjunto de nuevas imputaciones relativas a mi participación en la dirección del grupo *Potere Operaio* en los años 1968-1973 y a mi implicación en el nacimiento de aquel rayo difuso de oposición social que se llamó «autonomía obrera» en los años –y exclusivamente para los años– 1973-1975.

Así, pues, se modificó completamente el contexto de la acusación, pero se conservó su dilatación faraónica como insurrección armada contra los poderes del Estado.

Como sustento de esta acusación a lo largo de 1980, en el preciso momento en el que se venía abajo la imputación de ser un brigadista rojo, me llegaron casi una veintena de órdenes o mandatos de busca y captura y de avisos judiciales por un total de diecisiete odiosos homicidios, entre los que se incluye el de mi amigo, el juez Alessandrini.

El 30 de marzo de 1981 empieza una tercera fase. Se publica la sentencia de enjuiciamiento. De esta habían desaparecido todos los delitos que anteriormente se me habían atribuido tanto en lo relativo al caso Moro como a los que aparecieron en la segunda fase de la investigación; sin embargo, quedaban aún algunos elementos del teorema inicial, relativo a la unidad de proyecto de todas las fuerzas subversivas y a la conexión que la acusación pretendía que había existido entre los movimientos sesentiochistas y los movimientos sociales autónomos en los años setenta.

Con estas premisas, se conservaba la acusación de insurrección armada contra los poderes del Estado. En lo que atañe a los hechos específicos –los denominados hechos específicos–, en la sentencia de enjuiciamiento se venía abajo también la acusación del odioso homicidio de uno de mis amigos más queridos, Carlo Saronio, mientras permanecían algunos hechos más, cuya responsabilidad se me atribuía exclusivamente como presunto jefe de una organización indefinida, la famosa *O. Responsabilità* que he negado siempre y cuya inexistencia estoy seguro de poder demostrar en el transcurso de los juicios para los cuales yo mismo pido la autorización a proceder.

Ante la relativa fragilidad y a la permanente movilidad de las imputaciones en el terreno de los hechos y, por el contrario, ante la solidez y la permanencia de la acusación de insurrección armada, mi impresión y la de una parte consistente de la opinión pública fue que la permanencia de la acusación de insurrección armada contemplaba responsabilidades políticas más que responsabilidades materiales, y que el proceso 7 de abril

era un proceso político, políticamente motivado, promovido, conducido y dirigido. Esta sensación está sostenida también por las afirmaciones de partes no irrelevantes de la magistratura, que al reconstruir la historia del 7 de abril han admitido de forma tardía que su único sustento era una intuición política. Por otra parte, tampoco me parece distinta la sustancia del informe del diputado De Luca, que identifica las irregularidades de procedimiento que subyacen a la construcción del teorema y en estas se multiplican, con la salvedad de que las considera irrelevantes y vuelve a proponer el prejuicio político de la unidad de proyecto subversivo, mientras hoy ni siquiera la acusación penal consigue mantener ese esquema.

Respetables colegas, no les pido que me digan que soy inocente. Les pido tan solo que no acepten, con arreglo a la función que hoy les toca ejercer, ningún prejuicio abstracto.

Así, pues, el «proceso 7 de abril» es un proceso político. A diferencia de muchos garantistas, puedo comprender que el Estado y su poder jurídico normal, en presencia de un grave peligro para el ordenamiento constitucional, tengan la posibilidad de llevar a cabo procesos políticos; pero al mismo tiempo niego que la hipocresía formalista oculte esa función. Rechazo el hecho de tener que defenderme de acusaciones de otro tipo y en otra sede. Afirmo mi derecho de discutir políticamente lo que es político.

Asimismo, me permito recordarles que, cuando el proceso político se convierte en una función propia del Estado, el peligro de degradación de las instituciones es muy fuerte, y que cuando se impone la lógica del amigo-enemigo se vienen abajo inevitablemente algunas reglas fundamentales de la legitimación democrática.

Si, por añadidura, tras el proclamado peligro político para las instituciones se esconden intereses de parte, tales que se llega a subordinar una altísima y delicada función del Estado a finalidades políticas contingentes; si esa extrema necesidad llega a usarse como mercancía de compromisos y de coalición discutibles, entonces, respetables colegas, el problema me parece muy grave.

Tenemos, pues, que discutir de todo esto, no solo porque yo estoy aquí como representante del pueblo y por ende ejerciendo toda una representación política del país, sino porque del juicio que ustedes, respetables colegas, están obligados a expresar, no puede evacuarse la naturaleza de la cosa que juzgan.

Así, pues, estoy imputado de responsabilidades políticas y morales por lo sucedido en Italia en el terreno de las luchas sociales de los años setenta. No niego esas responsabilidades, y de esto es de lo que tenemos que hablar: quiero sencillamente aportar mi contribución.

¿De qué responsabilidades políticas y sociales me siento culpable? No, desde luego, de haber apoyado, defendido o dirigido actividades, asociaciones o bandas terroristas. No tengo nada que ver con el terrorismo, es más: siempre he luchado contra el terrorismo de manera clara, coherente y continua, fuera y dentro de la cárcel. Pero sí soy responsable de haber participado, con escritos y con la aplicación de mi pensamiento, al movimiento de transformación social que ha atravesado los años setenta del lado de las clases explotadas; movimiento de transformación de la vida y de las relaciones de producción que, desde 1968, aunque por poco tiempo, se presentó como mayoría social ante la mayoría institucional, que pudo expresar la utopía concreta de la modificación de las conciencias y de las relaciones políticas y que se desarrolló sucesivamente hasta llegar a inducir las durezas y las violencias de masas que han caracterizado la conciencia antagonista en los años de la crisis.

No eran furores abstractos los que en aquel entonces alimentaban grandes masas de obreros, de mujeres, de jóvenes; eran necesidades concretas, de libertad, de comunidad, de salario, de vivienda, de cultura y de una calidad de vida y relaciones sociales diferentes. No creímos que la crisis pudiera resolverse sin algún tipo de compromiso institucional, y que este no se ha producido nos lo muestra la historia reciente y, de manera no superficial, la fisionomía misma de este Parlamento. Creímos que había que construir espacios alternativos de libertad y formas nuevas de participación popular.

Estos problemas no fueron eliminados mediante la represión y siguen cerniéndose sobre este Parlamento. La esperanza no ha podido realizarse. Desde luego, en el enfrentamiento con fuerzas ciegas y reaccionarias –con frecuencia, con demasiada frecuencia, anidadas en la estructura misma del Estado y de una manera u otra en las corporaciones burocráticas y de partido–, la voluntad de transformarse y el movimiento se han presentado a veces como elementos destructivos de las instituciones. No lo niego, pero quien esté libre de pecado dentro de nuestra crisis, dentro de la atormentada relación entre sociedad e instituciones, quien esté libre de pecado que tire la primera piedra.

En cambio, resulta absurdo crear círculos viciosos, en cuyo interior el choque del ansia de transformación contra las urgencias institucionales de control sobre los movimientos multiplique momentos de exclusión, de criminalización, de pura y dura eficacia represiva.

El 7 de abril de 1979, como consecuencia de la desgraciada iniciativa de la fiscalía de Padua y de su reactivación y exaltación por parte de la fiscalía de Roma, se creó una situación dramática. La equiparación del movimiento autónomo con las fuerzas del terrorismo –que vivían al lado del primero, desde luego no sin contaminaciones recíprocas, sino de manera parasitaria conforme a tradiciones organizativas, de pulsiones ideológicas, de estrategias en modo alguno unificables– ha creado para muchos sujetos, individuales y colectivos, una situación dramática. Toda mediación política interna del movimiento ha sido eliminada; le fue negada toda posibilidad de representación política. Las alternativas no tardaron en llegar: la droga, como solución individual (y aquí el recuento de muertos no se hace nunca o muy rara vez); o el reflujó, el retiro de toda una generación en exilio voluntario de la vida política del país; o la organización de la desesperación de grupos reducidos en la actividad homicida y destructiva del terrorismo.

No sé si hubo colusiones específicas entre algunos jueces y los aparatos partidarios y burocráticos que apoyaron la operación 7 de abril. Sé que, objetivamente, aquella operación represiva elevó un muro institucional contra algunas fuerzas que pedían transformación y participación. Sé que, objetivamente, aquella operación represiva sirvió para abrir espacios políticos y homicidios al terrorismo. Y sé que aquella operación sirvió para salvar, en nombre de la emergencia represiva, coaliciones de fuerzas viejas y nuevas que, dentro y fuera de las instituciones, planteaban su interés compartido en bloquear todo movimiento de transformación.

No quiero reivindicar aquí, como no obstante hicieron siempre los padres socialistas, la sociedad proletaria en revuelta como única fuerza capaz de transformación social. Sin embargo, me abstino en rechazar la validez del reflejo reaccionario que el 7 de abril de 1979, al igual que hoy, vio en el orden la garantía exclusiva de la sociedad.

Respetables colegas, no soy un arrepentido ni un tránsfuga político, así que, al mismo tiempo que rechazo todo lo que sostiene los cómodos apologistas de la «operación 7 de abril», puedo desarrollar sin embargo el tema de la responsabilidad política hasta el reconocimiento de mis

errores. Ilusiones, utopías y a menudo efectos devastadores de esas pulsiones han atravesado mi conciencia del mismo modo que atravesaron la de la generación del 68.

Vivíamos dentro de las cosas. He cometido errores, pero también las cosas se modifican y no me avergüenzo de afirmar mi cambio dentro del movimiento real. Se me acusa de haber sido el mal maestro de los estudiantes de mi universidad. Es posible que lo haya sido, pero también esta vez dentro de las cosas, dentro de la terrible marginación de miles y miles de jóvenes, frente a la impotencia de las instituciones para responder a las peticiones más elementales que se expresaron. Sin embargo, nunca he enseñado que la violencia es la única solución y, allí donde se dieron ese tipo de respuestas, no pueden ser consideradas como el fruto de mi incitación. Ni he matado nunca a nadie, como ha declarado irresponsablemente en estos días un miembro de esta Cámara, ni he organizado jamás acciones criminales contra la vida y la persona. Me he movido en el mundo de entonces entre utopías y reacciones de orden, entre demandas convulsas y respuestas de bloqueo y de represión. Así, pues, el problema de la responsabilidad política es más complejo de lo que con excesiva frecuencia se quiere admitir, a la vista en particular de mi eventual responsabilidad política se ha visto inmediatamente calificada como responsabilidad criminal.

El 7 de abril –¡no lo olvidemos nunca, respetables colegas!– se coloca en un punto crucial de la extraordinaria producción de leyes excepcionales. Ahora bien, ¿cuáles son los contenidos de esas leyes? Los conocemos. Prisión preventiva prolongada hasta los límites de la cadena perpetua; prohibición de la libertad provisional, ley sobre los arrepentidos, extensión máxima de la eficacia represiva de la acusación de asociación ilícita, pero, sobre todo, excepcionalidad de los procedimientos, configuración implícita de poderes extraordinarios de los jueces y de los órganos de investigación y, por lo tanto, fin sustancial de la relación remanente de debate civil en la fase de instrucción y de articulación coherente del régimen de la prueba. De esta suerte, las reglas del juego quedan tergiversadas.

Consideren, por ejemplo, el caso de la ley sobre los arrepentidos, traten de imaginar el desarrollo de un juicio en su presencia. Aun suponiendo que en algunos periodos de los distintos aspectos del ordenamiento jurídico la eficacia tiene que predominar por encima de la validez, esa eficacia no puede llegar hasta el punto de desbaratar

el régimen de la prueba. Siempre he considerado el Estado de derecho una utopía, siempre he subrayado la fragilidad de sus mecanismos. Pero no deja de ser cierto que, antes y más allá de cualquier ordenamiento jurídico, tienen que existir reglas que distinguen el proceso de la prevaricación y que delimiten el poder.

Respetables colegas, la responsabilidad política no puede formarse dentro de estas condiciones. Sepan por qué: cuando los filósofos contemporáneos definen la responsabilidad política en nuestra sociedad actual y tratan de darle una definición crítica, hablan de «implicación institucional entre evidencia y validez, entre conciencia e intersubjetividad», esto significa que la decisión política, para ser responsable, para estar racionalmente fundamentada, debe alimentarse de un debate y de un consenso no prefigurados, no producto de la extorsión. En cambio, las reglas de la emergencia y la legislación de excepción no han permitido que se formase y pudiera expresarse una verdadera responsabilidad política por parte de muchos sujetos implicados en las luchas de los años setenta. En particular, nosotros los del 7 de abril nos hemos visto arrollados por la histeria de los medios de comunicación y de los *opinion makers*, nos hemos visto perjudicados; y los mecanismos de la prisión preventiva han sido funcionales al juego de reconstruir continuamente presunciones de culpabilidad, frente al carácter fantasmioso de las acusaciones, y demostraciones de responsabilidad política tanto más impostadas cuanto más se desvanecía la especificidad de los hechos.

Después de cuatro años y medio, ninguno de nosotros ha visto la cara de sus acusadores, que sin embargo estaban detenidos como nosotros. Hay imputados que en cuatro años y medio se han sometido tan sólo a un interrogatorio de pocas horas, aun estando disponibles para colaborar en la instrucción procesal, pero queriendo rechazar las acusaciones ejercidas contra ellos. Cito aquí como ejemplo de todos los demás el caso de Luciano Ferrari Bravo, que ha sido denunciado ante el Tribunal Europeo de Derechos Humanos y por Amnistía Internacional. Tampoco se entiende por qué han tenido que pasar dos años desde la fecha de inicio del enjuiciamiento hasta la celebración de la vista oral, a pesar de nuestras insistentes solicitudes.

Sin embargo, no quiero seguir lamentando violaciones del derecho y de la opinión pública. El problema es distinto. En este caso se ha infringido el principio de la pluralidad de los sujetos que participan en la

justicia; se ha disuelto la condición en la que es posible no solo ejercer el poder de hacer justicia, sino también el de aceptar esa justicia.

El Estado democrático hace de la división de los poderes, tradicional en el Estado constitucional, una función propia, pero el ordenamiento ya no es solo constitucional, sino también democrático; y en este último no hay concepto de justicia que sea sólido, o al menos esté conflictivamente establecido.

Individual y colectivamente pedimos participar de esa solidaridad o al menos de esa conflictividad. La respuesta que se nos ha dado ha sido que la rigidez de la Constitución material y de los equilibrios y de los compromisos históricos no lo permitía.

¿De qué responsabilidad política se habla entonces? ¿De quién? ¿Cómo y cuándo?

Por nuestra parte, ha sido políticamente responsable –me reafirmo en ello– luchar por la transformación y sufrir, en el ámbito de una lucha social que marginaba en cualquier caso al terrorismo, formas inevitables de violencia de masas, nunca homicida, que muchas veces terminaban produciendo un ordenamiento nuevo y más democrático.

Sin embargo, fue políticamente inadecuado pensar en superar una crisis social profundamente arraigada a través de la exclusión, la marginación, la represión de sujetos sociales nuevos e irreductibles.

Reivindico así mi responsabilidad política, respetables colegas; pero denuncié también a quienes han querido dárseles de salvadores de la democracia mientras negaban sus presupuestos.

Puedo haberme equivocado, claro que me he equivocado, pero eso no justifica la insensibilidad de quienes han producido, con el 7 de abril, las condiciones de un desastre «ecológico» del derecho y del ordenamiento democrático.

Los errores están siempre implícitos en las grandes vicisitudes, pero también están presentes en mi pequeña vicisitud. No tengo la intención de negarlo. Al mismo tiempo que niego la afirmación de que la Autonomía es la matriz del terrorismo, no puedo negar que se han creado contigüidades; pero estas no se explican porque el movimiento se haya visto verticalizado desde el punto de vista organizativo, como pretende la acusación: al contrario, las contigüidades fueron aumentando en la misma medida en que el movimiento iba degenerando

por su cuenta. En el Véneto no hubo muertos hasta un año y medio o dos después del 7 de abril. Antes de ello hubo actos violentos, que condeno, desmintiendo en esta sala cuanto me han atribuido falsamente, hasta hace bien poco, algunos periodistas. Nunca, ni entonces ni ahora, he aprobado aquellos actos de violencia o he sido responsable de ellos. Insisto, no obstante, en que solo después del 7 de abril la violencia en el Véneto pasó a traducirse en crueles homicidios, traídos desde fuera por los diferentes Savasta.

Siguiendo con la cuestión de las responsabilidades políticas, quiero añadir, respetables colegas, otros elementos de reflexión.

La tentación, después del 7 de abril, de aceptar la solidaridad que ofrecían en prisión los terroristas fue fuerte, para mí y para mis compañeros, en sintonía con todo lo que el caso 7 de abril había determinado en el movimiento dentro y fuera de las cárceles patrias. Pero nosotros nos resistimos a esa oferta, contra todos, realmente contra todos, en una soledad terrible.

El Ministerio de Gracia y Justicia puso a los compañeros del 7 de abril en las prisiones especiales junto a los terroristas. La sensatez, que normalmente suele ir unida a la necesidad de supervivencia, habría querido que buscáramos un *modus vivendi*; pero nuestra historia, nuestra responsabilidad política no nos lo permitieron; en cambio, a pesar de los enfrentamientos cotidianos y de las no siempre ineficaces condenas a muerte, conseguimos constituir y consolidar el polo de la disociación política, reconstruir la identidad de militantes por la vida contra la muerte, contra la violencia terrorista y al mismo tiempo contra la prisión y la tortura; en resumen, un frente de la esperanza por la transformación.

La disociación política respecto al terrorismo no la declarábamos para nosotros, sino para todos aquellos a quienes la conjunción de la represión y de un ansia trastornada de lucha terminó empujando en los brazos del terrorismo. Eran miles y miles de jóvenes, de mujeres, de proletarios. La disociación política se convirtió en nuestra bandera, contra las leyes de arrepentidos, para una solución política de los años de plomo.

Señores diputados, ¿acaso creen que esto resulta fácil o incluso hipócrita, como han dicho algunos? ¿Que no son «más que palabras»? ¡Pues entonces atrévanse a decir esas «palabras» en la prisión de

Palmi en 1979, o en la de Trani dentro de la revuelta de 1980, o en la de Cúneo, donde fueron asesinados dos muchachos, reos de haber sucumbido a la tortura, o en la de Rebibbia, cuando en 1982 no dejaban de mandarnos mensajes de muerte!

¿Y creen que es fácil decir «palabras» como rescate de la identidad comunista y disociación política cuando el honor de esa declaración queda tergiversada por los medios de comunicación, por los perseguidores de régimen, y la palabra «disociado» sirve para identificar ‘*animale* Pasquale Barra²³’?

¡Pues entonces intenten ustedes hacer esa política, cuando la sordera de los jueces y de los hombres de los partidos destruye las condiciones mismas de la reanudación de una rehabilitación democrática de los sujetos que han llevado a cabo, con errores pero con cierta generosidad, luchas de transformación!

Pero, a pesar de todas las tergiversaciones, aquella batalla nuestra ha conseguido éxitos positivos e importantes, yendo más allá de los márgenes mismos del número con todo relevante de detenidos políticos, para convertirse en una prescripción de masas para toda la población reclusa. Hoy asistimos a grandes luchas en las prisiones, en las que no comparecen las estrategias de las grandes bandas mafiosas ni las actitudes irresponsables de los irreductibles, que empujan siempre a la exasperación de la lucha, mientras se definen momentos de apertura al orden democrático y a la dialéctica que hoy es necesaria para la solución del problema de la prisión.

Cuando por primera vez, en 1981, propusimos delegaciones democráticas de los presos, en Rebibbia y otras prisiones, y luchamos para introducir, contra la lógica de la violencia, el método de la discusión asamblearia, nos vimos entre dos fuegos: la insensibilidad de las instituciones y las amenazas de los irreductibles. No es mi intención, señores diputados, homologar unas y otras, pero lo cierto es que desde que conozco el mundo de la represión me he visto siempre aplastado entre unas y otras. Mantener intactas la propia identidad y la propia vida no ha sido fácil.

²³ Pasquale Barra fue un dirigente de la Camorra italiana, nacido en 1942 y muerto en 1995. Se le atribuyeron unos 67 homicidios. Su arrepentimiento no se tradujo en delaciones ni acusaciones y continuó definiéndose camorrista.

Así, pues, hoy, respetables colegas, en las prisiones existe una gran mayoría de políticos encarcelados que piden ser devueltos a un orden democrático; lo hacen además partiendo de la crítica de los errores cometidos. Sé perfectamente que la cuestión no tiene una solución fácil; pero sé también que la sensatez y la responsabilidad imponen que desde el sector del gobierno llegue un signo de esperanza.

Hay que someter a la crítica y a la eliminación gradual las condiciones de tratamiento civil penitenciario y de grave excepcionalidad jurisdiccional, impuestas durante el periodo de emergencia. Es necesario dar señales de que esa tendencia se ha puesto en marcha. Es necesario y han madurado las condiciones para un cambio de tendencia, también para evitar (no es una amenaza, ni un chantaje, sino una mera previsión) que la desesperación, girando sobre sí misma, termine produciendo nuevas excitaciones terroristas y nuevas pulsiones de muerte, en las prisiones y fuera de ellas.

Pero no nos fijemos tanto en la desesperación como en la esperanza de una generación arrastrada al círculo vicioso del terrorismo-represión; aplastada, sin disponer de más medios de expresión, por el bloqueo institucional del desarrollo político; llevada por las vicisitudes históricas italianas a una riqueza de deseos y de impulsos de transformación que no encontraban satisfacción. Fijémonos en la esperanza de una generación que, cometiendo graves errores, ha concebido un sueño de justicia. La peste ha afectado a estos jóvenes, pero no los ha matado.

Mis compañeros, yo, todo lo que termina siendo atribuido a la cifra 7 de abril, respetables colegas, somos esto. Una relación entre pasado y presente, una esperanza de transformación que todos aquellos con deseos de actuar pueden cultivar con nosotros. Se trata de resolver una tragedia política, de la que somos todos en parte responsables.

Respetables colegas, no vuelvan a meternos en la cárcel: sería una señal negativa, la sensación de que se detiene una tendencia necesaria, una nueva y terrible desilusión sobre la capacidad de la democracia de resolver sus contradicciones.

62. El debate parlamentario

Continúa la discusión en la sala. La impresión es que mi discurso lo han entendido y apreciado los amigos y ha sorprendido con el pie cambiado a los enemigos. En cualquier caso, inmediatamente después la mayoría de los diputados ha salido, transformando la sala, antes llena, en un desierto surreal en el que suceden las intervenciones de unos y otros. Tomo notas de algunos.

De los primeros, el de Giacomo Mancini²⁴ es formidable, reúne calor, inteligencia –«me complace que el debate no sea unánime, porque en el pasado la unanimidad no ha ayudado, como tampoco ha ayudado en el pasado que las pocas o muchas voces de disenso de los años pasados nunca hayan despertado la atención de quienes al fin y al cabo estaban llamados a tomar las graves decisiones que fueron adoptadas»– y gran destreza parlamentaria, centrada en la afirmación de que el *fumus persecutionis* está en la legislación de emergencia:

El *fumus persecutionis* se llama «leyes de excepción». ¡Ahí está el asunto! ¡Es el eclipse del derecho! De esta situación de eclipse se desprenden otros valores distintos de aquellos a los que hemos renunciado o que hemos sustituido con otros a los que podemos dar una validez limitada en el tiempo. Pero esos no pueden ser los valores permanentes de nuestra vida nacional. El *fumus persecutionis* es todo aquello que hace que no evaluemos las cuestiones, lo que lleva al relator a no mencionar una cuestión de gran relevancia e importancia, como el comportamiento de los autónomos del 7 de abril en prisión. De ello ha hablado Negri. Hemos de tener la honestidad de decir que ha sido una contribución importante para pensar en la posibilidad de iniciar un discurso

²⁴ Giacomo Mancini fue un político socialista italiano, nacido en 1916 en Cosenza y muerto en 2002. Hijo del fundador del Partido Socialista Italiano, Pietro Mancini. En 1944 se incorporó a la resistencia partisana. Miembro de la Cámara de diputados desde 1948, como secretario de organización del PSI desde 1956 impulsó la participación del partido en los gobiernos de centroizquierda dominados por la Democracia Cristiana, en los que desempeñó distintos ministerios. En la década de 1970 dedicó su trabajo a la legislación sobre derechos civiles como el divorcio, y se pronunció contra el llamado «frente de la firmeza contra el terrorismo» del PCI y la DC, así como contra las legislaciones de emergencia.

nuevo en el país. Pero no se habla de la disociación en las prisiones y se toma una frase dicha por este o aquel para endilgarla al cuello de alguno. Eso es el *fumus persecutionis*: ignorar, omitir hechos que no pueden ser omitidos.

Y añade:

Lo importante es lo que Toni Negri ha sido, y no lo que se ha escrito de él. [Si esto se tuviera en cuenta], se vendrían abajo buena parte de las acusaciones dirigidas contra él. Pues bien, muchos periódicos y muchos periodistas han perdido por completo su reputación durante este periodo por haber escrito cosas increíbles, haber jurado y suscrito verdades no probadas y que luego han demostrado ser falsas. No sé si les habrán premiado; lo cierto es que nuestros juicios, nuestros sentimientos, nuestros resentimientos y la opinión pública sobre estas cosas, en medio del silencio de las grandes fuerzas políticas, se han visto influidos por ello.

Franco Russo²⁵ lleva a cabo un examen tan detallado de la instrucción, mostrándola como lo que es –un castillo de naipes– que dan ganas de contratarlo como abogado defensor. Y, una vez desmontada la instrucción, también se viene abajo el informe de De Luca:

No podemos permitir bajo ningún concepto que en un informe a la Cámara, en 1983, se sigan diciendo las mismas cosas que ya se decían en 1978, cambiando de acusación, construyendo continuamente castillos de naipes. Hemos escuchado muchas impresiones, muchas hipótesis políticas, pero hay decenas de personas en estado de detención. Son 71 los acusados del 7 de abril junto a Toni Negri. No estamos ante la notificación precisa de delitos, sino ante la construcción del reo. Por lo tanto, no estamos ante un proceso construido para aportar pruebas, sino ante el proceso especial construido por el derecho penal nazi. No podemos aceptar todo esto, y repito lo que decía al principio: no debemos aceptar que en esta Cámara se imponga la lógica amigo-enemigo. Yo creo que si esta Cámara concede la autorización para proceder

²⁵ Franco Russo es un político italiano nacido en 1945. Fue elegido diputado por Democrazia Proletaria en 1983 y 1987. Tras la autodisolución del Pci, participó en la creación de Rifondazione Comunista, por la cual volvió a ser diputado en la Cámara italiana desde 2006 y 2008.

al arresto de Toni Negri, esta misma Cámara dará una señal negativa de regreso a los «años de plomo», de cierre respecto a las exigencias de transformación democrática de nuestra sociedad, de apertura de las instituciones.

El bueno de Franco Piro,²⁶ después de recordar que formó parte de PotOp, de haberme criticado y de haber encontrado sus críticas en los autos de procesamiento:

En 1968 yo tenía veinte años. Recordarán que Paul Nizan escribió, en las primeras páginas de *Adén Arabia*: «Nunca toleraré que nadie diga que esta es la época más bella de la vida. Es duro aprender el propio papel en el mundo». Piensen en lo que para esta generación significó la bomba de Piazza Fontana, la irrupción nueva y violenta del terrorismo en la vida política, aún hoy cargado de misterio, aún hoy tremendo por la matanza de vidas humanas que empezó a marcar la historia de la República. Piensen en los mecanismos que se desencadenaron por las condiciones en las que murió Pinelli. Piensen en los efectos sobre aquella generación. Tengamos en mente aquel contexto histórico. No separemos el amasijo de proclamas de lo que sucedía en aquel entonces.

Stefano Rodotà plantea con rotundidad la cuestión de la salida de la emergencia:

La Cámara está convocada a un acto de sabiduría, no de fuerza, no un acto que prolongue artificiosa y peligrosamente un clima en el que estaba prisionera del ataque terrorista, sino un acto que refleje la situación histórica que, por mérito también de las actividades de muchas partes de esta Cámara, ha sido creada. ¿Pero por qué ha de considerarse siempre la libertad como algo mezquino, temeroso, necesitado de protección? ¿La República de verdad tiene miedo del diputado Antonio Negri en libertad? Si llegara a esta conclusión, ¡entonces debería decir que no es cierto que el terrorismo ha sido derrotado y que el gran trabajo llevado a cabo por las fuerzas democráticas no se ha visto coronado por el éxito!

²⁶ Franco Piro fue un político italiano del psi. Dirigente de *Potere Operaio* en Bolonia, ingresó posteriormente en el PSI, por el que fue diputado entre 1983 y 1994. Discapacitado a causa de la poliomielitis, fue uno de los impulsores de la Ley 104 de 1992 sobre los derechos de las personas con distintas discapacidades.

Gianni Ferrara,²⁷ confesando la emoción de un viejo amigo, recuerda que estamos ante una tensión entre legislación vigente y valores constitucionales que tiene que ser superada:

Entonces habremos derrotado definitivamente, junto al terrorismo, la barbarie que este tendía a instaurar. Pero hay una razón adicional para no votar a favor del arresto de Negri: la que todos en esta sala, así lo espero, sienten como razón prioritaria de la política que las instituciones democráticas tienen que desarrollar de ahora en adelante. Muchos signos nos indican que es posible salir definitivamente de los años de plomo, que la victoria sobre el terrorismo puede consolidarse y volverse definitiva; que en el terreno de la civilización jurídica, de la convivencia libre y garantizada, en el respeto de la seguridad colectiva e individual, sin olvidarse de nada y sin pacatería, sino comprendiendo lo nuevo que surge, es posible reencontrar y recuperar, para la democracia, a miles y miles de jóvenes.

Por último, Franco Calamida,²⁸ que responde a Luigi Arisio, el promotor de la manifestación de los cuadros intermedios de la FIAT, ahora diputado republicano:

No le digo al diputado Arisio —el gris Arisio de los cuarenta mil grises— cómo tiene que votar; ya lo ha afirmado en esta sala: «las BR las ha inventado Negri»; él lo sabe con toda certeza, que esté demostrado o no, no tiene la menor importancia; él es un garantista productivo, el feudalismo no le gusta, pero solo porque no se producían automóviles;

²⁷ Gianni Ferrara es un político y jurista italiano, nacido en 1929. Es uno de los principales constitucionalistas de la República italiana. Ha ejercido la docencia universitaria, al mismo tiempo que ha desempeñado cargos de asesor para distintos gobiernos de la República. Diputado en varias legislaturas, como miembro del grupo parlamentario de la Sinistra Indipendente y, tras la autodisolución del PCI, como independiente del Partito Democratico della Sinistra entre 1991 y 1992.

²⁸ Franco Calamida es un político e ingeniero italiano, nacido en 1938. Empezó su actividad política como miembro del ala liberal-socialista de Riccardo Lombardi en el PSI, partido que abandona en 1963. Con el «otoño caliente» de 1969, participa en la organización en las fábricas de los Comitati Unitari di Base (CUB), impulsados fundamentalmente por Avanguardia Operaia, organización que nace en 1969 y en cuya fundación participa. Tras la creación de Democrazia Proletaria en 1975, será diputado en la Cámara en varias legislaturas, hasta la disolución del partido y la creación del Partito della Rifondazione comunista en 1991.

por lo demás hay que quemar a la bruja, es algo evidente, no cabe duda alguna. Para el diputado Arisio el Estado de derecho es solo un retraso, un estorbo para el proceso productivo, como lo es también el derecho laboral y una cosa y otra no están separadas. Él tiene pocas ideas, pero las que tiene las tiene claras; no son suyas, pero son claras. Cree que el terrorismo fue derrotado por los cuarenta mil que nunca hicieron ni una hora de huelga porque son tacaños y mezquinos.

Y termina comparando a Arisio con Battaglia, el más desatado (e ignorante de los hechos) de los reaccionarios, «que en esta sala ha mezclado las luchas de los trabajadores con el terrorismo, un análisis que todos sabemos que no puede ser más falso, indecoroso y repugnante, que supone una ofensa a toda la sociedad democrática y a esta Cámara».

Los diputados del PCI –intervenciones de Occhetto y Violante a favor de la suspensión– están presionados por la base, que en las Fiestas de *l'Unità* ha pedido la solución política, así como por una cúpula que valora esa posibilidad: pero también, en sentido contrario, por una serie de cuadros intermedios que no tienen intención de desistir en su odio a la *Autonomia*. Claramente, el secretario y los dirigentes jugaron a ser aprendices de brujo y ahora tienen que vérselas con una máquina odiosa que no consiguen gobernar. Llegan voces de fuertes discusiones dentro del grupo parlamentario.

De vuelta a Milán me acompaña Tomasso Mancini, que dispensa buenos consejos jurídicos y pone en tela de juicio que yo haya tenido poco tiempo disponible para las demasiadas cosas que habría tenido que hacer: «Lo que te propusiste hacer ya lo has hecho, Toni: la dramatización política y parlamentaria del 7 de abril y del problema de la solución política; la apertura del debate legislativo en la institución y del debate histórico-político en el país; el apoyo a la reapertura del frente de prisiones y a su capacidad de abrir boquetes en las instituciones. Más no podías hacer... y ahora deberías irte».

63. *Fumus* en los ojos

Una vez tomada la decisión, los amigos de Milán se ocupan con gran generosidad de los aspectos prácticos. Iremos por mar, si el tiempo lo permite: así que hay que tener preparada también una vía alternativa por tierra. En Milán saludo a Maryse, Christian, Paola (muy nerviosa) y Giuliano. Me mudo a un pequeño departamento romano, en las afueras, esperando la salida. Para comprobar que no me sigue ningún soplón, me obligan a hacer un viaje temerario en moto. Entre los libros que hay en la casa encuentro un Lucrecio, lo abro casi al azar por el cuarto libro: «*Avia Pieridum peragro loca nullius ante / trita solo, iuvat integros accedere fontis / atque haurire, iuvatque novos decerpere flores*». ²⁹ Yo también tengo la impresión de estar en el margen de una tierra desconocida, donde poder recobrar el placer de las aguas y de las flores.

El lunes nos mudamos a Punta Ala, a la casa de los amigos de unos amigos. En el periódico leo sobre la sarta de injurias que el diputado Arbasino suelta en mi contra. Pobre tipo, bailó un solo verano el vals de la vanguardia, luego prefirió el gin-tonic y los coches deportivos; reivindica que no se ha enriquecido «explotando el sudor o los compromisos de clases subalternas nacionales o exóticas», pero tiene un escaño en el Parlamento junto a Arisio, en el partido de Spadolini y Battaglia. Ni siquiera se toma la molestia de intervenir en el debate: prefiere que le paguen sus palabras como corresponde en *La Repubblica*, después de conseguir que el Estado le pague por sentarse en silencio en el escaño a tomar apuntes. Bocca lo tiene fácil para devolver sus pastiches posmodernos a la dura realidad de la detención de Giuliano Naria, ³⁰ de

²⁹ Así empieza el Libro IV de *De Rerum Natura*, de Tito Lucrecio Caro: «Recorro los deshabitados de las Piérides / nunca antes pisados por la planta de otro / Da gusto acercarse y beber en manantiales que nadie tocó / y da gusto cortar flores frescas». Trad. de Francisco Socas.

³⁰ Giuliano Naria fue un obrero, activista, escritor y periodista italiano, nacido en Génova en 1947. Como militante de Lotta Continua, fue detenido en julio de 1976, acusado de haber participado en la acción de las Brigadas Rojas que terminó con la vida del juez Francesco Coco y de dos agentes de su escolta en Génova el 9 de junio de 1976. Fue juzgado culpable de las acusaciones y estuvo más de nueve años en la

la acusación de que yo era el jefe y el autor de las llamadas telefónicas de las BR, para llegar a la conclusión de que «la tentación de enterrar vivos a los distintos enemigos, o incluso solo a los portadores de nuestros remordimientos, es fuerte en los débiles e irresistible en los miedosos». Quién sabe en cuál de las dos camarillas –tal vez, haciendo alguna pirueta en tutú, en ambas– se reconoce Heliogabalarsino.³¹

En *La Stampa* no escribe mejor Firpo,³² que con un tono de gran barón académico (que es como se siente), al menos se permite la nobleza de mostrarse contrario al arresto: pero después de haberme retratado como portador de una inteligencia abstracta y dogmática, «fascinado por esquematizaciones sugestivas» que encauzan a «esquemas elementales y radicales antagonismos una realidad infinitamente más variada», en libros que, de *Crisis del Estado* (sic)³³ al *Dominio y sabotaje*, son la repetición fija y alucinada de la misma filosofía maníaca. Parece como si me mereciera la libertad por falta de entendimiento.

De este modo, inducido a la compasión por la obscenidad de Arbasino y por la inepta inteligencia fúnebre de Firpo, espero. La espera es larga, el mar parece muy tranquilo, el tiempo buenísimo. Mi tiempo interior es excelente. El debate en la Cámara continúa: lo escucho por la radio.

cárcel, donde estuvo a punto de morir en varias ocasiones debido al empeoramiento de su salud. Pudo dejar la cárcel en 1985 por razones de salud. Su absolución sólo llegó a principios de la década de 1990. Murió en 1997.

³¹ Alusión irónica a Alberto Arbasino, escritor de vanguardia, nacido en 1937 y muerto en marzo de 2020. Miembro del Gruppo 63, que reunió al grupo de escritores convencidos de la necesidad de superar la literatura nacional-popular, entre sus obras está la novela *Super Eliogabalo*, sobre un moderno emperador en la Roma actual.

³² Luigi Firpo fue un historiador y político italiano, nacido en 1915 y muerto en 1989. Perteneció al Partido Republicano Italiano, por el que fue diputado..

³³ Referencia incorrecta del título *Crisi dello Stato piano. Comunismo e organizzazione rivoluzionaria*, Milán, Feltrinelli, 1972, recogido en castellano en *Los libros de la autonomía obrera*, trad. de Marta Malo de Molina y Raúl Sánchez Cedillo, Madrid, 2004.

64. Fuga

A primera hora de la tarde me viene a recoger Doni para ir al puerto y una vez allí subir al barco. Una espera breve: en cuanto llegan los patrones, zarpamos.

Un mar hermosísimo, una travesía tranquila, pasamos del sol resplandeciente a la luna llena: el perfil agudo de la isla de Elba y el desierto de Pianosa; el sol que se pone detrás de Córcega. La felicidad del amor y la complejidad de lo inesperado. Miro el perfil de las islas y el pasar de la costa toscana con el ánimo de Renzo Tramaglino:³⁴ empieza una nueva vida. Siento las salpicaduras del mar en la cara, comparto sonrisas con los compañeros. El patrón me ofrece un chocolate caliente: hará unos treinta años que no lo bebía. Me duermo feliz en Córcega, habiendo pasado de la despedida a la libertad. Cuando me despierto, un taxista loco me lleva a una velocidad descabellada a L'Île-Rousse, donde me espera el vapor con destino a Niza.

El mar sigue en calma: empiezo a sentir el sabor de la libertad.

También cuando salí de la cárcel había luna llena: pero no tuve las mismas emociones potentes y positivas que experimento al sentirme, finalmente, un hombre libre. La salida de Rebibbia fue un acontecimiento cargado de pasado; la que empiezo a sentir es una experiencia del futuro: una elección que empieza a concretarse, contra el tiempo suspendido que he vivido durante dos meses. La evasión es reconstrucción de un cuerpo libre: *Renaissance*.

65. La traición del Gurú

Me entero en Aix, en casa de Morgan, del resultado de las votaciones. He tenido que escuchar tres noticiarios de radio para creérmelo: con 293 votos contra 300, se ha rechazado la propuesta de suspensión. La abstención de los diez radicales ha sido determinante: con

³⁴ Renzo Tramaglino es un personaje de *I Promessi sposi* [Los novios], la novela de Alessandro Manzoni.

sus votos, sería libre de volver a Italia. Sobre el arresto, a pesar de la abstención de comunistas y socialistas, 75 diputados han votado en contra: las abstenciones y los votos en contra son mayoría. Parece que ayer, después del voto sobre la suspensión, alguien (tal vez Pajetta) escupió en la cara a Pannella: ¡bien hecho!

Es evidente que de los sectores que no son de izquierda han llegado más votos de los previstos en favor de mi libertad –seguramente, más que los de los diputados del PCI que han votado contra mí–. Y Pannella, incapaz de entenderlo, ha terminado inclinando la balanza con su estúpida miopía –y ha traicionado la voluntad de muchos electores, apuñalándome por la espalda–. Su ambigüedad y su oportunismo mediático se suman a la ambigüedad y el cinismo de la mayoría de los *picisti*, en una situación en la que no se imponía, en contra de su costumbre, la disciplina de partido. Que casi la mitad de los diputados se haya posicionado a favor de una propuesta que apuntaba a la solución política es un buen resultado: ¿cómo reaccionará la Corte? Temo una reacción feroz, estrategias de restauración y cancelación. Pero el lobby de defensa que habíamos conseguido crear se ha quebrado por la siniestra operación de Pannella.

Este viene a verme a París, como si no hubiera pasado nada: en su opinión, las cosas han salido bien, mejor de lo previsto, gracias a su «profundo conocimiento de los mecanismos parlamentarios». Los compañeros de aquí, los que lo conocen, me dicen que tenga cuidado: es un actor del Grand Guignol. El Gurú no ha vivido cuarenta años de democracia sin que el abismo se asomara a su interior.³⁵ Muestra un culto de la institución sazonado de un moralismo decimonónico de segunda mano; habla solo para los que quieren escucharlo. Es un jacobino individualista: pero por más que organice sus juegos ilusorios con los tonos del revolucionario, no deja de ser un perfecto ejemplar de la incultura italiana, laica y burocrática, una mezcla de lecturas sin hacer y de resentimiento hacia el que las ha hecho.

³⁵ Paráfrasis del aforismo de Friedrich Nietzsche en *Más allá del bien y del mal*, «Y si fijas mucho tiempo la mirada en el abismo, el abismo mira a su vez en tu interior [Und wenn du lange in einen Abgrund blickst, blickt der Abgrund auch in dich hinein], *Más allá del bien y del mal*, § 146.

El último golpe bajo: me ofrece una cita para una entrevista para *Libération* –acudo, pero cuando llega me doy cuenta de que se ha traído a la policía–. Él lo niega, yo veo a los vigilantes que nos hacen fotografías en la ventana: él me invita a entregarme en breve e incluso me azuza con un cinismo envuelto en sonrisas como filetes, para que lo haga de inmediato. Al final, con la ayuda de Emma Bonino, consigo salir de la casa y escapar de la calle.

Última cita con el Gurú: una entrevista en televisión con Enzo Biagi. Con gusto prescindiría de hacerla, pero con lo que cobre podré mantenerme unos meses –el sueldo de diputado se va todo en abogados–. Pannella y Biagi se parecen y se entienden: para ellos hay siempre un quejumbroso recuerdo de la familia, retazos de memoria personal, emoción, como los buenos patrones que, cuando explotan, lo hacen por sus propios hijos. Empieza la entrevista: Pannella quiere tomar el pelo a todo el mundo –«los radicales nos hemos abstenido para la suspensión de tu reingreso en prisión y te hemos sacado de Italia, bla, bla bla...»–. Lo que le gustaría es que yo siguiera el juego de sus tretas demenciales mostrándome contento de ese juego absurdo delante de un Biagi, el héroe malo y arrogante de la lagrimita que se erige como vengador de la Patria afrentada. Está claro que el *pentitismo* y la legislación de emergencia les importa un comino –para ambos esta entrevista es un acto de acusación contra mí–. Al final pienso que he salido bien del trago, teniendo en cuenta las condiciones. Por lo menos he dejado un punto claro: mi aventura como parlamentario termina aquí, así como mi relación con el Gurú.

Leo sobre un sondeo del Observatorio Makno: 62 de cada cien italianos querrían que volviera a la cárcel. No está mal: si el sondeo tiene algún valor, quiere decir que 38 no quieren que vuelva.

66. Doni

Me vino a recoger en barco a Italia y me ha llevado a París: tan intenso ha sido volver a verla como dulce vivir juntos ahora. Vida de prófugos, una noche en un lugar y la siguiente en otro distinto, en las primeras semanas parisinas; los amigos nos dejan las casas,

vamos de un lado a otro de la ciudad para hacer el amor: la felicidad del sexo, después de todos los años de deseo desnudo.

Doni es una mujer hermosa y joven, un amor sereno y seguro. Amnistía Internacional nos consigue un departamento en una torre de Place d'Italie, en un rascacielos desde el que el mundo parece un hormiguero insensato. Ella va a la universidad y regresa haciendo trayectos extraños para que le pierdan la pista; yo salgo por la noche para llamar por teléfono y tener información sobre la marcha de la negociación que los abogados y los compañeros han entablado con el gobierno para que pueda quedarme en Francia. Luego, de vez en cuando, salimos juntos de la jaula y pasamos varias horas dando vueltas por la *Ville Lumière*.

Pero la vida la observo sobre todo desde las casas en las que me hospedo: desde rue Vaneau hay una ventana que da a los jardines de Matignon; veo a los ministros de la *République* dando paseos y confabulando; desde Rambuteau la vista da sobre Les Halles y el variopinto mundo de las *banlieues* que disfruta de unas horas de *loisir*. En los bajos de la torre de Place d'Italie están los chinos que producen y se meten en la torre, en grandes grupos, en espacios tal vez minúsculos: me entretengo descubriendo dónde, siguiendo los mensajes y los mensajeros de una logística oculta entre sótanos, plantas, salidas y ascensores.

La maravilla de ser libres, el asombro de amar y ser amados. Ya no me importa nada estar fugado y en busca y captura, ni las sanguinarias disputas parlamentarias; vivo en un lugar que no es donde querrían que estuviera: calculen la distancia y entérense de que está cubierta de amor. Yo y Doni somos como unos *Bonnie and Clyde* en salsa suave, antiheroica y vital. Se ha abierto para mí una nueva vida: empiezo a amar de nuevo, expreso pensamientos y pasiones, digo emociones y deseos –sin padecer el rechazo inquisitorial ni las condenas sectarias que me estuvieron atormentando demasiado tiempo–. Un nuevo comienzo: mientras siguen atormentándome demasiados fantasmas, Doni representa lo otro absoluto. Tengo fuerzas suficientes para saber cómo separarme de mi historia más reciente, quiero ser feliz y no volver a verme arrastrado al hoyo, que nada ni nadie me arrebatase esta felicidad.

Quiero ser egoísta: Doni es completamente inocente, pero es el medio para ello. He conseguido fugarme: déjenme disfrutar esta obra maestra de inteligencia y valor. Gracias, Doni.

67. *Blade Runner*

La primera película que voy a ver, después de cuatro años y medio (en los dos meses en Italia no había ido nunca al cine) es *Blade Runner*. Rick Deckard, el protagonista, es un asesino de Estado: recoge y aplica en su caza contra los replicantes –una especie de mutantes biotecnológicos– la unanimidad del interés humano en la conservación de la especie. Pero él también se verá obligado por la fuerza de lo imprevisto, del acontecimiento, al amor por la replicante y a la fuga sin fin en la que reconquista la humanidad que vendía al gobierno y a la compañía productora de mutantes.

En cierto modo, yo también me siento un mutante: pero temo la lucha mortal a la que se ven forzados los replicantes. ¿Y entonces por qué continúo en la lucha? ¿Qué es esta memoria profunda de rebelión y rechazo que quiero interpretar? Un implante, como en los replicantes: pero no me lo ha implantado el científico servil, el creador de monstruos, sino la tradición de las luchas de la que procedo y de la que soy el producto.

Hoy llueve en París, como siempre ocurre en el Los Ángeles futurible de *Blade Runner*. Contemplando París desde la ventana del departamento, en el continuo desordenado de las luces que se acumula de techo en techo, puedo hablar con los fantasmas de libertad y revolución que han iluminado las noches de París. Todo continúa y continuará hasta que no se produzca la liberación de la humanidad.

¿Por qué es el mutante el portador del sueño más antiguo propio de la humanidad? ¿Qué es lo que hace que la historia de esas repeticiones sea siempre nueva y prodigiosa?

68. Arrepentidos, un ejemplo

Los periódicos y los relatos de los amigos me confirman que el juicio está cayendo en la marginalidad de la información. Los interrogatorios son duros; Santiapichi hace lo que quiere; hasta Tarsitano ha recobrado el valor. El apogeo llega cuando Barbone, puesto en libertad en Milán, es introducido en la sala como testigo principal: queda clara –a pesar de los filtros de las crónicas periodísticas– la calidad (y los contratistas) del trabajo sucio que el chico viene a desempeñar con el cinismo que lo caracteriza.

Su memoria es undívaga: Paolo Pozzi, docente de treinta y pocos años, se convierte en «un cincuentón rico»; en el mes en el que pretende que tuvo lugar el encuentro en el que Chicco lo habría introducido a la «estrategia de la guerrilla», su pasaporte atestigua unas vacaciones en Granada –eso lo obliga a fechar de nuevo el encuentro en un periodo vago, lo que le permite evitar la comprobación de los sellos de la aduana–; de la fantasmal «secretaría subjetiva» de Rosso da una descripción que excluye a priori la posibilidad de que haya formado parte de ella, y sin embargo parece saberlo todo sobre lo que pasaba en ella; una «reunión secreta» resulta haber tenido lugar en un prado público, con partido de fútbol final incluido. «No estoy aquí para hacer un trabajo», protesta; combinación: lo que yo habría repetido obsesivamente durante años en las reuniones en las que declara haber estado presente coincide con las pocas frases extrapoladas por mis acusadores de mis escritos de años anteriores –¿cómo se puede evitar la impresión de que se han dedicado a instruirlo y adiestrarlo?–. Y, como es obvio, si hubo un ataque con cócteles molotov, él no tiró el primero y sus lanzamientos fueron a parar a habitaciones vacías –el mismo esquema del asesinato de Tobagi: él no hizo el primer disparo, y cuando disparó el periodista ya estaba herido de muerte–.

Más que las superposiciones de fechas y acontecimientos, que las vaguedades nunca respaldadas por pruebas –el pobre Chicco se acalora en vano cuando le reclama: «Decime qué pistolas, de qué calibre, en qué fecha, dónde...»–, lo que impresiona es el rencor

vengativo contra los compañeros, Francone y Chicco por encima de todos, que más combatieron contra la deriva militarista, a partir de aquel 12 de marzo de 1977, en el que consiguieron evitar la locura de un asalto armado contra el gobierno civil de Milán, defendido por los carabinieri. Por haber intentado organizar un congreso en el que se habría discutido de cómo ir más allá del terrorismo, Francone fue amenazado por una cuadrilla de secuaces del arrepentido: por no haber cedido al miedo, ahora le endosan la primogenitura de la idea de atacar a los periodistas progresistas. Y Santiapichi, dicen las crónicas, asiente complaciente; cuando Chicco reivindica no haberse manchado nunca las manos de sangre, la amonestación del juez la recibe él, no el asesino Barbone: «Pero derramamiento de sangre sí que hubo en esos años...».

Y, por lo demás, Barbone está en la sala, Fioroni no: excarcelado en febrero del 82, ha pasado a estar en «paradero desconocido». Pero con una maniobra de trilerero, sus declaraciones –que en ausencia no pueden ser sometidas al procedimiento contradictorio– son admitidas como pruebas, sin que uno solo de sus acusados haya tenido la posibilidad de un careo.

69. Una vida que llega

Así que era verdad: tendremos un hijo. Como siempre, el amor, adelantándose, anticipa la realización de la esperanza: en un acontecimiento real leo la reconstrucción de la esperanza de vida. Este hijo lo deseaba: solo cuando reconquistamos la capacidad de dar vida hemos regresado a la vida. Será un hijo para el tiempo nuevo, para la ausencia de memoria: para acrecentar la esperanza y destruir mi inquietud.

Doni está inquieta: ella teme, si renuncia a tenerlo, perderme; yo temo, insistiendo, el mismo efecto. Y el problema de mi seguridad –no solo legal, sino física– se vuelve terrible: es una sombra que se despliega sobre la esperanza. En estos días razono, escribo. Doni se va, para intentar desenredar algunos nudos –el hijo, el trabajo, su familia–, del mismo modo que había entrado en mi vida: de puntillas. ¿Volverá?

Aldina me decía siempre que sólo los hijos frenan el tiempo inexorable de la muerte. Los hijos, y la revolución: son necesarios para confirmar un sentido ético de la vida. Rebelarse para reconquistar la naturaleza, para llevar adelante el proceso de liberación: no hay diferencia entre naturaleza y libertad –mi Spinoza está de acuerdo–. La fuerza colectiva, necesaria para transformar el mundo, se nutre de estos actos: la fuerza que necesitamos para destruir el odio y la represión, para fundar el comunismo, vive de justicia –y la justicia vive y se reproduce como potencia de vida–. La fuerza de la revolución la encontramos confundiéndonos con la fuerza que la colectividad humana pone día tras día en reproducir, con amor, con deseo, su propia vida.

Tercera parte
El exilio

7. Papageno

I. Desequilibrios

Muchos años después, con los documentos del periodo entre las manos, Toni se acordaría con un color inalterado de las obras y los días del exilio, hasta en los particulares. En cambio, iba a vivir con mucha mayor viveza los conflictos interiores. El «bienvenido de vuelta» a París, entre viejos y nuevos amigos, el gozo y la alegría explosiva de vivir y de estar juntos, un sentimiento pleno de libertad reconquistada, el placer de respirar de nuevo cultura y belleza, la excitación de una cotidianidad que ya no giraba en el vacío. Y un hijo en camino: ¿qué venganza más fuerte cabe contra la experiencia de muerte que le había sido impuesta?

Pero también está lo otro: la distancia de Italia y de los compañeros que siguen en prisión, obligados a la disciplina de un proceso infame; el desmoronamiento de viejas solidaridades; la reaparición de actitudes hostiles hacia él por parte de quienes consideraban que su evasión era una traición, mientras que era rebelión y rechazo. Y la lejanía, tal vez definitiva, de Paola y de los hijos. Y la dureza de las condiciones de supervivencia, la necesidad de cualificar su figura de «trabajador»: todo ello *sans papiers*. No era fácil para alguien que venía del «privilegio» universitario primero y de la existencia carcelaria después.

Para trazar otro contraste, otra herida: una intervención quirúrgica en condiciones de urgencia que le había salvado la vida y, al mismo tiempo, había mostrado su fragilidad precisamente cuando necesitaba muchas fuerzas para volver a vivir.

Frente a todo esto, el despertar de una atención a las componentes revolucionarias del tiempo con las que ahora podía medirse, atento

y concentrado; y el deseo recobrado de hacer política, de estudiar (y avanzar por) el horizonte abierto por el mundo del trabajo que los análisis hechos en prisión habían redefinido. Había una nueva ontología del trabajo que había que leer: el cansancio de vivir y la enfermedad no iban a detenerlo.

2. Aire de París

Toni no había olvidado la batalla política y procesal, la suya y la de sus compañeros, para entregarse, como algunos insinuarán, a la buena vida. Vivir el exilio era duro: la profunda amargura y el remordimiento por haber abandonado a los hijos y a los hermanos en prisión y a los compañeros en libertad. No obstante, París le daba el sentimiento de estar «en casa» que en Italia había dejado de sentir. Lo asombraba comprobar hasta qué punto seguía viva la solidaridad entre los muchos amigos, entre comunistas: la solidaridad era un deber ético, no un reparto quejumbroso, sino una participación activa. Los consejos –*mantenete oculto, no llares la atención, no llares por teléfono, no recibas visitas...*– eran cosas ya sabidas, aprendidas en la lucha: pero ahora París no era una ciudad lejana y desierta de apoyo físico y moral. Y además estaba Mitterrand, que tal vez protegería al gran número de compañeros refugiados. Toni tenía que empezar a considerar un futuro en la ilegalidad: no era algo que lo tranquilizara. Lo que lo aguardaba no era una vida, sino una continua batalla por la supervivencia. Y el sentimiento de culpa por haberse ido se manifiesta de inmediato como una distancia insuperable, un abandono que lo hacía sufrir. Los hijos ya se habían dado cuenta de que cuando salió de la cárcel parecía que estaba loco: Toni cae en una depresión.

Doni lo manda a un analista: tiempo perdido. Pero es una excusa para vagar por París, evitando los lugares atestados si bien mirando a su alrededor. ¿Cuánto había cambiado la ciudad durante los años negros en prisión? Tal vez poco, pero a él le parecía que mucho: en el decimotercer *arrondissement*, donde vivía, habían crecido tantas torres, entre cuyas sombras se había agigantado Chinatown. La izquierda en el poder había iniciado una fuerte experiencia de

nacionalizaciones y había instaurado nuevos derechos, se había eliminado la pena de muerte: pero ahora esa política se había detenido. Toni tenía tiempo: iba al cine, pero para que no lo reconocieran iba a las salas pequeñas en las que reponen obras maestras. Sucedió que de vez en cuando algún desconocido se le echaba encima para felicitarlo por la evasión: Toni se agarrotaba, como si le quitaran la manta cuando estaba acostado. Le daba vergüenza –¿de qué?–. No podía engañarse pensando que, si volviera a la celda, la pena para sus compañeros iba a ser más leve. Ahora que se había ido, tal vez mereciera los años de cárcel que le habrían echado: la paradoja le ponía contento. En la confusión que colmaba su cabeza, se sorprendía canturreando –se la había enseñado Francesco– «*Voglio una vita spericolata*»:¹ pero al instante se preguntaba, con un estupor algo irónico, si lo que estaba viviendo no era insensato y exagerado. París era más hermosa que Lugano: iba a conseguir quedarse, reconstruirse, vivir.

3. Medios, procesos y policía

De devolverlo a la realidad se ocupan los medios de comunicación: la prensa italiana continúa masacrándolo, no tiene la menor intención de dejarlo en paz. El juicio en primer grado termina el 12 de junio de 1984 (la víspera había muerto Berlinguer: *il manifesto* dividirá la portada entre los dos acontecimientos) con cinco siglos de cárcel: treinta años solo para Toni. Pero de todas maneras las penas son menores que las solicitadas por el fiscal y se retira la acusación de insurrección armada: la propia acusación tuvo que reconocer que no había pruebas para sostenerla. El teorema de la acusación empieza a mostrar algunas grietas. Entretanto, después de cinco años y medio de prisión preventiva, los compañeros empiezan a salir de la cárcel.

¹ *Vita spericolata* [vida temeraria] es una canción del artista italiano Vasco Rossi, publicada en 1983.

El 30 de enero de 1986, en Padua, donde se habían incubado los huevos del demonio, el juicio contra la *Autonomia* se resolvía desmintiendo la acusación: además de Negri, son absueltos Ferrari Bravo, Funaro, Pancino, Tommei, Vesce, Del Re, Di Rocco, Bianchini, Alessandro Serafini, Schiavetto, «porque el hecho no subsiste» con relación al vínculo de causa-efecto entre *Potere Operaio* y *Autonomia Operaia Organizzata*, y «por no haber cometido el hecho» en relación con la supuesta dirección de atentados. El «teorema Calogero» ha quedado desmentido: hasta *La Repubblica* tiene que reconocerlo.

Al estilo italiano, se barre la injusticia debajo de la alfombra y los medios de comunicación bajan el tono; pero no contra Negri que, blasfemando contra los políticos e indignándose contra los jueces, se había ido: aquí hay lesa majestad. Si los jueces han bajado el tono, los medios de comunicación buscan a Toni para destruirlo. Y la policía italiana se dedica a la tarea de dar pretextos a los periódicos. Un par de episodios. Una mañana, todos vestidos con el verde de los *éboueurs* [basureros] parisinos, una veintena de policías italianos lo esperan en la base de la escalera automática que conducía a la torre en la que vivía; el cabecilla se adelanta y lo señala, se mueve la tropa, pero por el otro lado –mientras la escalera automática sube a Toni– se mueve un señor: «*Non, c'est pas lui*», la tropa se retira y la escalera conduce a Toni al interior del edificio. Había intervenido la policía francesa para evitar el secuestro. En otra ocasión Toni, que se había mudado a un pequeño departamento en la rue Vaugirard, al salir se encuentra en el vestíbulo del edificio a unos tipos que están haciendo fotos de los buzones (¿con qué finalidad? Su nombre no figuraba). Sorprendidos con las manos en la masa, lo siguen mientras Toni se aleja a toda prisa: son al menos tres, que le hacen fotos persiguiéndolo hasta la estación de metro más cercana, buscando el enfrentamiento y la denuncia pública de su condición de prófugo.

Después de la última entrevista con Biagi, Toni se había prometido no conceder más entrevistas. Con una excepción: le ofrecen un montón de dinero por encontrarse con Tortora. Un insensato espectáculo televisivo: una discusión entre el inocente perseguido

Tortora, condenado y finalmente absuelto –*¡abajo la justicia!*– y el culpable fugitivo Negri, condenado y punto –*¡viva la justicia!*–. ¿Dónde está la discusión, con Tortora alabando la justicia y el valor de haberla sufrido (¿tenía otra vía de escape?), frente a un Negri que se burla de la justicia y ha tenido el valor de huir?

Con el dinero de este estúpido encuentro se pudo pagar a los abogados del proceso de apelación. Con motivo del cual Carlo Fioroni, localizado en Bélgica, donde estaba oculto con la protección de los Servicios Secretos y del gobierno (el pasaporte se lo había concedido el presidente del Consejo de ministros, Spadolini), se ve obligado a comparecer en la sala, demostrando que era un testigo poco fiable, algo que llegó a reconocer el propio fiscal general, Fabrizio Hinna Danesi. El 8 de junio de 1987, la sentencia de segunda instancia, más tarde confirmada por la Corte de casación, anula la insurrección armada y reajusta el resto de cargos, absolviendo a Vesce, Ferrari Bravo, Castellano, Virno, Magnaghi, Novak y Nicotri. Para los demás, las condenas son más o menos iguales a los años de prisión preventiva que ya habían cumplido. Toni es absuelto del delito de insurrección armada contra los poderes del Estado «porque el hecho no subsiste» y de casi todos los demás delitos específicos, empezando por el secuestro y homicidio de Carlo Saronio. La comparación entre el primer juicio y el segundo es elocuente.

| | Sentencia en primera instancia | Sentencia en segunda instancia |
|--------------------------|--------------------------------|--------------------------------|
| Leandro Barozzi | 10 años | 4 años y 2 meses |
| Cecco Bellosi | 5 años y 6 meses | 4 años y 2 meses |
| Renata Cagnoni | 5 años | absuelta |
| Lucio Castellano | 12 años | absuelto |
| Arrigo Cavallina | 14 años | 4 años |
| Paolo Ceriani Sebregondi | absuelto | absuelto |
| Renato Cochis | 6 años | 3 años |
| Giustino Cortiana | 7 años | 2 años y 7 meses |
| Mario Dalmaviva | 7 años | 4 años y 2 meses |
| Gianluigi Galli | 12 años y 6 meses | 4 años y seis meses |
| Roberto Ferrari | 14 años | 5 años y 2 meses |
| Luciano Ferrari Bravo | 14 años | absuelto |
| Augusto Finzi | 14 años | 5 años |
| Alberto Funaro | 10 años | 3 años y 6 meses |
| Ambrogio Liverani | 13 años y 6 meses | 4 años y 6 meses |
| Romano Madera | 4 años | 2 años |
| Libero Maesano | 14 años | 4 años y 2 meses |
| Giovanbattista Marongiu | 14 años | 4 años y 2 meses |
| Egidio Monferdin | 25 años | 7 años |
| Toni Negri | 30 años | 12 años |
| Giuseppe Nicotri | Insuficiencia de pruebas | absuelto |
| Jaroslav Novak | 7 años | absuelto |
| Gianfranco Pancino | 25 años | 1 año y seis meses |
| Massimo Pavan | 6 años | absuelto |
| Paolo Pozzi | 11 años | 3 años |
| Giorgio Raitieri | 4 años | sentencia archivada |
| Gianni Sbrogiò | 13 años y 6 meses | 3 años |
| Giorgio Schroffernecher | 5 años | 1 año |
| Oreste Scalzone | 20 años | 9 años |
| Giano Sereno | 5 años y 6 meses | absuelto |
| Oreste Strano | 16 años | 7 años |
| Franco Tommei | 16 años | 4 años y 8 meses |
| Giovanni Tranchidia | 5 años y 6 meses | absuelto |
| Emilio Vesce | 14 años | absuelto |
| Paolo Virno | 12 años | absuelto |
| Lauso Zagato | 14 años | 4 años y 2 meses |

4. Félix

La persecución de los medios de comunicación y de la policía tenía algo de insensato, desde el momento en que ya estaba clara la decisión adoptada por Mitterrand de proteger el exilio de los refugiados italianos. Aquí es donde Toni empieza a ser entrevistado con frecuencia por la prensa francesa, y prácticamente toda la *presse* de izquierda, desde *Libération* a *Le Matin* hasta *Le Monde*, publica artículos que reconstruyen de manera más o menos correcta los años setenta en Italia, haciendo hincapié en la *Autonomia* como fuerza que se oponía a las matanzas fascistas y a la imprudente militarización de la resistencia querida por las BR.

Más tarde se publicaría en el 85, en Hachette, la traducción de *Storia di una evasione*,² con el título poco brillante de *Italie rouge et noir*. La introducción la hace Bernard Henri-Lévy: «Ni comédien ni martyr, ni tout à fait infâme ni forcément sublime, Toni Negri, au fond, est un enfant du siècle. Il convenait –il convient– de regarder en face cet homme qui, à son tour, nous considère avec l'inquiétante étrangeté des miroirs».³ Cuando vio la introducción de BHL a mi libro, Félix se enfadó. El ambiente no era el mejor entre el CINEL (el comité, dirigido por Félix, que ayudaba tanto a los compañeros que llegaban a Francia de los países europeos, como a los disidentes de la URSS) y los «nuevos filósofos» quienes, alrededor de Glucksmann y de BHL, desplazaban hacia la derecha el debate político sobre la disidencia europea y rusa –del debate filosófico, los «nuevos filósofos» habían sido expulsados a toda prisa, gracias sobre todo a Deleuze y a Vidal-Naquet–. Poco a poco Félix fue sosegándose, comprendiendo que la operación de Enthoven⁴ (que me presentó a Hachette

² Toni Negri, *Diario di una evasione*, Milán, «Parole e fatti, núm. 1», 1986. La edición en castellano: *El tren de Finlandia*, trad. de Carla Matteini, Madrid, Ediciones Libertarias, 1990.

³ «Ni comediante ni mártir, ni completamente infame ni necesariamente sublime, Toni Negri, en el fondo, es un hijo del siglo. Lo apropiado era –y sigue siéndolo– mirar a la cara de este hombre que, a su vez, nos considera con la inquietante extrañeza de los espejos».

⁴ Jean-Paul Enthoven, editor y escritor francés nacido en 1949.

y BHL), aunque equívoca en ciertos aspectos, servía para aportar a los refugiados italianos un apoyo importante, el de una intelectualidad parisina instalada entre los socialistas y la derecha. Cuando, unos años después, hubo *cohabitation* entre Mitterrand y Chirac, celebramos ese cambio. Pero en aquella época Félix me montó una escena. Para él era como un hermano, tal vez más joven de edad –y tal vez también de cabeza!–. En ese periodo trabajamos juntos en la escritura de *Les nouveaux espaces de liberté*,⁵ razón de más para que me reprochara por no haberle avisado de la introducción: «Porque soy un maleducado y porque pensaba que iba a decirme que no», le expliqué.

Con Félix tenía una amistad de una intensidad y una confianza que hacía mucho tiempo que no conocía: era su amigo como lo había sido con los compañeros en el liceo o en la universidad, en el tiempo de las grandes decisiones vitales, amistades que había dejado de tener cuando me puse a hacer política. Le hablaba de mi vida, y él hablaba conmigo de la suya. Cuando llegué a Francia reanudamos la relación política y filosófica que durante la prisión habíamos mantenido por correspondencia. Más tarde, cuando la dura condición del exiliado se desplegó ante mí y empecé a sufrir las primeras crisis, Félix fue el hermano que me ayudaba en las cosas prácticas (me llamé Antoine Guattari durante todo el periodo del exilio, para tener un nombre que me permitiera alquilar, pagar las facturas, etc.) y el *psy* que me sacaba de la *déprime*. Pasaba los fines de semana con él en Dhuizon, donde tenía una casona cerca de la clínica de La Borde: y dábamos grandes paseos en los bosques contándonos las cosas de la vida, del mundo y del saber. He pensado a veces que los franceses eran más capaces de quererse entre hombres que los italianos: lo cierto es que entre yo y Félix había dulzura e inteligencia, cuando yo estaba agotado, cuando él estaba cansado. Cuando regresaba de uno de aquellos grandes viajes que hacía a América Latina, a Japón, a California o a este o aquel lugar de Europa me los contaba durante horas: a mí, que

⁵ Félix Guattari y Antonio Negri, *Les nouveaux espaces de liberté*, París, 1985. [Ed. cast.: *Las verdades nómadas*, Madrid, 1999].

no podía poner un pie fuera de Francia, un mundo se presentaba ante mí.

Félix era una máquina: tenía una vida de analista, una vida de filósofo, resaltada por la relación con Deleuze, y una vida política y una curiosidad por el mundo que consideraba una profesión. Desde el comienzo de mi exilio me llevó a participar de esas formas de vida, así como de su vida mundana. Esta era una forma dichosa de convivencia con hombres y mujeres que tenían algo que decir: en los almuerzos juntos, en una fiesta o «en un confesionario», como decíamos. Grandes amistades nacían a menudo en torno a aquellas mesas, en rue Condé y luego en rue Saint Sauveur, o en el estudio de Sasha, un amigo común, extraordinario agente publicitario en las altas esferas de la vida parisina, que durante un largo periodo echó una mano para darnos a conocer personas que procedían de los mundos más dispares. La discusión se enriquecía constantemente: el 68 parisino, el militante, el de hombres y mujeres que continuaban luchando, ayudando a los otros que combatían, pensando una transformación del mundo, aún no había muerto. Mitterrand no había enterrado mayo del 68 después de haberlo usado para derrotar al gaullismo. Y muchos de aquellos que no habían olvidado el 68 frecuentaban el seminario de Félix. Durante una tarde a la semana o al mes se discutía en libertad sobre los temas más diversos, desde la psiquiatría a las temáticas filosóficas que Félix y Gilles estaban desarrollando, desde la última película al clima político del momento: colectivamente. Cuanto más se construía una atmósfera desconectada de todo bloqueo psicológico o reserva cultural, cuanto más se decían «cosas de locos», más contento estaba Félix y más abundaban sus intervenciones. Y aquí su lenguaje se inventaba y se expandía, creando *agencements collectifs*⁶ de cuyo sentido nadie

⁶ «Agenciamientos colectivos». En el esquizoanálisis, un agenciamiento es un hacer consistente que nace del ensamblaje y las composiciones de operadores heterogéneos: flujos materiales y semióticos; máquinas abstractas y concretas de todo tipo organizadas en *Phyla*; territorios sensibles y existenciales con sus modos de temporalización territorial (ritornelos) y universos incorporales y mutantes de valor. Sus configuraciones singulares se pueden estudiar mediante lo que Félix Guattari llama una metamodelización.

estaba seguro –pero a nadie le interesaba interrogarse–: nos reconocíamos como libertarios y revolucionarios, también en el dar sentido a los conceptos, y eso nos hacía sentir bien.

Estábamos en los «años de invierno»: si para mí era un exilio, para Félix y sus compañeros eran años de reflujo político, cultural; de constantes y frustrantes intentos de anular el 68 y de bloqueo del hacer revolucionario. La investigación apuntaba a reinventar un comunismo de los cuerpos y de la imaginación, del deseo –tal y como nos había enseñado el 68–. El tema fundamental era estremer este mundo alienado, reinventar el acontecimiento, *agencer* las muchas luchas en una única máquina potente. Cada seminario era un acontecimiento: se entraba para tratar un problema y salíamos confundidos, a veces molestos por las maneras del uno o del otro, cabreados porque no se había resuelto ningún problema, ni se había perfeccionado ningún razonamiento –pero extraordinariamente enriquecidos–.

5. Filósofos

El libro de Toni sobre Spinoza se había publicado con los prefacios, además de los de Macherey y Deleuze, de Alexandre Matheron, el mayor especialista universitario de Spinoza, en cuyo departamento se hospedó Toni como clandestino, nada más llegar a Francia. Un buen departamento en boulevard Raspail, justo delante del EHESS;⁷ una familia agradable; François, su hijo, había traducido el libro; ahora Toni pudo conocer al padre, y aprendió a estimarlo, mucho. Alexandre jugaba con él: se veían cuando Alexandre se despertaba, después de mediodía, porque se pasaba la noche leyendo novela negra y ciencia ficción. Pero no se limitaba a jugar, porque, mucho más allá de las críticas que había hecho al libro, le encantaba discutir con Toni del pasado y del futuro, de Spinoza y del mundo. Toni le debe un fuerte estímulo para continuar el trabajo

⁷ École des Hautes Études en Sciences Sociales, institución educativa de estudios de posgrado, fundada en 1947.

y mucho más: por ejemplo, una ayuda para orientarse en la tierra filosófica francesa. Desde 1979 habían pasado tantas cosas: Sartre desaparecido del debate; Althusser puesto entre feroces paréntesis; Foucault todavía con vida pero aún por redescubrir; Derrida en auge y Deleuze en crescendo –luego estaban Lyotard, Baudrillard y Virilio, que ilustraban una crítica de la posmodernidad que aún era situacionista, negación de las ideologías pasadas y descripción de un mundo abrupto–. Como en los primeros años de estudiante en París, Toni se sentía un provinciano: miraba con timidez a los intelectuales con los cuales su fama de «terrorista-filósofo» le permitía establecer contacto con facilidad. Sentía timidez y asombro: ¿tal vez por eso lo apreciaban? En tal caso habría sentido vergüenza –sin dejar de estar prevenido ante la *pruderie*⁸ parisina–. Matheron, que era y seguía siendo comunista, le indicaba un camino justo, materialista, spinozista, que fuera más allá del invierno de la revolución, reconstruyendo una dinámica destructiva de la tristeza y creativa de pasiones alegres.

Con este espíritu Toni conoce a François Châtelet: un hombre de la izquierda hegeliana, abierto a la escuela de Fráncfort; el éxito de su trabajo de corresponsal filosófico en *Le Monde* le ha otorgado un papel destacado en el mundo cultural francés. Vinculado a la familia socialista, está inventando el Collège International de Philosophie, que concibe como una escuela abierta para los profesores de filosofía en los liceos, tan importantes en la educación de los franceses. Ya está enfermo cuando conoce a Toni, morirá poco tiempo después: pero aquel contacto quedó como algo fundamental. Habría sido un verdadero interlocutor y un gran amigo, porque la izquierda hegeliana en Francia siempre es comunista y Toni buscaba amigos comunistas. Trabajaré para él en el *Dictionnaire des oeuvres politiques*.

Otras dos aventuras filosóficas en este primer periodo: Jean-Pierre Faye y Cornelius Castoriadis. También Jean-Pierre, al que ya había conocido gracias a Félix en los años setenta, lo acoge en su casa: se convierte en un queridísimo amigo. Es un fino conocedor

⁸ Pacatería.

del pensamiento político del fascismo y –¡con cuánta anticipación!– «fiscal» implacable contra el nazi Heidegger. Tenía la intuición de un poeta y el olfato de un filólogo para descubrir la abyección fascista oculta detrás de toda elegancia literario-filosófica. Castoriadis empieza a invitar a comer a Toni una vez a la semana, durante un tiempo: discuten mucho sobre la autonomía obrera y sobre sus implicaciones teóricas, reconstruyen las vicisitudes de la autonomía desde los años treinta estadounidenses a los cincuenta franceses de *Socialisme ou barbarie*, hasta la autonomía italiana. Cornelius es ahora un gurú psicoanalista, pero continúa escribiendo, practicando una «furibunda fantasía» antisoviética digna de un viejo trotskista, pero ya *demodée*. Mandó su libro a Toni en prisión, *Avant la guerre*, el más feroz en ese sentido. A pesar de la diferencia total entre las posiciones, siguen siendo amigos; delante de Toni, Cornelius jugaba a hacer de militante –sentía una gran nostalgia–; pero soslayaba lo que los dividía.

Después de estos encuentros Toni vuelve siempre a casa de Félix, que finalmente le presenta a Gilles Deleuze. No era fácil que lo hiciera: la amistad y el trabajo con Gilles eran el único secreto (o tal vez uno de los poquísimos) que guardaba el carácter impetuoso y abierto de Félix. La admiración genera protección del objeto amado: Toni comprende la enormidad de la amistad con él cuando lo pone en contacto con Gilles. De este modo, Toni empieza a discutir con Deleuze: empiezan con Spinoza, luego Toni le pide mil aclaraciones sobre lo que no entendía de su trabajo. Estaban distantes en la ontología, pero muy cercanos en la ética y en la política. Toni siempre había leído a Deleuze (y con mayor pasión aún los dos libros que hasta ese momento había escrito con Félix) como parábola materialista de la transformación del capitalismo y como definición del horizonte de guerra para la liberación del dominio del dinero. Más una parábola filosófica que la búsqueda de una verdad científica: la verdad de la que sigue siendo capaz el marxismo cuando lo liberamos del dogmatismo. Una vez reimplantadas en la historia –esto es, dentro de la materialidad y la temporalidad que en Deleuze y Guattari se desdibujaban, a veces de manera radical– sus parábolas cobraban un sentido ético-político, militante: construir máquinas de guerra y

hacerse máquina anticapitalista significaba entrar en el mundo de la producción explotada y aportar la potencia de máquinas subjetivas contra la destrucción del ser humano.

6. Yann

Todavía faltaba algo para que se sintiera dentro de la sociedad filosófica parisina: tenía que reanudar el contacto con los althusserianos. A finales de los años setenta, Althusser le abrió las puertas de la École Normale de la rue d'Ulm para que impartiera las lecciones sobre los *Grundrisse*: de ellas salió el libro *Marx más allá de Marx*. Toni pregunta ahora si puede ver de nuevo al maestro –está enfermo y apartado después del terrible drama del que ha sido protagonista–. Yann Moulier-Boutang lo lleva a ver a Althusser. No hay posibilidad de discusión: es solo una oportunidad de consolarlo en su enfermedad, en su locura. De la que brota el nuevo pensamiento del ser aleatorio –una intuición de las nuevas figuras en las que se presenta el ser social en la crisis de la modernidad–. Un cierto spinozismo, en la acepción deleuziana, aparecía en la obra última de Althusser: una especie de cruce con las corrientes más vivas del pensamiento revolucionario, las denominadas como «producción de subjetividad», en sus variantes constructivas y fenomenológicas.

Junto a François Matheron, Yann estaba trabajando sobre el legado de Althusser: de ese trabajo nacería un primer volumen sobre la vida del filósofo (aún se espera el segundo) y, con François, años después de la muerte de Althusser, la antología de sus obras autobiográficas.

Yann es un hombre tan inteligente como generoso; la amistad profunda con Yann nace en los primeros años setenta, cuando, aún estudiante, invitó a Toni a dar una conferencia sobre el *operaismo* a un grupo de estudiantes de la rue d'Ulm. Durante mucho tiempo Toni y Yann, junto a todos sus seres queridos, constituyen una familia. Yann y su compañera Roxanne traducen más tarde al francés mi *Marx más allá de Marx* y *Obreros y capital* de Tronti y muchos trabajos de los *operaisti*. Yann es además un pilar en la defensa del regreso de Toni a Francia, del mismo modo que lo había

sido durante el encarcelamiento, organizando la solidaridad de los compañeros franceses y manteniendo las relaciones con abogados y asociaciones de defensa de los presos y de los refugiados; ya al día siguiente del 7 de abril había prestado asistencia a los primeros exiliados autónomos en Francia. Para Toni ha sido un ahijado al principio y después un hermano, un amigo. Un excelente estudiante, que ha desarrollado el marxismo *operaista* ampliándolo al análisis de las mutaciones de los regímenes de acumulación y de la composición de clase en los procesos de externalización productiva de los años setenta y ochenta; más tarde, de la esclavitud dentro de la historia de la acumulación capitalista; por último, de la socialización capitalista y de la fuerza de trabajo cognitiva, con gran originalidad, sin dejar en ningún momento que su obra se reduzca a tratar temas archisabidos o caiga en posiciones dogmáticas. Pero precisamente en este periodo, a finales de los años ochenta, se alejará del marxismo autónomo: ya está bien, debió pensar; su profundo y atávico antisocialismo lo obligaba a mantenerse alejado de toda incursión en el terreno de la reinención del comunismo.

7. Compañeros

Había muchos compañeros de la *Autonomia* en París en 1983. Los primeros habían llegado ya en 1979, otros a principios de los ochenta: en resumen, no dejan de llegar. Y luego estaban los que, después de la consolidación de Mitterrand, volvían de América Latina o de África –primeros destinos de su exilio–. Estaban sobre todo en París, pero también en el Sur, en la Provenza, el Drôme, en las Cevenas: eran jóvenes, hombres y mujeres, obreros y estudiantes, crecidos en los años de las luchas; muchos ya habían conocido la cárcel. A los primeros los ayudó a instalarse el CINEL; luego se crearon familias: la ayuda se volvió plural y polimorfa. Había que trabajar para sobrevivir, era necesario apañárselas: restauración y trabajos de reforma en departamentos, el punto de decantación tradicional del inmigrante italiano –se aprende pronto–. Luego nacieron las primeras tabernas y las primeras empresas. Vida de migrantes, mucho trabajo y poco dinero. Muchos recuerdan haberse visto

obligados a robar en los supermercados –con el riesgo, desmedido, de que los agarraran *sans papiers*–. Otros –pero realmente pocos– se habían traído de Italia las armas y pensaban que podían vivir de los atracos también en Francia, pero aquí era demasiado difícil: en octubre del 83, los gendarmes matan a un compañero después de un atraco; tristeza por su muerte y por la desesperación del gesto. Les sucederá lo mismo a otros, en otros países.

Si a alguien le contaran cómo salieron adelante todos los que durante un tiempo vivieron en Francia como exiliados, ¡qué novela saldría!

Casi todos los que se quedaron tuvieron fortuna: algunos son profesores universitarios muy apreciados, otros empresarios de mucho éxito; otros se metieron en *Médecins sans Frontières* o *Emergency* en países en los que luchaban contra las guerras y la miseria. Este exilio político de masas representó una internacionalización imprevista de los movimientos de los años sesenta, asumida sin miedo, como si se tratara de una anticipación de la emigración intelectual desde Italia que se intensificará con el cambio de siglo. Todo ello acompañado por el folklore de las emigraciones: las madres que llegan en Navidades con el coche lleno de botellas de buen vino y de salami, panettoni y café; encuentros frecuentes para una juerga, para estar juntos, cuerpos y recuerdos, amistades y sueños, cantos y pasiones de lucha.

Paulatinamente se reforman las familias políticas: y se enfrentan aquellos para los cuales la lucha armada ha terminado con los que quieren continuarla, o apoyar a los compañeros que siguen militando en Italia. Nace una asociación de los exiliados italianos, que tendría que encargarse de proporcionar asistencia y formar una representación para negociar con las autoridades la regulación de la permanencia en Francia: pero las reuniones terminan en pelea –y no solo allí se llega a las manos–. Renacen fantasmas de enfrentamientos ideológicos pasados, vuelve a verse lo peor de las experiencias de la lucha de clase y de los debates sobre la organización en los años setenta. Por si esto fuera poco, los viejos odios políticos terminan en violencia fratricida: al final del otoño de 1983, tres meses después de la llegada de Toni, el local de algunos compañeros autónomos italianos salta por los aires cerca de la place Saint-

Michel –una bomba puesta por exiliados contrarios a la «disociación política»–. Ironía del destino, un par de años después esos mismos intransigentes firmarán la «disociación jurídica», una declaración a los jueces que, por el relato de todo lo que había hecho su organización y la denuncia de todos los compañeros que habían formado parte de ella, entrañaba una reducción de condena de la que nosotros, «disociados políticos», no habíamos disfrutado.

Pero en ese momento se produce también una especie de mutación antropológica del exiliado. Algunos cambian de rostro, se convierten en hombres completamente distintos, se apartan de su vida anterior hasta tal punto que se vuelven irreconocibles: se transforman, son mutantes. Si uno pega un tiro al aire a sus espaldas no se giran ni se sobresaltan, están sordos a cualquier llamada. Otros viven una nostalgia desgarradora de la que no consiguen librarse: no repiten la historia de su insubordinación, ocultan sus motivos –pero son sumamente precisos reconstruyendo los acontecimientos vividos, el último atraco o el enfrentamiento más duro con la policía–. Son incapaces de salir de ese *compact* de su memoria: como soldados que han hecho la guerra, pero ignoran por qué han luchado, ¿no se atreven a darle un sentido ni a decir que no tenía sentido alguno! Hay quienes –poquísimos– vuelven a intentarlo con las armas, transformando el ansia revolucionaria en propedéutica criminal; otros insisten empecinadamente en su propia identidad pasada, siguen llevando el uniforme aunque su alistamiento haya terminado. Y todos aprenden nuevos oficios, que en el exilio son nuevos aunque uno los hubiera desempeñado antes: albañiles, plomeros, pintores de brocha gorda, comerciantes, cantineros y cocineros. Con tiento van saliéndose con la suya: por regla general en el mercado de trabajo son mejores, más atentos y perseverantes que los nativos, prosperan, y para muchos de ellos se plantea la decisión de seguir siendo comunistas. La paradoja consiste en el hecho de que siguen siendo comunistas los que han triunfado, mientras que los que han fracasado pierden la fe: vencen la coherencia y la confianza en lo que habían sido en el ayer, de jóvenes, y la decisión de seguir siéndolo en el mañana. Quieren revisar críticamente el pasado en el que los han llamado «terroristas» mientras que

eran comunistas, pero quieren continuar: esa elección es decisiva. Además de obreros, serán excelentes profesionales o buenos sociólogos y filósofos –en cualquier caso «la lucha continúa»–.

Luego estaban los que no podían soportar de ninguna manera estar lejos de Italia, los que querían regresar, estar en casa. Guido Bianchini, un hermano de Toni, su maestro de marxismo y de luchas, era uno de esos «incapaces» que no se adaptaban al exilio. No había nadie más inocente que él, lo que no le había evitado un año entero de cárcel. Cuando salió lo persiguieron con nuevas acusaciones: escapa a Francia para evitar la cárcel. En París era cortejado por algunos grandes personajes intelectuales, que no habían tardado en intuir la fina inteligencia que se escondía bajo la dura apariencia; por los compañeros que desde siempre admiraban, en su fingida cordialidad popular, un saber refinado; por los compañeros más cercanos que querían experimentar su inteligencia práctica para poner en marcha una reconstrucción política: no había nada que hacer, Guido era infeliz, extrañaba las partidas de tres sietes, no conseguía explicarse por qué tenía que estar lejos de casa.

En París solo hablaba en dialecto véneto.

8. Cansancio de vivir

Fue realmente difícil. No había hecho falta mucho para que la separación de los lugares y de la historia en la que me había convertido en un hombre, había construido una profesión, hecho política y amado se tornara en soledad. En la cárcel no había sucedido: soledad no significa estar solos, sino ser ramas arrancadas del árbol –difíciles de reinsertar–. Una rama arrancada disminuye tu ser. Tenía que reinsertarme en otro lugar, en una nueva tierra. «Soy incapaz de conseguirlo», me repetía Guido: yo tenía que ser capaz. Iba a ser difícil y doloroso, pero «hay que intentarlo, no hay alternativa», me decía a mí mismo. La soledad se hace virtud: así vivo la separación de Paola. Ya se había producido antes de la cárcel: pero ella había vuelto a ser mi compañera en los cuatro años de prisión, aunque nos habíamos comportado como si ya estuviéramos separados –pero queriéndonos–. Ahora separándonos de verdad: con muchísima

dificultad. Todo se desarrolla con un plus de reticencia: un alejamiento renuente, necesario antes que deseado, sin ninguna maldad recíproca. Hacemos un par de viajes juntos, uno a Bretaña y otro a Borgoña. La relación con Doni no basta para distanciarme de Paola, aunque ya no la amo: tengo que encontrar una nueva tierra en la que reinstalarme. ¿Egoísmo? No, lo que hemos vivido ha sido terrible; la salvación está lejos, hay que reconstruirla y no hay más posibilidad de hacerlo que separándose, rompiendo con el pasado. Muy pronto se irá también Doni: abandonar a Paola arrastra también a Doni en el abandono. En realidad no las abandoné nunca: pero sentía que tenía que encontrar un espacio, construir una torre de marfil que me defendiera del sentimiento de culpa por haber abandonado Italia y a los compañeros en prisión. En ese altar sacrificaba a las dos mujeres de mi vida: ese sentimiento de culpa, esa distracción violenta continúa asaltándome. ¡Qué estúpido e insensato! Tenía que empezar a vivir de nuevo después de haber dejado mi vida del otro lado de la frontera: se me imponía un nuevo universo, en el que construir trabajo y amistades, estudios y afectos, ¿podía ser menos radical el alejamiento, menos dolorosa la separación? ¿Menos difícil la soledad?

En aquellos momentos me faltó un consejo externo: el reproche de los compañeros que seguían en prisión me consumía. No sé si realmente me reprochaban algo (hoy pienso que no), pero de todos modos sentía un dolor insoportable. Paola quería que me fuera de Italia, fuera de la cárcel, siempre y por encima de todo: no soportaba el recuerdo de mí en prisión, no quería refrescar esa experiencia. Yo la rechazaba porque no soportaba haberme ido: romper con ella era necesario –quería que esa ruptura significara una vida nueva–.

¿Pero acaso no estaba todo impregnado de hipocresía? En realidad quería vivir, recuperar mi vida: la forma en que me fui fue una mamarrachada –pero era necesaria–. No lo decía en aquel entonces, pero todavía hoy lo siento como una culpa: no fui capaz de hacer otra cosa, no hubo manera.

Poco después, Paola volvió a aparecer en mi vida con una amistad fiel, pero siempre cargada de un tenue resentimiento: y yo, en la soledad que me creé para vivir, cuando necesitaba un

consejo, ayuda, a menudo me dirigí a ella. Estaban los hijos, Anna y Francesco, que de todas maneras nos mantenían unidos. Anna parecía madura, empezaba una aventura de vida entre Holanda, Francia y Londres, que fue dura pero hermosa. Cuando cada cierto tiempo pasaba por París eran momentos muy felices para mí: pero nunca me perdonó haber dejado a Paola. Francesco estaba metido en sus propios asuntos («se metía») sin llamar la atención: lo que siguió fue una auténtica odisea –una verdadera guerra para sacar a Checco de la droga, emprendida junto a Paola–.

La dureza de la relación con los hijos hizo que el cansancio de vivir se hiciera más profundo: en una condición, la del refugiado, que no quería oír hablar de esas *conneries* [estupideces], ¿qué son, en comparación con lo que se cierne sobre ti, treinta años de cárcel?

9. Nina

Verano de 1984: Doni está a punto de parir. Vamos a Aix, donde, también como exiliado, vive Nanni Balestrini; su compañera ha parido allí hace poco, en una clínica cercana. Nos instalamos en una casa de campo. Voy con frecuencia a Marsella, donde estoy trabajando en una película sobre los años setenta que no llegó a terminarse: desplazamientos difíciles, tedio del trabajo cinematográfico, largas esperas entre una toma y otra. De la felicidad al saber que Doni estaba embarazada paso ahora a la preocupación: ¿cómo haremos con la pequeña, con la vida salvaje que estábamos llevando?

Nace Nina: hermosa como un sol. Estoy presente durante el parto, teniendo a Doni de la mano; es la primera vez que veo nacer: casi me desmayo, luego empiezo a llorar y a alegrarme por ese pequeño pastelito de vida, perfecto y apetitoso –¡siempre quise comerme a los niños pequeños, con mayor motivo a Nina, mi pequeñita, hija de un ogro!–. La ternura que se siente cuando nace un hijo supera toda preocupación. Soy feliz. Entre tanto llegan los padres de Doni y, antes de que yo regrese al hospital, se las llevan a ella y a Nina: adónde, no lo sé –seguro que estarán mejor que conmigo–. Hay sabiduría en lo que han hecho los padres de Doni: disponen de los medios para proteger a la niña y a la madre; pero aquella salida

repentina la viví como un rapto. El desgarramiento me ha dejado tocado, no sé qué hacer, qué decir: no puedo reaccionar, ni ir a Italia. Una chica polaca, amiga de Doni, que había venido con nosotros de París, me mantiene informado ahora. Vuelvo a ponerme nervioso: ¿cuándo volverán mis dos niñas?

Una vieja amiga que vive en las cercanías viene a buscarme; estoy harto de toda la historia y estoy tratándome mal a mí mismo: me llevará a París en coche. Damos un largo rodeo: de Aix a la Ardèche, luego bajamos a Aquitania y volvemos a subir hacia París. El viaje es hermosísimo; Geneviève es agradable, conoce todas las fondas tradicionales desde Burdeos a París. Durante el viaje me pongo enfermo, poco a poco empieza a dolerme la pierna izquierda, cada vez más. La arteria femoral está obstruida, me dirán en París: hay que operar de urgencia –pero soy un *sans papiers* buscado por la Interpol, no puedo entrar en una estructura hospitalaria pública y no tengo el dinero para una clínica privada–. Por suerte hay un grupo de médicos vinculados a Pancho, un compañero nuestro médico y refugiado político: me operan en la Salpêtrière, ingresándome por la noche y sacándome por la mañana para evitar los controles –una aventura rocambolesca–. Paso la convalecencia en casa de unos compañeros que viven delante del hospital. Durante la noche que pasé en el hospital, mientras salía de un sopor operatorio, Doni me trajo a Nina por un instante: en cambio, ahora en la casa en la que estoy oculto no puede entrar nadie: solo Pancho viene para curarme la herida y traerme comida. Continúo delirando en soledad: creo que en aquellos días toqué el punto más bajo de la crisis psíquica que la evasión me había provocado. Había descargado lo negativo del éxodo, de la recuperación de la vida: en la arteria que estallaba había ocultado el dolor de la prisión y de todo lo demás que había vivido y que hoy extrañaba. Pero Nina ha nacido, y yo debo y puedo renacer.

10. Beurs

En ese momento se respiraban aires nuevos en París. Hacía un año, justo cuando llegó Toni, que los *beurs* habían empezado a moverse,

sus marchas atravesaban Francia. Era algo nuevo: las últimas generaciones de inmigrantes de la costa sur del Mediterráneo se reconocían y exigían ser reconocidos como ciudadanos franceses. Toni va a ver la primera marcha a Montparnasse, donde encuentra y abraza a Étienne Balibar, lleno de alegría: los *beurs* están en lucha, se ha impuesto una nueva forma del movimiento de clase –eso nos pone contentos–. Una generación de hijos de la *banlieue* se representa viva y socialmente activa en la sociedad francesa. Esta es una verdadera novedad civil y política: Toni ya lo había notado en sus primeros meses de exilio, cuando salía a escondidas de sus alojamientos. Se enamoró de inmediato de aquellas figuras de nuevos pobres, cuya juventud y fantasía en el vivir, el vestir, el encontrarse y el divertirse daban riqueza: Orfeos multicolores. Los *beurs* rompían la ley de la exclusión de los más débiles que Toni había leído en la crisis capitalista y pronosticado como aumento de la violencia del Estado: sus comportamientos y sus luchas desmentían esa previsión y Toni se alegraba de ello –y esto le emocionaba–. Cuando dejó París, se había llevado consigo una imagen de los *beurs* que iba, como en el caso de sus padres, de las luchas en las fábricas a las luchas por la independencia argelina –y luego la incipiente crisis de la industria y el paro–; pero los que tiene delante no son derrotados, al contrario: son nuevos ciudadanos. Escolarizados, partícipes del *welfare*, por encima de todo agudos en su expresión social. En los primeros años setenta Toni estuvo en la favela de Nanterre, una ingrata *bidonville*: después de haber trabajado en la fábrica los obligaban a encerrarse allí dentro. Diez o quince años después salieron de allí; estos muchachos eran hermosos, vigorosos y sin duda pobres: pero habían creado un lenguaje hablado y danzado que estremecía por abajo la sociedad francesa. El PCF y los demás partidos institucionales ya no tenían el valor de expresar actitudes racistas hacia ellos; y la crisis industrial, el agotamiento del fordismo, que atacaban a la población inmigrante, no hacían mella en la orgullosa prestancia de estos nuevos ciudadanos. Tal vez sus mayores miraran ya al futuro con desesperación: pero no estos muchachos. La sociedad cambiaba, dejaba en la cuneta a los derrotados, pero abría a estos jóvenes a

un futuro: su vitalidad se mostraba en el entusiasmo con el que luchaban para conquistarlo.

II. Nuevos espacios de libertad

Como el mozartiano Papageno, capaz de resurgir de la esclavitud de la naturaleza, Toni esperaba el acontecimiento que lo redimiera, que le propusiese amor, alegría, compromiso político renovado. El movimiento de los *beurs* fue una conmoción para Toni: se dio cuenta de lo profunda que era la separación que la prisión había impuesto a su vocación política. Cómo habían cambiado las cosas a partir de la *génération beur* —la clase obrera de antaño se encaminaba a la desaparición: ¿quiénes eran los trabajadores que iban a ocupar el puesto de los obreros?—. De joven, Toni se dedicó por primera vez a «hacer encuesta»: no hay otro modo de avanzar en el saber. También aquí había que hacer encuesta. Así que los *beurs* le entusiasmaban: ¿pero quiénes eran?

Mognis, un compañero, le ayuda a entender, invitándolo a participar en *Radio beur*: discuten con grupos no solo *beur*, sino también *black*. La dimensión obrera se está agotando: los *beurs* son ahora estudiantes, empiezan a entrar en los ciclos de trabajo de los servicios, del trabajo inmaterial. Sus padres, obreros metalúrgicos, les dan la bendición, *allez allez*: ¿pero dónde conseguirán llegar? La reflexión iniciada en la cárcel sobre la nueva composición de la clase obrera se desarrolla. Toni estudia, interroga a sindicalistas y viejos compañeros autónomos y sobre todo discute de ello con Félix; juntos escriben *Les nouvelles lignes d'alliance*, que en italiano será *Le verità nomadi* y en Estados Unidos *Communists like us*: un librito que les sirve para establecer una base conceptual desde la cual reempezar el camino. Cada uno de ellos aporta las experiencias y las conclusiones más importantes a las que habían llegado después de la maravilla del 68 —allí había empezado la revolución—.

¿Sobre qué bases continuar luchando por el comunismo? Antes que nada hay que retomar los resultados de la encuesta; la producción se ha socializado y sobre esa nueva base productiva han nacido nuevas subjetividades: «Las máquinas revolucionarias han

de devenir a su vez agenciamientos de producción de nuevas realidades sociales y nuevas subjetividades». Nuevas subjetividades que expresan deseos de libertad, singularidades que promueven movimientos y asociaciones moleculares: de estas surgen máquinas de lucha y nuevas líneas de alianza. Félix ponía intensidad e insistencia constructiva en producir sus máquinas de lucha: Toni traducía sus características vinculando toda dimensión *maquínica* con figuras de un proyecto político. «¿Qué es el comunismo?, preguntaba Lenin. Y respondía: los soviets + la electrificación»: Félix no se equivocaba, ni Toni olvidaba los elementos fundamentales cuando coincidían en una concepción *maquínica* del poder comunista –por crear–. Democracia más producción; revuelta más construcción de riqueza.

Gisela y Thomas, dos viejos amigos alemanes de Toni, vienen a visitarlo; le hablan largo y tendido sobre lo sucedido en Alemania en esos años y de cómo, desde las luchas antinucleares al enorme número de ocupaciones de casas, el movimiento había cambiado, recomponiéndose en torno a las posiciones ecologistas del nuevo partido de los Grünen. Se reúnen todos para hacer política: se respira el aire fresco de antaño. Félix se mueve en una red bastante amplia de sesentaiochistas: ¿por qué no vernos con los Grünen? Pero también en Bretaña y en Loira está naciendo un movimiento de los verdes franceses: Félix y Toni se hacen algunos viajes en coche para verse con sus líderes. Finalmente acuerdan con estos y con los compañeros alemanes una reunión conjunta, en una iglesia protestante de la Rive Gauche. Hay mucha concurrencia, es un éxito. Pero las componentes que se reúnen en ese encuentro no tardan en disgregarse: los Verts renacerán de manera mucho más acostumbrada, mediante listas electorales.

Ese método no era muy del agrado de los compañeros que trabajaban con Félix, que pensaban que hacer política era «hacer autonomía». También Félix estaba de acuerdo: fue así como se terminó lanzando un pequeño periódico, *Papageno*, reanudando con la tradición autónoma que en Francia ya había existido alrededor de la revista *Camarades* y que continuaba con el CINEL. Para Toni estas experiencias son un intento de volver a la política. También él es una especie de Papageno: en la discusión con los demás animales

políticos que lo rodean descubre sus propias humanidad y politicidad –y su propia rareza–. Debe alejarse de esa anormalidad: debe librarse, arrancándoselo pedazo a pedazo, de lo que la cárcel, apartándolo del colectivo y del mundo, le había pegado. Para conseguirlo tiene que empezar, poco a poco, a desintoxicarse. Y poco a poco se convence de que tal vez la cárcel, a pesar de su miseria, le había servido de lección: lo había obligado a «vivir de otra manera». Papageno redivivo, ahora empezaba a hacerlo: al pensarlo, le entraba una risa socarrona.

Pero no estaba de broma cuando con Félix escribía que no se conseguiría hacer una nueva política si no se pasaba por un «vivir de otra manera».

12. Contra los *nouveaux philosophes*

Conquistando pequeños espacios de vida nueva, Toni experimentaba el enmarañamiento de vida y saber, amistades y experiencias de libertad –y el estilo de vida que se adquiere juntando todo aquello–. En Francia se enfrentaban distintas propuestas de salida del «largo 68» que –a diferencia de Italia, donde el 68 había sido obrero y comunista– se había vivido, tras la derrota obrera del acuerdo de Grenelle, en el mundo de las ideas. Pero no por ello era menos importante lo que estaba en juego: la forma de vida.

Toni llega a Francia en plena *bagarre* contra los *nouveaux philosophes*, una banda de *normaliens* que vivió el 68 no como ruptura de la vida burguesa, sino como fuga del PCF y de toda esperanza comunista de liberación. Con sus escritos, difundidos y publicitados hasta la saciedad, intentaron el asalto al cielo de la cultura filosófica francesa de izquierdas –rompiendo su sólido anclaje a un estilo de vida militante y a la disciplina del saber que la sostenía–. Su directiva es: romper con el universal concreto y con la totalización marxista del análisis social, para devolver la ética al derecho y al Logos –contra el ser–. Hay que eliminar toda determinación material para permitir una defensa a ultranza de los valores de Occidente contra el universo del socialismo realizado; el relativismo histórico se pone al servicio de la exaltación de los valores

puros, morales; toda ontología se ve negada y transportada a una proyección trascendental.

De ellos decía con razón Deleuze:

Creo que su pensamiento es nulo. Veo dos razones posibles de esa nulidad. En primer lugar, se sirven de grandes conceptos, tan grandes como una boca sin dientes, LA ley, EL poder, EL amo, EL mundo, LA rebelión, LA fe, etc. Pueden hacer así mezclas grotescas, dualismos sumarios, la ley y el rebelde, el poder y el ángel. Al mismo tiempo, cuanto más débil es el contenido de pensamiento, mayor importancia cobra el pensador, mayor importancia cobra el *sujeto de enunciación* respecto a los enunciados vacíos («yo, en tanto que lúcido y valiente, os digo...», yo, en tanto que soldado de Cristo..., yo, de la generación perdida..., nosotros, en tanto que hemos hecho mayo del 68..., en tanto que no nos dejamos engañar por las apariencias... [...] Ese retorno masivo a un autor o un sujeto vacío y muy vanidoso, y a conceptos sencillos estereotipados, representa una fuerza de reacción lamentable.⁹

En su propuesta de formas de vida fuera de toda militancia que no sea liberal, se renovaba la vieja tradición anticomunista, tan francesa: tras la publicación de *Archipiélago Gulag*, convierten el libro en una Biblia dotada del poder de eliminar –como suele ocurrir con las Biblias– toda imagen de la realidad ajena a las apariencias de una nueva fe. Por otra parte, los nuevos filósofos no solo se dedican a la filosofía (no tardarán, por lo demás, en ser expulsados de ese campo): construyen asociaciones e institutos que les permiten incidir en la vida pública, institutos para acoger a los *refusenik* rusos; organizaciones médicas y políticas de propaganda anticomunista en los países del Tercer Mundo; y organizan la ayuda a la *boat people* en las costas vietnamitas. Más tarde, en 1983, cuando Mitterrand rompe con los comunistas en el gobierno y decide seguir una línea de gobierno social liberal, entran en política: y ahí los tenemos a la conquista de los canales de televisión y de los medios de comunicación de masas, intentando llevar a cabo un falseamiento definitivo del 68, descrito como movimiento anticomunista. De poco sirve la

⁹ Gilles Deleuze, «Contre la nouvelle philosophie», París, 1977.

protesta de Pierre Vidal-Naquet contra la transformación de la lucha antitotalitaria en arma de la derecha política, contra toda afirmación crítica y de verdad. En las décadas por venir, los *nouveaux philosophes* se dedicarán cada vez más a la acción política en el ámbito global, en particular como aliados de los talibanes en la lucha contra la invasión rusa de Afganistán, y más tarde en aventuras cada vez más demenciales –hasta llegar a apoyar la acción occidental contra la Libia de Gadafi–.

Toni tiene que colocar allí en medio su propia experiencia de lucha: contra la URSS, ya congelada en la traición de toda perspectiva socialista, pero también con la misma ferocidad contra el antisovietismo fanático que expresaban los *nouveaux philosophes*. Y aquí se produce la ruptura con Castoriadis. Toni, en contacto con los Verdes alemanes, propone a Castoriadis discutir los temas del pacifismo como terreno capaz de agrupar fuerzas revolucionarias. Castoriadis le objeta la imposibilidad de dar contenido de clase al movimiento por la paz apoyado por los Verdes alemanes: tal vez tenía razón poniendo de manifiesto esa dificultad –pero cuando se niega a homologar Este y Oeste en el terreno de la guerra, y afirma la imposibilidad de considerar el capitalismo occidental en el mismo plano que el totalitarismo oriental, incluso cuando se habla de guerra nuclear, Toni se indigna–. Por si fuera poco, Castoriadis afirma la inadecuación y la parcialidad de toda propuesta que recoja la propuesta del Sur contra el Norte: cada posición de lucha y de liberación por la que habían luchado Toni y sus compañeros es criticada a la luz de la superioridad de la libertad de Occidente y de una absolución del capitalismo.

De Castoriadis, Toni había admirado su formidable inteligencia y su práctica subversiva, ejercida veinte años antes en *Socialisme ou barbarie*: ahora no puede dejar de reconocer que su pensamiento se ha vuelto reaccionario. Lo que más le ofende es que semejante cabeza pensante se ponga al mismo nivel que los *nouveaux philosophes*.

Al principio, también Foucault tuvo actitudes que, sin que pueda decirse que fueran de apoyo a los *nouveaux philosophes*, sí que mostraban que había padecido su intimidación, a raíz de su aventura iraní: ello provocó rupturas entre «compañeros de viaje», con

Deleuze en particular –un disenso que solo se recompondrá en su lecho de muerte–. Ahora, mientras la fuga se transforma en exilio, Toni empieza a entender la dificultad de sobrevivir en Francia y de introducirse en el debate filosófico. Era un mundo del pensamiento realmente espléndido, pero siempre podía verse ensuciado por falsos filósofos. En ese clima exasperado de polémicas y de enfrentamientos, Toni aprende a moverse con precaución, para que no se repitiera, por ejemplo, la discusión con Félix por la introducción a su libro de BHL. Resumiendo: la violencia con la que se desarrollaba el debate era terrible. Sin embargo, es necesario apuntar al fondo de esta historia: lo que estaba en juego no era solo la debilidad del pensamiento de los nuevos filósofos, sino la elección de Mitterrand (y con él de toda la socialdemocracia europea) de sumarse al neoliberalismo. Y la decisión de liquidar el 68, salvo para transformarlo en una fábula liberal.

13. Spinoza subversivo

«*Tout ça n'empêche pas, Nicolas / Qu'la Commune n'est pas morte*»: ¹⁰ pues claro que el 68 no ha terminado –si acaso el problema es cuándo volverá a empezar–.

Toni y Félix están resistiendo del mismo lado de la barricada, con los puños en alto. Con ellos –ante ellos, con armas más sofisticadas– Deleuze, e incluso, en frentes distintos pero concomitantes, Derrida y Foucault. Para Toni, el terreno de resistencia vuelve a ser Spinoza: en ese periodo escribe una serie de ensayos spinozianos que solo serán publicados en los años noventa con el título de *Spinoza subversivo*.¹¹ Son conferencias pronunciadas o publicadas en revistas francesas, unidas por un tema central en la polémica política de esos años: mostrar que las singularidades

¹⁰ Versos de *Elle n'est pas morte!*, canción de recuerdo de la Comuna de París, escrita por Eugène Pottier, autor de *L'Internationale*, en 1886. «Y a pesar de ello, Nicolas / ¡La Comuna no ha muerto!».

¹¹ *Spinoza sovversivo*, Roma, 1992. [Ed. cast.: *Spinoza subversivo. Variaciones (in)actuales*, trad. de Raúl Sánchez Cedillo, Madrid, Akal, 2011].

–libertad, tolerancia, amor– pueden convivir solo en lo colectivo; y que teniendo en un primer plano la relación singularidad/colectivo, la libertad puede ser afirmada.

El spinozismo representa desde siempre un punto fijo en la crítica de la modernidad: porque a la concepción del sujeto-individuo, de la mediación y de lo transcendental, que informan el concepto de lo moderno, de Descartes a Hegel hasta llegar a Heidegger, contraponen una concepción del sujeto-colectivo, del amor y del cuerpo como potencia de la presencia. El spinozismo es una teoría del tiempo liberado del finalismo, es la fundación de una ontología entendida como proceso de constitución. *Spinoza redivivus* está allí donde se retoma la escisión que da origen a la modernidad, la escisión entre fuerzas productivas y relaciones de producción, entre potencia y mediación, entre singularidad y absoluto. Así, pues, no alternativa a la modernidad, sino antimodernidad, potente y absoluta.

De este modo, con Spinoza se rebatían las acusaciones dirigidas al 68 y a su pensamiento, considerado propenso a la negación del individuo y de su libertad, es decir, hostil a la democracia. Al contrario: la democracia es la única forma política que permite la realización de una organización social y política en la que el *conatus* individual, ejerciéndose, produciendo, se radica en la constitución de una potencia colectiva. Libertad es sístole y diástole de la multitud, movimiento hacia la unidad y movimiento difusivo: así, el individuo pierde su propia alma mezquina y se descubre como singularidad en la multitud. Deleuze había insistido en ese tránsito: pero se trataba de avanzar en la polémica contra los blandos *nouveaux philosophes*, detractores de la revolución. La multitud es el lugar donde la singularidad encontraba el común: afirmándolo, Toni llega al corazón de la dimensión materialista del pensamiento spinoziano. Recordando las palabras de Emilia Giancotti, en su prefacio al libro:

Conceptos clave: el tiempo, la eternidad, la presencia, la singularidad, el amor, la potencia. Resumiendo al máximo: en un horizonte de absoluta inmanencia, la singularidad expresa la plenitud del ser como potencia constitutiva de una comunidad humana que la multitud produce uniéndose con un vínculo de amor, a través de un proceso que en su momento es completo y está siempre abierto, porque está

marcado por una presencia (tiempo/eternidad) que es a la vez «proyección constitutiva», «absoluta determinación» y «absoluta libertad».

14. Aquel extraño comunismo...

En Francia hay un comunismo realmente extraño.

Toni y sus compañeros, aunque siempre se habían opuesto a la «vía italiana al socialismo» y al «centralismo democrático» del PCI, habían reconocido la calidad de aquel liderazgo: cuanto lo atacaron, era porque sus dirigentes habían optado por la traición, a sabiendas de que con ello iban a destruir el Partido y a dispersar su fuerza. Toni se disculpaba con los compañeros franceses cuando expresaba ese punto de vista sobre el PCI: pero aunque lo que se hacía era una acusación y una denuncia, se hacían desde el respeto al adversario. A pesar de todo, el PCI había constituido la base a partir de la cual, con el *operaismo*, despegó una práctica original de la lucha revolucionaria –y, con ella, una nueva teoría de la revolución–.

En Francia, el antisovietismo y el anticomunismo de buena parte de la *gauche* intelectual desembocó, en aquellos años, en una combinación paroxística de trotskistas, maóistas, anarquistas, jacobinos post-68, que terminaba llevando agua al molino de una derecha feroz. La simpatía por la disidencia rusa y la literatura estilo Solzhenitsyn amplían ese estado de ánimo: a cada crisis de las relaciones Este-Oeste se multiplica la polémica intelectual anticomunista, cunde la indignación antisoviética, como por efecto de una gigantesca borrachera. Desde luego, buena parte de la culpa era del PCF: el centralismo burocrático triunfaba; la «vía al socialismo» no se discutía en la base y había motivos fundados para pensar que era desconocida en la cúpula; las insistencias nacionalistas del discurso antiemigración y *antibeurs* eran enormes. Pero lo que más alejaba (y lo más destructivo) era la relación disciplinaria, sostenida por una confianza absoluta en la dirección, una verdadera fe en el partido, en ausencia de toda forma de democracia interna. PCF = Partido = Iglesia: el comunismo era una religión, la vida como militantes una vocación. Incluso ahora cuando, a finales de los años ochenta, ya no estaba el Papa que había sido Stalin y la URSS había

dejado de asemejarse a una «tierra prometida», donde reinaba un Papa invisible.

Pero, detrás de la dedicación ciega a la militancia revolucionaria de los militantes del PCF que Toni iba conociendo, detrás de aquella dogmática barroca, de aquel centralismo monárquico, de la inexistencia de debate, había mucha gente honesta y resistente: muchos comunistas de verdad. Por eso Toni se indignaba ante la grosera polémica anticomunista, que atacaba y despreciaba cada folículo de aquel cuerpo social. ¿Cómo se había podido llegar a tal extremo? Tal vez por el enorme vacío de aquella experiencia comunista francesa: la ausencia del marxismo –de un marxismo que supiera conectarse, arrimarse a la apertura fuerte y honesta, voluntariosa y fiel, de los militantes de base–. Sin marxismo, el PCF estaba arrastrando a las masas que lo seguían al abismo de una crisis de la que ya no se recuperaría: solo un marxismo interpretado desde dentro de la experiencia contemporánea de las luchas y de las transformaciones del trabajo, como había ocurrido en Italia con el nacimiento del *operaismo*, habría podido salvar, no al Partido (incapaz en lo sucesivo de cualquier tipo de reflexión), sino a aquella base tan generosa y fuerte. Expulsado del gobierno Mitterrand, el PCF ya no tiene aliento para caminar con autonomía.

El «siglo breve» llegaba a su final, y con él estaba terminando el régimen fordista y keynesiano a través del cual capital y clase obrera se habían arrellanado, después de la crisis del 29 y las guerras. Ya se había puesto en marcha una transición, caracterizada por la mutación del modo de producir: se habían destruido algunas grandes concentraciones industriales; habían nacido otros centros productivos, caracterizados por la creciente digitalización de la producción y de la aplicación intensiva de dispositivos automáticos. Este era el nuevo terreno que el análisis marxista presentaba a la acción comunista. Se entraba en un interregno entre una época y otra: si querían sobrevivir al desastre anunciado de la URSS, las fuerzas políticas comunistas tenían que prepararse para luchar en el tiempo del interregno, en ese nuevo terreno, sobre el cual los intelectuales comunistas debían ser llamados a ejercer la crítica. Resistir era aprender a moverse en este nuevo campo, a entender el devenir como tierra

que hay que roturar y espacio ignoto que hay que atravesar: anticipar la tendencia que estaba determinándose; entender y sacar a la luz la latencia de nuevas fuerzas productivas. Para conseguirlo, le decía Toni a Félix, Félix a Gilles (y, por la puerta de atrás, Gilles a Foucault y viceversa), hay que entender la transformación en el acto de consumarse: discutir con el pensamiento del PCF en términos duros, hostiles, y devolver el análisis de los comunistas a sus raíces revolucionarias. Para Toni era el análisis de las fábricas y del trabajo vivo; para Félix y Gilles era un movimiento molecular del deseo; para Michel, un nuevo régimen de producción de subjetividad.

Luego estaban también los compañeros althusserianos, que se contaban entre los filósofos más interesantes que podían encontrarse en Francia. Toni se preguntaba por qué su lectura del *Capital*, el gran esfuerzo de interpretación dirigido por Althusser, no había dado frutos. Y observaba que Althusser sí que había enseñado a leer *El capital*, pero no había enseñado a utilizarlo para hacer encuesta y crear luchas. Toni reflexionaba y se preguntaba si habían leído de verdad *El capital*: ¿por qué aquella lectura, que no había tenido ninguna consecuencia sobre el PCF, tampoco las había tenido sobre los comportamientos de los políticos, de los sociólogos, de los militantes autónomos? Si el marxismo no está vivo, no construye comunismo.

15. Papagena

Era otra «fugada» como yo. Me la presentó Carlo, «*il biscione*»¹² –un compañero italiano que ya había estado conmigo en Trani y Rebibbia, huido a Francia durante un permiso carcelario por buena conducta–. Enfermó de un tumor violentísimo que no tardaría en matarlo; lo acogí y, moribundo, recibió los cuidados de Doni, hasta que le permitieron volver a Italia para terminar sus días –y entonces los carabinieri lo secuestraron en una habitación: la barbarie no termina nunca–. Suzanne había seguido aterrorizada

¹² El «*biscione*» (serpiente o víbora grande) es el símbolo heráldico de la ciudad de Milán.

toda esta historia. Me enamoré de ella después de la muerte del «*biscione*»: ya había vuelto a Estados Unidos; nos escribimos; regresó y poco tiempo después empezamos a vivir juntos.

Era bastante agraciada: se parece a Sharon Stone, habrían dicho los envidiosos. La amé: estuvimos juntos casi catorce años. Fue hermoso vivir juntos; construir un vínculo simbiótico: ella me protegía y me hacía vivir en su mundo –el de sus colegas comisarios y editores de arte–; yo le hice de anfitrión en el universo de la cultura parisina, dándole a probar mi mundo cultural y político. Para ella fue extraño entrar en mi mundo; mi historia le parecía una fábula atroz –pero también legendaria–. Doctora estadounidense, estaba terminando un nuevo doctorado francés y se apoyaba en mí con plena confianza. Me encantaba entrar en silencio, curioso e irónico, en el mundo de la gente de la moda y del arte que en París seguía viviendo al estilo neoyorquino: observaba, olfateaba y como un salvaje descubría tras ese modo de vida la nueva «civilización del capital», las nuevas formas de vida de los ricos. Suz me presentaba con maneras amistosas las cosas contra las que yo luchaba; yo gozaba de mi curiosidad, deconstruía de manera analítica los procesos de subjetivación: robaba información. Hablando con los grandes patrones y los altos funcionarios parisinos comprobaba que lo que había criticado, descubriéndolo por abajo en el mundo del capital y de su Estado, era cierto: aquel era el terreno en el que seguir indagando –y odiando–. En este juego había una tensión cognoscitiva y afectiva sencilla, franca, sin hipocresía alguna. Nos divertíamos siendo «plebeyos» delante de los aristocráticos *polytechniciens*, quienes por lo demás eran igual de curiosos que nosotros, pues para ellos nos antojábamos «exóticos».

Como quiera que sea, amaba a Suzanne. Conmigo iba volviéndose europea y hubo incluso un momento en medio de las luchas del 86 (y sobre todo más tarde, en las del 95), en el que ella también se sintió comunista. Los primeros años que estuvimos juntos fueron duros: ella trabajaba de manera precaria y yo me ganaba la vida con dificultades –nos las apañamos–. De un cuartucho en rue Vaugirard nos mudamos juntos a rue Monsieur le Prince –y luego intercambiamos ese departamento con el de Agamben en rue Madame–.

Empezamos a tener amigos comunes y a formar un grupo: los bailes, las cenas, la Córcega de los refugiados políticos. En el cine y en el teatro rara vez nos perdíamos las cosas interesantes. Ella vestía como una bella estadounidense, yo me puse elegante. Lo cierto es que los Church me los regalaba un compañero que trabajaba en la empresa; las corbatas y las camisas me las daba siempre Doni: pero los trajes, siempre elegantes, me los conseguía siempre Suz –no sé cómo lo hacía–. Nunca pensamos que nuestra vida pudiera continuar así, para siempre, estando juntos: éramos precarios; ella sin permiso de residencia que no fuera turístico; yo un prófugo *sans papiers*. Creo que ese es el motivo de que viviéramos tan bien juntos, orgullosos uno del otro y cada uno de su propia libertad.

Tal vez todo habría continuado así si ella no hubiera necesitado *papiers* para trabajar, para una inserción estable en las empresas de arte en las que participaba: y primero sospechó y luego se fue convenciendo paulatinamente de que nunca iba a poder conseguir esos *papiers* viviendo conmigo.

¡Qué bien estábamos juntos! Nos separábamos por la mañana, cuando Suz, hermosa como una flor, se iba a trabajar y nos reencontrábamos por la noche, felices –si no lo habíamos sido durante el día no tardábamos en serlo entonces–. No teníamos televisión: hablábamos, salíamos a dar una vuelta. El sábado y el domingo siempre teníamos cosas que hacer. Durante un periodo tuvimos un Skoda horrible, pero que era útil para moverse. Exploramos Francia castillo a castillo, y todas las basílicas románicas, Normandía y Bretaña, así como todo el Sur, el Centro y la Borgoña: Suzanne lo sabía todo de cada sitio al que íbamos. En el largo periodo de nuestra convivencia tuvimos una sola gran crisis, con motivo de la muerte de su padre: la exigencia de una garantía de futuro entró en su cabeza y yo, desde luego, no podía ofrecérsela. Mis compañeros decían que Suz me había encerrado en una jaula de oro –no, lo que construyó para mí no era una jaula: fue una experiencia bella e irrepetible que vivíamos juntos–. El feminismo de Suz fue siempre más fuerte que mi patriarcalismo –¿cómo habría podido ejercerlo, con lo pobre que era?–. Ella también era pobre, pero vivíamos como ricos, gastando bien en el momento justo: virtudes antiguas que Suz poseía. Estaba

orgullosa de ella, de su figura esbelta, de su rostro afilado. Y ella estaba orgullosa del hecho de que yo era un trabajador, no solo un político, con cierto *esprit de finesse*...

16. Cohabitación

Entre el 85 y el 86 parecía que todo iba bien: el encuentro con Suzanne pone fin a las relaciones de Toni con Paola y Doni, que no dejan de ser amigas cercanas. Tranquilidad, Toni estudia mucho. Luego, las elecciones generales del 86 –¡boom!–. La derecha es mayoritaria, se crea una cohabitación entre el presidente socialista Mitterrand y el nuevo presidente del gobierno Chirac, hombre de la derecha gaullista. ¿Qué pasará con los refugiados? ¿Serán entregados a Italia o el laudo de Mitterrand seguirá siendo eficaz? Como de costumbre, los abogados se ponen alarmistas. Los periódicos italianos insisten: se abren posibilidades de tener de vuelta a los delincuentes que se han refugiado en Francia. Precisamente en ese periodo se hace pública la sentencia del recurso de apelación del 7 de abril: a Toni le caen encima una docena de años, lo suficiente para que lo conviertan de nuevo en el blanco de una campaña de prensa. Corren malos vientos: ¿Qué hacer? Mejor quitarse de en medio. Una vieja y querida compañera lo recibe en su casa de campo, en el Drôme: lugar hermoso pero salvaje; una casa como muchas de aquellas a las que algunos compañeros, después del 68, fueron a curarse de la derrota –o quizás a autofustigarse–. Toni no tiene ninguna intención de fustigarse ni de estar oculto durante mucho tiempo. Desde el gobierno, a través de los abogados, le proponen irse a Argelia o a Burundi, países en los que gozaría de protección diplomática –¡disparates!–.

Hizo su aparición en ese momento don Luigi Di Liegro, el sacerdote responsable de Cáritas en Roma, que organiza en las ACLI parisinas reuniones con los refugiados, a los que propone asistencia y (en lo que estaba en su mano) protección, en caso de que decidieran regresar a Italia. Fue una iniciativa muy celebrada: nadie regresó, pero con Di Liegro se creó una relación, una conversación –para Toni se convirtió en poco tiempo en un gran amigo,

que terminaría siendo importante en el futuro—. Esto no impide que ahora la situación esté realmente muy fea. Parecía que nunca debía terminar nuestra fuga de comunistas: cada vez que parecía que amainaba, regresaba la tormenta.

17. Brasil

Por qué no en Brasil, proponen algunos amigos brasileños que había hecho en París. El estímulo es potente, luego llegan iniciativas serias: en Campinas, universidad de posgrado cerca de São Paulo, le ofrecen un puesto de docente; el despacho de abogados de Fernando Cardoso (que más tarde llegaría a convertirse en presidente de la República de aquel país), ante la insistencia de Arturo Gianotti (con quien Toni discutía a menudo en París) se pone a estudiar para ver cuáles son las posibilidades legales de acogida.

A Toni le gustaba la idea de irse a Brasil. Construye en su cabeza una expectativa «Brasil año 2000»: cuando, estima, el país se habrá vuelto grande en el escenario mundial. Brasil estaba reconquistando la democracia: «¿Imaginan», preguntaba Toni a sus amigos y a sí mismo, «en qué puede convertirse este país cuando la libertad sea el tejido de su desarrollo?». Y ahí lo tenemos, escribiendo en sus cuadernos páginas y páginas sobre Brasil, entregándose a lecturas amplias y dichosas sobre su historia, su literatura y luego escuchando su música. Pero sobre todo Toni consulta a sus amigos brasileños. Son todos compañeros, comunistas o no muy lejos de serlo, personas que cuando empezó y después durante la dictadura huyeron a Francia, donde estudiaron y trabajaron. Eran intelectuales: Toni les preguntaba sobre la figura del intelectual en América Latina; eran comunistas: Toni los atormentaba para construir juntos una nueva definición de comunismo. Comparaban las experiencias de la autonomía obrera en Europa (sobre todo en Italia) y en Brasil, donde de la autonomía obrera estaba surgiendo el Partido de los Trabajadores. Discutían de emigración y de teología de la liberación: de la primera como una fuerza revolucionaria que había construido un gran país; de la segunda como una potencia arrebatada al dogmatismo eclesiástico

(y a la corrupción de la alianza de la Iglesia con las oligarquías) para proporcionar una base popular a la revolución, primero democrática y después socialista.

Cuando se abordaban temas de crítica de la economía política, la conversación se tornaba en debate: el esclavismo y su función capitalista en la acumulación originaria: ¿hasta qué punto en Brasil se había colmado la distancia entre modo de producción esclavista y modo de producción capitalista? ¿Cuáles son las fases del desarrollo del capitalismo brasileño y cuál es la posición de Brasil en la división internacional del trabajo? Asimismo, capitalismo y ecología: Brasil como caso central de una relación no resuelta.

El Brasil de Toni no era solo un esquema de investigación, un modelo que había que desarrollar atravesando la totalidad de los problemas que se había planteado desde su llegada a Francia: se había convertido en el lugar privilegiado en el que construir una propuesta de lucha política revolucionaria –una nueva definición multicolor de la lucha de clases–. Después de la revolución del siglo XX, en Brasil se prepara la del siglo XXI. Toni quería escribir unas *Lettres Brésiliennes*, como antaño se escribieron unas *Lettres persanes*: como buen spinozista, soñaba Brasil como un lugar del ser y de la naturaleza sin corromper. Helena Hirata¹³ le azuzaba la pasión.

Sobre esta idea de irse a Brasil Toni había construido un sueño de vida: continuaba preparándose; no dejaba de leer a los grandes autores de la literatura brasileña –pero Suzanne le dice que no–. Al principio la idea la atrajo, pero luego empezó a pensar en el posible aislamiento en el que íbamos a encontrarnos, el dinero necesario para una vida decente... Y además: la dictadura iba a ser superada, ¿pero cuánto tiempo iba a hacer falta para que la democracia se consolidara? En ese momento llega un dictamen negativo del bufete de Cardoso: se podía intentar –no había tratado de extradición entre Brasil e Italia– pero era jugársela. ¿Y entonces?

¹³ Helena Hirata es una filósofa brasileña, nacida en 1946. Ha investigado y publicado desde la década de 1980 sobre cuestiones de género y trabajo, así como sobre la economía de los cuidados. Ha formado parte de la redacción de la revista *Futur antérieur*, en la que publicó artículos sobre la crisis del capitalismo japonés, además de ensayos sobre las relaciones de género y la división del trabajo.

De repente, Toni recibe una invitación de Jacques Toubon, el secretario general del RPR, el partido en el gobierno. Toni acude a la sede del Partido; habla con una amable señora que se encarga de estos asuntos; luego Toubon lo recibe y lo tranquiliza: los italianos pueden quedarse; el gobierno de la derecha en la cohabitación acepta el laudo Mitterrand.

Por extraño que parezca, Toni no lo celebra, a diferencia de muchos de sus compañeros. Claro que no estaba triste, al contrario: pero huyendo de la injusticia y de la cárcel, en su alma se había instalado una inquietud que al olvido sumaba un gran deseo de cosas nuevas. Brasil había representado ese deseo.

18. Córcega

Cada verano, o cuando había unos días de vacaciones y dinero para el avión, íbamos a Córcega, a Sartène, la capital del sur o, mejor dicho, del Sureste –mejor dicho, de sí misma, porque Córcega, como todos los países de hombres y mujeres libres, no tiene capital–. En la segunda mitad de los años ochenta el irredentismo corso expresaba aún un ejercicio continuo de la violencia contra la colonización turística del sur, centrándose en las primeras grandes inversiones inmobiliarias en aquellas hermosísimas costas, hasta entonces ocultas: a nosotros nos parecían iniciativas útiles para hacer que un lugar que para nosotros era mítico siguiera siendo único y extraordinario. En esos años exploramos el sur de Córcega con un interés, un empeño y una continuidad que en muchos aspectos resultaba extravagante: nosotros, que no teníamos nada, en ninguna parte, queríamos hacer nuestro ese territorio. Inventábamos algo que nunca habría podido llamarse «patria», pero que decíamos «nuestro»: un territorio, un espacio, una matriz. ¡Qué felicidad extraordinaria en las playas de Erbaggio, adonde llegábamos siguiendo la costa o atravesando la montaña, superando cada obstáculo natural ¡e incluso las cercas puestas por los nuevos propietarios! La Casa della Dogana en Murtoli fue durante mucho tiempo nuestro lugar preferido: llegamos incluso a intentar alquilarla o comprarla a un improbable propietario. Visitamos las aldeas paleolíticas y los poblados

anabaptistas; pero con mayor interés aún, porque eran verdaderos descubrimientos, encontrábamos en los bosques vestigios de los carboneros, leñadores que transformaban la madera en carbón vegetal, durante siglos; ruinas de aldeas en los valles más ocultos que remontábamos, hasta alcanzar el mar; aldeas destruidas tal vez por los sarracenos: eran fantasías, como lo son todas las apropiaciones de un lugar por parte de quien quiere construirse un nuevo mundo interior e intentar fijarlo en la memoria. En Córcega nos sentíamos en casa; nos veíamos con viejos compañeros. Eran encuentros cordiales pero fugitivos: eran vacaciones no solo respecto a los ahogos cotidianos, sino también respecto a la vida pasada. Así, pues, existía un lugar para convertirse en algo nuevo, para renacer. Y sumergirse en los torrentes debajo de la Punta alla Vetta, saltando de la cascada a la poza a largas distancias o subiendo a las cumbres de las montañas que separan el este del oeste de aquella espléndida isla. Sin remedar nunca a los habitantes o sus costumbres –salvo para probar ese cerdo que tienen con dos incisivos, el jabalí que uno siempre encuentra en la costa o en la montaña, delicioso para comer con mucha gente, como si fuera una tribu, ¡viva el jabalí!–. Nos volvíamos nativos, tratando de evitar las otras formas de convivencia que los nativos elaboraban en los cafés y en la labia de los pueblos. Íbamos a recoger setas. Córcega era un mundo, un lugar en el que se vivía fuera del control, donde uno se volvía una nueva persona para sí mismo, desconocida para los demás. Nos volvíamos niños: inventábamos. Suzanne se acordaba de sus excursiones de pequeña a los salvajes Apalaches de su Carolina del Norte; yo relataba asaltos a la Colina 26 en los montes Euganeos, excitados por el Prosecco, nosotros los vietnamitas contra sus *marines*, cuando la tribu de compañeros nos trasladábamos, alrededor del 68, a descansar o a festejar en las colinas vénetas.

Lo de Córcega fue algo serio, algo parecido a un bautismo para los anabaptistas, como el *bar-mitzvah* para los adolescentes judíos: una especie de largo rito de iniciación para aprender una nueva vida después de la que habíamos vivido. Terminaba un proceso de auto-crítica que no era una conversión, sino un salto, un gesto mágico para el que no había hecho falta arrepentimiento –porque nadie se

había arrepentido—. Suzanne fue esencial en este tránsito: seguía su madurar en las vicisitudes de nuestro encuentro, como se sigue una huella que lleva a otro lugar, a una nueva tierra. Ella me hablaba de la extraña religión de sus ancestros, aquellos frailes moravos que fueron aplastados por el Emperador en el Mont Blanc, donde eran mineros rebeldes: los sobrevivientes huyeron a Carolina del Norte.

Nosotros encontramos en Córcega nuestra colonia de libertad.

19. Tránsitos

De esta suerte Toni recupera la necesidad de escribir. No había sido «escribir» la redacción del diario de la cárcel, sino solo un recuerdo doloroso: aquella experiencia de resistencia había sido una incisión en su alma y en la de sus compañeros, pero el tono del libro no funcionaba —el relato no dejaba de ser un testimonio que no conseguía transformarse en un diálogo crítico—. Ahora la escritura se vuelve algo necesario para que Toni pueda comprobar dónde está.

Compañeros que vienen de Italia le piden que escriba: ellos encontrarán la manera de publicarlo. Vienen de Piombino: han luchado y continúan haciéndolo, con la gente de la FIOM, que en las acerías no había dado su brazo a torcer desde el 69 y que continúa moviéndose con autonomía; no tienen indicaciones que darle sobre qué escribir: únicamente piensan que hay que construir teoría. Luego le cuentan luchas de una FIOM indómita: era lo que ellos también querían ser —querían construir una política obrera desde abajo, como había ocurrido en Polonia con Solidarność y Walesa y como estaba sucediendo en Brasil con Lula y el PT—. Tránsitos: los que Toni buscaba —y *Tránsitos* era el primer título del libro que finalmente se llamará *Fábricas del sujeto*—,¹⁴ no lejos sino más allá de la fábrica, más allá de lo que ya era y de lo que de todos modos habría

¹⁴ Antonio Negri, *Fabbriche del soggetto. Profili, protesi, transiti, macchine, paradossi, passaggi, sovversione, sistemi, potenze: appunti per un dispositivo ontologici*, XXI Secolo, Bimestrale di politica e cultura, núm. 1, septiembre-octubre 1987. [Ed. cast.: *Fábricas del sujeto / ontología de la subversión*, trad. de Marta Malo de Molina y Raúl Sánchez Cedillo, Madrid, Akal, 2006].

terminado siendo. Un paso, sin embargo, no tanto hacia una nueva teoría, sino hacia un nuevo modo de *hacer* teoría.

Se trata de romper el silencio, de hablar de nuevo dentro de los movimientos. Poniéndose a trabajar y recogiendo materiales entre las cosas que se habían producido en los últimos años y que le parece posible agrupar, Toni se mueve entre dos polos: el *Fragmento sobre las máquinas* de los *Grundrisse* marxianos, de nuevo; y una crítica de la novísima filosofía que trataba de arrojar luz sobre la posmodernidad y sobre el *linguistic turn* que arrebató todo fundamento ontológico al discurso filosófico, a partir de los libros de Agamben y De Monticelli, que le parecen instructivos en ese esfuerzo de reorientación. De este modo, la crítica se abre a lo nuevo, a la crítica del desastre y de la blanda consistencia de la posmodernidad: los años setenta habían terminado. Desplazando el lenguaje y deconstruyendo su referencialidad objetiva, Toni empieza a recorrer el mundo que desde puntos distintos Deleuze y Derrida habían reconstruido, transformando las determinaciones caóticas de la crisis de la modernidad en materiales para construir nuevas armas. Si el estructuralismo había terminado, la deconstrucción servía para construir, la desterritorialización para reterritorializar; en un segundo plano estaba además Foucault, que imponía a este movimiento una cualidad subjetiva o lo insertaba en la historia.

En los años de la posmodernidad triunfante, en los que hasta los filósofos más serios estaban cautivados por la escolástica triunfante de los Lyotard, Baudrillard, Virilio, el enemigo público número 1 era el materialismo histórico, entendido como un arma –embotada pero aún activa– del movimiento revolucionario de clase. No someter a las armas de la crítica los análisis de la crisis y de la transformación de la sociedad producidos por los posmodernos, significaba dar por buena su pretensión de que era imposible que la escena caótica se presentara como crítica y que por ende había que renunciar a toda búsqueda de la verdad. Pero verdad es ser: en el ser consiste el tránsito a la reconstrucción de la *praxis*. Con *Transiti*, Toni busca la ontología, como había hecho en el trabajo sobre Spinoza –un tránsito ontológico: para que se inscriban en el ser, como necesarios, los

caminos de la transformación, recorridos por cuerpos adiestrados para la lucha–.

Hay una teleología materialista que no propone proyecto, no describe necesidad, sino que –sujeta no obstante a mil discontinuidades– muestra, expresa el hilo que tejen las luchas y vuelve a anudarlo después de cada ruptura: vivir la investigación en la inmanencia absoluta y dirigirla a la reconstrucción de la realidad por venir: tal es el meollo del libro. La crítica del *linguistic turn* va de la mano de su apreciación como máquina constructiva de un sujeto lingüístico común: el *Fragmento sobre las máquinas* marxiano da a esa dinámica una dirección histórica, siguiendo los pasos del desarrollo y la superación de la industria en nuestra época.

Con *Fábricas del sujeto*, Toni empezaba a dar forma a un artificio que conectaba la crítica de cuanto había sucedido –es decir, de la autocrítica– y la convicción de que el proceso revolucionario está en marcha de todos modos, latente pero potente: inscrito en el ser construido por las luchas y por los deseos. El largo trabajo en los años de prisión se abría al por venir: el discurso se desarrollaba en la inmanencia. Toni volvía a empezar a escribir con alegría, riéndose de algunos amigos que habían pasado por el mismo clima político y que, por el contrario, atendían a la transcendencia y buscaban salvación en la indagación sobre lo teológico político: de Schmitt a Pablo de Tarso, Agamben, Cacciari, Badiou, buscaban una vía dialéctica entre absoluto y contingente que les diera seguridad y la garantizara con la fuerza de lo teológico político. La discusión se prolongó en el tiempo, sin pausas; algunos configuraban el poder como excepción; otros como límite, como *katechon* al despliegue del deseo de libertad y de igualdad: una gran feria filosófica, donde muchos hacían acrobacias con las botas con muelles de Superpato y fusiles de juguete, fingiendo abatir al enemigo que los había derrotado. Lo más cómico consistió en recorrer, por analogía, el problema de Pablo el apóstol –pero aquel problema no era verdaderamente el suyo–. Para Pablo se trataba de imponer la victoria de Cristo sobre el mundo helénico-romano: no se podía volver al paganismo y al Imperio, sostenía, de tal suerte que había que destruir los mil obstáculos que se oponían a ese reconocimiento y a la consiguiente victoria espiritual-política

del Cristo. La teología de Pablo era triunfante: si se hubiera querido recuperar a Pablo como criterio de análisis del presente, habría que haberlo transformado en una fuerza productiva de subjetividad, capaz, no de detenerse, sino de alcanzar un límite absoluto: una paradoja –pero estas no eran las preocupaciones de Toni–.

20. Lenta ginestra

¡Qué enorme alegría fue reencontrar a Leopardi después de los años de adolescencia! Pero en las notas escritas en la cárcel, en las fichas, en las lecturas que ahora encontraba entre sus manos se ve la marca de haber padecido un sufrimiento excesivo: ahora Toni se consagra a atravesar un último paso para depurar la mugre de la prisión.

Toni siempre ha trabajado así: cuando ve la posibilidad de armar un tema de investigación, se compromete de inmediato a completar lo que había quedado pendiente; a desarrollar el pasaje filosófico que le había parecido difícil, a volver a enhebrar el hilo. En el pasado había sido Descartes, el Yo mediador burgués; después el descubrimiento del reformismo capitalista y la crítica de la lógica hegeliana, en los años sesenta; o Spinoza, surgido en la derrota. Hoy Leopardi: después de *Tránsitos*, es buen momento para tomar la iniciativa.

Trabajar sobre Leopardi significaba consolidar una pausa filosófica –y poética– antes de regresar al compromiso político: para depurar la experiencia del dolor era necesario un paso por la poesía. *Lenta ginestra* [Lenta retama]¹⁵ sigue las etapas del descanso de la cárcel, de la convalecencia en los días del exilio: un paso adelante en el «devenir humano», que contenía un verdadero agotamiento del espíritu. Toni reanudaba la marcha partiendo de la *Retama*, de la experiencia que anuncia el rescate de una vida entera por parte del poeta, para entregarla a una voluntad común de liberación de las necesidades catastróficas de la naturaleza y de la injusticia humana. Hay aquí un Leopardi ilustrado, lleno de esperanza revolucionaria –la de la Revolución francesa– cuyo reflujo sintió y cuya crisis padeció,

¹⁵ Antonio Negri, *Lenta ginestra. Saggio sull'ontologia di Giacomo Leopardi*, Milán, 1987.

que para él se presentaba en una relación terrorífica con la familia aristocrática y con el dominio de la Restauración. Un Leopardi que rescata, más allá de la derrota de la Ilustración y de la revolución democrática, el ansia de revolución de su época en un crescendo crítico y poético que no cesa. Toni aplica el modelo historiográfico ya usado con Descartes y Spinoza: en ambos había visto la crisis del humanismo, de las esperanzas de renovación y de su mitología, frente al nacimiento del Estado absoluto moderno. En Descartes, la memoria humanista busca una mediación burguesa realista con el absolutismo monárquico; en Spinoza, el relanzamiento del modelo humanista se organiza como resistencia y alternativa democráticas contra la degeneración autoritaria de la República holandesa. Aquí, Leopardi está inmerso en la crisis de la Revolución francesa y en el proceso de redefinición reaccionaria del Estado nacional moderno –mucho más reaccionario habida cuenta del retraso civil de las condiciones políticas en Italia–. Apoyarse en la crisis para definir cada figura histórica: en los tiempos del *Descartes* y del *Spinoza*, Toni aún no había leído a Koselleck, que ahora se ha convertido en uno de sus textos de referencia: como en Koselleck, Toni activa la crítica del marxismo dogmático, para el cual «todas las rosquillas salen con agujero»;¹⁶ y desarrolla el principio de que solo la libertad puede ocupar y expresar el mundo, creándolo. De este modo, regresaba a la polémica, ahondada muchos años atrás en su tesis, de Dilthey contra Nietzsche, es decir, a la crítica del individualismo de Nietzsche y de todo derrotismo de la razón, por mucho que se disfrazara de amor: el amor vive y se explica solo en el universo de las pasiones del uno por el otro, de su cooperación. En la lectura de Leopardi en la cárcel, ya estaba el redescubrimiento del sentimiento común del vivir, la exaltación del construir juntos el mundo. En el trabajo de *Lenta ginestra* hay un plus: la experiencia de la relación con el poder.

La poesía de Leopardi nace y se libera en una relación y una resistencia cercana a las viejas aristocracias moribundas y al Papa-Rey.

¹⁶ Variación de la expresión italiana, que afirma lo contrario: «*Non tutte le ciambelle riescono col buco*».

De esta suerte, se exaltan dos perspectivas: el trabajo leopardiano como crítico del propio tiempo, que se expresa en todas las tonalidades, desde el documento al sarcasmo; y la continua propuesta de alternativa a los problemas no resueltos y a la pérdida de perspectiva humanista de los propios interlocutores. Sarcasmo dirigido a los «nuevos filósofos» de su tiempo, y contra la ilusión teológico-política de los filósofos católicos del Risorgimento: la relación de cercanía con el poder permitió a Leopardi entender con claridad y oponerse con pasión a la represión de lo que se mueve en sentido constructivo y alegre en el alma y en el trabajo del ser humano; al control y la disciplina de los seres humanos libres y productivos de su ser en el trabajo: aquella represión solo podía ser rota por la pasión revolucionaria, por el amor constructivo. Dio la casualidad de que en ese periodo Toni conoce las *Lecciones* de Foucault, que amigos suyos estaban transcribiendo: *Lenta ginestra* es un libro en cierto modo foucaultiano, porque en él el poder es descrito precisamente dentro de la dialéctica no resuelta entre el ejercicio de las potencias soberanas y la resistencia contra la violencia de quienes quieren bloquear la experiencia de la libertad.

Toni estaba satisfecho: no habrá construido un tratado de estética, ni un *chef d'oeuvre* de lectura poética: ¿pero qué importa? «¿Para qué sirven los poetas?», se había preguntado, y había encontrado una respuesta: sirven para mostrar la verdad y ponerla ahí, sin mediaciones, en una relación cercana y hostil a los poderes que ocupan y atormentan la vida. Hay que leerlos más allá de todo formalismo estético, en una proyección dialéctica y en una cercanía con quienes luchan para vivir y para liberarse de la miseria. De esta suerte, Leopardi se coloca en el panel poético preferido de Toni: Hölderlin, Rimbaud, Campana –y, al lado, Rabelais–. Leopardi está en el medio, por haber transformado el optimismo de la razón en fe en el común, y el pesimismo de la voluntad en sarcasmo feroz y en razón republicana contra la indecente ideología reaccionaria.

21. Giorgio

En ese periodo Toni se hace muy amigo de Giorgio Agamben: se veían, salían juntos, iban de vacaciones a Córcega; incluso se intercambiaron departamentos. Sucedió que Giorgio se enteró de dónde estaba el «infame» Fioroni y, con lealtad extrema –en un mundo infectado de miedos y amenazas– se lo dijo a Toni, que advirtió a Rossana Rossanda: de esta suerte, el «infame» se vio obligado a declarar en el proceso de apelación del 7 de abril, donde se lo pudo desenmascarar.

Giorgio es alegre, amable y es también un compañero; un amigo abierto e inteligente, ya rodeado de un cierto respeto. Se muestra a menudo reservado, casi ausente: por eso lo juzgan altivo y snob; pero cuando están juntos Toni y Giorgio se divierten y consiguen sazonar de realismo e ironía incluso sus vicisitudes sentimentales. Giorgio estaba trabajando entonces en la edición de las obras de Benjamin y, con mucha simpatía, sobre Debord, que lo ayudaba a librarse del marxismo trágico del primero –mejor dicho: a trenzar los opuestos, como le gustaba siempre hacer a Giorgio–. De los filósofos franceses apreciaba a Derrida, más por vecindad académica que por sentir común; en cambio, con Deleuze compartía atenciones metodológicas y metafísicas. Durante un tiempo Toni y Giorgio asistieron juntos a los cursos de Gilles Deleuze sobre Leibniz, en Saint-Denis, intentando conquistar un asiento libre en aquel antro que era el edificio prefabricado en el que Deleuze recitaba su *pièce*.

De Giorgio ya había reseñado *El lenguaje y la muerte*; ahora sigo con entusiasmo el hacerse de *La comunidad que viene*, el punto más alto de su pensamiento y de su escritura: un libro legible, que no busca atajos lingüísticos o filológicos para cubrir problemas difíciles de resolver; completamente desprovisto de toda jerga heideggeriana –antes bien, un verdadero intento de abrir la comunidad que viene a la vida y a la historia–. En cada filósofo hay algo «oculto» que en los momentos felices de su pensamiento surge de la oscuridad: para Giorgio era esa comunidad que se hacía construyéndose en la apertura del ser, en un hacer que daba la vuelta a la fatiga

benjaminiana del pasado, la catástrofe histórica de la revolución en proyecto futuro. La *comunidad que viene* sostuvo el deseo de «ir más allá», de restablecer un tejido ético de la esperanza revolucionaria que Toni buscaba en su Leopardi.

No suele ocurrir, en la experiencia del filósofo, encontrar no un libro o un autor pasado, sino un amigo de confianza para avanzar: para Toni fue así durante un cierto tiempo. Luego Giorgio se fue, volvió a Heidegger –¡lástima!–. Toni tenía la esperanza de que Giorgio arribara al puerto de aquella ciudad revolucionaria que es Spinoza: Giorgio no lo logró y siguió sin saber leer a aquel grande. El hombre que había buscado la comunidad, redujo cada vez más su densidad ontológica, perdiendo paulatinamente toda determinación ética, exagerando los efectos de objetivación de lo real para reivindicar el «gesto destituyente», el agotamiento de la potencia, la única subjetivación posible. El problema de Agamben pasó a ser el de la desmistificación de la soberanía; paradójicamente, en ese camino terminó finalmente restaurando el concepto en términos teológicos: como un Dios en la tierra, la soberanía se tornó en excepción ontológica. ¡Pero que la decisión política se funda en el vacío de la excepción ya nos lo había enseñado el primer autor de la razón de Estado, ya fuera Suárez o Botero! Soberanía y poder se mistifican en la excepción; el poder es siempre lo que se presenta como primero –de intereses, de propiedad, de identidad: por eso hay que destruirlo y no redescubrirlo en lo negativo–. A la excepción se ha de contraponer una excedencia que primero se ejerza en actos destructivos de los contenidos del poder y luego se muestre como potencia que construye otra cosa.

Después de habérselo prometido en *La comunidad que viene*, Giorgio dejó de reconocer potencia, excedencia o imagen alguna de una comunidad que crea: pensando a este respecto, Toni reivindicaba para el «marxismo del trabajo vivo» la capacidad de romper el objetivismo totalizante que el hegelianismo nos había dejado como herencia y que Heidegger había transformado en una pesadilla catastrófica. Ahora estaba claro que desde aquí se podía empezar de nuevo a agitar la realidad: el invierno había terminado –gracias también a *La comunidad que viene*–.

22. Select

El Select: ese café siempre le gustó a Toni. Es un lugar al mismo tiempo elegante y ajado, que conserva un sabor a años treinta, de humo y de noches demasiado largas. Desde finales de los años ochenta estará nada menos que enfrente de casa. El camarero con las mejillas coloradas y los bigotes hacia arriba; el gato enorme sobre la barra de madera y zinc; algún chico, del que se murmura que «espera a las viejas» (que en efecto acuden a menudo), el vaso de Chablis sobre el posavasos de cartón decorado en blanco y verde; las mayólicas *art déco* y las lámparas de vidrio arenado; las viejas mesas de madera; el perchero y las plantas verdes apagadas en la entrada. En el Select, los clientes se dividen en dos tribus que se ignoran con cortesía: los turistas, que están junto a las cristaleras –para ver y ser vistos, y por lo general comen ensaladas llenas de camarones y salsa rosa– y los *habitués*, que ocupan las mesas de madera del fondo, en la parte del *café* que no se vé desde fuera, y leen el periódico, estudian o discuten –algunos incluso se besuquean o se pelean en voz baja–. Lo único que convence a Toni, de vez en cuando, a cambiar de tribu y a abandonar su *banquette* del fondo es un juego que ha inventado su hija y al que suelen jugar con pasión: mirar la gente que pasa delante de las cristaleras y dar a cada uno una vida imaginaria, pensamientos, deseos –y algunas veces tristezas–.

23. 1986

Margaret Thatcher representa en lo sucesivo el modelo político de la *governance* capitalista, tras la derrota, en 1985, de la huelga de los mineros ingleses, que anunciaba el final del papel de vanguardia de la vieja clase obrera. Toni intenta reflexionar al respecto, reanudar el análisis –¿pero cómo es posible, encerrado en el exilio por las duras negatividades a las que se ve forzado?–. Un compañero, Pedro, regresa a Italia para comprender qué precio ha de pagar para recobrar la libertad: termina abatido como un perro por el plomo de

la policía, en Trieste.¹⁷ Las Brigadas Rojas reanudan los asesinatos: ¿qué mito, qué superstición pueden aún sostenerlos? Aquellos acontecimientos negativos que se acumulaban no daban ni el tiempo ni la fuerza para consolidar un programa nuevo. Toni aguardaba una nueva explosión colectiva de subjetividad que permitiera medirse con aquello en lo que el mundo se había convertido.

Siguiendo los pasos del conservadurismo reaccionario inglés, al amparo de Thatcher, el gobierno francés lanza un programa de reforma de la educación –el «projet Devaquet»– que sirve de bulldozer para la reforma liberal de la instrucción pública: profesionalización de las universidades; autonomía (y por ende deriva) financiera; centralización financiera; «proyecto Bolonia», más patrocinios y privatizaciones. El mundo de la educación se subleva: los estudiantes se lanzan al ataque y exigen la retirada lisa y llana de la *Loi Devaquet*. Las luchas, las *manif*, se extienden a la solidaridad de otros sectores laborales y no tardan en cobrar potencia: al gobierno le entra miedo y retira el proyecto. Al mismo tiempo se desarrollan también luchas obreras de importancia.

Hay cosas nuevas en estas luchas: al menos dos elementos singulares que las diferencian de las de los años setenta. El primero es su *composición política*: las nuevas generaciones jóvenes, estudiantes de todos los colores, unidos en la lucha. Y cuando la policía mata a Malik Oussekiné, estudiante de origen magrebí, el carácter mestizo de la lucha se vuelve central. Al mismo tiempo, las luchas obreras revelan asimismo una nueva *composición técnica* de la clase obrera. Empiezan a entrar en escena estratos de clase obrera altamente escolarizados: vienen de la EDF (energía) o de La

¹⁷ Pietro Maria Greco, *Pedro*, fue un activista político italiano, nacido en 1947 y asesinado por la policía política italiana el 9 de marzo de 1985. Estudiante y trabajador en Padua, militó en los Collettivi Politici Veneti y fue detenido y luego puesto en libertad en el marco del proceso abierto por la fiscalía paduana, vinculada al PCI, contra la autonomía véneta. De nuevo imputado en 1982, decidió huir a Francia. En 1985 regresó clandestinamente a Italia. El 9 de marzo del mismo año fue asesinado a sangre fría al salir de su departamento, donde le esperaban cuatro agentes de la policía política italiana, que le dispararon 12 balas mortales a menos de un metro de distancia. En su recuerdo existe desde hace décadas en la ciudad de Padua el Centro Sociale Occupato Pedro. Sus asesinatos fueron absueltos por los tribunales.

Poste (telecomunicaciones). A la lucha se suman los ferroviarios, lo que demuestra que los viejos sectores de clase pueden entrar en lucha con eficacia cuando la nueva figura intelectual, cognitiva, del trabajo productivo conduce el enfrentamiento.

Un par de años después llegará la huelga de las enfermeras de los grandes hospitales parisinos: una lucha excepcional por su intensidad, pero sobre todo reveladora de la nueva composición de clase. Los sujetos que conducirán la lucha serán enfermeras, antes que enfermeros: el feminismo en acción. Y las luchas, además de desarrollarse en el terreno del hospital, se dirigirán al territorio circunstante, incluyendo las familias de los pacientes y los pacientes mismos. Es sabido hasta qué punto, después del 68, en Francia (pero no solo allí) el paso de las luchas del terreno de fábrica al social –o, para ser más exactos, al terreno de la reproducción– fue valorado, teorizado y practicado. El propio Foucault, con su grupo de intervención en las prisiones (GIP) había experimentado este tipo de trabajo político, así como sus consecuencias teóricas. Ahora, en las luchas del 86 (y luego en las de las enfermeras) revive esa expansión de la lucha de clases más allá de la fábrica. También la hipótesis del obrero social se ve de alguna manera verificada y superada.

Luchas de los estudiantes y de los primeros estratos de trabajadores cognitivos: nuevas vanguardias, un nuevo aire de resistencia y de propuesta política en Francia –la que había faltado en Inglaterra, donde los mineros se quedaron solos–. Toni entra en contacto con estudiantes en lucha y con técnicos de Telecom, lo mismo que hará después con las enfermeras: trata de comprender lo que está sucediendo. Aprende de las luchas, como siempre le ha pasado: es necesario trabajar sobre la novedad de las luchas (¿y del trabajo?) –¡he ahí una posibilidad de avanzar!–. Buscar en el ser real, interrogarlo, inaugurarlos, dicen los filósofos: se podía descubrir y vivir un nuevo tiempo escuchando estas luchas, poniéndose al unísono de este ser que se manifestaba en el estruendo de los eslóganes y de las consignas de las luchas, que iba de las escuelas a las fábricas de la futura comunicación.

1986 revelaba en el terreno histórico, además, otra consecuencia del 68: si la sociedad estaba saturada por el capital, allí dentro,

siguiendo sus modalidades más directas y necesarias, podía volver a proyectarse la transformación. «Dentro» quería decir actuar desde dentro, no ya mirando la contradicción desde lo alto de una vanguardia y de un saber privilegiados, sino desde abajo, en la intensidad de la determinación concreta. En aquel 86 había cosas nuevas, y era concreto, fuerte como antaño en las fábricas: pero en un lugar distinto de las fábricas. Era la primera manifestación de lucha en una situación de completa subsunción del trabajo en el capital. Para describir este cuadro, ¿se podía recurrir a la risotada sofisticada de Baudrillard o al insolente extremismo fenomenológico de Debord, que vacían el «adentro» para volverlo épico o vacío? Las luchas que comienzan en el 86 dan la vuelta a esa percepción: el «adentro» de las luchas no era un vacío, sino un tejido de planes de vida, una ontología del deseo, ¿del comunismo? ¿Podía pronun- ciarse de nuevo esa palabra?

24. Un manifiesto

A caballo de las luchas del 86, Toni escribe *Fin de siglo*.¹⁸ Se lo pide un editor de Cambridge, cercano a Anthony Giddens, teórico del blairismo. A los editores les interesaba la polémica de Toni contra la organización corporativa del obrero fordista, que revela- ba las novedades que se habían producido en la organización del trabajo de fábrica y social: material bueno, para los blairianos, que podían usar en la batalla contra el viejo *Labour*. Las tesis de Toni circularon en Inglaterra sobre todo a través de algunos artículos publicados en *The New Statesman*: un grupo de compañeros los discutió mucho en las universidades londinenses. Además, Red Notes había traducido una serie de escritos de los años setenta en un libro titulado *Revolution Retrieved* («*We chose the title as a hope for the future: social revolution in a working-class and commu-*

¹⁸ Antonio Negri, *The Politics of Subversion*, Oxford, 1989. [Ed. cast.: *Fin de siglo*, trad. de Pedro Aragón Rincón, Barcelona, 1992].

nist sense»,¹⁹ escribían los editores). El compañero Emery, que los había traducido, rendía así homenaje a la autonomía inglesa, a cuanto aún respiraba con libertad el 68, fuera del sectarismo tan habitual en la experiencia extraparlamentaria inglesa. Sin embargo, publicando el *Manifiesto*, Toni no creía haber dado armas al enemigo, mal que le pesara a parte de los ambientes del *Labour* y, en Italia, del PCI, de los que obtuvo una colérica recepción, cargados de paternalismo y de pomposidad para defender posiciones que ya eran insostenibles. El mundo había cambiado y el viejo *Labour*, al igual que el viejo PCI, parecían vejstorios leopardianos capaces de erudición, pero incapaces de *finesse*.

El libro era ligero: resumía para el lector anglosajón las tesis desarrolladas por los movimientos italianos veinte años atrás. Después del prefacio, que reconocía en las luchas de 1986 en París, entre noviembre y diciembre, «una revuelta para el futuro», Toni argumentaba el paso del obrero masa al obrero social, que se produjo a partir del 68, enumerando los temas de la transición de la producción industrial a un mundo productivo caracterizado por dos nuevas dimensiones: una producción condicionada en el plano ecológico y organizada en el global. La economía mundo estaba atravesada por nuevos modelos de valorización y de expropiación – sobre esto, pero solo sobre esto, estaban de acuerdo los blairianos–. Sin embargo, estas nuevas formas de organización productiva generaban formas antagonistas de subjetividad: este era el punto de ruptura, en torno al cual se desarrollaba el análisis sobre dos elementos de importancia.

El primero era un llamamiento a los compañeros a salir de la derrota y a recobrar la autonomía de las luchas, de la clandestinidad al partido: se renovaban aquí las fuertes pulsiones que la experiencia de las luchas del 86 había grabado en el ánimo de Toni –el surgimiento de una unidad proletaria y mestiza de estudiantes *beurs* y blancos; el hecho de que los obreros fueran a las luchas de los estudiantes y en ellas se organizaran–. Y además:

¹⁹ «Escogemos el título como una esperanza para el futuro: revolución social en un sentido obrero y comunista».

A las generaciones de la libertad sin la igualdad, esta generación contrapone la fraternidad, la comunidad, la reapropiación colectiva del poder de mando sobre la comunicación y sobre la cooperación productiva. Fraternidad: en el mejor de los casos, en las sociedades liberales esta palabra significaba «seguros sociales»; en las sociedades socialistas «sacrificio»: *para esta generación fraternidad significa «sujeto».*

El otro elemento, más importante, es que la materia prima del obrero social empieza a caracterizarse por el conocimiento y por la participación en los flujos de información y la producción informática: un conocimiento que se adquiere a través de redes comunicativas desarrolladas en el cuerpo social, una acción comunicativa que tiene lugar en/dentro del trabajo y que produce saber en condiciones cada vez más intensas colectivamente. Para el capital –y esta es otra novedad del librito– es vital apropiarse de ese conocimiento para luego reducirlo a información, es decir, a mero instrumento de reproducción mecánica de la realidad, despotenciando su carácter creativo (y, *why not*, «subversivo»).

A pesar de un lenguaje aún incierto (como en el uso del dualismo habermasiano información/comunicación), aquí no solo se verifica la centralidad del conocimiento en el nuevo modo de producir, sino que se ofrece una aproximación a la imagen del trabajador cognitivo. El proceso que, desde la definición del «obrero social», ha llevado a la madurez del concepto de «trabajador cognitivo»: sin embargo, aquí se da un paso adelante muy importante. Además, dentro del concepto de «subsunción real» desarrollado aquí, dentro de esa nueva corporeidad y esa dimensión vital del trabajo, finalmente se termina reconquistando la concepción del salario: ya no en la forma de la contratación centrada en la fábrica, sino en la dimensión social que transformaba el salario en renta, la lucha sobre el salario en lucha sobre el *welfare*. Era el paso que los viejos sindicatos y el movimiento obrero eran incapaces de dar, un paso que Toni y sus compañeros llevaban teorizando desde años: ahora veían los cuerpos en la lucha, el trabajo del cerebro, al igual que el de los brazos, dedicados a la conquista de este espacio social de la subversión revolucionaria.

25. Primavera del 88

Estamos ya en la primavera del 88, y todo vuelve a empezar.

Ya no es tiempo de *cohabitation*, se acerca el fin del septenio de Mitterrand y como siempre hay elecciones presidenciales en mayo. La política, que parecía estar embotada por la cohabitación forzada de derecha e izquierda, registra sacudidas cada vez más fuertes: las grandes manifestaciones estudiantiles del 86 –cuando Malik Oussekiné fue aporreado hasta la muerte, casi debajo de su casa, por los gendarmes–, pero sobre todo la consolidación de la extrema derecha de Le Pen en el escenario político nacional, el Front National roza el 10 por ciento. En la Plaza de la Sorbona, a dos pasos de mi casa, el jueves es el día de las provocaciones. La entrada de la Sorbona, que es la de la Universidad París IV, en la parte alta de la plaza, está en manos de grupos monárquicos, Action Française y sindicatos estudiantiles cercanos al FN; la entrada de más abajo, la de París I (que está a solo veinte metros de distancia de la anterior), es en cambio el lugar de reunión de los sindicatos estudiantiles de izquierda. Vuelan los cachetazos, algunos puñetazos: salen los guardias de la Sorbona, gritan y todos se sosiegan. Luego se espera al jueves siguiente y todo vuelve a empezar. A Toni esto no le parece más que un teatrillo, de no ser por el crecimiento electoral repentino de un partido que reaviva los temas de siempre: antisemitismo, odio a la inmigración, homofobia, hipernacionalismo, nostalgia de Vichy y de la Argelia francesa. Y por un sentimiento de impunidad nuevo al adoptar determinados discursos que hasta entonces parecían estar proscritos para siempre. Vuelve a aflorar el fondo de derecha dura del país, algunos empiezan a decir: si superan el 10 por ciento me voy del país. Cuántas veces Toni oirá la misma promesa con cifras cada vez más impresionantes: si llegan al 15, al 18, al 20 por ciento me voy...

Pero en el 88 ninguna de las personas impresionadas por el fenómeno puede imaginar lo que sucederá menos de quince años después. Mientras tanto hay que elegir un nuevo presidente; y vuelven los miedos del 86: ¿aguantará la «doctrina Mitterrand» si gana la derecha gaullista y pierden los socialistas? Y se vuelve a

organizar el mismo vals de encuentros: abogados, políticos, eclesiásticos, para tratar de concienciar a todos de la presencia en suelo francés de esa extraña tribu de prófugos italianos. Andrea Morelli, carácter inflexible, voz algo nasal y un tono marcadamente *british*, desempeña un papel determinante. Habla con todo el mundo, conoce a todo el mundo, explica con una paciencia impresionante – el grado de ignorancia sobre las vicisitudes italianas es, incluso unos pocos años después, inconmensurable–. Andrea, frágil y elegante, con su carcajada irónica sobre todo cuando todo parece torcerse, permanece al pie del cañón. Luego Mitterrand será reelecto y los italianos, aliviados, montan una fiesta.

Cuando llegaron los italianos, casi todos habían oído hablar de la enorme fiesta popular por la elección de Mitterrand, el 10 de mayo de 1981. Por primera vez la izquierda llegaba al poder, y todos los electores, movidos por aquella enorme esperanza, confluyeron en la Plaza de la Bastilla: decenas de miles de personas gritando, bailando, riendo y abrazándose bajo la lluvia pertinaz que duraría toda la noche. Un momento épico de alegría que muchos seguían contando, siete años más tarde, y que hacía que a algunos les brillaran los ojos: «Yo estaba allí esa noche...». Siete años después, parecía que la fiesta les tocaba a los italianos –porque se podía seguir en Francia; porque nos sentíamos protegidos; porque eran siete años más para reinventarse la vida–. Uno de los italianos conocía a un tipo que tenía una *péniche* que alquilaba para graduaciones y bodas. Y hete aquí que, justo después de que la televisión anunciara la victoria de Mitterrand, nos embarcamos: zarpamos desde el puerto de la Bastilla, que está oculto justo a los pies de la columna, y navegamos por el Sena, al son de brindis y carcajadas y con ese fondo extraño de melancolía y de profundo reconocimiento hacia un país que ha aceptado quedarse con nosotros; mientras tanto, desfilan bajo la luz declinante de la primavera tardía las sombras cada vez más oscuras de la ciudad: Notre-Dame, los puentes, el perfil del palacio de la Conciergerie, la biblioteca Mazarine, y del otro lado el Louvre, y de nuevo a la izquierda la Asamblea Nacional, la Torre Eiffel, y a la derecha el Grand Palais y el Petit Palais, y la Concorde, todas esas tarjetas postales al mismo tiempo irreales y reales, que parecen casi

de cartón piedra, y que saludan a estos cachitos de Italia embarcados en el Sena, inclinándose ante ellas, mientras se descorchan las botellas de champán y los compañeros se abrazan porque lo han conseguido, y alguien pone música y se empieza a bailar. Toni mira al exterior, y piensa que se siente como en casa; conoce la ciudad desde hace treinta años, ha vivido antes en ella, habla su lengua, estudia sus libros, está criando una hija, es capaz de nombrar cada calle, cada esquina, y siente algo que en parte se parece a la euforia y en parte es desgarrador.

26. *C'est fait*

Empezaba a preguntarme si lo había conseguido, si había salido de la cárcel en todos los sentidos de la palabra –de mi prisión, de mi país, de la derrota de los años setenta–. Era aún un *sans papiers*, la condena italiana se cernía sobre mí, la lejanía de los amigos y de los afectos seguía allí: pero en cambio había otras cosas que funcionaban. En fin, tenía la impresión de que podía decir: «Sí, lo he conseguido».

Ya era un parisino, había reconstruido una vida de afectos y de pasiones políticas. En cierto modo, me habían admitido en el mundo de las relaciones intelectuales, que en París es bastante exigente: mi trabajo filosófico recibía reconocimiento y se discutía, y empezaba a moverme en el mundo de la sociología profesional. Había otro elemento de estabilización: el institucional. En efecto, hacer investigación sociológica profesional significaba estar asociado a instituciones públicas (de hecho había trabajado años para el Ministerio de Trabajo y para el de Planificación Urbana), mientras que ya estaba vinculado a instituciones más o menos universitarias como el Collège International de Philosophie o el Institut International de Faye.

Sin embargo, quedaban restos bastante abultados: en realidad no había hecho más que trasladar mi crisis y su solución a París, mientras su fondo italiano permanecía intacto y sin resolver: es más, cuando miraba a Italia el horizonte volvía a encapotarse. Con el poder, ningún acercamiento, ningún contacto –yo era el enemigo–;

continuaban la represión y la persecución; la falsificación de la verdad, que subyacía a todo lo ocurrido con el 7 de abril, permanecía intacta. Luchábamos por la amnistía, pero sabíamos que nunca íbamos a conseguirla: hasta tal punto que, entre nosotros, quienes más insistían en la amnistía eran los que querían continuar haciendo la guerra, transformando el rechazo de aquella en legitimación de la continuación de la lucha armada.

En cambio, mi problema consistía en corregir el sentido en el que el discurso y la práctica de la «disociación política» practicada por mí y por mis compañeros habían sido interpretados, tanto por el poder («los autónomos admiten haber participado en la lucha terrorista contra las instituciones democráticas del país»), como por los compañeros que, considerando la lucha armada la única vía política comunista, nos veían, en tanto disociados, como a unos traidores. Esa era la condición en la que nos encontrábamos: obligados a mostrar y a repetir que la disociación política había sido un mero y realista reconocimiento de la derrota, que no había concedido nada al poder —ni confesiones ni legitimaciones de la represión—. Por eso debíamos seguir combatiendo: lo hicimos construyendo un frente común y continuo de intervención en apoyo de los exiliados, así como de aquellos que seguían en prisión, haciendo contactos en el ámbito político y eclesiástico para avanzar en la petición de una amnistía para todos ellos. Era todo lo que podíamos hacer, convencidos de que la lealtad con la que nos relacionábamos con el movimiento, pero también la reanudación de los canales políticos de negociación (posibilitados por la «disociación política»), permitirían conseguir algún resultado, tanto para nosotros: atenuación de la presión del gobierno italiano sobre el francés; como para los compañeros en prisión; algunos indultos y sobre todo una reforma importante del régimen penitenciario, la ley Gozzini. Esta ley, que concretaba una serie de batallas civiles para la humanización de la pena (basta pensar en las iniciativas pioneras de Mario Tommassini en Parma para el trabajo externo a la prisión) y hacía realidad el art. 27 de la Constitución, que niega «penas contrarias al sentido de humanidad» (¡qué ironía haber contribuido a ello!), permitirá a muchos de los «irreductibles» (quienes no obstante eran ya una

pequeña minoría) disfrutar de reducciones de pena y de medidas alternativas a la detención –e incluso, para algunos, la desfachatez de continuar difamando a los «disociados» a pesar de haber disfrutado de los beneficios resultantes de la campaña por la disociación: mejor para ellos, en todo caso–.

Había además una dimensión personal: ser considerado por algunos el jefe del terrorismo, «mal maestro» de una generación; y por otros, al mismo tiempo, el «disociado», el «traidor» de sus compañeros por haber huido a Francia en vez de entregarse «socráticamente» a sus perseguidores. Este juego había resultado duro; pero lo que me había desconcertado y me había hecho dar sustento a esas acusaciones, hasta el punto de hacerme sentir culpable, era que las hubieran asumido personas que me eran política y humanamente cercanas: Rossana Rossanda en particular, o Luigi Ferrajoli u otros compañeros y amigos.

Años después empecé a reconocer el equívoco que estaba detrás de esas acusaciones. Después de haberme ido había habido casi un arrepentimiento por haberme defendido y la voluntad desdeñosa de echarme encima una acusación de traición en nombre de los compañeros que, aún en prisión en el momento de mi fuga, ya no eran capaces de estar al pie del cañón frente a la violencia del ataque que el poder continuaba desarrollando. Sus defensores –que habían sido también los míos–, descargando sobre mí aquella acusación, tan solo buscaban una cobertura en su propia defensa: ¡ya no eran capaces de defendernos! Me venía a la memoria el barullo que en tierra francesa, en ese mismo periodo, Benny Lévy y Jean-Claude Milner armaron para defenderse (desde el punto de vista político, pero también moral) de la acusación de haber participado como protagonistas en aquel 68 que, en los ambientes del poder, se había convertido en un delito. Reconocían que se habían equivocado, pero también los más grandes se equivocan, añadían, recordando que Spinoza había sido un traidor de la fe judía –qué hipócritas–. ¡Pobre Spinoza, que nos había enseñado a renovar la fe, no en la religión, sino en la razón!

También yo, con humildad, pensaba así –y no cedía: antes al contrario, volcaba mi polémica contra todo aquel que no quisiera

entender la coherencia de mi comportamiento—. No me avergonzaba ni me arrepentía de lo que había hecho; cuánto esfuerzo me había costado —pero lo había conseguido: estaba en Francia y podía seguir declarándome comunista—. Podía seguir diciéndolo e incluso haciéndolo: había vuelto a dar pasos en los análisis y las propuestas. Y no se trataba en realidad de un caso individual y solitario: para muchos de nosotros había sido una reflexión colectiva y una conversión del espíritu.

Dos o tres años dedicados exclusivamente a este ejercicio de cuidado de sí mismos: como si renováramos una ceremonia de iniciación —¿pero qué clase de coletazo religioso es este?—. El dolor es solo dolor y ninguna iniciación está a su altura. El dolor es una máquina que disuelve las pasiones, no las adorna: es contrario a y va más allá de la disolución que hoy, habiendo participado en las luchas del 86, vuelvo y volvemos a encontrar. *C'est fait*.

27. Familias

Pero había algo que no podía aguantar: había perdido a mis hijos y llevaba conmigo también ese sentimiento de culpa. Nunca pensé que tuviera una misión que cumplir, ni que esa tarea pudiera legitimarme para dejar de lado aquello que había sentido como un don y que para mí seguía siendo un deber: educar, amar y, en todo caso, ocuparme de mis hijos. Los había traído al mundo, de alguna manera era responsable de ellos, junto a su madre. Siempre había pensado que una vida intensa, como intelectual y como político, habría aumentado mi capacidad de sacar adelante los hijos: y así fue, hasta que consiguieron alejarme de ellos.

Después de ese desgarramiento, ¿qué hacer? El hecho es que a Anna y Francesco les faltó mi apoyo en los años más importantes de la vida, la adolescencia y el principio de la edad adulta. Con Nina hubo, durante toda su infancia, una alternancia entre una cercanía extrema y alejamientos físicos, entre Francia e Italia, conforme a las exigencias de trabajo de su madre: fue una relación más fácil, pero insuficiente para quitarme el sentimiento de culpa que aún siento. No habrá sido culpa mía —pero de todos modos el dolor de

esa distancia no se puede quitar de encima: hay faltas o ausencias para las que no existen atenuantes—.

No tuve familia en mi infancia y no la tuve en la madurez. Había construido familias que habían sido comunidades de amigos, de compañeros: y no había conseguido inventarme una distinta. ¿Con mi madre y con mi hermana construimos alguna vez una familia? Había mucho amor «universal», ni siquiera un poco de egoísmo y menos aún la concepción de una institución cerrada en el afecto. Y aunque hubiéramos querido tenerla, ¡era tan enorme la cantidad de dolor que se había vertido sobre aquel núcleo!

En resumen, pienso que nunca he constituido una familia. Podría ser una sensación agradable si no viniera acompañada de un sentimiento de culpa: otro tanto puede decirse de las relaciones con las mujeres con las que he vivido. Pero la disolución de las relaciones con la madre o con las compañeras es voluntaria: con los hijos el alejamiento es distinto.

He sido un padre pésimo: ahora, en el exilio, me daba cuenta de ello no solo sufriendo la lejanía, sino también porque el efecto de la distancia se me venía encima como sentimiento de ser rechazado. ¿Lo merecía de verdad? No tuve padre: esa negatividad se repetía —me hizo sufrir mucho—. Más tarde, pero tuvieron que pasar muchos años, las cosas mejorarían, mis hijos me reconocerían y me amarían. Sin embargo, uno no deja nunca de sentir que esa herida te atraviesa de cabo a rabo: y en los momentos de desaliento de aquellos años parisinos pensaba que yo era responsable del hecho de que Anna se sintiera fea cuando era bellísima, del hecho de que Francesco se drogara e incluso de haber estado a punto de que se me cayera Nina cuando, llevándola encima de la barra de la bici, convertimos en un deporte la peligrosa bajada en bicicleta de la rue Saint-Jacques.

28. Italia ahí abajo

En Córcega, desde Bonifacio se divisaba la Alta Gallura y se intuían las islas del estrecho —mucho más a la derecha, el comienzo de l'Asinara—. Desde Porto Vecchio, así como desde Bastia, cuando

había un cielo perfecto decían que se veía la Toscana y siempre Elba. En cambio, desde París veíamos la Italia de Craxi y nos llegaba un olor a podrido. Hacía poco que la televisión francesa se había dejado colonizar por Mediaset –*La Cinq* era una cadena que rompía todos los moldes, pero no para mejor–. Veía cómo mi país salía con dificultad de la década anterior. La modernización prometida por Craxi contaba con la ambigua aprobación de la DC y del PCI, siempre dispuestos a bloquear toda verdadera novedad: Craxi no conseguía reciclar la constitución material del país ni los cimientos políticos que tenía a la DC y al PCI, dioscuros contradictorios, como sus únicos intérpretes. El mundo del trabajo se había transformado, pero sin que de ello se siguiera nada –salvo una masacre sobre el salario obrero, con el bloqueo de la escala móvil–. El mundo estaba cambiando: la Unión Soviética se asfixiaba en su rígido uniforme estaliniano; el imperialismo estadounidense estaba mudando sus ropajes, revistiendo sus intervenciones de «promoción de los derechos humanos»; la oleada neoliberal desencadenada por Thatcher estaba arrollando con la fuerza de un tsunami también a las socialdemocracias. En Italia, nada más, salvo el irrisorio descubrimiento de Proudhon por parte de Craxi y el deslizamiento cada vez más fuerte de todas las partes políticas de la derecha y la izquierda hacia el centro –«extremismo de centro», como será conocido más tarde– en la búsqueda de un programa de «gobierno de la nación». Desde París nos quedábamos perplejos: habíamos entrado en una edad de tránsito (pronto terminaría la «Guerra Fría»), nos movíamos en una travesía cuya ruta ya había sido definida por la derecha thatcheriana, mientras en la izquierda triunfaba la nada. La impugnación feroz del «socialismo real» en la URSS y del que apenas era visible en Europa no recibía respuesta. ¿Pero cómo habrían podido hacerlo las fuerzas de gobierno, después de haber eliminado los movimientos que construían luchas y programaban nuevas relaciones sociales adecuadas a la transformación en curso? Pero aun con los huesos rotos, nuestro cerebro seguía funcionando: y nos daba rabia comprobar que habíamos anticipado respuestas políticas eficaces al contraataque capitalista en el terreno social (desde los salarios al *welfare*), mientras que los que habían luchado contra nosotros

carecían por completo de ellas: desarmados, sin ganas de seguir luchando, incapaces de política alguna. Hablaban cada vez más de «cuestión moral», despertando la sospecha de que tenían la intención de poner de nuevo en marcha la máquina de la justicia para asestar golpes a adversarios sin duda menos peligrosos que nosotros. En aquellos años, mirando a Italia desde Córcega, se empezaba a ver la especulación descarada en la Costa Smeralda, próxima sede de nuevos poderes. Pero sobre todo dominaba una especie de espejismo mientras mirábamos a Italia: nos parecía que las nubes se volvían más espesas y los vientos más violentos; que como consecuencia Italia quedaba separada y retirada de Europa –donde estábamos nosotros, algo corsos y cada vez más europeos–. Era un vórtice que alejaba a Italia de la discusión de un mundo nuevo, que se anunciaba difícil pero lleno de promesas. ¿Cómo era posible que aquella gente extraordinaria que había luchado en los años sesenta y setenta no despertara, no diera una patada a ese poder infame que atravesaba y corrompía el mundo político, a aquellas fuerzas económicas que hablaban cada vez menos de progreso civil, encerradas en su hambre de ganancia? Preguntas inútiles, hacérselas es algo estúpido: solo luchando vuelven a abrirse espacios de esperanza.

8. Siglo breve: stop

29. *Sans papiers*

Abril del 86, primeros días de primavera. Llevo aquí tres años: he tenido una hija para demostrar una nueva voluntad de vivir y de construir, pero también he descubierto lo débil que me habían dejado la enfermedad y la ilusión de que podía renacer con un gesto, un gesto de voluntad política. En el tercer año de exilio conseguí recuperarme con dificultades de aquella fatiga: con cuánta superficialidad pensaba que había aceptado ser nómada en el amar y en el vivir. Sin embargo, en la crisis que viví al mismo tiempo que la evasión, había liquidado en parte la insistencia individualista y la *allure* solitaria al que la fuga me había obligado: fueron las dificultades para encontrar trabajo, la necesidad de hacer grupo con ese fin, las que determinaron esa corrección de ruta: a un *sans papiers*, ¿cómo se le puede pagar en una sociedad en la que del trabajo no solo se paga el salario, sino también los impuestos y las cargas asistenciales? Así que con otros prófugos formamos una asociación con compañeros franceses: esta es persona jurídica, puede firmar contratos.

Pero había también un sentir más profundo. La evasión había sido un paso individual que, después de haberlo justificado ante mí mismo, debía remitir a lo colectivo. La búsqueda de trabajo, que ahora se presentaba de forma colectiva, instilaba en mí la esperanza de una reconstrucción política, de un éxodo colectivo. No era una autoabsolución, una vía de fuga picaresca que me habría permitido ajustar cuentas con quienes me habían acusado de no querer continuar la lucha en Italia, buscando una solución política de las consecuencias de los años setenta: quería rechazar esa

acusación de traición mostrando una fidelidad más profunda a mis compañeros y a la revolución. Al margen de la insinuación odiosa de traición, quería reconfigurar el deseo de trabajar en común y de ser posible también el proyecto político en el que habíamos vivido –que había que reconstruir–. Con fe spinoziana en la razón, podía volver a ponerme en marcha junto a los compañeros, trabajar juntos para sobrevivir –puesto que ese era el trabajo que encontrábamos: desarrollar encuestas para analizar las nuevas composiciones del trabajo y para construir nuevas propuestas políticas–. *Sans papiers*, pero en colectivo: sabíamos que íbamos a convertirnos en una fuerza.

Trabajar cansa, pero así son las cosas: nos daban trabajo agencias públicas de investigación, organizadas por sociólogos profesionales. Por nuestra parte no aportábamos nada profesional: solo la experiencia del trabajo político, de la encuesta «hágalo usted mismo» con los obreros de fábrica o los chicos del barrio –encuesta «de lucha» que, partiendo del conocimiento del terreno, abría ocasiones de enfrentamientos, reivindicaciones, acciones subversivas–. Pues bien, como quiera que sea terminamos siendo una fuerza: operamos en sectores clave para la acción administrativa pública y conseguimos producir informes ejemplares, legibles, libres de las baratijas terminológicas de la sociología profesional y útiles para la intervención de los programadores estatales. Nos convencimos, una vez más, de que la política es más inteligente que la sociología. La voluntad de conocer una realidad nueva, que se asomaba al precipicio de la crisis del fordismo industrial y social, para construir un saber utilizable para una nueva propuesta política, transformó unos *sans papiers* en excelentes sabuesos sociólogos.

30. Hacer sociología

¡No faltaba entusiasmo en el trabajo de estos investigadores noveles! La primera investigación se hizo sobre la nueva estructuración industrial construida por los Benetton: al ser originarios de la región italiana donde había nacido, conocíamos aquella experiencia de manera directa. Se trataba de describir aquel

nuevo *compact* de organizaciones productivas difusas, concentradas mediante programaciones de marketing y estructuras de franquicia comercial, que es lo que era precisamente Benetton. El trabajo tuvo una buena recepción y en nosotros la timidez dio paso al entusiasmo.

Vinieron después otras investigaciones: sobre el sistema industrial difuso del textil y de la confección que gira en torno al barrio parisino del Sentier; y sobre el espacio empresarial europeo, partiendo de los distritos de la industria difusa. Como era obvio (para nosotros), las investigaciones contaban con un seguimiento de su desarrollo y estaban acompañadas de intensos colectivos/seminarios de discusión metodológica: en estos debates el grupo planteaba sus propias posiciones teóricas y sacaba del análisis de campo abordado por la investigación las consecuencias relativas a la crisis/transformación de la estructura social masificada-taylorizada y organizada de manera fordista. En el cambio de época, aparecía aquí la nueva figura del trabajador, móvil en el espacio y flexible en el tiempo, que caracterizaba el nuevo horizonte del trabajo. Sin silenciar la nueva figura del sufrimiento, de la alienación, del dolor que de todos modos se daba en el trabajo. Christophe Dejours¹ fue para nosotros, desde el principio, un maestro en el avance del análisis del trabajo postindustrial y de sus patologías.

De todos modos, la disolución de la fábrica estaba unida a los procesos crecientes de automatización e informatización. Y si la productividad aumentaba imponiendo a las unidades difusas en el territorio medidas prescritas desde el centro, la máquina productiva también se lucraba gracias a la red de conexiones territoriales. Luego la industria de los *réseaux* era adaptada a la organización comercial que conectaba, con reglas análogas, la autonomía de los puntos de venta y la rígida centralización *just in time* de la producción. Lo que nuestras investigaciones construían era un cuadro sumamente nuevo. Y nos pagaron bien.

¹ Christophe Dejours es un psiquiatra y psicoanalista francés, nacido en 1949, especializado en psicodinámica del trabajo y en los aspectos psicósomáticos, el sufrimiento y las patologías del trabajo en el capitalismo.

Pero a nosotros no nos interesaba tanto el resultado de la investigación como los ejes metodológicos utilizados. Partíamos del supuesto de que estudiar una estructura industrial (y tecnológica) es siempre el estudio de una relación social: una relación de transformación mutua entre capital y trabajo, es decir, entre propiedad y gestión capitalista y entre lo colectivo y las subjetividades puestas a trabajar. La investigación tenía que colocarse siempre en el centro de esa relación, ver las cosas desde el interior de la relación –la dialéctica recompositiva o la disolutiva, el desarrollo a sacudidas en la transición entre modos de producción–. Esta innovación metodológica había alcanzado ya la madurez.

El viejo sistema durkheimiano, aun en la forma sofisticada que del mismo ofrecía Bourdieu, ya no se sostenía: los sociólogos de *Recherches*, en los años sesenta, ya habían introducido el método del «punto de vista» interior a las estructuras industriales y de empresa, así como a las instituciones públicas, apoyándose en Deleuze y en las filosofías de la diferencia. Por otra parte, estaba llegando a la investigación sociológica el impulso formidable que Foucault había dado a las ciencias humanas, de tal suerte que hablar de fenómenos y de hechos sociales por «dispositivos» y conforme a reglas y experimentos de ruptura de la relación causal, leyendo en ellos «producción de subjetividad», ya no estaba considerado una rareza. Planteada de esta forma la dirección de la investigación, surgían con gran nitidez los elementos políticos (dialécticos o antagonistas) que caracterizaban las relaciones sociales confusas, las nuevas series productivas morbosas, la complejidad caótica y/o cooperativa de la valorización. Aquí los informes se detenían, antes de sacar cualquier tipo de conclusión política: las conversaciones continuaban después, en los bares, con los investigadores profesionales dichosos de romper con la hipocresía de su independencia teórica, mientras que, por el contrario, estaban sometidos a una disciplina fijada por las finalidades políticas de la institución.

El modo capitalista de producción estaba en crisis y se estaba transformando: a través de estos análisis se entraba en el corazón del cambio de paradigma que sucedía a la crisis de la hegemonía fordista sobre la producción industrial y sobre las configuraciones

sociales del trabajo. De esto hablábamos muy pocos por entonces, y éramos menos los que escribíamos al respecto. Para nosotros se trataba de recuperar y generalizar nuestros antecedentes teórico-políticos y medirlos con las nuevas estrategias patronales de respuesta a las luchas obreras: una extensión adicional de la investigación. Para Toni, el análisis de este cambio de paradigma confirmaba el viejo diagnóstico político e implicaba una crítica radical de los partidos de la izquierda y de los sindicatos, manifiestamente rezagados en la percepción de ese tránsito y en la acción consecuente.

Llevar a cabo estas investigaciones fue importante, porque los investigadores tenían la prueba tangible de que se estaba entrando en un nuevo mundo productivo –que era también un nuevo mundo de la vida–. Para continuar la lucha revolucionaria que había obligado a estar en Francia a aquel grupo de militantes-investigadores, era necesario construir saber en ese terreno.

31. Dentro de la investigación

La investigación se amplía y pasa del análisis de unidades de empresa (Benetton *et similia*) a la descripción de cadenas productivas sectoriales (Sentier *et similia*), hasta llegar a la definición de una «cuenca de trabajo inmaterial» en la metrópolis parisina: Toni y Maurizio Lazzarato constituyen el núcleo permanente del grupo de investigación. Pero dentro de la investigación hay mucho más de lo que el grupo de investigadores entrega al comanditario: hay una reelaboración y un desarrollo del análisis de la composición de clase más allá de la época del fordismo, y hay una primera anticipación de la nueva figura del trabajo inmaterial –de la nueva subjetivación del trabajo vivo–.

En el curso de su trabajo, los investigadores encuentran la confirmación, en la realidad de la metrópolis parisina, de aquello cuya génesis habían descrito en los territorios metropolitanos del norte de Italia. Había una sincera admiración científica en su progreso: *eppur si muove*, se decían. Aquellas investigaciones no eran obras maestras: se notaba que habían sido hechas a las apuradas, por investigadores no profesionales; no

eran investigaciones «a la manera alemana», dedicadas a cubrir íntegramente un terreno y a extraer sus características esenciales en la construcción de tipos ideales; tampoco «a la manera francesa», donde la elegancia expositiva podía ordenar los materiales en síntesis retóricas. Eran investigaciones inteligentes, aventuradas, que identificaban tendencias de desarrollo y la apertura de nuevos terrenos problemáticos.

Reordenando las pistas sobre las que se movía la investigación en el análisis del contexto industrial, se descubre en primer lugar la experimentación analítica de un nuevo ciclo de valorización: la producción salía de la fábrica, de la relación laboral inmediata, para articularse con otras operaciones en el campo de la distribución de las mercancías producidas. Así, pues, la valorización se enriquece en la circulación. Por lo tanto, se modificaba el espacio de la producción: apertura de un nuevo terreno, nuevas redes y nuevos agregados de la fuerza de trabajo, fuera de la fábrica, dentro de la retícula social de la metrópolis; además, el circuito productivo ya ocupaba no solo el gran espacio metropolitano, sino la vida misma. Descubrirlo significaba empezar a preguntarse si el proceso de valorización no se constituye a través de la cooptación de la dimensión biopolítica de la producción. Estas hipótesis constituían el caldo de cultivo en el que germinaban los dispositivos de la investigación. El trabajo avanzaba mediante la generalización de experiencias significativas –método arriesgado, pero siempre abierto a la comprobación, cuando se nutre la preocupación (epistémica, pero sobre todo ética) de no forzar la realidad–.

En este nuevo ámbito productivo se movía de todo: nuevos sujetos laborales flexibles en el tiempo y móviles en el espacio; agentes comerciales que transformaban su vehículo en una oficina, donde la computadora, siempre encendida, transmitía órdenes y controles *just in time*; nuevas tecnologías en acción para organizar *réseaux* espaciales antes imposibles (o demasiado costosos) de conectar; migrantes que se convierten en un sujeto laboral indispensable en las redes de la precariedad del empleo; proletarios que operan con instrumentos informáticos y/o inmateriales –diseñadores, fotógrafos, modistas, publicitarios/as, etc.– que acompañaban a

aquellos que producían la mercancía con instrumentos y máquinas cada vez más sofisticadas dentro de circuitos (en torno a París, a Marsella, a Lyon, pero también a Túnez y Casablanca) y que, en el caso del textil y de la moda, ocupaban las *banlieues* obreras, ahora privadas de ofertas de trabajo industrial. En esta realidad metropolitana y productiva nacía un nuevo proletariado, cuya virtud, después de haber descrito su explotación, era necesario encontrar.

De este modo, nacían nuevas hipótesis políticas en la cabeza de aquellos investigadores que ya, partiendo de la intuición de estas nuevas figuras de la clase obrera, habían construido el intento de insurrección en Italia. No se hacían ilusiones de poder actuar políticamente: pero se complacían imaginando nuevos objetivos, nuevos programas en torno a los cuales podría haberse organizado un movimiento obrero renovado. El corazón de aquellos compañeros estaba habitado por el deseo de revolución: si la encuesta se desarrollaba desde la cabeza, el corazón quería someterla a un proyecto de transformación política.

En el ámbito de los investigadores con los que se movían nuestros amigos había una sensibilidad fina y un fuerte interés por estos «implícitos»: el tema de la «renta de ciudadanía» procedía de la definición de una sociedad completamente puesta a trabajar. A su vez, el tema de la igualdad salarial entre los géneros se desprendía de la definición de la profunda concatenación social de las singularidades en el trabajo en *réseaux*: implicaba a cuantos se movían en el terreno de la reproducción social y planteaba el problema de una igualdad real, suscrita en el salario entre mujeres y hombres. Y para los migrantes parecía evidente el hecho de que debían tener los mismos derechos que los demás ciudadanos trabajadores. Partiendo de ellos se reanudaba el debate sobre la urgencia de una necesaria renovación del programa y de la acción de los comunistas.

Eran razonamientos, investigaciones, encuestas, que desencadenaban pasiones: pasando dificultades para sobrevivir, se redescubría una voluntad radical de acción.

32. Saint-Denis

En la estela de estas investigaciones, *les italiens* llegan a Saint-Denis, el gran arrabal del norte de París, feudo municipal del PCF. La *Plaine* de Saint-Denis, un enorme espacio de casi 800 hectáreas que se extendía entre la basílica dionisiana de los reyes de Francia y porte de Clignancourt, había sido el mayor asentamiento industrial fordista (química, textil, metalurgia, electricidad) de Europa: Céline la transfiguró en el arrabal de La Garenne-Rancy en *Viaje al final de la noche*. Ahora, en plena desindustrialización –habían quedado afuera cincuenta mil obreros–, la *Plaine* era un mar de fábricas destruidas, almacenes, naves, edificios industriales y comerciales en ruina; paseando por las callecitas que conducían a las fábricas vacías uno podía tener aún la impresión de oír el vocerío de los obreros, la entrada y la salida masivas siguiendo el ritmo de los turnos de trabajo: en aquella selva muerta había quedado la huella de los cuerpos obreros.

A *les italiens*, al igual que a otros investigadores, se les pedía que estudiaran cómo renovar la *Plaine*: qué actividades productivas concentrar allí; y cómo reproducir una comunidad que mantuviera la hegemonía territorial del movimiento obrero. Interrogante apasionante y rico: se podía hacer funcionar conjuntamente una máquina político-administrativa y la imaginación sociológica; se podían medir los grandes temas de la transformación (del trabajo fordista al trabajo social; de lo material a lo inmaterial; de ciudad y fábrica a la ciudad-fábrica) respecto a la disponibilidad-capacidad institucional de los poderes municipales. En resumen, allí donde los temas políticos se presentaban de forma tangible y concreta, había una ocasión para verificar una hipótesis tendencial, un dispositivo político en un área muy significativa del tránsito más allá de la crisis del fordismo, representada por aquel cementerio de fábricas.

En los barrios, las múltiples jergas documentaban las migraciones sucesivas de poblaciones obreras, españolas, magrebíes, yugoslavas; las *banlieues* eran ya cuencas de trabajo difuso, material e inmaterial –y lo serán hasta que la crisis de 2008 borre toda

huella productiva—. Por otra parte, empezaba a verse la transformación productiva. En los grandes hangares de cientos de metros de largo, dedicados a la manutención de los TGV, las llaves inglesas habían dejado paso a las computadoras; en las fábricas químicas y de electrónica que habían sobrevivido, el trabajo ya estaba digitalizado. La tendencia estaba realizándose, en parte espontáneamente: estaba surgiendo un potencial Silicon Valley, cuyas evoluciones había que seguir. Pero la salida del fordismo no era todo coser y cantar: las nuevas tecnologías productivas habían expulsado a decenas de miles de obreros de las fábricas. Junto a las fábricas cerradas, se cerraban en el desempleo y en la miseria amplios estratos de la *banlieue*: no tanto la de los grandes caserones donde se concentraban las pequeñas producciones, sino las *banlieues* de las filas de adosados, donde la vida de la comunidad se empobrecía y la política iba disminuyendo.

Estos problemas, estos desafíos —¿será posible recuperar alguna vez el pleno empleo en el posfordismo?— iban mucho más allá del ámbito local: si, en Saint-Denis, la buena voluntad y el oportunismo del ayuntamiento rojo permitían dar (o poner en marcha) algunas soluciones —apoyo a las concentraciones artesanales, iniciativas de apoyo a las pequeñas y medianas producciones, puesta en marcha de campus de *start-up* digitales—, en el cuadro general la atención estaba distorsionada por previsiones completamente negativas. No solo era imposible contrarrestar el descenso del empleo, vinculado a la automatización industrial y a las tecnologías productivas más recientes: era imposible la misma reconstrucción de un entorno favorable a la permanencia de la hegemonía de los partidos del movimiento obrero. Por ejemplo, cuando en el área se impuso el proyecto de construcción del Stade de France (de 1995 a 1998), en lugar del gran número de obreros que se esperaba, la ejecución del proyecto no empleó más de doscientos cuadros obreros y operadores/ingenieros informáticos dedicados al ensamblaje de materiales prefabricados: ni siquiera una intervención enorme como la construcción del estadio en el que el *équipe* multicolor de Zidane y Thuram ganaría el mundial, interrumpía las sólidas tendencias al desempleo y a la precarización de la fuerza de trabajo. Así, pues, había que actuar dentro de estas condiciones: liberar espíritus animales

en un espíritu empresarial –una «nueva política económica» para restaurar la máquina productiva, como otras veces, desde la NEP de Lenin a las «Cien flores» de Mao, se había intentado hacer en las mejores familias del «socialismo real»–.

Salvo que el personal político y administrativo de las *mairies* de Saint-Denis se negaba a adaptarse a ritmos de renovación cuyas desventajas no se les escapaban e intuían que estas no iban a poder compensarse con las ventajas que traía consigo la transformación productiva: había una incompatibilidad radical entre una iniciativa productiva que tuviera en cuenta las nuevas tecnologías y la resistencia del cuadro político de las *mairies* socialcomunistas. A partir de estas mismas dificultades se había determinado en Italia en los años setenta la alternativa radical a las fuerzas de izquierda. *Les italiens* estaban muy contentos de haber desarrollado el análisis hasta poner de manifiesto estos límites materiales: ahora se planteaban el problema de desarrollar las temáticas que habían surgido en un nuevo marco del programa de reconstrucción administrativa y política del territorio: de contraponer un trabajo eficaz de reterritorialización por parte del movimiento comunista a la desterritorialización capitalista.

33. El Club de Aubervilliers

Había en Saint-Denis un personaje del que lo menos que puede decirse es que era extraordinario: intelectual y militante; revolucionario y administrador aplicado; inteligente y excéntrico. Jack Ralite era alcalde comunista de Aubervilliers y senador de la République. Él nos puso a trabajar juntos en torno a los problemas del espacio metropolitano en transformación, un grupo de urbanistas, sociólogos, historiadores, economistas, pedagogos, antropólogos: entre ellos, *les italiens*. Es un intento de reflexión y de coordinación propuesto a un grupo de discusión complejo. De este modo, empieza a cobrar vigor un interrogante político claro y explícito: si a través de la encuesta se habían podido entender la intensidad de la transformación de la fuerza de trabajo, la novedad de su composición y las políticas que el capital ponía en marcha para implementar su

dominio, el análisis revelaba también el atolladero al que la «revolución por arriba» del capital había llevado a la organización comunista existente, la del movimiento obrero en sus figuras clásicas. Ya no existía la vanguardia obrera; y aunque el sentido común y la experiencia de las administraciones municipales resistían aún el impacto de la nueva situación, era necesario de todos modos encontrar otra vía y romper con los viejos modelos operativos y las viejas inercias. ¿Pero era posible aún reformar el PCF en el ámbito municipal, donde aún era capaz de recoger la mayoría de las voluntades y de las inteligencias del territorio, inventando una nueva figura política y construyendo una nueva fuerza capaz de desenvolverse dentro de esas contradicciones?

En Francia había habido un gran momento de reflexión: pero fuera del PCF, dentro de pequeñas organizaciones evanescentes e ineficaces en la interlocución con el Partido. Aquí, ahora, la cuestión se planteaba en el interior del movimiento comunista, en su base. En el Club de Aubervilliers no se albergaba ninguna ilusión acerca de una solución constructiva y vencedora: pero sí que había una conciencia razonada de que se estaba planteando la cuestión en el lugar justo –la *Plaine*–, en un lugar audible y oído por la base del Partido. Así, pues, ¿qué hacer ante el ocaso de la hegemonía del obrero masa fordista, para reintroducir un proyecto de resistencia política en los territorios obreros?

Se partía del supuesto de que, al medirse con la materialidad de la *Plaine*, no podía haber línea política y mucho menos una nueva, que no estuviera fundada en la materialidad de un modo de producción y en la identificación de una fuerza productiva. De esta suerte, era necesario, en primer lugar, entender y analizar la función productiva del saber y las consecuencias de esa innovación técnica del producir para el desarrollo social. En el Club de Aubervilliers, se concebía la fuerza productiva del saber como expresión de una fuerza de trabajo que actuaba en el seno de los *réseaux* cooperativos, desarrollando su valorización en el ámbito de la sociedad y, liminalmente, del espacio de la vida: aquí mencionamos por primera vez el concepto de «biopolítica», a partir de la definición del saber como fuerza productiva que ocupa la vida.

En las discusiones, uno tenía la sensación de estar en un contexto creativo, a veces delirante –como ya había ocurrido en los seminarios de Félix–. Pero la propuesta del grupo no iba más allá de la constatación de que el saber era una fuerza productiva; tras lo cual se reiteraba que la explotación no había sido eliminada, sino solo reestructurada, obviando el hecho de que esa reestructuración era radical en la «subsunción real» de la sociedad por parte del capital. No nos interrogábamos sobre el final de la clase obrera tradicional, virtualmente producida por la nueva hegemonía del trabajo inmaterial; ni se ahondaba en la previsión de que la reducción creciente de la clase obrera no podía sino dar paso a la ampliación del proletariado marginal: se desterraba el fantasma de un nuevo sujeto que, en la miseria y en el dolor, iba a sustituir a la clase obrera fordista.

En cambio, las discusiones regresaban cuando surgía la idea de que en el nuevo mercado del saber podía/debía imponerse la idea de un «empresario político»: parecía que solo endosando esa máscara las fuerzas del movimiento obrero podían abrir nuevos programas y determinar agendas de lucha, organizando a los trabajadores en el territorio y proponiendo una autovalorización en los espacios productivos. Los municipios comunistas habrían debido organizar nuevas unidades productivas, poniendo en juego sus capacidades de dirección política a la par que las de reguladoras del espacio urbano. Sea cual fuere la recepción de los temas teóricos, *les italiens* tenían en todo caso la impresión de que de nuevo la política se llenaba de contenidos materiales e iniciativas valientes: había que sustituir el administrar por el «hacer político»; el gobierno del territorio por su gobernanza, en la construcción de una *polis* productiva. ¿Proudhonismo? Solo aparentemente: porque el empresariado político se presentaba como un contrapoder, una institución que reformulaba demandas políticas arraigándose en lo social; que construía lo político no como sujeto externo y superior, sino como subjetivación de un deseo de renacimiento colectivo. En Aubervilliers se pensó construir una actividad, instalada y definida en el territorio, que conectara la fuerza obrera restante, la inteligencia de las nuevas generaciones escolarizadas y las fuerzas –sobre todo femeninas– que actuaban y trabajaban en los sectores

de la reproducción. En resumen, más que un «Partido», lo que se buscaba era un «empresario político» que tendría que construirse en las vísceras de una sociedad renovada por una fuerza de trabajo cognitiva, virtualmente hegemónica.

34. Ambiguo, grotesco

Toni tenía casi 55 años. Se ganaba la vida con dificultad, pero empezaba a moverse con una cierta destreza en el mundo de la investigación. Además de la «parte seria» de su precariedad, aquella en la que trabajaba en las grandes investigaciones para los Ministerios y que usaba para avanzar en la construcción de un nuevo discurso político, había otras ocasiones de trabajo, donde se podía ganar un sueldo pero también divertirse –por más que haya, en todo trabajo, un grumo de cansancio: el trabajo siempre duele si va unido a la necesidad de sobrevivir–.

Con frecuencia llegaban propuestas de intervención en investigaciones o en seminarios que giraban alrededor de los temas que Toni había desarrollado en otros lugares: le preguntaban sobre el «trabajo autónomo»; sobre el mundo empresarial en las nuevas industrias del saber y de los servicios; sobre la relación entre empresa y finalidades ecológicas; lo inquirían sobre las nuevas formas de la representación obrera y sobre todo lo hacían ocuparse de temas de tipo *glocal*. Por otra parte, eran los temas de los que el CENSIS se ocupaba en aquellos años: y, por lo demás, los autónomos italianos habían definido aquellas categorías de investigación –así que era justo que Toni aprovechara ese trabajo–.

Más divertidos eran los contactos con el mundo del espectáculo: aquí un amigo fiel, Pierre Rival, hacía para él el papel de agente informal, consiguiendo que trabajara con Costa Gavras y Squieteri. Otro amigo, Pierre-André Boutang, le consiguió bastantes trabajos para el equivalente francés del TG3² –más que dinero, lo que sacaba

² El Telegiornale 3 de la RAI italiana, noticiario vespertino con reportajes y profundizaciones. Sus emisiones empezaron en 1979.

eran excelentes comidas en restaurantes de renombre—. Entre compañeros se intentó armar una productora independiente de cine: se hizo un intento con los compañeros de IM-media, un polo de documentación y producción cinematográfica vinculado a los movimientos *beurs*; otro se creó dentro de la emigración italiana, *La Bel-video*, que aún existe. Pero no era fácil poner en pie cosas estables.

El intento más laborioso fue el de gestionar el complejo *Entrepôt*, en el decimocuarto *arrondissement* parisino. Dentro había salas de *cinema d'essai* que quedarían en manos de los propietarios: *les italiens* habrían debido gestionar todo lo demás, es decir, restaurante, bar, salas para conferencias y para el trabajo cinematográfico; era un compromiso considerable, pero al final un arrepentimiento repentino de los propietarios hizo que todo se viniera abajo —por suerte, quizás: ¡imaginemos el sofoco y el tedio de sacar adelante una leonera tan compleja!—.

En ese mismo periodo se abrió una escuela de filosofía arancelada: Negri enseñaba Spinoza y Marx; Francis Wolff, Platón y Aristóteles; Bertrand Ogilvie, Hegel y Heidegger; Bruno Thiéry, Nietzsche y Deleuze. Fue un éxito de público, pero insuficiente para permitir el pago de las salas y una remuneración decente para los docentes. En resumen, cada día había una iniciativa y quien fuera inquieto y curioso, como era el caso de Toni, tenía donde hincar el diente.

Last but not least: Toni se inventó el oficio de periodista. Fue una aventura que duró una década, cien artículos producidos (y bien pagados). Un amigo, profesor en la Universidad de Madrid, que trabajaba para las páginas de opinión de *Diario 16*, arregló la colaboración con este periódico; más tarde *Diario 16* se disolvió y el grupo que lo gestionaba fundó una nueva cabecera, *El Mundo*, en el que Toni continuó su colaboración. Resulta agradable escribir para los periódicos cuando uno puede escribir lo que quiere: Toni escogía un acontecimiento o el pensamiento de un autor, los narraba, siguiendo su devenir (para el acontecimiento) o haciendo hincapié en un significado (para el autor), dándoles un sentido extremo; en ese punto sacaba conclusiones políticas grotescas que, partiendo de tales presupuestos, habrían podido sacar periódicos, políticos o

autores reaccionarios, para terminar insinuando en forma de interrogante una respuesta libertaria o clasista. Por ejemplo, sobre la caída de la URSS, Toni exasperaba la opinión general de la prensa liberal según la cual el socialismo tenía que caer por su incapacidad económica y su crueldad política: pero terminaba expresando el asombro ante el hecho de que, a pesar de todo, se había impuesto y había resistido en la mitad del mundo y que, además, había terminado sin dejar sobre el terreno, en lo que se presentaba como una revolución contra un régimen feroz y opresivo, ni siquiera un muerto. Qué duda cabe, el método era ambiguo –pero no es cierto que la ambigüedad sea siempre incorrecta: solo la pretensión de transparencia es siempre hipócrita–. O bien: Toni presenta a los lectores el libro, sin duda prevenida, de Nora-Minc, sobre la hegemonía de lo digital en la construcción de un nuevo modelo de producción: y sin embargo mostraba cómo, dentro del cuadro de una subsunción total de la sociedad y del completo poder de mando capitalista que en esta se preveía, era posible que los trabajadores cabalgaran el tigre y dieran la vuelta («tal vez»: ¡expediente retórico necesario!) a sus finalidades, su meta, su conclusión. Ahora bien, que Rusia se volviera liberal, o que el nuevo modelo productivo totalizara la vida, no era óbice para que se señalara otro camino posible: es más, reforzaba su posibilidad, introducía su promesa. Nada nuevo, de no ser un uso bastante inescrupuloso del método brechtiano: era la alternativa que daba verdad al acontecimiento. Sirviéndose del método de hacer entrar en crisis los fenómenos –sumiéndolos en la ambigüedad, o exasperándolos de manera paradójica, sometiéndolos en todo caso a tensiones irresolubles– Toni ejercía la vocación del rebelde en clandestinidad: interpretaba su propia condición en ese momento. En prisión, desde la prisión, había que hablar claro y sin equívocos; en el exilio, si se quería ser eficaz, el discurso no podía sino forzar las situaciones, interpretarlas mediante «mal-interpretaciones», a la manera de Brecht. Acariciar el pelo del lobo hasta que se amanse, para luego asestarle un golpe de los que duelen: una vez más, «astutos como palomas».

35. Casa Guattari

Las visitas a casa Guattari ayudaban a sentirnos libres y nos impulsaban a ser libertarios. Porque en el fondo se trataba de eso: de cómo ser libres en el exilio. *Les italiens* se sentían como en casa en la rue Condé y más tarde en la rue Saint Sauveur. Pero Toni y Suzanne se sentían como en casa también en Dhuizon, en el chalet donde Félix solía pasar los fines de semana. Suzanne se había hecho amiga de Joséphine, la joven compañera de Félix, su última pasión, que resultaría fatal para ambos: juntos formaban un buen cuarteto. En la relación colectiva que Félix formaba a su alrededor, el seminario que tenía lugar en su casa era central. Félix lo gestionaba en relación a las cosas que estudiaba y a los temas que abordaba *sua sponte*³ o que bullían en la opinión pública.

En aquel periodo, los seminarios estaban dedicados a la discusión metodológica, post-*Mille plateaux*, y a los temas político-sociales. Habíamos salido del invierno político-cultural reaccionario, se empezaba a construir de nuevo un pensamiento que queríamos fuera operativo en la sociedad. Cuánta gente formidable frecuentaba el seminario de Félix, además del grupo originario de psiquiatras –y de toda la antipsiquiatría mundial que pasaba por París–; además de los compañeros de *Recherches*, que habían transformado los métodos de la antipsiquiatría en instrumentos de investigación antiinstitucional en varios campos del saber; además del grupo del CINEL, cuyo sostén era Jean-Pierre Faye con el apoyo de René Schérer y Pierre Halbwachs; además de un grupo de artistas (Fromanger, Lebel...) que desde siempre fundían con Félix la amistad fraterna con la inspiración artística que encontraban en la discusión, ahora había también un grupo de estudiosos que se habían dedicado a estudiar los nuevos sistemas de comunicación y la cultura mediática –entre ellos, Virilio y Pierre Lévy–. Las discusiones se animaban precisamente sentados en esta nueva mesa, donde se unían la curiosidad de saber y un nuevo esfuerzo de comprensión y utilización de esta nueva realidad comunicativa:

³ Por su propia cuenta.

atravesar la mutación era urgente y necesario. Así se podía ver qué lugar formidable de encuentro del pensamiento crítico constituyó el seminario de Félix, tan improvisado como innovador en el plano teórico, continuo y eventual, donde circulaban saberes y comunidades, pasiones y voluntades.

Había dos mujeres, Anne Querrien y Gisèle Donnard, que contribuían, de acuerdo con Félix, a mantener con vida esa experiencia, con nostalgia sesentaiochista y eficacia militante. Félix daba el puntapié inicial a cientos de iniciativas: aquellas mujeres formidables las ponían en práctica, les daban seguimiento, informaban sobre ellas en el seminario. Anne y Gisèle fueron para Toni dos ángeles de la guarda, tanto en las cuestiones del trabajo como en las de su vida material: fue una amistad que pudo más que todas las dificultades, manteniéndose firme en las vicisitudes de la vida. La amistad, la virtud, guiaban el seminario de Félix, hombre de amistad con muchísimos: sobre todo con Gilles Deleuze.

Sobre el seminario de Félix, sobre toda la autonomía de pensamiento que allí se respiraba, reinaba la sombra de Deleuze: Félix era siempre reacio a poner en común la relación que tenía con su hermano Gilles, celoso del trabajo que hacían juntos. Por otra parte, Gilles también tenía su seminario universitario. No obstante, aquella banda, diversa y a veces exaltada, que frecuentaba casa Guattari estaba al mismo tiempo maravillada por el pensamiento de Deleuze —y esto se notaba en los seminarios—.

Luego, a finales de los años ochenta, sucedió algo que fue la dura introducción a una dolorosa transfiguración. Félix entró en un estado de cansancio crónico, de dificultades con Joséphine y de falta de confianza en sí mismo. También la colaboración filosófica con Gilles se volvió difícil: la relación en la escritura de *¿Qué es la filosofía?* no fue tan feliz como en los otros volúmenes. Félix dirigía cada vez más su atención a los temas ecológicos y escribió entonces el excelente librito sobre *Las tres ecologías*, que a muchos se antojó un testamento, tanta era la desconfianza en una política que salvara la naturaleza —y, con ella, a todos nosotros—: de hecho, sugería Félix, la ecología nace cuando la naturaleza ha dejado de existir. Toni recordaba los largos paseos con Félix por los

bosques de Dhuizon y cuánta felicidad había en sus discusiones con un aire limpio sobre un rescate de la naturaleza; ahora ya no: como ya no se podía rescatar de la droga el cuerpo de Joséphine, la naturaleza estaba corrompida por el veneno de una tecnología traicionada y entonces el corazón de Félix, su desmedida glotonería del mundo, no quisieron durar. Era ya libre de morir. Y aun así, la fuerza que expresó el seminario de Guattari fue indestructible. Un verdadero laboratorio spinozista de saber y de amor.

36. Tímidamente (en el trabajo político)

Me susurro a mí mismo: el exilio ha terminado. El trabajo de investigación y la nueva comunidad en la que vivo me han emancipado: habrá que transformar en acción lo que he descubierto y ordenado en mi pensamiento, pensaba para mis adentros. Con la vista puesta en la acción –con cautela–, casi melancólico, pero convencido de que la partida volvía a jugarse dentro de la tercera revolución industrial, la de la automatización y la comunicación: solo frente a este nuevo mundo se podía hacer política y empezar a construir una alternativa. En lo que atañe a la izquierda, de los socialistas a los comunistas y los *gauchistes*: ya había quedado absorbida dentro del proyecto y el sistema capitalistas.

Empiezo a frecuentar las discusiones sobre la renta garantizada: un viejo tema para un militante de PotOp, pero nuevo y difuso en los *milieux* de la nueva izquierda parisina. Detrás de la renta garantizada veía esa extensión de la explotación a lo social, esa puesta a trabajar de toda la sociedad que había estudiado en los años anteriores: ya no solo se trataba del «obrero socializado», sino de la nueva realidad subjetiva del trabajo, del trabajo vivo que se extendía, unificador, entre esfera de la producción y esfera de la reproducción. Los obreros, los trabajadores de los servicios y de la comunicación, los estudiantes que debían entrar en el común productivo, las mujeres que reproducían ese común, además de estar dentro del mundo del trabajo directo: a estos se dirigía el tema de la renta garantizada –un nuevo contrato social que permitiera a la sociedad de los trabajadores la apropiación de una parte cada vez

más amplia de la riqueza producida—. Si la sociedad es una fábrica, debe organizarse en términos de clase para obtener una división de la renta social global favorable al proletariado, a quien trabaja: esta era la nueva política. En la primavera del neoliberalismo no era poca cosa dar nuevas figuras a lo que siempre había sido el fondo esencial de la relación de fuerzas en la discusión sobre la *polis*.

Alain Lipietz, de *l'École de la Régulation*, sostenía que la crisis del fordismo era la crisis de un «modo de regulación» del trabajo «que —toda vez que deshumaniza al asalariado— termina dejando de ser eficiente desde el punto de vista del empresario». Discutiendo con él, objetaba que lo que hace ineficientes las razones del empresario no es la deshumanización del trabajador: al contrario, no hay capitalismo sin deshumanización. Había que ser más cautos: por muy deshumanizado que estuviera, ¡ese trabajador seguía siendo capaz de volver ineficiente al patrón! Si existía aún un compromiso salarial —aunque fuera entre seres deshumanizados y patrones ineficientes—, era necesario actuar sobre el mismo. La teoría y las prácticas neoliberales y productivistas apuntan a controlar, en la redistribución social, todos los factores de la producción: distribuyendo su costo, descuentan así la rotura del nexo lineal luchas/desarrollo, como ya sucedía en la contratación de las grandes fábricas. Si esto es así, hay que asumir —sostenía— esta nueva condición para poner en juego toda la fuerza social de los productores en el enfrentamiento en torno a la redistribución: en este sentido, la clave es la renta social garantizada. Si en el neoliberalismo había que leer el proyecto de un nuevo orden social, se debía obrar para subvertirlo, trabajando sobre la nueva realidad social que había producido, sin nostalgia alguna de las corporaciones pasadas, sin la ilusión de un orden productivo capitalista transformable: a la invasión neoliberal de la sociedad se debía contestar con la rebelión social.

El fordismo en crisis se revelaba como un nuevo compromiso: pero los patrones, una vez terminada o vaciada la posibilidad de mediación con los sindicatos, habían desplazado el juego sobre el terreno social: el tejido del conflicto revelaba un conjunto de dispositivos contradictorios, de *agencements* a menudo incomprensibles — solo poderes constituyentes nuevos, atentos y hostiles al compromiso

bajo el poder de mando del capital, habrían podido darle la vuelta a ese dominio—. La «renta universal garantizada» podía constituir la medida de esa respuesta revolucionaria: había que someter la ley del valor a la nueva realidad de la valorización social.

Así, pues, vuelvo a abrirme a hacer política. Finalmente había digerido la evasión; el análisis de las luchas del 86 me había permitido dirigir la mirada sobre la mutación social y política que había tenido lugar; hacer encuesta me había permitido evaluar el conjunto de las transformaciones —la inmersión en el debate filosófico y político francés daba sus frutos—: ahora quiero dedicarme a comprender qué procesos de subjetivación pueden activarse.

37. *Chagrin et mépris*⁴

Pensar, escribir de política nunca fue algo que pudiera hacer sin sumergirme en la acción, sin hacer encuesta y buscar información en la lucha, entre los compañeros, poniéndome «en situación». En Francia era difícil repetir las experiencias vividas en Italia, con mayor motivo teniendo en cuenta que lo poco de autonomía que aquí se había formado había terminado con la trágica derrota de *Action Directe*.

Chagrin por Italia: sentía una pena terrible de cómo marchaban las cosas por allí. Mi Milán, creada por veinte años de inteligencia y de luchas, estaba postrada a los pies de Craxi; las políticas craxianas —una grotesca anticipación de la revolución neoliberal— arrebatan a las fuerzas populares y de clase toda mejora, por más relativa que fuera, conquistada en años de resistencia sobre el salario y sobre la distribución de la renta. Milán se exhibía ahora como ciudad que había superado la pesadilla del desorden, de las luchas obreras y de los motines estudiantiles: era el «Milán de copas». En muchos sentidos esta nueva condición resultaba incomprensible: ¿cómo había podido actuar la represión con tanta profundidad? Por otro lado, sentía un profundo desprecio por aquella condición:

⁴ Congoja y desprecio.

chagrin y *mépris* se mezclaban al ver cómo el giro neoliberal de la socialdemocracia europea se imponía tan rápidamente en Italia gracias a hombres necios e infames, oportunistas y ladrones.

¿Cómo había podido suceder esto? Porque, respondía, la corrupción había ocupado el lugar de la virtud que las luchas habían impuesto a la sociedad. Más tarde, estudiando la fisiología en las sociedades posmodernas cuando la resistencia se impone, diré lo siguiente: «generación contra corrupción» –ahora en Italia es lo contrario–. La propaganda de la derrota obrera ha tenido como consecuencia el abandono de las virtudes que habían sostenido la lucha: el abandono dio paso a la corrupción. Craxi, heredero de Nenni y del gran socialismo reformista italiano, es hoy un títere de una clase dirigente capitalista que deposita en él su confianza, atemorizada por el recuerdo del ventenio de luchas: títeres y titiriteros.

No hace falta ser Tácito para comprender que la corrupción es el bagaje inmediato del avance neoliberal, cuando hay tregua en la lucha de clase: un vicioso provecho concedido a los vencedores. Pero habían repartido el botín sin hablar con el otro socio: y este se presentó de inmediato con la actitud severa del moralista y del juez. Enrico Berlinguer y el PCI no contaban con que iban a verse apartados, después de haber aguantado el impacto del ataque insurreccional de la autonomía de clase y de haber disipado casi todo el patrimonio militante en la represión. Con mayor motivo si tenemos en cuenta que en la lucha contra los movimientos el PCI había llevado a cabo una revisión de línea decisiva para ser acreditado por la clase dirigente capitalista italiana y europea como un partido socialdemócrata. Y ahora los padrinos preferían a Craxi: ¡Berlinguer no podía sentirse más frustrado! ¿Acaso no habían sido los hombres del PCI los que habían devuelto el prestigio a la Constitución, al Estado, a la magistratura, a los empresarios y a la empresa en el enfrentamiento con las fuerzas revolucionarias? Uno tiene la impresión de que en un momento dado Berlinguer decidió «hacérsela pagar», metiendo mano a los equilibrios del compromiso craxiano y atacando su corrupción, hasta reorientar el partido de la lucha contra la violencia social a la lucha contra la corrupción política.

Esta lucha corrompía al propio PCI: borraba toda referencia a la lucha de clases para transformarla en una romántica «lucha por los derechos» –para definir un terreno moral que habría debido redefinir las características de la democracia italiana–: hacía del «partido de clase» un «partido moral». Después de esta conversión, el único partido de clase que resistió –hasta conquistar el monopolio mismo de esta lucha– fue el transversal de la Confindustria.⁵ Berlinguer venció su batalla con facilidad: el PSI fue destruido en pocos años, mientras que, muerto Berlinguer, el PCI fue reconocido a su vez como el partido socialdemócrata italiano.

¿Qué podía decir desde París? *Chagrin et mépris*.

Y, sin embargo, recordaba para mis adentros que tal vez había «demasiada» indignación en mis juicios. La condición para volver a lo político era también abandonar el sectarismo, ese odio hacia el enemigo que merma la reflexión.

38. Casa Negri

Cuando era joven y pobre, Toni solo quería escapar de casa. Por eso, creciendo, había construido con el paso de los años, en Padua, Venecia y Milán, la pasión por una casa que no fuera un abrigo sino un instrumento, un lugar para construir otro proyecto de vida: que fuera un lugar en el que recibir, discutir, hacer cosas con los amigos, charlar, cenar o hacer una fiesta –en resumen, vivir y al mismo tiempo «partir»–.

Ahora empezaba a recobrar, a disfrutar de aquella comunidad. Los dos cuartitos oscuros de rue Vaugirard habían sido un poco como una cárcel, de la que lo había sacado Suzanne: dos habitaciones luminosas, un bajo que daba a un patio en rue Monsieur Le Prince, donde Toni volvió a recibir a compañeros y amigos. Luego intercambio de departamento con Giorgio, llegando a rue Madame: otra vez dos habitaciones, en el ático, pero la cocina no estaba en

⁵ La Confindustria es la asociación de la patronal italiana, que agrupa a más de 150.000 empresas y bancos, incluidas empresas públicas. Fue fundada en 1910 en Turín.

un trastero maloliente, estaba en el salón, donde se podía discutir mientras se preparaba la cena. Luego Montparnasse; aquí las habitaciones ya eran cuatro: no solo se podía ver a los amigos, sino que también se podían hacer reuniones. Había una mesa en la habitación central, en torno a la cual los compañeros que se habían pateado las calles de París empezaban a intercambiar ideas, informaciones –a veces a pelearse, a dividirse– sobre todo los italofranceses. En aquel departamento, donde se empezó a reinventar movimiento y propuestas organizativas, Suzanne y Toni estuvieron algunos años –luego se mudaron a la rue Denfert-Rochereau, un gran estudio con un gran ventanal desde el que se veía hasta Montmartre–. La mesa central siguió siendo la de Montparnasse: una mesa en la que inscribieron el pensamiento y el imaginario de un grupo que durante una década vivió en la continuidad de un proyecto común, renovando las discusiones y los desafíos. Para Toni, al igual que para los demás compañeros animados por la misma tensión, «comunidad» era algo que había que intentar siempre: y en torno a ella se hicieron las grandes encuestas, se programó *Futur antérieur* para una década; allí llegaron de Italia los compañeros para reunirse con los expatriados y para discutir sobre una nueva época de luchas; allí se empezó a invitar a las personas interesadas en las investigaciones de *les italiens*. Allí Toni volvió a ver y abrazó a Paolo Virno, Luciano Ferrari Bravo y Christian Marazzi –aquellos a los que siempre había considerado más próximos en la creación de conceptos y en el desarrollo de pasiones–. Para quien vive la revolución, ¿qué es una habitación sino un lugar común, una comunidad que se forma, donde los ideales se ponen sobre la mesa para ser tratados como buenos alimentos y promesa de dicha? Sin una mesa no se puede pensar juntos, y uno no tiene una casa si no tiene una mesa.

39. América, América

En este periodo Toni empieza a desplazar el interés de su propia investigación hacia la literatura filosófica y política estadounidense. El triunfo de la *gauche* con Mitterrand y el posterior giro de la socialdemocracia hacia el neoliberalismo habían abierto como

nunca antes la cultura francesa al mundo anglosajón: era una muestra del progresivo agotamiento de la productividad cultural francesa, que se había presentado siempre con una acertada originalidad propia, lo que le permitió reproducirse de una manera rica dentro y fuera de los confines del hexágono. Ahora la posguerra ha terminado –tal vez había terminado ya con el 68: empieza un día nuevo–.

Derrida va y viene de Estados Unidos, Foucault hace el trotamundos y la *French Theory* se desmadra. Por otra parte, además de la filosofía analítica empiezan a circular libros y formas de pensamiento, de Rawls a Dworkin y a Rorty, que acompañan el nuevo clima *liberal* hegemónico en las editoriales y en algunas de las escuelas importantes. Sin embargo, todavía no había discusión y el *match* entre la analítica anglosajona y la filosofía continental fue tan aburrido que, salvo los jugadores, el público abandonó la sala.

Para Toni y sus amigos, la *yankee invasion* trajo cosas importantes, sobre todo algunos libros que para Toni son bombas: *Orientalism* de Edward Said y *Posmodernism* de Jameson; la literatura sobre las ciudades, de los arquitectos neoyorquinos a los nuevos análisis de los guetos y los *slums*; la nueva literatura feminista y en particular la de Donna Haraway. En Francia el posmodernismo ya se había detenido: hacía tiempo que Lyotard y Baudrillard habían introducido una versión ligera de la ontología de la modernidad. Las viejas identidades (sujeto político y moral, clase, partido, etc...) habían quedado disueltas: la crítica era radical, pero demasiado propensa al terreno estético y moral. Y sobre todo negativa. De ella solo se desprendía una conciencia histórica de que había que modificar todo el cuadro categorial de la modernidad para tocar de nuevo lo real –Nietzsche redivivo, sin originalidad–.

¡Qué diferencia los estadounidenses! Con Jameson la ruptura de la continuidad de la modernidad implicaba al materialismo histórico y al socialismo: pero el marxismo occidental le permitía aún ocupar el lenguaje político y volverlo significativo para el post, para el «más allá de». Edward Said desbarataba de manera revo-

lucionaria la idea de la modernidad, denunciándola como idea del Occidente dominador: el pensamiento occidental, reconocido en su corazón hegeliano, era señalado como metafísica del imperalismo y del colonialismo. Y si el feminismo ya estaba presente en Europa, lo que llegaba de Estados Unidos tenía un alma estructural más intensa: más que cerrarse con insistencia en el análisis de la diferencia de «género», excavaba en todos los campos del saber –pensamiento crítico y destructivo de toda identidad–. Spivak desplegaba una relación entre la crítica de la explotación colonial, desarrollada en los estudios subalternos indios y una nueva antropología de género; Haraway reconstruía las relaciones mujer/naturaleza en términos híbridos, *cyber*, imponiendo una antropología dúctil y «maquínica». ¿Qué significa este cuadro que se abre ante sus ojos?, se pregunta Toni. En primer lugar, una ruptura con el estructuralismo al que tanto se había apegado. Es un pensamiento que rompe con la tradición filosófica europea, que quiebra el *compact* filosófico que aún se presentaba bajo la sigla de un origen único –griego, judeocristiano– del pensamiento y concluía con la declaración (en términos más o menos nietzscheanos y/o heideggerianos) del declive de la civilización occidental. Los estadounidenses rompen ese legado: Toni ve en esa cesura la oportunidad de desprovincializar su propio marxismo.

«Desprovincializar»: la palabra es impropia, ya que en realidad se trata de acometer la reforma del marxismo al más alto nivel alcanzado por el pensamiento crítico –el *operaista*–. Pero la palabra corresponde al sentir de Toni, y descubre su voluntad de llevar el pensamiento militante de origen *operaista* a medirse con cuanto estaba sucediendo en el mundo. Pensamiento crítico y reflexión militante podían caminar juntos: en aquellos años, en Estados Unidos las luchas de los afroamericanos; la protesta antiimperialista; los movimientos migrantes y sobre todo el feminismo político nunca se habían mitigado. Se podía estar más o menos de acuerdo con el rigorismo político de Chomsky, se podía ironizar sobre lo que proclamaba: pero detrás de aquel eminente rabino de la protesta había movimientos, fuerzas, deseos colectivos. El interés que suscitaba el pensamiento del *liberal* Rawls

nacía –y se ocultaba detrás de– esos movimientos: era necesario hacer referencia a ellos y al pensamiento crítico que iba correspondiendo a su desarrollo. Toni recupera las relaciones con algunos compañeros estadounidenses, con los cuales había tratado durante sus visitas a Nueva York en los años setenta: Phil Mattera, Harry Cleaver, Peter Linebaugh, Peter Bell y otros. Sin embargo, Toni quería acceder a los lugares donde se había construido el nuevo *melting-pot* entre la posmodernidad estadounidense y el postestructuralismo francés: permanecía fiel (¿quién más que él?) al *operaismo*, pero quería volver a ponerse en marcha partiendo de los puntos en los que el *operaismo* había anticipado (o podía entrelazarse con) el *melting-pot* estadounidense. Le da una mano Sylvère Lotringer, un joven viejo amigo, un hermano pequeño de Félix, que con sus *Semiotext(e)* agita y remezcla, como buen brujo, el gran caldo de la *French Theory*, sobre todo en salsa deleuziana.

Y luego un golpe de suerte: llega a París Michael Hardt; quiere hacer una tesis sobre Deleuze. No tardará en convertirse en la clave para abrir la reflexión de Toni a la literatura político-filosófica estadounidense y a las discusiones de los ambientes militantes del país. Michael fue absorbido de inmediato en el colectivo de los compañeros de Toni.

Pero no solo: Toni vivía con Suzanne, su *ménage* estaba continuamente atravesado por flujos de cultura y por el paso constante de amigos estadounidenses de Suz. Para Toni cobró cada vez más importancia verse con aquellos jóvenes treintañeros, viejos discípulos de Suzanne en las grandes universidades o fundaciones estadounidenses, ya exaltados por la cultura digital de los *colleges*. Estamos en los años de Gorbachov: uno de ellos habla de la posibilidad de colaborar con los rusos en el terreno informático, les demuestra que es posible –y consigue ganar dinero; otro vive en un barco en el puerto de la Bastilla y trabaja para editores estadounidenses, ya por entonces comunicándose por Internet–. ¡Es increíble! Toni no tenía necesidad de desprovincializar su propia cultura: tenía una urgencia ingenua y fuerte de desprovincializarse a sí mismo frente a todas las nuevas libertades que la tecnología permitía. «Perdonadme, soy un campesino», decía: tal vez

no fuera cierto, pero sí era cierto que su estupor expresaba nuevos y feroces espíritus animales, efectos y afectos de conocimiento.

40. *Arte y multitud*

La experiencia política directa, la militancia, han constituido siempre para Toni el punto esencial de toda investigación, desde luego política pero también, por así decirlo, metafísica. Lo político es ver desde abajo los comportamientos del poder, criticándolos y volteándolos con espíritu revolucionario: ¿qué otra cosa es el espíritu crítico en la metafísica? Y ahora que el horizonte ha vuelto a abrirse –entre trabajo de investigación, contacto con Estados Unidos y nuevas luchas– se abre paso en Toni una idea que llevaba tiempo rondándole la cabeza: que lo político planteaba un límite a alcanzar, que era un límite de la acción al que hay que aproximarse –lo político, inmerso en el proyecto de una acción continua e indefinida, tiene algo que lo asemeja a la estética–. Toni reanudaba aquí el discurso sobre lo sublime, como lo había leído en Kant (y ahora estaba relejendo a Burke). Sublime como telón de fondo del infinito matemático, como límite de lo extraordinario en la naturaleza: ¿y por qué no lo sublime como límite del obrar, como término indefinido de una acción teleológica desde abajo? ¿Por qué, entonces, no inaugurar una especie de laboratorio teleológico en torno al cual anudar teorías y acciones subversivas?

Mientras razonaba en estos términos, una noche en casa de unos amigos, Toni conoce a un empresario milanés, activo en el mercado artístico, editor de una revista para la «Milán de copas»: le propone escribir sobre arte. Toni se pone manos a la obra, Suzanne le da la idea; ella trabaja sobre la industria del lujo: le sugiere ahondar en el análisis del arte como lujo del poder –y sus modos de producción–. De este modo da comienzo a su «obra estética», *Arte y multitud*,⁶ que será traducida a una treintena

⁶ Toni Negri, *Arte e multitud*, Milán, 1990. [Ed. cast.: *Arte y multitud*, trad. de Raúl Sánchez Cedillo, Madrid, Trotta, 1999].

de lenguas: reflexionando sobre los modos de producción industriales –y artísticos–.

Tal vez, ya que aquí estamos hablando de producción, no esté mal establecer algunas groseras correspondencias entre épocas contemporáneas de la actividad artística y formas de la organización del trabajo. Probablemente (y teniendo en cuenta no obstante la volubilidad del mercado) podrían establecerse algunas grandes épocas: la del realismo, entre 1848 y 1870, que corresponde a la fase de apropiación de la lucha revolucionaria del obrero de oficio; la del impresionismo, que entre 1871 y 1914 corresponde a la fase analítica, mejor dicho, al desarrollo funcional del deseo de autogestión, de control de la producción capitalista y de su sobredeterminación, siempre a cargo del obrero profesional. Luego, cuando, tras la Revolución de octubre, se extienden por todo el mundo las oleadas de la reflexión revolucionaria y el capital se ve obligado a aceptar la masificación obrera como base de la producción, entonces se impone la producción de forma abstracta en el campo estético, una abstracción que es representación y contribución a la abstracción del trabajo y, al mismo tiempo, fuente de imaginación alternativa: el socialismo. De 1917 a 1929 esta abstracción es expresionista, en el sentido de que anticipa heroicamente lo abstracto, atravesando lo figurativo, y lo vive empujando hasta la exasperación revolucionaria la pasión y el deseo estéticos; luego se desarrolla de forma analítica – siempre abstracta, pero, precisamente, analítica, variada, abierta al experimentalismo de todas las innovaciones que la crisis del modo de producción capitalista permitía y que el crecimiento de las luchas obreras imponía–. Tras el 29, la única dimensión estética es la del arte-masa. Su historia interna lleva al 68. Llegamos aquí, pues, a este momento de alegría y de creación absoluta. ¿Qué decir? Aquí se abría, también en la historia del arte, un nuevo destino, el de la especificación de lo determinado, de lo constituyente, de lo innovador, en lo existente. Cómo puede existir lo determinado, cómo puede darse el acontecimiento, cómo puede determinarse la revolución. Cómo puede ser determinado lo abstracto, cómo puede devenir sujeto. Tras la fase de reapropiación y autogestionaria (1848-1914) que se divide, en torno a la Comuna, en los dos troncos realista e impresionista, época esta dominada por el obrero profesional, por sus luchas, por sus utopías y por su revolución; tras la fase abstracta alternativa que se abre en 1917 y llega hasta 1968, a su vez dividida en su interior por 1929 entre expresionismo y experimentalismo, fase en la que el obrero masa

produce su proyecto hegemónico, llegamos aquí, pues, a una nueva fase, la fase constituyente del obrero social... ¿Constituyente de qué, cuándo, dónde?»⁷

Toni razonaba sobre el arte como razonaba sobre la lucha de clase, cierto: pero en aquel librito había cosas de una cierta utilidad. En particular, Toni se medía con algunos problemas que ya ocupaban su atención: la crítica del posmodernismo débil; una relectura del pensamiento negativo; una recuperación del constructivismo literario del «Grupo 63».

Pero el motivo que daba sentido al libro y lo conciliaba con la temática que se desprendía de la reconsideración de lo sublime, parecía ir más allá de esa relación y de ese límite, para regresar a la cuestión, de absoluta actualidad, acerca de cómo definir el impulso, pragmático y creativo, que caracterizaba la nueva constitución del ser subjetivo –¿«excedencia»?–. El determinismo de las luchas, la reacción capitalista y, con frecuencia, las reformas que absorbían y castraban la resistencia ya no cancelaban la excedencia permanente de la lucha, su *surplus* que ya no era controlable. A Toni le encantaba conectar ese acontecimiento con el acontecimiento creativo de hacer arte; había *Kairós* tanto en un caso como en el otro: la construcción del ser nuevo.

4I. Más allá del obrero social

La textura de los hilos de investigación sociológica y de la discusión exigían ahora una nueva trama. En efecto, Toni tenía la impresión de que la investigación teórica iba demasiado por delante respecto de los resultados de la investigación sobre el terreno. Es una sensación que ha experimentado a menudo: cada vez que concluye una investigación o un argumento, debe verificar que no ha desbordado el límite permitido por el análisis político –sin embargo, anticipar una previsión era un riesgo que valía la pena correr: no para falsificarla, sino para volverla previsor–.

⁷ «Carta a Manfredo», en *Arte y multitud*, *op. cit.*

Pues bien, de sus conclusiones teóricas, la investigación había verificado la crítica de la ley del valor como ley de la medida del valor; y un enfoque teórico sobre las nuevas formas de la valorización que conectaban producción, reproducción y circulación del valor. Avanzando en este terreno, Toni no había dejado de hacer el seguimiento del balance de las reestructuraciones industriales: automatización e informatización de la producción, así como las distintas etapas de maduración de este proceso tecnológico. Necesitaba definir no solo la tendencia que se desarrollaba y destruía el viejo cuadro de referencia teórico; sino también y sobre todo caracterizar las nuevas figuras del modo de producción. Por eso, después de la publicación de *Marx más allá de Marx* en Estados Unidos, se enoja cuando un viejo compañero de *Zerowork*, George Caffentzis, lo critica, sosteniendo que si la medida del valor viene a faltar, como sostenía Toni, entonces las formas de la explotación son siempre inconmensurables y genéricas. No solo los obreros, sino las mujeres y los esclavos sufren, según George, la misma explotación: por consiguiente, toda la tradición marxista que definía el trabajo productivo no solo debía ser superada (como también pensaba Toni), sino que había que destruirla.

George estaba en lo correcto cuando sostenía que la inconmensurabilidad de la relación de explotación no eliminaba la sustancia del valor, sino que, «por el contrario, empujaba la ley a su máximo histórico y la sometía a una tensión insoportable». Pero afirmar esto, respondía Toni, significa solo plantear el problema del nuevo orden, de la nueva regla que en la madurez postindustrial, en la «subsunción real», se estaba proponiendo por parte capitalista. Era necesario, con paciencia, identificar y describir de modo analítico las nuevas formas y el nuevo nivel de estabilización que adoptaba el modo de producción: y la configuración del nuevo sujeto productivo. «Obrero social», «trabajo difuso», ya no eran términos suficientes: el desplazamiento del trabajo, determinado por la automatización y la informática, cambiaba la naturaleza del trabajo.

En este terreno, la investigación avanzaba en dos planos analíticos. El primero era la nueva figura de la clase obrera –¡concepto sagrado, tan delicado de tocar!–. Pero la clase obrera con la que había luchado Toni ya no existía: las fábricas cerraban o eran invadidas

por robots. Este bullicio, del que los sindicatos se darán cuenta demasiado tarde, venía acompañado de la creciente construcción de «distritos industriales» fuera del recinto de la gran fábrica y de la utilización del trabajo informático de trabajadores dispersos en el territorio. Trabajo automatizado, trabajo informático, trabajo inmaterial en los servicios de comunicación y en la circulación de las mercancías: había llegado el momento de hablar de disolución de la clase obrera, entendida como clase masificada en la gran industria.

El segundo terreno crítico expresaba el elemento subjetivo de aquel análisis: el trabajo productivo, vinculándose al esfuerzo de la inteligencia –y también, empezaba a decirse, de los afectos– estaba volviéndose cada vez más inmaterial. El tejido subjetivo en el que se apoyaba la producción estaba en lo sucesivo constituido por una multitud de singularidades: más allá del «obrero social», la «multitud» productiva. Esta nueva realidad exigía una reconstrucción de la ley del valor: que no desaparecía, porque seguía tratándose de fuerza de trabajo y de explotación; ni permanecía uniforme, como si la explotación fuese siempre igual *in saecula saeculorum*, como quería Caffentzis –sino que tenía que redefinirse–. Las viejas definiciones de «trabajo productivo» habían caído en desuso; y, por lo demás, todo el trabajo social se había vuelto productivo: pero esto no daba paso a un Salvaje Oeste, como pretendía George (¡y como luego repetirán tantos opositores a la ciencia marxiana del capital!), sino a un nuevo ordenamiento de la explotación y a nuevas figuras del modo de producir. Había que reconstruir la investigación política revolucionaria dentro/contra estas nuevas figuras del modo de producir: la investigación de Toni pateaba sobre un nuevo terreno sin la tentación de moverse (como en cambio era el caso de George) en una noche en la que todas las vacas son pardas.

42. ¿Quién es el sujeto social?

Les italiens mantenían una relación antigua con los estudiosos y los militantes que se agrupaban en l'École de la régulation: se habían conocido en diferentes encuentros de economistas de extrema izquierda y habían sentado las bases de un enfoque

dialéctico/antagonista del análisis del capital. Los italianos lo habían desarrollado en términos *operaisti* (en los movimientos, en las luchas); los franceses tendían a integrar un saber social antagonista al análisis institucional: el producto era una reflexión que de todas maneras los acercaba. Los temas sobre los que podían trabajar juntos eran la investigación entre la crisis de la ley del valor y la nueva constitución monetaria del capital que se desarrollaba; la crítica del tránsito del enfoque estructuralista al individualismo metodológico ahora triunfante. Luego había dos grandes problemas abiertos: el sujeto social del nuevo modo de producir y los espacios de la acumulación –para ser más exactos, el tema Europa–.

Pero había obstáculos para la colaboración: una concepción dialéctica del análisis del capital abría a la subjetivación social –¿pero quiénes eran los sujetos implicados en la relación y en el enfrentamiento económico?–. Los regulacionistas abordaban este punto con un análisis de corte empírico fordista: para ellos el fordismo era un horizonte insuperable, mientras que para *les italiens* la crisis del fordismo era el punto de partida. Por decirlo de alguna manera, unos construían una casa y otros excavaban bajo sus cimientos: era difícil estar de acuerdo mucho tiempo.

Los *operaisti* hacían entrar en crisis las categorías de la regulación: pero también era cierto que las reglas que guiaban el análisis y la adopción de la lucha de clase como dinámica del desarrollo eran las mismas en unos y otros. Otras diferencias que dividían eran el realismo empírico de los regulacionistas frente al realismo marxiano de la tendencia y el recurso foucaultiano a dispositivos subjetivos típicos de los *operaisti*. Pero el interrogante de base era común: ¿quién es hoy el sujeto social de la mutación en curso?

Para los regulacionistas, al final del análisis siempre quedaba, representando la polaridad objetiva de la relación de capital, el obrero fordista. ¿Pero cómo podía seguir utilizándose ese presupuesto keynesiano cuando sindicato y partidos habían llegado a la disolución definitiva? Aquel presupuesto ya no satisfacía a nadie.

Así, pues, en comparación con el modo en que lo habían hecho en Italia, en la manera de moverse en París de los *italiens* había

desaparecido por completo todo sectarismo: había habido una verdadera autocrítica que atravesaba el saber y condicionaba los afectos de los compañeros exiliados –no podíamos contentarnos con la crítica del pasado, había que construir una nueva figura política–. Así que, donde terminaba la relación con los regulacionistas, se abrían otras relaciones: de hecho, *les italiens* se encontraban bastante a gusto con algunos de los amigos de Guattari y de los discípulos de Deleuze, así como con algunos alumnos de Foucault. Los guattarianos eran los que habían participado en la experiencia de *Recherches*; ahora profundizaban con realismo unos análisis sociológicos sobre el proletariado; sobre la anomia y la anormalidad; sobre la administración del malestar social: análisis que permitían identificar nuevas figuras sociales. De Robert Castel a François Fourquet; de François Ewald a Jacques Donzelot y más tarde Numa Murard y el grupo de París 8, se avanzaba en la reconstrucción de las dinámicas sociales de la exclusión y la explotación –y en la descripción de las resistencias y los contrapoderes desde abajo que surgían de aquellas: si había una nueva subjetividad que resistía a la explotación, era necesario hacer que surgiera de los comportamientos deformes, de la resistencia de los sujetos, en el curso kárstico que revelaban–. Nos preguntábamos si nuevas fuerzas subjetivas constituyentes se agazapaban en estos movimientos y en cuáles de ellos: no eran muchos los que lo hacían. Y aquí la investigación excavaba en profundidad.

En lo que respecta a los resultados de la investigación, se trataba a menudo de una metamorfosis del viejo sujeto antes que de mutaciones capaces de dar oxígeno a nuevas potencias: y sin embargo en estas pistas «institucionales» se podía respirar la «inspiración» revolucionaria que daba fuerza y novedad a la investigación.

Tal vez estos investigadores, cavilaba Toni, no tenían la misma idea cuando hablaban de «proceso» e «institución»: para él, el proceso era siempre proceso de lucha e institución de un lugar de poder. Detrás de la definición teórica había siempre la imagen de aquella institución –el comité obrero de Porto Marghera– en cuyo proceso de constitución había participado; y entonces se decía a sí mismo: a estos compañeros de verdad les falta una sedimentación

de experiencia revolucionaria –solo podía desearles que la tuvieran, tanto a los regulacionistas como a los compañeros guattarianos–.

43. Primeras luchas

Un año febril, este 1986: Chernobyl, la reducción de la capa de ozono que nos protege de las radiaciones solares encima del Antártico; la contaminación –entre otras cosas– del Rhin; la expansión vertiginosa del sida en África; trabajos sobre las mutaciones genéticas que llevan a los investigadores, o al menos a parte de ellos, a interrumpirlas aterrorizados; la locura del ser humano que todos los días desarrolla máquinas que reducen a otros seres humanos al desempleo sin que se sepa de qué van a vivir después; los movimientos erráticos del dólar y de los precios del petróleo; el endeudamiento espantoso, aplastante, ya no solo del Tercer Mundo, sino también de Estados Unidos; la nueva apariencia que están cobrando, cada una por su lado, Rusia y China; el desarrollo de fanatismos ideológicos o religiosos, nacionales pero también tribales, que ya no permiten a ningún país estar a salvo de la libanización o a ningún político del homicidio; el repentino declive del reaganismo.

Así rezaba *Le Monde*. En palabras de Dickens: «Eran los mejores tiempos, eran los peores tiempos».

En 1986 Toni había registrado la nueva curvatura del «fin del siglo»: dos años después, se reanudan las luchas. Las reinauguran a lo grande las enfermeras de los grandes hospitales metropolitanos; a pequeña escala, empiezan los «intermitentes del espectáculo». Las huelgas de las enfermeras –además de ser una población preponderantemente femenina, una línea importante de feminismo militante atraviesa estas luchas–; además de las reivindicaciones salariales de siempre, van al centro del problema político de la asistencia en la estructuras del Estado del *welfare*. En efecto, estas luchas preguntan quién debe gestionar, administrar, gobernar el *welfare*: el Estado o la comuna de los ciudadanos. En los hospitales, el problema se plantea de manera paradigmática: los pacientes y sus familias; las poblaciones de los barrios en los que está situado el hospital; el personal de enfermería y el saber

médico: los comités de lucha aspiran a que todos juntos asuman la obligación de la gestión de las tareas hospitalarias.

Aquí, en los hospitales, se pone de manifiesto uno de los núcleos fundamentales de la reproducción de la sociedad. En esta formidable experiencia de lucha se presentan juntos en la huelga –que las enfermeras no solo declaran, sino que también dirigen– pacientes, familias y personal médico. Los enemigos no son los grandes profesionales de las instituciones clínicas, sino la administración hospitalaria: sin embargo, está claro que en la institución hay califatos de los que se han apropiado las autoridades médicas. Toni está muy cerca de las compañeras que dirigen esta lucha, la observa e informa sobre las experiencias llevadas a cabo en el Véneto por los colectivos feministas –como si estuviera revisando un acontecimiento militante–. Las dimensiones de la lucha eran impresionantes: intervenían los barrios en los que estaban los hospitales. En París uno tiene la impresión de la incidencia social de la lucha que no encuentra en otros lugares: no es folklore, sino forma colectiva del vivir metropolitano.

Al mismo tiempo dan comienzo las huelgas de los «intermitentes del espectáculo». Si las enfermeras tematizan el común que tiene que vivir en el seno del *welfare*, los intermitentes empiezan a plantear el problema de su tiempo de trabajo fragmentado, precario, y lo describen como algo no aislado del tiempo social productivo, no separado dentro de la totalidad de los procesos reproductivos de la sociedad. Un espacio común, el del cuidado; un tiempo continuo, el del trabajo.

Los «intermitentes» empiezan a organizarse en pequeños grupos: resulta sorprendente enterarse de la experiencia crítica de la que son capaces cuando explican sus condiciones de trabajo en el interior de las transformaciones del modo de producción capitalista. En su discurso, la intermitencia no es una condición rara, sino cada vez más común en el modo de producir que se está consolidando, en el que la fuerza de trabajo se vuelve cada vez más móvil en el espacio y flexible en el tiempo: de esta suerte, anticipan la toma de conciencia de la mutación en el modo de producir. De este modo, se introduce en el debate el tema de la «renta de existencia»: los

intermitentes del espectáculo tuvieron este formidable mérito teórico-práctico, al que sumaron de inmediato una capacidad extraordinaria de hacer eficaces las luchas a través de una militancia en las calles y en los teatros, en las sedes políticas sindicales, con un considerable alcance espectacular y propagandista.

Después de las luchas del 96, en las que estudiantes y ferroviarios produjeron un paradigma genérico de nueva resistencia, surge una nueva figura de la lucha de clase que traslada la lucha salarial al terreno de la renta y del común: el terreno de las luchas «por-venir» de un proletariado que ha cambiado de naturaleza.

En ese mismo periodo, un grupo de investigadores que gravitaba en torno al club de Aubervilliers (y que producirá una formidable investigación) y, al mismo tiempo, compañeros cineastas de Im'Media (que producirán un buen documental) entran en las fábricas reestructuradas de la Peugeot y construyen la imagen del «nuevo obrero» en el nuevo entorno productivo –una imagen desde el «punto de vista» de quienes viven la nueva organización del trabajo, «desde abajo»–. La apuesta de ambos grupos consiste en entender las nuevas formas en las cuales una nueva potencia productiva y la manifestación de una subjetividad adecuada determinan antagonismo en la fábrica y rechazo del sistema de control social que la Peugeot, la gran fábrica, querría imponer en territorios periféricos (Sochaux y Mulhouse). La apuesta salió bien y confirmaba el cambio de naturaleza, también en las grandes fábricas, de las luchas por venir.

44. Se reanuda el seminario

El seminario que hacían Toni y sus compañeros desde que se encontraron en París asume ahora una figura pública: tiene lugar en el Collège International de Philosophie –o l'Université Européenne de la Recherche (una escisión encabezada por Jean-Pierre Faye)–. Las dos instituciones ponen a disposición las mismas aulas en la Montagne Sainte-Geneviève: el lugar es hermoso y central, en los alrededores hay cafés en los que la experiencia seminarial puede continuar.

Los seminarios los dirige Toni: pero el método consiste en hacer participar a todos los compañeros y en ampliar temáticas, propuestas de trabajo y colaboración en eventuales publicaciones.

Los temas se sacan de nuestras experiencias vividas. En primer lugar, la gran mutación del modo de producción. Se retoma *Fin de siglo*, releído por quienes habían participado en las luchas de 1986: la verificación concreta aporta un enorme enriquecimiento a las determinaciones, como sucede siempre que nos medimos con acontecimientos sociales o tendencias históricas. De inmediato, pasando de lo general a lo particular, de lo abstracto a lo concreto: los sujetos de las luchas –de los *beurs* a los ferroviarios y los estudiantes, a las enfermeras y los intermitentes–. Espacio y tiempo de las luchas en la producción y la reproducción social. Aquí se planteaba un interrogante a los lectores de Deleuze, omnipresentes en el seminario: si los sujetos son singularidades múltiples, ¿cómo los atraviesan las luchas –y cómo los sujetos son atravesados por las luchas–? Este nudo de la discusión se veía enriquecido por múltiples experiencias narradas por compañeros que habían participado en las luchas: y en estas discusiones, desde la perspectiva plural que en ellas se expresaba, iba formándose el concepto de «multitud», enriquecido de inmediato con muchos acentos concretos. Leídos como un conjunto –recompuestos en el concepto de multitud–, estos temas se cotejaban con la lectura de los *Grundrisse*: y una y otra vez se creaba un peculiar entusiasmo en el redescubrimiento colectivo de las páginas del «Fragmento sobre las máquinas» –para un comunista, la lectura de ese texto equivale a la lectura del *Discours de la méthode* por parte de un burgués–.

Pero hubo también otras discusiones: como las suscitadas por la reflexión y la conmoción por las bombas salafistas que estallaron en París en el *métro* y en los almacenes *Tati* en septiembre del 86 –sucesos espantosos, a partir de los cuales se desplazaba la tensión del seminario sobre la crisis del imperialismo, del colonialismo y de los desastres que estos provocaron–.

El seminario y la atmósfera que en él se respiraba fueron la expresión de una fuerza de invención, de una imaginación constituyente colectiva, que a partir de la encuesta sobre las luchas se

transformaban en producción de subjetividad y ansia de nueva investigación teórica. De este modo, empiezan a configurarse las declinaciones del *general intellect* dentro del nuevo modo de producir, frente a las nuevas potencias de subjetivación: aquí se formaron los conceptos de «trabajo cognitivo» y «saber productivo».

Reflexionando hoy sobre aquel seminario, Toni se congratula por el espíritu de comunidad que animaba estos nuevos lugares de discusión, por la fuerte amistad que los atravesaba, por la inteligencia teórica que allí se nutrió. Nunca fue una escuela, un pequeño Fráncfort del *operaismo*: fue más bien un lugar donde «enjambraba» un método, un saber de las luchas. No obstante, permanece abierto el problema de por qué el *operaismo* no arraigó en Francia, no estuvo «dentro» de las luchas. ¿Tal vez porque era demasiado marxista? ¿Porque la dosis de antimarxismo que el comunismo francés suministró impidió que los honestos fueran marxistas, como de distintas maneras enseñan Daniel Lindenberg y Jacques Rancière?

Otra historia que surge en el recuerdo es la llegada al seminario, en número creciente, de militantes italianos –jóvenes de la «posrepresión»–: vienen sobre todo de Milán y del Véneto, representan experiencias autónomas, centros sociales, nuevos grupos de reflexión y de luchas universitarias que están reconstruyéndose. El seminario se hacía en francés: pero había que discutir en italiano, sobre Italia, con aquellos compañeros. Se monta entonces un nuevo seminario, en una Casa de los protestantes casi delante del Senado –Luxembourg–. Aquí predomina el interés político sobre el analítico, y se descubre la necesidad de reanudar relaciones más estrechas con Italia, tal vez hacer una revista. El «seminario en los protestantes» es una experiencia de las más importantes, porque es coral. Los compañeros italianos en Francia eran acusados a menudo de un cierto narcisismo: sin embargo no hubo nada más colectivo que estas experiencias de discusión seminarial y de reconstrucción de un proyecto político. Como lo fuera la participación en las luchas de los años setenta, la experiencia llevada a cabo en París en estos años fue igualmente colectiva.

45. Festejemos

En el exilio, la fiesta registra la conquista de una cierta normalidad: no hacía falta releer a Bajtín para vernos, aparte del seminario, organizando fiestas en Saint-Cloud, una vez al mes, los sábados por la noche, donde Gianni Mainardi trabajaba en una *guinguette*⁸ en los bordes del parque. Estas fiestas terminaron siendo fabulosas –dos en particular: la noche del día en que Gianfranco Pancino fue liberado de la Santé y la noche del funeral de Félix–. Con la liberación de Pancho, después de dos meses de prisión, tuvimos la certeza de que nadie volvería a verse sometido a aquellas espantosas pugnas entre el gobierno italiano, que exigía la extradición de todos nosotros, y la justicia francesa, que la rechazaba. Pancho era el símbolo (para aquellos que lo queríamos) y el prototipo (para aquellos que lo perseguían) del exiliado político: científico capaz, ya inserto en las instituciones de la investigación en Francia y destinado a un éxito mundial, del mismo modo que había sido un médico excelente y un militante activo y responsable de la organización revolucionaria en Italia.

De la muerte de Félix no hay mucho que decir: infeliz en su relación con Joséphine, su corazón no pudo soportarlo; y su pasión por el trabajo hizo que en la reunión vespertina en La Borde no advirtiera la primera señal del ataque que esa noche terminaría con su vida. Félix había dedicado su vida a Joséphine, a intentar salvarla de la adicción y de la desesperación que llevaba en el alma. El funeral en el Père Lachaise había sido tristísimo y confuso, tanta era la gente que se agolpaba: pero por la noche, en Saint-Cloud, demostramos cómo, honrando el recuerdo de una persona querida, se podía transformar el luto en alegría. ¡Cuánto querían a aquel bastardo, que había muerto por amor! ¡Qué fuerza la del hermano Félix en su reivindicación de la potencia de amar!

En medio del funeral, plantados en la pendiente del Père Lachaise, fui yo el que lanzó el *passe-parole* de «esta noche en Saint-Cloud»; esa noche la gente llegaba sollozando y seguía

⁸ Un merendero.

llorando aunque saliera a la pista a bailar, incluso se lloraba la muerte de Félix en pequeños grupos –pero luego nos poníamos a bailar dejando que el viento se llevara las lágrimas–. Volvimos a vernos la semana siguiente para festejar: como en los poemas homéricos, honramos durante semanas la pérdida del amigo: un personaje de una potencia que no tenía nada que envidiar a los héroes griegos. Era lo que Deleuze, en la delicadeza de su elogio fúnebre, nos había invitado a considerar en la figura de Félix: la potencia de su trabajo psiquiátrico y teórico.

Con este espíritu preparamos con cierto frenesí, para el 7 de abril de 1989, una gran fiesta con motivo de los diez años del inicio de la represión, que debía ser la fiesta de nuestra resurrección. Alquilamos *l'Entrepôt*: en sus tres salas cinematográficas proyectamos *Los invisibles*, de Pasquale Squitieri, basada en la novela de Nanni Balestrini, que reconstruía la revuelta de la prisión de Trani; *Un chant d'amour*, de Jean Genet, donde la cárcel está atravesada por un eros prepotente; y *Z*, de Costa Gavras, basada en la novela de Vassilikos (presente en la proyección, al igual que Squitieri), aquella magnífica película sobre la dictadura de los coroneles griegos. Las tres películas constituían nuestra presentación: nuevas generaciones autónomas que, llenas de pasión, continuaban luchando contra el capitalismo y sus ropajes fascistas.

Habíamos invitado a los corresponsales de los principales periódicos italianos; algunos llegaron con el ceño fruncido y el deseo renovado de «hacernos papilla»: la rueda de prensa los dejó mudos por la tranquila agresividad con la que una vez más defendimos el ejercicio del derecho de resistencia contra el fascismo renacido del Estado policial. La represión del Estado había sido una respuesta al ataque que la clase obrera de las grandes fábricas, primero del Norte y luego de todo el país, había lanzado contra las estructuras de la regulación capitalista del desarrollo. Nos combatieron porque habíamos estado al ataque y habíamos estado ganando durante un periodo, reconfigurando a favor de la clase obrera la relación de capital: ahora estábamos narrando el cuadro de aquel épico enfrentamiento de clases. En la fiesta, siguiendo la trama de nuestra pasión, no recordábamos la derrota de una

década pasada, sino la inauguración de una nueva época de revolución: y entonces, lo festejamos.

46. Ilusiones

En Italia, aquellos años estuvieron marcados por la figura de Bettino Craxi, que ejercía el poder como primer ministro en alianza con Andreotti y Forlani (el denominado «CAF»). Aquel Craxi que, tras derrotar a los sindicatos y ganar el referéndum sobre la eliminación de la «escala móvil»,⁹ terminando con todo lo que quedaba del 68, nos veía a los exiliados con cínica simpatía: los grupos autónomos habían sido los peores enemigos del PCI y del «compromiso histórico» —¡los enemigos de mis enemigos son mis amigos!—.

Ninguno entre *les italiens* se reconocía en estas jugarretas: sin embargo, pareció posible iniciar una negociación para el regreso, apoyada por sectores católicos (en particular por don Di Liegro, con el que ya estábamos en contacto), Amnistía Internacional y algunos tímidos grupos de intelectuales; por último, con continuidad, los compañeros de *il manifesto*. Por nuestra parte, sabíamos que no había ninguna posibilidad de conseguirlo: el PCI

⁹ La escala móvil era un mecanismo estabilizador de las rentas del trabajo dependiente, mediante el cual los salarios se reajustaban al alza automáticamente con arreglo a las subidas de precios. En Italia el mecanismo fue introducido en 1945, pero solo en 1975 se cerró un acuerdo entre los principales sindicatos y la patronal para que la escala móvil funcionara con los mismos parámetros para todas las categorías del trabajo dependiente. El 14 de febrero de 1984, el gobierno presidido por Craxi publicó un decreto que reducía en tres puntos porcentuales el mecanismo de ajuste de los salarios. Los sindicatos, fuerzas de extrema izquierda como Democrazia Proletaria y el PCI de Enrico Berlinguer se opusieron frontalmente a la medida y solicitaron un referéndum para la retirada del decreto. El referéndum tuvo lugar los días 9 y 10 de junio de 1985, con un resultado favorable al mantenimiento del decreto de un 54,3, por ciento frente a un 45,7 por ciento favorable a su retirada. Esta derrota marca el inicio del declive acelerado del PCI y de la CGIL, ya espoleado por la muerte de Enrico Berlinguer el 11 de junio de 1984 durante un mitin en la ciudad de Padua, en plena campaña contra el decreto. La escala móvil terminaría siendo eliminada por completo por el gobierno presidido por el socialista Giuliano Amato, con el asentimiento de los principales sindicatos.

y las derechas, desde los sectores conservadores de la DC hasta los fascistas, estaban en contra de cualquier apertura de un diálogo; ¡los *picisti* llegaron incluso a acusar a *les italiens* de ser «aliados objetivos» de Craxi!

Si nadie con un poco de juicio podía fantasear con una amnistía, en lo que se pensaba con realismo era en el indulto. Pero entre los exiliados persistían grupos para los cuales la posición era «amnistía o nada»: consideraban el indulto una admisión de culpabilidad, un compromiso inaceptable con el poder. En parte era cierto: pero así habría terminado la penosa experiencia del exilio. ¿Aquellos compañeros irreductibles pensaban que iban a poder regresar con el honor de las armas, como Victor Hugo tras la caída de Napoleón III? ¡Pero en Italia no había caído Napoleón! Y por cierto el rechazo del indulto no habría menguado las normas represivas más severas.

Mientras tanto, entraba en escena un espectáculo extravagante, cuyas consecuencias no sopesamos: la batalla a fondo contra el clima de corrupción profunda que se había apoderado de la sociedad italiana había devuelto a su pedestal la alianza que el PCI había cerrado con sectores de la magistratura en los años de la represión, al objeto de «moralizar la vida pública». En este clima, mientras la opinión pública se excitaba soñando con cadenas perpetuas para los políticos corruptos, ¿cómo podía pensarse en un indulto para los combatientes de los años setenta?

Siendo ingenuos, habría podido reivindicarse que nosotros, los exiliados, habíamos luchado con la mayor coherencia contra la máquina de corrupción que es de suyo el capitalismo. Pero aquí se ponía en el centro y se exhibía el tema de un capitalismo moral, ejemplar, limpio, en el que los «corruptos», los «*collusi*» eran una anomalía; tras abandonar la lucha de clase, el PCI ponía en circulación el último embuste: el de un capitalismo iluminado por la moral.

En un espacio político invadido por la total desmaterialización de la relación social capitalista y por presiones ideológicas impulsivas, ¿cómo podían abrirse paso las aspiraciones de *les italiens* al indulto jurídico, a un cierre honesto de una época de la lucha de

clase? ¡Para nosotros el capitalismo nunca podría haberse presentado como moral y compasivo!

Por entonces pasaban a menudo por París políticos e intelectuales italianos. Toni en particular tuvo una larga serie de encuentros, aunque a menudo se trataba solo de gente que quería pasar un buen rato con el «mal maestro»: nos visitaron, entre los filósofos, Esposito, Braidotti, De Caro, Iacono y muchos más; Mauro Palma se dejaba ver a menudo como enviado de la Associazione Antigone. Y a los invitados no les cabía en cabeza el estrépito que armaban los exiliados con el tema del indulto o la amnistía –una idea que no tenía ningún viso de realidad–. Intentaban convencer a *les italiens* de que los diez años pasados no habían aliviado, sino que habían agravado su situación. Y, de este modo, las reuniones terminaban con todos sumidos en la frustración: los italianos porque no conseguían entenderlo; y *les italiens* porque no conseguían hacerse entender. Y eso cuando no nos preguntaban, como solían hacer amigos y conocidos, por qué motivo queríamos volver a Italia con lo bonita que era París...

47. Jean-Marie

Toni conoció a Jean-Marie en 1959, en Belgrado, en un congreso sobre «la autogestión en Yugoslavia». Cuando vuelven a verse, Jean-Marie está en cierto modo molesto: cree que Toni es inocente de los asesinatos de los que se lo acusa, pero considera que Toni está demasiado implicado en los años setenta como para estar libre de responsabilidad. Y él es claramente contrario a la lucha armada –a una lucha armada que no había triunfado: un reproche más extendido entre la izquierda europea de lo que podía parecer–. La opinión extendida era que los que disparaban eran «compañeros equivocados»: ¿equivocados en qué? En los tiempos y en la conducción de la revuelta: no porque la hubieran promovido; sino porque no era el momento adecuado; y además había habido una infravaloración estratégica de la fuerza del enemigo y una sobreestimación de la fuerza del movimiento revolucionario.

Jean-Marie y Toni lo hablan a menudo; luego gradualmente la tensión se atenúa por la presencia creciente de compañeros, refugiados o no, que llegan a Italia para completar los estudios y hacer el doctorado. Entonces Weber, Kelsen, Luhmann, Schmitt y toda la literatura política del «siglo de plata» de la burguesía alemana –como lo llamaba Toni, para distinguirlo del «siglo de oro» de la filosofía idealista–, así como la Escuela de Fráncfort, vuelven a ser el sustrato común de su amistad: y Jean-Marie, arrastrado por sus estudiantes italianos, empieza a venir al seminario del *Collège*.

En la relación estrecha que lo une desde entonces de manera cada vez más intensa a Jean-Marie, Toni se percata de la presencia de una curva moral muy pronunciada: la aceptación del riesgo del hacer revolucionario. Un intelectual, marxista y revolucionario, sabe que hacer la revolución es una obligación para un comunista, una prescripción de moralidad y un gesto de verdad: si en su vida no ha podido expresar esa determinación, su vida está manca. De esa toma de conciencia vino el alejamiento de Jean-Marie de las organizaciones en las que había militado: de este modo se abre a aquella banda de muchachos e intelectuales que habían intentado hacer la revolución.

Hay un segundo motivo, completamente político, de esa relación: lo inadecuado del análisis político tradicional de la transformación del trabajo, frente a la agenda de su nueva organización, al avance del desastre social bajo el poder de mando neoliberal. Vincent es un gran lector de Marx, tiene una apreciación correcta del marxismo occidental y, como antiguo alumno y asistente de Aron, posee un formidable arsenal de instrumentos de análisis politológico. Hacen buena pareja, el *operaísta* Negri y el analista político Vincent, ambos anclados a un fuerte realismo y a una concepción antagonista del poder. Lo que aunará siempre a Jean-Marie y Toni es la convicción de que hacer política consiste en vivir una tensión crítica que no puede interrumpirse y que siempre se renueva. De ahí el proyecto de reunir un cierto número de compañeros italianos y franceses con los cuales se tuviera una concordancia política clara, en una revista que analizara las transformaciones del capitalismo y de su Estado, así como las nuevas contradicciones que ese desarrollo suscitaba.

La revista se llamará *Futur antérieur*, y durante una década representará lo mejor de la crítica marxista del presente. Las primeras reuniones fueron buenas, regadas con buen vino tinto y abiertas a la hipótesis prematura (que no tardó en disiparse) de que se podía hacer una revista en la que también fuera posible discutir sobre las nuevas «formas de vida» después de haberlas saboreado. De hecho, discutiendo habíamos comprendido la importancia de avanzar en ese terreno, de abrir la crítica sobre las «formas de vida» –pero era difícil–. ¿Quién no habría querido dar ese salto a lo biopolítico que algunos pedían? ¡Pero había que construirlo! Jean-Marie y Toni estaban convencidos de que había que ir en esa dirección, siguiendo la estela de sus experiencias de vida, de su trashumancia del partido al movimiento, así como en la experiencia continua de lo social y en la reflexión sobre la relación entre ética y política –pero se trataba realmente de algo más fácil de decir que de hacer–. Aunque el viejo dinamitero y presidiario Toni había aprendido una ontología del presente ejerciendo un análisis militante de las formas de vida, no todos habían tenido esa *chance*.

48. Reconquistar Vincennes

En el ambiente de Jean-Marie Vincent, devolver el saber a las formas de vida significaba reconquistar el espíritu de Vincennes. En la construcción del grupo francés de la revista, Jean-Marie ponía la mirada en gran parte en profesores y *maîtres de conférences* de París 8: todas eran personas que habían pasado por Vincennes, la universidad sesentaiochista que luego fue trasladada a Saint-Denis. Haber tenido esa experiencia significaba haber vivido una reforma radical del saber y de su pedagogía, que pasaba a través de la experimentación de nuevos *agencements subjectifs*, nuevos entrelazamientos del conocer para la construcción de una sociedad comunista. El modelo era el de los años veinte soviéticos: Mayakovski y Vertov, más Mao y/o Trotski y para los más «extremistas» (o que se consideraban tales) una capa de Debord –no solo saber, sino vida vivida–.

De este modo, para hacer la revista se estabiliza un colectivo: hay historiadores y antropólogos; militantes de la izquierda radical y compañeras feministas. Estabilizar el colectivo no solo quiere decir hacer que funcione para la producción de una revista, sino empezar mientras tanto a construir una red de autores y temáticas. La revista deberá tratar de crítica de la ideología y análisis político, abarcando todo el campo de intereses de las ciencias sociales, conforme a un eje crítico marxista –mejor dicho, comunista: resurgía el espíritu de Vincennes, comunista más allá de toda definición sectaria y/o tendencia grupuscular–. Era una situación curiosa; se juntaba un grupo de personas ya maduras en el espíritu crítico que mostraban y en los años de lucha que se depositaban en su saber: libertarios y comunistas que ya contaban con la experiencia de haber hecho otras revistas. En aquellos años, la experiencia colectiva del «hacer la revista» había sido una de las formas más habituales de la pedagogía política. Una experiencia curiosa: ¿cómo iban a ser capaces de hacer algo nuevo estos viejos lobos de mar? Además, ¿acaso el espíritu de Vincennes no había terminado disuelto en muchos aspectos por la crítica interna, no había recibido ataques brutales cuando intentó producir política activa?

Vincennes había sido también una astuta iniciativa de la restauración posterior al 68 para acumular en un mismo recipiente las fuerzas que, desde distintos puntos de vista, con distintas pasiones, habían participado en la lucha. Al juntarlas, habían sido incapaces de constituir algo nuevo y potente, aparte del 68. ¿Cómo devolver una potencia renovada a esas fuerzas, vencidas primero en la revolución y luego en la reflexión sobre la revolución?

En la discusión entre Jean-Marie y Toni, y luego gradualmente con Denis Berger y todos los demás, había acuerdo sobre la necesidad de entender la mutación radical de época; trabajo, clases, figuras del poder, formas de vida: todo estaba cambiando. Y sobre todo cambiaba la relación de fuerzas global, mientras se advertían

los *ukase*¹⁰ y los lazos del neoliberalismo en todos los extremos de la vida. Pero la crítica no era suficiente: esta tenía que encontrar asimismo un punto de apoyo en la mutación, construir una fuerza combatiente, dotarse de un *esprit de finesse* que acompañara al *esprit géométrique* con el que se habían construido los esquemas del razonamiento de la revista.

Se decía entonces, en las primeras reuniones que se hicieron, mientras reconsiderábamos lo que habíamos vivido en el «siglo breve», que, del mismo modo que cuando Marx contaba que en Francia se había realizado en la lucha de clase lo que habían pensado los filósofos alemanes, ahora se podía decir que los filósofos franceses, para comprender las consecuencias de su pensamiento, debían dirigir su mirada a lo que habían hecho en Italia los comunistas autónomos.

Así, los compañeros italianos constituyeron el segundo polo de la revista en preparación, uniendo al pensamiento francés las experiencias de la autonomía de las luchas que se habían vivido en Italia.

49. El segundo *pilier*

Grupos de compañeros, sobre todo jóvenes militantes, venían a conocer a los exiliados: querían oír hablar de aquellas luchas de hace una década que no habían conocido.

Estos muchachos venían sobre todo de las ciudades del norte de Italia, donde la represión había sido durísima: de Milán, del Véneto, de Turín. *Les italiens* hablaban de las luchas y ellos, los muchachos, de la crisis de la acción política y de la bestialidad de la represión –drogas duras por todas partes y sus mejores amigos perdidos–. Toni conocía bien esa historia terrible: su propio hijo también había pasado por ella. Los chicos hablaban también de la crisis del trabajo industrial, de la densa niebla que había caído

¹⁰ En referencia al *ukaz* (*ukas*), pronunciamientos o decretos de los zares, los gobiernos o los patriarcas del imperio ruso que tenían valor de ley. En la actualidad se denomina así a los decretos del presidente de la Federación rusa.

sobre sus vidas y que les impedía discernir qué vida vivir, cómo y dónde trabajar. *Les italiens* discutían y debatían con estos muchos las nuevas luchas francesas. Sin embargo, había una cierta desconfianza en los jóvenes italianos cuando oían estas historias francesas: para ellos no constituían un modelo, porque las experiencias de luchas de las que partían –aunque no las habían vivido– eran más avanzadas: la lucha de clase determina, incluso cuando es derrotada, umbrales indestructibles de experiencia.

Los jóvenes compañeros hablaban de trabajo inmaterial y de conocimiento productivo, del «Fragmento sobre las máquinas» y del *general intellect*, de la multitud democrática y revolucionaria. Los milaneses hacían su pequeña revista, *Clinamen*, completamente modelada por la espera de un acontecimiento que estigmatizara el cambio de época, más allá del trabajo dentro de las ciudades industriales; los vénetos habían conseguido mantener en funcionamiento Radio Sherwood y un mínimo de organización. Vinieron a París a formarse compañeros que luego condujeron las luchas de la autonomía hasta Génova 2001, y en París se forjaron en las discusiones en torno a los temas del trabajo, de la composición de las clases, de la mutación del modo de producir.

Tiempo después estos compañeros produjeron la revista *Riff-Raff*, que reelaboraba en su experiencia directa de lucha las discusiones parisinas. Luego, tan pronto como la revista *Futur antérieur* empezó a aparecer en Francia, en Italia se creó un grupo que empezó a publicar *Futuro anteriore*. El segundo *pilier* de la revista francesa se constituye sobre esta riqueza de relaciones entre los exiliados y los primeros intentos de reorganización de la autonomía en Italia, aportando a la inteligencia de los «hijos de Vincennes» una contribución distinta pero esencial: el cerebro político de un movimiento social que lucha, pierde o gana, pero de todos modos continúa y permanece, que sabe atravesar épocas distintas de la lucha de clase y construir una dinámica incontenible.

Un movimiento que sea una institución constituye una paradoja: pero eso representaban los italianos que venían a París. Y una paradoja adicional, todavía sin solución, se determina en el cuerpo de la revista naciente: aunque es posible transmitir de los

compañeros italianos a los franceses el saber sobre la organización, sigue siendo imposible montar una, en Francia, que tenga la capacidad de producir luchas similares a la italiana.

50. Sociólogos descalzos

Para hacer una buena revista es necesaria una buena máquina que potencie el análisis teórico, conectándolo con la investigación social: por eso en el grupo de la revista entraron sociólogos que, por su cuenta, habían recorrido en Francia los mismos caminos transitados en Italia por los grupos de *operaisti*. Sin duda, el entorno académico de la sociología era algo cuadrado, aunque alineado a la izquierda. El poseedor de sus claves era Pierre Bourdieu: como Adorno y Horkheimer para la Escuela de Fráncfort, un autor venerable, pero también un horizonte al que poner patas arriba. Por otra parte, la academia le quedaba estrecha y él mismo intentó hacerlo muchas veces.

Más cercanos a nosotros eran los sociólogos que, después de haber atravesado el campo bourdieusiano, reintroducían aleatoriedad y discontinuidad en el análisis del desarrollo, desgarrando la estructura para identificar en ella trayectorias subjetivas. Toni estuvo próximo de dos de ellos: Bruno Latour y Pierre Veltz. Para estos, la idea del *réseau* era fundamental en el análisis de las condiciones de producción de la ciencia y de las nuevas formas de la organización industrial. Pero el discurso de *les italiens* iba más allá: la investigación exigía subjetivación, articulada con la forma de los cuerpos. En este terreno tuvo lugar el encuentro, en cierto modo sorprendente, con la sociología fenomenológica, de Schütz a Goffman: y no solo los textos clásicos, sino también la documentación relativa a la investigación empírica, a las técnicas de acercamiento a los sujetos y de reproducción de los acontecimientos.

Para descubrir la verdad hace falta imaginación: los investigadores lo sabían desde tiempo atrás, pero a menudo con la costumbre se pierde el gusto de la invención. Por ejemplo, descubrimos aquella empresa reticular abierta al territorio ya en los años de las luchas autónomas en Italia, que hoy recuperábamos,

con gran frescura, en las exposiciones de Veltz: era una percepción triste darse cuenta de que, después de haber estado adelantados, habíamos dejado de lado aquellas percepciones. Ahora los fenomenólogos te ponían delante de la corporeidad de la acción y, en ese contacto, todas las determinaciones espaciales y temporales de la indagación regresaban a la superficie: se empezaba a poseer una técnica de los cuerpos que permitía sumergirse en lo real.

Aquí fueron importantes también los sociólogos de la escuela deleuzoguattariana, como Numa Murad y Jean-François Laé, quienes, indagando la pobreza y la exclusión del trabajo –es decir, los cuerpos machacados por la miseria capitalista–, empezaban a echarle el guante a las nuevas formas de crisis y de transformación del capitalismo. Ante aquellas situaciones extremas de exclusión, no era fácil inmovilizar la obsesión *operaista* de encontrar o imaginar en todas partes luchas obreras: pero había la sensación de que, dentro del caos de la crisis, estaban madurando nuevas posibilidades y ocasiones de lucha. De manera completamente casual, tuvo lugar por entonces un encuentro importante con algunos profesionales de la investigación social, viejos sesentaiochistas que se llamaban a sí mismos «sociólogos descalzos». Toni los veía en las reuniones colectivas con los clientes de los proyectos de investigación y trabó amistad con algunos de estos «asnos del desierto»: asnos a los que había que seguir para encontrar la fuente de agua. Trabajaban en las *banlieues* sobre las crisis de la vivienda, sobre el desempleo, sobre la epidemia del sida – en resumen, allí donde ocurriera una desgracia: pero trabajaban con los sujetos–. *Recherche-action*: sin trayectos de subjetivación, decían, no hay investigación útil ni investigación verdadera; ese era el agua en la que abrevaban aquellos asnos. Inventaban teoría para cada cuerpo, para cada conjunto de cuerpos al que conseguían hacer hablar o actuar: y si era posible la encaminaban hacia la lucha.

Algunos de estos investigadores recordaban a los del grupo Alquati en los orígenes de los *Quaderni Rossi*: no en vano, la «coinvestigación» había nacido de una necesidad común y se había generalizado como instrumento eficaz de excavación en el interior

de las subjetividades sociales, de los movimientos y de las situaciones de protesta. Así, pues, *les italiens* se presentan con estos dos pilares para la construcción de la revista: la traducción del concepto de «sociedad subsumida en el capital» en la descripción de una sociedad «en red» y en la afirmación de la «coinvestigación» como instrumento de indagación.

51. Honeywell

Durante las luchas de 1986, Toni había conocido a investigadores y trabajadores informáticos tanto de Honeywell Bull (líder en el sector informático francés), como de La Poste (telecomunicaciones) y de EDF (la primera empresa productora y distribuidora de energía). Algunos de estos trabajadores habían empezado a trabajar en una revista, *Transversal*, en la que contaban sus propias empresas sindicales y políticas. Eran compañeros que hacían política en la informática, los primeros con los que Toni empezó a atravesar aquel continente entonces misterioso para él. Emmanuel Videcoq, uno de aquellos técnicos, se hizo amigo suyo: durante muchos años discutieron sobre el devenir del capitalismo cognitivo —¡un gran tema!—. Porque, si era evidente el modo en que el capital reorganizaba y reformaba el modo de producir con arreglo a la informática, era más difícil comprender cómo se podían reformar una acción y un proyecto de clase obrera frente al capital informatizado. De inmediato quedó claro que los trabajadores empleados en la producción y en el mercado informáticos no podían ser inscritos en una subsección de la vieja clase obrera: afectaba a la totalidad del trabajo, era una revolución que estaba llevándose a cabo. Así que era necesario sumergirse en ese mar desconocido en el que se quería nadar.

Toni decide ponerse a estudiar: y hete ahí que acepta, junto a otros compañeros, un par de investigaciones realmente laboriosas en este nuevo campo. La primera es *Les enjeux stratégiques pour le multimédia européen* [Los retos estratégicos del multimedia europeo]: había que comparar las propuestas de desregulación de los mercados de las telecomunicaciones con las directivas euro-

peas en materia industrial y luego comparar las dinámicas industriales europeas multimediáticas con las políticas de los actores mundiales. El trabajo fue importante, mientras que la conclusión sobre las perspectivas de un crecimiento europeo autónomo en este sector industrial era pesimista: era evidente que la iniciativa de los colosos estadounidenses, acelerada por la desregulación criminal del mercado europeo, era imposible de bloquear.

La otra investigación, menos ambiciosa pero que permitió profundizar el conocimiento del mundo informático –mercado, legislación e impacto sobre los consumidores– fue *Le multimedia. Convergences stratégiques face aux enjeux des médias interactifs* [Multimedia. Convergencia estratégica ante los desafíos de los medios interactivos]: una investigación descriptiva de los soportes tecnológicos, de los productores de contenidos y de los consumidores de los multimedia interactivos en rápida expansión. Se trataba de comprender el cuadro de desarrollo de esas nuevas industrias y de arrojar luz sobre sus posibles crisis, perspectivas y alternativas, ilustrando sus condiciones tecnológicas y sociológicas. Para aprender hay que zambullirse en el conocimiento de lo nuevo, bien dentro. Toni recuerda momentos en los cuales, estudiando los planos de desarrollo de las empresas y las alternativas tecnológicas que planteaban, se sentía confuso, frente a estas enormes máquinas que se estructuraban para «hacer jugar» –esto eran los «medios interactivos»– a individuos desganados de toda otra experiencia de vida. Pero no se podía ceder a la moral y despotricar y lamentar el declive de lo humano frente a la potencia de la máquina: como haría Maquiavelo, se trataba de entender aquellas tendencias y aquellas perversas penetraciones en lo humano, para luego poder hablar de resistir o de luchar en estos nuevos terrenos de la valorización. A través de estas investigaciones, Toni se acercaba a la traducción del «obrero social» a «obrero cognitivo», del «trabajo material» a «trabajo inmaterial». Quedaba el problema de avanzar con las luchas además de con el conocimiento: en este terreno, ¿dónde está la subjetividad? Y, sobre todo, ¿dónde está la subjetividad en lucha?

52. Foucault

Habíamos dejado en la primera mitad del siglo XX el fordismo y el viejo sujeto, el obrero masa que producía en la fábrica y había ocupado toda la sociedad con su actividad; a partir del 68 había surgido un nuevo sujeto que podía mostrarse como cuerpo capaz y operativo. Este es el nuevo sujeto hacia el que acude la encuesta. Sin embargo, estamos aún en el primer acto del *Génesis*, mientras el creador reúne tierra y agua para construir la materia del hombre; luego llegará el soplo de la creación: entonces Adán empezará a moverse, a recorrer con la mirada el mundo que lo rodea. En nuestro *Génesis* hemos formado una marioneta materialista «nueva»: porque nueva es la producción inmaterial, cognitiva, que animará la marioneta. ¿De dónde viene el acto creativo que la anima? El soplo que da vida al nuevo sujeto no cae desde arriba, sino que susurra desde abajo: es una potencia interna de las cosas y las transforma, dándoles la capacidad de actuar.

Con el avance de la encuesta se daban todos los elementos para poder pasar del investigar al hacer, del saber a la política: mejor dicho, del trabajo a su socialización, y de esta a su inmaterialización cognitiva, del cuerpo social al cerebro colectivo, al cuerpo del ser humano que coopera de manera cognitiva con otros cuerpos. Ahora, todo debía confluir en la construcción de un nuevo sujeto. Los manuscritos de Foucault, que ahora empiezan a circular, nos permiten dar ese paso adelante.

En toda la obra de Foucault no hay una sola referencia, ni siquiera una alusión, a valores que desde arriba o colocados en lo alto de la bóveda celeste dominen nuestra experiencia. No hay nada más materialista: con su experiencia –del GIP a las luchas homosexuales–, Foucault primero muestra y luego eleva a método la introducción del soplo de la contradicción y de la lucha sobre cada conjunto de materiales productivos que aguardan la vida.

Decir el grado de importancia que tuvo Foucault en mi experiencia de discurso político y de vida común no es difícil: me confirmó en la exaltación de una ontología del trabajo vivo que se desarrolla como pragmática del sujeto, como análisis de la produc-

ción de subjetividad. El nuevo sujeto cobrará vida por las luchas del/en el saber, del mismo modo que antaño la clase obrera cobró vida por la fuerza de trabajo en lucha. Foucault repite a Marx en una sociedad en la que ha cambiado el modo de producción, progresa con coherencia en ese análisis. Foucault advierte la nueva figura de la producción –trabajo del saber, trabajo del cerebro, trabajo de la cooperación– y llama al sujeto al centro de la escena. Es un sujeto que en la producción, dominada por el cerebro social, se abre, se desenvuelve, se configura; el sujeto se torna en proceso de subjetivación: producir es producir subjetivación.

Los compañeros me interrogaban con cierta ironía sobre quién, qué, cómo iba a ser el sujeto venidero, el nuevo, y yo exageraba hablando aún, a la vieja usanza, de «sujeto». Sin embargo, esos mismos compañeros no tardaron en verse participando en las luchas de los *sans papiers* o de los intermitentes o los precarios, y entonces aprendieron que el capital extraía valor de ese trabajo difuso y disperso al precio que él mismo determinaba. Y comprendieron que solo la liberación de la subjetividad respecto a la fuerza disciplinaria del capital podía permitir ser libres: porque el punto arquimédico sobre el que incidir para derrocar al poder traducía «sujeto» a «proceso común de subjetivación»; y la liberación consistía en la invasión de las redes productivas, en la inversión de la dinámica impuesta por las máquinas, para conquistar la capacidad de guiarlas, de construir en común una vida libre de las singularidades.

Aguardando la publicación de los *Cours* en el *Collège de France*, anticipábamos las nociones metodológicas y la figuración ontológica de la subjetividad, sin ser predecesores ni anticipadores del discurso de Foucault: no existen nunca tales figuras en la historia del pensamiento. La explicación de esa extravagante coincidencia está en el «espíritu del tiempo». Los años de la segunda mitad del siglo XX recompusieron mil experiencias, rediseñaron mil pasiones de los cuerpos: dentro de ese espíritu encontramos a Foucault y empezamos a recorrer de arriba abajo sus escritos, a verificar sus hipótesis de investigación y los resultados expresados en las lecciones y nunca acabados en un sistema. Aquel modo de

pensar, entre dispositivos pasionales y procesos ontológicos que subjetivan la facultad de cooperación, era semejante al modo en que se está en el mar, siguiendo con calma la ruta cuando el mar está tranquilo, para ponerse todos juntos manos a la obra cuando el mar arrecia, superando así insidias y dificultades. Era el paso de Ulises: es el pensamiento de Foucault, con esa confianza en la producción que contenía e iba a contracorriente del otro Ulises narrado por Adorno, que no veía ante sí más que la catástrofe. Está en curso una batalla en torno a la Ilustración: estamos de nuevo en el barco y, junto a los marineros, damos una señal positiva de voluntad a toda maniobra contra el enemigo de nuestra vida – tormenta, viento y muerte–. Eso es lo que significa subjetivación: potencia del sujeto y su movimiento infatigable para construir vida. Gracias, Michel.

53. La URSS se extingue

Toni conserva aún un fragmento del Muro de Berlín que le trajo un amigo después de la caída del Muro.

La noche del 9 de noviembre de 1989 lo festejamos: «*Wir sind alle Berliner*». Todos los compañeros alemanes que conocíamos estaban en Berlín aquella noche: fin del «siglo breve» que nació en 1917 –juna emoción enorme!–. Qué trauma para todos, el final de aquella Unión de los Soviets que había representado una luz de liberación para los trabajadores de todo el mundo, que había derrotado al nazismo y había dado oxígeno a las revoluciones del Tercer Mundo –a la china en primer lugar–. Nosotros no nos lo esperábamos, pero sabíamos que antes o después la URSS terminaría hundiéndose: ese final lo habíamos visto anticipado en los años previos, desde la crisis con Yugoslavia a las tragedias húngara y polaca, para terminar con los tanques soviéticos en Praga. No asumíamos aquel fin como nuestra derrota, sino como un nuevo inicio: habíamos deseado aquella muerte que abría de par en par las puertas de la vida.

La caída del Muro representa para nosotros la posibilidad de volver a empezar a hablar de comunismo sin tener que enfren-

tarnos al pernicioso imaginario que la Unión Soviética y su imperio habían representado. Nuestros enemigos de siempre, los estalinistas de todos los países de Europa (a menudo reducidos a socialdemócratas mortecinos y corruptos) sentían la caída del Muro como una bofetada y la padecían como una desgracia –y una desgracia había sido, desde hacía ya demasiado tiempo, para todos aquellos que amaban la libertad y la igualdad–. Por otra parte, oíamos los gritos de triunfo de las estúpidas gacetas burguesas: no comprendían que aquella muerte implicaba también la suya, que aquella decadencia y final del «socialismo real» denunciaba la del «capitalismo real».

Lo que nos asombraba más aún era que el fin de régimen se hubiera dado sin violencia. ¿Quién se había sublevado? En parte la clase obrera, pero no siempre; las clases medias, en cierta medida: pero solo cuando no estaban vinculadas a la burocracia. ¿Qué decir entonces de los estudiantes, de los científicos, de los trabajadores de las nuevas tecnologías, de los intelectuales –de todos aquellos que hacían un trabajo abstracto e intelectual?–. El nudo de la rebelión lo representaron ellos: se rebelaron los que constituían un nuevo cuerpo de productores. Productores sociales, dueños de sus propios medios de producción y capaces de proporcionar al mismo tiempo trabajo y organización, actividad innovadora y socialización cooperativa. Los acontecimientos del Este no nos eran ajenos: *de te fabula narratur*. En los países donde reina el capitalismo triunfante y estúpido, corrupto e incapaz de autocrítica, arrogante y confuso, el sujeto que se muestra preparado para iniciar la revuelta es el mismo: el nuevo sujeto productivo, intelectual y abstracto, los estudiantes y los científicos, los universitarios, los trabajadores de los sectores de las nuevas tecnologías.

A través de ese sujeto los acontecimientos del Este nos afectan: que Gorbachov permanezca en el poder o sea derrocado; que la Perestroika se realice en su forma actual o en el curso de una segunda oleada; que el imperio ruso perdure o no, son asuntos de los rusos –a nosotros nos toca luchar contra nuestros propios cosacos–. Reconocemos a los rusos haber iniciado, por segunda vez en el curso de un siglo, un profundo movimiento de renovación del

espíritu, no solo en Rusia, sino para la humanidad. Nosotros, comunistas de Occidente, habíamos sido los productos y las víctimas de lo sucedido en la URSS: ahora somos los que, en Occidente, renacen para una nueva esperanza. Nosotros, proletariado cognitivo, reanudamos el sueño sobre el vacío de su derrota.

Toni no dejaba de interrogarse: ¿cuál era la diferencia entre nuestra generación que «volvía a empezar» y la que «había empezado»? Su padre, y todos los que habían comenzado la revolución del comunismo en el siglo XX, fueron los primeros en rechazar la crisis feroz del mundo burgués –miseria y guerra–. Nosotros, últimos, éramos hijos de su rechazo y de su ética revolucionaria. Ellos estuvieron «solos»: vencieron en Petrogrado, pero Berlín y Turín no se sumaron. Su acto de revuelta en la soledad fue enorme. Nosotros no estamos solos: somos multitud, también en la soledad estamos juntos porque lo estamos en la cooperación productiva. Somos ya globales. El final de la Unión Soviética podía aparecer como una especie de sacrificio de Isaac del que habría nacido una nueva alianza y se habría abierto un nuevo tiempo: como quiera que sea, estas experiencias habían podado la imagen de la revolución de «todo» falso realismo político y habían recobrado su origen, la subjetividad constituyente.

54. Ontología del Soviet

Cuando Hobsbawm definió el siglo XX como «siglo breve», acotado entre 1917 y 1989, identificó un punto central de periodización. Pero el reflejo de la Revolución rusa no termina en el «siglo breve»: aquel acontecimiento se extiende en la historia y cobra otras figuras. Toni y sus compañeros comprendieron de inmediato que, más allá del luto del estalinismo, había que excavar en la historia para extraer expresiones de la potencia de aquella historia revolucionaria.

Así, pues, después de la época de los Soviets es vano todo intento de reducir la clase obrera a pura fuerza de trabajo: ese *escamotage* político queda neutralizado por las nuevas dimensiones de la relación de explotación. A estas alturas, a finales de los años

ochenta, el trabajo vivo, esto es, la capacidad de producir, solo valoriza a partir de una cooperación que quiere liberarse del poder de mando –como si hubiera pasado a través de la experiencia soviética–. En la época en la que el trabajo cognitivo conquista hegemonía, se empieza a atisbar que la productividad más alta brota del conjunto de lenguajes y de saberes cooperantes: los cuales, dentro incluso de la estructura de la valorización capitalista y del poder de mando del patrón, no tienen necesidad de someterse al poder de mando.

Si esto es así, entonces el «siglo breve» se ha tornado en un siglo larguísimo; esto depende del profundo injerto de la cooperación y de la potencia del trabajo cognitivo en el mecanismo productivo: como si el Soviet revolucionario hubiera depositado un huevo de serpiente en el futuro del capitalismo y en el por venir de la lucha de clase. En el neoliberalismo, el trabajo muerto pretende controlar la totalidad del trabajo vivo –pero el trabajo vivo es hoy un animal rebelde: la producción se ha vuelto biopolítica y la actividad productiva ha invadido la sociedad–. La resistencia y la rotura que esa transformación de la figura del trabajo ha producido se dan hoy en todas las calles donde se desarrollan todas las experiencias de lucha. ¿Podemos aún seguir llamando soviéticas, «rojas», estas nuevas calles, se preguntaban los compañeros? Y se decían que, una vez que los burócratas soviéticos han dejado de ser un obstáculo en el camino, iban a pasar cosas interesantes.

De hecho, solo diez años más tarde, en los países que acababan de salir del chantaje de la Guerra Fría, se desarrollarían los primeros grandes movimientos contra la globalización capitalista. Y una década más tarde, a partir del 2011, las calles comenzarían a atestarse de nuevo, expresando ansia de libertad y exigencia de instituciones del común, opuestas a las nuevas formas de la explotación financiera: de Nueva York a Estambul, de Madrid a El Cairo, en las calles se expresó, entre los nuevos trabajadores del saber, la misma voluntad de subversión que habían conocido los obreros de los *Räte* y de los Soviets.

Cada nuevo ciclo de luchas repite la nostalgia de los Soviets, con formas distintas, partiendo de las modificaciones del modo

de producción y de las formas de explotación. Sin duda, falta el partido: ¿pero cómo reinventarlo sin recorrer esas calles, sin considerarlas lugar de poder constituyente, Soviet en un nuevo modo de producir, social y cognitivo? El partido hay que reinventarlo y medirlo, como ya le tocara a Lenin, como le tocó a todos aquellos que han reflexionado sobre los Soviets, con las nuevas condiciones del trabajo. Hoy la vanguardia está allí donde las fuerzas productivas se enfrentan, dentro de la explotación, dentro de las relaciones de producción: para romper su nexo. Hoy la relación capitalista atraviesa la sociedad: así, pues, la renovación del vínculo entre el rechazo de la explotación y la lucha del Soviet contra el poder se da en las calles. El partido ya no estará colocado en el «afuera» de una vanguardia que manda sobre la multitud y ordena la realidad: solo podrá estar colocado «dentro» de esa multitud en revuelta, que es la única que podrá tomar el poder. El partido es inmanencia materialista en las luchas o no es. No hay marcha atrás de la Revolución rusa: ha existido, constituye en el presente y en el porvenir un fundamento ontológico seguro. La historia es discontinua: pero lo que ha sido hecho está ahí, presente e indestructible.

55. El Bicentenario

1789-1989: en el mismo año, junto con la caída del imperio soviético, se celebraba el bicentenario de la Revolución francesa. La coincidencia permitió a los reaccionarios establecer la diferencia entre ambas revoluciones, después de que, desde 1848, la francesa fuera adoptada como un inicio cuya culminación era la rusa: en todos los catecismos comunistas se afirmaba esa continuidad, mientras que los *gauchistes* pensaban que, después de la *liberté* jacobina y la *égalité* soviética, habría de llegar la *fraternité*, la culminación del comunismo.

Pero François Furet capitaneó en las universidades europeas y atlánticas una furibunda campaña en nombre del derecho contra la revolución: ¡qué disparate, establecer cualquier tipo de continuidad, el más remoto parentesco entre las dos revoluciones! A la rusa tenían que machacarla por sus errores políticos y sus derivas

totalitarias, no solo estalinianas: bajo Stalin era necesario reconocer el pensamiento y la práctica política perversos del leninismo, denunciado como desafío radical a los principios y los derechos de la humanidad –un espantoso Leviatán que se alza contra la equilibrada, justa y sólida continuidad del poder–. En la celebración del centenario resonaban las mismas tonalidades polémicas que siguieron a la Revolución francesa: de Gentz a Burke, a todos los reaccionarios del siglo XIX. No había más que desplazar el acento y considerar «naturales e imprescindibles» los derechos de libertad y propiedad conquistados en Francia por la burguesía y arrojarlos contra la crítica soviética de la libertad burguesa y de la propiedad privada: ¿qué otra cosa hacían los reaccionarios del siglo XIX cuando luchaban por la «naturalidad e imprescindibilidad» de los derechos soberanos y propietarios de la aristocracia?

Así, pues, «derechos humanos» contra totalitarismo. Una definición dialéctica negativa: fuera de los «derechos humanos» había solo totalitarismo, dictadura y fascismo: el bolchevismo era una variante y el comunismo su alma. Así que vivan los «derechos humanos», reducidos a la libertad de empresa y a la propiedad privada, que la Revolución francesa –al decir de sus apologistas– enseñaba. Pero una vez realizada la operación, no todo encajaba: porque también la Revolución francesa había cometido algunos tropiezos. El Terror, en 1793, aquella obscena iniciativa jacobina que desquicia el orden social después de haber derrocado a la monarquía y la aristocracia: el regreso de la violencia contra el orden natural de las cosas –esa es la cantilena del Bicentenario–. ¡Y entonces el enemigo ya no es la Revolución rusa, sino la Revolución *tout court*!

En Estados Unidos, donde esta polémica fue recibida como maná caído del cielo, no se hizo más que comentar con amabilidad ese regalo, que hacía de la Constitución estadounidense el origen y el fruto de la esperanza humana de libertad. John Rawls, un filósofo inteligente y astuto, se abre hueco en esta nueva situación intelectual para mostrar que los derechos inscritos en la gran Constitución de la burguesía –y del capital– anglosajona, se presentan como la base del derecho, de tal modo que siempre están

al alcance de la mano gracias a la «buena voluntad» del ciudadano.

Sobre el cadáver aún caliente del bolchevismo, aparece el san Jorge estadounidense que cabalga sobre el suelo roturado por las revoluciones francesa y estadounidense y restituye y reinterpreta los valores *ad usum delphini*: porque todo eso sirve para legitimar el liberalismo en su victoria sobre el comunismo. Ahora, insisten, la historia ha terminado de verdad: ¿quién podrá reivindicar en lo sucesivo algo que vaya más allá de la libertad estadounidense? Así que ha llegado la hora de que, una vez terminado el trabajo sucio, los reaccionarios dejen paso a los liberales: Tocqueville es adoptado como índice y *consigliere*¹¹ de este dispositivo, después de que los conservadores hicieran el trabajo sucio, Reagan engatusara a Gorbachov y Furet se aliara con Solzhenitsyn para reducir el comunismo a Gulag y totalitarismo. El espacio liberal –última operación– es inclusivo de la socialdemocracia para alabar los milagros que el mercado puede producir. Sobre la caída de la Unión Soviética se instala un nuevo poder imperial, que quiere ser considerado definitivo.

Toni reconoce que la reflexión crítica tiene que abordar ese *turning point*. Antes que nada se tratará de comprender cómo los grandes principios de libertad, igualdad y solidaridad en ocasiones se han vuelto (y pueden siempre volverse) reales. Se trataba de desenmascarar con radicalidad la fábula ideológica de la burguesía triunfante, oponiendo a aquella narración una hermenéutica histórica revolucionaria que construya nuevos ejes constituyentes. Había que excavar la potencia constituyente en la nueva realidad.

Aunque en aquel momento le parecía que ya no era tiempo de pensar por principios, Toni empieza a pensar en un libro sobre el poder constituyente, dedicado a destruir la ideología liberal en su materialidad. Las Revoluciones inglesa, francesa, estadounidense y rusa fueron etapas de una historia de liberación: ahora era necesario ir más lejos. Para Toni ahora se trata de redefinir la política misma como potencia constituyente: este es el primer lado del trabajo crítico que le propone 1989.

¹¹ En la jerga mafiosa, el «*consigliore*» o «*consigliere*» es el brazo derecho del jefe mafioso, al que aconseja y cuya contabilidad gestiona.

56. El contragolpe ideológico

A la insurgencia de la reacción no replicó desde luego la inercia, así y todo poderosa, de la tradición republicana: la «ideología francesa» no pudo hacer nada contra el liberalismo reaccionario que se había apropiado de la temática de los derechos. Este tránsito señalaba una primera etapa en la salida del 68: a estas alturas la escena del pensamiento estaba vacía y aguardaba nuevos protagonistas. Althusser se había ido hacía ya mucho tiempo y había que esperar aún para que el pensamiento de Foucault se presentara de manera central y se abriera una lucha para su apropiación en la sociedad cultural francesa. Derrida y Deleuze estaban aún presentes, pero ahora brillaban en el cielo de la filosofía global. Así, pues, se esperaba que entrara en escena un nuevo protagonista, que no llegaba. Resurgía más bien, de manera kárstica y en sus distintas articulaciones, el viejo flujo del espiritualismo –eterna tradición francesa, reactivada en el siglo XX a raíz de Bergson–.

Desde luego, Alain Badiou, que tuvo su esplendor en la última década del siglo XX, no es un bergsonianos: pero se trata de una excepción que desborda por todos lados sobre el terreno que Badiou no querría integrar. ¿Dónde acaso, sino dentro de una cultura espiritualista que ha perdido toda intención de tocar lo real, sería lícito ensalzar un Platón «comunista»? Sin duda, semejante delirio se permite desde una perspectiva «comunitarista». ¿Pero cómo puede darse por bueno un equívoco tan grosero cuando, con motivo de la caída del Muro, el comunismo se daba en la luz de la derrota, pero asimismo se reafirmaba como historia imborrable, como interrupción de un acontecimiento extraordinario? Más que con Platón, aquí nos las vemos con un Nietzsche puesto patas arriba.

Aparte de Badiou, la reaparición en la superficie de la «ideología francesa» consiste sobre todo en la consolidación del *mélange* de una filosofía del devenir del espíritu como flujo y de un deleuzismo plano y sensual, donde la inmanencia constituye un telón de fondo blando. Esta metafísica leve se expande por todas partes: su adaptabilidad retórica es el sello de su éxito. Se configura aquí una nueva imagen de la posmodernidad, tan disponible a la narración de

«*n'importe quoi*» como acomodaticia con las ideologías: en la confusión se puede tocar de todo. ¡Qué nostalgia del éxito, ni siquiera una década después, de Lyotard y Baudrillard en la interpretación de la posmodernidad!

Sin embargo, dentro del espiritualismo de la «ideología francesa» reptaba otra serpiente: el psiquismo, la identificación de espíritu y psique, la confusión entre pensamiento e imaginación.

En el psiquismo todo se confunde y en él se combinan un esencialismo psicoanalítico (que afecta también a Badiou, en su *app* lacaniana) y un creativismo tajante –en la estela de Castoriadis y de su «constitución imaginaria» de la ciudad y del ciudadano, de la verdad y del sujeto–. Pero este espiritualismo desde abajo carece por completo de la fuerza de los procesos de subjetivación que Deleuze construyó y Foucault movía en la historia. En el psiquismo se presupone un alma del mundo que respira y que, a partir de su soplo, crea subjetividad y comunidad. El clima espiritualista, en sus variantes, es tan fuerte que hasta las obras «íntimas», biográficas, de Althusser (que justamente se publican por entonces) fueron leídas como si hubieran contraído la infección: el último insulto a un grande del pensamiento. Hasta el marxismo se vio afectado por esa epidemia: los más fieles a este lo filtran con los prismas del sociologismo de la Escuela de Fráncfort, pero ya no en el espíritu de los fundadores, sino en la inflexión espiritual que le impone la escuela, de Habermas a Honneth. Como si en lo sucesivo solo se pudiera llegar al trabajo vivo desde un reconocimiento de la miseria del hombre trabajador, del súbdito, del explotado. Como si las pasiones solo lo hicieran infeliz: la dialéctica, abandonada al análisis del espíritu, se venga, impidiendo comprender las razones materiales de la revuelta, siempre necesaria y posible. En este momento, Gabriel Tarde y otros autores decimonónicos fueron despertados del justo sueño al que el pensamiento materialista los había condenado, para describir las maniobras dialécticas a las que obligaba el nuevo modo de producir, hegemonizado por el trabajo inmaterial. Como si decir «inmaterial» fuera negar la naturaleza materialista del producir.

¿Y qué decir de las posiciones que, vagando entre Marx y Proudhon, y encomendándose de nuevo al psiquismo de izquierda,

desmaterializan el horizonte de la clase, desubjetivan su deseo y nos prometen la liberación a través de un despertar moral, un acontecimiento espiritual que solo la imaginación puede producir? Ya no hay ontología, ya no hay materialidad. Hay una especie de iusnaturalismo utópico, inspirado por una Grecia antigua imaginada como democrática, por una *polis* primigenia redundante de dones e instituciones de libertad. Además de Castoriadis, de las aguas tempestuosas de *Socialisme ou barbarie*, resurgía Claude Lefort para hablarnos de una democracia que tanto se parece a la predicada por el Pacto Atlántico.

Pero también hay quienes resisten: Rancière sobre todo, reconstruyendo la política subversiva como historia material de luchas, de producción de subjetividad, de cooperación de cuerpos, de «revueltas lógicas» –pero negándose, casi paralizado por el clima, a ofrecer a esa potencia ontológica recobrada la esperanza de una victoria–.

Parece una paradoja, pero el único pensador que, en los años noventa, reanuda el pensamiento marxiano en su densidad material, social y política, es uno de los viejos: Derrida, quien precisamente se ríe de todos los intentos paramarxistas, o en realidad espiritualistas, de volver a Grecia para instituir una democracia liberada de la explotación. E incita a recorrer el único camino útil, no solo para refundar un pensamiento subversivo, sino también, como presupuesto, para destituir de significado a toda nostalgia espiritualista: el camino de una *praxis* dialéctica que sabe que el camino de la liberación está impracticable, pero quiere ser capaz de emprenderlo.

57. Rechazo del trabajo

La Unión Soviética ha caído, el socialismo ha sido derrotado: ¿por qué hablar aún de trabajo, explotación, lucha de clase, revolución? Así te interpela desde periódicos, libros, universidades, la arrogante ideología que domina en Francia: ¡miren los daños que ha producido asumir la ontología del trabajo como objeto crítico y el trabajo como sujeto que hay que liberar!

Había asimismo algunos cretinos que preguntaban a Toni si aquel «rechazo del trabajo» que el *operaismo* había proclamado no era una «anticipación situacionista» del descrédito al que el socialismo real había condenado a toda reivindicación emancipadora del trabajo.

En esta situación, Toni se sentía como un Job entre los imbéciles: y, con voluntad de replicar, vuelve a pensar en aquel *Libro de Job* que había leído y releído en la cárcel. Pero entonces *Job* había dado sustancia moral a la resistencia contra la injusticia. Ahora Toni se preguntaba cómo explicar el «rechazo del trabajo» uniéndolo a una réplica comunista contra la liquidación de toda concepción política de la liberación *del y respecto al* trabajo, y *Job* le proporcionaba el argumento. En ese periodo frecuentaba la biblioteca del Saulchoir, un lugar fascinante, donde estaban depositados los manuscritos de Foucault y que por tal motivo se había convertido en una ocasión de encuentro, además de estudio, para muchos compañeros de Toni fascinados por el foucaultismo. Así, pues, ¿qué mejor lugar para reanudar el trabajo sobre *Job* que esta biblioteca de dominicos franceses, repleta de literatura teológica además de filosofía clásica y de patrística?

Como hemos dicho, la reflexión sobre *Job* en prisión había tratado en buena medida sobre la imposibilidad de la respuesta teológica ante la experiencia del mal y del reclamo a la justicia en la legitimación del dolor. Ahora, Toni contrasta el tema de la teodicea con el de lo teológico-político. Del mismo modo que la justicia divina se disolvía cuando era puesta ante la injusticia y el dolor que reinan en la historia, en lo teológico-político la Ley y la Soberanía parecen perder toda justificación absoluta cuando se ponen al lado de la locura de la razón de Estado y de la arbitrariedad del poder de mando soberano.¹² Sin embargo, el tránsito de la teodicea a lo teológico-político entrañaba un tránsito dramático: de la moral a la política; de la conciencia singular a la conciencia colectiva, al común. La crisis de la justificación del mal es interior; la de la injusticia es un

¹² Antonio Negri, *Il lavoro di Giobbe: Il famoso testo biblico come parabola del lavoro umano*, Milán, 1990. Disponible en castellano en *Job: la fuerza del esclavo*, op. cit.

asunto público: y si en este terreno, ya no metafísico sino concreto, la justificación es de todos modos necesaria, el envite es la deslegitimación del derecho soberano.

Ahora, el hecho de construir, mantener y mandar sobre un orden social restituye al Poder una ilusión de racionalidad y de sabiduría; pero todo orden social es construido, mantenido y mandado para la explotación del trabajo: por lo tanto, solo la liberación del trabajo puede liberar la teodicea del arbitrio y lo político de la injusticia. Job comprendió que la injusticia divina, basada en la transcendencia, solo puede ser disuelta por la «visión» de Dios, por el ponerse del ser humano en el orden de la creación. El trabajo tampoco tiene una medida interna que lo haga justo, ni valor transcendental que pueda justificar la explotación: como el dolor, el trabajo no puede valerse de ninguna justificación y no tiene criterio ni medida. Job aúna el trabajo con el dolor: toda justificación racional del sufrimiento o del trabajo es falsa.

Es más: cuando Job retira toda necesidad al trabajo sometido al poder de mando, denuncia aquello que manda sobre el trabajo como déspota –aunque fuera divino– y se rebela contra ello de manera incondicional. Elevando el trabajo a su dignidad propia contra todo poder de mando, muestra que la relación señor/siervo, lejos de configurarse como ocasión dialéctica, debe y puede ser destruida. Job «ve» a Dios y lo iguala en la potencia; a través de esa visión, dice que hay que liberar el trabajo de todo efecto de alienación, de toda experiencia de expropiación: cuando el sujeto se libera del trabajo y puede desarrollar una actividad creativa de felicidad y riqueza, allí hay justicia.

De este modo, Toni recuperaba el tema del «rechazo del trabajo»: lucha contra el trabajo subordinado, explotado o sometido a poder de mando; rechazo del trabajo tal y como capitalismo y socialismo lo interpretan e imponen; exaltación del trabajo liberado. El libro gustó también a los estudiosos de la Biblia, que sin embargo continuaban «viendo a Dios» a la manera mística, no como lo entendían Job y Toni: para los cuales ver a Dios es ser potencia de construir un mundo liberado del trabajo.

9. *Futur Antérieur*

58. Poder/poderes

Así, pues, aquí estamos: el final del régimen soviético transformado en un *fin de siècle* triunfal; el Bicentenario de la Revolución francesa, celebrado como una feria reaccionaria. Todo eso te obliga a reflexionar sobre cómo se maltrata la historia.

Las falsificaciones de un periodo histórico empujan a quien tiene fuerza y ganas de levantar la cabeza a volver sobre este, para verificar sus determinaciones reales: que «la historia del mundo sea también el juicio del mundo», sin ceder al cinismo hegeliano, puede significar que la verdad recorre en cierto modo la historia y se debe ajustar cuentas con los portadores de esa verdad, así como las instituciones en las que se representan –que son el producto de su actividad–. Así, pues, era necesario volver sobre la crisis del régimen soviético: para aclarar el presente a la luz de lo sucedido. Se trata de proyectar sobre la amplia pantalla del siglo los elementos de juicio histórico, para interrogarse sobre lo que la crisis soviética significaba para nosotros.

Pero esta proyección corre el riesgo de mostrarnos lo que ya nos era conocido, si no nos interrogamos sobre la naturaleza del poder: ¿qué poder ha sido disuelto en Rusia? ¿De dónde vino el contrapoder que lo destruyó?

El hecho es que muchos hablan del «poder» como si fuese Poder: pero el «Poder» no existe –lo que llamamos «Poder» es solo la resultante de las luchas sociales–. Para comprender el Poder es necesario sopesarlo, fraccionarlo, distinguirlo y tomarlo como una pluralidad, así como historizarlo, recorrerlo, deconstruirlo en el

tiempo, recomponerlo en un proceso genealógico. Solo pasando del discurso sobre el «Poder» al discurso sobre los «poderes» que resisten y que se expresan en la lucha, logramos comprender el «Poder». Hay «un» Poder solo cuando las luchas se han disuelto: de lo contrario hay poderes, potencias en contraposición y/o en lucha –en esto Marx y Foucault están de acuerdo–.

Así, en la URSS había habido lucha de clase, luchas de los trabajadores, sobre todo de los que trabajan con el cerebro –porque el cerebro no trabaja sin libertad–: su resistencia hizo entrar en crisis y disolución al Poder, burocratizado y corporativizado en su incapacidad de acompañarse con la revolución social y científica que la revolución había producido. Las crisis y las transformaciones del poder llegan siempre por abajo, por un empuje producido por las fuerzas sociales –en primer lugar, las clases–. «Poderes» y «contrapoderes» constituyen y articulan lo social: y cuando se juntan y atacan el Poder consolidado, expresan su verdadera naturaleza –como poderes constituyentes desde abajo, como capacidad y construcción de otra cosa–.

Los súbditos consideran el Poder como una máquina prepotente, un monolito que aterroriza; y precisamente porque lo consideran inalcanzable, inaccesible, no consiguen actuar: pero para vivir, para producir y para reproducirse frente al Poder siempre es necesario resistirle.

De esta suerte, en una discusión crítica con las fantasías que se desarrollaron en torno a la caída del poder soviético y con las construcciones ideológicas producidas por el bicentenario de la Revolución francesa, Toni reanudaba una experiencia de investigación: el único punto de vista que puede explicarnos el Poder constituido es el punto de vista del poder constituyente. Pero era necesario transformar la historia de un concepto, «poder constituyente», en una investigación genealógica que recorriera su historia y analizara sus experiencias particulares: revivir la historia como *res gestae*, centrándose en una perspectiva que atravesara y regresara sobre la experiencia política de su generación.

Toni decide trabajar sobre este tema, desde esta perspectiva: no construyendo una axiomática histórica del concepto, o rastreando

tan solo sus coordenadas jurídicas; ni concibiendo el poder constituyente como algo desequilibrado entre momentos insurreccionales y represivos, entre Revolución y Termidor, como si fueran (como quiere el historiador reaccionario) elementos inherentes al concepto mismo.

Por el contrario, se trataba de ahondar el razonamiento en la ontología histórica de la construcción de lo político y de la lucha que se hace en común para construir instituciones: y a partir de ahí llevar esa experiencia histórica a la actualidad. Las aventuras del poder constituyente eran condenadas por la literatura reaccionaria de aquellos años como tendencias al totalitarismo y a la catástrofe; pero había otro modo de aferrar aquellas aventuras, haciendo resaltar la continuidad de los procesos antagonistas, la discontinuidad de los movimientos constitutivos, el devenir revolucionario en la historia.

A Toni le parecía que por primera vez conseguía decir su pensamiento de manera conjunta, desde las largas meditaciones en el *Spinoza subversivo* sobre la expresión de la potencia de la multitud como fuente de la democracia hasta el duro trabajo sociológico para comprender cómo trabajo y deseos pueden unirse para construir instituciones productivas: trabajando sobre el poder constituyente; podía poner conclusión a la larga trayectoria de su obra en el exilio. Y recobraba en el recuerdo la experiencia de Porto Marghera, aquel ansia fortísima de construir en la resistencia, en la subversión, nuevas instituciones, abiertas en cuanto libres, comunes en cuanto iguales y dinámicas en cuanto productivas, siempre inacabadas en cuanto absolutas. ¿No era esto el poder constituyente?

59. Poder constituyente

El trabajo sobre *El poder constituyente*¹ se hizo sobre todo en las bibliotecas de Ulm y Cujas, es decir, en la biblioteca humanista

¹ Antonio Negri, *Il potere costituente. Saggio sulle alternative del moderno*, Milán, 1992. [Ed. cast.: *El poder constituyente*, trad. de Simona Frabotta y Raúl Sánchez Cedillo, Madrid, Traficantes de Sueños, 2015].

de la ENS y en la económico-jurídica de la Sorbona, donde Toni encuentra todo lo que busca.

Cuando trabaja, el método de Toni consiste en dejarse «salir adelante» por el proyecto que tiene en la cabeza: esto es, primero diseñar el proyecto y luego conducirlo por una línea sinuosa, hecha de dudas y contradicciones, de pausas y verificaciones, hasta alcanzar la meta.

Respecto al poder constituyente, un primer problema es su definición jurídica burguesa, que es definición de una «excepción», de un momento de «ruptura»: la acción de quebrar el orden constituido para hacer otro. Un gesto único que luego deberá diluirse en lo ordinario de la ejecución, en la continuidad de la administración, en la rigidez de la nueva constitución. Pero Toni tiene las espaldas bastante anchas –y detrás de esas espaldas está Spinoza– para hacerle dudar de esa excepción; y Spinoza le remite a Maquiavelo, donde el poder, como concepto y como realidad, es descrito como poder *siempre* constituyente en la historia de la construcción política de la República florentina, y en mayor medida aún en la obra que se espera del Príncipe. Aquí la imaginación del poder se expresa en la determinación fluida de una potencia colectiva al servicio del Común: y de tal suerte ilustra una ontología positiva del poder. «Excepcional» es más bien el orden constituido, porque es el bloqueo del movimiento: la pretensión cruel e irrealizable («totalitaria», la llama Arendt) de detener el movimiento. Por eso el poder constituido es siempre el enemigo.

Una vez extraído el poder constituyente de la excepcionalidad jurídica y reafirmada la historicidad del principio, se trata ahora de materializarlo, mostrando cómo se funda y cómo se arrima a las fuerzas productivas que desean romper o modificar la constitución establecida por las relaciones sociales del dominio. No es necesario esperar a Marx para mostrar esto: en la revolución inglesa los movimientos republicanos quieren la tierra contra los órdenes aristocráticos. La materialización del principio constituyente se exalta en los escritos de Harrington, en una fuerte anticipación de toda concepción de la historia como expresión de la lucha de clase. Están los soldados sin tierra que en sus asambleas, en sus

«Soviets», discuten y demuestran que no se puede dar libertad sin disolución del poder feudal y libre acceso a la propiedad de la tierra. Estos rebeldes actúan en consecuencia, presentando el poder constituyente en una lucha «extremista», sin consideraciones hacia los poderes preexistentes, ni siquiera para los poderes burgueses que van constituyéndose en el interior de la coalición revolucionaria. Una vez desmistificada la excepcionalidad del poder constituyente y disuelta toda concepción formal del mismo, se puede colocar el poder constituyente en la materialidad de las necesidades de las fuerzas productivas.

Tercera tarea de la investigación: entender la difusividad, el pluralismo y la necesidad de equilibrio que el hacerse de un poder constituyente tiene que plantearse como problema y resolverlo. Aquí es central la experiencia constituyente estadounidense, donde la división del poder, su productividad sometida a confrontaciones internas y controles continuos, así como la instancia federalista, asumida desde el principio en la constitución de la República, hacen de la relación entre poder constituyente y poder constituido una máquina que se alimenta de sí misma, sin llegar nunca a cerrarse. Tal vez solo con la Revolución francesa, con la expresión radical del poder constituyente en tanto que máquina para romper y rearticular el poder y para reconocer sus articulaciones sociales, concluye un primer periodo en la lucha por instituciones libres: el poder, arrebatado a toda figura «monárquica», a toda reducción unitaria y a todo condicionamiento teológico, es leído como constitución republicana y por ende como inmanencia, construcción democrática absoluta. El pueblo inventa la república y hace de esta un ordenamiento de justicia. La historia del poder constituyente en Francia y sus vicisitudes revolucionarias son una especie de resumen de toda la historia constitucional de la burguesía. Sin embargo, la dramaturgia revolucionaria, en sus distintas fases, abre a épocas de revoluciones futuras. La burguesía, al construir un Estado en el que actúa una fuerza productiva, una «excedencia» y no una «excepción», ha terminado su ciclo propositivo: el poder tiene su fundamento en la propiedad privada y se perfecciona el sistema de *checks and balances*; a estas alturas resulta evidente la

aporía de la síntesis formal de libertad e igualdad y el bloqueo de su tensión hacia la superación de la aporía.

No obstante, aunque en el momento de su máximo vigor el poder constituyente se ha visto de nuevo enjaulado, hay algo nuevo que se está expresando: la jaula es frágil, el fundamento ontológico del orden constitucional burgués es friable. Así que no tarda en llegar una reapertura subversiva radical en la historia del poder constituyente: la revolución de los Soviets. Es una nueva forma de poder constituyente: aquí se construye el «contrapoder como poder». El poder constituyente ha tenido que recorrer un largo camino para llegar a presentarse como tal: ha redescubierto un alma maquiavélica y la continuidad de una acción ontológicamente productiva, y ha abierto la máquina constitucional al futuro y a un nuevo horizonte democrático de valores. Tras haber quedado encerrado dentro de mecanismos que, aunque perfeccionaban su figura, bloqueaban su expresión, se ha convertido en una máquina independiente, una fuerza autónoma: esto es el poder constituyente de los Soviets. Es el desarrollo del discurso maquiavélico en el interior de la crisis de la burguesía; es la propuesta comunista de la potencia, de la excedencia productiva de la libertad proletaria: contiene en sí el materialismo y la expresión de la lucha de clase de los soldados revolucionarios ingleses; la expansividad federalista de los colonos estadounidenses y el sentido de la justicia de los jacobinos. Todo esto se resume en lo absoluto de una expresión constituyente siempre abierta –«absoluta», como quería Spinoza–.

Al final de este trabajo, en el que Toni había resumido buena parte de su vida de militante, se replantea entonces un proyecto constituyente revolucionario: desde que Lenin tradujo a Maquiavelo a la lucha de clase anticapitalista, el poder constituyente aguarda una especificación materialista en la «ontología del común», esto es, una definición igualitaria, pluralista y subjetivada –es decir, multitudinaria– del diseño constitucional. El poder constituyente se convierte en la base de un proceso de subjetivación, es su forma organizada, modelada a partir de la potencia de los Soviets, del esquema del contrapoder, de un proyecto abierto y absoluto de renovación: «Dios ha muerto», también en la ciencia política.

6o. Dionisos

A Toni nunca se le ocurrió pensar el poder constituyente sin pensar la institución, ni pensar la institución sin pensar el poder constituyente. Ironía del destino, se lo ha acusado a menudo de ser un vitalista atento al flujo y no a la determinación. Por el contrario, el culto de la *Bestimmtheit*, de la determinación, es una de sus reminiscencias hegelianas más persistentes: la conexión entre poder constituyente –institución– poder constituido (que es lo mismo que decir: Estado) no tiene nada de fluida e indeterminada. Y precisamente pensando la determinación, Toni acepta con entusiasmo la propuesta que le hace Michael Hardt de ponerse a trabajar en un libro sobre el Estado en la posmodernidad: prácticamente una continuación de *El poder constituyente* apenas publicado.

Unos años después de haber llegado a Francia para una tesis de doctorado sobre Deleuze (una lectura muy atenta al pensamiento de la «singularidad múltiple»), Michael trabó amistad con Toni, participando en los seminarios y en el trabajo común. Termina la tesis, traduce al inglés *La anomalía salvaje*. Va y viene entre Francia y Estados Unidos, manteniendo una relación operativa con sus amigos parisinos, que enriquece en un continuo de informaciones críticas sobre los acontecimientos culturales y políticos estadounidenses. Su propuesta nace dentro de una amistad ya sólida.

Así, pues, *El trabajo de Dionisos*² nace dentro de una investigación común que reúne viejos trabajos de Toni y cosas nuevas hechas con Michael sobre el Estado y sus transformaciones en la contemporaneidad, en la posmodernidad, a partir de la ola neoliberal –y la resistencia y el poder constituyente–. Aquí se encuentra la primera hipótesis explícita de una nueva categoría, de la potencia objetiva que surge de las ruinas del Estado

² Michael Hardt, Antonio Negri, *Labor of Dionysus. A Critique of the State-form*, Minneapolis-Saint Paul, 1994. [Ed. cast.: *El trabajo de Dionisos*, trad. de Raúl Sánchez Cedillo, Madrid, Akal, 2003].

moderno para medirse en el espacio geopolítico global, que luego se llamará «Imperio».

El libro, dedicado a Félix Guattari, contiene la traducción inglesa de algunos antiguos ensayos de Negri («John Maynard Keynes y la teoría capitalista del Estado en 1929»; «El trabajo en la Constitución»; «Sobre algunas tendencias de la teoría comunista del Estado más reciente: reseña crítica» y «Estado, gasto público y ruina del “compromiso histórico”»), pero entra en la actualidad en los capítulos finales y en la introducción temática, escritos a dos manos.³

El primer tema es «El derecho posmoderno y el marchitamiento de la sociedad civil»: a través de la crítica de los teóricos más recientes del neoliberalismo (Rawls y Luhmann en particular) se aborda el marchitamiento de la sociedad civil en la «subsunción real» a la que el capital la somete. Toni y Michael introducen la hipótesis de que «reflexión» y «equilibrios sistémicos» producen sujetos débiles dentro de una autonomía política y jurídica del Estado que se endurece cada vez más. El Estado neoliberal es un Estado «fuerte», que garantiza la libertad del mercado y vacía la sociedad civil, la clase media metropolitana, de todo poder y de toda posibilidad de participación política real.

El segundo tema define las «Potencialidades de un poder constituyente». Aquí el análisis se centra sobre la relación crítica entre Estado y poder constituyente, e insiste sobre las bases ontológicas a partir de las cuales puede surgir una nueva subjetividad en el trabajo y en la escena política:

La característica fundamental del nuevo modo de producir parece consistir en el hecho de que la principal fuerza productiva es el trabajo técnico-científico, en tanto que forma compleja y cualitativamente superior de síntesis del trabajo social. Esto significa que el trabajo vivo se manifiesta sobre todo como trabajo abstracto e inmaterial (en lo que atañe a la forma). Ya no puede ser reducido a trabajo simple –al contrario, en el trabajo tecnocientífico convergen cada vez más lenguajes artificiales, articulaciones complejas de la información y

³ Ed. cast.: *La forma-Estado*, trad. de Raúl Sánchez Cedillo, Madrid, Akal, 2003.

de la ciencia de los sistemas, nuevos paradigmas epistemológicos, determinaciones inmateriales y máquinas comunicativas–.

El sujeto de esta modalidad de producción se configura como un *cyborg*: híbrido de organismo y máquina que ya no responde a la distinción entre trabajo inmaterial y trabajo material.

Su trabajo es social, toda vez que las condiciones generales del proceso vital (de producción y reproducción) pasan a estar bajo su control y se configuran en conformidad con el mismo. Toda la sociedad queda ocupada y recompuesta en el proceso de producción de valor de esta nueva figura del trabajo vivo: ocupada hasta tal punto que, en este proceso, la explotación parece haber desaparecido –o, para ser más exactos, parece haber quedado restringida a zonas irremediablemente atrasadas de las sociedades contemporáneas–.

Pero en realidad estas nuevas figuras del trabajo vivo también están sometidas «desde el exterior» al poder capitalista:

De este modo, la contradicción de la explotación se ve desplazada a un grado altísimo, donde el sujeto principalmente explotado (el técnico científico, el *cyborg*, el obrero social) es reconocido en su subjetividad creativa, pero controlado en la gestión de la potencia que expresa. Desde este grado altísimo de poder de mando, la contradicción redundante en toda la sociedad. De esta suerte, todo el horizonte social de la explotación se unifica tendencialmente en referencia a ese grado altísimo de poder de mando, colocando dentro de la relación antagonista todos los elementos de autovalorización, en todos los planos en los que estos se manifiestan.

La dimensión constituyente, vinculada a las transformaciones del trabajo vivo, impone su figura y su apertura institucional sobre todo en el prefacio, «Comunismo como crítica»: presentándose no como último *avatar* de instancias utópicas (que nunca consiguen romper de manera constituyente las instituciones de la burguesía), sino como momento teórico que aborda, desde el punto de vista de la crítica constituyente, las figuras que (de Weber a Keynes, de Kelsen a Schmitt, de Schumpeter a Rawls y muchos otros) configuran el estado de la explotación y del poder de mando. La crítica

puede volverse eficaz pasando a través de la deslegitimación de estas construcciones teóricas:

A través del camino trazado en estos ensayos hemos intentado aplicar el método materialista a las transformaciones de la modernidad, del mismo modo que ese método fue planteado y desarrollado en los inicios de la modernidad. No debería confundirse nunca el materialismo con los desarrollos de la modernidad; el materialismo se ha conservado en los desarrollos de la modernidad como una alternativa –una alternativa que ha sido continuamente liquidada, pero que siempre ha vuelto a pensarse–. El Renacimiento descubrió la libertad del trabajo, la *vis viva*: el materialismo la interpretó, la modernidad capitalista la subyugó. Hoy, el rechazo del trabajo asalariado y el desarrollo de las fuerzas productivas intelectuales vuelven a proponer intacta esta alternativa derrotada y reprimida en los albores de la modernidad.

Mal que pese a las ideologías posmodernas, que tratan de encerrar a la intelectualidad de masas del trabajo productivo y las nuevas subjetividades antagonistas,

El trabajo vivo, el indomable Dionisos de la libertad y del comunismo no se presta a ese juego. Si la forma del trabajo tiende a la completa inmaterialidad, si el mundo de la producción hoy puede describirse en los términos de lo que Marx llamaba *general intellect*, entonces el trabajo vivo indica el espacio que se abre en este terreno para la recomposición política del antagonismo. ¿Por qué no reapropiarse de la naturaleza inmaterial del trabajo vivo? ¿Por qué no llamar robo a la propiedad privada de los medios de producción –un robo mil veces más grave toda vez que la propiedad se ejerce sobre nuestro trabajo inmaterial, sobre la naturaleza más profunda e indómita de la humanidad–? ¿Por qué, en todo caso, no operar científicamente en este plano, reconstruyendo las dinámicas del dominio, el funcionamiento del Estado y de la ley, como residuos perversos de algo que ya ha muerto? A estas alturas, vampiros y zombies parecen las metáforas más apropiadas del dominio del capital.

61. Guerra

Como si viniera para destruir la esperanza en la posibilidad de construir nuevas instituciones, estalla la guerra estadounidense en Kuwait e Irak. Los cegadores servicios televisivos de la CNN muestran al mundo los bombardeos de la superpotencia contra sus antiguos asalariados, hoy convertidos en enemigos. Cuando la CNN traduce la guerra a un espectáculo, oscurece la muerte. No para Toni, que conserva el recuerdo preciso del 43, 44, 45, cuando las bombas caen del cielo, silbando –espantosas explosiones y muerte en derredor–. Lo negativo nos asalta: ¿cómo seguir pensando el poder constituyente, cuando la guerra imperial parece anular toda posibilidad de resistencia?

Immanuel Wallerstein, de paso por París, participa en una reunión en casa de Toni. Su descripción de la situación es desesperada: «pesimismo de la razón», como buen marxista de cátedra. Tampoco su previsión del futuro –el declive estadounidense ha comenzado: ¡la guerra en Irak es un síntoma!– abre resquicios positivos. Wallerstein parece pensar la imposibilidad actual de una resistencia triunfante al imperialismo: «Después del 68 se interrumpió la capacidad del movimiento obrero de plantear luchas revolucionarias en el terreno nacional; hoy una nueva perspectiva de posibilidades revolucionarias reside en otro lugar». Como viejo tercermundista, Wallerstein indica de nuevo ese «otro lugar» en una acción que irrumpa entre el Sur y el Norte, entre pobres y ricos, entre subdesarrollo y mundo capitalista desarrollado.

Análisis generoso, pero impreciso e insuficiente, le replica Toni: también en nuestros países hay ricos y pobres que se oponen y, por otra parte, riqueza y pobreza que se recomponen en la nueva composición del trabajo: sujetos ricos en conocimiento y pobres en salario; ricos en capacidades productivas pero expulsados de la posibilidad de producir. Esto es lo negativo que nos interesa: un negativo que no hay que encomendar al acontecimiento del «optimismo de la voluntad», sino a la capacidad de construir, día tras día, una máquina tan potente que permita combatir contra el capital y destruir su organización represiva. Para hacerlo, hay que dejar a un lado y, en caso

necesario, deslegitimar todo discurso, por muy honesto que sea, que asume como decisivo el «optimismo de la voluntad», que se resuelve en una decisión desesperada de lucha en una condición extrema – confundiendo acción revolucionaria y terrorismo–. De hecho, ¿qué puede significar «acción desesperada» salvo vocación de terror o convicción de suicidio? Pero para el materialista, el terrorismo es suicidio del yo común.

Así, pues, ¿dónde está el otro lugar? Frente a la búsqueda del «otro lugar» tercermundista de Wallerstein, Toni y sus compañeros plantean un «otro lugar» que está aquí, dentro de la actualidad. Desde luego, la guerra es un límite de la acción, y puede aparecer como un límite absoluto cuando se le contraponen la paz entendida como un valor absoluto: en efecto, no por nada las religiones al servicio del poder se sirven de esas oposiciones absolutas para neutralizar toda lucha de resistencia. Así, pues, es necesario actuar también contra esa parálisis de la acción: rebelarse contra la guerra como cara del capital, incluso con la guerra. El rechazo del poder de mando ha de organizarse dentro de cada uno de los sujetos: aquí, ahora. Es necesario destruir, junto a la pasividad a la que induce la amenaza de la guerra, el fetiche de la paz.

Pero la guerra está ahí, continúa produciendo muerte y te cierra el horizonte. Desenmascaremos la guerra y los sucios intereses que quiere imponer –perfecto: pero después de haberlo dicho no quedaba mucho que hacer–. Solo unos años más tarde, el pacifismo militante y agresivo de la «intelectualidad de masas» conseguiría demostrarse central en la oposición a la guerra, cuando los compañeros se atrevieron a detener los camiones y los trenes que desplazaban hombres y materiales, en 2003, durante la segunda Guerra del Golfo. El pacifismo se mostrará como el *pathos* de un tiempo nuevo: y las poblaciones europeas enseñarán en todas las ciudades las banderas multicolores de la paz.

Así, pues, es cierto que la experiencia de lo negativo se da como bloqueo del espíritu constituyente, pero también es cierto que, cuando se tiene esa experiencia, da la fuerza para hacer la guerra a la guerra: la resistencia se muestra dentro de una estrecha articulación con el espíritu constituyente, porque la guerra destruye

el ser, mientras que la resistencia lo conserva y el espíritu constituyente lo aumenta. Toni, que había vivido la tragedia de la guerra en su propia infancia, siempre había pensado que el rechazo de la guerra debía entrar en toda propuesta política: tiene que ser inscrito en las constituciones democráticas y, en las que ya esté inscrito, la lucha de clase tiene que imponer la obediencia al mismo. También el proyecto constituyente del comunismo por venir debe contener ese rechazo: porque el comunismo es un sólido modo de ser en la verdad, y esa solidez, concedida al ser animado por potencias constituyentes, solo la garantiza la paz. Toni habría querido exponer mejor estos pensamientos a Wallerstein y a los compañeros que en aquella reunión volvían a plantear previsiones pesimistas y análisis afligidos del espíritu del tiempo. Afirmar que el pesimismo de la razón tiene a menudo efectos contraproducentes no significa endulzar la realidad, ni disminuir el impacto devastador de la guerra: su propósito era pensar una acción de resistencia, que contra la guerra opusiera y reivindicara la vida. Pero para hacer eso había que aceptar el lema: «transformar la guerra imperialista en revolución proletaria» y, desprendiéndose de toda retórica altisonante, pensar en una resistencia organizada en el tiempo, construida en la clandestinidad en caso necesario, prudente y eficaz al anticipar las respuestas a los ataques y dándoles la vuelta a todas las provocaciones. Resistencia constituyente, constructiva de programa e hipótesis de gobierno. Cuando la reunión terminó, también Wallerstein parecía estar de acuerdo.

62. *¿Qué es la filosofía?*

Qu'est-ce que la philosophie?, escrito por Deleuze y Guattari «cuando llega la vejez, y es hora de hablar concretamente», se publica en 1991. Cuando Toni consigue tenerlo en sus manos, tiene la certeza de que le será de ayuda en su propia investigación.

Deleuze y Guattari formulan en el libro una definición fulminante de filosofía: «El arte de formar, fabricar e inventar conceptos»; y añaden: «El concepto se define por la inseparabilidad de un número finito de componentes heterogéneas atravesadas por un punto de

sobrevuelo absoluto, a una velocidad infinita». El concepto tiene una historia «en zigzag», pero también un devenir, que concierne a sus relaciones con los otros conceptos situados en el mismo plano: aun perteneciendo a historias diferentes, los conceptos se conectan en ese plano, y componen sus respectivos problemas, participando en la misma filosofía. El concepto filosófico:

Consiste en su creación, en construir un acontecimiento que sobrevuela toda vivencia, así como un estado de cosas. Todo concepto talla un acontecimiento, lo recorta a su manera propia. La grandeza de una filosofía se valora con arreglo a la naturaleza de los acontecimientos a los que se refieren sus conceptos, o que ella nos hace capaces de liberar en los conceptos. De este modo, en los mínimos detalles, se explica el vínculo único y exclusivo de los conceptos con la filosofía como disciplina creadora.

Félix y Gilles ponen en marcha una fábrica de la inteligencia colectiva: el concepto, formado como generalidad del acontecimiento, está instalado en el ser, es decir, puesto en una condición ontológica que le atribuye verdad; y al mismo tiempo es fabricado como arma del conocimiento y dispositivo que se despliega, se lanza al mundo y responde a las urgencias de la ética y de la política.

Este proceder no se basa en repeticiones escolásticas o lógicas historicistas: nace del análisis (como en los clásicos) de la experiencia directa del cuerpo y del cerebro –los *operaisti* no habían hecho otra cosa cuando avanzaban en el conocimiento de la lucha de clase–.

Toni encontraba en este texto muchas cosas que, solo o en debate afectuoso con Félix y Gilles, había estado ordenando en su cabeza; en él identificaba la perfección de un circuito que procedía de la experiencia al concepto: de este modo, la potencia del concepto, constituida en la experiencia de sobrevuelo de la realidad, puede abrirse a la acción. En el concepto, en la máquina que lo produce, la acción se configura como incidencia del concepto sobre el ser: un verdadero desgarramiento creativo del ser, en el «plano de inmanencia» –y, en lo sucesivo, en la acción–.

A través de ese tránsito nos abrimos a la perspectiva ético-política, siempre central en las obras de Deleuze-Guattari: el discurso político se aborda en el centro de *¿Qué es la filosofía?*, donde el

análisis del plano de inmanencia se cruza con la problemática del acontecimiento histórico. La pregunta sobre el devenir choca con la de la territorialización del sujeto histórico y la determinación histórica con la producción subjetiva del cerebro, es decir, con la producción singular de infinito, siempre repetida; y la territorialización lucha contra una desterritorialización progresiva, impuesta por el desarrollo capitalista. Este proceso es, para Gilles y Félix, el proceso revolucionario; un *operaista* diría que de tal modo se unen «composición técnica» y «composición política» del proletariado, o que de esa manera «se hace multitud». «Decir que la revolución es de suyo utopía de la inmanencia no es decir que es un sueño, algo que no se realiza o que solo se realiza traicionándose. Al contrario, es plantear la revolución como plano de inmanencia, sobrevuelo absoluto».

La palabra «utopía» es el nombre de la conjunción antagonista del concepto con el *milieu* presente; por lo tanto, es cierto que la revolución «es culpa de los filósofos», aunque no la hagan los filósofos:

Que las dos grandes revoluciones modernas, la estadounidense y la soviética, hayan terminado tan mal, no impide que el concepto prosiga su vía inmanente. Como mostró Kant, el concepto de revolución no consiste en la manera en la que esta puede conducirse en un campo social necesariamente relativo, sino en el «entusiasmo» con el que es pensada en un plano de inmanencia absoluta, como una presentación del infinito en el «aquí y ahora».

La revolución, como concepto y acontecimiento, «se deja aferrar por un entusiasmo inmanente sin que nada, en el estado de cosas o en la vivencia, pueda atenuarlo, ni siquiera las decepciones de la razón. La revolución es una desterritorialización absoluta, hasta tal punto que apela a una nueva Tierra, a un nuevo pueblo». Pero la forma presente del Estado democrático, que quiere presentarse como *cogito* comunicativo de la totalidad de los ciudadanos, perpetúa la estabilidad capitalista e impide toda transformación: es concepto reducido a opinión, que santifica el presente mientras anula toda resistencia. De este modo, a un nuevo pueblo la democracia «le queda pequeña»: resistencia es creación, «contraefectuación», reapertura del puro devenir, afirmación del acontecimiento en el terreno de la inmanencia –el ser se define por lo inactual y lo intempestivo–.

La filosofía común, en el enfrentamiento con la nueva realidad social y política en el siglo XXI, debe a su vez «contraefectuarse», ser *mimo*:

Un *mimo* así no reproduce el estado de cosas, ni tampoco imita la vivencia, no produce imagen, sino que construye el concepto. De aquello que sucede, no busca la función, sino que extrae el acontecimiento, es decir, la parte real de lo que no se deja actualizar, la realidad del concepto. No se trata de querer lo que ocurre, con esa falsa voluntad que se lamenta y se defiende y se pierde en la mímica, sino llevar el lamento y el furor hasta el punto en el que se vuelven contra lo que ocurre, para construir el acontecimiento, liberarlo, extraerlo en el concepto viviente. Hacerse dignos del acontecimiento –la filosofía no tiene otra tarea, y el que contraefectúa es precisamente el personaje conceptual–.

«*Mimo*» es el personaje conceptual que opera el movimiento infinito: querer la guerra contra las guerras futuras y pasadas; la agonía contra todas las muertes y la herida contra todas las cicatrices, en nombre del devenir y no de lo eterno. Así, pues, ¿qué significa hacer el *mimo* del mundo del siglo XXI? Deleuze y Guattari dejan la cuestión en suspenso: después de habernos dicho que el horizonte sigue siendo el de la revolución, y haber indicado las determinaciones de la insurgencia ética en la urgencia del devenir; después de haber denunciado el Estado de derecho y la sociedad de la comunicación como forma actual del despotismo y de la imbecilidad, pasan el testigo.

¿Cuál es el *mimo*, el personaje conceptual que en el trabajo y en la imaginación colectiva, procederá en sentido revolucionario en el siglo XXI? Nosotros pensábamos que era el *general intellect*: con toda probabilidad, Deleuze y Guattari estaban de acuerdo.

63. Operaismo

Después del final de la URSS y la disolución del PCUS, el golpe de Estado y la extraña victoria de Boris Yeltsin, que se pone a gobernar la gran madre Rusia con los *Chicago Boys* y usa los tanques contra

el Parlamento. Mientras el mundo está alborotado, en Italia la descomposición de las viejas relaciones de fuerza se representa ahora en un espectáculo indecente de corrupción, que barre a la vieja clase dirigente: una *comédie italienne* que trae a la memoria al Metternich que definió Italia como «una expresión geográfica carente de valor político».

No obstante, Toni y sus compañeros son conscientes de que en estos años han construido una nueva base teórica, que no solo servía para comprender lo que estaba pasando, sino también para construir nuevos caminos políticos en la realidad que se presenta: ya no se trata de desarrollar análisis, sino de construir programa y de volverse a abrir a experiencias organizativas. En estos últimos años se habían creado los presupuestos: los teóricos, a través de la contaminación entre el *operaismo* y el pensamiento posestructuralista francés; los empíricos, a través del trabajo sociológico-político que había permitido verificar las hipótesis teóricas en el terreno del *operaismo*, adecuadas para una nueva composición social y técnica del proletariado. Por lo tanto, como toda gran teoría política, también el *operaismo* demostraba que sabía descubrir y asimilar nuevas realidades.

Así que, ¡a trabajar! Toni empieza a enseñar en la universidad de París 8 y, junto a un grupo de docentes y de militantes, da vida a *Futur antérieur*, una revista que recoge lo mejor del pensamiento crítico-militante del periodo. Y luego estaban los seminarios con compañeros italianos y franceses, estadounidenses y europeos: se construye un laboratorio, como antaño lo fuera Padua, para continuar y perfeccionar la encuesta y unir y atravesar disciplinas distintas con instrumentos metodológicos comunes. Para que el saber subversivo pueda hacerse crítica de la ideología adversaria, será necesario someter el discurso teórico *ad experientiam crucis*, para hacer que surja una nueva subjetividad que tenga espaldas para aguantar el poder constituyente: insertar en el *operaismo* lo «nuevo» no para convertirlo en un «post», sino en un «neo-operaismo» que tuviera la frescura y la potencia teórica de lo que fue el «viejo» *operaismo*. Desde luego, el «poder constituyente» –cuando el *operaismo* tocaba el nivel político– hacía que lo nuevo

fuera irreductible a lo viejo: era de todos modos el *trabajo vivo* que contenía *in nuce* la potencia constructiva que se expresaba enteramente como *constituency*, con ansia institucional creativa, en modo alguno imitativa o parasitaria (como era la clase obrera del «viejo» *operaismo*, abandonada a las estructuras autoritarias del tercerinternacionalismo).

A través de la encuesta, el trabajo vivo había revelado la característica de la cooperación social que había pasado a serle inherente, y la cooperación, insertándose en la comunicación, había empezado a mostrar la productividad de las conexiones laborales inmateriales. La filología del *general intellect* había ofrecido un paradigma seminal a estos desarrollos teóricos: ahora había que sumergir este trabajo vivo en la historia e identificar los procesos de subjetivación que habrían podido producir subjetividad política. Y sin embargo precisamente aquí, cuando Toni se aplica a hacer la historia de la fuerza de trabajo y a subjetivar el trabajo vivo, se da el máximo de distancia respecto a la obra de Deleuze y Guattari y la máxima apertura –que solo más tarde se le presentará en toda su evidencia– a la obra de Foucault.

Así, pues, en la escena aparece un nuevo sujeto multitudinario, caracterizado por el trabajo inmaterial y cooperativo; que permite predecir los rasgos «cognitivos» y «cooperativos» de los movimientos por venir. Este nuevo sujeto está en busca de institución: de instituirse en la historicidad concreta, de presentarse como protagonista en la lucha de clase. No es suficiente pedirle que encuentre el acontecimiento, es necesario hacer que encuentre el acontecimiento, afirma Toni. Pero su discurso estaba aún incompleto: faltaba aún la totalidad de la cualificación «cognitiva» del trabajo vivo. Y, sobre todo, la insistencia sobre el «sujeto» daba la impresión de abstracción ideal, así como la sensación de una fijación ontológica impropia: en resumen, parecía que la conclusión del razonamiento estuviera implícita en su premisa.

Toni se merecía esas polémicas y esas protestas: era necesario seguir avanzando en la descripción de los «procesos de subjetivación» capaces de dejar de reconocer todo presupuesto y de devolverlos completamente a la *praxis*. Dicho esto, es igualmente

cierto que Toni no podía rebajarse al nivel de las falsificaciones de quienes, identificando y limitando el *operaismo* a la aventura de un joven Wilhelm Meister, lo consideraban una experiencia romántico-adolescente, colocada –pobre de mí– ya no en el áureo *Heimat* weberiano, ¡sino en las tristes habitaciones de Botteghe Oscure!⁴ Y hoy, ¿qué hace Nietzsche en el Parlamento?

Resulta aún más estúpido considerar *Obreros y capital* como el resto arqueológico de una clase obrera muerta y enterrada, a la que ahora habría que elogiar con elegancia filológica y tristeza compungida. No: es cierto que *Obreros y capital* era un material bruto, pero desde entonces ha sido trabajado continuamente, convirtiéndose en un instrumento eficaz en el presente y en el futuro. El *operaismo* vive como relectura auténtica del *Capital* marxiano, adecuada a la nueva figura, ni *post-* ni *neo-*, del mundo capitalista y del antagonismo proletario global: una lectura que poco después será completada en *Imperio*.

64. Laboratorio París 8, núm. 1: revolución y contrarrevolución

Toni empieza a trabajar en Ciencias Políticas de Saint-Denis en el segundo semestre de 1989. No logra entender cómo Jean-Marie, el director, ha conseguido contratar a un *sans papiers*. Finalmente tiene un sueldo y derecho a asistencia médica. Qué enorme transformación de su vida: quien no lo crea que intente vivir (y ahora a salir de) una década de incierta precariedad. Así que toca ponerse a trabajar y construir el laboratorio que ahora le era dado construir. Los cursos que Toni dará en esos años constituyen el compendio de cuanto había estado estudiando y una pequeña (si se me permite un arranque de ironía) enciclopedia de su cerebro político. Los estudiantes del segundo ciclo no están mal –preparados para trabajar con los conceptos, más de lo que Toni se esperaba y de lo que recordaba del trabajo hecho en París 7 diez años antes–. Un primer

⁴ En referencia a la sede central del PCI en via delle Botteghe Oscure, Roma.

grupo de clases y seminarios –Toni recuperaba el método de alternarlos ya experimentado en Padua– atañe a la crisis del Estado burgués del capital y la crisis de los modos de regulación del *welfare*, en resumen, la crisis del *Welfare State*, por decirlo en pocas palabras. En este caso, como siempre en aquellos años, lo que Toni enseña podría también titularse «revolución y contrarrevolución». De hecho, en sus lecciones era decisivo el planteamiento antagonista –Estado y proletariado en lucha–. Era lo que había sucedido en torno al 68, el punto de inflexión de los «Treinta gloriosos» de la historia fordista. Era también lo que había descrito correctamente en *El poder constituyente*. Lo *micro* está en lo *macro*, la organización del trabajo en la organización de los gobiernos –y viceversa– y siempre hay una causalidad feliz (revolucionaria) o perversa (reaccionaria) que une estas vicisitudes. Y esto es algo que se verificaba cuando, como precisamente estaba sucediendo en los años ochenta, la *magna carta* keynesiana, que llevaba regulando desde finales de la Segunda Guerra Mundial las relaciones entre las clases a partir de las fábricas, había entrado en crisis. Así, pues, se trataba de registrar esa crisis y de someterla a una analítica que revelase sus causas y sus posibles desarrollos. Seguía siendo interesante e instructivo seguir las vicisitudes del *New Deal*: mis estudiantes se indignaban por la vergonzosa política deflacionista de los conservadores antes de la crisis de Wall Street en el 29 y se entusiasmaban por la acción restauradora (y en algunos aspectos revolucionaria) de Roosevelt, por el nacimiento de los nuevos sindicatos del obrero masa y por la presión que estos ejercieron para recalibrar y reducir las diferencias de clase en los nuevos Estados Unidos. Se discutía sobre las películas que habían mostrado la fortuna del obrero masa en el tren-tenio posterior a la Segunda Guerra Mundial.

Toni hablaba a una clase multicolor de estudiantes, franceses y no franceses, así como a una serie de estudiantes europeos. Con los de color no tardaba en estar de acuerdo cuando explicaba que precisamente en los países del Tercer Mundo los proletarios habían enarbolado de nuevo las banderas revolucionarias que habían dejado caer los socialistas y los comunistas en los años de la represión en las colonias. Pero aquella historia había terminado. A partir de los

años setenta, la clase obrera fue derrotada en Europa y en Estados Unidos y, empujada a los márgenes del proceso de valorización, se vio privada de su potencia de transformación. Esto no tiene nada de sorprendente: en otras ocasiones las clases sociales hegemónicas, en mayor medida cuando eran progresistas, fueron eliminadas y obligadas a ceder el lugar central que ocupaban y su capacidad de dirección a otras fuerzas políticas. Y, sin embargo, los grupos de trabajadores que hoy reanudaban las luchas del movimiento comunista seguían siendo «obreros» –ya fuera de la retórica corporativa que otras veces había ahogado a estos sujetos en un mar de palabras sin rescatarlos para la práctica revolucionaria–. Buen uso de las categorías «clásicas» del *operaismo*: pero no era suficiente asumirlas, tal y como habían sido formuladas, para describir la crisis que el siglo estaba viviendo. Los estudiantes seguían el juego. Sobre todo cuando se propuso otro teorema clásico del *operaismo*: las luchas políticas del proletariado producen el desarrollo político del capitalismo; la represión reacciona produciendo otra composición técnica de la fuerza de trabajo, y así sucesivamente. Podía decirse también, de manera tosca: no hay nunca revolución sin contrarrevolución; ni contrarrevolución sin revolución. Toni explicaba este «doble dialéctico» utilizando también las categorías gramscianas de «revolución pasiva» y «revolución *tout court*» –pero le parecía que en Gramsci el concepto de «pasividad» era demasiado fuerte, demasiado historicista, carente de la agilidad que ejercía la dialéctica *operaista* describiendo la *dis*-continuidad histórica de la lucha de clase–. En resumen, lo que era fundamental era fijar el carácter interno de la clase obrera respecto al desarrollo y a la crisis del proceso productivo y político capitalista. La experiencia teórico-práctica de los años setenta: para esto se recuperan los análisis contenidos en los ensayos «para la hoguera» (pues fueron realmente arrojados a las llamas por la editorial Feltrinelli y publicados más tarde con el título de *Los libros de la hoguera*⁵), así como la literatura (sobre todo alemana

⁵ Toni Negri, *I libri del rogo: Crisi dello Stato-piano; Partito operaio contro il lavoro; Proletari e stato; Per la critica della costituzione materiale; Il dominio e il sabotaggio*; Roma, DeriveApprodi, 1997. Disponible en castellano en *Los libros de la autonomía obrera*, *op. cit.*

e inglesa) que, siempre con las especificidades nacionales de cada academia, se había producido sobre el tema y que a Toni (más allá de sus tonalidades políticas) le parecía bastante homogénea. Pero a los estudiantes aquella literatura académica les parecía genérica e insistían en el «punto de vista de clase», necesario para comprender con verdades –es decir, «desde abajo», «desde dentro»– lo que había pasado. Toni debe reconocer que en aquellas clases/seminarios de París 8 finalmente percibía con claridad la «diferencia» metodológica de su propia enseñanza. Otrora, en los años setenta, su proceder *operaista* le había parecido el «único» punto de vista «científico». Ahora comprendía hasta qué punto el «*Kampfplatz*» [campo de batalla] se había vuelto complejo, pero también lo profunda que se había vuelto la «diferencia». En los años setenta, el *operaismo* era orgullo del saber e intolerancia hacia el adversario; ahora se presentaba como un arma que, rompiendo con la infame neutralidad de la academia, solo tenía posibilidades de ganar la batalla del saber si se abría sin descanso, con humildad y coherencia, a la continua mutación del enfrentamiento y de las potencias «dentro/contra» en la relación de capital.

65. Laboratorio París 8, núm. 2: la transformación del trabajo

«La mutación del trabajo y sus consecuencias políticas» continúa siendo años después tema de las clases, coordinadas con un seminario en el Collège International de Philosophie. Pierre Lantz, Jean-Marie Vincent, Yves Clot, Georges Waysand, Alain Lipietz, Bruno Latour, Christian du Tertre, Pierre Veltz, Philippe Zarifian, Bruno Théret, Bruno Freyssinet, Rainer Rochlitz, Bruno Karsenti, Judith Revel, Danièle Kergoat, Christophe Dejourn, Pierre Macherey, Jean-Louis Weissberg son algunos de los estudiosos que intervienen en el seminario.

La cuestión fundamental es si el trabajo es aún un concepto totalizador del análisis político-social. La respuesta era positiva: pero con la condición de asumir el trabajo en las transformaciones que afectaban a sus características materiales y a su esencia social.

No, por lo tanto, a la manera de Habermas, que analizaba esta nueva esencia del trabajo como si la socialización comunicativa, impresa en la actividad laboral, fuera un transcendental: las modificaciones eran materiales, debidas a las tecnologías que habían cubierto la fuerza de trabajo y a la socialización de la explotación. Y a través del análisis de estas transformaciones y de la consolidación progresiva de la hegemonía del «trabajo inmaterial», afloraba claramente la autonomía relativa (pero consistente) de la fuerza de trabajo en el modo de producir. Cambiaba también la naturaleza de la explotación: de ser intensiva, como en los regímenes industriales, pasaba a ser extensiva, y se ejercía sobre las dimensiones sociales de la producción. La «abstracción» del trabajo era extrema: cuanto más autónoma se volvía la fuerza de trabajo, más se volvía interna al capital –«implicación paradójica» del trabajo en la explotación–.

¿Pero qué era el «dentro/contra» sino esa «implicación paradójica» –su revelación teórica y su uso político–? Este discurso cubría los aspectos subjetivos del modo de producción en la transformación. Pero para que el trabajo se volviera sujeto, acontecimiento en cuanto tal, era necesario que se diera una producción activa de subjetividad en el terreno de las luchas: el sujeto ya no es un presupuesto, sino un proceso. Entonces era necesario desarrollar los conceptos de «composición técnica» y «composición política» del *opéraismo*, que por así decirlo habían quedado «fijados» en la época del obrero masa y declinados como «clase» y «partido»: composición material de clase y conciencia política de partido. En la crisis de ambos polos, era indispensable redefinir estos conceptos.

La «composición técnica» se describía entonces en la nueva «formación social» como cooperación social de los trabajadores inmateriales, como territorio del trabajo o como valor de uso del *general intellect*, enriquecida entonces de nueva complejidad: el trabajo era cada vez más saber, uso de potencias intelectuales, red de conexiones interindividuales, *agencement*/entrelazamiento de cuerpos y de máquinas, estructura *machinique*, que cada vez más se metamorfoseaba en la reproducción y se mezclaba en la circulación. En lo que atañe a la «composición política», había que

tomarla en su figura más moderna: composición plural, tejido de «formas de vida» constituidas en lo biopolítico.

En un primer momento, las dos figuras de la composición parecían tocarse sin compenetrarse, como dos láminas que se deslizan y se restregan una contra otra: así, pues, aquí se inserta la *producción de subjetividad* como elemento de novedad y ruptura. Se atisbaba aquí, por lo tanto, la «conciencia de clase», no como efecto maquínico de la existencia proletaria (como lo había sido en la II Internacional) ni como efecto voluntarista de una vanguardia externa (como quería la III Internacional), sino como un dispositivo interno del trabajo vivo explotado y de su autonomía productiva. Para determinar la composición como organización política (una urgencia marxiana primaria), intervenía la discusión con la categoría foucaultiana de «producción de subjetividad», desarrollada en un primer periodo como efecto del control capitalista sobre la clase trabajadora en las condiciones neoliberales del desarrollo. Más tarde, en las lecciones en el Collège de France, Foucault abriría la posibilidad de teorizar la producción de subjetividad como producción de autonomía y de libertad: en esta articulación, el concepto de composición política reconquistaba una perspectiva comunista.

66. Laboratorio París 8, núm. 3: *agencements machiniques*

Así, pues, partiendo de las transformaciones del trabajo se podían leer los cambios de la industria y de las formas de vida. Partiendo de este nuevo paradigma productivo, ¿cuáles eran las transformaciones de la vida a las que daba lugar? En los primeros años noventa, esta mesa de discusión involucra no solo a los estudiantes de Ciencias Políticas, sino también a los de Filosofía.

Las conversaciones a menudo se desarrollaban adoptando como tema el «modelo *Japan*»: robotización; subcontratación difusa; islas productivas; método *just-in-time* de integración de producción y circulación –innovaciones eficaces, que comportaban gran capacidad de control social, producción capitalista de subjetividad y aplicación de instrumentos de regulación que no son el resultado de un contrato entre partes–. Resultaba evidente que la revolución/

mutación industrial no estaba coordinada con un espacio público de libertad: la transformación de la composición técnica de la fuerza de trabajo no suponía para esta un mayor poder, ni la mutación industrial daba paso a una reestructuración adecuada de las formas de vida en el espacio público –*Hic Rhodus, hic salta*: hemos entrado en el siglo japonés, se decía (y los japoneses daban las gracias, comprando algunas de las joyas más bellas del capitalismo neoyorquino y californiano)–.

Pero si no registrábamos una correspondencia evolutiva y «externa» de las plataformas compositivas, técnicas y políticas, de la nueva relación de capital, esta relación podía comprenderse mejor siguiendo «desde el interior» ese desarrollo: tratando de describir el nuevo modo de producción; haciendo hincapié en las figuras y las medidas de subjetivación que en este ejercían una función decisiva. Aquí resultaban útiles los análisis de Félix sobre los *agencements machiniques*: se podía describir la condición industrial en la cual se habían modificado las tecnologías y se habían integrado los comportamientos de la fuerza de trabajo como una *machine abstraite*, como *medium* transversal de la relación máquina/obrero. En la teoría de Deleuze y Guattari, la *machine abstraite* se coloca al término de un camino que parece imitar, en forma de metáfora, las transformaciones del modo de producir. *CsO, Corps sans Organes*: una condición oscilatoria, transitoria, entre varias posibilidades/determinaciones, que representa el paso del fordismo al posfordismo y que, en la situación japonesa, se exhibía de manera prepotente, como *machine abstraite*. A esta escala de la transformación, la *machine abstraite* mostraba el vigor de un poder de mando que ocultaba la dialéctica persistente entre poder de la máquina y potencias de la nueva subjetivación.

En ese periodo los estadounidenses del ámbito de *Futur antérieur* introducen la discusión sobre Donna Haraway y su *Manifiesto cyborg*, leído y discutido en las numerosas propuestas y variantes que presentaba. Para Toni, la variante que recoge es la del *cyborg*, trasladada dentro de la lectura marxiana del maquinismo: entre «composición técnica» y «composición política de la clase social productiva» aparecía la posibilidad de vías de fuga que rompieran

por abajo la subsunción y el dominio. La hipótesis de una «apropiación de capital fijo», en relación con la producción de subjetividad por parte de los operadores/trabajadores, se configuraba no como metáfora, sino en términos ontológicos: como indicación de una metamorfosis del trabajo vivo en su cuerpo a cuerpo con el poder de mando capitalista.

67. Banlieue

A comienzos de los años noventa, Toni y Maurizio Lazzarato hacen una breve investigación en Montfermeil, en una *cit  de banlieue*. Llegan a Montfermeil invitados por el Plan Urbain (la misión de investigación del Ministère de la Ville): de hecho, en las calles de adosados que rodean la *cit * se puede advertir una gran inquietud. Maurizio y Toni ya habían investigado sobre el trabajo difuso en el textil: en Montfermeil hay un gran distrito industrial, compuesto de familias turcas, que trabajan en la confección y en el textil/moda; el único lugar en el que se trabaja duro en esa *banlieue* son las moles de cemento de la *cit *. El alcalde –fascista– odia a esos laboriosos trabajadores: afirma que son unos holgazanes, parásitos peligrosos. Cuando tenemos la reunión para exponer los datos de la investigación y recordamos la formidable productividad de la *cit *, para convencerlos de que no supone peligro, el alcalde fascista se indigna: ante el requerimiento de que no exagere, que Toni expresa con tono sereno, aquel añade, con el ceño fruncido, que «Montfermeil resistir  en los noventa al asalto de los turcos, como resistió en los setenta el de los *n gres* y en los ochenta el de los *beurs*». Más sofisticado e hipócrita es el exalcalde comunista, que, poniendo al mal tiempo buena cara, afirma que est  indignado porque los turcos (que trabajan dentro de tugurios infames, con ritmos de producción demenciales y sin descansos) no pagan impuestos (lo que además es falso):  por eso estarían traicionando a la clase obrera que, en el 36 y en el 45, había conquistado el derecho a las vacaciones y al *welfare*!  Bien dicho!

He aquí, pues, a los nuestros en medio de una situación dura y cruel: racistas contra migrantes. En ese periodo se ven en la

televisión barcos atestados de albaneses que desembarcan en los puertos de Brindisi y de Bari: pronto bajarán de los barcos y llegarán, entre otros lugares, a Montfermeil. Excluidos, proscritos y puestos a trabajar duramente –este es el nuevo orden mundial de la explotación: una gran masa de trabajadores semiserviles que se acumula en las periferias de las metrópolis, donde el racismo funciona como fuerza que coloca a los recién llegados en el nivel más bajo en el mercado del trabajo–. La situación se está volviendo trágica: con la crisis del fordismo, la «ciudad-fábrica» que contenía aquella fuerza de trabajo se está disgregando y la *banlieue* se torna en un lugar de descentralización y de degradación del trabajo. Provocado por la experiencia de Montfermeil, Toni se pone a estudiar todo lo que puede sobre la *banlieue*, desde los clásicos de la sociología urbana de la Escuela de Chicago hasta Mike Davis; retoma a Henri Lefebvre, Manuel Castells y todo lo demás. Y trata de formarse una opinión sobre el asunto.

Aquel proletariado, condenado a desaparecer en los nuevos bajos fondos de la sociedad que son las *banlieues*, ¿solo podrá recomponerse en contacto con las nuevas figuras del trabajo vivo, intelectual e inmaterial? Mientras tanto, en el verano del 92, Michael Hardt está en Los Ángeles: estalla la revuelta de los afroamericanos, en su barrio es particularmente violenta. Revueltas sacrosantas: ¿cómo quieren que pueda evitarlas un mundo de injusticia y exclusión?

Poco antes, Toni había conocido a los compañeros inmigrantes de Im'Media, una asociación de *beurs*; hablamos de la clase obrera inmigrante que todavía trabajaba en las fábricas: «A menudo, decían estos compañeros, nosotros los inmigrantes representamos la historia de nuestras fábricas, hemos estado en el centro de las luchas obreras –pero aunque salimos ganando y estamos orgullosos de ser clase obrera, nos damos cuenta de que nuestro verdadero problema no es la fábrica, sino lo social, la lucha contra el racismo y por el reconocimiento de una ciudadanía plena»-. Y añadían que, hasta que las luchas del Sur no integren desde dentro las luchas del Norte, no se daría un horizonte de emancipación: el mismo mensaje que llegaba desde Los Ángeles. El largo camino a través del cual se formaba el obrero social en el nuevo modo de producir

posfordista comprendía el drama de la inmigración, en su difícil tránsito de fuerza de trabajo industrial a fuerza de trabajo social; cuando la ciudad fábrica del fordismo se transformaba en gran laboratorio extractivo del trabajo social: todo esto –desde la regulación de las migraciones al agotamiento de la función del obrero masa, hasta el ocaso de la ciudad fábrica– sucedía sin ninguna mediación política. Barbarie capitalista, traición de la izquierda.

68. Laboratorio París 8, núm. 4: la metrópolis productiva

El redescubrimiento de la metrópolis como lugar eminente de extracción de plusvalía pasa a convertirse en el centro del interés –y de los cursos– de Toni: de la *banlieue* a la metrópolis, de la marginación territorial al hallazgo de la ciudad metropolitana. La ciudad fábrica se ha desintegrado; en el caos de la transformación nacen y se difunden nuevas redes productivas, cuencas de trabajo inmaterial: mientras el trabajo material se ve degradado y descenrado, en la ciudad metrópolis se concentran las actividades de dirección, los nuevos centros financieros y un conjunto de redes y de servicios que hacen de la metrópolis una ciudad fábrica de tipo completamente nuevo. Ya no hay solo «manos callosas», sino una fuerza de trabajo difusa y conectada en red, que produce dentro de una nueva coordinación espacial y una nueva concentración territorial de la explotación: plusvalía social.

Los análisis que habían llevado a la definición del «obrero social» se amplían y se localizan: la metrópolis funciona como una nueva empresa; la plusvalía se extrae de las conexiones productivas múltiples y multiformes: el concepto de «explotación por extracción» (por «desposesión»), que Harvey desarrolla en ese mismo periodo, se convierte también para Toni en una categoría adecuada para el estudio de la metrópolis. En la nueva fábrica, también los sujetos son nuevos, porque es nueva la explotación a la que están sometidos: automatización creciente de la industria manufacturera y transformación informática de las estructuras de la distribución y del consumo; terciarización salvaje del trabajo a partir de nuevas imposiciones de flexibilidad y movilidad a la fuerza de trabajo;

desintegración de los estratos bajos de la fuerza de trabajo, expulsados –cuando les venía bien– a las *banlieues*; incluso las clases medias eran puestas a trabajar de forma «autónoma».

Todo esto no podía constituir (aunque podía parecerse) una nueva y prepotente «acumulación originaria»: porque junto a las dimensiones destructivas de la mutación industrial, se construían en positivo sus nuevos órdenes. Se estaba consolidando una nueva época de desarrollo capitalista: la metrópolis constituía el modelo de un nuevo orden y mostraba una nueva jerarquía de la producción y de la división de la ganancia. La crisis había sido planificada por el Estado, con la imposición de una nueva y apremiante regulación social: una *governance* dinámica. En el nuevo modelo que se estaba construyendo, los valores de la renta eran homogéneos respecto a la ganancia: en la plusvalía metropolitana, ganancia y renta se confundían. Nada que ver con la acumulación originaria, en la que no obstante era evidente un sucio heroísmo capitalista: ¡aquí no era capitalismo liberal o anarquista, sino ordocapitalismo!

Así, pues, la investigación volvía a empezar partiendo del análisis de la nueva composición social del proletariado y de los comportamientos de resistencia y de lucha. Toni continuaba con tres situaciones en las que las mutaciones industriales y las luchas presentaron un particular interés: Turín (ciudad de la FIAT), Los Ángeles (*City of Quartz*) y Saint-Denis *La plaine*, el *quatre-vingt-trois* –donde vivían la mayoría de sus estudiantes–. Aquí, el análisis se acercaba a la vida de todos nosotros. Toni recuerda con emoción los informes que los estudiantes presentaban sobre situaciones de *banlieue* y las discusiones a las que daban lugar. Luego se avanzaba para formular los criterios metodológicos de encuesta, interpretada como «coinvestigación», concentrando la discusión sobre movimientos sociales y metropolitanos en la crisis: es decir, frente a la nueva forma de *governance* que el Estado ejercía, siguiendo las dinámicas de la crisis, e imaginando una relativa ordenación de los factores productivos y de las poblaciones en la metrópolis, un equilibrio de provocaciones y de reajustes continuos de los territorios. La crisis se transformaba en sistema de gobierno. Y luego los movimientos: junto a los

obreros, que se caracterizan por su resistencia a la modificación del modo de producir y a la des/reterritorialización de sus variables, había nuevos movimientos sociales que se movían como peces en el agua en el nuevo modo de producir, impugnando su lógica. Desde todos estos ángulos se volvía sin descanso sobre la metrópolis como centro de todo análisis social y de toda eventual propuesta política.

69. Para una sociología de la revolución informática

O sea: ¿cómo se reanuda ahí dentro la lucha de clase? Entre los años ochenta y los noventa nos planteábamos esta pregunta. Si la información ocupaba el lugar del «trabajo», este se reinventaba como concepto dual: reinversión inútil para un marxista, porque para este el trabajo era dual desde siempre. Ahora, la intención era que todo el mundo lo percibiera así. Esto a Toni le resultaba divertido, porque en el *operaismo* no se conseguía realmente ver el trabajo sino como sometido al poder de mando y como subjetivación en la actividad productiva. ¿No estaba acaso el capital constituido por el trabajo obrero y no subsumía a través de la explotación aquella obra constituyente? Ahora Toni, colocándose dentro de la revolución informática, percibe la utilidad de insistir sobre la nueva moda sociológica de dualizar el trabajo en referencia a la información. Esa insistencia (al objeto, por ejemplo, de profundizar en el concepto de «servicio público») estaba ligada al trabajo sociológico que seguía haciendo para el Ministerio de Trabajo, pero también era central en las discusiones que tenía con sus estudiantes en París 8. De hecho, como hemos visto, en los cursos sobre las mutaciones industriales había adoptado la revolución informática como característica eminente del posfordismo. Para entender esa mutación como objeto científico, Toni insistía en la importancia de una sociología capaz de extender la dinámica del proceso interactivo a toda la sociedad posindustrial. Capaz, en segundo lugar, de dar cuenta de la «relación», no solo como posibilidad objetiva de ruptura entre normas y subjetividad (crisis lineal entre sujetos), sino también como determinación autónoma del sujeto y por ende como potencialidad creativa. Se trataba

de construir una sociología abierta al acontecimiento, capaz de describir nuevos dispositivos, esto es, las formas y las magnitudes de la subjetivación que se determinaban en la mutación en marcha. Todo gira en torno a esta nueva determinación dual («dividual», como la definieron confusamente Deleuze y Guattari) del objeto social. Objeto como interactividad, por consiguiente. En las investigaciones profesionales sobre los medios interactivos que Toni había realizado (y de las que ya hemos hablado), este enfoque metodológico se volvía esencial: le permitía, por un lado, identificar el punto en el que el papel del producto se confunde con el del usuario; y, por otra parte, entender esta transformación (cambio) como algo que se instala no solo en el tiempo de trabajo, no solo en el espacio de la producción, sino en todo el espacio de la reproducción. Esta nueva percepción del trabajo, a través del análisis de la informática, se convertirá en los años sucesivos en la clave para penetrar esa «nube» de relaciones laborales (de información y de comunicación, de algoritmos y de inventividad cooperativa, de poder de mando y de resistencia) creada por las redes sociales. De este modo, Toni anticipaba muchos de los temas que se volverán centrales en el estudio de los medios de comunicación –cuando su desarrollo será percibido, justamente, como una «nube» que ciega abriéndose a la luz, prometiéndonos saber–. Era necesario estar dentro –y lo estábamos– de aquella revolución, para observar cómo cada uno de sus pasos, lejos de ser un puro acto de fuerza capitalista, estaba forzado a pasar por una mediación permanente de autoridad y consenso, a la construcción de códigos y regulaciones, en resumen, a la doble obligación (concurrente y homogénea) del dispositivo tecnológico y de la producción de sentido. Estábamos ante el proceso constructivo de una institución. De eso se trataba: había una nueva «acumulación» primitiva de saber y de actividad cognitiva y construía sus nuevas instituciones de poder de mando y de consenso, en las cuales la relación entre participación y explotación se volvía, paradójicamente, cada vez más íntima. En las reuniones que entonces se hacían en el *Collège* o en el MIRE (instituto de investigación del Ministerio de Trabajo) se discutía acerca de cuál era el «eslabón débil» o «fuerte» de esta nueva relación de capital y dónde había

posibilidad de ruptura: una experiencia patética, si pensamos en la rapidez y en la violencia con las cuales se impuso ese poder de mando tecnológico sobre el trabajo en los años inmediatamente sucesivos. Pero también una experiencia que no se amedrentaba ante esa potencia, sino que, por el contrario, estaba al corriente de los nexos que la constituían y que iban a permitirnos criticarla con inteligencia subversiva.

70. Laboratorio París 8, núm. 5: producción de subjetividad

En el grupo de sus compañeros althusserianos, Toni se enfrentaba a un ambiente en el cual parecía que el sujeto era considerado la fuente de todos los males: una especie de madriguera en la que se abrigan egoísmo y voluntad de poder individual. Para ser comunistas –se decía– era necesario desinfectarse de la enfermedad que representaba la subjetividad; y se recordaba que el apacible Althusser, a despecho de sí mismo y de su sofisticada epistemología, había puesto en circulación en la ciencia política el eslogan de un «*processus sans sujet*».

Ese eslogan apuntaba a un problema real, el planteado por la esencialización identitaria del yo individual en el pensamiento liberal y en la ideología burguesa. Sin embargo, no había motivos para eliminar la radicalidad de la crítica del idealismo subjetivante por parte de Althusser –aquí era justa su posición en el *Kampfplatz* filosófico–. Pero se trataba de romper con todo resto de determinismo en esa posición e identificar el punto a partir del cual era posible construir la subjetividad en/de la lucha de clase. Construir una base de la subjetividad y del movimiento comunista irreducible al liberalismo y sin embargo no inerte. Este tránsito exigía la subjetivación del común en lucha. En el análisis del trabajo vivo y del nuevo modo de producir, Toni había atravesado esta problemática sin explayarse; ahora era necesario dar a este tránsito una imagen filosófica: porque cuando las confusiones ideológicas ocultan la realidad incluso a autores que, como Althusser, participan en el mundo comunista, la filosofía se convierte en «sensatez» para dar significado a la investigación.

En su juventud, Toni había reconocido en Husserl y Wittgenstein la conclusión de las lógicas occidentales de la verdad y su historia secular: Husserl había anulado en la ascesis trascendental la posibilidad de determinación; Wittgenstein obtenía la misma anulación a través de la subsunción mística de la verdad de la determinación. En ese momento se estableció el final de la problemática de la subjetivación: los marxistas, que hoy asumían la expulsión del sujeto del proceso histórico, eran esclavos de una versión reaccionaria de la epistemología. Toda la vida filosófica de Toni había sido una protesta contra esas conclusiones del pensamiento occidental, que ahora reaparecían en los marxistas.

De esta manera, el taller filosófico se veía invadido por este problema: se trata de reintroducir la subjetividad. Claude Imbert, maestra impercedera, había aportado al seminario una aclaración (siguiendo los pasos de Merleau-Ponty): la subjetivación era posible si se la desindividualizaba, si se la arrancaba de la identidad. Por otra parte, los análisis que se hacían del trabajo y del modo de producir en la era informática –sobre todo Paolo Virno, con su lectura del *linguistic turn*–, ayudaban a avanzar. De este modo, el trabajo empieza a caracterizarse como lingüístico: es productor de palabras, códigos, relaciones cooperativas, invención colectiva. Y de nuevo irrumpe en el debate Gayatri Spivak, con su utilización de Derrida para desnaturalizar toda posibilidad de determinación individualista del valor: el trabajo, el comportamiento, los afectos, las relaciones empiezan a presentarse como ejes de cooperación, cubriendo las determinaciones del trabajo vivo y su expresividad. En los seminarios, Michael Hardt empieza a poner de manifiesto los aspectos afectivos de la inmaterialidad del trabajo y de lo que desde entonces se dio en llamar «feminización del trabajo».

Toni, sus compañeros y sus estudiantes estaban realizando el paso a una subjetivación que se daba como proceso de expresión e integración de lenguajes, afectos y acción: el «yo» como sujeto dejaba paso a un «nosotros» que era un conjunto de lenguajes, de afectos, de cuerpos proyectados en el terreno de la acción e inmersos en una historia vista desde abajo. Una historia por construir: una historia común que ganar. Llega entonces el momento en el que

el concepto de «multitud», después de haber sido entendido como pluralidad que rompe un proceso histórico unívoco (*La anomalía salvaje*); después de haber sido definido como un concepto alternativo a los conceptos, unificadores pero genéricos, de «masa», «clase», «pueblo», empieza a configurarse como máquina de un proceso de subjetivación plural, lugar de un «nosotros» que es una multiplicidad de singularidades, que consiguen construir una potencia en el proceso histórico.

71. El grupo de los italianos de París

La actividad del seminario contribuye a afianzar el grupo de italianos que trabaja con Toni: entre ellos Maurizio Lazzarato, Beppo Cocco, Carlo Vercellone; Leo Pantaleo, Andrea Morelli, Saverio Ansaldi; algunos entrarán en la redacción de *Futur antérieur*. Luego hay otros compañeros, también muy cercanos, que se ocupan de otras cosas: Raf Ventura (Coz), Ulisse Marcato, Tino Mainardi y, entre ellos, el infatigable Gianni Mainardi, mi «primito», que mantiene relaciones con todos y hace circular la información. El grupo está unido, además de por el trabajo teórico y los afectos comunes, sobre todo por la memoria de la experiencia política de la autonomía: estar juntos significa inventar cosas nuevas y para algunos desarrollar una actividad teórica de reconstrucción de las luchas, entre Italia y Francia, tratando de extender nuestro discurso en el terreno internacional. Es una experiencia muy distinta de la de los exiliados políticos del pasado: no hay un Partido que se hace garante de una continuidad, ni una doctrina establecida a la que encomendarse. Hay más bien analogías con los comunistas, pocos y perseguidos, de después de 1848: la soledad, y el recuerdo de la derrota como si fuera una victoria, lo que no es un capricho de unos locos, sino que empuja a la construcción de un nuevo proyecto de vida y de revolución.

Luego había algunos viejos compañeros que, después de la prisión, la clandestinidad o un prudente aislamiento, volvían a dejarse ver: en particular Luciano Ferrari Bravo, Paolo Virno y Christian Marazzi. Habían pasado los años entre la prisión, el exilio

y la libertad vigilada estudiando, para recobrar un fundamento: la reinención del *operaismo* no se habría producido nunca sin ese estudio y esa investigación.

Paolo había avanzado con maestría en la lectura del *Fragmento sobre las máquinas* y en la exégesis del *general intellect*, enriqueciéndolos con la profundización en el estudio de Wittgenstein y del *linguistic turn*: su lectura del «trabajo vivo» insistía en la invención lingüística, el trabajo del cerebro y la masificación intelectual, como elementos necesarios para entender la contemporaneidad productiva y las transformaciones que había impuesto. Nuevo era el «trabajo vivo» que brota de la «intelectualidad de masas» y que expresa cualidades creativas, cada vez que se sustrae al poder de mando: de este modo empieza a configurarse una *Gramática de la multitud*, que abre a nuevas experiencias teórico-políticas. Moviéndose en un horizonte análogo, Luciano empezaba a describir el horizonte político en el que la intelectualidad de masas construiría sus luchas y sus instituciones. La crítica de la «soberanía moderna» y de sus filosofías, antiguas y contemporáneas, permanecía en el centro de su discurso en la reanudación del trabajo científico, después de una década de tribulaciones carcelarias y poscarcelarias: construía un diseño federalista, como una red en la que tejer los hilos de la intelectualidad de masas. Christian recuperaba todo esto en el terreno de la crítica de la economía política y de la renovación de las categorías marxianas, reconfigurando la hegemonía capitalista en la nueva figura financiera: un cuadro de crítica militante que valía como arma de crítica disciplinar de la economía política *mainstream*.

La discusión con estos compañeros revelaba a Toni que siempre había tenido dos almas, que no solían mostrarse apaciguadas: la teórica, que hacía suyas las enseñanzas de estos compañeros; y la militante, que quería poner en práctica de inmediato estos saberes. Los compañeros empezaban a volver a verse solo entonces, después de tantos años –*caute*, pues–: sin embargo, la inquietud del exilio hacía que le entraran unas prisas desahoradas.

Y también en París se hacía innovación; Maurizio trabajaba sobre la definición del trabajo inmaterial; Carlo trabajaba, siguiendo

los pasos de Gorz, sobre la definición de una «renta de existencia», y caracterizaba la figura del trabajo inmaterial en términos de cooperación; Beppo hacía investigaciones sobre los nuevos medios de comunicación y las redes informáticas: era el germen *operaista* en acción en la crítica del capital. Y en ese periodo Agamben construía su *La comunidad que viene*: verdaderamente, la nuestra era una comunidad que, después de la derrota, reconstruía un proyecto de comunismo, de autonomía del trabajo vivo, basada en el rechazo del trabajo, que ya se proyectaba en un radical «allende» –más allá del horizonte del socialismo–. Toni habría querido pasar de inmediato a la acción, apresurar la escritura de un *Manifiesto de los nuevos comunistas*, que indicara un programa y una pista a seguir para realizarlo: cuando Toni cree haber aferrado un punto teórico, quiere hacerlo vivir inmediatamente en la práctica. Desde este punto de vista es un «extremista», si se puede decir algo así de alguien que tiene prisa.

72. Michael

Pero era necesario que la comunidad de los italianos saliera de su condición de aislamiento: aquí fue central el aporte de Michael Hardt. Yendo y viniendo entre Europa y Estados Unidos, Michael registra las dificultades de hacerse oír en los circuitos de la información intelectual y política: en los *mainstream*, pero también en los de movimiento. En Estados Unidos nuestros libros no circulan mucho; en Gran Bretaña algo más, pero siempre fuera de la capacidad de crear opinión o de entrar en la discusión de los movimientos: después de una primera racha en los años 60-70, la propagación del discurso *operaista* en Europa se bloqueó. «Si quiere que lo escuchen, no confunda nunca teoría y política», dice el sentido común burgués. Pero en el *operaismo* el mestizaje es un rasgo fundador; el suyo es un lenguaje bastardo entre teoría y política, que hibrida análisis filosóficos y lucha política: porque las luchas determinan los movimientos del capital y, por lo tanto, ajustan las «formas de vida» y las del discurso. De ahí que este pensamiento no pudiera difundirse si no venía acompañado de

experiencias y pulsiones de lucha: salvo que encuentre un sistema de pensamiento del que hacerse benévolos parásitos.

Así, pues, ahora la situación no es brillante; en Italia los discursos de los compañeros parisinos circulan de manera casi clandestina –una circulación confidencial entre amigos y curiosos–; lo mismo en Alemania, donde las dificultades de la recepción del discurso *operaista* se ven aumentadas por la doble decisión que el mundo cultural y político alemán había decretado respecto al 68: recuperado en el plano cultural como nueva sensibilidad (ecológica, feminista, tercermundista), pero excluido políticamente como episodio de lucha de clase. El único lugar donde el *operaismo* encuentra una posibilidad de prueba es Francia, a la sombra de las obras de Guattari-Deleuze; más que de una recepción, se trata de una mención: por otra parte, con las maneras más indigestas para la cultura filosófica, cuando la actividad del pensamiento se torna en actividad política directa.

Y, sin embargo, este nuevo modo de hacer filosofía, nuevo y antiquísimo, cínico, estoico, como reconoce Foucault en el razonamiento sobre el «hacer verdad», es reivindicado por Deleuze y Guattari: en estos nódulos el *operaismo*, como el cuco ladrón, construye su nido. Su cuna no es ateniense, sino comunista; su genealogía es la de quien obliga a la pasión emancipadora a encontrar en la lucha la forma de la razón y el compromiso de construir un nuevo mundo. Pero Michael recomienda mantener la calma; la prioridad ahora es reunir todas las cosas que se han pensado y organizar un discurso coherente, que sepa hacerse oír: «Sin prisas, trabajemos en este sentido y demos forma a todo lo que hemos pensado» –un discurso que innova asimismo el «*operaismo* toscano» de Tronti y sobre todo pone las distancias respecto al marxismo dogmático que nos resulta insoportable–.

Estas son las exigencias políticas que empiezan a preparar la escritura de *Imperio*: las razones que hacían difícil la escucha podían venirse abajo con una emoción *embedded* [insertada] en la narración del cambio radical de época que reconocíamos. Y el concepto de revolución podía ser adecuado a la nueva condición histórica. Y si Toni aporta el entusiasmo ético –unido a una

propuesta revolucionaria– de la escritura filosófica que a menudo se expresa en sus libros, Michael diseña el cuadro en cuyo interior el discurso *operaista* puede encontrar un espacio de afirmación: el estadounidense. Michael nos recuerda que, como siempre, la lucha de clase ganadora está en el punto más alto del desarrollo capitalista: Marx en Detroit, Lenin en Washington.

73. *Futur antérieur* I: cuestiones de método

Después de muchas discusiones, *Futur antérieur* nació en medio del desbarajuste de 1989. No había sido fácil: se trataba de recuperar a los amigos franceses, que hacía mucho tiempo que habían dejado la militancia, para hacer un trabajo político «nuevo» –porque el tiempo era nuevo, los problemas también–. Pero sobre todo eran insólitos y distintos los grupos que se juntaban en esta iniciativa: había extrotskistas y *operaisti*; althusserianos y deleuzianos. Y tal vez no se hubiera logrado sin la determinación de Denis Berger, un compañero militante que se formó en la lucha contra la guerra argelina, donde se comportó como un héroe; amigo y hermano de Jean-Marie, convencido de que este era un momento propicio para empezar de nuevo. El título viene del hermoso libro de Koselleck, *Vergangene Zukunft* (Futuro pasado): una genealogía del futuro. Fue un nombre afortunado, que marcaba no solo un posicionamiento, sino también una disciplina de investigación, un método constructivo.

Futur antérieur, cincuenta números en poco más de seis años, deja de piedra por la riqueza de los materiales que propone. Pero al mismo tiempo es una revista improbable –e inactual–. No trata de crónica política, sino que expresa una viva atención a las luchas de clase, algo que la volvía vieja en el mercado de las revistas. Un mercado que, en Francia, todavía estaba vivo en esos años. Pero *Futur antérieur* no vende, a pesar de los materiales que propone. Por no citar más que los primeros números: Deleuze entrevistado por Negri (entrevista recogida en *Conversaciones*, de Deleuze); Agamben, que presenta *La comunidad que viene*; inéditos de Althusser y reflexiones althusserianas del Père Breton, así como Bruno Latour, Claus Offe, Hugo Preuss, Macherey y Nancy...

Futur antérieur no peca de sosería o vacío temático: no despega en el mercado porque es ajena a una sociedad en la que languidece la inteligencia crítica. «Estamos en la posmodernidad, hermano: jadaptate!» –*Futur antérieur* estaba adaptada, pero al revés: era una revista dedicada al futuro, abierta a la transformación del presente—. Su nombre era un programa.

La redacción comprendía, además de Jean-Marie, Toni y Denis Berger: Michèle Riot-Sarcey, Helena Hirata, Marie-Edith Thévenin, tres feministas, en historia, en sociología, en psicoanálisis, que gobiernan el camino de la revista por el accidentado camino del género; Maurizio Lazzarato, cuya contribución al análisis de la transformación del trabajo se volverá cada vez más central; Michael Hardt, que mantiene abierto el discurso sobre el pensamiento crítico estadounidense; Saverio Ansaldi, sin cuyo trabajo de redacción la revista no habría salido nunca; y luego algunos jóvenes, como Pascal Nicolas-Le Strat y Bruno Karsenti, que se curtieron en la revista, y muchos más.

Cuando, más o menos a partir de los números 9-10, la redacción empezó a elaborar números temáticos, esta se amplió, experimentando capacidades de trabajo fuera de lo normal. El trabajo de la revista creció en torno a tres temas –el trabajo y su transformación; la crítica de la ideología capitalista; el Estado-crisis– hasta llegar a cruzarse con las luchas y desarrollarse dentro de la internacionalización del debate, después de la caída del Muro, sobre la globalización del desarrollo.

74. *Futur antérieur* 2: pensar al revés

Pensar al revés significa pensar a partir de la producción autónoma de subjetividad que, en la jaula de la explotación neoliberal, queda determinada por la resistencia y por el deseo de los trabajadores: se quería derribar la pretensión empresarial de construir un universo basado en el poder de mando sobre el obrero socializado y sobre el uso inescrupuloso, para subsumirlo, de la automatización y la informatización.

La investigación sobre el «trabajo inmaterial» es un elemento central del discurso de la revista; Maurizio y Toni plantean, con el artículo «Trabajo inmaterial y subjetividad» (núm. 6, 1991), esta hipótesis en un nuevo tratamiento crítico del trabajo:⁶

Cabe plantear la tesis siguiente: el ciclo del trabajo inmaterial está preconstituido por una fuerza de trabajo *social y autónoma*, capaz de organizar su propio trabajo y sus relaciones con la empresa. Ninguna organización científica del trabajo puede predeterminar este *savoir-faire* y esta creatividad productiva social, que hoy constituyen la base de toda capacidad empresarial. De donde se sigue que, en el desarrollo de la sociedad posfordista, el trabajo se transforma integralmente en trabajo inmaterial y la fuerza de trabajo en «intelectualidad de masas» (los dos aspectos de lo que Marx llama el *General Intellect*); y que la «intelectualidad de masas» puede convertirse en un *sujeto* social y políticamente hegemónico.

A pesar de las críticas que recibió el concepto de «trabajo inmaterial», a partir de la insinuación de que esta definición introducía en la crítica elementos idealistas y subjetivistas –poco faltó para que se hablara de metafísica– en *Futur antérieur* se continuó profundizando en el discurso sobre la nueva naturaleza del trabajo en la posmodernidad. En este sentido se armaron dos números monográficos (el 10 y el 16, 1992-1993) sobre los nuevos paradigmas del trabajo, en los que se movilizó a lo mejor de la sociología francesa del trabajo en una discusión en torno a la emergencia del *general intellect* en los procesos productivos. Jean-Marie y Toni hacen hincapié en sus potencialidades políticas, criticando a Gorz y las líneas de fuga ecologistas y políticas con las que concluía, aunque partía de una percepción correcta del cambio de paradigma del trabajo: aquí se estaba yendo más allá del socialismo, se aproximaba un nuevo sujeto social, capaz de comunismo.

Partiendo del *general intellect*, en este punto se volvían prioritarios dos terrenos de análisis: el que conducía a establecer la centralidad del trabajo intelectual en el modo de producción de la

⁶ Disponible en castellano en *Brumaria 7: arte, máquinas, trabajo inmaterial*, Madrid, 2006, trad. de Raúl Sánchez Cedillo.

posmodernidad; y el que llevaba a definir la naturaleza cooperativa (lingüística, comunicativa, común) del trabajo productivo.

En la revista se siguen con atención estas dos pistas. La primera llevaba a insistir, confirmando los resultados de la encuesta, sobre la nueva figura del trabajo en la comunicación y en la producción de códigos informáticos: aquí iban de la mano la sociología de los medios de comunicación y la crítica de la filosofía de la comunicación.

La segunda pista, que insistía en la naturaleza cooperativa de la nueva figura del trabajo, abría un amplio espacio analítico que se extendía desde las singularidades a la empresa, de la empresa a la ciudad, de la ciudad a la metrópolis. En esta serie entrarán en juego todas las figuras de plustrabajo: desde las de la acumulación originaria, que ahora reaparecía en las *banlieues* de los expulsados de la industria fordista y en los circuitos internacionales de la valorización; hasta la extracción de plusvalía, más tenue y relativa, que sufría el trabajo vivo socializado y cognitivizado en las ciudades más que en las fábricas, en las metrópolis y en sus suburbios antes que en lo que entonces se llamaba Tercer Mundo.

Plus/trabajo - plus/valor - ganancia/renta: esta serie teórica se había vuelto visible y caracterizaba la forma de la acumulación de capital en su desarrollo en el interior de las nuevas realidades urbanas. Lo tematizaron dos carpetas de 1995, el núm. 29, *Nuevas territorialidades urbanas*, y el núm. 30-31-32, *La ciudad mundo. Entre virtualidades y arraigo*. El primero ampliaba el campo de visión sobre el modo en que se extendía la cooperación productiva, construyendo nuevos terrenos urbanos y nueva organización de los territorios: como decía Harvey, la acumulación flexible ocupaba ahora la ciudad como su lugar propio, dentro de la transversalidad híbrida de estas corrientes de trabajo vivo, en las nuevas «*friches*» [terrenos baldíos] de la precariedad del trabajo y de la migración. Lo ilustraba Los Ángeles, metrópolis en la que la acumulación de capital simbólico era máxima; la coexistencia y la hibridación de la ciudad productiva y de los *slums* era plena, y donde las luchas urbanas habían mostrado la latitud y la enorme intensidad metropolitana de la lucha de clase. Pero también los compañeros sociólogos que

trabajan sobre Marsella o Le Havre, París o Burdeos estaban de acuerdo en la descripción de aquellos nuevos territorios urbanos.

En la otra carpeta este proceso era visto en su extensión global: «pensar al revés» permitía una gran ampliación de la perspectiva crítica. Esta redefinición de la posmodernidad en términos de la socialización de la explotación y de subjetivación en el análisis de la autonomía de los trabajadores y las producciones singulares de resistencia es marxismo vivo: tal y como Marx se propuso con el *Manifiesto* construir la clase obrera, del mismo modo esta investigación se propone ahora reconocer, expresar y construir el concepto de una nueva fuerza de trabajo social y subjetiva, masificada, que de nuevo llamamos «clase».

En ese mismo periodo, *Futur antérieur* publica también dos especiales potentes, titulados *Marx después de los marxismos*, que pecan de modo evidente de una «voluntad de verdad» demasiado filológica, pero que contienen textos de Jameson, Žižek, Negri, Maler y Michael Löwy, ricos en propuestas de programa que iban más allá de las exhumaciones litúrgicas del marxismo, tan habituales en esos años. No obstante, lo cierto es que aquellos dos tomos no eran tan importantes como los descubrimientos de nuevos ámbitos de antagonismo social por parte, por ejemplo, de Laurence Roulleau-Berger o de Pascal Nicolas-Le Strat o de Michel Marie, en algunos artículos de la carpeta sobre los nuevos territorios urbanos.

75. *Futur antérieur 3: le gai renoncement*

Daba comienzo la era de la información, de la comunicación, de la explotación del *general intellect*: una época en la que el cerebro, los cuerpos, la vida eran puestos a trabajar. Lo que en un primer momento impresionaba eran los cerebros trabajando: porque los cuerpos siempre habían estado trabajando; en cuanto a la vida puesta a trabajar, aún no había llegado el momento de comprobarlo plenamente. En este contexto, *Futur antérieur* trabajó sobre la crítica de la ideología. En un sentido tradicional, «crítica de la ideología» significaba crítica del pensamiento burgués (de la teoría así como de la literatura; de la comunicación así como de la escuela; de la moral

así como de la política institucional). En cambio, para los redactores de la revista, con esa sana ingenuidad que deriva de la inmersión en la realidad política, la crítica de la ideología cobró el sentido fuerte de una crítica de la construcción capitalista de los modos de vida alienados; o bien, de manera aún más radical, la manifestación de la nueva centralidad asumida por el saber en la producción, de la potencia productiva del cerebro.

Sobre la primera figura de la ideología ya se había pronunciado Althusser; y sobre este Althusser vuelven los ensayos publicados en *Sur Althusser. Passages* (1993), uno de los dos suplementos que se le dedicaron: un intento, entre una aceptación parcial y un fajo de reflexiones críticas, de vislumbrar cómo, detrás de aquella concepción rígida de la ideología, aparecían conceptos de alta potencia teórica –la crítica como «*lecture symptomale*», y la apertura de nuevas pistas en su atormentada vejez–.

En *Le gai renoncement. L'affaiblissement de la pensée dans les années 80* (1991), la crítica de la ideología ajusta cuentas con los pensadores de los años ochenta para identificar los nuevos *paliers* [etapas] de la reacción cultural. Había un par de episodios caricaturescos, en aquella ruidosa oleada de represión del pensamiento, representados por el «pensamiento débil» italiano y por el «pragmatismo blando» estadounidense, por Vattimo y por Rorty, solo por dar algún ejemplo. Luego estaban las posiciones más «fuertes»: de Furet hasta Rawls e incluso a algunos usos del pensamiento de Arendt –desde la exasperación de la categoría de «totalitarismo» a la insistencia polémica sobre un rasgo individualista de su moral– que en realidad Hannah no se merecía. El retraso del pensamiento crítico se veía acompañado por la mediatización del debate cultural y la banalización de los conceptos, con la transformación de los *nouveaux philosophes* en *businessmen* de la información cultural. Sobre este horizonte bárbaro se elevaba la exaltación de la sociedad occidental como la mejor de las sociedades posibles, y el rechazo, la exclusión y la censura de toda propuesta crítica: *There is No Alternative* –hasta a Foucault se le reprochaba, por parte de quienes se vanagloriaban de excluir toda alternativa del horizonte de lo real, haber pensado que era posible una alteridad–. Era necesario

reconciliarse con lo existente, porque era utópico y peligroso todo lo que no estuviera permitido por el presente y consolidado en el capitalismo.

Había un segundo aspecto de la ideología, que consistía en el intento, no ya de falsificar la verdad de la explotación, sino de ocultar su nueva figura: la explotación del saber, convertido en nueva fuerza productiva central. Era una operación insidiosa y fuerte, encaminada a consolidar el poder de mando sobre la transformación del modo de producir. La marcha del individualismo hacia el dominio, a través de los medios de comunicación, del consenso político y del equilibrio cívico de la «libertad», era conducida por un Habermas que envejecía en aquel mundo protegido por Kohl, a los mandos de un liviano artilugio dialéctico, extraído del Hegel de Jena, que le permitía construir una morfología fácil y una pragmática blanda de la comunicación. En este sentido, los números 9 y 11 abordan de modo sintomático la crítica de la ideología como crítica de la comunicación y mistificación del *general intellect*. La producción, cada vez más inmaterial y organizada sobre la explotación de la intelectualidad de masas, exige ideologías adecuadas al enmascaramiento de la explotación de la fuerza de trabajo y funciones de un mundo *empowered* por un trabajo vivo renovado y más productivo: mecanismos que dificulten la reapropiación de la producción de riqueza y de verdad por parte de las multitudes.

76. *Futur antérieur* 4: otro mundo es posible

El trabajo de *Futur antérieur* se desarrolla en un movimiento constante entre el análisis del Estado y la definición de nuevos terrenos de lucha y de expresión constituyente, desde el Estado-nación a Europa. Pero la tensión internacionalista hacia un cuadro global de organización de la vida social, productiva y política está siempre presente para interrumpir y relanzar cada síntesis provisional. No es una paradoja que aquí la concepción marxiana de la tendencia se cruce y choque con las políticas capitalistas de la crisis: y, a la larga, desde la perspectiva de que la reconfiguración neoliberal del Estado responde a la resistencia de las fuerzas de clase elevando

cada vez más el punto de la mediación, hasta considerarlo efectivo solo cuando se establezca en y por el mercado mundial.

En *Futur antérieur*, la vía que conduce del Estado-crisis a la mundialización se recorre, además de en términos de crítica política, también desde el punto de vista de la crítica de la economía política. Esta lectura, aunque limitada por el «privilegio francés», es decir, por una atención preeminente a Francia y sobre todo vinculada a los trabajos de la Escuela de la Regulación, permite profundizar el análisis sosteniendo, de acuerdo con los «reguladores», que la crisis del Estado está vinculada al hundimiento de la mediación industrial propia del compromiso fordista. Sin embargo, para *Futur antérieur* toda restauración keynesiana es imposible; y, con mayor motivo, toda imagen socialista de mediación política frente a la crisis también lo es. Esta imposibilidad está determinada por la radical transformación de las fuerzas productivas sociales: la construcción de la riqueza se basa hoy cada vez más en las capacidades productivas de toda la sociedad; en la actividad intelectual que se ha vuelto hegemónica en la composición técnica del trabajo y, en general, sobre el conjunto de la cooperación social. Así, pues, el Estado capitalista debe ser empujado por el movimiento político del proletariado al reconocimiento de la crisis actual de la *governance*. Las reivindicaciones de los trabajadores sociales, vinculadas a la exigencia de un «salario de ciudadanía universal», harán estallar la *governance* neoliberal identificando su punto débil. En este terreno, cuando hayamos dejado de usar las categorías de «empleo» y «ocupación»; cuando hayamos dejado de hablar del trabajo como fuerza de trabajo industrial y de encerrar bajo esa figura toda imagen del trabajo, la crisis será irresistible.

Además, aquí estábamos dentro del paso de la crisis del Estado-nación a la existencia inquieta de formaciones políticas más grandes, en las que, aunándose, los países capitalistas buscaban nuevas dimensiones para la solución de viejos problemas: Europa representaba el cuadro ejemplar en el que se mostraban ese intento y esa inquietud. La Unión Europea era la suma de las crisis de los Estados europeos, pero también una necesidad para la supervivencia del continente, así como un espacio adecuado para la

recomposición revolucionaria del proletariado: ¿cómo combinar todo esto? De Balibar a Vincent, de Negri a Berger, *Futur antérieur* siempre expresó su europeísmo –pero en las formas de una aflicción amorosa–.

Estas incertidumbres llevan a la última cuestión: ¿«otro» mundo es posible? La pregunta fue aclarándose siguiendo el hilo de la globalización, a través de la constatación empírica del proceso, pero también intuyendo la paradoja que se derivaba de la incapacidad de resolver, a través de la globalización, el problema de la crisis del Estado en la madurez capitalista. Las consecuencias filosóficas de la guerra del Golfo, decía Negri, son intrusivas y globales, impulsan a Estados Unidos a una posición soberana sobre el mundo. Por consiguiente, la crisis se amplía en la misma medida en que avanza la voluntad estadounidense de poner orden en el globo, lo que vuelve a plantear las mismas dificultades que corroen la *governance* capitalista en sus cimientos. Se tenía la impresión de que había una resistencia difusa, que afloraba cada vez más dentro de ese proceso imperial, enroscada en el proceso de globalización.

Precisamente en esos años tuvo lugar el acontecimiento de la revuelta en Chiapas. Con curiosidad febril, *Futur antérieur* pidió a un grupo de intelectuales mexicanos que hicieran un análisis de ese fenómeno. El *dossier*, «Mexique, de Chiapas à la crise financière», estuvo coordinado por Luis Gómez, un compañero mexicano que estaba terminando el doctorado en París antes de volver a la batalla política en su país. La revuelta de Chiapas proponía, a las puertas del Imperio, nuevos experimentos de un poder constituyente, alternativo tanto al capitalismo como al socialismo. Era un dato formidable que brotaba de manera subversiva de lo más recóndito de la crisis del Estado: no solo del mexicano, sino del Estado constitucional democrático en general. Se imaginaba y se intentaba construir en ese país un poder constituyente en red, un doble poder a la larga institucionalizado; una insurrección como producción de un espacio público independiente: en la selva podíamos encontrar el ejemplo misterioso –¡pero cuán luminoso!– de un poder nacido, crecido y consolidado dentro/contra la organización capitalista del

Estado. El mismo poder que instituía, desde dentro, la crisis del Estado afloraba ahora como autonomía subversiva: ¡bien cavado, viejo topo!

77. Forma de vida

El exilio es desgarramiento, carencia, sufrimiento: sin embargo se torna en «forma de vida», una experiencia de aprendizaje e invención existencial. El exilio te ofrece experiencias de este tipo en modos que no pueden reducirse a otros: estás solo; cargando con tu saber y tu vida, fuera de las condiciones que, en un grupo consolidado, son costumbre y construcción común. En cambio, aquí los demás son distintos de uno: y uno también, como exiliado, debe inventar un común en el que encontrarse con los demás. Es difícil, es duro: pero cuando se logra es algo creativo.

El grupo de compañeros que, mucho más allá de la mera redacción, dio vida a *Futur antérieur*, fue para Toni la ocasión para ese aprendizaje y esa invención. Un régimen de cooperación fraterna construido en los recovecos de la coordinación funcional: esto sucedía en *Futur antérieur* —y que los afectos acompañaran cada vez más la reflexión, el trabajo, las decisiones comunes—. El trabajo era realmente común: los temas se decidían conjuntamente; los sumarios, las asignaciones de artículos, la relectura y la decisión de publicación siempre fueron comunes. Un régimen de saber y de afectos: ¡qué bueno es reinventarse la vida a los sesenta años! Participando en esta fraternal pandilla, fue posible despertar y actualizar un régimen afectivo que Toni había aprendido en la relación con la «familia» Guattari: que consistía en educarse para retirar de toda intervención pública, sobre todo si era polémica y antagonista, todo personalismo, todo resentimiento o sentimiento (o atribución) de culpa, conmisericordia o tristeza. Virtudes spinozistas que determinan respeto y alegría en el encuentro de ideas y de afectos: Félix había ejemplificado esa resistencia ética, que Toni casi había dejado en barbecho después de la muerte brutal de Félix, la trágica de Gilles y la desesperada de Joséphine. Recobrarla, retomarla ahora era como renovar el recuerdo y la dignidad de una familia desaparecida.

Dentro de la redacción afloró otra corriente de afectos que contribuyó a profundizar no solo los vínculos entre personas, sino también temáticas y perspectivas políticas. Había algunas mujeres, feministas duras: Michèle, Helena, Marie-Édith y Lisa del Re – compañera de toda la vida, exiliada y magnífica en el pensar y en el vivir–. Nos enseñaron a todos, pero a Toni sobre todo, a discutir los problemas del poder, del comunismo y de la revolución observándolos (y respetando la observación de las compañeras) desde el punto de vista de las mujeres. El aporte de las compañeras feministas a *Futur antérieur*, además del trabajo sistemático de documentación de la discusión y de las luchas feministas, que se llevó a cabo en todos los números, queda ilustrado por el suplemento *Feminismes au présent*, que representa una verdadera actualización teórica del feminismo francés en los años noventa. Aparte de esto, mucho más profundo fue el esfuerzo realizado para imponer el desplazamiento del baricentro del análisis de la revista desde el tema (marxiano) de la producción al tema (comunista) de la reproducción social. Después del pensamiento feminista del «trabajo doméstico», que se desarrolló a partir de Padua y Londres a comienzos de los años setenta, la necesidad de que la encuesta y la lucha pasaran del terreno de la producción al de la reproducción era un dato consolidado: de hecho ese paso queda incorporado a la construcción del obrero social. Pero le faltaba un contexto biopolítico de sentidos y de afectos. Las compañeras feministas empezaron a preguntar: cuando se habla de valor y de explotación, ¿dónde se colocan estas pulsiones? Cuando se habla de trabajo, ¿se remite tan solo a actividades de una fuerza de trabajo genérica? ¿O acaso, sobre todo pero no solo cuando se lo define como «inmaterial», el trabajo no debe estar cargado de cualidades vitales, de sentidos y afectos, mucho más allá de lo que es capaz de ver una mirada no feminista? Y cuando se plantea de manera rígida la división entre producción y reproducción, ¿cómo se pretende comprender el trabajo de la mujer, productivo en la reproducción?

Si, como quedaba claro, las categorías de la reproducción contenían las de la producción, solo partiendo del sustrato reproductivo de la vida se habría podido armar un campo biopolítico adecuado

al análisis subversivo de la producción –tal y como el capital estaba reorganizándola–. La hipótesis de que hoy se puede hablar de «forma de vida», para referirse a lo que antaño se llamaba «composición política» de clase, se realiza en esta coyuntura.

78. Compañeros de Italia I

En 1990 llega la «Pantera», un movimiento de estudiantes que desde Palermo se extiende a las universidades de toda la Península, transformando los *fax* de medios de comunicación en instrumentos de organización. También los centros sociales, reducidos a trincheras de resistencia durante los años ochenta, vuelven a ser arrojados a la batalla política por la Pantera. Los movimientos se despiertan gracias al empuje de los universitarios: claudicantes, pero de nuevo en pie.

Empiezan a acudir a París compañeros jóvenes, donde encuentran una buena recepción: en los seminarios que se organizan, el relato de las historias recientes de la autonomía organizada y la reanudación de la discusión teórica; la programación de nuevas encuestas y la definición de ámbitos y lugares de «coinvestigación/intervención» se combinan con la discusión teórica. Primero llegan los jóvenes compañeros milaneses de *Clinamen*; luego los vénetos, los turineses; más tarde compañeros de Bolonia y de Roma: un verdadero peregrinaje. Los parisinos les comunican lo que se elaboraba entre París 8 y los seminarios del Collège y, sobre todo, contando historias dejan claro hasta qué punto la militancia y la crítica siempre han estado unidas en el movimiento de la autonomía y cómo se han entrelazado la insubordinación, la voluntad de saber, la resistencia y la capacidad de «ser mayoría» en la clase. Aquellos compañeros, obligados a la miseria de una supervivencia opaca, quieren recobrar el gusto del ejercicio de una fuerza mayoritaria; algunos jovencísimos; otros han pasado por la cárcel o por años de clandestinidad: todos querían reconstruir autonomía, centros sociales, campañas de luchas emancipadoras, organización de los explotados. Y se sentían de inmediato europeos: un gran paso adelante.

También compañeros españoles empezaron a frecuentar los seminarios de los autónomos italianos; apenas salidos de la dictadura, con una extraordinaria apertura a las hipótesis de autogobierno y de empresarialidad colectiva, estaban interesados sobre todo en los temas del Estado: revivían, en sus nuevos procesos de subjetivación, las antiguas experiencias revolucionarias del anarquismo y del municipalismo. En este clima empiezan a construirse las hebras que en la siguiente década darán vida al movimiento «anti» –o «alter»– global y, tiempo después, a las aventuras de la nueva izquierda radical de Podemos y Syriza.

Dos temas interesan a los compañeros: los análisis sobre la transformación del trabajo y las conjeturas sobre el avance de los procesos de globalización. A Toni le produjo mucha emoción y le despertó mucha simpatía el grupo de compañeros que venía de Padua: discutir con ellos era como volver a casa. Luca Casarini era una fuerza de la naturaleza, un proletario con una inteligencia viva y astuta, con un instinto irrefrenable, con una capacidad de liderazgo evidente, combinada con una reflexión que quería nutrir con cultura; Beppe Caccia era un estudiante cuatrojós y diligente, que se ponía siempre en primera línea cuando había que irse a las manos – como si quisiera justificarse por ser demasiado estudioso –, perfecto en la combinación de inquietud y disciplina, entrega a los demás y abnegación. Pero qué cantidad de compañeros pasó por París: la Pantera encontraba aquí una guarida, calentada por los exiliados de la década anterior.

Pero los que más se beneficiaron fueron los italianos de París: para ellos este encuentro fue también una vuelta a casa, no amargada por el choque con los recuerdos dolorosos que arrastraban y por el miedo de que la realidad italiana fuera demasiado distinta de cómo deseaban que fuera. Encontraban a *la meglio gioventù*⁷ sin remordimientos, con la voluntad de empezar de nuevo a luchar: si habían llegado hasta allí, era porque habían estado esperando este momento. Si dedicar la vida al saber es lo mejor que puede hacer

⁷ La referencia es al libro de poesía de Pier Paolo Pasolini, *La meglio gioventù*, escrito en dialecto friuliano, publicado en 1954.

una persona, para los exiliados ese «mejor» se ve multiplicado por mil, porque el recuerdo de las luchas hace que aumente su apego a esa «vida» –la siente latir en las venas: y ahora tocaba entregar ese «saber» a los compañeros llegados de Italia–.

79. Riff-Raff

Es el título de una película de Ken Loach: una historia de proletarios ingleses; lo propusieron los compañeros vénetos para una revista hecha en común entre exiliados italianos en Francia y compañeros autónomos en Italia –que sin embargo se veían a sí mismos como exiliados: no firmaban con sus nombres–; algunos continuaban viviendo bajo control judicial. De este modo, dos comunidades de exiliados combatientes volvían a pensar juntos.

Mitad francesa y mitad italiana, la revista publicó un par de números. En su interior pueden encontrarse algunos hilos de la discusión de los seminarios parisinos –pero, sobre todo, algo así como un sentido de la aventura, la sensación de que se estaban abriendo nuevos espacios–. La vieja cultura del siglo XX estaba a punto de ser relegada al desván; más que de Gramsci y de Althusser, se discutía de *cyber* y de Internet, de Haraway y Jameson. Era asombrosa la conciencia de cambio de época, de la entrada en el mundo del *general intellect*; a partir de aquí se reanuda el trabajo de encuesta: luchas sobre el trabajo dentro de la reorganización social de la explotación; atención e investigación sobre la extracción del valor en los sectores reproductivos, en los servicios, en los territorios. Una encuesta llevada a cabo siguiendo los pasos del trabajo crítico de Aglietta y de la Escuela de la Regulación, siendo conscientes de que estaba en marcha una «revolución por arriba» neoliberal y buscaba nuevos interlocutores políticos (estamos en el periodo de *Tangentopoli* y del nacimiento de la Lega). Había diferencias de criterio teóricas y políticas, pero también una cesura definitiva con la concepción tercerinternacionalista del partido, que allanaba el camino para una redefinición de la autonomía en Italia. Se trataba de convencer a los compañeros vénetos de traducir la práctica *potoppina* que había sido la suya y plasmarla para la acción en las nuevas instituciones (comités

de base, centros sociales, asambleas ciudadanas...) que se habían mantenido y/o formado en aquella década oscura –Piero Despali, que salía de una década de clandestinidad forzada, animaba a los compañeros a esa renovación, esencial para la recomposición política–. «Volver a empezar no significa retroceder», se decía antaño; ahora cabía añadir: «Significa salir adelante».

En *Riff-Raff* había muchas aperturas al futuro. Las temáticas del *operaismo* sobre el salario se desarrollaban en términos completamente nuevos, como exigencia de una reducción drástica del tiempo de trabajo y de una renta universal de ciudadanía: así, a la nueva potencia de las máquinas correspondía una renovada resistencia de los trabajadores. Era una traducción lineal del «rechazo del trabajo» en reivindicaciones nuevas y al mismo tiempo antiguas, que resultaban más eficaces y revolucionarias en su formulación reciente que en la del pasado: porque ahora se había agravado la tensión que atraviesa la relación de fuerzas entre las clases. Se tenía la impresión de que el trabajo vivo se había vuelto más potente, de que podía reapropiarse de la dinámica organizativa de la producción.

En segundo lugar, *Riff-Raff* se abría a la Europa en formación. Desde luego, la Unión era una respuesta institucional y capitalista al movimiento del obrero multinacional que habíamos conocido en los años setenta: ahora era necesario cambiar el signo de la unificación europea. Pero la unificación tenía que darse: era también un fruto de los «gloriosos setenta». Esta nueva atención a Europa permitía sacudirse la miseria italiana y aprender a luchar en el nivel europeo.

Tercer elemento, el más importante: Chiapas. Estábamos en los inicios de aquel formidable episodio de la lucha de clase internacional, y desde el primer momento aquella extraña banda de exiliados entendió el mensaje: parecía el perfeccionamiento de la militancia autónoma, enriquecida por la apertura a una propuesta organizativa multiforme, que el saber indígena desarrollaba con formas reavivadas. De Chiapas llegaba también el nuevo mensaje del «caminar preguntando», adecuado para los movimientos en la figura singular y múltiple que habían cobrado: aquella multiplicidad pendenciera que había sido siempre presentada como límite

se ve ahora transformada en característica del proyecto revolucionario. Otro tanto cabe decir de la singularidad de los movimientos, que durante muchos años se habían presentado a menudo con formas sectarias: desde aquí se abre el camino común que llevará a Génova 2001.

80. Compañeros de Italia 2

Pero volvamos a los compañeros italianos. Cuando «desembarcaban» en París era para reflexionar y discutir de manera coral, con toda la alegría de la que estaba cargada esta repatriación a la inversa. Además de las discusiones y del marco político de estos encuentros, había otras cosas, mucho más sencillas y prosaicas. En primer lugar, se trataba de buscar alojamiento para todos, de comprobar que nadie se había perdido en el metro, y luego de volver a utilizar el dialecto véneto que hablaban gran parte de los compañeros y que Toni tenía la impresión de redescubrir a cada ocasión. La lengua de los afectos, los debates y las veladas prolongadas; la lengua de las palmadas en la espalda y de los abrazos. Cuando hablabas con algunos en dialecto, estaba el calor de la amistad y de la política, también la humanidad que extrañábamos en el exilio. Bullicio y carcajadas, carcajadas y bullicio; poco a poco la excursión escolar se transformaba y nos poníamos a trabajar.

Entender: este había sido siempre el hilo conductor y no había motivos para renunciar a seguirlo. Intervenciones, preguntas, discusiones y vuelta a empezar: para entender era necesario aprender y para aprender ante todo era necesario escuchar.

Una bocanada de Italia concentrada en cuatro días: una capa de humo que flotaba sobre las cabezas en las habitaciones del sótano que la editorial l'Harmattan nos prestaba –pero el aire irrespirable no parecía desalentar a nadie–. Un año Toni decidió luchar contra el propio tabaquismo y compró parches de nicotina. Luego terminaba fumando lo mismo, mejor dicho, más de lo que fumaba normalmente (¡y eso que fumaba!) y había momentos en los que se moría de angustia, mientras que su bronquitis se había vuelto monstruosa. Pero había aguantado hasta el final del seminario, predispuesto

por la felicidad de volver a reflexionar juntos y por todas aquellas caras: compañeros y compañeras; hermanos y hermanas; una gran familia ampliada; rostros conocidos en algunos casos treinta años atrás, delante de las puertas de las fábricas, en las asambleas estudiantiles, en todas partes. O las más recientes: muchachos de las movilizaciones estudiantiles, movimientos de la Pantera, pequeñas perlas que habían resistido y habían crecido a pesar del gran frío de los años ochenta. También algunos franceses y un puñado de italianos que estaban en Francia con una beca Erasmus y que decidieron sumarse.

Nunca se insistirá lo bastante cuánto percibe un italiano la distancia de casa. Pueblo de migrantes: el mundo se convierte en casa, pero la casa la lleva uno consigo. La lengua, el dialecto, el volumen de la voz, la fuerza de los abrazos (esa corporeidad que en Francia es tan difícil de aceptar), desde luego –pero en algunos casos los «trozos» del país dejaban de ser inmateriales y se convertían en verdaderos regalos–. Toni recordaba una botella de *grappa* de un color verde ácido algo inquietante que en un primer momento había confundido con absenta (y que había evitado beber por exceso de prudencia: se fumaba ya tanto que mejor seguir con el vino...). La botella contenía una especie de planta, como aquel vodka hecho con la «hierba del bisonte» que alguien había traído una noche. Pero aquí la hierba era... hierba, habían dicho los compañeros entre sonrisas: buena hierba, cultivada en algún balcón del alto Véneto –y al inevitable dolor de cabeza del día siguiente se sumaron las risas de todos los que la habían probado–. La «*grappa* de maría» introducida de tapadillo por la frontera (y sus efectos hilarantes) sigue siendo hoy un recuerdo formidable.

El seminario era una forma de estar juntos y de reinventar Italia. Lo que más sorprendía a Toni era que de esta reunión increíble, que se parecía más a las celebraciones de Navidad de una tribu barroca y ruidosa que a una verdadera asamblea política, afloraban a cada ocasión contenidos apasionantes. Seguíamos pensando, formulando hipótesis, verificando. Lo hacíamos de todas maneras, porque vivir significa entender y luchar –y nadie de los presentes iba a rendirse nunca–. Algunos se rendían, por la noche, delante de un plato de

comida china –encontrar restaurantes para 40 personas no era tarea fácil–: la Chinatown parisina era preciosa desde este punto de vista, pero el choque cultural podía ser brusco. Algunos pedían a gritos una pasta *all'amatriciana*, otros *pasta i fasoi*: pero renunciar a luchar, eso jamás.

81. Dudas y disensiones

Toni trabajaba mucho, tal vez demasiado. Suzanne estaba con él; pasaba periodos largos y regulares con su hija Nina, que era una niña encantadora. Y había alcanzado una cierta estabilidad económica.

Sin embargo, no estaba bien. Lo atormentaba la necesidad de volver a unir su vida a las luchas, de tener una militancia activa. «Ya hemos hecho suficiente investigación y suficiente filosofía, y las hemos hecho bien. Ahora se trata de llevar a cabo un desplazamiento de nuestras vidas: reanudar la militancia», me hubiera gustado decirle a los amigos. Con mis sesenta años, pensaba: «Si todo va bien, tengo vida para veinte años más: no son muchos, pero suficientes para renacer en la práctica; para intentar la realización de lo que, con los compañeros, hemos pensado y construido en la teoría». Platón viajó a Siracusa para probar la verdad de su política, pensaba socarronamente; pero él no era Platón: no quería probar la verdad; quería construirla con los demás; «un perro entre los perros» como lo era el «cínico» foucaultiano cuando buscaba el «hacer verdad».

Cuando has militado antes en PotOp y luego en un movimiento como la *Autonomia*, has construido una «forma de vida» tan rica, viva y abierta que cualquier otro modo de vida te parece alienado y aburrido. «Hay que marcharse» –Toni se lo repetía desde niño–: marcharse no solo de la miseria que nos rodea, sino también de la repetición y del tedio que el saber produce cuando no se acompaña de la práctica. ¿Pero hacia dónde? En Italia estaba naciendo la Segunda República y, si Berlusconi era la peste, el PDS era el cólera: no habría habido posibilidad de actuar, mientras que era mejor ni hablar de volver a Italia. No había posibilidad de intervenir desde el exilio francés.

Su necesidad de libertad se había ido puliendo hasta llegar a enfrentarse con el poder. Y se había organizado, en ese enfrentamiento, como necesidad colectiva, como libertad de personas que colaboraban entre sí y que habían convertido en un arma esa cooperación, el estar juntos. Pero aquí comenzaba la cadena de las dudas: ¿era aún posible hacer trabajo político tal y como él lo había hecho? ¿Y seguía siendo posible la constitución común del trabajo de los militantes, asociados en la acción subversiva? En aquel entonces las circunstancias fueron extraordinarias: pero muchas cosas habían cambiado. La legitimidad de la ilegalidad de masas, impuesta por las luchas, estaba ahora pulverizada; los espacios políticos se habían cerrado; la represión se había masificado y especializado. El sistema político parecía ahora impermeable a toda astucia revolucionaria. ¿Qué hacer?

Aquí Toni discrepa también con sus amigos más queridos: muchos de ellos teorizan su distanciamiento de la lucha política: lo llaman «éxodo» del poder. Es el momento en el que Bartleby, el héroe melvilliano del «*I would prefer not to*» parece convertirse en el testigo de la época. Pero Toni rechaza esa posibilidad presentada como una opción: en Bartleby no hay cuerpo –mejor dicho, hay solo un cuerpo que se agota; no hay cuerpos que actúan en lo colectivo–.

De esta manera, se va al traste el nuevo *Manifiesto de los comunistas* ideado junto a Paolo, Christian y Luciano, porque no puede nacer de la proclamación del éxodo. Además, ¿adónde iba a «hacer éxodo» una clase obrera hecha añicos y derrotada? Había que superar la derrota con un renacimiento, dando nueva fuerza a los cuerpos. En cambio, aparecen alardes abstencionistas radicales; paradojas inútiles: construir en el vacío; proclamar la «decreación»; desarrollar *epojé* cada vez más radicales: sin atravesar estas ciénagas parecía imposible alcanzar un pedacito sólido de ser, conquistar un espacio sobre el que erguirse. A Toni aquellas no le parecían más que vías de fuga o, peor aún, situaciones consoladoras: no veía ninguna posibilidad de sacar algo positivo de las relaciones de negación-creación, ausencia-potencia, éxodo-proceso constituyente.

Por eso sufría: porque veía alejarse de un proyecto de intervención organizativa precisamente a los compañeros con los que había pensado construir ese proyecto y a los que ahora había propuesto escribirlo como documento base para un nuevo movimiento. Es cierto –me interrumpían– que solo las luchas podían aclarar el sentido de un nuevo actuar y de un nuevo *Manifiesto*. Yo replicaba: de todos modos se trata de intentarlo...

Sin embargo, la situación italiana estaba claramente en movimiento: no costaba mucho entenderlo. ¿Era posible introducir en esta un discurso político de autonomía revolucionaria, para condicionar a las fuerzas de izquierda que estaban rompiendo ahora su ya vieja desunión y su unidad superficial? Los compañeros parisinos sostenían la posibilidad-necesidad de una intervención a partir del discurso elaborado junto a los compañeros italianos, pero desde Italia la negativa fue rotunda: ya no eran tan fuertes como antaño; de hecho, no eran fuertes en absoluto; los compañeros, la gente del 69 y del 77 estaba «en otro lugar», sostenían. Se equivocaban: en la segunda mitad de los noventa el movimiento volvió a ponerse en marcha, fuerte y generoso, recuperando a muchos de los viejos. Pero era cierto que el viejo personal político estaba cansado y que, a principios de los noventa, nunca habría podido tomar una iniciativa que solo podía venir de los jóvenes: así, aquel *Manifiesto* se quedó en buenas intenciones.

82. *Futuro anteriore*

Dentro de esta crisis no había otra cosa que hacer, en la relación con Italia, que comunicar todo lo producido en Francia y animar a los compañeros italianos a dar forma, dentro de la experiencia de las luchas, al «aggiornamento» del discurso *operaista* que llegaba de allende los Alpes. Nace así la revista *Futuro anteriore*, que a pesar del título no es la traducción italiana del *Futur antérieur* que llevaba años haciéndose en París: se ocupan de ella algunos compañeros que viven en París y otros que van y vienen, sobre todo Judith Revel y Alessandro Pandolfi.

Futuro anteriore no es una revista «política», pero introduce en el debate de los movimientos italianos una línea de resistencia, insistiendo en las implicancias políticas del pensamiento de Deleuze y Foucault, Rancière y Bourdieu, Krahl y Jameson (e introduciendo al «loco» de Žižek): una traducción de debate de allende los Alpes atravesada por la batalla para dar una posición subversiva a aquel nuevo bloque de pensamiento europeo, sustrayéndolo a un uso ideológico académico y/o reaccionario. *Futuro anteriore* renovaba la inteligencia que en los años setenta había permitido absorber los acontecimientos filosóficos europeos y enriquecer el debate filosófico-político italiano –pensemos tan solo en el trabajo de *aut aut*– y de tal suerte ofrecía una lectura de la segunda mitad del siglo XX libre de los desechos reaccionarios que habían embadurnado su imagen. Desde luego, no fue una revista que consiguiera incentivar la recomposición de los movimientos autónomos en Italia, en el desierto que había dejado la represión y en las condiciones dictadas por la crisis: la tragicomedia de la moralización fingida de Mani Pulite no tardaría en revelarse como una transformación de régimen, porque, puesta en marcha por la izquierda, terminará excluyendo a esta del régimen y permitiendo el triunfo televisivo de una nueva clase política neoliberal.

En el debate sobre la atribución de responsabilidades de una crisis que, una vez desbaratados los partidos y el sistema constitucional, terminaría convirtiendo a Italia en el «país podrido» de Europa, Toni estaba asombrado por el vaciamiento de la discusión política. Y veía *Futuro anteriore* como ejemplo de lo que el pensamiento filosófico y político habría podido ser en Italia, no ya si no hubiera habido represión, sino si el desierto que había dejado la represión hubiera sido surcado por unos pocos arroyuelos de vida activa. La destrucción de la memoria de los años setenta trajo consigo el empobrecimiento de toda instancia progresiva: ahora descubríamos que aquel veneno destructivo, distribuido contra la presencia de los movimientos en lucha, había envenenado la tierra hasta los estratos más profundos.

83. Diez años de exilio

Aquella tarde del 19 de septiembre de 1983, cuando Toni atravesó el Tirreno desde Punta Ala hasta Córcega, lucía un sol espléndido: el mismo que resplandece diez años después sobre Córcega, donde Toni ha pasado el décimo aniversario del exilio, mirando hacia Elba desde Bastia: bastaría un barquito de vela y unas pocas horas...

Diez años desde la evasión y sesenta años de vida, en aquel agosto de 1993. Por la noche se celebró una gran fiesta por el cumpleaños de Toni en la casa de campo de Yann en la montaña de Sartène: tantos compañeros en la penumbra centelleante de las hogueras cruzaban las miradas, el vino y los bailes. Toni recordaba que se cumplían también veinte años del agosto del 73, cuando en la taberna *Al mondo di qua* junto al Brenta se fundó la *autonomia operaia*: también allí se bebió y se bailó; las imágenes se solapaban en la sombra danzante de las hogueras.

¿Qué quería Toni diez años atrás? Huyendo de Italia pensó para sí: huyo para ayudar a mis compañeros, a todos los compañeros, a salir de la cárcel. Y ahora, ¿qué ha conseguido, qué ha conquistado? Y lo que ha construido, ¿se corresponde con sus deseos?

No obstante, en algo no se había equivocado: se había mantenido en libertad y había alimentado, trabajado, aumentado el patrimonio de deseos, de ideas y de luchas que los compañeros de la *autonomia* habían acumulado. Veinte años de *autonomia*, diez de exilio: el movimiento había logrado, lo habían logrado muchos de los compañeros acurrucados alrededor de las hogueras, decirse libres y comunes. Comunes porque aquellas pasiones, que habían construido la lucha y los habían mantenido unidos y libres, eran pasiones de comunismo. La travesía del desierto y la experiencia de la depresión, luego la reconquista de la reflexión política: estamos vivos –esta era la constatación que alegraba aquella velada–. Comunes, vivos: ¿y potentes? En teoría: ¿impotentes entonces, sugería el genio maligno? No: porque aquellos compañeros «hacían verdad», contra y más allá de quienes los habían derrotado ocasionalmente.

Y además, reflexionaba Toni mientras las hogueras se reducían a brasas relucientes, tal vez se había logrado, alcanzando a

los jóvenes, reanudar una relación constructiva, constituyente, con Italia. Las iniciativas ensayadas con los viejos compañeros y encomendadas a viejos circuitos (como *Futuro anteriore*) no funcionaban: andaban por medio demasiados fósiles políticos o grupos de desesperados, arrinconados en reservas metropolitanas de alcohol y drogas, de renunciadas llenas de frustración o de un ansia delirante de revancha. Sin embargo, había gente muy joven que podía salvarnos –«pero yo, seguía pensando para sí Toni, ¡tengo sesenta años cumplidos!»–.

Así que era necesario trabajar para poner a disposición de los compañeros más jóvenes el saber construido en los veinte años anteriores: eso era lo que había que hacer –el buen trabajo es algo que compensa–. En la cabeza de Toni empezaba a entrar algo de realismo...

A partir de estas reflexiones se genera el propósito de escribir sobre la nueva estructura del poder en la globalización geopolítica que el final de la Guerra Fría había impuesto: no sobre el imperio estadounidense, sino sobre la «forma Imperio». Los veinte años de pensamiento y de lucha de la *autonomía* tenían que medirse en ese plano, verificando la hipótesis de que las luchas del trabajo habían empujado al capital a organizarse en un plano más alto: el «Imperio» precisamente.

84. París, la autonomía del obrero social

La lucha de clase es kárstica: siempre la hay, vive en las profundidades de la sociedad. A veces aparece de modo pacífico; otras veces estalla con violencia. Lo que en el *operaismo* se llamaba «ciencia obrera» estribaba en reconocer esa «continuidad discontinua» de las luchas y en interpretarla. Una «ciencia» también necesaria para el enemigo, puesto que también la burguesía califica a uno de sus exponentes como «hombre de Estado» cuando reconoce a este la capacidad de intuir el curso caprichoso y continuo del fluir de las luchas y de prevenir y dominar su explosión: pero era esta una época en la que no había muchos hombres de Estado a los que la burguesía pudiera recibir en su panteón.

Las luchas reaparecían, autónomas: lo que quedaba de la clase obrera las llevaba a estar fuera y/o contra la voluntad de los sindicatos, mientras que grupos de «obreros sociales» y de sectores sociales que sufrían las nuevas modalidades de extracción capitalista del valor empezaban a ejercitarse en la resistencia. Había grupos políticos que practicaban surf sobre estas luchas, repitiendo viejas jugadas ensayadas: pero, desde el punto de vista de clase, solo había autonomía. No hay nada más solitario que luchar autónomamente: sin embargo, era posible intuir, dentro del nuevo modo de producción, los nuevos modos de luchar por parte de los explotados.

Desde *Futur antérieur* se percibe que el viento se levanta y la vela cobra fuerza. Desde Estados Unidos llegan noticias de luchas lejanas –*de te fabula narratur*–: la gran revuelta afroamericana de Los Ángeles, que denuncia el apartheid de las poblaciones de color e introduce la lucha dentro de la sociedad; así como el organizarse de la lucha contra el sida que afecta a la comunidad homosexual, con la promoción de luchas autónomas y la extraordinaria creación de formas de organización participativa para la reapropiación del saber por parte de Act Up. En ambos casos, la lucha ocupa la dimensión biopolítica, dejando al descubierto su sistema cardíaco, cuando la angustia del abandono y de la muerte se abaten sobre amplios grupos de ciudadanos. La autonomía de las luchas deslegitima el orden social, no reconoce sus mediaciones, impugna su legitimidad.

Mientras tanto, en Francia el gobierno promulga en marzo de 1994 una «medida de inserción profesional» que prevé para los jóvenes licenciados que buscan trabajo la posibilidad de «beneficiarse» de una remuneración salarial inferior al salario mínimo: estalla la lucha; doscientos mil estudiantes salen a la calle; las *manifestations* ocupan todo el territorio nacional.

La movilización es enorme e inesperada: el gobierno se ve obligado a ceder. Aquí se puso finalmente de manifiesto la socialización de la lucha de clase: su dimensión colectiva se caracteriza por la convergencia y la conjunción de redes y de conexiones singulares –no es un trueno, sino un concierto–. Esta nueva característica de

la lucha pone de los nervios al poder; tras las luchas de 1986 se produjo una dispersión de las fuerzas, casi un reflujo, como suele suceder cuando no hay instituciones que den duración a los movimientos: ahora llega el momento de la escampada tras la temporada de brumas.

Futur antérieur dedica a estas luchas reflexiones y estudios reunidos en el número 23-24 y en el suplemento *Les coordinations des travailleurs dans la confrontations sociales*, una de las mejores producciones de la revista. Un estudio anatómico que reflexionaba sobre la aparición de los nuevos cuerpos sociales; un análisis refinado y minucioso de los movimientos y de los sujetos en lucha, desarrollado alrededor de las formas organizativas que unifican lo social y lo político. Después de haber recordado las modalidades de coordinación en las luchas obreras y rurales del pasado y luego las de las enfermeras, los intermitentes del espectáculo y los estudiantes, los focos apuntaban a las formas de lucha de un nuevo movimiento obrero, caracterizado por la organización democrática de base y por la toma de palabra colectiva para formar el programa y gestionar la lucha: aquí salen a la luz, en la lucha, la cooperación y la socialización impuestas por la transformación del modo de producir, adecuadas a la nueva cualidad de la fuerza de trabajo, a su mutación interna, al avance de su «saber de la producción».

El análisis identificaba la originalidad de esas luchas. La clase era reemplazada por lo que Toni llamó tiempo atrás la «multitud», que ahora aparecía en primera línea tanto en la composición técnica (multitud de singularidades) como en la política (democracia de base): había que describir de nuevo toda la fisiología de la lucha de clase, en la experiencia y en la teoría.

85. 1995: *tous ensemble*

Mientras que muchos consideraban ahora la lucha de clase tan solo como un subproducto de la historia eterna que domina el espíritu, *Futur antérieur* veía una lucha de hombres y mujeres, de brazos y de cerebros que crean la vida: el punto más alto de una experiencia que quería transformar la ciudad. Toni lo narra en el editorial publicado

en *Futur antérieur* el 10 de enero de 1996:

Una lucha social, repentina, de amplitud imprevisible, novísima en su punto de ataque, pacífica pero de gran radicalidad, ha atravesado toda Francia y no solo París, desde mediados de noviembre hasta finales de diciembre. Esta lucha no ha terminado, ha quedado –por así decirlo– *suspendida* durante las vacaciones de Navidad. Todos esperan que se reanude; de modo esporádico, endémico, intenso: nadie lo sabe; pero todos saben que algo ha cambiado, en la profundidad de las conciencias individuales y en el imaginario colectivo. En pocas palabras, a través de la lucha la gente se ha convencido de que el «nuevo orden mundial» dictado por el neoliberalismo y multiplicado por los requerimientos a someterse a la regla monetaria, a la reducción de la deuda, a las privatizaciones, a la reorganización móvil y flexible del trabajo, a una disciplina de la vida es *resistible*. Y, por lo tanto, que se da un *nuevo posible*.

La lucha empezó en torno a algunas reivindicaciones de categoría de los empleados de las empresas públicas (transportes, energía, comunicaciones, enseñanza): pero el movimiento, con una aceleración repentina, se fijó de inmediato el objetivo de la retirada del plan del gobierno (reorganización represiva de la asistencia pública y reducción drástica del endeudamiento público) y por ende la revisión de las políticas neoliberales impuestas –según el gobierno– por la globalización de los mercados y de manera subsidiaria por las reglas de la construcción europea. El movimiento de huelga obtuvo el apoyo activo de buena parte de la población. La lucha no tardó en ser reconocida como de *interés general*. Los medios de comunicación no han conseguido explicar los eslóganes antihuelga y todas las iniciativas para organizar a los usuarios contra los huelguistas han fracasado miserablemente. De esta manera, durante más de un mes, a las manifestaciones sindicales impotentes respondía, durante el día y por las noches, un enorme movimiento de trabajadores no huelguistas que, de manera no menos amenazadora, ocupaba la ciudad –a pie, en bici, en autostop– y de ese modo coproducía la lucha. Se ha inventado una nueva forma de lucha: una *huelga metropolitana* convivial.

En el momento en el que escribimos (principios de enero de 1996) el resultado sindical de la lucha es incierto: aunque es cierto que los empleados públicos han ganado, consiguiendo la retirada de las medidas que los afectaban y el pago de las jornadas de huelga, sin embargo el gobierno ha conseguido mantener su proyecto. ¿Hasta

cuándo podrá seguir haciéndolo? Los gobernantes se desviven pidiendo un nuevo consenso y declaran que no hay alternativa alguna a una política de reducción de la deuda pública. En realidad, no solo entre la gente que ha participado o ha apoyado las luchas, sino también en vastos sectores intelectuales, se abre paso la conciencia de que –sí no en el terreno nacional, sí desde luego en el europeo– puede construirse una alternativa a las lógicas monetaristas y liberales (y a la fractura social que estas determinan); en resumen, que un nuevo dispositivo, igualitario y solidario, de aumento de la productividad, de redistribución de la riqueza y de consideración de la utilidad social puede proponerse a escala continental. De donde se sigue que, a corto plazo, es muy improbable que el gobierno francés consiga rehacer el consenso en torno a su propio proyecto y al proyecto del liberalismo mundializado.

¿Podemos sostener ahora que este extraordinario acontecimiento francés –y la expresión, de momento balbuceante pero no menos eficaz y extendida, de otras hipótesis de desarrollo– han derribado o al menos bloqueado temporalmente la tendencia que, a partir de Thatcher y Reagan y pasando por la caída del Muro, parecían haberse consolidado por un periodo secular a nivel mundial? La respuesta es incierta. Si el acontecimiento parisino rompe –de esa forma fascinante que solo los parisinos saben dar a las insurgencias en su historia– con la tendencia hasta ahora hegemónica del dominio liberal, nada permite pensar que este acontecimiento vaya a ser tan contagioso como otras veces lo ha sido el ejemplo francés. Sin embargo, incluso en ausencia de comunicación inmediata e internacional, la novedad del acontecimiento parece difícil de neutralizar. De hecho, expresa de forma masificada, en un país de alta cultura política, en un paso delicado de la construcción europea, la percepción de la *insoportabilidad* del régimen neoliberal, la convicción de que el poder de mando capitalista se vuelve más insostenible de cuanto lo era en su forma antigua (que había sido trabajada y condicionada por el movimiento socialista) y de que su superación constituye hoy una hipótesis que se apoya en el deseo de la multitud. ¿Una ilusión? Tal vez, como tantas veces les ha sucedido a los movimientos que desde abajo impugnaban radicalmente el ejercicio del poder. Pero una *ilusión real*.

Volvamos al análisis de la lucha de diciembre. En ella no hay nada de antiguo. El sujeto que *lucha*, en las fábricas, en las calles, ya no es tan

solo clase obrera: los monos azules de Putilov, de Detroit o Mirafiori pertenecen al museo de antigüedades. Por el contrario, es una clase media proletarizada; una clase obrera de cuello blanco; una masa altamente escolarizada. Todos leen a Zola, pero ninguno lo vive. Quienes conducen un tren tienen veinte años de estudios; un técnico de la Télécom veintitrés. En cuanto al *objeto* de la disputa, ya no es el salario nominal, sino la dimensión «biopolítica» de la renta, esto es, la cantidad de trabajo que se debe suministrar para garantizar la reproducción de la vida, para sí mismos y para los propios hijos, en el arco de existencia de las generaciones y de sus necesidades crecientes. El *lugar* de la lucha son los servicios públicos: es decir, se plantea allí donde la cooperación social, a saber, la cooperación interactiva de los trabajadores y de los ciudadanos (los transportes, la enseñanza, las telecomunicaciones), es necesaria para definir la productividad. La *forma* de la lucha es a su vez definitivamente nueva: las asambleas de base deciden objetivos, tiempos, formas de luchas, mientras que los sindicatos –si quieren sobrevivir– son «correas de transmisión» de la voluntad de base. Es un cuerpo nuevo, que solo por vicio terminológico seguimos llamando «proletariado», el que aquí vuelve a levantarse. Potentemente. ¿Un producto del desarrollo capitalista? Por supuesto. ¿Una figura posindustrial? Por supuesto. Pero con el mismo odio contra la explotación que caracterizaba a los obreros de las Putilov, de Detroit y de Mirafiori, y con una capacidad –que estas mujeres y estos hombres muestran en las luchas– muchísimo mayor que la que poseían sus ancestros para tomar en sus manos su propio destino.

Tal vez sea precisamente la ausencia de toda nostalgia veterocomunista, de toda posible traducción de la lucha a un lenguaje burocrático, de toda iconografía clásica, lo que convierte a esta revuelta, tan ferozmente anticapitalista, en una feliz promesa. Es la resistencia de los movimientos, capaces de devenir *poder constituyente*. Plantear, ante esta nueva potencia, la alternativa «liberalismo o barbarie» constituirá de ahora en adelante un insulto a la inteligencia común. En cuanto a la advertencia terrorista de «tecnocracia o chusma», a estas alturas es ya objeto de burla. En efecto, en la lucha de diciembre, frente a la *policía* de la deuda, ha renacido la *política* del deseo.

86. Después de la tormenta

El «movimiento social» de 1995 es «una experiencia política que deja una huella»: ¿es posible traducirla a un movimiento político? Lo querían los ciudadanos que durante la huelga de los transportes detenían sus coches para recoger a los que no tenían medios de transporte, y discutían juntos qué salida política ofrecer al movimiento; lo gritaban los estudiantes de Toni que desde París 8 iban por la mañana a montar los piquetes delante de las cocheras de los autobuses en Seine Saint-Denis; y cuando lo preguntó Bourdieu, invitado a hablar por los huelguistas bajo las bóvedas de la Gare de Lyon, en una noche memorable, un estruendo de aprobación rompió el silencio religioso que se había mantenido durante el mitin.

Por su parte, Toni se lo preguntó a Thibaud, el jefe del sindicato de los *cheminots* [ferroviarios], que había dirigido la lucha, en una entrevista:

Negri: Han tomado conciencia de la modernización capitalista y de la posibilidad de dirigir el movimiento de los dominados: ¿piensan que el sindicalismo debería asumir un nuevo papel político en la situación actual?

Thibaud: El periodo que viene se caracterizará por la decisión de consolidar la aspiración social a resistir. En cuanto a los partidos políticos de la izquierda, o son capaces de una fuerte renovación en términos políticos que les permitan acompañarse con el movimiento o, en caso contrario, el movimiento sabrá indicar respuestas políticas inéditas. En este sentido, corresponde a los trabajadores mismos la tarea de sostener la dimensión política de las luchas y por ende de reapropiarse de la política.

Nosotros creíamos en las palabras de Thibaud. Había demasiadas cosas nuevas en lo que había sucedido: una práctica generalizada de la democracia de base como forma de la decisión política; y la colosal socialización del movimiento, la capacidad de transformar la lucha sindical en lucha política contra el gobierno. Sobre todo, había habido una movilización metropolitana en la que la fuerza obrera se había hecho multitudinaria: la fuerza que corría en las manifes-

taciones multitudinarias que avanzaban en las noches invernales, iluminadas por las bengalas de humo de colores de los ferroviarios; la emoción que generaban las bandas musicales de instrumentos de viento y los tambores metálicos que producían una música inesperada –mejor dicho, un robusto tam tam del espíritu– eran inolvidables. Todo esto no podía ser irrepetible: teníamos la certeza de que, aunque no avanzáramos, ya no podíamos volver atrás, y de que las luchas futuras iban a presentar esta potencia.

Hasta los sedicentes «expertos» (antaño se los habría llamado «rompehuelgas») a los que dio pábulo la componente moderada y neorreformista del sindicato –en cada episodio de la lucha de clase siempre hay quienes, de parte de los patrones, está dispuesto a falsificarlo– tuvieron que admitir que aquí había algo nuevo; y reconocer que la multitud de los trabajadores había organizado una especie de «éxodo político» del orden capitalista de la sociedad. Finalmente, la palabra «éxodo» –esa vaga entidad que los intelectuales vaciaban de toda concreción, definiéndola entre profecía y utopía, entre *eskhaton* y *katechon*– se llenaba de materialidad.

Y, sin embargo, el paso a lo político de ese conjunto de luchas no tuvo lugar. Pero era evidente que aquel movimiento representaba una novedad no solo por la potencia del acontecimiento que había sido, sino sobre todo por la demostración de la nueva figura del trabajo vivo que lo había producido: era un nuevo devenir del trabajo vivo frente a la reestructuración del poder de mando y de la sociedad. Nadie podía decir cómo iban a desarrollarse las cosas. Había una única certeza: que el nivel alcanzado por estas luchas y la correspondiente demanda de lo «político revolucionario» iban a permanecer como características de toda nueva lucha. Si el capital había impuesto un nuevo modo de producir, las luchas lo habían identificado como enemigo: a largo plazo, todo acontecimiento revoltoso iba a ser caracterizado en los mismos términos.

El nuevo paradigma del trabajo en revuelta, de la potencia política de la lucha de clase, ya no era una hipótesis teórica: con lo que había acontecido se había hecho carne.

87. Imperio: un libro militante

¿Tenemos el derecho, ahora que nos enfrentamos al proceso en apariencia irresistible de la mundialización-globalización de la economía, de plantearnos el problema de las formas políticas que podría cobrar esa mundialización y de cuáles serían susceptibles de guiarla? Ni que decir tiene que tenemos el derecho y la urgencia de hacerlo. Tenemos que saber quién controlará la mundialización, quién podrá imponerse a sus procesos y a sus ritmos. Pero también y sobre todo necesitamos saber qué soluciones de recambio, qué escenarios alternativos podrán diseñarse en el interior de ese movimiento. El Imperio no es un concepto que pueda dejarse a los historiadores de la Antigüedad o de la Edad Media: al contrario, es un concepto que atañe a lo esencial de nuestras experiencias políticas de hoy en día. Tenemos que persuadirnos de que el proceso de globalización es irreversible y que hay que oponerle instrumentos políticos aptos y apropiados. Ahora bien, las formas políticas que dominan en este momento la vida política de los Estados son incapaces de hacer frente a la potencia de las transformaciones en marcha: por lo tanto, el problema del Imperio y de su análisis tiene que estar a la orden del día a toda costa.

De este modo, en el primer número de 1995, *Futur antérieur* presentaba el problema sobre el que Michael y Toni llevaban trabajando un tiempo. El proyecto consistía en conseguir reunir los temas de la transformación del trabajo, de la moneda, del orden geopolítico, del poder, en una figura política que registrase su mutación y que resaltara su novedad histórica. Era necesario identificar el nuevo nivel de la guerra de clase y las figuras de su solución soberana; y describir las nuevas formas y constituciones de la subjetivación.

Michael y Toni trabajaban muy bien juntos: juntos se planteaban problemas y los discutían; luego, uno u otro los desarrollaba; y para terminar cotejaban los resultados. Era un modo de trabajo militante: un trabajo hecho para los demás y con los demás, adecuado a la necesidad de identificar colectivamente (y en los movimientos) determinados problemas y destinado a estimular (con la discusión común) movimiento común, acción y reflexión política entre los explotados y los dominados, entre los militantes.

Toni llevaba ya un par de años trabajando sobre el concepto de «soberanía imperial»: quería entender la génesis del imperio estadounidense en la complejidad y la densidad de su dinámica constitutiva. La idea se le ocurrió cuando, estudiando para otros trabajos sobre la historia de la soberanía moderna, se dio cuenta de que el concepto de «soberanía» ya no se sostenía: con él se empobrecía y se escapaba el concepto de Estado-nación y cobraba nuevas figuras toda la teoría política de la autoridad, del consenso y del poder de mando. Además, en 1993 Toni había dado en el Collège International de Philosophie el seminario «Introducción a la teoría política del Imperio», en el que había analizado el problema, de manera aún desordenada, desde varios puntos de vista: los posmodernos y la disolución de la soberanía jurídica (Luhmann y sus discípulos); las transformaciones de las políticas soberanas en el paso del gobierno a la *governance*; la sobreabundancia de lo económico sobre lo político en las políticas de la regulación; pero también, la teoría del Imperio entre Polibio y Dante, Tito Livio y Maquiavelo, en las diferentes lecturas que habían ofrecido al respecto; y el paradigma del declive y de la disolución del Imperio de Tácito a Gibbon y Montesquieu. Una vez reconstruido ese cuadro se presentaba el verdadero problema: el de una definición del poder imperial que no representara un mero *déplacement* de la norma y de la figura tradicionales de soberanía, sino que se adecuara a las nuevas formas del mercado mundial.

Entonces, se trataba de comprender, desde dentro, cómo se había vivido en Estados Unidos una vocación imperial que constituía una línea continua desde los Padres Fundadores de la República estadounidense hasta los profetas de una frontera siempre renovada (Wilson, Roosevelt, Kennedy). Toni invita a Michael a trabajar sobre este tema y el lenguaje de su investigación se enriquece. Pero además de esta nueva definición de Imperio, en su interior había una pregunta mucho más importante: ¿qué militancia, qué estrategia, qué organización *contra* el Imperio? En las lecciones en el Collège, Toni había trabajado sobre Agustín y Vico y había recuperado la teoría spinoziana de la multitud: ¿cómo releer esas experiencias clásicas de resistencia y traducirlas a un movimiento político

contra el Imperio? Alrededor de esta cuestión nace el trabajo común: si el Imperio estaba constituyéndose y Estados Unidos triunfaba al término de la Guerra Fría, Michael y Toni querían ponerse a investigar la constitución de la vida y el trabajo de ese «hombre nuevo» en el que se apoyaba la fundación del Imperio. El Imperio se convertía en el lugar de una metamorfosis, no solo del espacio del poder de mando y de las temporalidades del trabajo, sino también de las cualidades del vivir: una construcción biopolítica. Escribir aquel libro era sumergirse, como militantes, dentro de aquella metamorfosis, comprendiendo hasta qué punto la potencia productiva y la subjetivación del trabajo podían volverse decisivas en la transformación del horizonte humano.

En Agustín, el Imperio fue el lugar providencial a partir del cual pudo expandirse el cristianismo; ahora parecía ser el lugar en el que el ser humano liberado, cosmopolita, podía mestizarse y de tal suerte «humanarse» universalmente: donde el trabajador podía hibridarse con la máquina. El comunismo, dentro de esta gigantesca transformación, habría encontrado la posibilidad de realizarse –y, de no conseguirlo, de todos modos esa experiencia nos habría dejado un mundo mejor–. Había una diferencia insanable entre la visión providencial del cristiano del siglo III *post Christum* y la del trabajador comunista del siglo XX. Pero también una chispa común. En *Imperio*⁸ hay una última página que concluye el razonamiento militante, que es en realidad el primer borrador a partir del cual Michael y Toni empiezan a caminar juntos en la composición del libro:

Hay una antigua leyenda que podría iluminar la vida futura de la militancia comunista: la leyenda de San Francisco de Asís. Para denunciar la pobreza de la multitud, adoptó su condición común y con ello descubrió la potencia ecológica de la nueva sociedad. El militante comunista hace lo mismo en el momento en el que identifica en la condición de la multitud su enorme riqueza. En oposición al capitalismo naciente, Francisco rechazaba cualquier disciplina instrumental, y a la mortifica-

⁸ Michael Hardt, Antonio Negri, *Empire*, Cambridge, Massachusetts, 2000. [Ed. cast.: *Imperio*, trad. de Alcira Bixio, Barcelona, Debate, 2002].

ción de la carne (en la pobreza y en el orden constituido) él contraponía una vida alegre que incluía a todas las criaturas y a toda la naturaleza: los animales, hermana luna, hermano sol, los pájaros en los campos, las personas explotadas y pobres, todos juntos contra la voluntad del poder y de la corrupción. En la posmodernidad, nos encontramos de nuevo en la condición de Francisco, contraponiendo la alegría de ser a la miseria del poder. Se trata de una revolución que escapará al control, puesto que el biopoder y el comunismo, la cooperación y la revolución van unidas tan solo en el amor, y con inocencia. Tales son la claridad y la alegría irrefrenables de ser comunistas.

88. Desarrollando el *operaismo*

La primera cuestión, en *Imperio*, es si es posible aplicar la regla *operaista* del desarrollo y la categoría de «subsunción real» de toda la sociedad bajo el poder de mando directo del capital a las nuevas dimensiones globales del desarrollo y del poder de mando capitalista. Ahora bien, estaba claro que las luchas obreras habían llevado a su término el ciclo de desarrollo de los «Treinta gloriosos» y las luchas obreras habían liberado a la mayor parte de los países del Tercer Mundo del poder de mando directo de las potencias imperialistas: todo esto empujó y obligó a las clases dirigentes (estadounidenses) a superar de una vez por todas las cárceles disciplinarias que gobernaban el trabajo en el ámbito nacional y extendían su control siguiendo las cadenas de transmisión imperialista. Por el contrario, ahora el poder de mando debía intervenir en el mercado global y al mercado global se encomendaban las claves del desarrollo.

Pero surgía un nuevo problema, planteado por la misma secuencia «luchas obreras - crisis capitalista - reestructuración del modo de producir»: la reestructuración en curso descubría términos ontológicamente nuevos, irreducibles a la vieja dialéctica, porque, antes que en el plano global, el sujeto del trabajo había cambiado de naturaleza en su actividad misma.

Así, pues, la reestructuración globalizada del modo de producir capitalista fue permitida y provocada en primer lugar por el cambio del trabajo; en segundo lugar, por las transformaciones de las moda-

lidades de la explotación: estas mutaciones reaparecen ahora como condiciones de la globalización. Sin una fuerza de trabajo capaz de esa movilidad espacial y esa flexibilidad temporal, que solo la «intelectualidad de masas» o el conjunto del trabajo cognitivo era capaz de proporcionar, habría sido imposible un mercado global de producción de mercancías e internacionalización del trabajo. Esta transformación de la fuerza de trabajo aumentaba la mutación del modo de producir, llevando a su interior, además de la potencia fluida de la inteligencia multitudinaria, la autonomía cooperativa de una potencia social: una autonomía que mostraba su propia potencia en los colosales movimientos puestos en marcha por la globalización de los mercados.

Frente a estos fenómenos, que no se pueden reducir a la lucha de clase tradicional, un pensamiento «obrero» no podía permanecer encerrado en el recinto del «obrero masa» –o del «obrero social»–. Por otra parte, la célula marxiana que contiene la lucha de clase en el concepto de capital no puede quedarse encerrada dentro del siglo XX, sino que se presenta con formas cambiadas como dispositivo de toda figura adicional del desarrollo capitalista: por lo tanto, también del capital en la globalización. Pero decir desarrollo capitalista es decir también composición técnica de la fuerza de trabajo y formas de su explotación; está claro entonces que, al tener que medirse en el mercado global con una fuerza de trabajo móvil y flexible, cognitiva y cooperativa, el poder de mando capitalista se ve obligado a modificar sus instrumentos de mando y explotación: si la nueva composición de clase es fluida y productiva cuando atraviesa toda la sociedad y cada momento de la vida, el capital debe extraer la plusvalía global de la vida social –es decir, el valor acumulado en la interacción social–.

En este horizonte vital se propone ahora una lucha de clase proletaria, que se ejerza en cada sector de la vida social: una lucha biopolítica frente al capital mundializado. Si la célula del capital es la lucha de clase, también la estructura de la globalización está atravesada por la lucha de clase: la lucha de clase ha impuesto la globalización y ella misma la modela en relación con las intensidades en las que se expresa el conflicto. Moviéndonos dentro de estos flujos,

podemos entonces construir el sujeto de la lucha de clase en el Imperio a la manera *operaista* —«hacer multitud»—.

La multitud es el polo de la lucha de clase que se opone al poder de mando capitalista en el mercado global; el trabajo vivo, en la misma medida en que se vuelve intelectual, social y cooperativo, se expresa de manera singular: de este modo, la multitud se define como clase de las singularidades de la fuerza de trabajo. La multitud es una clase de la pluralidad de las potencias activas del trabajo: la forma de la composición técnica de la fuerza de trabajo en la era del trabajo intelectual, cognitivo, afectivo, cooperativo y social. De esta manera, en el proceso global, se presenta a la constitución política: en sus movimientos autónomos, plurales, espontáneos, desea organización, la exige. Organizándose, la multitud podrá moverse de manera triunfante en la lucha de clase.

89. La constitución política del presente

Imperio es también un texto de filosofía política: en él se describen las bases fenomenológicas y sociales del nuevo escenario geopolítico.

Es un texto filosófico testigo del presente, del hecho de que la revancha neoliberal contra el Estado keynesiano y la definición posmoderna del Estado como gestor de *governance* en la crisis empujan inevitablemente a los Estados-nación más allá de su consistencia estructural y a un vaciamiento de su identidad cultural. De esta manera, el camino en dirección a un orden global, supranacional, se vuelve irrefrenable.

Para conquistar la imagen del presente en su constitución política, es necesario colocarse más allá de las ideologías liberales así como de las socialistas, y ver asimismo la hegemonía estadounidense en el mercado global como un paréntesis inestable y abierto a demasiadas contradicciones contingentes:

El concepto de Imperio se caracteriza sobre todo por la ausencia de fronteras: el poder del Imperio no tiene límites. En primer lugar, entonces, el concepto de Imperio indica un régimen que de hecho se extiende sobre todo el planeta, o que dirige todo el mundo globalizado. Ninguna frontera territorial limita su reino. En segundo lugar,

el concepto de Imperio no remite a una frontera históricamente determinada que tiene su origen en una conquista, sino que, más bien, a un orden que, suspendiendo la historia, cristaliza el orden actual de las cosas para la eternidad. Desde el punto de vista del Imperio, este es, a la vez, el modo en que las cosas estarán para siempre y el modo en que han sido siempre concebidas. Dicho de otra manera, el Imperio no representa su poder como un momento históricamente transitorio; sino como un régimen que no posee límites temporales y que, en ese sentido, se encuentra fuera de la historia o en su final. En tercer lugar, el poder del Imperio actúa en todos los planos del orden social, penetrando en sus profundidades. El Imperio no solo administra un territorio y una población, sino que quiere crear el mundo real en el que habita. No se limita a regular las interacciones humanas, sino que trata de dominar directamente la naturaleza humana. El objeto de su poder es la totalidad de la vida social; de este modo, el Imperio constituye la forma paradigmática del biopoder. Finalmente, aunque la acción efectiva del Imperio está continuamente bañada en sangre, su concepto está consagrado a la paz –una paz perpetua y universal fuera de la historia–.

Esta definición no hace apología de ninguna forma de poder. Desde el punto de vista de la ciencia política, muestra una naturaleza compleja que el Imperio quiere mediar. A la manera del Imperio romano, tal y como lo teorizaba Polibio, quiere mediar las tres formas clásicas del gobierno: monarquía imperial; aristocracia/oligarquía de los grandes Estados-nación; democracia de las ONG y de los movimientos sociales.

Igualmente compleja es en el Imperio la figura del mercado mundial, cuando los tradicionales impulsos imperialistas en el conjunto geopolítico se atenúan y las áreas territoriales de la explotación se entrelazan, poniendo fin de ese modo a toda territorialización imperialista o colonial definitiva. También en este caso, el Imperio describe una teleología inestable y frágil en las numerosas composiciones en las que se configura: queda un límite, en sentido geométrico, de definición de la forma Estado en el presente. Esas inestabilidad y fragilidad se agudizan más, si cabe, porque el movimiento del Estado-crisis a la soberanía imperial está atravesado por otro movimiento, el de las clases explo-

tadas, de la multitud productiva, móvil y resistente. Esta imprime su fuerte dinámica al desarrollo político, económico e institucional del capitalismo y lo devuelve a la precariedad de formas y de poder. En el plano global, la multitud puede emanciparse de la soberanía imperial, antes de la productiva que de la institucional, y desarrollar una especie de teleología revolucionaria propia: de este modo, la constitución política del presente muestra una dimensión imperial necesaria, pero definida solo en la tendencia –y redefinida por una contratendencia, por un contraimperio que se mueve en el vientre de la globalización–.

En *Imperio* había una hipótesis política: que era posible oponerse a la formación de un orden político global a través de la composición de un frente de lucha proletaria, en el ámbito global. Esa posibilidad iba constituyéndose en los años de la escritura de *Empire*: y, de repente, entre 1995 y 2001, aquel movimiento se manifestó, demostrando que la clase de los explotados podía actuar con potencia en ese ámbito global y que al «biopoder» imperial podía oponerse la «biopotencia» del trabajo vivo. Al Imperio estaba oponiéndose no solo un genuino *contra*, sino que se construía una idea, y luego un movimiento real, que aplicaba ese «*contra* el Imperio» con un «*para* el común». Un común que significaba una nueva constitución social que expresaba el rechazo de toda identidad –nación, pueblo, patria–; y que luchaba para producir bienes y felicidad más allá de la figura de la mercancía, de la alienación, de la explotación: bienes inmediatamente comunes; felicidad del más allá del trabajo explotado; orden democrático en sentido absoluto –y Toni añadía: como quería el lema spinoziano–. Este antagonismo entre Imperio y común se convertirá en el terreno en el que una teoría política «de parte», obrera y proletaria, de los esclavos y de las mujeres, podrá extenderse y hacerse lucha.

90. Preparando el regreso

En 1995, la escritura de *Imperio* es contemporánea de las luchas metropolitanas parisinas. Toni percibe el cruce de la experiencia de las luchas y de la reflexión revolucionaria como el sello de su vida:

cuando imagina la recomposición de estas diversidades, ¡el exilio ha terminado!

También en el exilio tuvo lugar finalmente un éxito: el *aggiornamento* del *operaismo* se dio en la práctica, con la entrada en las luchas de una nueva subjetividad compuesta, un fluir de procesos de subjetivación multiformes y potentes. Pero el exilio había terminado solo «formalmente»: la realidad era distinta. Para que el exilio pudiera considerarse realmente terminado, Toni debía volver a Italia –era un pensamiento que no conseguía quitarse de la cabeza: «aquí en Francia he conseguido recomponer la figura del nuevo sujeto en lucha», pensaba Toni, «también en Italia sería importante trabajar para comunicar esta riqueza del análisis y organizarla»–.

En Francia –en cuanto apátrida– estaba excluido de los procesos organizativos: y en cambio lo que quería era participar en esos procesos proletarios. La organización, el problema de una vida: ¿acaso Toni no había hecho siempre eso –organizar los comités de base obreros, las asambleas autónomas, su vida y la de tantos otros que se habían unido para revolucionar este mundo injusto y destruir el poder capitalista, su violencia espantosa–? Toni siempre se había opuesto a quienes querían resolver el problema de la organización apuntando a la categoría transcendental del poder que es la «autonomía de lo político» y a la definición oportunista de la organización de clase que se llama «partido político». Había visto al viejo *operaismo* estrellándose contra este tema cuando, en nombre de ese principio, algunos compañeros restituyeron vidas y pensamientos a sórdidas historias de partido –partidos revolucionarios transformados en socialdemócratas y luego en casi liberales–. Fue la tragedia de los partidos comunistas occidentales y del PCI en particular.

¿Pero cuáles habían sido los resultados de las otras experiencias organizativas vividas por la Autonomia Operaia? En los años setenta, la organización autónoma recorrió un camino que esquivaba radicalmente toda ideología de Partido. El modelo experimentado por la *Autonomia* fue el de la gestión organizada de las luchas y del movimiento por parte de las asambleas y de los comités de base. Junto a esto, en el mismo nivel jerárquico, la organización

técnica de las vanguardias: redacción de periódicos y organismos de estudio del programa; grupos de trabajo y de *expertise* en cada uno de los campos de intervención; grupos de organización especializada en la autodefensa y en la lucha de masas. Aquel modelo organizativo de la *Autonomía* entró en crisis, porque el modelo industrial del que era el revés proletario había empezado a desaparecer; y porque fue derrotado en el enfrentamiento político y por la represión policial. Y, más allá de los puntos comparables y de las analogías en la nueva organización de la producción social, aquel modelo parecía de todas maneras implantable. De hecho, hasta los años setenta aún era necesario conceder una relativa independencia a las fuerzas intelectuales de la revolución, lo que sucedió precisamente cuando se reafirmó la independencia (aunque relativa) de la intelectualidad de masas. Hoy ya no existe esa diferencia, porque todo el trabajo se ha «intelectualizado»: la intelectualidad de masas es al mismo tiempo un sujeto y una fuerza de subjetivación.

Y entonces, si no quería repetir modelos de los años setenta, ¿para qué volver a Italia?

Para experimentar allí lo que había visto salir del cerebro de la fuerza de trabajo en lucha en el 95: quería encontrar en Italia la posibilidad de esas virtualidades experimentadas en el 95 parisino y ahora inscritas en *Imperio*. Quería encontrar la fuerza organizada de los proletarios viejos y nuevos que, conscientes de su productividad, querían organizarla como poder constituyente.

Trabajando en esa posibilidad terminaría el exilio.

91. ¿Cómo fue posible?

Me lo sigo preguntando y no consigo convencerme: ¿cómo fue posible? ¿Cómo y por qué fuimos capaces de darle la vuelta al exilio y convertirlo en una experiencia de investigación y de pasión por un tiempo por-venir? ¿Un milagro? ¿Una coyuntura excepcional? Tal vez la razón de ello sea algo simple y sólido: éramos una generación que todavía respondía a la demanda de transformación que había animado el 68 europeo. Eclipse incipiente, el que entonces se cernía, en los años ochenta, pero también maduración de aquella

experiencia –ruptura y discontinuidad, pero también percepción de un flujo ininterrumpido–.

A esta ontología de la época, a este *pathos* generacional, correspondía entonces en Francia un régimen institucional bastante titubeante en el juicio sobre el periodo de luchas que siguió al 68, y por tal motivo abierto a diferentes experimentaciones, a distintas mediaciones políticas y, tal vez, por qué no, a tímidas alternativas. Mitterrand no menos que Chirac; socialistas cada vez menos rojos y jacobinos de derecha cada vez menos reaccionarios, ambos estaban convencidos de que, respecto del 68, la restauración debía ser prudente. Nacían nuevas sensibilidades, los «verdes» empezaban a organizarse; las primeras ONG a proponer vastos programas de solidaridad y a convertir el voluntariado en institución: entre estas emergencias se impone el resultado feliz del exilio de los combatientes autónomos italianos. La época rebosaba de curiosidad e innovación, allí donde (como en Francia) el 68 no dio paso a una represión feroz. Y la caída del Muro, sin que hubiera guerra civil, parecía haber sido un verdadero milagro. En cuanto a nosotros, en este mundo incierto, «sudamos la gota gorda», nos decíamos, pero conseguimos vivir el exilio como una aventura constructiva: «nos salió bien», nos repetíamos ahora, sabiendo que se lo debíamos en gran parte a aquellas condiciones. Convencidos, sin embargo, de que la vida de luchas que tuvimos en los años setenta nos volvió capaces de resistir y nos preparó para renovarnos. Solo mirando con mayor profundidad en mí interior me convencía de que la experiencia de los años setenta (así como la cárcel y la reflexión llevada a cabo allí dentro) era lo más importante para definir mi moderada y efectiva serenidad actual. Saber sufrir, como nos había tocado, ok –y saber salir de ello–.

Pero hasta aquí esto era una cuestión ética –luego nos hacía falta tener cabeza–. Y era lo que juntos, como colectivo, habíamos desarrollado. Riéndonos (sucede así casi siempre que reconocemos que somos inteligentes), nos decíamos «posmodernos» porque nos habíamos tomado en serio la distancia respecto a nuestros orígenes, algo provincianos, algo sectarios. Nos parecía posmoderno el encomendarse ahora a un saber que se «construía caminando»,

preguntando, haciendo encuesta y discriminando entre saberes del pasado, experiencias a veces fundamentales, otras veces constitutivas y sin embargo coherentes con la búsqueda de un proyecto comunista para el porvenir. La percepción de estar en una época mutante nos había ayudado, pero habíamos puesto un *bit* de nuestro ingenio. No teníamos nostalgia del pasado porque avanzábamos en el presente. Y en este vincularnos a la experiencia del presente, de «nuestro» presente, no había narcisismo, sino subjetivación. Algo histórica a veces, pero intensa, colectiva, trazando el mapa de nuevas experiencias de vida y de pensamiento. Eso nos permitió renacer. Bautizados por las luchas, en 1986, en 1995.

A principios de los años noventa, cuando se conformaron los nuevos frentes proletarios de la lucha de clase y en Francia asistimos, en las luchas, a un *bouleversement* [conmoción] de la sociedad del trabajo, precarios, intermitentes, migrantes, *sans papiers*, empezaron a convertirse en nodos, redes, funciones centrales de una nueva y perversa organización social del trabajo. Al otro lado de la escena, los *banlieusards* y los nuevos migrantes empezaban a sufrir las nuevas y drásticas normas del producir; y si con todos ellos experimentábamos en la pobreza un nuevo orden del existir, de todos ellos recuperábamos la voluntad de resistir. Por todas partes estallaban luchas por la vivienda y por distintos aspectos del *welfare*, nuevos derechos (a la vivienda, a la renta...) se constituían como *claims* irresistibles; y luego los ferroviarios de 1995 que, con la extensión metropolitana de su lucha, modelaron la «huelga social» en Europa... De este modo fuimos rebautizados, nosotros, que nunca habíamos recibido el bautismo. Nos habría gustado invitar a officiar este rito –donde todos nos habríamos vestido con trapos de colores y nadie llevaría ropas de patrón– a dos «nómadas por antonomasia»: Coluche y el Abbé Pierre, héroes de esta época incierta y a menudo loca. Habría sido una buena fiesta. Había esperanza en la lucha, de nuevo. Las luchas eran más fuertes que el miedo. Y de hecho ya nadie tuvo miedo entonces de decir «yo», porque todo esto lo habíamos vivido entre compañeros, lo habíamos asumido como «nosotros», como «generación» en revuelta.

OTROS TÍTULOS DE TINTA LIMÓN

Colección Nociones Comunes

Cultura de la red. Información, política y trabajo libre

Tiziana Terranova

Guerras y capital. Una contrahistoria

Éric Alliez y Maurizio Lazzarato

Sobre la impotencia

Paolo Virno

Teoría de los ensamblajes y complejidad social

Manuel Delanda

La memoria utópica del Inca Garcilaso. Comunalismo andino y buen gobierno

Alfredo Gómez-Müller

¿Cómo imponer un límite absoluto al capitalismo?

Filosofía política de Deleuze y Guattari

Jun Fujita Hirose

Historia de un comunista

Antonio Negri

Modo de vida imperial. Vida cotidiana y crisis ecológica del capitalismo

Ulrich Brand y Markus Wissen

Aura latente. Estética/ Ética/ Política/Técnica

Ticio Escobar

En las ruinas del neoliberalismo.

El ascenso de las políticas antidemocráticas en Occidente

Wendy Brown

Reencantar el mundo. El feminismo y la política de los comunes

Silvia Federici

El umbral. Crónicas y meditaciones

Franco Berardi Bifo

En letras de sangre y fuego. Trabajo, máquinas y crisis del capitalismo

George Caffentzis

Un mundo ch'ixi es posible. Ensayos desde un presente en crisis
Silvia Rivera Cusicanqui

La noche de los proletarios. Archivos del sueño obrero
Jacques Rancière

Políticas del acontecimiento
Maurizio Lazzarato

La frontera como método. O la multiplicación del trabajo
Sandro Mezzadra y Brett Neilson

Generación post-alfa. Patologías e imaginarios en el semiocapitalismo
Franco Berardi Bifo

Filosofía de la deserción. Nihilismo, locura y comunidad
Peter Pál Pelbart

Breve tratado para atacar la realidad
Santiago López Petit

Capitalismo, deseo y servidumbre. Marx y Spinoza
Frédéric Lordon

Hijos de la noche
Santiago López Petit

Sociología de la imagen. Miradas ch'ixi desde la historia andina
Silvia Rivera Cusicanqui

La razón neoliberal. Economías barrocas y pragmática popular
Verónica Gago

La cocina de Marx. El sujeto y su producción
Sandro Mezzadra

Capital y lenguaje. Hacia el gobierno de las finanzas
Chistian Marazzi

Hegel o Spinoza
Pierre Macherey

Micropolítica. Cartografías del deseo
Suely Rolnik y Félix Guattari

Serie ch'ixi

Brujas. Caza de brujas y mujeres
Silvia Federici

¿Quién le debe a quién?
Ensayos transaccionales de
desobediencia financiera
Silvia Federici, Verónica Gago y
Luci Cavallero

Una lectura feminista de la deuda.
¡Vivas, libres y desendeudadas nos
queremos!
Luci Cavallero y Verónica Gago

La Internacional Feminista
VV. AA.

Los límites del capital. Deuda, moenda
y lucha de clases
George Caffentzis

8M. Constelación feminista
VV. AA.

Pensar en movimiento

Venezuela crónica. Cómo fue que la
historia nos trajo hasta aquí
José Roberto Duque

Laboratorio Favela. Violencia política
en Río de Janeiro
Marielle Franco

La sociedad ajustada
Colectivo Juguetes Perdidos

Salud feminista. Soberanía de los
cuerpos, poder y organización
VV.AA.

BUENOS AIRES, ARGENTINA
www.tintalimon.com.ar

La gorra coronada.
Diario del macrismo
Colectivo Juguetes Perdidos

De #BlackLivesMatter
a la liberación negra
Keeanga-Yamahtta Taylor

Fight the Power.
Rap, raza y realidad
Chuck D

Incursiones

La acción psicológica.
Dictadura, inteligencia y gobierno de
las emociones 1955-1981
Julia Risler

La cueva de los sueños.
Precariedad, bingos y política.
Andrés Fuentes

¿Quién mató a Cafrune?
Crónica de la muerte de la canción
militante
Jimena Néspolo

Coedciones

Nada que esperar. Historia de una
amistad política.
Sebastián Scolnik. Coedición con
Lobo Suelto y Cordero Editor

El feminismo es para todo el mundo
bell hooks. Coedición con Traficantes
de Sueños

DISTRIBUYE: La Periférica Distribuidora
www.la-periferica.com.ar

Estos 1000 ejemplares de *Cárcel y exilio* se terminaron de imprimir en abril de 2022 en Nuevo Offset, Viel 1444, Ciudad de Buenos Aires, Argentina.